

COMANCHE

JESÚS MAESO
DE LA TORRE



Lectulandia

Nueva España, últimas décadas del siglo XVIII. Nos encontramos en los territorios que pertenecieron al Imperio Español durante tres siglos. En esas tierras salvajes, a través de tres inolvidables personajes, el capitán de dragones del rey Martín de Arellano, la joven apache Wasakíe y la princesa de Alaska, Aolani, el lector se sumerge en un episodio fascinante y asombroso, hoy perdido en el olvido, que se produjo entre españoles, comanches, yuma, navajos, aleutas y apaches.

Revive las correrías de los dragones de cuera españoles y el gran esfuerzo que hizo la Corona por mantener su influencia en los hoy conocidos como Estados Unidos de América. Descubre las intrigas en la corte del virrey de México y en la palatina de Madrid, las conspiraciones entre masones europeos y el Vaticano, el choque violento entre dos civilizaciones, y las grandes pasiones que jalonan la trepidante historia de sus protagonistas.

Jesús Maeso de la Torre, uno de los grandes de la novela histórica de nuestro país, recrea en *Comanches* unos hechos rigurosamente ciertos que marcaron un hito en la historia de España y en los territorios de Texas, Nuevo México, Arkansas, Luisiana y California.

Lectulandia

Jesús Maeso de la Torre

Comanche

ePub r1.0

Karras 14.03.2019

Título original: *Comanche*
Jesús Maeso de la Torre, 2018

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
Glosario
Bibliografía
Sobre el autor

*A mi editora Lucía Luengo que,
como pocas, ama los libros
y estima el valor de la escritura.*

Cuando los primeros americanos angloparlantes se adentraron en las tierras del sur y del oeste de América del Norte, hacía tiempo que ya habían sido holladas por los españoles. Antes de que llegaran los colonos anglosajones en sus caravanas de carromatos, los castellanos ya habían alzado un siglo antes iglesias, pueblos, fortines y ciudades.

Con anterioridad a que la caballería yanqui patrullase aquellos vastos territorios al son del *Garry Owen*, los dragones de cuera, o del rey, del Virreinato de Nueva España, ya habían recorrido y dominado aquellas salvajes sendas.

Previamente a que se erigiesen los fuertes americanos que hemos visto en las películas de John Ford, con los fieros *sheriffs* de expresión adusta, los pistoleros codiciosos, el Séptimo de Caballería y los fieros indios, los indómitos soldados de los presidios españoles ya habían dominado las planicies, desiertos, cañones y praderas, desde Luisiana a Tejas, de Arkansas a Colorado, y de Nuevo México a California.

Y antes de que los navajos, apaches y comanches se enfrentasen con la caballería de Estados Unidos, estos ya habían librado sangrientos combates contra las ordenadas y tenaces tropas del Rey de España.

JOSÉ ANTONIO CRESPO, historiador.
Españoles olvidados de Norteamérica

Y esta anhelosa novela narra un episodio fascinante y asombroso que se produjo entre españoles, comanches, yuma, navajos y apaches en el siglo XVIII, y que, perdido en el olvido y en la indiferencia de la historia, me he atrevido a rescatar del polvo del tiempo y a recrearlo.

EL AUTOR

1

Tejas

Misión de la Santa Cruz en San Sabá
16 de marzo de 1758

Un inquietante silencio precedió al asalto comanche.

Un sol del color del acero se resistía a asomar y una paz serena envolvía la misión española de la Santa Cruz. De súbito se escucharon relinchos de caballos que alteraron la paz del vecindario, poblado por colonos españoles y apaches cristianizados con sus familias.

Un atronador estrépito de alaridos, piafar y relinchos de caballos quebró la calma del pueblo fronterizo de San Sabá. El inesperado tumulto paralizó a los vecinos de aquel mísero lugar perdido en la frontera entre Tejas y Nuevo México. Protegido por un tosco murallón de madera, guardaba una iglesia, una treintena de casas de adobe y diez o doce *wickiup* —chozas apaches—, donde malvivían no más de trescientas almas con el corazón en vilo.

Era la sorpresa de lo inesperado en la que vivían inmersos, unida al espanto de lo imprevisible, lo que los había alarmado, poniéndolos en guardia. Sabían que los feroces comanches habían invadido las llanuras de Tejas en busca de caballos y de cabelleras, y que habían atacado algunos ranchos donde había apaches instalados.

Los pájaros dejaron de piar y los más madrugadores miraron en dirección al río. Paralizados y achicando los ojos contemplaron la aterradora avalancha que se precipitaba sobre la misión. Una aulladora marea de jinetes comanches, a los que se unían también combatientes de las feroces naciones tónkawa, bidai, wichita y teja, galopaban a rienda suelta, profiriendo alaridos espantosos.

Una multitudinaria jauría de sabuesos rabiosos se les venía encima, y poco podían hacer para defenderse.

Vieron con pavor que los capitaneaba el violento jefe comanche Qua ku'ku («Garras de águila»), ataviado con un estrafalario y sucio uniforme azul de oficial francés. Esgrimía un mosquete comprado en la frontera a los gabachos de Fuerte Nacogdoches. Les pareció un ridículo espantapájaros, pero también un aterrador demonio que venía por su botín de cabelleras.

Nadie pudo detener la violenta agresión de los comanches, que, en un frenético ataque sin dirección ni orden, sembraron el terror en la misión. Un rumor silbante de las flechas incendiarias y de las detonaciones de los mosquetes se sucedía sin interrupción, causando estragos entre los aterrorizados habitantes de la aldea tejana. El aire se enturbió con la polvareda y el fuego, y los asaltados corrían sin apenas poder respirar.

Pronto se propagó el pánico con el saqueo, la muerte y el horror.

—¡Venimos a matar a apaches y cristianos! —gritaban en castellano.

Comenzó a correr la sangre y varias mujeres y niños cayeron aplastados bajo los cascos de los caballos. Los asustados colonos pronto se dieron cuenta de que era imposible huir y optaron por esconderse, pero los comanches, con una astucia y furia bestiales, los rodeaban y masacraban cortándoles las cabelleras entre horribles rugidos. Solo la pequeña iglesia permanecía a salvo del ataque y desde ella se oían los gritos de un fraile, llamando a la resistencia y a la oración. Los fieros comanches ebrios de cólera derribaban las puertas de las casas y chozas, mataban los animales y saqueaban con el placer dibujado en sus rostros pintarrajeados.

El tronar de la destrucción y el fragor de los derrumbes por el fuego mantenía paralizados a los vecinos que se escondían en rincones de las cuadras. La partida de atacantes enflechaban sus arcos contra todo aquel que intentaba escapar y disparaban los mosquetes en todas direcciones. Iban casi desnudos, con las «plumas del valor» adornando sus greñas y cabelleras, embadurnados de tintura ocre y negra y luciendo collares y gorros estrambóticos.

El jefe indio ordenó derribar las puertas de la iglesia, que cayeron al suelo como dos frías lápidas sobre sus tumbas. Tras el dintel, impertérrito como una efigie de arcilla, se hallaba el encorvado fray Alonso Terreros, un bondadoso y ascético franciscano, quien, con las manos alzadas en señal de paz, ofrecía al enfurecido cabecilla hojas de tabaco y unas fruslerías para apaciguar su ánimo.

—¡En nombre de Jesucristo, detén la matanza, hijo mío! —le rogó.

Qua ku'ku lo miró con desprecio y el monje se sintió indefenso y angustiado. Y en su desamparo, un miedo atroz le heló la sangre. Intuyó que

iba a morir, cuando el líder de la turba ordenó desaforado:

—¡*Kun, kun, kun!* —«Fuego, fuego, fuego».

Al instante, una salva de disparos y un haz de flechas silbaron en el aire impactando en los jóvenes apaches que acompañaban al sacerdote cogidos de su cíngulo y en el cuerpo blando del religioso, que se desplomó en el suelo como un muñeco desmadejado. Antes de que expirara desmontaron cuatro jinetes y recogieron el cuerpo del fraile moribundo. Entre aullidos brutales lo condujeron a la torre de la iglesia y lo colgaron bocabajo de la campana de la iglesia, como si de un macabro badajo humano se tratara. Sus carnes blancas y ensangrentadas quedaron al aire para escarnio de sus asustados hijos. Hilos presurosos de sangre corrieron por el hábito pardo y su cráneo tonsurado, empapando las paredes blancas y las piedras del suelo.

Otros comanches penetraron con los caballos en el templo cristiano y se encontraron con otros dos religiosos, el joven y pelirrojo padre Santisteban y al venerable fray Miguel, que los miraban espantados, mientras abrazaban a un grupo de niños de ojos inocentes y miradas aterradas. Al primero, que se protegió bajo el altar, le cortaron la cabeza de un tajo con un hacha, antes de que pudiera emitir un solo grito de defensa. Después prendieron fuego a su sotana, quedando el cuerpo inflamado como una antorcha humana.

Al segundo lo apalearon sin compasión, quedando tendido en las losas, maltrecho y malherido. Y los niños lo rodearon con los ojos llenos de lágrimas, mientras se lamentaban:

—¡Padrecito, padrecito, no nos dejes!

Crecieron los alaridos irracionales de los asaltantes que demolían las iconografías de los santos. Con una cuerda derribaron la imagen que presidía el retablo, un seráfico San Francisco, que al derrumbarse se hizo añicos. Uno de los atacantes enarboló en alto la cabeza de escayola cercenada del Poverello de Asís, saliendo de la iglesia con su sacro triunfo y gritando desaforadamente. El hatajo de comanches, lanzas en mano, comenzó a causar estragos tirando al suelo los pebeteros de incienso, los exvotos, los cuadros sagrados y las candelas de aceite.

Entregados al robo y al terror, mataron sin piedad a los apaches y españoles allí refugiados, cortándoles las cabelleras y vaciando sus ojos para que no hallaran el camino hacia el Gran Espíritu. Con las pupilas incendiadas irrumpieron en la sacristía, donde derribaron los armarios y quemaron los documentos que allí se guardaban, así como los indumentos y vasos sagrados de la comunidad franciscana.

El fragor de los alaridos y los destrozos aumentaba. Ebrios de sangre, los asaltantes se entregaban a una insensata destrucción y al pillaje del poblado. Qua ku'ku blandió el fusil y a grandes chillidos decidió que quemaran la empalizada de madera que rodeaba la misión.

Una espiral de humo gris comenzó a sobresalir entre las lomas.

El centinela del solitario presidio de San Luis de las Amarillas, situado a legua y media de la aldea misionera atacada, avizó su cabeza para cerciorarse del peligro. La fortaleza protegía a esa y otras misiones franciscanas. El vigilante también escuchó el lejano fragor de los cascos de los mustang indios, y dio el aviso disparando tres veces su fusil y tocando frenéticamente la campana. Los soldados del fortín salieron al patio de armas. Vivían en el presidio ya que las autoridades no permitían que los soldados se vieran mezclados con la misión pacífica de los misioneros y también para evitar el contacto con las mujeres indias.

El Presidio Real, alzado en madera y adobe sobre sillares de granito, era un cuadrado perfecto de doscientas varas por cada lienzo amurallado, y constituía una inexpugnable fortaleza, temida por los feroces comanches que merodeaban por el sureste de Tejas. En cada uno de los cuatro bastiones en forma de estrella de los extremos, estaban situados los cañones y cureñas y ondeaba la blanca bandera borbónica con los castillos y leones castellanos. Dentro de las dependencias vivían unas trescientas personas, entre oficiales, dragones y los guías indios con sus familias. En los rincones se hallaban las cuadras, la herrería, un almacén, un subterráneo para la pólvora y un pasadizo que comunicaba con el exterior para avituallarse de agua, y para la huida en caso de asedio.

Sonaron dos golpes sonoros en la puerta del coronel, don Diego Ortiz de Parrilla, que se incorporó de un salto de su lecho.

—¿Qué novedad hay? —dijo abriéndola y con la mirada atenta.

—Mi coronel —le informó el centinela—, parece que esos salvajes comanches están atacando la misión de San Sabá. Se ven humos en esa dirección, se oyen cabalgadas y gritos de guerra.

—Vamos, avisa al sargento Arellano que forme la tropa disponible en el patio. Que vayan armados y con todas las impedimentas.

—¡A la orden, mi coronel! —contestó juntando los tacones.

Cuando al poco el oficial pasó revista a su tropa, en aquel momento reducida a cincuenta dragones de cuera y otros tantos esforzados apaches lipán, frunció el ceño. Demasiados territorios de la Corona española para defenderlos con tan exiguo destacamento y medios militares tan escasos.

Desde Tejas al Pacífico, y mediante una tupida red de presidios de defensa, debían contener a las hordas errantes de comanches y mantener incólumes las conquistas y el honor de España en aquella parte del Nuevo Mundo.

No obstante, don Diego estaba satisfecho con el ardor guerrero de sus dragones, los temibles jinetes hispanos que velaban por la seguridad y dominio en aquella colosal frontera del norte del continente. La mayoría eran españoles, o criollos nacidos en Nueva España, los más caballeros y voluntarios por diez años. Eran inmunes al hambre, a la sed y a las largas cabalgadas tras los esquivos comanches, que los reverenciaban, temían y respetaban por su arrojo y su a veces expeditiva severidad guerrera. Inasequibles al desaliento y espadachines formidables, artilleros y jinetes expertos, su fama de invencibles guerreros los precedía allá donde aparecían sus escuadrones.

Se les conocía en la frontera como «dragones de cuera» porque sobre la reglamentaria chaqueta azul con ribetes rojos, calzón de tripe azulado y capa azul cobalto, se protegían con un abrigo sin mangas de color pajizo u ocre, forrado con hasta siete capas de cuero curtido, invulnerable a las flechas y lanzas indias.

Se defendían de los ataques indios con la reglamentaria espada toledana del ejército español, lanza, adarga, escopeta, dos pistolas, cartucheras y bandolera de gamuza, con la identificación de su unidad. Usaban un elegante corbatín negro, botines o botas y un sombrero cordobés de ala ancha adornado con una pluma roja. Protegían el brazo izquierdo con un vistoso escudo redondo de doble envoltura en el que iban bordadas las armas de Castilla en vivísimos colores. Cada dragón poseía seis caballos, un potro y una mula y disponía de dos criados indios que le servían de escuderos, domésticos y guías.

Don Diego Ortiz estaba satisfecho con su intrepidez y compromiso, y sobre todo con su probada eficacia y valentía en la persecución de las partidas de indios revoltosos y de los ladrones comanches que infectaban la frontera del Virreinato de Nueva España, un territorio despoblado por el que solo cabalgaban indios salvajes y fieros españoles, y donde el fortín de ayuda más próximo estaba a más de cuarenta millas.

Vivir en aquellos solitarios reductos significaba para cualquier soldado español una prueba de valor, y tanto o más para los que quedaban en el fortín, un reducido número de dragones, y las mujeres y los niños, que miraban con indecible pesadumbre cómo sus maridos y padres podían no regresar a su hogar tras un encuentro con los belicosos comanches. La columna de

dragones abandonó la fortaleza al trote corto y en fila de a dos, entre los redobles de los dos tambores del regimiento.

No bien hubieron cabalgado media milla cuando de repente surgió ante sus ojos un variopinto tropel de comanches que habían abandonado el poblado en llamas con intención, no de atacar el presidio, sino de hacer un alarde de su poderío ante los soldados españoles.

Iban desnudos o con un vestuario estrambótico, resultado de sus sucesivas depredaciones de ranchos y poblados de Luisiana y Tejas. Algunos se veían con casacas azules del ejército francés, pieles colgando de sus piernas, cuernos de búfalo y ciervo en sus cabezas, cabelleras atadas a las lanzas, plumas de seda de alguna dama de Luisiana y vistosos retazos de colores de vestidos mexicanos.

El jefe de la banda desgajada del grueso de la partida comanche, un indio vociferante y desaliñado, iba tocado con un tricornio militar deshilachado y enarbolaba una sombrilla tintada de sangre reseca, que seguro había pertenecido a una *mademoiselle* de Eminence o de Nueva Orleans. Los caballos iban pintados de lunares blancos, escarlatas y rojos, y algunos llevaban las crines trenzadas. Al coronel le pareció que eran tan risibles como letales, y reaccionó expeditivo. Iría a por ellos. Dando alaridos y envueltos en polvo, le parecía que habían escapado del mismísimo infierno.

—¡Desplegaos en línea de ataque! —decidió Ortiz al verlos.

La reordenación fue rápida y coordinada. Con las lanzas en ristre, los dragones se alinearon tras el alférez que portaba la insignia real.

—¡Al ataque! —gritó la orden de embestida, sin descomponerse la formación de hombres y caballos, que se encabritaron y corcovearon antes de lanzarse a galope tendido sobre la legión de los bárbaros indios.

La partida comanche se detuvo paralizada. No esperaban encontrarse cuerpo a cuerpo con la unidad regular de los dragones hispanos, a los que rehuían en campo abierto. Su forma de combatir a los españoles era harto conocida: emboscadas y retiradas rápidas, nunca un enfrentamiento directo cuerpo a cuerpo.

El cabecilla del paraguas de seda dio orden de repliegue, y no hacia el poblado que devastaban sus hermanos comanches y tónkawa, sino al norte, donde no había ningún presidio español que pudiera combatirlos. La huida era su única posibilidad de salir vivos del encuentro.

Pronto un polvo amarillento los envolvió, como si fueran demonios vaporosos. Solo un rumor de espantosos alaridos vibró en el aire y desaparecieron como trasgos. Don Diego señaló con su espada la misión,

envuelta en aquel momento en una turbia humareda. La tropa se dirigió vertiginosa hacia su objetivo. El coronel se temía lo peor y comprendió que llegaban demasiado tarde en su auxilio. El sargento Arellano, que cabalgaba a su lado, advirtió una mueca de preocupación seria en su coronel. De sus labios crispados, casi ocultos por su hirsuto y trigueño mostacho, no salía ninguna orden.

Resultaba desmedido el estremecimiento que experimentaba con la escalofriante visión que se ofrecía ante sus atónitos ojos, a pocos pasos del asolado poblado.

Tejas

Entre la confusión del fuego y el humo los dragones reales pudieron contemplar la estremecedora imagen de la misión devastada y de cuatro cuerpos destripados y retorcidos cabeza abajo, que colgaban del arco de entrada de la misión, con los cráneos escalpados y los rostros tintos en sangre.

Al sargento mayor le temblaba el labio inferior. Uno de los ahorcados era un clérigo de rostro irreconocible al que habían torturado espantosamente. Y como si los comanches se hubieran ejercitado en el tiro, a los ajusticiados los habían alanceado y estaban cubiertos de jabalinas chorreantes de sangre. Ya no había nada que hacer.

—Malditos bárbaros —musitó el coronel a Arellano.

—Son un hatajo de fieras y no merecen piedad, señor.

Un nudo atenazó sus gargantas. Varios hombres y mujeres heridos y cubiertos de barro rojizo maldecían a los comanches que aún saqueaban la aldea y que, ante la presencia de los dragones, iniciaron la retirada. Saltaban las empalizadas aún humeantes y huían por donde habían venido, alzando espesos remolinos de arena, piedras y ramajes. Aquella horda enfurecida había cumplido su cometido de intimidación y espolio y huía cargada de pelambreras sanguinolentas y de cuanto había podido rapiñar. Los comanches regresaban al amparo de los escarpados e inaccesibles refugios en el río Colorado, donde solían levantar sus poblados nómadas.

Ortiz, con el pelo de estopa al viento, alzó su mano enguantada y ordenó desmontar a sus hombres y aprestarse a combatirlos tras un muro de adobe. Rodillas en tierra aguardaron silenciosos.

—¡Preparen avancarga! —gritó seco—. ¡Pólvora! ¡Baqueta! ¡Bala!

Con serena frialdad los dragones practicaron el ritual aprendido y mil veces ejercitado en el patio de armas con sus seguros mosquetes Brown Bess —arma poderosa—. Los auxiliares hicieron lo propio con el viejo y seguro fusil español «de patilla». Los cebaron, cargaron y taponaron con sendas

bolitas de papel los cañones para que no escapara la munición. Inmediatamente, a la orden de abrir fuego, lo hicieron tres veces con certera puntería, y en menos que se reza un *paternoster*.

—¡Cerrad la fila! —persistía el coronel—. ¡Fusiles firmes!

Las estruendosas descargas de los fusileros hispanos causaron estragos en la retaguardia comanche, que perdió más de medio centenar de jinetes de los que huían en desbandada, profiriendo aullidos horrendos. Las monturas de los alcanzados se tambalearon y, resoplando, cayeron en tierra. Y aunque muchos contestaron con sus rifles y con una andanada de flechas de sus arcos, ninguna dañó a los presidiales. No obstante, el parapeto quedó erizado de venablos y agujereado con los impactos.

Una vez que la horda comanche hubo desaparecido de la aldea de San Sabá, solo se oían lamentos de muerte, cuando los soldados entraron en formación al son de los tambores. Los bocados e ijares de los caballos aún sudaban espuma por la cabalgada. Los rostros temerosos y ensangrentados de los sobrevivientes rezumaban cansancio y odio a los comanches por la cruenta matanza y expolio. Colonos y apaches rodearon al coronel de dragones, rogándoles una venganza ejemplar. Estaban desalentados y lloraban por sus familiares muertos. Un desastrado anciano apache de piel como el pergamino, seca y arrugada, con los brazos alzados y ajeno a sus salvadores, cantaba una quejumbrosa canción india, dedicada a los que habían perecido.

—Es la «canción a los espíritus» de los ute y de los apaches —señaló el sargento a su oficial, que asintió.

Don Diego indicó a unos de sus hombres que bajaran a los colgados. Se les acercaron algunos vecinos gimiendo y apretando los puños. El alcaide, un conocido ganadero de la zona, imploró al coronel.

—¡Nuestra situación no puede ser más desesperada, señoría! ¡Son como lobos enfurecidos! ¡Perseguidlos y matadlos! —se le oyó.

El impávido oficial escuchó sin contestar aquellas sentidas palabras, pero con solo cien hombres no podía perseguir a una partida tan numerosa y en tan vasto territorio. Siempre estaba dispuesto a luchar y morir, como sus fieles dragones, pero no a cometer un suicidio colectivo.

—¡Son una amenaza para Dios y para el rey! —gritó un colono.

Con indecible frustración, el coronel dispuso que sus hombres se dispersaran por la misión por si quedaba algún comanche emboscado, que evaluaran los daños y reunieran a los supervivientes junto a la iglesia, ahora ennegrecida por el incendio.

El sargento Arellano penetró con la espada en ristre en el desmantelado templo, donde contempló cuerpos de apaches muertos y retorcidos, cabelleras cortadas, y a algunos niños empapados en la orina de sus vejigas y con la palidez del horror dibujada en sus rostros diminutos. Asustados e inmóviles, estaban hechos un ovillo retorcido como si fueran gusanos heridos, agarrados a una niña mayor que ellos.

—No temáis, os protegeremos en el presidio. ¡Reuníos fuera!

Entró en la sacristía, donde el expolio había sido brutal. El fuego había consumido armarios, casullas y cuadros. No habían dejado ningún cáliz, patena, incensario, misal u objeto sagrado de valor.

—Ladrones y paganos profanadores —masculló el sargento.

Arellano cebó la pistola y salió al corral tomando precauciones. Vio varios cuerpos inermes y, cuando lo abandonaba, percibió un débil gemido y un mortecino canturreo. Reparó en una niña que cantaba una elegía fúnebre, mientras con un paño limpiaba la sangre de los rostros de dos adultos muertos, y lo hacía con una emotiva ternura. Su pelo lacio y negrísimo estaba pegado a su rostro ovalado y tiznado de hollín y con un cuajarón de sangre coagulada en la frente. Debía de tener unos doce o trece años, y se dirigió hacia ella con humanidad. Sus ojos, grandes, rasgados y cándidos, lo miraban rogando compasión y auxilio.

El sargento le apartó los cabellos de la cara y vio que se tragaba el amargor salado de sus lágrimas. Pero al ver ante sí el uniforme de los dragones de Su Majestad, su miedo se disipó y le sonrió.

—Señor, esos salvajes han asesinado a mis padres. No me dejéis sola, os lo ruego —le suplicó entre gemidos.

—Esos canallas ya no te harán nada. Levántate, vamos —le pidió—. Después serán enterrados como corresponde a unos seres humanos.

Pensó que, para el altivo pueblo apache lipán de la frontera, resultaba más inhumano vivir que morir, atosigados por aquel pueblo llegado hacía unos años del norte: los comanches, una tribu hermana que no conocía ni la piedad ni la clemencia. Había visto algunos cuerpos decapitados, cráneos fragmentados y ancianos mutilados, y sabía que lo hacían por el solo placer de matar y de sembrar el terror.

—¿Cómo te llamas? —la consoló.

—Wasakíe, señor. Llevo dos años en la misión, huyendo de esos demonios —dijo tenuemente.

—¿No estás bautizada aún?

—No, señor —musitó—. Fray Alonso nos estaba preparando.

—Vete con los otros, anda. ¡Qué locura, Dios mío! —exclamó.

Wasakíe se incorporó al grupo de llorosos hermanos apaches algo desorientada, regalándole una mirada de reconocimiento inefable al sargento mayor, que se ablandó con el gesto de la indiecita. Pedro de Arellano se fijó que en la mano apretaba una *quena*, una flauta hecha con un hueso humano, y que de su cuello colgaba una bolsa de piel de venado con tiras colgantes. Supuso por su grosor que la niña llevaba algunas mazorcas de maíz en ella, como era usual entre los apaches.

En el morral lucía grabado un sol en tonalidad roja, y también un extraño símbolo geométrico que él conocía bien de sus años de servicio en la frontera. Se trataba de una figurilla esquemática con las piernas dobladas, de brazos cortos, con el dorso triangular y sobre la cabeza un casco cónico. Era la forma con la que los indios representaban a un conquistador español en sus jeroglíficos y dibujos, desde hacía dos siglos. Le extrañó sobremanera, pero no era el momento de registrar a nadie, y menos a una niña. Con un gesto expeditivo la apremió a que se reuniera con los otros chiquillos en la plazuela de la iglesia. Pero aquella sorprendente imagen pintada de un español lo había dejado pensativo. ¿Por qué tenía grabado precisamente aquel símbolo?

No obstante, lo olvidó de inmediato. Tenía otras cosas más importantes en que pensar, como buscar a algún comanche herido o emboscado de los que se habían atrevido a profanar lo más sagrado.

Los españoles estaban sobre aviso y don Diego no dejaba de mirar en dirección al este por si regresaba la brutal jauría. En lontananza, alineados sobre una loma, vieron a los comanches agrupados, como si estuvieran evaluando atacar de nuevo, o huir. Sin embargo, un convoy de refuerzos y acémilas cargadas con avituallamientos que se dirigía al presidio, proveniente de San Antonio, los disuadió. Al poco, los comanches desaparecieron tras las colinas, no sin antes proferir atroces gritos de guerra.

El sargento Arellano facilitó al coronel la novedad de las bajas.

—Señor, han asesinado a veinte apaches amigos y a cinco españoles. Otros morirán de sus lesiones. Los heridos son cuantiosos, pero se recuperarán. Hay dos niños que han quedado huérfanos, y fray Miguel no pasará de esta noche.

Los salvados, españoles, mexicanos e indios aliados se negaron a abandonar la misión y protegerse en el fortín. Deseaban enterrar a sus muertos, buscar sus ganados dispersos y curar a sus heridos.

—¡Bien, os dejaré una escolta de quince dragones para que os protejan y también al cirujano del regimiento, mientras llegan los refuerzos! No creo que

se atrevan a regresar de nuevo. ¡Estaremos alerta!

»¡En marcha! ¡Al presidio! —exclamó Ortiz, y montaron.

El tambor de órdenes resonó y los dragones se alinearon en fila de a dos. Los dos niños apaches que habían perdido a sus familias cabalgaban con ellos mudos como efigies, pero sin emitir un solo gemido. Wasakíe, silenciosa y asida a su faltriquera y con el hatillo de sus parcas pertenencias colgado del cuello, iba en la montura del sargento Arellano, fuertemente abrazada a su cintura. A lo lejos, provenientes de la aldea de San Sabá, se oían lastimeros cánticos indios y alaridos de dolor.

Con la opacidad del atardecer, el sargento Arellano volvió la cabeza y observó el humeante poblado, que tomaba caprichosas formas. Parecía un lugar irreal y fantasmagórico, donde reinaba únicamente el dolor.

La columna punitiva de los dragones reales volvió grupas y galopó de regreso hacia el presidio, dejando atrás la desolación y la muerte. Fustigaron a los caballos y descendieron por una hondonada de matorrales que los devolvería a la seguridad del recinto amurallado.

Todos estaban al tanto de que más pronto que tarde, a aquellos salvajes se les aplicaría de la forma más expeditiva el castigo que solo conocían los dragones del rey. El revés recibido sería devuelto con la conocida contundencia del indómito coronel Ortiz de Parrilla, un veterano forjado por la frontera, que no se dejaba intimidar.

Y los comanches también lo sabían.

El sol se batía en retirada cuando regresó la columna al fortín.

Las mujeres, el capellán y los centinelas los recibieron con gozo. Siempre que salían del fuerte, el miedo les oprimía el alma. Don Diego, en un incontenible torrente de recomendaciones y disposiciones, reordenó la guardia. Arellano le pidió al oficial acoger a la niña india y este accedió. Los niños fueron admitidos por el capellán, que los alojó en el barracón donde vivían otros tres apaches que habían perdido a sus familiares.

Doña Josefina Gago, esposa del sargento mayor Arellano, recibió con agrado a la niña india en su cobertizo, aunque algunas mujeres cuarteleras chismorreaban entre sí. La señora, que se tocaba con una mantilla castellana con la que recogía su pelo castaño y bien peinado, la miró intensamente, con conmiseración, y le sonrió. Quedó consternada al ver la cara de Wasakíe tan apenada, vulnerable y vacía.

Nunca comprendería a aquel aguerrido y austero pueblo apache. Había perdido a sus padres de forma atroz hacía solo unas horas y no exteriorizaba el menor pesar, ni lloraba. Parecía que nada de su alrededor la afectaba y que aceptaba su sino.

Josefina no solía disentir de las decisiones de su marido y aceptó quedarse con la huérfana hasta que una familia compasiva se hiciera cargo de ella definitivamente o la reclamara su tribu lipán. El ama de casa, una mujer con genio y con un valor nada desdeñable, había seguido sin rechistar a su marido desde su Chihuahua natal por algunos presidios de la frontera, Tubac, Albuquerque, Tucson, Laredo y ahora San Luis, con mucho, el más expuesto de Nuevo México. Habían sufrido juntos muchas penurias y siempre con el miedo pegado a su garganta.

La dueña temía por la seguridad de los suyos, y en especial de su único hijo, el pequeño Martín, la razón de su vida, que se había criado en los patios de los cuarteles donde había estado destinado su padre.

Wasakíe consintió lavarse a solas en una jofaina de porcelana desconchada y ponerse un vestido usado pero limpio, sobre el que doña Josefina colocó un pequeño escapulario de la virgen de Guadalupe, de la que era muy devota. La niña, que no había dicho una sola palabra, salió al comedor, que olía a alhucema. Con mirada ausente y ojos dilatados sintió arder las lágrimas en la garganta.

Pero ahogó el llanto al ver ante sí a un niño que la observaba con inusitado interés. Vestía como un pequeño soldado, con un calzón blanco, botas de montar y chaleco azul sin cuello y con botonaduras doradas. Su figura suscitaba simpatía por sus labios pulposos y una mueca adorable en los cachetes cuando sonreía. Tenía el cutis sonrosado, aunque curtido por el viento, el pelo castaño peinado hacia atrás y unos ojos grises que relumbraban con arrogante intensidad.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el niño en castellano.

—Wasakíe —dijo la niña con una voz apenas audible.

—¿Qué significa Wasakíe? —se interesó el jovencito.

—«Aroma de azúcar» —contestó en su dulce español.

—Yo me llamo Martín, como mi abuelo, y un día seré soldado del rey, como mi padre. Nací en un presidio real de Tejas y siempre he vivido en un cuartel —contestó ufano y sin que le preguntara.

Deseaba hacerse accesible y, con la simpatía que comunicaba su rostro cordial, el pequeño anfitrión preguntó a la recién llegada:

—¿Cuántos años tienes? Yo cumplí once en la pasada Pascua.

—Tengo doce —contestó con timidez la india, intercalando algunas palabras de su nativo athabasco apache—. En la Luna del Otoño cumpliré trece. Y según las costumbres de mi pueblo, ya podré desposarme con un guerrero de mi tribu.

El zagal la miraba embobado, pero no comprendió en toda su exactitud aquella declaración y prosiguió interrogándola. Su primera impresión fue que la niña poseía una ternura que contagiaba y que algo infame le debía de haber ocurrido, pues una mueca de melancolía y tristeza asomaba en sus pupilas. Conocía a otras chiquillas apaches de cabellos espinosos y alborotados que vivían en los alrededores del fortín, pero al mirar el cuerpo y el rostro de aquella desconocida que había invadido su espartano hogar, le apeteció convertirse en su amigo. Era más fina que las otras. Su pelo era de finísimo azabache y unos pómulos salientes, morenos y redondeados le embellecían los ojos del color de las avellanas.

Al reírle tenuemente, Martín percibió que sus labios rojos escondían una dentadura perfecta. Realmente no se parecía a las crías apaches con las que solía jugar en el patio de armas y en la misión los días de mercado.

—¿Te ha traído aquí mi padre para salvarte de los comanches?

—Sí, eso creo. Han asaltado la misión y han matado a mis padres —le dijo abrumada por la pena, pero sin soltar una lágrima.

Poseído por un espontáneo furor, el niño le replicó:

—Mi padre y sus soldados los castigarán, y si no... lo haré yo. Sé montar a caballo y cebar un fusil, ¿sabes? También soy el monaguillo del capellán del fuerte —le participó ufano y le mostró un pequeño rifle hecho de madera de fresno, que el crío simuló disparar.

Wasakíe le sonrió levemente por su insolencia infantil, y le dijo:

—Desde hoy te llamaré Wakeda, «el que dispara».

La niña, al verse tan colmada de un afecto por el despierto chiquillo, al que no estaba acostumbrada por parte de los colonos blancos, le confesó:

—Aún no he rezado por la muerte de mis padres.

—Pues debes hacerlo. Así llegarán antes al cielo —adujo el niño.

—Claro. También es nuestra costumbre. Debo elevar una oración al Gran Espíritu para que encuentren el camino de luz. No pude concluir mis rezos en el poblado. ¿Se molestarán tus padres?

—No lo creo. Mi padre está con el coronel escribiendo un parte para enviárselo al virrey de México. Piden refuerzos para perseguir a esos rufianes. Mi madre está en la capilla rezando con el *pater* —la animó.

La india, con seria gravedad, inundó sus ojos de gratitud. Sonrió a Martín, se le acercó y le acarició su sedoso pelo, manifestándole:

—Creo que la gran estrella Na’k wi-si, la que protege a los pequeños, te ha sugerido que calmes mi dolor, Martín —balbuceó y se atrevió a llamarlo por su nombre.

Con un sosiego gozoso, Wasakíe tomó de su bolsa la flauta de hueso que su padre le había hecho y le explicó al criollo:

—La canción que voy a tañer se llama *Cha-sa-tonga*, o «del pequeño gran hombre», que eres tú, en agradecimiento por tu hospitalidad. Escúchala, niño de ojos de lobo.

Martín la miró pasmado y le sonrió dejando entrever unos hoyuelos magnetizadores en sus mejillas. En unos instantes resonó en la vivienda del sargento Arellano un silbido sinfónico que llenó la habitación de armonía. Enseguida Wasakíe entonó una canción que contenía un melodioso estribillo que Martín no llegó a comprender, pero que denotaba que aquella apache poseía una sensibilidad exquisita para la música:

—«*Mae-tha, yan mun ga, mae-tha*» —repitió varias veces, recordando a su madre y halagando a su pequeño protector.

Al concluir la sonora plegaria y observar la cara de asombro y fervor de Martín, Wasakíe notó que sus penas se habían aligerado. El españolito se le acercó, le presionó con su mano menuda el hombro y le acarició suavemente sus mejillas. Ambos halagos traspasaron el alma desgarrada de la niña. Había mucho afecto en aquel singular niño. Y en su soledad pensaba que en lo sucesivo podía confiar en él.

La noche cayó de golpe y el viento del sur movió con fuerza las malezas. Llegaron los padres de Martín y acompañaron a la huérfana a un exiguo cuarto donde habían improvisado un camastro de paja y lona con un crucifijo en la cabecera y una bacinilla mexicana a su lado.

—Duerme y descansa, y no te preocupes por nada —la consolaron.

La niña esgrimió una mueca de agradecimiento. Luego, en el silencio de la oscuridad, entresacó de la almohada la bolsa que le había confiado su padre con la figura ritual de un español por una parte y un sol por la otra y la apretó contra su pecho. Luego la escondió bajo el lecho. Era lo más valioso que poseía y el único recuerdo que le quedaba de sus padres.

«Guárdalo, mi niña. Perteneció a nuestros ancestros y en él va parte de la memoria del pueblo lipán. Perteneció a un conquistador español como los que hoy nos acogen. A aquel guerrero blanco, enviado de los dioses, nuestros padres le llamaron en idioma topi Tawa’pah, o “El hijo del sol”. Son escritos

sagrados y muy valiosos, defiéndelos con tu vida», le rogó antes de emitir su último suspiro.

Wasakíe oyó los coyotes de la pradera aullar y se tapó la cabeza.

Al poco, un leve llanto precedió a un turbulento sueño de pesadillas.

3

Tejas

Martín conocía por su padre que el apache era un pueblo errante que habitaba un vastísimo territorio que abarcaba desde la Luisiana hasta Arizona, y que, empujados por los comanches, habían buscado la protección de los fuertes y misiones españolas del Virreinato.

Apaches chiricahuas, mescaleros y lipanes vivían de la caza, de la recolecta de frutos y del cultivo del maíz, que luego vendían en los mercados de Nuevo México.

Aquel éxodo obligado, empujados por los fieros comanches y yutas, había constituido una tragedia para su pueblo, hasta que los cuatro grandes jefes apaches firmaron un tratado con España, que llamaron La Paz del Álamo, que les permitió asentarse junto a los presidios, comerciar y vivir protegidos por los frailes y dragones del rey.

Los comanches nunca les perdonaron semejante alianza contra natura, aliándose con los hombres blancos. ¿Pero qué podían hacer si no? Era cuestión de supervivencia para los lipán.

Wasakíe seguía cobijada en el cobertizo del sargento Arellano, donde su consternado ánimo había recuperado la calma. Martín la buscaba cada mañana y, gracias a su afecto y compañía, no se sentía tan descorazonada por la pérdida de sus padres. La destrucción y expolio de San Sabá había conducido a los apaches a abandonar las cercanías de los presidios y emigrar hacia el sur, para evitar la colisión con los comanches, fundando nuevos poblados en Guadalupe y Frío, por lo que no pudo ser entregada a ninguna familia de su raza.

Martín se alegró sobremanera de que la niña apache permaneciera en su hogar, y la familia Arellano, con la anuencia del sacerdote, se ofreció a educarla y a cuidarla el tiempo que fuera preciso. La huérfana se acomodaba a la vida del fortín, donde asistía con los otros niños a la catequesis del padre Leonardo y a las clases de ortografía y aritmética. Despertaba antes del alba,

cuando aún no había sonado el tambor de órdenes convocando a la tropa al patio de armas, para ayudar en los quehaceres del hogar a la poco habladora doña Josefina, que solía preparar a aquellas horas la melaza, las tortas de harina y la carne curada para el desayuno de la tropa.

Martín, ante la dificultad de pronunciar su nombre apache, la llamaba afectivamente Azúcar y ella le sonreía con complicidad y lo llamaba con el nombre indio de Wakeda, que a Martín le seducía.

Él, a su vez, conforme aprendía palabras indias, comenzó a llamarla *wihetonga* («gran hermanita»), y ella abría su amplia y dulce sonrisa.

El sargento mayor, don Pedro de Arellano, hombre de naturaleza combativa, sentía una especial animadversión hacia los comanches, a los que tachaba de ladrones intratables y de fieras inhumanas. La nueva inquilina pronto se dio cuenta de que su protector blasfemaba, que era un soldado impaciente e irascible, aunque sensible en el hogar y compasivo.

—¡Dios confunda al gobernador y al virrey! Seis meses desde el ataque a San Sabá y aún no han enviado un mísero recluta —opinaba sobre sus superiores en presencia de ella, de su mujer y de su hijo.

Aseguraban en el presidio que don Pedro combatía con una valentía endemoniada, por lo que se había granjeado el respeto de sus soldados y del coronel Ortiz, que lo tenía además por un estimable estratega. Y Martín lo adoraba, pues era el espejo donde se miraba para un futuro en la milicia.

En la fortaleza vivía una docena de niños, de los cuales cuatro eran apaches, entre ellos Wasakíe. Martín percibió desde el primer día que era una niña fuerte y que rara vez expresaba sus sentimientos. Nunca había visto lágrimas en sus ojos. Se lavaba a diario, cuidaba de su ropa y ayudaba a su madre, que estaba encantada con su presencia y con la atención que prestaba a sus enseñanzas. Más que una carga, había supuesto para ella una ayuda inestimable, y hasta le enseñó a la dueña cómo se cocinaba el guisado *chippewa* de pescado de río, con maíz y cebollas silvestres, que tanto alababa don Pedro.

Martín pensaba que se habían conocido gracias a la guerra con los comanches, aunque deploraba la terrible pérdida de sus padres, y le complacía su compañía. Wasakíe compartía la comida y el rancho que se hacía para todos los que habitaban el presidio, y con ellos celebraba sus fiestas canónicas y religiosas, aunque ella seguía la vieja religión de sus progenitores. Martín compartía con la niña los grandes planes para su futuro y, cuando no había

peligro, salían juntos a jugar al arroyo, donde imaginaban aventuras y viajes imposibles.

A veces se remangaba los pantalones y ella el vestido, y cogían frambuesas silvestres, cangrejos y peces en las grumosas aguas del Colorado, o recorrían el presidio desde las cuadras al polvorín, llevándose las regañinas de los soldados.

—Como no nos conocemos apenas, inventemos nuestro pasado y juguemos a ser lo que realmente deseamos. ¿Tú qué ansías ser?

—Yo un capitán de dragones de Su Majestad. ¿Y tú, Azúcar?

—Yo una «mujer medicina», como mi madre. Conozco las virtudes benéficas de las plantas y sé hacer emplastos curativos —le dijo la niña.

—¿Tu madre era también apache, Wasakíe?

—No, era una mestiza mexicana, de Laredo, donde yo nací, en la otra orilla del río Grande, donde conoció a mi padre, Yukpá, «el risueño», un apache guía de los dragones en su juventud, hijo del famoso jefe Hobachee. Todos lo querían por su bravura. Murió en San Sabá defendiéndonos a mi madre y a mí. Me escondió bajo una pila de lavar y me salvó.

—Un guerrero valiente y una madre mexicana. Ahora comprendo por qué a veces no pareces una apache —la halagó—. ¿Tu madre era cristiana?

—Sí, claro, aunque no desdeñaba las creencias apaches y sus ritos. Se llamaba María y curaba a los enfermos de San Sabá. El Gran Espíritu los ha llamado con demasiada prisa.

Wasakíe enseñó al españolito el lenguaje mímico que usaban los indios del Nuevo Mundo y con el que se entendían entre sí las tribus del norte, como los iowas, los mohicanos, los sauk y sioux, los kickapú del oeste, y los apaches, creek, chiricahuas, comanches, mescaleros o seminolas del sur. Martín no tardó en aprender los rudimentos de aquel asombroso y práctico idioma universal, y con pueril intención comenzó a entenderse con Azúcar, su *wihetonga*, o «gran hermanita», utilizando sus muecas para desesperación de doña Josefina, que los creía locos.

Con la mediación de fray Leonardo, Wasakíe enseñó a los demás niños de la escuela, apaches y blancos, un divertido juego, el *lacrosse*, llamado así por los indios de las llanuras. Se trataba de golpear con largas raquetas una pelota de cuero que debían introducir entre dos palos adornados con cintas, aros y plumas. A Martín y a la chiquillería les gustaba jugar, y a veces se enfurecía si no lograba dominar la bola. La cara se le volvía roja y bufaba al correr.

—Wakeda, eres tan irascible como un indio cherokee, o como una anciana desdentada —le gritaba Azúcar para pincharlo.

La niña apache le regaló en la Pascua de la Natividad un carcaj confeccionado con piel de puma y un arco pequeño de inspiración omaha, hecho con madera de sauce y tendón de búfalo, así como varias flechas de *sotol* («cactus seco») con puntas de obsidiana unas y otras, con garras de un puma que vieron muerto en la pradera, y que se lo hizo a escondidas para regalárselo en la festividad.

El sargento aprobó el regalo, no así doña Josefina.

—¿Cómo has hecho esta maravilla, Wasakíe? —preguntó don Pedro.

—Con madera de roble muerto por un incendio, según el modo apache. Lo cogí en San Sabá, en un día de mercado.

—Cuando practiquéis, llamadme. Puede ser peligroso.

Martín y Azúcar conquistaron con el transcurrir de las semanas vividas en la fortaleza una amistad sin fisuras. La nieve y el frío visitaron la frontera, y los copos eran tan gruesos que la vida parecía verse a través de trozos de cuarzo. Pero a primeros de marzo brotó la primavera con todo su esplendor, claridad y exuberancia y se vieron las primeras mariposas.

Arellano y el coronel bramaban contra el virrey de Nueva España por su tardanza en enviarles refuerzos, y el presidio y quienes vivían en él se hallaban en un estado de tensa espera y hasta de desesperanza.

Azúcar y el pequeño Martín sesteaban una de aquellas tibias y lluviosas mañanas tendidos sobre la hierba fresca del arroyo, con las manos debajo de la barbilla, mientras imaginaban la mágica y fabulosa Ciudad Blanca llena de oro, perdida en la memoria de las leyendas de los apaches, que a la niña le habían narrado tantas veces. Y como si cabalgara sobre las nubes rojizas del horizonte, el zagal entrecerró los ojos, pues le parecía haber descubierto una columna de carros, caballos y hombres que se acercaba por el neblinoso camino de San Antonio. A causa de la lluvia debía de estar intransitable, razón por la que avanzaba tan lentamente. La euforia iluminó la cara del chiquillo, que dio un brinco.

—¡Llegan las tropas del virrey! Corramos al presidio.

Al mediodía, un regimiento completo comandado por el capitán Oyarzun, y bajo un copioso aguacero, hacía su entrada en el fortín de San Luis de las Amarillas. Los carros se hundían en el barro y se oía el chasquido de los látigos y las voces de los experimentados arrieros mexicanos. Don Diego y el sargento Arellano se abotonaron las chaquetas y salieron al patio. Saludaron marcialmente al oficial al mando y le dieron la bienvenida.

Martín, bajo el toldo del cobertizo, miraba extasiado la nueva tropa: quinientos soldados hispanos, más de un centenar de apaches amigos que harían de guías, un millar de caballos de guerra y más de quinientas mulas cargadas con fusiles Brown Bess, uniformes nuevos, botas, pistolas, rodela con el emblema de España, lanzas y víveres.

«Por fin, Azúcar alcanzará su venganza —caviló con la mirada iluminada—. Esos comanches pagarán muy caros sus crímenes».

Los caballos, cansados y sudorosos, resoplaban y piafaban.

Aquella compacta fila de soldados era pura delicia para la imaginación del chiquillo. Adoraba la milicia. El acuartelamiento bullía de actividad, traqueteo de carros, órdenes y agitación de hombres y animales, que se acomodaban en los barracones y cuadras. Solo los centinelas permanecían inmóviles en las garitas de los torreones. El proceso de acondicionamiento era lento, pero se percibía un ambiente de prisa, desagravio y esperanza para los hispanos.

Los comanches que habían asaltado San Sabá recibirían su merecido cuando los nuevos soldados fueran convertidos en dragones de cuera, bajo la estricta disciplina del sargento mayor Arellano y con las clases de tiro que impartía el coronel en persona.

A lo lejos, a una distancia de dos millas, se recortaba sobre un cerro pelado la silueta de varios comanches que observaban la llegada de la nutrida tropa. Pronto el jefe Garras de Águila conocería la adversa noticia y pondría a sus guerreros en estado de guerra.

Martín y Wasakíe admiraban el formidable ejército en marcha.

El caliente viento del sur afinaba su silbo al ritmo de los tambores del regimiento de dragones, quienes con febril determinación transitaban bajo las órdenes del coronel Ortiz Parrilla, hacia río Rojo, en busca de las guaridas de los comanches. Aquel día de estío, con un cielo desprovisto de nubes, y después de un año y cinco meses del asalto y masacre de San Sabá, la expedición punitiva entonaba un viejo himno, cantado durante siglos en la vieja Iberia.

—«¡Viejas espadas, glorias pasadas, Santiago y cierra España!».

Martín, Azúcar y doña Josefina aguantaban las lágrimas al despedirlos. Temían que, en alguna de aquellas escaramuzas, el sargento fuera herido o abatido e irrumpiera la desgracia en la familia.

«A pesar de la lentitud del envío de refuerzos, hoy, festividad de San Bartolomé Apóstol, 25 de agosto del año del Señor de 1759, la tropa a mi mando, llegada de las guarniciones de Río Grande, San Luis de Potosí y Tejas, se dispone a dar cumplida respuesta a los comanches rebeldes y a otros indómitos indios de la frontera, tónkawas y wichitas, con la contundencia y severidad que merecen, tras haber expoliado y profanado la iglesia de San Sabá y asesinado a inocentes. En manos de Nuestro Señor dejo mi justa misión», había escrito el coronel en su diario de campaña.

Los dragones del rey cabalgaron por las llanuras durante días sin encontrar a las partidas responsables de la matanza de San Sabá, bien conocidas por los guías apaches, a los que los hispanos llamaban “genízaros”. Cruzaron las escarpaduras de Balcones y cruzaron el río Colorado del sur, exento de poblados comanches o de sus aliados. Según los exploradores, parecía que se los había tragado la tierra. En las orillas de los riachuelos que cruzaban no aparecían huellas de caballos, y la desolación cundió en el ejército español, que avanzó sin rumbo fijo hacia el río Brazos.

No había expirado septiembre cuando, de repente, el sargento Arellano, que cabalgaba en solitario con dos batidores, divisó un poblado comanche y tónkawa cerca de un riachuelo que desembocaba en el Brazos. Se alzó sobre el arzón de su montura y su corazón se aceleró. Puso el dedo en sus labios y volvieron grupas sin hacer ruido para avisar al grueso del ejército, ávido de entrar en batalla y cobrarse un severo desquite.

—¡Caballeros, una comanchería enemiga se halla en una vaguada cercana conocida por esos paganos como Yojuan! ¡Por los caballos robados, los genízaros están seguros de que participaron en la masacre de la misión! —les informó el coronel—. Partiremos antes del amanecer.

La venganza.

Los dragones parecían estar aquel crepúsculo matutino de buen humor, como si el inminente ataque sirviera para recuperar la dignidad perdida. Las exigencias de Ortiz eran claras: disparar a discreción y no dejar un comanche vivo. Según el coronel era pan comido. Llegaron a las inmediaciones como ladrones en la noche y, cuando el oficial español divisó con su catalejo el poblado donde aún dormían sus moradores, vio entre los humos que salían de los tipis y las primeras luces del alba un largo mástil con una bandera de Francia que presidía el poblado. Su intenso color azul y la gran cruz blanca con tres flores de lis que la cruzaban así lo proclamaba. No podía creerlo.

—¡Malditos franchutes! Esos están detrás de los ataques —le avisó.

Arellano despotricaba de Francia sin poder contenerse:

—¡Malnacidos! Sin sus rifles, estos perros no serían nada —dijo con ira—. Su insolencia hacia nosotros les viene de los franceses.

Ortiz, que esgrimía su ceño perpetuo, asintió, antes de disponer que los artilleros orientaran los cañones hacia el recinto y que sus hombres, pie en tierra, prepararan las mechas, la pólvora, las pistolas y las baquetas, para lanzar la primera andanada al surgir el astro rey.

Mientras tanto, los dragones, jinetes sobre sus monturas, rodeaban el poblado tras vadear el lecho del río, atentos a que Ortiz diera la orden de atacar. El poblado les pareció un mundo flotante, y solo se escuchaba el ladrido de algún perro y el piafar distante de los caballos.

Jinete sobre los estribos, el coronel dio la orden de disparar.

El estruendo de fusiles y cañones resultó atronador. Súbitamente aparecieron figuras negras y descontroladas de los tipis y comenzaron a arrojar andanadas de flechas hacia donde venía el fuego, describiendo parábolas de muerte. Aunque apenas alcanzaban sus objetivos, algunas se clavaban en las rodela. Un grupo de indios se acercaron a los dragones y dispararon los fusiles en posturas inverosímiles, entre gritos salvajes y aullidos de muerte.

Y aunque buscaban el modo más favorable para defenderse del ataque, caían uno tras otro ante los certeros barridos de los fusileros hispanos. El silbido de las flechas comanches y tónkawas y de los fusiles franceses fue disminuyendo, pues los más huían en todas direcciones, escapando de la escabechina. Los oficiales, con sus pistolones de chispa y el sable en ristre, se abatieron en el poblado y persiguieron a los que se fugaban buscando su supervivencia en los bosques de abedules y los riscos del riachuelo.

Al cabo de unas horas de combate, el sol iluminaba con toda su crudeza a los indios muertos que yacían en la arena donde habían caído, y a algunos dragones que combatían cuerpo a cuerpo con los guerreros comanches rezagados. Cesó el fuego y el humo blanco del ataque de la artillería. La contienda finiquitaba y se oyó un gran griterío por haber compensado la aniquilación de San Sabá.

Quemaron su cosecha, sus balas de heno y las pieles que se secaban al sol, y se apropiaron de cerca de seiscientos caballos y algunos ponis y mustang. Los comanches que les habían hecho frente habían quedado estragados y abatidos tras el fulgurante ataque. Sin embargo, los dragones del rey vieron cómo un numeroso contingente de jinetes se perdía de vista aullando y con sus plumas de colores al viento. La contundente victoria no había sido completa.

Cuando el sargento Arellano comenzó a calcular las bajas, pensó que después de tantos años de milicia le daba escasa importancia a los que habían

caído, incluso a los de su mismo bando. Para el alto oficial solo era un horror, un farrago viscoso de miembros amputados y ensangrentados.

«La guerra nos vuelve insensibles y sádicos como las fieras —reflexionó—. Pero ¿importa algo la manera de morir, o de vivir? Comprender el mecanismo de este juego infernal no está a mi alcance».

Caballos sin jinete galopaban desaforados. Guerreros, mujeres y niños corrían por las orillas batiéndose en retirada, mientras los dragones disparaban a toda silueta que escapara. El tambor de órdenes repicó y se agruparon en el mástil, donde quemaron la enseña francesa.

—¿Está entre los muertos Garras de Águila? —preguntó el oficial al sargento mayor, cuando el campo de combate se serenó.

—¡Los apaches aseguran que no, mi coronel! Ha debido de escapar. Han sido abatidos un centenar de comanches y se han hecho prisioneros cerca de doscientos, muchos de ellos heridos. Se han recuperado además más de cien caballos de los robados en San Sabá.

—Y de los nuestros, ¿alguna baja, Arellano? —se interesó.

—Dos guías apaches y dos caballos de los dragones reales, señor.

Ortiz de Parrilla estaba insatisfecho y ordenó al sargento:

—Que partan inmediatamente tres exploradores para cerciorarnos de la dirección tomada por los huidos. No hay que darles cuartel.

—Es posible que con este escarmiento sea suficiente, coronel —opinó el capitán Oyarzun, asintiendo Arellano.

El comandante en jefe alzó la vista y observó los cerros limítrofes donde crecían innúmeras florecillas azules y amapolas, y reflexionó. Después los miró desde lo alto de su alazán y escupió al suelo.

—Hemos de responder a sus tropelías en consonancia, señores. O se destruye completamente al enemigo, o no podremos hablar de victoria —dijo grave—. ¡Los perseguiremos hasta sus guaridas!

A los prisioneros se les ató con lazos de reses, y con un destacamento se los envió a la misión de San Agustín. Era un abigarrado grupo de comanches jóvenes y de algunas mujeres y niños que habían salido como conejos asustados de sus tipis, y a los que el ligero viento del sur secaba las lágrimas.

Una jauría olía el pegajoso amasijo de cuerpos inertes y una nube de pavesas quemadas por el incendio flotaba en el aire.

Era el olor de la muerte y la destrucción.

Tejas

Poblado wichita de Taovaya
17 de octubre de 1759

Una nube de polvo rojo iluminada por el fulgurante sol de Tejas precedía al ejército español, que se disponía a sacar de sus cuevas y madrigueras a los comanches y a sus feroces aliados.

Dos semanas después de la contundente victoria sobre los atacantes de San Sabá, se oían por las inmediaciones del Río Rojo sus rítmicas pisadas. Dos cureñas con sus cañones aplastaban la tierra, y el sonido de los cascos de las caballerías elevaba al aire un ruido infernal. Nada más temible que un ejército en marcha, y más si este era de dragones.

La resolución del coronel Ortiz de perseguirlos no había flaqueado un ápice, conocido su arrojo y determinación. El oficial no le había dado un respiro a la tropa, y los guías apaches volvieron al anochecer. Tenían noticias sobre las partidas que habían huido del poblado tónkawa, refugiándose en un fortín del pueblo wichita al que llamaban Taovaya.

—Garras de Águila se encuentra parapetado tras sus muros. Hemos avistado varios centenares de guerreros y están preparados para hacernos frente. Pero puede ser una trampa, señor. Cuidaos de esa serpiente venenosa.

El oficial asintió, pero pareció no escucharlos. Atacaría.

Amaneció un fresco día otoñal. El ataque sería inminente.

Los exploradores avistaron en la orilla opuesta del río una partida de comanches vestidos estrafalariamente con sucios vestidos europeos y uniformes ajados de oficiales franceses. Sus contornos negros apenas iluminados por el sol naciente se recortaban intimidantes en los cerros.

Ortiz ordenó a los dragones poner pie en tierra y que mostraran su fuerza con una carga y después con otra, dispersándolas por los alrededores. Con las

atronadoras deflagraciones la temperatura enardeció el ambiente y caldeó el ardor del excitable coronel, que estableció que una partida de dragones, con los dos cañones, persiguieran a los indios.

—¡Tras ellos! Sargento, seguidme con vuestro escuadrón. Los demás quedaos aquí para vigilar la retaguardia —dijo terminante el capitán Oyarzun, que pensó en lo peligroso de la estrategia.

Arellano meneó la cabeza en desacuerdo con su comandante. Una corriente de opositora terquedad se había instalado entre los dos experimentados militares. Era evidente que era una artimaña comanche.

Tras el cañaveral se extendía una ciénaga y frente a ella, un cerro rocoso, donde según los guías apaches se había ocultado un contingente numeroso, encabezado por el escurridizo jefe comanche y asistido por los ágiles jinetes wichitas, taovayas y tawakoni. Los hispanos se detuvieron. Ante los ojos de la expedición apareció la impronta del pueblo fortificado de Taovaya, un farallón de arcilla rojiza, inexpugnable y amedrentador, erizado de guerreros vociferantes.

No convenía avanzar ignorantes de sus posiciones. La compañía de Arellano aprovechó para cargar los fusiles y los artilleros encendieron las mechas. Al instante escaparon los proyectiles de los cañones, que sonaron ensordecedores en el muro del fortín indio, del que se desprendían trozos de marga y barro. Las balas silbaban, pero los asediados no contestaban. Se había hecho un silencio intimidador.

—¡Alto el fuego! —gritó el coronel, que aguardó alterado.

Los dragones miraban a uno y otro lado. ¿Qué ocurría?

De súbito, por encima de las copas de los árboles, surgió una densa ráfaga de flechas que hizo estragos en la tropa hispana, que se hallaba de espaldas. Muchos caían sin poder saber de dónde les había venido el fulgurante ataque. Un centenar de jinetes indios apareció por la otra parte del río, como siniestros demonios pintarrajeados, y con la singularidad de que montaban tendidos en los espinazos de sus ponis y lanzaban lanzas y hachas con una precisión mortífera.

Por vez primera, Pedro de Arellano se quedó inmóvil sin saber a qué peligro atender, pues les venía por todos los flancos. Un guerrero comanche endiabladamente suspendido en su montura, y que parecía haber surgido de la tierra, saltó a la vista detrás de una cañada, seguido por otros comanches, tan jóvenes como él. Sin detener el galope arrojó su lanza, adornada con una pluma negra.

El sargento y el coronel pudieron ver su cara. Se extrañaron de que fuera apenas un mozalbete y que su cabeza estuviera tocada con una cabeza de búfalo, con los cuernos pintados de verde. Fue cuestión de instantes, pero ya era demasiado tarde.

La lanza se hundió en la parte blanda del cuello del sargento Arellano y se lo atravesó. Cayó de la montura y se quedó de rodillas.

—¡Me han... cazado! —exclamó Arellano antes de morir desangrado.

Ortiz alentó a los artilleros a que siguieran arrojando balas, pero cada vez se hundían más en el barro y no podían maniobrar. A los oídos del perplejo coronel llegaron los relinchos de los caballos heridos de los dragones reales y los gritos de sus hombres, que resistían, pero que, al estar en inferioridad numérica, reculaban con cada ataque. El coronel no lo dudó y ordenó al tambor que repicara el toque del repliegue. O abandonaban o sucumbirían todos sin remisión.

—¡Retirada! ¡A la otra orilla! —mandó el comandante.

Tras unos instantes eternos de huida, donde cayeron algunos apaches y colonos, se silenciaron los chasquidos de los fusiles en los dos bandos. En una osada maniobra envolvente, los hispanos se habían visto sorprendidos por una fuerza mucho más numerosa que habían subestimado. Los comanches habían atacado en oleadas con jinetes escondidos en la espesura de las orillas, y habían mostrado una fiereza y una audacia que habían sorprendido a los dragones.

—¡No podemos mover las cureñas, señor! —gritó un soldado.

—¡Abandonad los cañones y retiraos! ¡Vamos! —vociferó Ortiz.

Enterrados en el lodo, quedaban a merced de los comanches. Superados por la celada, los españoles regresaron a duras penas junto al resto de la tropa, que ajena a lo sucedido aguardaba órdenes en el campamento. El encuentro se vio lleno de pesadumbre. Cuando hubieron descansado y restañado heridas, el coronel aguardó al atardecer para retirar los cadáveres de los dragones abatidos, si los comanches se lo permitían.

La desolación y la rabia reinaban en el campamento hispano, y hablaban con murmullos del joven comanche de cuernos de búfalo. Cuando volvieron al campo de batalla a por los cadáveres, el humo seguía suspendido en los tejados del poblado indio. El capitán Oyarzun, con tres carretas, varias mulas y una veintena de hombres, acudió al rescate de los heridos y caídos en combate, sin que fueran molestados por los comanches, que no obstante los vigilaban.

Arellano yacía en un fangal oscuro de sangre. Los comanches, siguiendo su costumbre expoliadora, lo habían desnudado arrebatándole las botas, las armas y el uniforme de oficial de los dragones de cuera. Junto a él había otros cuerpos muertos y tatuados de comanches, abatidos por los sables reales. Sus rostros pintados de blanco, ocre y galones de negro intenso miraban sin ver el cielo cárdeno. Le quitaron el venablo al sargento y se pudo ver el siniestro y sanguinolento agujero que le había dejado en la garganta.

El capitán cogió su sombrero y lo guardó en su faltriquera.

—¡Maldita sea! Esos bárbaros nos han desarmado sin piedad.

Contaron cerca de un centenar de muertos, entre guías y auxiliares, apaches, cadetes de Chihuahua, colonos voluntarios y también varios dragones, que se encontraban desnudos. Muchos caballos de guerra se revolvían en las orillas, destripados y con las vísceras y tendones al aire. A algunos, que aún no habían muerto, les dieron un tiro en la cabeza, pues gemían en los estertores de la agonía.

Cargados de cadáveres, regresaron los carros al campamento, donde reinaba la más triste de las congojas, que se incrementó cuando descubrieron la lona que tapaba los cuerpos del querido y admirado sargento Arellano, un padre para los soldados hispanos, y de cuatro dragones, a los que vistieron con ropas oficiales.

Ortiz de Parrilla, que tenía una brecha en el pómulo y estaba sentado en una piedra debajo de un abedul, no podía quitarse de la cabeza la imagen del joven guerrero comanche que había matado al sargento y a dos dragones con certeros golpes de su jabalina, cuchillo y hacha. Su rictus de fiereza y su bravura le serían difíciles de olvidar.

—¿Era wichita o comanche, ese diablo que acabó con Arellano y sus dragones? ¿Sabéis cómo se llama? —preguntó el consternado coronel a uno de los guías apaches.

En un castellano gutural y con notables yerros, contestó el guía:

—Es hijo de un jefe comanche jupe, y por el tocado de cuernos de búfalo pintados de jade lo conocen con el nombre de Cuerno Verde. Es indomable en la batalla, y también estuvo en San Sabá, señoría. Su nombre indio es Tabivo Naritgant, que quiere decir «hombre bravo».

—¡Que el señor lo confunda y acabe en los infiernos! —gritó.

Cuando las primeras sombras de la noche ocultaron el ardiente atardecer, los hispanos enterraron a los caídos, salvo a aquellos cuyos acuartelamientos estaban más cerca. Los cubrieron con una lona para ser conducidos con sus

familias al amanecer. El coronel elevó una sentida súplica, abriendo una biblia que pareció leer.

—Señor, acoge en el seno de tus elegidos a los que dieron su vida luchando contra esos paganos —rezó—. *Pater noster, liberanos de morte aeterna.*

—¡Descansen en paz! ¡Amén! —respondió la tropa.

A lo lejos se adivinaba la cobriza silueta de Taovaya, sobrevolada por bandadas de cuervos y buitres negros, que en un tétrico festín devoraban los despojos humanos abandonados en el río. Aquella noche de lamentos y muerte, iluminados los rostros con el fuego de las antorchas de resina, nadie pudo dormir, y velaron a los apaches y compatriotas difuntos. El capitán Oyarzun aprovechó la ocasión para reconfortar a los heridos y después para hablar con Ortiz. Sin afectación lo reanimó. Sabía que se sentía responsable del desastre.

—Sé que la tenacidad y el valor de estos dragones no conoce límites, mi coronel, pero para enfrentarse a esos bárbaros sería necesario quintuplicar nuestras fuerzas y abastecerlas de armas.

Ortiz asintió y se sumió en un grave mutismo. Después habló:

—Siento profundamente la muerte de estos valientes. Pero he de decirles que los guías apaches no me informaron de las verdaderas fuerzas que se ocultaban en esa zahúrda. Nos han sorprendido y, encima de perder a hombres valerosos, he extraviado dos cañones. No me lo puedo perdonar, ¡vive Dios! —se lamentó.

—Claramente nuestra situación en la frontera no es buena, señor.

—¡Es desastrosa! En unas semanas me entrevistaré con el virrey en México. Le trasladaré el informe de la operación y le expondré los motivos del fracaso. O la Corona se implica con más fuerzas y efectivos, o nunca controlaremos el norte de Nuevo México, que quedará en manos de esos salvajes —deploró, desencajado.

—Y más aún si conocemos que Francia los ayuda, y que incluso puede estar detrás del ataque a San Sabá. ¡Los muy arteros!

Los oficiales se retiraron a sus tiendas tras dejar el campamento vigilado. La noche se derrumbó con su lobreguez sobre los hispanos.

El coronel Ortiz de Parrilla abandonó las cercanías de Taovaya con parte de la tropa y un carro con cuatro cadáveres de soldados pertenecientes al fortín de San Luis. Oyarzun hizo lo propio en dirección al presidio de San Juan Bautista, con el grueso del destacamento. Ambos oficiales se encontrarían tres semanas después en la fortaleza de San Antonio, en el sur,

para redactar por escrito los avatares de la empresa y disolver el regimiento de civiles creado para combatir a los comanches.

Antes de partir, uno de los guías apaches se cuadró ante Ortiz.

—¿Qué pasa, Nonpá («Dos Golpes»)? —dijo a su guía predilecto.

—Señor, un centenar de auxiliares apaches pueblo ha desertado. Lo hicieron en la negrura de la noche. He visto huellas de caballos en dirección al camino del presidio de Bahía —le informó.

—Bueno, al menos no se han unido a esos malditos comanches.

Un sentimiento de fracaso y de vacío se apoderó del coronel Ortiz, que cabalgaba en solitario y sumido en un mutismo inexpresivo. Él había salvado milagrosamente el pellejo, pero en dos días debería entregar los cuerpos de los muertos a sus familias y sentía un gran desánimo en sus entrañas.

Tras dos días de cabalgada, las familias y los vigías de San Luis se asomaron a las barbacanas del presidio al divisar a lo lejos la polvareda levantada por la partida del coronel Ortiz y el resonar de los tambores. La enseña blanca de la lejana España ondeaba al viento. Al acercarse vislumbraron por sus semblantes abatidos que regresaban dos meses después más cubiertos de fracaso que de gloria y celebridad.

Cruzaron el portón en medio de los funestos presagios de los moradores. Ortiz, desde su caballo, les informó del doble destino de la tropa: «Primero victoria y después decepción y desastre», dijo apenado.

La amargura y el dolor se reflejaron en las miradas de las esposas y niños, y lamentos inconsolables se alzaron cuando apartaron la lona y vieron los cuerpos exánimes de algunos de sus esposos, entre ellos el del experimentado sargento mayor Arellano, el alma del fortín. El coronel no pudo consolar a Josefina y a las esposas y familias de los fallecidos.

Martín y Wasakíe se acercaron al carromato con el corazón golpeándoles el pecho. La ingrata sorpresa los llenó de dolor y lloraron con impotencia al contemplar su cadáver magullado. Se resistían a asumir su muerte. La adversa fortuna los ponía a prueba con el más trágico de los infortunios. La carreta olía a sudor, a sangre cuajada y a putrefacción, y un enjambre de moscas se posaba en sus llagas.

Martín se fijó en la terrible herida del cuello, en la entrada y en la salida de la lanza asesina, y en el color violáceo de su cuerpo, como si se tratara de una estatua de mármol.

Redoblaron los tambores y los pífanos de la compañía y rindieron las banderas. El fraile, con un hisopo de agua bendita y una casulla morada, los asperjó invocando las preces de difuntos:

—*In te Domine speravi non confundar in aeternum*. El sargento don Pedro de Arellano y los dos soldados gozan del descanso de los justos. Todos agradecemos su vida dedicada al servicio del rey y su gesto audaz para defender la fe de Cristo y a nuestras familias.

—Nos ha conmovido hasta el infinito la muerte de estos dragones del rey. ¡Descansen en paz los valientes! —contestó el coronel Ortiz.

Unas lágrimas furtivas cayeron por el rostro inocente de Martín.

De pronto, Wasakíe tomó su flauta y ante la perplejidad de todos, tocó una melodía desgarradora que resonó en los muros del presidio de San Luis. Acto seguido entonó una canción fúnebre india que extendió su murmullo como una melancólica brisa. El silencio era religioso. Era su modo de demostrar su dolor y de agradecer el refugio al sargento Arellano.

Martín la miró con afecto. La muerte no estaba aún al alcance de su cándida razón y sentía el fallecimiento de su padre como una humillación y una tragedia de la que pensaba que jamás se repondría. La dolorosa visión del cadáver del autor de sus días nubló su vista y sintió su boca tan áspera como el esparto.

Un sol penoso le cegó los ojos y se refugió en el regazo de su madre, sumida como las otras mujeres, españolas e indias, en un llanto devastador. Aquella noche una estrella fugaz, como un negro presagio, se deshizo en el horizonte. Doña Josefina, Wasakíe y Martín se fundieron inconsolables en un sentido y prolongado abrazo. ¿Qué sería ahora de ellos sin la presencia del sostén de la familia?

Habían quedado en la más triste de las orfandades.

Uno de los soldados narró el episodio del fin de su padre y parloteó en voz alta del comanche que surgió colgado de su caballo y que acabó con su vida y la de dos dragones: Cuerno Verde, que ya se hacía trágicamente célebre entre los soldados hispanos, como si fuera un Satán salido de los infiernos. Lo oyó todo y retuvo su repugnante nombre en los pliegues más profundos de su alma. Jamás olvidaría aquel diabólico salvaje, y pidió a Dios larga vida para mirarlo a la cara y arrebatarse el aliento con su espada.

Martín no pudo olvidar durante la noche a los soldados muertos tumbados en las raídas tablas del carromato e iluminados por las antorchas y el azul claro de luna. Ni el láudano que le proporcionó su madre y las caricias que le dio *wihetonga*, su gran hermanita india, aminoró su inquietud y el dolor de su inocente alma.

Al más viejo le habían clavado un asta en el costado y al más joven un hacha le había partido la sien. Surgían como espectros en su mente, y se

repetía una y otra vez: «Cuerno Verde, Cuerno Verde, Cuerno Verde».

Al día siguiente se escapó y siguió a los enterradores hasta el cementerio, en el lindero de un descampado. Martín tiritaba de frío y rabia tras unas zarzas, pero no lloró cuando los soldados arrojaron la última palada de tierra en la última tumba recién cavada, como un agujero infernal, donde quedarían los huesos de su padre para siempre. Nada en la desolación del paisaje retenía su inocente mirada. Los sentidos se le apagaban. La consciencia suspendía los latidos de su cuerpo, y el péndulo que regía los movimientos del universo se había detenido.

Al regresar cabizbajo al cuartel, los dragones lo consolaban y le decían cosas agradables. Pero nadie le devolvería a su padre. Un cabo le dio un boniato asado que el muchacho se echó desganado a la boca.

Vio al coronel Ortiz en el patio de armas, se colocó frente a él y, ante el pasmo de todos, se cuadró y le dirigió un saludo militar.

—¡Por todas las Parcas, Martín! —Y le devolvió serio el saludo.

—Mi coronel, mi padre me decía que toda maldad puede ser vengada en esta tierra. ¿Creéis que tendré tiempo para desquitarme?

—Una venganza valiente nunca llega tarde, zagal —le aseguró.

—Pues entonces me convertiré en su vengador, os lo juro —le prometió, y con la misma marcialidad bajó el brazo y se retiró.

Nadie olvidaría en el presidio de San Luis la impresión causada por el joven hijo del sargento Arellano y su aspecto intrépido ante el comandante en jefe del fortín, que se quedó mirándolo con una sonrisa de satisfacción que abarcaba su cuadrado rostro. ¿Alguien había pensado que había sido un acto indecoroso? Todo lo contrario, era de hombría y valor.

—Este será con el tiempo uno de los valientes que mantendrán la frontera de Nuevo México —opinó uno de los jóvenes dragones.

En la mirada de Martín de Arellano destellaba una rebeldía impropia de un niño de solo doce años. Las lágrimas resbalaron por sus sonrosadas mejillas, pero se mordió el labio inferior para que no lo vieran llorar. Se sentía invadido por una tristeza inenarrable.

Y su mirada gélida, entre gris y azulada, brilló como el acero.

Tejas

Despuntaba la mágica claridad de la luz de la frontera, cuando se escuchó el campanil de la ermita del presidio de San Luis.

Doña Josefina, dos semanas después del fallecimiento de su esposo, don Pedro, se dispuso a asistir al oficio sagrado y se echó a los hombros el velo negro de riguroso luto que guardaba. Desde la muerte de su marido, su inalterable jovialidad se había convertido en un abatimiento difícil de disimular. Al concluir la misa, el coronel rogó a la viuda que lo siguiera a su despacho, una austera estancia donde parpadeaba un flamero con velas encendidas, un armario desvencijado con botellas de brandi y legajos cenicientos, un crucifijo y una panoplia de armas deslustradas y mohosas. Le ofreció una copa de vino, que la señora rechazó.

—Don Pedro, vuestro esposo, ya descansa cerca de Dios —le dijo.

—Su ausencia hace llorar a los que le amamos, señoría —contestó.

Con aire taciturno, el coronel le pidió acomodarse.

—Mirad, para la primavera próxima este fuerte será abandonado definitivamente como defensa militar. Las fuerzas se concentrarán en San Antonio. Creo que ese no es lugar para vos y para vuestro hijo. De modo que he determinado, si así lo aprobáis, que os trasladéis a San Ignacio de Sonora, donde Martín podrá entrar en la Academia de Cadetes de Su Majestad e iniciar su carrera de soldado, como pretendía su padre. En unos años se convertirá en un dragón real.

La tiránica realidad la había convertido en una mujer temerosa.

—¿Y de qué viviremos, coronel? —señaló con gesto suplicante.

El oficial observó a la dama, cuyo rostro poseía la transparencia del jaspe. Su mirada era ausente y desesperada, y le habló con afecto:

—Recibiréis la preceptiva paga de viuda de un caído en combate y los estudios de Martín serán sufragados por la Real Hacienda. Como hijo de caballero vivirá en el seminario junto a otros hijos de nobles hidalgos, algunos

de ellos irlandeses y valones, súbditos de Su Majestad. Creo que vuestro hijo también lo desea, ¿no?

—Así es, señoría —asintió inconsolable—. Adora la milicia porque su padre se lo inoculó en la sangre. Aún ignora que la guerra es un horror.

—Quizá sepa, señora, que un soldado es más que un uniforme. Es una patria, un rey, un hijo, un territorio que proteger, un Dios.

—La vida de un soldado no está regida por la cordura, señor.

Ortiz se resignó a sus palabras. Su regimiento había sufrido demasiadas pérdidas, quizá por su falta de ponderación, y deseaba mostrarse magnánimo con quienes habían perdido a un ser querido. La miró con sus ojos azules y le pidió perdón.

—Sé que no existe contrapartida para vuestro dolor, pero es lo mejor para el pequeño y para vos. En cuanto a la niña apache, habréis de saber que era hija de un guía y explorador cristianizado, Yukpá, hijo del admirado jefe lipán Hobachee, amigo de España. Su familia ha sabido que sobrevivió y desea recobrarla para casarla según sus usos.

Ella estaba acostumbrada a cuidar a los demás. No desfallecería.

—Claro, coronel. Están en su derecho —admitió—. Su recuerdo ocupará un lugar de privilegio entre nosotros, pero debe vivir con su pueblo. Aceptamos vuestro atento ofrecimiento. Gracias, señor.

—Recibid mi consideración, doña Josefina, y no incurráis en el desánimo. El futuro de Martín está en vuestra sabia decisión. Después de la Epifanía, una escolta os acompañará hasta Sonora. Id con Dios.

—Quedad con Él, señoría. Mi esposo os admiraba, debéis saberlo —le confesó, aunque ella pensaba que Ortiz era un iluso, un cegado por la guerra y un soberbio que solo perseguía glorias y dignidades propias.

—Murió como un valiente y como un hombre de honor —contestó.

—Su ilusión, usía, era regresar a España, a Sevilla, cuando pasara a la reserva. De allí eran sus abuelos paternos. Y ya no podrá hacerlo.

—Ahora mora en la Ciudad de Dios, señora —adujo afable.

Doña Josefina saludó indiferente al comandante y salió con la cabeza baja. Sus facciones estaban lívidas y el espanto ante el futuro le oprimía la garganta. Fuera corría un gélido airecillo del norte y pensó que no debía pensar en sí misma, sino en su hijo, cuya inclinación hacia el ejército era proverbial entre los soldados del fortín. Debería aceptarlo.

La víspera de la partida a San Ignacio, Wasakíe se retiró al cobijo donde dormía y guardaba sus parcas pertenencias. Hacía frío y oreaba un viento inclemente en San Luis de las Amarillas. Se sentó en el lecho y comenzó a gimotear frente al ventanuco, por donde entraba una luz diáfana. Dejaba a quienes la habían protegido y procurado un amor desinteresado, alimento y respeto. Oyó que la puerta se abría y vio que Martín, su amigo del alma, casi su hermano, y al que había enseñado tantas cosas, entraba en la casa con su natural entusiasmo.

—¿Martín, mi pequeño *wakeda*? —lo llamó a su lado—. Estoy aquí.

—¿Azúcar? El presidio es un desbarajuste. ¡Qué caos!

—Estoy preparando mis cosas —le participó con voz quebrada.

—Mi madre ya ha dispuesto el baúl con nuestras pobres posesiones. En ellas va el sable, los galones, la pluma y la banda de mi padre. Pero ¿estás llorando, Azúcar? Mi fuerte *wihetonga* no puede llorar. Volveremos a vernos, y nuestros caminos se cruzarán. Eso me ha asegurado mi madre.

La joven, a la que vio más atractiva, sintió una gran congoja. La partida los separaría quizá para siempre. Eran dos razas antagónicas.

—¿Dónde vas a vivir, Wasakíe? —se interesó.

—Las aldeas de mi pueblo adonde voy se alzan en las laderas de Sierra Encantada, en Río Conchos, Piedras Negras y en el valle de San Antonio, rayano al río Grande. ¿No te parece una distancia considerable desde Sonora? Tardaremos en juntarnos de nuevo.

Una mueca de disgusto asomó en el semblante del muchacho.

—Pero esos lugares están en tierras de Nueva España, ¿verdad?

—Sí, y pertenecen al Virreinato.

—¿Cuántas leguas nos separarán, Wasakíe? —se interesó.

—Más de cien, seguramente, aunque no lo sé con exactitud.

—Un dragón del rey puede cruzar esa distancia en diez días —contestó ufano Martín, atrayendo la sonrisa de la apache.

—Escucha, mi tribu lipán comercia en Chihuahua, en Laredo y en la feria de ganado de Pachuca, cerca de las minas de plata. Ese lugar está más cerca de Sonora. Mi gratitud hacia tu madre y a ti será eterna, y no olvidaré vuestro cuidado y protección. Desearé veros siempre.

Wasakíe siguió ordenando su morral. El sol asomaba por encima de las barbancas del fortín que iban a abandonar y lo iluminó con sus haces de luz. Martín le lanzó una mirada interesada a la mochila.

—¿Qué llevas ahí, Azúcar? Nunca te separas de ella.

La mirada de la apache se detuvo con fervor en ella. «¿Qué atesora en ella que la mira tan respetuosamente?», se preguntó Martín.

—Mis pertenencias personales y algo muy sagrado de mi pueblo.

La apache colocó sobre la cama una carpeta gofrada de piel tegumentosa que despidió un tufo acre a cuero viejo y sobado. Estaba atada con un hilo bramante de cáñamo negruzco, cuyo nudo deshizo.

—¿Sagrado dices? ¿Qué es eso? Parece el misal de una iglesia.

Su rostro terso y amable se encendió y lo miró de soslayo.

—¿Me prometes no decírselo a nadie, Martín?

—¡Claro! Tú y yo tenemos nuestros secretos. ¿Alguna vez te fallé?

Martín empujó su cuello por encima del hombro de la muchacha, empujado por la morbosa curiosidad hacia lo desconocido que posee un niño. La abrió y ante la sorprendida visión de Martín apareció una abastecida colección de papeles amarillentos y apergaminados. En su corazón brotó una gran agitación.

—Parecen estar escritos en castellano, ¿no? ¿Y son tuyos?

—Sí, y fueron escritos por capitanes de tu raza —le explicó.

Wasakíe y Martín intercambiaron miradas de perplejidad, y el chiquillo los escudriñó interesado. Los manuscritos estaban doblados y apolillados y en su mayoría eran dibujos de rutas, planos de fortalezas, cursos de ríos, ubicaciones de pasos de montaña y números arábigos que expresaban distancias y contornos de tierras que él apenas conocía. Incluso le pareció ver dibujada la costa del Mar del Sur, u Océano Pacífico, que según el fraile de la escuela buscaban desde hacía años los dragones y exploradores del virrey.

Tras unos instantes de duda, aquello le pareció muy misterioso.

—¡Es extraño y especial! ¿Y no deberías entregárselo al coronel?

—¡No puedo, pertenecen a mi pueblo! He de entregárselo al «hombre medicina» de la nación lipán, tal como prometí a mi padre.

Sin ofenderse, el niño comenzó a tocarlos con sus manos.

—¿Me dejas ojearlos? Los dibujos de los conquistadores, las cartas náuticas y las cartografías me atraen mucho, ya lo sabes.

Martín observó que algunos formaban un cuaderno, con los folios cosidos unos a otros, creando un cartulario como los que poseía el coronel en su estancia y que guardaba como si fueran las niñas de sus ojos. El papel era recio y áspero al tacto, y la tinta, de color negro, estaba algo deslustrada. Muchas líneas de escritura no eran precisas, sino que se inclinaban oblicuas y agrupadas de forma caprichosa.

Había caballos y búfalos pintados, aunque identificados con el nombre español de «cíbolos», y de poblados indios de distintos pueblos de la frontera. En su parte inferior vio varias rúbricas que atendían a otros tantos nombres de la historia de la conquista, vagamente conocidos por él, pues los había oído en boca de don Diego Ortiz, del *magister* del presidio y de su propio padre. Entre aquel fárrago de folios grasientos y carcomidos, un laberinto de exploradores españoles parecía surgir del polvo mágico del tiempo. Antiguos superhombres de su misma raza, y que él pronunció en alto, eran sus autores.

—Pánfilo de Narváez, Cabeza de Vaca, Esteban Gómez, Hernando de Soto, Vázquez de Coronado, Antonio de Espejo, ¡Juan de Oñate...! —fue leyendo los nombres, mientras interpretaba sus firmas y encabezados—. ¡Es extraordinario, Azúcar! —se entusiasmó.

Los márgenes de los folios eran amplios y se apreciaban glosas y anotaciones de sus autores. Las letras estaban bien trazadas, lo que indicaba que aquellos hombres eran de letras, o que poseían estudios. Alguno de los mapas era titulado con letras grandes, que formaban un bucle recargado en la parte superior. Claro y de lectura fácil, Martín percibió que los papeles carecían de signos de puntuación, así como de la mayoría de las fechas de su creación.

El jovencito los estudió dubitativo y una exclamación de asombro salió de sus labios. Arrojava luces y conocimientos para él prodigiosos, pero casi ininteligibles. Era como una fábula, o un mapa de un tesoro de un pirata escondido en aquellas mismas tierras, que se le abría ante sus inocentes ojos.

—Quivira, la Ciudad Blanca, Tierra Chícora, el Gran Cañón del Colorado, Cíbola y las Siete Ciudades de Oro, la Isla del Mal Hado, la Ciudad de las Nubes, San Francisco de los Tejas, ¡California...! —exclamó—. Mi padre me contaba historias de esos lugares mágicos y legendarios que buscaron los aventureros españoles escribiendo páginas heroicas.

Todos aquellos lugares pertenecían al ideario quimérico de su nación y su contribución al conocimiento del Nuevo Mundo era de capital importancia. Los gobernadores de Nuevo México y Tejas llevaban años buscándolos, como le narraba su padre, don Pedro, al calor de la hornilla en las noches de invierno. Pero su ignorancia, disfrazada de falta de conocimiento, y su corta edad lo convertían en un confuso secreto que no podía esclarecer en toda su importancia. Era una evocación del pasado, críptica y precisa, escrita por compatriotas suyos que habían pateado aquellas mismas tierras dos siglos antes.

—Estos papeles serían esenciales para cualquier soldado, ¿verdad?

—Pero nos pertenecen a los lipanes, y en especial el que trazó Tawa’pah, «El hijo del sol», nuestro protector y padre blanco amado —le reveló.

Martín acercó la vista y miró cuidadosamente la rúbrica y fecha.

—Está firmado por el gobernador Hernando de Soto. Año del Señor de 1543 —la informó—. Y, ¿por qué lo llamáis así?

Las retinas de la apache llamearon.

—Fue un hombre de bien enviado por el Gran Espíritu para favorecernos. Provenía del lugar donde sale el sol y bate el gran mar de los seminolas. Ascendió por el Gran Río con su tropa y contempló con sus ojos los lagos que parecen mares, en el norte (Grandes Lagos). Vivió con los indios muscoge, pero su jefe, Acuera, clavó en picas las cabezas de varios de sus hombres. Huyendo de la traición, traspasó las montañas y los ríos Nolichuki, Alabama y Tombigbi, donde habitan los choctaw. Su fiero líder Tuscalosa, un gigante al que denominaban «El Guerrero Negro», agasajó a Tawa’pah como enviado de Wakantanka.

—Debió de ser un personaje notable, ese tal Soto —la interrumpió.

—Según narran nuestros hombres sagrados salió después en busca del metal dorado que tanto lo obsesionaba hacia Mauvila, un pueblo fortificado con gruesos maderos que guarnecía a más de diez mil guerreros, que lo recibieron con feroz hostilidad. Nueve horas estuvieron guerreando y el mismo don Hernando fue herido en una pierna y perdió caballos, hombres y víveres. Aunque Dios le reveló una gran medicina, que curó a sus maltrechos soldados.

—¿Que Dios le reveló una medicina? ¿En sueños?

—No sé, Martín. El caso es que «El hijo del sol» ordenó hervir los cadáveres de los indios muertos y con la grasa que liberaron creó un unguento milagroso que enseñó a mi pueblo, y que desde entonces se llama «el unto mauvila». Cura quemaduras, heridas y magulladuras.

—Inaudito, Wasakíe, parece una fábula de brujas.

—Es la historia más venerada por mi pueblo y la cuentan los hechiceros a los niños. Aseguran que en el atroz encuentro murieron más de dos mil indios, pero tus compatriotas quedaron exhaustos y desilusionados, pues no hallaban fraternidad ni colaboración con las naciones indias. Volvió al norte del Mississippi, al territorio de los chicazas, donde lo esperaban supervivientes de Mauvila para vengarse de la matanza. Tawa’pah (Soto) y sus soldados huyeron ateridos, heridos, hambrientos y sin apenas ropas y calzado, pero volvió a vencerlos en Alibano, utilizando su inteligencia, arcabuces y sables astillados. El Gran Dios lo protegía.

—¿Por qué llamaban a Soto, Tawa'pah? —se interesó.

—Por sus cabellos y barbas del color de la estopa, y por sus prodigios. Lo conducía su apetencia por el oro, y don Hernando contó a los lipán que en su juventud había participado en la conquista del fabuloso Perú, la nación de los incas, y que se hizo inmensamente rico.

—Pero quiso serlo aún más y perdió la vida —terció el niño.

La apache tenía dominado a su interlocutor, que bebía sus palabras.

—El caso es que el indómito Tawa'pah construyó balsas y barcas y pudo evadirse del tropel de guerreros choctaws. Según cuentan los ancianos, cruzó el Gran Río, atravesó las lagunas de Arkansas y atravesó los pasos de las montañas, las que llaman Rocosas, donde se hizo amigo de los pobladores de Utiangue. Su deseo era hallar un paso que comunicara los dos océanos.

—¿Y lo consiguió, Azúcar? Es un deseo de todos los virreyes.

—Lo ignoro, Martín. Si pudiéramos interpretar estos pergaminos y mapas lo sabríamos.

—Estoy deslumbrado, hermanita —le aseguró emocionado—. A ese capitán lo dominaba un propósito y una fe inquebrantables.

—La fuerza le venía de más arriba, créeme. Tawa'pah, en su desesperada búsqueda del metal amarillo —prosiguió—, descendió hasta Arizona, donde vivió con mis antepasados lipán y con la tribu de los tulas. Jamás un hombre blanco había visto y cruzado nuestras tierras. Allí nos enseñó a curar algunas enfermedades intratables, a cultivar los campos, a sembrar maíz, a buscar metales en las entrañas de la tierra, a construir acequias y a fabricar utensilios de arcilla, piedra y metal —le dijo fascinada—. Y sobre todo nos instruyó a cazar y domar caballos, con lo que los apaches pudimos alimentarnos y defendernos.

La imaginación de Martín se había incendiado y sintió una oleada de excitación y de admiración hacia Hernando de Soto. No le cabía duda de que aquel esforzado capitán de su raza había sido muy beneficioso para el pueblo apache.

—Cambió nuestras vidas, Martín, y además deseaba fundar una colonia con nosotros y los tulas, pero los indios hostiles del norte, los comanches, nos acometían, por lo que, descorazonado, Tawa'pah nos abandonó, asegurándonos que, como un buen padre, regresaría un día para vivir con sus hijos predilectos: los apaches lipán. Lo acompañaron algunos guerreros de mi tribu, entre ellos un «hombre medicina» de mi familia, Namid, «el que danza». Regresó al Mississippi, y según mi pariente enfermó de las fiebres que vosotros llamáis «malaria».

—¿Y murió de ese padecimiento? —preguntó apenado.

—Así es. Tawa'pah dejó de existir en el poblado de Guachoya, habitado por los indios caddo. Adoraban al sol y lo creían inmortal por las penurias pasadas y por las batallas en las que había salido indemne. Sus hombres cambiaron el curso del río y lo enterraron bajo las aguas. Pero como los choctaws buscaban su cuerpo para ultrajarlo y que no hallara la paz, lo desenterraron de noche, lo envolvieron en la corteza de un abedul y así encapsulado lo colocaron en la corriente del Mississippi, donde se perdió para siempre.

—¡Pasmoso! ¿Y lo siguieron buscando, los indios choctaws?

—Dejaron de hacerlo porque sus hombres y los guerreros apaches y caddo difundieron el bulo de que había sido llamado por el dios sol, que lo había ascendido a los cielos. Sus soldados regresaron a México y el virrey los acogió como héroes por su valor y por los territorios descubiertos, que abarcaban zonas extensísimas, hasta la fría Alaska del norte —le manifestó.

Con la mirada melancólica, el jovenzuelo le expresó admirado:

—Más que una historia, parece una leyenda de los héroes antiguos de Iberia. ¿Y cómo llegó a tu antepasado esta carpeta?

—Obsequio y atención en su lecho de muerte de don Hernando. «Podéis necesitarlo más que yo, por si deseáis emigrar a esas tierras ignotas cercanas al océano, si os siguen acosando los desnudos», como él llamaba a los bárbaros comanches. Y desde entonces han formado parte del acervo y de la herencia sagrada de mi pueblo, y los debo devolver al gran jefe de los lipanes. ¿Entiendes? Mi misión es sagrada.

—¡Claro! Llevo toda mi breve vida viendo pliegos como esos.

—Jura por lo más sagrado que olvidarás que los has visto.

—Te lo prometo, Azúcar. Pero custodiadlos como se merecen.

—Son benditos para mi pueblo, y serán preservados. No lo dudes.

Martín se incorporó y se situó frente a Wasakíe. La muchacha echó hacia atrás sus brillantes trenzas azabache, que cayeron sobre sus hombros. La niña había experimentado un notable cambio físico. Sus pechos apuntaban tras el vestido y sus caderas estaban prestas para la maternidad. Los labios eran más sensuales y su mirada, antes amistosa, parecía más pícara y provocativa.

El chiquillo nunca la había visto tan hermosa, tan esbelta, tan fresca, y a pesar de su corta edad deseó besarla vehementemente. Su cuerpo silueteado bajo el atuendo de color rosa que le había confeccionado su madre, doña Josefina, demostraba que se había convertido en una apetecible mujer de

efervescente vitalidad, que lo atraía como la llama a la mariposa. Y su mirada traviesa le cortaba el aliento.

Estaba en una evidente tensión nerviosa y la miraba inmóvil. Ignoraba qué pretendía. Fue la apache la que lo atrajo hacia sí y tras abrazarlo besó su boca y sus mejillas con ternura. Los ojos de Martín repasaron por un instante la sensual belleza de su amiga y tocó su cuerpo blando, tibio y perfumado. Boquiabierto de asombro, acarició sus pechos gráciles, sus carnes prietas e incluso ella condujo su mano a su sedoso sexo y a sus muslos firmes, y la apretó con pasión. Nunca olvidaría aquella blandura y el estremecimiento de sus entrañas.

¡Qué increíble momento! Lo miró con sus ojos oscuros llenos de destellos de picardía. Luego le insinuó con la bella cadencia de su voz:

—Eres aún un niño y no sabes nada de los misterios del amor.

Pero él no dejaba de sentirse desconcertado, aunque complacido.

—Pero sé cuándo una chica es hermosa o no. Y mi cuerpo ha temblado al juntar nuestros cuerpos y he notado un flujo en mi interior como jamás había sentido —aseguró con un gesto de ternura.

Se miraron con afecto durante unos largos instantes. Deliciosos.

Más tarde, Martín volvió a contemplar el deslucido cartapacio de cuero y se preguntó cómo podían encontrarse esos documentos tan eminentes en poder de un pueblo pagano. ¿No debían estar en manos de don Diego Ortiz, de la Corona o del virrey de Nueva España? Guardó la información en el fondo de su mente. No olvidaría nunca su existencia y el valor de lo que encerraba, como el encuentro con Wasakíe.

Con ella había vivido el instante más indeleble de su corta vida.

Sinaloa-Nueva España

El presidio de San Luis bullía en medio de una actividad febril.

Hombres, carros y cabalgaduras se movían agitados en un traqueteo incesante entre el griterío de las órdenes de los oficiales. Al rayar el alba, las dos expediciones, la de civiles que se dirigía a San Ignacio y la de los soldados de frontera que irían a engrosar la dotación militar de San Antonio, abandonaban el expuesto presidio.

Todo era sensación de apremio, de huida de un sitio antes conquistado. El coronel Diego Ortiz se preocupaba por los preparativos y daba instrucciones sobre el arzón de su caballo zaino de media alzada. Parecía complacido con la marcha, pero allí dejaba el recuerdo de una derrota.

Con los primeros rayos de un sol tibio, Martín, sentado en el pescante de un carro, se calentaba las manos con su propio vaho, mientras las caballerías y carruajes, uno tras otro, traspasaban el portón que ya no se cerraría nunca más. Los dragones de cuera lo abandonaban para siempre mientras cantaban canciones de guerra y de amor. Bullicio, ruido de ejes y bufidos de bestias lo envolvían todo. La columna donde iba Wasakíe partía en sentido opuesto al de doña Josefina y su hijo, para bordear el camino del río Colorado, y el muchacho percibía una gran tristeza.

Martín, como un aguilucho posado en su roca de madera, observaba la silueta de su apreciada amiga, su *wihetonga* protectora, de la que se había despedido con hondo sentimiento. La joven india le había regalado un pito hecho con el hueso de un águila y un brazalete de guerra para colocarlo encima del codo cuando fuera soldado, que él guardó con aprecio.

La veía extender un pañuelo de despedida, pero estaba seguro de que la providencia haría cruzar sus destinos. Había sido el primer amor puro de su existencia y se sentía atraído por su perfecta silueta y su trato dulce. Sabía leer y escribir, cantaba e inventaba canciones y su voz era la de un pájaro. Era una pena perder tanto encanto y afecto tan espontáneo.

Oyó los acompasados pasos de los soldados del coronel Ortiz que tomaban el camino del Este, el sonido suave de los pífanos y el compás de los tambores. Clareaban las casacas azules y las banderas blancas del rey, y le llegaban los vozarrones desentonados de los sargentos.

El joven sentía impotencia por la partida y asumía su propia insignificancia en un momento tan amargo para él, el del abandono de su hogar y la renuncia a lo que más había amado. Los restos de su padre se envolverían con el polvo de aquella implacable tierra y su memoria se perdería para siempre. Recordó su vida en el presidio, como un perro faldero al lado de su malogrado padre, que como él había hecho lo mismo siguiendo al abuelo Martín, que amaba la milicia y el mar.

No conocía vida más suprema y la prefería a todas. Para él era un lugar sagrado, cuando para otros era un infierno. Lo atraía la observancia rígida y formal de los rangos militares, la elegancia de los uniformes, la lealtad, la valentía sin tasa y el respeto.

Sus antepasados habían formado parte de los destacamentos militares de muchos presidios desde hacía siglo y medio, protegiendo los hallazgos argentíferos de las fronteras de Nuevo México, Tejas y California. Lucharon primero contra los apaches y chichimecas, en un destructivo conflicto en el que la lucha era a vida o muerte. Las misiones de jesuitas y franciscanos y los presidios militares defendidos por los dragones fueron las respuestas de la Corona española a la hostilidad pagana de los que llamaban «los desnudos», aludiendo a su ferocidad y a la falta de vestimentas que abrigaran sus cuerpos.

Pero habían sido los chichimecas los que habían constituido el empeño combativo de su antepasado. Gente indomable, pertenecían a la Gran Nación Nahuá del despoblado norte de México y eran conocidos por su proverbial desprecio a la civilización y por su vida primitiva, de ahí que los llamaran *chichimecas* («perros sucios»). Su abuelo le hablaba de su inaudita pericia en las artes guerreras y en la huida y de las luchas feroces mantenidas años atrás contra los conquistadores hispanos.

«Martín, su valor intimidaba en los combates cuerpo a cuerpo, y eran expertos en torturar, mutilar y arrancar salvajemente las cabelleras a sus antagonistas. Expertos en emboscadas vertiginosas, su portentosa velocidad a caballo resultaba irreal», le contaba.

Martín puso los ojos por última vez en los gruesos muros del fortín, el último baluarte frente a los comanches. Cobijo de viajeros a lo largo del Camino Real, fuerte armado para escoltar a las caravanas y casa de dragones, apaches y sus familias, había amparado su feliz niñez y también sus sueños.

Lugar de encuentro de viajeros, recordaba haber visto en el patio a buscadores de pieles, a misioneros de largas barbas, a indios estafalarios llegados desde los Apalaches y a emperifolladas damas francesas de Luisiana. Los dragones que iban de paso intercambiaban noticias en el patio, y los domingos se abría un fecundo mercado donde se citaban pieles rojas y españoles.

«Este lugar es un oasis, Martín —le decía su padre—. Somos la vanguardia de España y, mientras el rey se calienta las calzas en el Palacio Real, nosotros velamos por su gloria y hacienda con gran sacrificio».

Martín no había conocido soldados más esforzados y temidos en la frontera que los dragones de cuera. Lograría convertirse en uno de ellos y jugar a los naipes y los dados como ellos y vivir aventuras sin cuento. El niño conversaba a diario con los veteranos, con «los presidiarios» —soldados que habían sido enviados a la peligrosa frontera como castigo—, con los recién llegados y con los estirados comisionados del virrey. De todos aprendía y se sentía un niño afortunado. ¿Qué jovenzuelo de España podía vivir sus experiencias en tierras tan indómitas donde cada día se veía correr a los comanches a menos de media legua?

Lamentaba tener que dejar su pequeña yegua ruana con la que había aprendido a cabalgar, la biblioteca del padre Lamberto y sus gastados libros de lectura de vidas de santos y de historia de Castilla, y no poder participar en la instrucción diaria y cargar los fusiles en las prácticas. Su padre, don Pedro, también había sido un protector de los indios y encargado de estimularlos en las labores agrícolas para lograr que un día pudieran manejarse por sí mismos. El sargento mayor había sido un hombre duro y conciliador y había resultado muerto por el orden en la frontera.

Distribuía por Navidad junto a él los «regalos de la paz» a los apaches —comida, ropa, tabaco, arados y semillas—, y por ello era ensalzado por los indígenas de cualquier raza. Su vida de soldado no había podido ser más dura y áspera, en un regimiento mal equipado y perdido en una tierra tan hostil. Pero jamás había salido una palabra de queja de su boca, incluso cuando su escasa paga se demoraba por la distancia y por la conocida e inoperante burocracia. Doña Josefina ponía el grito en el cielo y él la consolaba con arengas militares que la hacían sonreír.

«Cuántas veces no se encontró rodeado de comanches y pagó de su bolsillo la gratificación por los cadáveres de sus soldados muertos por los pieles rojas —le contaba su madre—. Jesucristo se lo pague».

Su padre había sido un auténtico hombre de frontera, esforzado y rudo, y su único afán era mantener a los hombres listos para el combate y mirar por

su supervivencia. Él, aún un inocente chiquillo, también poseía sangre guerrera y recuperaría la dignidad del apellido Arellano en aquella parte del mundo. Y la única forma de conseguirlo era formarse en el ejército real y volver para tomarse cumplido desquite de Cuerno Verde, si aún vivía para entonces.

Doña Josefina, envuelta en un capote de lana, miró al firmamento y percibió la pesadez del aire. Desazón y fatiga en el ánimo. Soplaban un viento húmedo que revolvía vestidos y lonas. Llovería en menos de una hora, pues por poniente las nubes adquirirían la gravedad del plomo. Se acercó a Martín y le pidió que se protegiera dentro del carro. Encabezaba su convoy un teniente que ordenó que extendieran los tendales en los carros y el zagal se echó en un rincón.

Al poco cruzó el cielo un relámpago y se escuchó un potente trueno. Chirriaban las bridas y las temerosas mulas resoplaban con el peso y con los latigazos de los acemileros, cuando un diluvio denso y negro se precipitó sobre la Travesía de la Plata, «el Camino Real de la Tierra Adentro», como llamaban los soldados a la vía que los comunicaba con el progreso y la civilización. Doña Josefina, a quien le castañeaban los dientes, se arrebujó dentro del carro.

—Confiemos en el Creador, hijo mío —lo animó—. Todo nos irá bien.

—Él nos protegerá, madre, y padre nos estará mirando —le contestó, mientras amartillaba la pistola que había pertenecido al sargento Arellano, y que dispuso lista por si surgía un mal encuentro.

La cellisca cayó copiosamente embarrando el camino, que se convirtió en una senda intransitable. La catarata de agua sonaba como un trueno en las lonas e impedía a los acemileros dominar las recuas. Las malezas y los cactus chorreaban empapados, y la descerrajada naturaleza se unía a la tristeza de los corazones de los colonos que abandonaban el viejo presidio de San Luis.

Después de cinco días de tenaz marcha divisaron las sierras y arboledas de San Ignacio de Sinaloa, o de Piaxtla, la población fundada por los jesuitas un siglo antes, que había cobrado gran impulso tras el descubrimiento de las minas de oro de la Sierra del Candelerero.

A Martín, que todo lo observaba, le llegaban los aromas de las higueras, instante en el que escuchó a un caballo relinchando al sol. Para él era de buen augurio. Se detuvo el convoy en la plaza, donde adivinó el austero edificio de la Academia de Cadetes del Rey, el teatro de sus sueños, y experimentó un soplo de placer. El acuartelamiento era un destartalado caserón de columnas y lisas paredes enjalbegadas de cal.

Relumbraban los vidrios de las ventanas enrejadas y las banderolas blancas del puesto de guardia. El canto de los pájaros y de las garzas del río Piaxtla se confundía con los ecos del mercado, donde los vendedores anunciaban sus cargas de pieles, quesos de cabra, cerámica, caballos, brebajes y mantas indias.

En solo unas horas se convertiría en el nuevo escenario de su vida.

Durante las primeras semanas en la Academia, Martín se mostró inquieto, pues todo le parecía desconocido, difícil y arduo. La euforia del viaje hasta San Ignacio se había apagado. Y ajeno al mundo exterior, se dispuso a formarse sin atender a sacrificios en la disciplina que más adoraba: la militar. Soportaba el infame rancho diario de alubias agusanadas y tortas socarradas de maíz, las cabalgadas hasta la orilla del mar de California, la severa disciplina, los malos modos de los oficiales y sargentos y las burlas de los veteranos.

Pensaba a menudo en Azúcar y en aquel momento de éxtasis en el que había conocido el cuerpo de una mujer y sentido su fuerza de atracción. Recordaba su castellano tan especial sembrado de palabras apaches, la forma espontánea de moverse y de acariciarlo, y no dejaba tampoco de pensar en la realidad racial que los separaba. No podría casarse con ella. Era la terrible verdad.

En el cuartel se preparaban alumnos de varias nacionalidades súbditas del rey Carlos III, hijos de caballeros hispanos, valones, napolitanos e irlandeses que formaban el aula de colegiales nuevos. Veía a su madre tras la misa del domingo y comía con ella en la casa que había tomado junto al cuartel, ayudada por una india chichimeca.

El joven cadete vivía como si el devenir careciera de importancia. Solo le interesaba esforzarse y aprender cada día más para ser nombrado dragón real. No se inmutaba cuando lo reprendían y era esforzado y austero en sus costumbres.

Poseía una calma y una intuición que sorprendía a sus maestros de equitación, doma, esgrima, tiro o cálculo artillero, y asombraba por sus conocimientos sobre la lengua de signos usada por los apaches y comanches de la frontera y por la interpretación con la cifra de los mensajes en clave que usaba el ejército español.

Optimista, reflexivo y autosuficiente, los oficiales lo designaban con frecuencia para el traslado de documentos a la Capitanía de Nueva España, en

Ciudad de México, donde conoció al virrey y al gobernador de la frontera. Único dueño de sus intereses, conforme pasaba el tiempo de formación, que duraría cinco años, pisaba fuerte en la escuela militar, donde sus jefes lo encomiaban por su dedicación, sacrificio, noble estilo y cabal compañerismo.

Mostraba filial interés por el bienestar de doña Josefina, que veía cómo crecía y fortalecía su cuerpo con las extenuantes marchas y cabalgadas y por la rigurosa disciplina del Colegio de Cadetes. Y aunque la madre se creía un estorbo para su carrera, para el joven Arellano significaba el apoyo que precisaba para perseverar en sus estudios e instrucciones. Cuando aparecía en la vivienda con la casaca, calzón y chupa azul, vueltas encarnadas y botones dorados, a su madre se le anegaban los ojos con lágrimas de gozo.

—Si te viera tu padre, hijo, brincaría de orgullo —le aseguró.

—Madre, deseo una vida escrita solo por mí —le contestó.

Martín blasonaba de no precisar de nadie, salvo de sí mismo, para progresar en su formación y cumplir sus deseos. Y fue precisamente esa cualidad la que hizo que se fijara en él don Juan Bautista de Anza, el capitán director de la Academia, que como él se había formado en la milicia de San Ignacio. Cadete de caballería y después dragón en la custodia de los presidios próximos, el aguerrido Anza había alcanzado el grado de teniente en ronteras y ascendido por méritos de guerra a capitán, en el presidio de Tubac de Arizona.

Había recibido parabienes del virrey por su eficaz lucha contra los indios seris, tejas, apaches y comanches fronterizos, convirtiéndose en la figura militar más determinante de Nuevo México. Vástago de un capitán del ejército colonial de Sonora y nieto de un matrimonio vasco llegado desde Hernani, su figura y dotes de mando impresionaban.

Anza aparecía en el patio de armas hierático y silencioso, con las manos detrás de su ancha y algo desgarrada espalda, con su impresionante barba negra, bigotes rizados y larga cabellera, y la tropa se detenía para saludarlo. De nariz larga y recta y mirada añil e inquisitiva, decían de él que combatía contra los indios con un atrevimiento casi suicida. Estratega formidable, sostenía que un ejército leal, potente y eficaz era la más idónea de las persuasiones para exigir la paz a los «desnudos».

Su índice de bajas entre sus hombres era mínimo y todos deseaban combatir a su lado. Su carismática personalidad, audacia y naturaleza combativa hacían de él el comandante preferido por los dragones, y su apostura, un mujeriego irresistible entre las damas. Pero era reconocido en la ciudad y el campo de batalla por su singular sombrero de ala ancha,

ligeramente ladeado y adornado con plumas de quetzal, y la capa azul cobalto que hacía descansar sobre sus hombros.

Era tan honesto de costumbres como un anticlerical declarado y pasaba por ser un escéptico en cuanto a algunas creencias que predicaban los frailes y que consideraba disparatadas para la razón humana. Y a ambos los unía una idéntica ambición: cobrarse una venganza ejemplar de los salvajes que habían matado a sus respectivos padres, también combatientes de la frontera y en casi idénticas circunstancias, en una vertiginosa emboscada de los comanches y apaches jicarilla.

El capitán Anza había perdido a su progenitor cuando aún no había cumplido los cuatro años, cerca del presidio de Fronteras, y Martín, rayando los doce, mientras esperaba su vuelta en el fortín de San Luis. Su mirada furiosa, casi endemoniada, cuando contaba el luctuoso hecho a sus alumnos inflamaba la ira del joven Martín de Arellano.

Ambos eran dos hombres genuinos de frontera: despiadados, perseverantes, templados, miméticos con el polvo rojo de la frontera, tenaces, sacrificados, temerarios, introvertidos y con unos corazones donde ardían dos fuegos inextinguibles: el del combate y el del honor.

Las semanas y meses fueron transcurriendo en la Academia con porosa ligereza. Para Martín, aquel agujero infernal, como lo llamaban otros cadetes, había supuesto tan solo un lugar indiferente pero necesario para lograr sus propósitos.

Tras el deseado fin de la instrucción, en una tarde otoñal de reflejos tornasolados, Martín fue convocado al despacho del capitán Anza, que lo recibió sin mirarlo. Estaba envuelto en un gabán de cuero encerado y sus botas estaban sucias, pues venía de cabalgar.

Fumaba un largo habano y consumía a sorbos una copa de brandi. El silencio era sepulcral y el resplandor amarillo de las ventanas cegaba al cadete, que observó que su mirada era conciliadora y extrañamente cercana. Sus propios camaradas, los alumnos napolitanos y valones, le llamaban «el hijo de perra», porque sus capacidades para el mando eran muy severas e inflexibles, aunque según él nunca humillantes.

El capitán lo miró de arriba abajo achicando los ojos, y vio ante sí a un prometedor soldado de notable estatura, cuerpo fibroso, nariz algo aquilina, labios carnosos y una larga cabellera de pelo castaño anudada con un lazo

negro. Pero eran sus curiosas pupilas grises las que prendían al que las miraba. Poseía trazas de soldado, pensó el oficial.

—Os he llamado porque he reparado en que poseéis tres virtudes que deben adornar a todo militar que se precie y desee ser dragón —le soltó.

—Apenas llevo tres años de disciplina. Pero vos diréis, señor.

—Fortaleza interior, independencia y atrevimiento.

—Mi padre, sargento mayor en San Luis, fue mi ejemplo —contestó.

—Esas cualidades son las que ven en vos los maestros. Vuestra instrucción está a punto de concluir, justo cuando habéis cumplido los quince años. Estáis debidamente entrenado y listo. Ahora necesitáis curtiros en la frontera. A vuestra edad tuve mi bautizo de sangre contra los comanches —lo halagó y él no salía de su asombro.

El oficial paseó con las manos atrás, se volvió y prosiguió:

—Escuchad, cadete Arellano —desató su vozarrón—. Concluiréis vuestro aprendizaje a mi lado y me acompañaréis a una misión de inspección, y quizá también punitiva, contra los comanches, tónkawas y wichitas. Nos llevará más de un año y visitaremos con un destacamento Tubac, Tucson, Albuquerque, Santa Fe y Laredo.

El joven asintió con la cabeza en su posición de firmes.

—Sus deseos son órdenes, mi capitán —contestó sin pestañear.

—¡Retiraos y poneos a las órdenes del teniente! —le ordenó severo.

El aprendiz de soldado sintió en sus entrañas un gran alborozo.

Y el capitán Anza sonrió complacido mientras volvía la espalda.

Aquella noche el cadete Martín de Arellano estuvo sentado en la puerta de su barracón hasta que salió el sol. Su esbelta figura se recortaba oscura contra el cielo ceniciento. Se levantó. Tras izar la bandera iría a despedirse de su madre. Al llegar a su casa la vio postrada en la cama y Martín la miró con ojos apesadumbrados. Su lozanía madura había pasado en pocos días a una preocupante decrepitud. Y sus ojos, siempre serenos, se movían en dos cuévanos oscuros. Tiritaba y, según el médico, sus espasmos y náuseas no auguraban nada bueno.

Y así suele suceder en la vida cuando la fortuna sopla a favor y concede a los mortales una moratoria de efímera felicidad. A doña Josefina le suministraron los santos óleos y los postreros sacramentos. Largó un vómito terrible y en él llevó prendida su alma, asida de la mano de su hijo.

—Mi madre se ha desentendido de este perro mundo —dijo a sus colegas de la Academia y a su teniente, que asistieron al entierro.

En dos días iniciaba su ansiada trayectoria de dragón del rey, sin el apoyo que su madre le aportaba. La echaría de menos.

Luego se preguntó cómo serían los mundos que le aguardaban.

Nuevo México y Arizona

Años 1766-1770

Los destellos de los caballos comanches viajaban con el viento.

Las praderas del río Gila, del Cañón de la Herradura y del río Grande, antes en silencio, se veían invadidas con los alaridos de algunas bandas de salvajes «desnudos» que regresaban como una peste. Habían vuelto a descender en hordas de las Grandes Aguas —Mississippi— y del Gran Fangoso —Missouri—, uniéndose a los que ya moraban en Tejas y Arizona.

La paz con España, que no era sino una guerra enmascarada desde hacía años, se aventuraba tan frágil como el cristal.

Aquella mañana de la Luna del Gusano, así llamada por la nación comanche por comerse los petirrojos los gusanos que surgían de la tierra, Cuerno Verde hijo asistía por vez primera a la asamblea suprema de la tribu, el *potlatche*. Desde aquel mismo día formaría parte del Gran Consejo Comanche por méritos de guerra, valor y combatividad.

Lo componían Nimirikante, el jefe de la tribu, su padre, Tabivo Naritgant («hombre bravo») y cuatro ancianos de las tribus: el Orador Sagrado, el Mantenedor del Fuego, que llevaba colgado del cinturón el *parahúso* —la madera y el punzón de enebro para provocar chispas—, el Administrador de las Cañas de Madreperla, que se usaban como moneda de cambio para el trueque con otros clanes, el Guardador de la Puerta del Poblado y el Jefe Supremo de la Guerra, un viejo guerrero con el rostro pintado de rojo y feas cicatrices en la cara.

Antes de iniciar las ceremonias y las deliberaciones, el hechicero, del que decían que poseía poderes sobrenaturales y ostentaba unas largas y blancas trenzas, bailó parsimoniosamente la Danza de la Serpiente ante los miembros respetados y una multitud de comanches sentados en la explanada sobre sus

rodillas. Los comanches creían no solo en el Padre del Gran Misterio, o Gitchi Manitú, sino también en los espíritus poderosos del viento, de la luna y del Pájaro del Trueno, y consideraban al oso y al búfalo como hermanos de los hombres.

La tribu del joven Cuerno Verde tenía al lobo y al coyote por sus espíritus tutelares y como paraíso prometido, las grandes praderas donde la *nagila* («el alma») cazaría eternamente con los demás guerreros muertos. El anciano hechicero, de quien se decía adoptaba las formas de algunos animales para predecir el futuro, otear la caza y presentir la lluvia, portaba en la boca tres reptiles vivos que se cimbreaban con sus movimientos, ante el espectral silencio del pueblo.

Sin temor ni precaución, alargó el peligroso rito durante un largo rato, hasta que soltó al fin las serpientes en el suelo para que sirvieran de enviadas a los dioses y estos mandaran a las tribus comanches buenas cosechas y abundante caza.

La representación fue de extremo dramatismo, pues las culebras eran venenosas y el chamán se movía con pasos milimétricamente contados al son de las flautas comanches o *sumac*, ajeno al peligro.

Nimirikante, concluida la danza, llamó la atención al adolescente Cuerno Verde, que alzó la testa de forma insolente. Antes de la deliberación del Consejo, el joven iba a recibir el máximo honor de guerra, el valioso *coups*, un haz de plumas, por sus continuadas heroicidades en combate.

El jefe de los guerreros del pueblo comanche, Oso Gris, lo convocó junto al tótem fundador de la tribu, donde se habían grabado los animales protectores, la sagrada Flor Conejo, guardiana del clan, y los espíritus defensores de la nación desde tiempos inmemoriales.

Y ante la expectante multitud le manifestó al fiero muchacho que el pueblo reclamaba para él la imposición de las cuatro plumas de águila, por otras tantas proezas ensalzadas por todos los combatientes comanches, entre las que se encontraba la muerte del sargento Arellano, considerada como la de mayor mérito.

El galardonado, que lucía un cuerpo fibroso, robusto y achaparrado, alzó su frente estrecha y echó su melena larga sobre los hombros, apretando su mandíbula cuadrada en señal de superioridad. Desde hacía tiempo dominaba las más tortuosas tretas del combate y también sus más violentas crueldades. Irresistible para las madres y muchachas comanches y tónkawas, era querido por su pueblo, que lo tenía por el gran adalid de la raza y único capaz de hacer

frente a los blancos y echarlos de sus tierras. Poseía el brío de un gran líder y era fogoso en la lucha y en el tálamo.

El gran jefe Nimirikante le rogó que se acomodara en el sitial de su padre, Tabivo Naritgant, del que colgaban algunas cabelleras apaches y dos escudos de guerra. Uno con un búfalo dibujado y otro con dos serpientes y cuatro estrellas, símbolo de su jefatura y de su ardor guerrero.

—¿Has cazado el águila sagrada, Cuerno Verde? —preguntó el jefe.

El mocetón elevó el pecho desnudo con arrogancia.

—Sí, Nimirikante. Ayer la deposité en la tienda del «hombre medicina». Partí hace tres días a la montaña, cavé la zanja, la aceché y rogué al Gran Espíritu entonando el canto del águila. Me introduje en el hoyo, que tapé con ramas, y aguardé su llegada. Luego la atrapé por las patas y le retorcí el gaznate, dejando las plumas intactas. Seguí el ritual según nuestra costumbre, sin ofender a la hermana águila.

—¿Compareces entonces ante nosotros purificado? —lo interpeló.

—Sí, gran jefe. Ayuné, me purifiqué en la Casa del Sudor y cabalgué hasta la puesta del sol por el Hogar de los Vientos, la pradera donde pastan nuestros caballos. Me presento puro ante el Consejo.

Nimirikante portaba en la mano el cayado de plumas de búho y de su cinturón colgaba una maza de hueso y cobre. Hizo una señal y le trajeron un casco con una cornamenta de búfalo pintada como goma y jade y con un penacho con las cuatro plumas que llamaban «de la proeza» tintadas con un círculo rojo, por haber matado él solo a cuatro enemigos señalados del ejército enemigo. Las astas brillaban con la luz del sol.

Cuerno Verde se volvió y fue sonoramente jaleado. Tenía el mismo distintivo que su padre, pero con cuatro plumas, dos más que su progenitor, y se sonrió con altanera y feroz suficiencia. De costumbres disolutas, casi siempre permanecía crispado y todos sabían que vivía para dos cosas: para la guerra y para gozar de la carne fresca de las esclavas que apresaba.

Nimirikante, orgulloso de aquel cachorro indestructible, gritó:

—¡Que Wakan Tanka, «el dios hablante», conserve tu valor, hijo mío! Eres nuestro orgullo y nuestra fuerza, y por eso hoy también te imponemos el cinturón «del cuervo» como el más bravo luchador comanche. Valor, sigilo y dureza son las virtudes que te adornan.

—¡Cuerno Verde, Cuerno Verde! —lo vitoreó el pueblo, y el joven rio muy fríamente, dejando entrever una dentadura casi negra.

—Lo llevarás —prosiguió— para que cuelgue de tu cintura a lo largo de la pierna y sepan los de nuestra raza que el dios de la guerra habita en tu

corazón —proclamó Nimirikante, y le ató el cinturón o polisón de piel, franela y plumas de colores, que lució orgulloso.

En aquel momento, si Cuerno Verde hubiera reclamado para sí la autoridad y mando de las tribus comanches del sur, hubiera sido aclamado por unanimidad. Pero respetaba al patriarca de su clan y las costumbres de su pueblo. Su padre, Tabivo Naritgant, un hombre bajo, picado de viruela y de tez muy oscura, no cabía en sí de gozo y admiración hacia su hijo.

El pueblo aplaudió de forma unánime, en un atronador orfeón de aprobación, los galardones concedidos a Cuerno Verde, que sonrió con indulgencia e incluso con descaro, como si fuera un coro de niños indefensos. Se consideraba a pesar de su corta edad superior a todos, y su creciente fama y su brillo fanático en los ojos atraían a los más belicosos.

Pensaba que pronto llegaría su tiempo y entonces sería implacable con el hombre blanco. Sus ojillos pequeños miraban al mundo circundante con la altanería propia de los guerreros comanches considerados como héroes. Vivían en una tierra dura, estéril y amenazadora de montañas calizas y laderas rojas, habitada por lagartos, halcones y chacales, pero él los conduciría a las dulzuras del sur y hasta la misma ciudad de México. Lo había prometido a los espíritus de sus antepasados.

—¡Sígueme los consejeros a la *kiva*! —rogó el anciano guía.

Al penetrar en la tienda colectiva de las reuniones del Consejo, Cuerno Verde sintió una oleada de excitación. Por fin participaba en las decisiones que afectaban al pueblo, y en especial las de la guerra. El consejo de ancianos y jefes imponía respeto. Se acomodaron en las esterillas y una esclava lipán pasó un jarro zuñi del que bebieron unos sorbos de una melaza fermentada con mezquite, hojas de pirola, abedul y cacto que según la experiencia aclaraba la mente y soltaba la lengua.

Nimirikante encendió una pipa de madera de cerezo fabricada al modo tomahaws, con una especie de hacha de arcilla como adorno superior. Contenía una mezcla de hierbas secas de *zumake* y corteza de sauce rojo de grato aroma. Todos fumaron de ella y fueron inclinando la cabeza con satisfacción, pasándola de uno a otro.

Para iniciar el consejo platicaron como era costumbre de asuntos banales, como la cosecha del maíz, de las judías recolectadas, del azúcar de *mepke*, de las bayas y bellotas, de la harina de los nísperos comprada en los mercados, del aceite de nueces que había almacenado, de las calabazas, sandías, melones y batatas sembradas, del cidra cayote reservado para alimentar a la tribu, así como del tabaco que usarían en las ceremonias religiosas. Era lo preceptivo, y

el joven y laureado Cuerno Verde se impacientaba pues no hablaban de la guerra contra los blancos, sino de comida, de hambrunas y de la protección de los más débiles. Arrebuado en su manta adornada con hilos azules y amarillos y pelos de cabra, permanecía en respetuoso silencio.

Nimirikante, que gobernaba sabiamente las tribus del sur, habló:

—El Gran Espíritu ha creado al blanco y al comanche, pero sus dominios están allende el mar y allí deben regresar. Fueron nuestras voces las que se escucharon por vez primera en estas tierras y no la suyas.

La voz profunda del «hombre medicina» resonó grave:

—Un reguero de sangre corre desde hace años por los caminos de las Paha Sapa (las «Colinas Negras») y las cumbres del Gran Cuerno, y es de sangre comanche. Los blancos no nos dejarán pasar jamás.

Siguieron las argumentaciones y discursos.

—El Gran Espíritu nos regaló el caballo, raíz primera de todos los seres vivos creados por él. El caballo transformó en poderosa a la nación comanche; y si así lo decidió, no era para que nos detuviéramos aquí —sostuvo Oso Gris, alzando sus anchos hombros—. Y sin embargo muy pronto tendremos que emigrar al frío norte alejados por los blancos.

Cuerno Verde discutió por vez primera en una reunión de jefes.

—No abandonaré la tierra por donde camina ahora nuestra gente, Oso Gris. Un pueblo sin fe es un pueblo acabado, y yo estoy dispuesto a recuperar esa fe —los arengó lleno de ira—. Estoy dispuesto a presentar batalla, padres míos, con mi partida de guerreros.

Su padre, Tabivo Naritgant, aprobó sus palabras y lo apoyó.

—Los blancos son como gusanos devoradores y la nación comanche no debe permitir que destruyan nuestras tiendas y sus caballos coman nuestra hierba y nuestros sembrados —manifestó con ademán malicioso.

Los ojos del Mantenedor del Fuego se cerraron, pero dijo:

—Los españoles desean tapar nuestros sentidos con las mantas de su opresión y con sus regalos estúpidos, y no debemos consentirlo. Cierto es que sus dragones son soldados valerosos e indomables, pero nosotros somos como las estrellas del firmamento.

—Coloreemos nuestras caras con las pinturas de guerra y ataquemos el presidio de San Antonio. Allí se reúnen todas sus fuerzas —se pronunció el Defensor de la Puerta.

Un gesto de resolución surgió en el semblante del gran jefe.

—No creo que la situación sea desesperada para nuestra nación. Sin embargo, nos animáis a que no permanezcamos sentados en las puertas de

nuestras tiendas y tipis. Lo meditaré y evaluaré nuestras fuerzas y un buen plan de ataque. No deseo que nuestras mujeres, ancianos y niños sufran.

La serena figura del hechicero pareció iluminarse, y habló:

—Los españoles, sus colonos y sus cobardes servidores apaches alejan la caza de nuestros páramos y el Dios Hablante llora en sus verdes y celestes planicies, gran jefe. Lo he visto en mis visiones. Somos como conejos atrapados por el fuego del hombre blanco, que todo lo destruye.

Cuerno Verde no deseaba callar e insistió inquieto:

—El sol, la luna y las aguas se revuelven contra ellos, venerables padres de la nación comanche. Todo lo que tocan lo contaminan. El pueblo apache fue poderoso y hoy está esclavizado por los españoles. Pero con nosotros no lo lograrán.

Una mueca de asentimiento y aprobación surgió en los ancianos. Cuerno Verde había detectado un cambio perceptible en el Consejo e insistió de nuevo, enrojeciendo su semblante.

—No deseamos que nos arrinconen en terrenos de aguas envenenadas que hieren los ojos por su aridez y donde nuestros caballos no pueden pastar. Los kiowas y los apaches nos temen. ¡Que tiemblen también los blancos!

—El hechicero y el «hombre medicina» asegura que en esas tierras no deseadas anidan los malos espíritus —la triste voz del Orador Sagrado se elevó nítida—. No permitamos que nos empujen hacia allí.

Cuerno Verde intervino de nuevo visiblemente airado:

—El gobernador español de la barba roja no desea la paz, desea nuestra sumisión, como antes hizo con los apaches. No se lo permitamos y convirtámonos en los libertadores de la nación india.

El rostro hosco de Tabivo Naritgant adquirió una tonalidad casi púrpura, pues solicitaba un ataque inminente y brutal contra los ranchos, presidios y poblados apaches, e incendiar toda la frontera. Estallaron algunos murmullos entre los ancianos, que negaron con la cabeza, y se pronunció Nimirikante, acallando las voces:

—Obraremos como obraron nuestros ancestros. Ya sabemos cuál es el deseo mayoritario de los jefes y sabios ancianos de la tribu. En la próxima reunión de la Luna de la Maduración decidiremos si desenterramos o no el hacha de guerra, y que el Gran Padre nos ilumine y conceda valor. Entretanto nos prepararemos para la lucha.

Todos asintieron. Era la voz de la sabiduría del pueblo.

De nuevo la esclava llenó los cuencos con el licor y el «hombre medicina» y los ancianos relataron, para que el joven Cuerno Verde conociera la historia,

la llegada del pueblo comanche a la frontera de Nuevo México, que el joven guerrero escuchó arrobado y con inusitado interés.

Supo aquel día que hacía cincuenta años que habían descendido de las praderas norteañas, y que en menos de tres generaciones se habían convertido en los indiscutibles señores de la guerra del árido territorio del sur, jinetes de sus veloces corceles, donde también cabalgaban su ímpetu y sus ansias de olvidar su secular pobreza.

La pasión demostrada por los comanches había resultado pavorosa para los hispanos, acostumbrados a abrirse al norte sin oposición alguna. Se habían visto sorprendidos por el ardor imposible de unos hombres desnudos, casi primitivos, pero combativos, que hablaban una lengua inarticulable análoga al azteca: el náhuatl.

Antes de colisionar con los dragones de España, el esforzado pueblo comanche, narraba el chamán, había sometido a sangre y fuego a las tribus indias del sur usando una desmedida pasión y furor combativo. Y lo que para los españoles habían sido latrocinios, saqueos y depredaciones de aquellos miles de «desnudos» montados a caballo y bien armados, no era sino la disposición frenética y valerosa de seguir a sus jefes hasta la misma capital del Virreinato y lucrarse de los inmensos recursos de los españoles, de sus vías de comunicación, bienes, caballos y aliados, y servirse de ellos para prosperar.

—Los utes, navajos, lipanes y sioux, incapaces de resistir nuestra impetuosa ola de fuerza, nos tacharon como una ralea agresora, pendenciera, codiciosa, engreída e insolente, y capaz de las más descaradas bellaquerías. Pero nuestros ancestros eran duros y correosos y con la piel curtida por la caza y oraban a Wakantanka, que los conducía con su aliento. Descendieron desde las Montañas Azules tras las manadas de bisontes, después de aplastar a las dispersas tribus que las habitaban —parloteó sereno y orgulloso.

—¿Y con esa obstinada fe cabalgaban nuestros abuelos? —se interesó Cuerno Verde, cada vez más entusiasmado con el relato.

—Así es —confirmó el anciano—. Nuestra tribu apareció en los desiertos de Arizona y en las llanuras de Tejas hace ahora un siglo, tras cruzar las nevadas montañas de Sangre de Cristo. Así lo cuentan las pieles que hablan, los pictógrafos y los dibujos de los tapices sagrados. Estamos emparentados con los shoshone, de los que nos escindimos tras una horrible epidemia de viruela. Nuestros antepasados cazaban en las Rocosas y pescaban salmones en sus heladas aguas.

»Su vida era nómada y, tras los bisontes, conducían sus pertenencias en prácticos *travois* (trineos tirados por perros). No teníamos bestias de carga. Con ellos se dirigieron hacia las Colinas Negras, cuando escasearon los alces y bisontes. Y allí nos aguardaban los caballos: nuestra fortuna más preciada y el gran regalo de Wakantanka.

—¿Cómo no va a amarnos el *Charbya*, «el Anciano de lo Alto», con padres tan audaces? —se reafirmó el joven guerrero.

—Los ancianos nos contaban que los había recibido un cielo gris, un hielo frágil y unas praderas arenosas donde se dibujaban miles de huellas de bisontes, que creyeron señal de buen augurio. Y en medio del azote de las intempestivas tormentas del sur y las tempestades nocturnas, impetraron la protección de los espíritus. Hicieron fuegos con mezquites retorcidos y vieron cómo los astados se reunían en una verdísima meseta. Con teas encendidas los acosaron y los precipitaron hacia una hondonada del cañón, donde murieron cientos. La caza resultó abundante y las mujeres de la tribu estuvieron varios días desollando pieles y llenando las ramas de los árboles de carne, mientras los ancianos la salaban. Los niños echaban las vísceras a los chacales y a los lobos hambrientos que los seguían, a los coyotes y a los cuervos con los que medían sus fuerzas.

—Debió de ser apasionante, aquella aventura —opinó el joven.

—Pero ardua y peligrosa —le recordó—. Los indios pueblo y los jicarillas, que los vieron transitar por vez primera estos valles a pie, los tomaron por una tribu pobre y andrajosa buscadora de médulas de huesos y de bayas, y los llamaron *chichimecas*, «los hijos del perro», y «los ladrones de caballos». Los españoles juzgaron el hecho como irrelevante y nos tacharon de indios errantes y miserables, sin pensar en el quebradero de cabeza que se les venía encima. Somos un puñal clavado en su pie.

Cuerno Verde conocía por su familia que los comanches se llamaban a sí mismos los *numunuu*, «los seres humanos», también «la gente de la serpiente», o los *kohmants*, «los montados a caballo que atacan». Habían descendido hacia el sur sin temer a nadie y se habían alojado por su arrojo y crueldad en las praderas de los indios tejas, donde se aliaron con otra tribu no menos agresiva, los utes, con los que formaron la confederación Nachitoché, auxiliada por Francia. Los ute, que les enseñaron a montar a caballo, les otorgaron otro nombre, los *kumantsi*: «enemigos que quieren guerrear todo el tiempo», muestra de una primera vecindad impetuosa.

Los naturales ocupantes de aquel territorio, los apaches, sufrieron desde entonces el acoso continuo de aquellos sanguinarios ladrones de caballos, que

los arrinconaron en los cañones y desfiladeros más improductivos y en los escabrosos barrancos de tierra rojiza, quedándose ellos con las grandes llanuras. Los feroces recién llegados tomaron como blanco de sus depredaciones a las tribus apaches, en especial a los lipán, de los que se proveían de esclavos que luego vendían, junto con sus caballos y propiedades.

Y debido al entendimiento con españoles, a los que pidieron su protección, sus regalos de tabaco y chocolate, las estampas de la Virgen María y los santos protectores y el bautismo purificador, los ataques de los comanches fueron más sangrientos aún. No soportaban la cobardía con la que se habían entregado en manos de los blancos.

Desde entonces, los comanches habían situado sus campamentos, al menos sesenta, a menos de trescientas leguas del presidio de Santa Fe, donde los dragones reales los observaban con cautela. Como señores únicos, se habían aposentado en los ubérrimos valles de Arkansas, del río Cimarrón, Colorado y Tejas, donde cazaban jabalíes, bisontes y ciervos en constante nomadismo, para luego descender hacia los mercados hispanos de Taos, Ojo Caliente y San Juan, bajo la protección de la conocida Paz Hispana del Mercado, a intercambiar pieles y esclavos navajos y apaches jicarilla, niños y mujeres pawnee, por caballos, armas, pucheros de hierro, agujas, punzones, pólvora, maíz y mantas.

Por todo el territorio de Tejas se veían pequeños poblados comanches levantados en semicírculo con sus coloristas tipis, las pieles de búfalo cubriendo las entradas, la madera cortada tras las tiendas, y los sacos de *pemmikan*, unas bolas de masa de carne seca, bayas y grasa, que usaban en su vida trashumante y cuando faltaba la caza.

En pequeños corrales, y cubiertos con pellejos, almacenaban las cubas de madera del *tasajo* —el tuétano y la grasa de los animales— y la carne curada para subsistir durante la estación de las lluvias. En los corrales se guardaba el ganado robado y los caballos, su mayor bien. Habían imitado los aparejos de los españoles, las riendas, bridas y monturas, a las que superaban en ligereza, y hasta el arte de la monta, pues lanzaban sus armas al galope con pavorosa habilidad.

Vivían montados en sus veloces alazanes y en ellos morían. Amos de Arizona y de Tejas, reinaban en sus verdes pastos; y en sus tribus, el guerrero más violento y salvaje era el más idolatrado.

Cuando los dragones del rey hacían las rondas de vigilancia, observaban las columnas de humo que escapaban de sus tiendas y a los niños montados en los ponis y a los perros corretear, con la hogareña tranquilidad de creerse

dueños absolutos del lugar. Tal era su presuntuosa insolencia, que se extendía a las depredaciones y expolios.

Las mujeres comanches, indiferentes a la presencia de los soldados españoles, blandaban y raspaban el cuero, bordaban vestidos y cosían pacíficamente capas de piel, aljabas, lazos y cuerdas con tendones, esterillas, polainas de piel de ciervo, mocasines y mantas rojas cortas para la silla de montar, sin hacerles caso alguno. Los viejos guerreros fabricaban cuchillos, puntas de lanza y arcos cortos y los observaban con descaro y desprecio, pues no temían ni sus corazas, ni sus cañones, ni sus fusiles.

Aquella era su tierra, y la defenderían hasta la muerte.

Santa Fe

Cada noche, Cuerno Verde se llevaba a su tienda a una esclava y por la noche compartía la esterilla con ella hasta el amanecer. Ser el guerrero más admirado y temible de la tribu le confería ciertos derechos y privilegios. Se había convertido en un estratega temerario y granjeado la fama de comanche indómito y cruel.

La primera semana de la Luna Musgosa, cuando las pequeñas rosas silvestres florecían en los valles, el joven guerrero comandó una reducida banda de jóvenes combatientes de su clan, tan arrojados como él, y vagabundó durante tres días por las inmediaciones de Palo Alto en busca de caballos salvajes y de algún ciervo.

Era una mañana tibia y una bruma de obsidiana escondía las blanquecinas colinas cercanas al río, cuando divisaron una caravana de colonos mexicanos que conducían una recua de ganado de pelaje rojizo y una docena de caballos, entre ellos un semental alazán. Ya no debían buscar más. Habían encontrado el botín que tanto habían buscado.

Cuerno Verde clavó los pies en los flancos de su montura y a su señal los veinte jinetes se lanzaron al galope en medio de horrísonos alaridos. La vertiginosa carga no dio tiempo a los sorprendidos viajeros a reunirse en círculo para tratar de defenderse. El atroz chillido de los indios tónkawa les taladraba los oídos, llenándolos de pavor.

Sabían que no tenían escapatoria. En unos minutos, los hombres, sin apenas oponer resistencia, yacían atravesados por las flechas comanches escupiendo sangre y polvo. Uno de los atacantes, haciendo gala de una ferocidad lasciva, sodomizó a uno de los hombres, aún moribundo, entre las carcajadas y elogios de sus feroces compañeros.

Los cadáveres quedaron desperdigados por el pasto en medio de un charco sangriento. Allí mismo les cortaron las cabelleras y desvalijaron los carromatos, a los que prendieron fuego.

Sin demora, y llevados por una agresividad insolente, violaron allí mismo a cuatro mujeres que se habían escondido en los carros, que aterrorizadas lloraban y gemían sin oponer resistencia a la salvaje desfloración a la que las sometieron los hombres de Cuerno Verde, que les habían hecho jirones sus ropas y arrancado los abalorios. Conocían su suerte. Serían convertidas en esclavas sexuales hasta que se hartaran sus captores y serían vendidas después en cualquier mercado de la frontera. Sus vidas quedarían arruinadas para siempre y gimieron de angustia.

—¡Regresemos por las quebradas! Los dragones verán pronto el humo — gritó el impulsivo Cuerno Verde.

Regresaron al poblado profiriendo gritos de triunfo.

Cuerno Verde sentía en su interior una satisfacción inexplicable: «Mi destino y el de mi pueblo son mi voluntad», pensó para sí.

Los dragones de cuera, que habían advertido la humareda, acudieron desde el presidio de San Antonio de Béjar, pero los asaltantes habían huido hacia las montañas y era difícil seguir el rastro entre los pedregales. Habían dejado una nube de polvareda amarillenta que oscurecía el sol y en varias direcciones, mientras el hollín de las carretas incendiadas flotaba a baja altura por la pradera.

Enterraron a los muertos y regresaron al fortín. Los jefes españoles desde hacía meses habían observado que hordas independientes de comanches, divididas y organizadas en pequeñas partidas, volvían a sembrar el terror en Tejas y en la yerma frontera con Nueva España.

Invadían aldeas apaches en acciones fulgurantes, asaltaban caravanas de ganaderos y apresaban niños y mujeres, carne esclava muy codiciada que incluso vendían a traficantes sin escrúpulos que enviaban a las plantaciones de Cuba y Jamaica.

Algo inaudito e inaceptable para el virrey de Ciudad de México, que no podía aceptar sus amenazas y matanzas raciales y aceptar una situación bochornosa y turbulenta a las mismas puertas del Imperio.

Los españoles sabían que detrás de aquellas incursiones se hallaban los escurridizos jefes, Nimirikante, Tabivo Naritgant y su feroz hijo, el cachorro Cuerno Verde, el adalid de los tónkawa, al que precedía su fiereza a lo largo de las orillas del río Grande y del Colorado, dejando tras de sí una estela de horror, sangre, devastación y sufrimiento.

El joven guerrero tónkawa, que había dado un gran rodeo por la Escarpadura de Balcones, regresó triunfal al poblado con la cuerda de presas jóvenes, los caballos, alguna res y un carro lleno de provisiones.

Sin ninguna mala conciencia o sentimiento de culpa, y luciendo su casco de búfalo con la cuerna verde y las cuatro plumas del valor, recibió una barahúnda de aplausos y encomios. Al desmontar miró al gran jefe y a su padre y los dos sintieron que las pupilas del guerrero les taladraban el alma, como si los acusara de su escasa temeridad y de falta de decisión.

Cuerno Verde, tierno y sensible con los suyos, abrazó a sus hijos pequeños, a los que colmó de caricias y regaló las plumas de colores. Sabía que con él la tribu estaba a salvo. Su implacable forma de concebir la guerra contra los apaches y dragones españoles, a los que decía no temer, y su sangriento historial de atrocidades, lo convertían en una bestia carente de sentimientos incluso para los suyos, pues había matado con sus propias manos a dos jóvenes comanches, echándoles en cara su escasa bravura.

Nimirikante ofreció a su combatiente predilecto una celebración y un convite especial donde sonaron los panderos, los tambores *tom-toms*, los pitos de hueso de águila, los *morache* —diapasones de palo— y las matracas de carey, que interpretaron la canción de los *Honores Guerreros*. Las mujeres cocieron trozos de búfalo en hoyos de arcilla, y asaron pescados y carne en parrillas de piedras.

Las muchachas repartieron tortas de maíz y bellota, cuencos con *pemmikan* —carne seca— con salsas de arándanos, potajes zuñí con habas, manteca, tusa y maíz verde, y *chippewas* de pescado guisado.

Pocas veces se había celebrado un ágape semejante para honrar a un comanche. El joven Cuerno Verde gozaba de su más alta popularidad y no dejaba de ingerir la densa melaza, que poco a poco fue embotando su cerebro. De pronto cogió la tralla que siempre llevaba colgada de la cintura, un látigo para caballerías, y se dirigió dando traspiés al corral donde se hallaban atadas las esclavas mexicanas.

—¡Enséñale lo que es una verga comanche! —gritó uno—. ¡Vamos!

Y sin mediar palabra comenzó a azotar a las muchachas. Chillaban y gemían amedrentadas por el castigo al que las sometía aquel comanche sin corazón. Se formó un corrillo de amigos y de borrachos, que tambaleantes lo jaleaban. Después desató a una de ellas, una chica pálida, de largas trenzas, labios delgados y pómulos salientes, a la que había producido un corte sanguinolento en el hombro. Ensangrentada y llorosa, la arrastró por el campamento ante las risotadas de sus congéneres y la arrojó violentamente dentro de su tienda. La cerró y se oyeron vagidos propios de una bestia.

Dos días más tarde, una recua llegó al presidio de Santa Fe.

Un numeroso grupo de misioneros, tramperos y buhoneros llegados de Tejas y Mississippi venían a alertar a las autoridades españolas regidoras del territorio de las tropelías ocasionadas por descontrolados comanches tónkawa y del estrago de la caravana de colonos que se dirigía al oeste, al presidio de San José. Elevaron el peligro a términos exorbitados y aseguraban que Cuerno Verde, padre e hijo, estaban sembrando el terror en Tejas y que el número de indios en pie de guerra había crecido considerablemente.

Llovía sobre el fortín y sede del gobernador de Santa Fe, y un franciscano de barba patriarcal, de nombre fray Anselmo, con gestos alarmantes reveló al nuevo gobernador de Nuevo México y comandante de las tropas, don Tomás Vélez de Cachupín, que un ejército en estado de guerra se estaba preparando tras las orillas del río Grande.

—El polvo que levantan esos demonios nubla las Grandes Llanuras —le aseguró—. Algo espantoso urden esos desalmados. No subestiméis el peligro de esos lobos salvajes, Excelencia.

El fraile se secó el cráneo empapado y prosiguió con el relato:

—Señor, eso no es solo una partida de indios, es una plaga.

El gobernador, un hombre orondo de piel rosada y largas patillas, tiraba de su levita bordada con sus nerviosas manos.

—La paz solo existe cuando puede imponerse —le replicó—. El Imperio de Su Majestad significa la amistad. Deseamos pacificarlos, pero sus negadas mentes ni lo comprenden ni lo admiten.

—Aquí está la Cruz y su palabra para ayudaros, Señoría.

Con gallardo aplomo, Vélez siguió paseando por la habitación y vació generosamente una botella de vino en dos jarrillos de porcelana.

—Estoy muy preocupado, *pater*. Espoleados por esos pequeños éxitos, se repiten otra vez los robos de caballos y los expolios de ranchos. Sus incontenibles y violentas incursiones me exasperan.

El monje mojó sus labios en la copa y enarcó las cejas.

—Gobernador, estando hace un mes de misión en el presidio de Albuquerque, unos apaches amigos nos informaron de que un jefe comanche hasta ahora desconocido, Mahpiua Luta o «Nube Roja», había descubierto un pago ignoto, La Casa del Palo, cerca del río Purgatorio, lugar de refugio de las grandes manadas de caballos de Su Majestad que han estado expoliando sistemáticamente esos ladrones.

—No es la primera vez que esos comanches tónkawa asaltan ese lugar, que pertenece a la Corona y nos surte de équidos. Hace años, mi predecesor,

el gobernador Codallos, emprendió una expedición de castigo al río Chama, tras ciertos ataques esporádicos a Pecos y Galistero, donde los comanches utilizaron armas de fuego francesas. Abatió en Cerro Fiero a más de cien guerreros, apresó a otros doscientos y se apoderó de más de mil caballos robados en ese mismo lugar. Tras la derrota ya no se acercaron más a ese refugio. Pero veo que no fue suficiente —se lamentó.

—La alianza entre esos fieros comanches, los salvajes taovayas y los ladinos franceses ha ocasionado mucho daño al Virreinato y a la Santa Iglesia, aunque por la providencia de Dios, Luisiana haya pasado a pertenecer al Imperio de Su Majestad el rey don Carlos.

—Felizmente, padre. La paz de París nos ha devuelto lo que nos pertenecía —respondió el gobernador con gesto ufano.

El templado Tomás Vélez de Cachupín se había visto obligado a reforzar los presidios reales y a vigilar los asaltos depredadores de los comanches, extremo que de por sí constituía una declaración de guerra.

—Esos belicosos comanches —prosiguió el gobernador— se han acostumbrado al olor de la pólvora, del plomo, del fulminante, y a manejar la yesca y el pedernal. Además, enarbolan sin vergüenza fusiles europeos, sembrando el terror en la frontera y allá donde pacen las caballerías de los fuertes y ranchos españoles. ¡Resulta intolerable!

El fraile asintió con la cabeza y se persignó para decir:

—Y lo que es más execrable a los ojos de Dios, Señoría. Los misioneros no podemos apelar a la piedad o la compasión. Se mofan de nosotros. Y ciegos de ira, nos apalean, torturan y matan para aplacar a los espíritus de sus combatientes muertos, aprovechándose de la lejanía de los presidios de Su Majestad —le confesó desalentado.

—Os aseguro, padre, que los expolios y tropelías a las que os referís cesarán muy pronto —le garantizó envanecido—. Estoy esperando refuerzos, y entonces ese Nimirikante se arrepentirá de sus atropellos.

El fraile salió al patio de armas y allí, en compañía de unos dragones y otros misioneros, se calentó en el fuego. Había dejado de llover y corría una fresca brisa. Le dieron un plato de hojalata con dos boniatos, queso y una torta de maíz. Rezó, comió y se echó a dormir.

El tiempo había cambiado y las praderas se encharcaban con la lluvia menuda de la Luna Rosada, como la llamaban los pieles rojas. Un suave viento del sur

azotó los cactus, las chumberas y las secas majadas, endurecidas por el frío invernal, y ahora reblandecidas y floreadas por los aguaceros.

Aquella fresca amanecida, Cuerno Verde salió del poblado con veinte de sus bravos compañeros de correrías. No iban pintados y tiraban de un carro cubierto con lonas donde iban atadas algunas esclavas arrebatadas a los kiowas. Se dirigieron al presidio de San Javier para intercambiar caballos y esclavas por objetos de hierro y comida para el clan. Le aseguraron a Nimirikante que iban en son de paz, su paz, y acogidos a las leyes españolas de la Tregua del Mercado.

Aprovechando la concordia del mercado pactada por todas las tribus de la frontera con los españoles, acudieron como mansos corderos. Cuerno Verde dio el alto y entraron en el animado zoco, donde habían confluído tratantes de los alrededores, mercachifles, esclavistas y colonos de la zona a intercambiar productos. El guerrero comanche, que adivinó el terror que producía, compró cuchillos, frenos de caballerías, herramientas de hierro y cobre, y ofreció a gritos su hatajo de esclavas indias, empleando sencillos gestos y entendibles palabras españolas.

En un principio lo ignoraron y no le prestaron oídos.

Reaccionó con soberbia y, fiel a sus impulsos amorales y depravados, el joven Cuerno Verde ordenó a los suyos que las desfloraran allí mismo en el mercado y a la vista de todos. Se hizo un silencio lúgubre, y las mujeres del poblado sofocaron gritos de horror y de piedad hacia las jóvenes indias, casi unas niñas. Varios guerreros, profiriendo gritos de obscenidad, las poseyeron a la vista de todos en medio de una lujuria y desfachatez brutales. Nadie hablaba. Estaban paralizados.

—¡Salvajes, desalmados, infames! —gritó una mujer—. ¡Por Cristo todopoderoso, dejadlas en paz! ¿Nadie detiene esta desvergüenza?

Cuerno Verde, con altanería y desfachatez, exclamó riendo:

—¡Hemos dignificado a estas despreciables mujeres, pues llevan dentro de sus vientres la vigorosa semilla comanche!

Apareció un fraile que corría alzándose el hábito y protestó al jefe comanche, quien por toda respuesta le volvió la espalda y escupió en el suelo. Junto a otras mujeres, el sacerdote tapó los cuerpos de las mancilladas, que no habían elevado ni un lamento de dolor.

El *pater*, compadeciéndose de varios niños apaches que vio atados en el carro, los compró cambiándolos por cuatro corderos y una cabra. Los sustraía de la ferocidad comanche para educarlos e instruirlos en la fe y evitarles un calvario junto a aquellas bestias sin alma.

Rezó por las jóvenes y los increpó coléricamente:

—¡Arderéis en el infierno por vuestra perversión, paganos! ¡Id al fuerte y avisad a los dragones, que les den un escarmiento! —pidió.

Cuerno Verde sabía a qué se atenía si aparecían los jinetes del rey y aligeró la venta. Se retiró con unos extranjeros de Eminence tras un seto y acordó el precio de las muchachas, a las que había dejado tendidas en el suelo, humilladas y llorosas. Después partió al galope, dejando tras de sí un halo de aullidos y siniestra perversidad.

La noticia corrió como el viento hasta el gobernador Vélez.

Y su ira se volcó sobre los provocadores comanches, que estaban abocando a los aliados apaches lipán a una aniquilación total. Le indignaban las incursiones de Nimirikante y de sus secuaces, sobre todo de Cuerno Verde, que apresaban a jóvenes apaches para convertirlos en esclavos. Habían colmado su paciencia, y a marchas forzadas dispuso una compañía de cien veteranos dragones de cuera, el mismo número de milicianos de los poblados de la frontera vestidos de tramperos y de exploradores genízaros —antiguos prisioneros apaches—, que iniciaron una intensa búsqueda de la tribu del gran jefe Nimirikante.

Al atardecer de un luminoso día primaveral, uno de los exploradores genízaros regresó a Santa Fe después de batir el extenso terreno de Llano Estacado, una grandiosa llanura de mesetas desérticas, donde apenas si llovía y la vegetación era escasa, lo cual convenía para la batalla.

—Señoría, traigo valiosas noticias —le reveló con gesto triunfal—. He explorado con mis hombres las inmediaciones de Álamo Gordo, tras cabalgar tres días por esas extensas llanuras en pos de una partida de comanches. Y en las Crestas de Mescalero hemos identificado la tribu tónkawa de Nimirikante. Están acampados allí. No hay duda, son ellos. Yo mismo estuve prisionero en aquel poblado.

—¡Inapreciable noticia! —se alegró—. ¿Os han visto?

—No, Excelencia. Los descubrimos desde los cañaverales del río Pecos. Buen lugar para esconderse y luego caer sobre ellos.

Era la estación estival de la Maduración de los Frutos, y el gobernador sonreía por vez primera después de mucho tiempo. No podía olvidar a los apaches asesinados, a las muchachas esclavizadas, los poblados asolados y a los españoles caídos en la frontera durante aquellos años.

«Esas bestias estarán muy pronto bajo nuestro dominio —caviló el comandante—. Estoy harto de escuchar dolorosas plegarias y súplicas».

El gobernador poseía un mando, unas órdenes precisas del virrey y la valentía de los dragones reales, a quienes la muerte no les turbaba el sueño. Hacía una semana que un regimiento de la frontera y de cadetes de las academias de Querétaro, San Ignacio y Chihuahua se había incorporado para el gran enfrentamiento con los comanches, entre ellos el recién nombrado teniente Martín de Arellano, que se había convertido en el lugarteniente del capitán Juan Bautista de Anza por méritos propios.

Las escaramuzas ya eran historia. Había que acabar con la actitud terca, salvaje y chulesca de Nimirikante, de Tabivo Naritgant y de su hijo, el sanguinario Cuerno Verde, una alimaña repugnante, un demonio que era capaz de atormentar a seres débiles inocentes, cortarles el cuello y luego beberse su sangre sin tener el más mínimo sentimiento de conmiseración.

Pero Vélez, Anza y el nuevo teniente Martín de Arellano, que comandarían los tres regimientos de dragones, también sabían que los comanches nunca formarían un ejército ordenado, pues no eran sino jaurías salvajes, unidas por el odio al hombre blanco.

Río Nueces y San Antonio-Tejas

Las mieses y las bayas saturaban con un dulzor meloso el aire del poblado apache de Huhkwatwe, «la Terraza de los Vientos». Elevado sobre un barranco cercano al río Nueces, era el hogar de Wasakíe, «Aroma de Azúcar», convertida en la «mujer medicina» de los lipanes.

Visitaban su tienda enfermos y necesitados de las tribus natage, hopi y pueblo, los apaches pacíficos dedicados a labores agrícolas que se habían asentado en las aldeas de arena roja entre San Antonio y Laredo, y sus hermanos errantes de la frontera, los apaches gileño, mescalero y mimbreño, que se movían por el oeste tras los búfalos y que acudían al reclamo de su pericia medicinal.

Cumplidos los veinte años, Wasakíe era una mujer sumamente amable, paciente y concienzuda con sus obligaciones, y era conocida en todo el territorio por su sabiduría y dignidad. Un halo de fascinación y misterio la rodeaba. Esbelta, y más blanca que sus congéneres por la sangre mexicana que corría por la linfa de sus venas, tenía los ojos rasgados y amielados y sus formas eran gráciles y llamativas.

Componía ungüentos y pócimas con lenguas de colibrí, ají, guacal, pitas aceitosas, veneno de serpiente de cascabel que ella misma capturaba, lagartos del desierto y raíces de cactus. Para los lipán de Huhkwatwe, Wasakíe visitaba en sus sueños las regiones de la Aurora Eterna y personificaba el símbolo inseparable de la unión mágica de la tierra con los dioses y los humanos.

Era una mujer sagrada e intocable para los apaches.

«Posee dos voces, la del cielo y la de la tierra, y también íntima con el dios de los extranjeros», decían de ella.

La pacífica aldea apache se había levantado en un abrupto lugar uniendo entre sí viviendas y resacas terrazas intrincadas alrededor de una placita central, donde las mujeres hilaban, cocían el pan, desgranaban las mazorcas,

salaban carne, tejían tapices y lustraban las pieles. Las más ancianas fabricaban el *mezquite*, una bebida espirituosa que tomaban en los rituales, y el exquisito *pinole*, una densa melaza de miel, semillas y plantas aromáticas de gustoso sabor.

Entraban por agujeros obrados en el techo en las casas, que se sostenían por la armazón de tres maderos ahorquillados que se cubrían con una barda espinosa, hecha de barro, broza y piedras. Un exiguo ventanuco les servía de chimenea, absorbiendo las humaradas domésticas. Se acostaban en esteras de algodón y rara era la vivienda que no poseía en su interior un torno de alfarero y un telar.

En el lugar más prominente del pueblo se levantaba el salón de ceremonias, o *kiva*, donde se celebraban las danzas de la Serpiente y del Antílope y las rogatorias para suplicar las precipitaciones al Gran Padre, y donde algunos apaches devotos de Cristo y de su Madre rezaban retahílas de avemarías. En invierno, una nube perpetua se cernía perennemente sobre Huhkwatwe, como una noche eterna acompañada de rayos y relámpagos que tronaban como cañonazos dentro de las casas.

Los lipán partían a menudo de cacería hacia el territorio de Taos en busca de bisontes y de caballos, siempre temerosos de un mal encuentro con los odiados comanches. También batían conejos con palos curvados y criaban aguiluchos y pavos silvestres para adornarse con sus plumas en las ceremonias religiosas y en el combate.

Pero Huhkwatwe se conocía entre los indios de Nuevo México porque, con el contacto con los españoles, sus habitantes se habían convertido en inestimables orfebres de la plata, utilizando troqueles y moldes comprados en los mercados de los presidios, con los que forjaban primorosos brazaletes y gargantillas de delicada belleza.

A Wasakíe, el gran jefe, padre de su esposo, le había regalado un collar engastado con turquesas mexicanas que usaba en las ceremonias rituales de la fertilidad que se celebraban en la Luna del Gusano, cuando aparecían en los cañaverales pájaros de todas las raleas.

Como cualquier lipán, Wasakíe abrigaba en su corazón un rencor profundo hacia los comanches. Odiaba la pestilencia salvaje de los que tenía por los asesinos de sus padres, por los violadores de las jóvenes de su clan y por los infames ladrones de los escasos bienes que obtenían con el trabajo y el trueque. Eran su pesadilla secreta, pues su crueldad para con los apaches, su continuada impiedad y feroz opresión significaban para su pueblo una vergüenza intolerable.

Wasakíe se había casado con el hijo del jefe de la tribu. De nombre Makía, o «Cazador de Águilas», era un animoso guerrero de piel atezada y cuerpo poderoso, y cejas y ojos muy juntos, que en los momentos íntimos destilaban hacia ella dulzura y un afecto sin límites. Habían tenido una hija y un hijo, y Makía se había convertido en el custodio de los valiosos mapas y escritos del venerado capitán español Hernando de Soto, al que sus antepasados conocían como Tawa'pah, o «El hijo del sol». Nadie ignoraba que contenían minuciosamente señalados los pasos para alcanzar el Océano del Oeste, si algún día lo precisaba su pueblo, acosado por los «desnudos».

La hija del matrimonio, de nombre Sotsó, o «Estrella Matutina», era una niña de poco más de ocho años, morena, de ojos grandes y negros y trenzas de radiante azabache. Seguía los pasos de su madre y comenzaba a intimar con las virtudes secretas de las plantas y con el uso de los venenos, afrodisíacos y bálsamos sanadores, y también espantaba, como ella misma, a los malos espíritus. Cuidaban juntas la tierra, y en la soledad de la casa preparaban los elixires curativos que aplicaban a los enfermos que las visitaban a diario.

Sin embargo, desde hacía meses el poblado andaba convulso. Se decía que los dragones reales, sus protectores, se estaban movilizandando ante las dañinas correrías de los comanches, y que estos se estaban concentrando en Álamo Gordo. Aquella mañana de recolecta de hojas y raíces, Sotsó miró a su madre con sus ojos escudriñadores y le preguntó:

—¿Por qué nos aborrecen tanto los «desnudos», madre?

—Porque son perversos y codiciosos y no respetan a las demás tribus, Sotsó —le dijo Wasakíe—. La guerra que mantenemos con ellos desde hace muchas lunas no la originó el pueblo apache.

—¿No? —preguntó, y su rostro se llenó de orgullo.

—No, hija mía. La trajeron los comanches que nos arrinconaron en estas tierras de serpientes y solo piensan en darnos muerte por la flecha y el hambre. Pero tu padre y los guerreros nos defenderán.

Sotsó sabía que en el carácter de su pueblo no prevalecían ni la venganza ni el asesinato de sus semejantes. La niña poseía una mente racional, poco habitual en una chiquilla, y no estaba acostumbrada a mostrar sus emociones como correspondía a una apache. Parecía como si estuvieran estranguladas por la tragedia que sufría su pueblo.

—Padre dice que no podemos ni enterrar a los muertos en nuestra propia tierra, y yo abro los ojos y veo que siempre estamos huyendo y defendiéndonos de sus atrocidades, madre —le recordó.

—Mi niñita, el orgullo apache hace tiempo que fue silenciado, y nuestros ancianos y mujeres solo pueden cantar la canción de la muerte. Si los dragones no nos defienden, desapareceremos y nuestra memoria será tan solo un sople de viento en el desierto.

La niña se detuvo y preguntó a su madre inocentemente:

—El Gran Padre concedió tierras a los indios de todas las razas. Entonces, ¿por qué los comanches las desean todas para ellos?

Wasakíe sintió en su pecho una ola de indignación, y le dijo:

—Ese pueblo es deplorablemente inculto, cruel e insaciable, hija. Se ha quedado con los valles más fértiles, donde pastan sus caballos.

Sotsó movió su cabecita y una de sus trenzas cayó sobre sus gráciles hombros. Abrió sus delicados labios de cereza, y expuso:

—Veo que nuestra raza vaga por estas tierras esperando que el cielo nos engulla un día. ¿Estamos cerca de la destrucción, madre?

La madre se inclinó sobre la hija y besó su mejilla.

—El sol cae duramente sobre la nación apache, pero no tenderemos más nuestras manos a ese pueblo de coyotes. Nuestros guerreros y Su Majestad el rey de España nos auxiliarán —la consoló—. Tú sé fuerte, Sotsó, sé fuerte —le recomendó la madre.

Sus miradas de intenso cariño se enfrentaron, aunque en la niña también afloraron la decepción, la amargura y el desaliento. Pero se sentía protegida por una madre que le mostraba una inmensa ternura.

—Lo seré, madre, lo seré.

—Encomiéndate, como yo hago todos los días, a la virgencita de Guadalupe y besa la medalla que llevas colgada de tu cuello. Ella y el Gran Espíritu nos protegerán de esos saqueadores. Rézale y musitará en tu corazón. Perteneció a una dama española que me protegió, amó y educó: doña Josefina de Arellano. Siempre la recordaré —le reveló.

Y en medio de una melancolía afectiva, y mientras regresaban al pueblo, Wasakíe le narró una vez más su estancia con la familia del sargento mayor Arellano y el recuerdo imborrable de su hijo Martín, que tenía guardado en los más profundos pliegues de su corazón. Lo recordaba como una mezcla de inocencia y candor fingido, de gallardía y flaqueza, de virtud y de infantil picaresca, y de una voluntad incombustible por ser soldado. Jamás olvidaría a su *waqueda* querido y aquella mirada soñadora azulada y gris, siempre en busca de glorias y quimeras. Y tampoco podía olvidar su sonrisa acogedora y optimista. Nunca lo había apartado de sus pensamientos y rezaba para que algún día pudieran encontrarse.

Aquella mañana la pradera olía a lavanda y lo recordó con afecto. Era la flor que solían recolectar para el altar del presidio de San Luis.

Impaciente e impregnado de un belicoso arrebató, Nimirikante, el jefe comanche, había reunido a sus guerreros y ordenado la interrupción de las partidas de saqueo y caza. Había llegado la hora de desenterrar el hacha de guerra y atacar a los dragones españoles para demostrarles que ellos no rehuían el combate, ni tampoco los temían.

Sus incondicionales, entre ellos los impulsivos Cuerno Verde y su padre, del clan tónkawa, ejecutaron la Danza del Sol para disponerse para la batalla. El brillo fanático de sus fieros ojos exudaba una energía ilimitada que contagió a la tribu. Era la gran ceremonia de renovación del espíritu guerrero y de la llamada a los espíritus protectores.

La vigilia, Tabivo Naritgant y su pendenciero hijo embadurnaron sus cuerpos con grasa de búfalo, pintaron sus rostros de negro y las grupas de sus caballos con lunas blancas y, animados por el chamán, cumplieron con el ritual de los Arcos, en el que simulaban el tiro y muerte de sus adversarios. Cuerno Verde, al bailar junto al fuego el canto del Caballo, se vio poseído por la fuerza del Gran Espíritu y por la astucia y valor del coyote y del lobo, sus animales totémicos.

La víspera del ataque saltaban las chispas de la fogata y se agrandaban los cánticos con el silencio de la noche. Corría entre ellos el brebaje del «dios medicina» y veían a los espíritus de los antepasados, que los animaban a la lucha. Cuerno Verde, con su hijo menor en los brazos, al que acariciaba con paternal dulzura, soñaba con una lucha que lo convertiría en el adalid de los clanes comanches.

La tibia madrugada había sido tensa, inquieta y penosa para el gran jefe comanche. Al comparecer por levante el primer rayo de sol, Nimirikante, montado en un correoso bayo pintado con rayas negras y rojas y ataviado con sus ropajes de combate, abrió su dentadura grande y amarilla convocando a los combatientes, que apenas si habían dormido, excitados por el licor. Iba vestido con unas largas calzas de piel de venado y una capa roja sobre sus hombros.

Adornaba su pelo liso con varias plumas de águila y portaba en una mano el cayado de penachos; y en la otra sujetaba las cuatro flechas sagradas,

envueltas en una vieja piel de coyote. Las elevó hacia el cielo y los guerreros comanches, viejos y jóvenes, inclinaron la cabeza ante ellas y oraron por el éxito en la batalla.

—¡Acabemos con esos extranjeros! —vociferó el cabecilla.

—¡Muerte a los dragones invasores! —chilló Cuerno Verde.

Los comanches comieron un puñado de maíz seco y algunos piñones y montaron en sus caballos pintarrajeados, profiriendo estruendosos gritos, cuyo eco resonó en las cumbres. Prepararon sus fusiles, arcos y lanzas y fueron en busca de los españoles, de los que sabían que habían abandonado el presidio de San Antonio dos días antes. Los matarían, les cortarían las cabelleras y gritarían como endriagos por los valles, proclamando que aquel territorio pertenecía a la nación comanche. El escenario del encuentro era propicio para ellos.

No había en toda la frontera un general español que pudiera doblegarlos. Hacía años que no se enfrentaba a ellos. En medio del viento silencioso del alba, el ejército indio salió del campamento de Álamo Gordo. Encima de sus cabezas vieron planear a los buitres, cuyas alas oscurecían el sol con su gigantesca envergadura. Los ocotes estaban en flor y los cactus rezumaban sabia fresca. Sortearon las rocas descolgadas del desfiladero y se dirigieron hacia el valle. Solo se oía el batir de los cascos de las cabalgaduras, sus resoplidos y bufidos.

Pero los dragones españoles del general Vélez, Anza y Arellano que habían visto salir de sus cuarteles habían desaparecido de la faz de la tierra y los comanches se escamaban. El astro solar estaba en todo lo alto y el aire olía a tormenta lejana, pero no parecía que fuera a llover allí. Todo era aridez y sequedad.

De repente, de detrás de un bosquecillo de mezquites enanos surgió el compacto ejército de dragones reales con los cañones de sus rifles apuntándoles de frente. Una capa de polvo amarillento los envolvía. De pronto, un ruido a sus espaldas los alertó aún más. Miraron hacia atrás y vieron que desde un cerro cercano descendía al galope un batallón de jinetes, que más parecía una manada de búfalos.

—¡Por todos los diablos, se nos echan encima! —gritó el jefe.

Nimirikante y Tabivo Naritgant, los dos estrategas comanches, examinaron la apurada situación. Solo tenían una escapatoria al acoso al que eran sometidos por los españoles: el paso del sur. Espolearon sus monturas y Tabivo Naritgant señaló con la lanza una hondonada que surgía a su vista. La

cruzarían a toda velocidad y, aunque sufrirían algunas bajas, escaparían por ella. Luego se reagruparían de nuevo.

El retumbo de los caballos y los ponis indios era ensordecedor. Una legión de desaforados y chillones comanches se lanzó hacia el atajo salvador, mientras disparaban con los fusiles y arcos, sin conseguir hacer blanco. Con las crines y colas pintadas, los cuerpos desvestidos y unos rostros de pesadilla teñidos de ocre, yeso y betún, les conferían un aspecto de espectros infernales. Entraron como rayos en la cañada.

Pero de repente la avanzadilla comanche se detuvo petrificada.

Frente a ellos, taponando la salida, se abría a su visión sorprendida una fila de soldados comandados por Martín de Arellano, quien sable en ristre se asemejaba a Aquiles frente a los muros de Troya. Era la primera vez que hacía frente a los comanches y su sangre caliente exigía venganza por la muerte de su padre, el sargento mayor don Pedro.

Tras los dragones, rielaban las bocas de seis cañones prestos a vomitar una salva de pólvora y metralla. Y tras las piezas artilleras, vieron una compacta hilera de dragones de cuera, magníficos tiradores, con sus insuperables fusiles Brown Bess, apuntándoles directamente y prestos a disparar, comandados por el indómito capitán Anza.

—¡Alto! —detuvo su jefe al contingente comanche.

Sabían que, u ocurría un milagro, o estaban todos muertos. Habían caído como conejos en una trampa elemental. Los comanches fueron obligados, según una estrategia bien estudiada por Vélez de Cachupín, a refugiarse en las paredes de la angostura. Desmontaron y entre la humareda de tierra seca tomaron posiciones.

—¡Agrupémonos! —exclamó—. ¡Unos hacia el sur, el resto al norte!

Los salvajes se apiñaron en dos grupos, y a pie venderían caras sus vidas. Estaban atrapados entre dos fuegos, taponada la quebrada por sus dos salidas. Siguió un expectante silencio y solo se oía el piafar de las cabalgaduras. A una señal del comandante, el gobernador Vélez, que vestía su corpulenta humanidad con el engalanado uniforme azul de campaña y se tocaba con un sombrero de ala ancha con una orla de cordón dorado, sus hombres se desplazaron hacia ambas bocas, hostigando al contingente indio, al que no dejaban un solo resquicio de escape. Desde un cerro observaba la favorable situación y mandó repicar el tambor de batalla.

Era la señal convenida.

Un ensordecer ruido de cañones y fusiles atronó el desfiladero, que se llenó de un acre olor a pólvora y sangre. Ponis asustados escapaban de la

trampa y saltaban las defensas hispanas sin sus jinetes. Algunos vomitaban sangre y otros espumarajos. Muchos comanches murieron a la primera andanada y quedaron en el suelo terroso, tirados y mutilados, en medio de un farrago de huesos quebrados y vísceras palpitantes.

Una lluvia de flechas cayó sobre los hispanos con un frenesí bíblico, pues los desesperados comanches sabían que no podían escapar y que aquel aciago día no podrían hacerse con ninguna cabellera blanca. Estaban angustiados y reptaban como culebras por el interior del barranco para guarecerse de las balas certeras de los dragones.

Todo era confuso y el humo dificultaba la respiración.

Algunos guerreros prefirieron morir combatiendo antes que asfixiados y salieron de la madriguera blandiendo las hachas y prorrumpiendo en voces estrepitosas; pero al instante fueron abatidos por los dragones en un aquelarre de sangre y muerte. Poco a poco el encuentro se convirtió en un violento combate cuerpo a cuerpo, en el que participó a pie y bravamente el teniente Arellano, quien por vez primera se enfrentaba a la muerte cara a cara. Los hispanos no rehuyeron la lucha personal y cargaron con violencia levantando polvaredas. Estaban dispuestos a no concederles cuartel.

Martín recibió varios cortes superficiales en el rostro y en la mano, y sangre comanche embadurnaba su rostro. Era inasequible al desaliento y la cobardía y miraba constantemente a los jefes comanches, por si divisaba a Cuerno Verde, a quien había prometido matar aunque fuera lo último que realizara en su vida. Pero el destino había ocultado al cobrizo.

El sol calcinaba las cabezas de los combatientes y la reseca tierra dejaba entrever las madrigueras de los roedores que habían quedado al aire por las cabalgadas. Los indios lucharon denodadamente, pero tras el mediodía comenzaron a flaquear. De vez en cuando surgía una lanza o un hacha, que se perdía en los espinos de las rocas.

Los españoles llenaban los cargadores, asentaban bala tras bala en los cañones y cebaban y amartillaban las pistolas, que descargaban inmisericordes sobre los comanches, que pese a las muchas bajas no se rendían. Las descargas abatían a cuanto estaba de pie o se movía.

A media tarde había muerto la mitad de la tropa india.

—¡Acabemos con esas bestias sanguinarias! —gritó el general español, corveteando en su ruano, mientras ordenaba a los dragones que montaran para asestarles el golpe definitivo con los sables.

El exterminio duró casi un día entero y Martín estaba exhausto, sudoroso y tinto en sangre. Las piernas le flaqueaban y sentía una sed atroz. Las

postreras acometidas de los indios no conseguían romper la línea de escape por los tiros eficaces de los fusileros hispanos.

Cuando el sol declinaba, el general Vélez decidió prender fuego a los matorrales. Las siluetas de los desesperados comanches se recortaban dentro del desfiladero, ocasión que aprovecharon los dragones para realizar las últimas descargas a tiro fijo, que supusieron la destrucción total y la rendición de los comanches, que habían perdido la mayor parte de sus guerreros.

—¡Alto el fuego! —ordenó Vélez con el brazo en alto.

La oscuridad se iba haciendo dueña del cañón y los anaranjados haces de luz se retiraban dando paso a un firmamento arrebolado. La ocasión la aprovecharon Cuerno Verde y su padre para escapar. No estaba entre sus afanes ser apresados por los blancos, que los ajusticiarían sin juicio alguno, conocidas sus atroces fechorías en la frontera. Se desprendieron de sus gorros de búfalo con la cornamenta verde para no ser reconocidos y abandonaron silenciosamente la pestilente hondonada, que estaba empapada de sangre, orina de caballo y barro.

Reptaron como lagartos por los áridos, espinosos y empinados peñascos, aprovechando la escasa luz y que muchos de los dragones habían descargado sus fusiles. De lo contrario hubieran sido abatidos sin compasión. Y entre las sombras y el vaho negruzco llegaron a la cima.

Y entonces aconteció lo imprevisible.

Los salvajes supervivientes, con su jefe Nimirikante a la cabeza, de quien los españoles aseguraban que era caníbal, aparecieron en la boca norte del cañón sin armas, agrupados y simulando una extraña procesión religiosa. Entonaban cantos lastimeros y absurdos, que dejaron estupefactos a Vélez y a su sorprendida tropa.

—¡Tened piedad! ¡Muchos... guerreros... muertos! —gritaba el jefe mientras un combatiente cojitranco agitaba una camisa blanca.

—¡Alto el fuego! —ordenó Martín a sus fusileros.

Un Nimirikante ensangrentado se abría paso sujetando una gran cruz que había confeccionado atando dos palos requemados. Saltaba entre las patas de los caballos muertos y espatarrados, rodeado de guerreros tullidos y sucios. Con la vista fija en el suelo, se acercó al gobernador Vélez, que lo miraba boquiabierto y de hito en hito.

Su cara estaba cubierta de arena, cuajarones y lágrimas.

Se arrodilló ante el militar español y le besó las botas con gran devoción. Compungido, pidió un intérprete apache y habló por su boca. Rogaba en

nombre del Supremo Espíritu que perdonara sus vidas y que, en señal de una paz definitiva y perpetua, lo abrazara también.

Vélez, ante la atónita mirada de sus dragones, que exhaustos no salían de su asombro, puso sus manos en los hombros de Nimirikante, que manifestó con voz tonante:

—¡Nacimos desnudos, gran *ganege* («jefe») blanco, y desnudos nos entregamos! —Y elevó sus brazos al cielo rojo.

Un gran charco de sangre comanche espejeaba a sus espaldas. Al poco, el aire del ocaso se llenó de enjambres de moscas de muladar, chacales de los barrancos, lobos hambrientos, ratoneros y buitres que suspiraban por un festín colosal, en el que todos obtendrían su parte de carroña en un apocalipsis de huesos, tendones y sangre aún caliente, y en medio del quejido de los indios moribundos.

Los españoles les habían asestado un golpe demoledor del que tardarían en recuperarse, y un sabor amargo de derrota sobrevolaba en las cabezas de los jefes sobrevivientes. El gobernador Vélez forzó una paz inmediata, en la que pactó con Nimirikante intercambiar al día siguiente los prisioneros habidos en anteriores escaramuzas.

Para Martín, fatigado y magullado, la noche adoptó formas lúgubres en aquel sombrío lugar. Se le había escapado Cuerno Verde, y en su semblante teñido de sangre se adivinaba un sesgo de decepción. «Para quien venga a un padre nada es imposible ni existe el tiempo», se consoló.

La comitiva de paz comanche transitaba por un camino jalonado de enebros con las hojas de color verde lima. Iba a celebrarse el ceremonial de paz en el presidio de San Antonio, en medio de un solemne desfile con orquestas, bandas militares, uniformes de gala y oriflamas de España, sables y vistosos entorchados.

El general hispano había exigido que interviniera como garante del acuerdo, no Nimirikante o el sanguinario Tabivo Naritgant, sino el líder de todas las tribus comanches del este y el oeste, Gran Oso, a quien el virrey de Ciudad de México, don Antonio María de Bucarelli y Ursúa, reconocía como cabeza única y principal jefe de la nación comanche.

Firmaron un pliego lleno de lacres y orlas, y Vélez le reclamó:

—Gran Oso, ¿os comprometéis tú y tu pueblo a acatar y desplegar en la frontera una amistad fiel con el rey de España, don Carlos?

—Lo juramos, excelente general, y lo prometemos al Gran Señor Blanco que reina allende las grandes aguas. Procederemos con rectitud. Wakantanka velará por la convivencia que hoy firmamos —dijo—. No tenemos miedo, pero deseamos ser amigos del hombre blanco.

El cortejo comanche partió en medio del tronar de los tambores.

Viendo cómo desaparecían por el horizonte, el gobernador Vélez volvió la cabeza hacia atrás y le confió al capitán de dragones Juan Bautista de Anza y a su asistente, el teniente Martín de Arellano:

—Señores, esta paz no será duradera en el tiempo —aseguró con voz campanuda—. Su falta de disciplina, su querencia al robo y sin un líder pacífico que los agrupe, todo esto será papel mojado.

—Habrá que vencer uno a uno a esos cabecillas —opinó Martín.

—Su delito de traición debería castigarse con la horca —le replicó el gobernador, que se fijó en su apreciado teniente, ya un joven alto de larga melena anudada con un lazo, y con un bigote y patillas largas incipientes en un rostro duro, aunque de sonrisa presta.

Anza y Arellano suscribían que muy pronto retornaría el tiempo de las acciones militares. El capitán y su ayudante, el caballero del Regimiento de Dragones del Príncipe de Chihuahua, su nuevo destino, se estiró la casaca azul y el pantalón amarillo claro, se acomodó el tricornio emplumado y caminó a su lado marcialmente con la mano en el sable.

Pensó que los comanches no eran más que una mancha insignificante en el extremo de un imperio colosal que abarcaba cuatro continentes. Los aplastarían con talón de hierro el día en el que el gigante dormido fuera despertado o intempestivamente violentado.

Y él estaría allí, al frente de sus dragones.

Ciudad de México

Diciembre de 1773 y año 1774

Al cruzar la plaza del Zócalo de la ciudad de México en dirección al palacio del Cabildo, sede del virrey de Nueva España, el teniente de dragones Martín de Arellano se abrochó el último botón de la guerrera azul, se retocó la melena anudada con un lazo granate y se caló el bicornio con galón dorado.

El cielo tenía una tonalidad plúmbea, hacía frío pero no llovía.

Miró su reloj de bolsillo que guardaba en el chaleco y vio que llegaban con puntualidad, conocida la severidad en la etiqueta del virrey. Acompañaba a su mentor y superior jerárquico, el capitán Juan Bautista de Anza, un soldado de origen vasco, de una conocida familia de comerciantes y militares de Sonora, oriundos de Hernani. Era un tipo de mirada dura, aunque cordial, pero sobre todo era un oficial de acción.

De corpulenta estatura, ojos claros, barba puntiaguda, mostachos rizados, nariz de águila y tupida cabellera que flotaba sobre sus hombros, había sido herido cuatro veces en recientes escaramuzas y exhibía con orgullo las cicatrices, una de ellas de color lechoso, aún sin cicatrizar, en el pómulo.

Tenía entre los dragones fama de intransigente y duro, pero en su corazón de pedernal anidaban apreciables virtudes y sentimientos.

La disciplina, el largo período de aprendizaje en la Academia de San Ignacio, las cabalgadas, correrías, escaramuzas y persecuciones tras los seris, apaches jicarilla, bajo el sol, la lluvia, la nieve y el viento ardoroso del desierto habían dotado al espigado oficial Martín de una complexión recia, mentón firme, pómulos altos y marcados, nariz griega y unas facciones bronceadas y curtidas. Llevaba sobre sus labios finos un bigote recortado, casi rubio, y su mirada, aunque soñadora, era decididamente resuelta.

Como casi todos los dragones de su edad, a pesar de haber conocido a algunas damas de Sonora, no había contraído matrimonio. Pero sus pensamientos se dirigían siempre al recuerdo de Wasakíe, su hermana mayor, su *wihetonga*, la muchacha que había aparecido en su infancia y cuya memoria jamás había relegado al olvido. Aún guardaba el pito y la pulsera de guerra hecha con sus propias manos y que le regalara el día de la separación. La había buscado por el territorio de Laredo y los poblados apaches del río Grande, pero no había dado con ella.

No obstante, su quimérica figura seguía reinando en su corazón, que la había idealizado como si fuera el paradigma de la dulzura, la amistad y la ternura. Sabía que practicaba la medicina y la clarividencia por una carta dirigida a su madre, en la que le informaba de que había contraído matrimonio con un jefe lipán de su tribu. Nunca había podido olvidar su cuerpo floreciente, bello, tierno y oloroso, y el placer que le procuró. La joven apache poseía una extraña fuerza de atracción que aún recordaba.

Las imágenes de su infancia y las personas y objetos con los que jugaba no podía arrinconarlos mientras viviera. Como Wasakíe.

Ascendido a teniente tras sus valiosos servicios y bravos combates frente a los indios en los presidios de Taos, Santa Fe y Laredo, se había convertido por sus méritos y agudeza en el combate en el oficial predilecto del fogoso y popular capitán Anza, el adalid de la guerra comanche.

Atravesaron las arcadas del palacio y un envarado ujier los acompañó a través de una escalinata y de algunos despachos, donde se afanaban los escribanos, contadores y oidores de la Corona, hasta llegar al fastuoso Salón de Acuerdos, en cuya antecámara se daban cita los leguleyos, los agraviados con cartas en la mano, las damas engalanadas, los militares quejosos y algunos medradores del poder.

—¡Capitán, teniente, tengan la bondad, vuestas mercedes! Su Excelencia los aguarda —les rogó el lacayo, quien los introdujo en un aposento entelado de seda escarlata de la que colgaban varios cuadros y lámparas doradas y donde destacaba una amplia mesa de caoba con un crucifijo de marfil, un recado de escritura de plata y varios montones de legajos lacrados.

¿Qué deseaba de ellos aquel sexagenario, solterón, ilustrado y taciturno virrey que los había mandado llamar con misteriosa urgencia?

Su Excelencia don Antonio María de Bucarelli era un noble sevillano de talante abierto y acrisolada honradez. Antes había ocupado los cargos de teniente general de los reales ejércitos y de gobernador de Cuba. Ahora ostentaba el influyente cargo de virrey de Nueva España desde hacía dos

años. Los mexicanos encomiaban la labor filantrópica de Bucarelli, tras fundar en la capital el Monte de Piedad de las Ánimas, el Hospicio, el asilo para enfermos mentales y los hospitales de San Hipólito y el General de Naturales, acreditando una humanitaria preocupación por los enfermos.

Su figura, enteca, erguida y desgarbada, se ataviaba con una lujosa levita de color negro, profusamente bordada y condecorada, calzas crema y una camisa de raso con los puños adornados con encajes de Ypres. Tocaba su abombada cabeza con una peluca blanca y rizada que iluminaba su rostro afilado, demacrado y grave. Tenía la piel de la cara, el cuello y las manos de un color blanco apagado. Unos labios menudos y apretados, la nariz larga como un palo y una fría mirada que evidenciaban autoridad y preocupación por sus gobernados.

Presumía de haber construido el canal del Valle de México, y de haber reforzado los baluartes de San Juan de Ulúa y San Agustín, pero ahora eran otros los problemas que lo acuciaban.

Martín alzó la mirada hacia una estantería de madera taraceada que se abría a su espalda y pudo vislumbrar los cantos de ciertos libros de librepensadores prohibidos por la Iglesia, como Diderot, Rousseau o Espinoza. Su gesto se iluminó. En su morral de campaña siempre viajaban con él *Las Confesiones* de Rousseau, el *Cándido* y las *Cartas Filosóficas* de Voltaire, en francés. Los miró y se complació. Hacía tiempo que un grupo de oficiales de la frontera deseaba establecer una logia masónica, pero la falta de contactos con otros masones y liberales de la metrópoli había convertido su deseo en una misión casi imposible.

Soltero empedernido y sin amores que se le conocieran, Bucarelli había profesado en la Orden de San Juan y era Comendador de Malta, cuya cruz ostentaba en el pecho con evidente orgullo. Pasaba por ser un excelente administrador y era tenido por un hombre pragmático, sereno, desprendido, reflexivo y erudito. Impulsador de reformas en todo el virreinato, sus ideales progresistas lo habían llevado a preocuparse por los menos favorecidos por la fortuna.

Al teniente Arellano, que asistía en silencio a la recepción, le pareció un hombre salido de un tiempo pretérito. Llevaba en su mano unas lentes y carraspeó para aclararse la voz, que resultó potente y clara, cuando los miró con condescendencia y les indicó unos asientos.

—Sentaos, os lo ruego —los invitó, y mantuvo la cabeza baja.

Extrajo de la mesa un pliego del que colgaban varios lacres. Se colocó las antiparras y tras examinarlo los miró por encima de ellas.

—Señores —inició su perorata—. Os he mandado llamar porque se os requiere para una alta misión de Estado. Os precede una alta reputación como oficiales de Su Majestad y el beneplácito del gobernador Vélez.

—A las órdenes de Su Excelencia —dijo Anza, a modo de saludo.

—El caso es —prosiguió— que recibí hace unas semanas una carta del Ilustrísimo señor don Jerónimo Grimaldi, canciller de la Secretaría de Despacho de Su Majestad, en la que se me encarece que con suma diligencia tome medidas ante un perentorio y grave problema que acucia a la Corona en los territorios del oeste de Nuevo México.

El virrey compuso una pausa sabiamente destilada y los dos oficiales, que no se explicaban la razón de su presencia allí, se miraron sin saber a qué aludía. El vehemente Anza se atrevió a intervenir:

—¿Se refiere Su Excelencia a los comanches? Ya sabéis que esos salvajes deshonoran los tratados firmados y negociar con ellos es inútil.

En el circunspecto rostro del virrey afloró una sonrisa vaga.

—No, capitán, de momento parecen temer nuestra fuerza. Ese Cuerno Verde lleva tiempo que no nos deja ver sus astas.

—¿Entonces qué intranquiliza al rey nuestro señor?

Con suma habilidad, el virrey había desafiado la curiosidad de sus invitados y, con un gesto de solemne jerarquía, volvió a sonreír a sus interlocutores, que lo miraban fijamente.

—¡Los rusos, señores, los rusos! —manifestó sereno.

En la mirada de los dos oficiales asomó un centelleo de sorpresa. Ignoraban que los dueños de Alaska constituyeran un problema. La Armada contaba con sólidas naves y fragatas en el Mar del Sur, donde imperaba el *Placet Hispaniae*. Anza enarcó las cejas.

—¿Los rusos, Señoría? —se interesó turbado—. Pensaba que eran los británicos, eternos enemigos, los que pirateaban aquellas aguas, tomadas para España por el capitán Cabrillo hace ahora dos siglos.

—Pues así es, capitán —se expresó el virrey—. Los rusos han desembarcado también. Poseemos informes confidenciales de dos embajadores plenipotenciarios de España en San Petersburgo, el marqués de Almodóvar y el vizconde de la Herrería, alarmados por la presencia de comerciantes rusos en las costas de California, que parten de una factoría rusa en la isla de Kodiak. ¿Acaso no es preocupante?

Anza esbozó una mueca de perplejidad y de desafío pasivo. Pero él no era quién para juzgarlo. La revelación lo había dejado atónito. ¿Qué tenía que ver él con semejante asunto? Don Antonio cruzó sus artríticas manos. Sabía que

aquella responsabilidad que habían dejado a su cuidado, y que él había decidido encomendar a aquellos dos oficiales, suponía una delicada misión que podía acarrear conflictos diplomáticos entre las Cancillerías de Madrid y San Petersburgo.

—Son oscuros y silenciosos como hurones y hay que observarlos.

Juan de Anza era conocedor de la tupida red de espías que poseía la Corona en todo el globo y no le extrañaba que conocieran hasta las singladuras de las flotas rusas de Alaska por California.

—Pues bien, señores, por las conocidas cualidades que os preceden, he tenido a bien designaros para este cometido. Es deseo particular de Su Majestad que se lleve a cabo con la mayor diligencia y tacto una expedición secreta. La Real Hacienda correrá con los gastos, naturalmente. Solo así podremos frenar las apetencias rusas, cuya intención final ignoramos.

—¿Y cuál es exactamente nuestra comisión, Señoría? —dijo Anza.

En el virrey asomó un destello de satisfacción.

—Vos, don Juan, encabezaréis por tierra una expedición de paisanos de la provincia de Sonora que estén dispuestos a colonizar la Alta California. Elegiréis a las familias, organizaréis la caravana y tomaréis posesión en nombre de España de los territorios que consideréis clave —informó grave—. Como bien sabéis, capitán, el visitador general don José de Gálvez fundó hace dos años el puerto de San Blas, y ocupó los fondeaderos de San Diego y Monterrey, a fin de consolidar las misiones franciscanas, como San Antonio de Padua, San Gabriel y San Luis de Tolosa. Pero no es suficiente, según los ministros de Su Majestad. Hay que asentarse en tierra adentro.

—¿Y estamos en condiciones de acometer esa empresa, Señoría?

El virrey apretó los dientes. Parecía estar al tanto de todo.

—¿Lo decís por la carencia de mapas eficaces y por el desconocimiento de pasos de montaña fiables viniendo del este?

—Cierto, Excelencia —respondió Anza—. He cruzado con mis hombres todas las quebradas desde Tucson a Santa Rita, galopado tras los comanches y seris por las inhóspitas sierras de Arizona y atravesado los rápidos del río Colorado del norte. Y ni los mismos ojeadores apaches conocen los accesos que nos llevarían por tierra a los puertos de California. Trasladar una abastecida caravana de carros, personas, vituallas y animales por senderos desconocidos no es empresa sencilla y podría estar condenada al fracaso.

—No dije que la empresa fuera fácil, capitán, pero vos sois la persona idónea para culminarla con éxito —lo animó—. Debe ser una colonización por tierra, a fin de tomar posesión efectiva de los territorios deshabitados de

Arizona, Utah, Nevada y California. Los rusos están agazapados en las islas cercanas a Alaska, prestos a saltar sobre California y colonizarla. Supondría un desastre para España.

—Entonces, Señoría, el propósito es taponar cualquier resquicio que puedan aprovechar los rusos para posicionarse en las costas e islas del Pacífico —resumió la misión el ardoroso capitán Anza.

—Ciertamente, y sobre todo evitar que interrumpan la travesía del Galeón de Manila, que como sabéis desciende por el trópico de Cáncer, cercano a California, con dirección a Acapulco. España se juega su prestigio, además de muchos dineros y caudales —enfaticó el virrey.

Durante unos segundos se hizo el silencio. El virrey sabía que Anza estaba hecho de un recio temple y de una implacable voluntad. Esperó a que el jefe de dragones lo asimilara y se expresara.

—Insisto, Excelencia, en que las dificultades del viaje serán ingentes, pero no dudéis que se llevará a cabo. El teniente Arellano y yo cumpliremos las órdenes como oficiales de dragones que somos. Cabalgamos y luchamos juntos desde hace más de siete años. No conocemos la indolencia, el desánimo y la apatía en el servicio a España.

Bucarelli lo cortó de forma algo brusca y conminatoria.

—No, capitán, al teniente Arellano le encomendaré otra labor secreta y no menos arriesgada y sobre el mismo asunto. —Y le dedicó una sonrisa a Martín—. La caravana de colonos hacia California será una empresa solo vuestra, don Juan Bautista.

A las palabras del virrey siguieron unos instantes en los que solo se escuchaba la respiración de los tres y el eco lejano de las campanas del santuario de la Virgen de Guadalupe, aledaño al palacio. A Martín le apasionaba lo novedoso, pero aquello lo excedía todo.

—Escuchadme atentamente, teniente —expuso el virrey, y volviéndoles la espalda se dirigió hacia un bargueño castellano de marfil y madera de cedro, que abrió. Luego, introduciendo su larga mano, pulsó una aldabilla disimulada, que dejó ver un secreter o compartimiento oculto de donde extrajo varios documentos y un cuaderno amarillento.

Martín, que se había envarado, apenas si tocaba el respaldo del sitial dorado que ocupaba. Entró en una emocionada agitación y la sonrisa había desaparecido de su semblante estupefacto.

—Vos diréis, Excelencia —respondió impávido Martín.

—Bien, teniente, desde este mismo momento no sois don Martín de Arellano, teniente de dragones de Su Majestad, sino el paisano francés

monsieur Victor Labat, tratante de cueros y caballos de Luisiana, ahora territorio español, con domicilio y cuadras en Antioch. Sé que habláis un más que decente francés y que conocéis la jerga de los indios, habilidades que os ayudarán en vuestra tarea —le respondió, dejándolo absorto.

—¿Y qué labor deberé acometer, Excelencia?

—Con reserva, discreción y cautela, embarcaréis dentro de tres semanas en Acapulco, en la goleta *Augusta*, donde ejerce como brigadier Bruno de Heceta, un agente real de total lealtad, que se hará pasar por geógrafo. Confiad en él. El capitán del barco, también marino real camuflado que negocia con pieles para simular, os conducirá por varios puertos del norte hasta el paralelo 58°, donde trataréis de averiguar qué es lo que realmente pretenden los rusos, sus oscuras intenciones y si sus actividades son lesivas para nuestros intereses.

—Entiendo, Señoría —dijo todavía no repuesto de la sorpresa.

—Solo os puedo anticipar un lugar y un nombre que debéis memorizar y que puede resultar crucial en vuestra misión: la isla de Haida Gwaii, de donde parten esas fantasmales naves rusas que nos preocupan y cuyas miras ignoramos —dijo Bucarelli—. En Monterrey se os unirá una nave de la Armada, la *Santiago*, que comanda el alférez de fragata Joan Peres. Os auxiliará y trazará mapas de las islas cercanas a Alaska.

Anza miró a su respetado pupilo y pensó que tanto una como otra misión eran muy arriesgadas y que podían morir en el intento. El capitán sentía emociones encontradas de satisfacción y también de desasosiego.

El virrey alargó a Martín los papeles que había extraído del armario secreto y este las tomó en su mano enguantada.

—Es cuanto precisáis para probar vuestra nueva identidad. La cédula de antigua ciudadanía francesa, la licencia real para ejercer vuestro oficio, un pasaporte para transitar por los territorios hispanos y un pagaré del banco de San Carlos de Madrid, que podéis hacer efectivo con cualquier prestamista de la costa.

Martín fijó su mirada en el frágil cuadernillo. A primera vista parecía un galimatías que apenas si entendía. Alzó la mirada hacia don Antonio María aguardando una respuesta. Estaba inquieto, aunque emocionado.

—Lo que examináis, teniente Arellano, es un directorio de claves, el llamado *Tratado familiar de la Cifra* de Mateo Argenti, utilizado por los pilotos y agentes de la Casa Real. Es fácil de entender pero difícil de descifrar si es interceptado, por si precisarais enviar algún mensaje secreto a este palacio. El método a seguir es el de la sustitución puntual de letras por los

números, cuya cifra veréis en el interior, y que después será codificada con la contracifra o escantillón usado en esta cancillería, y que solo conocemos vuesa merced, Heceta y yo.

—No debéis preocuparos, Excelencia. Es semejante al que nos valem los dragones del rey en la frontera para transmitir recados.

El virrey parecía relajado, ahora sí, y abrió jovial sus brazos.

—¿Alguna duda, señores?

—¿De cuánto tiempo disponemos? ¿Obraremos a nuestro arbitrio? —preguntó el capitán Anza, inquieto en su sillón.

—Siete u ocho meses, no más —enfaticó—. Antes de la Natividad del Señor, si Dios nos concede la merced de la vida, debo enviar un informe detallado de ambas cuestiones a la Secretaría de Despacho de Su Majestad. Don Jerónimo lo espera con expectación e interés. Esas secretas apetencias rusas preocupan sobremanera al rey don Carlos.

—Descuidad, Excelencia. Confiad en nosotros —concluyó Anza, e inclinó la testa sabiendo que cumplían una orden real directa.

—Y no lo olvidéis, señores, España debe salvaguardar en el Pacífico el rango de potencia naval mundial, como lo hace en todos los mares. En vuestras manos pone Su Majestad sus preocupaciones.

El virrey les dio las manos y salieron marcialmente del despacho.

El día seguía gris, y al poner el pie en el pescante comenzó a caer una fina llovizna que disipó la neblina que se había alzado.

El capitán Anza quiso chancearse de su apreciado subordinado.

—*Monsieur* Labat, usted primero, *s'il vous plait*.

—No lo consentiría, mi capitán. Primero el guía de caravanas.

Una sonora carcajada del vasco Anza resonó en la plaza.

De súbito, oscuros nubarrones se precipitaron hacia las torres de la catedral. Su negrura anunciaba que se avenía una recia tormenta.

Y para sus vidas, una prueba delicada y no menos comprometida.

Acapulco

La víspera de San Blas, a principios de febrero, soplaba desde las lomas azules de Acapulco el suave viento del océano con un olor vivificante a salitre y cacao. «La tierra de las cañas grandes», como lo llamaban los indios mexicas, era una de las joyas de la Corona y una población expuesta a los húmedos vientos del Pacífico. Su razón de ser no era otra que las fabulosas riquezas que reportaba el Galeón de Manila en su viaje a las Filipinas y su tornaviaje colmado de mercaderías asiáticas.

El tránsito de la legendaria nave de mercancías pasaba por ser el más arriesgado y largo del mundo, y también el más inestimable en riquezas y mercaderías exóticas, que alcanzaban en Europa precios exorbitantes. Durante dos meses al año, Acapulco se transmutaba en el puerto más activo del Nuevo Mundo y sus ferias en las más concurridas, con la llegada de comerciantes ávidos de negocios de Veracruz, Guadalajara, Cuernavaca, Taxco y hasta de Valparaíso y Lima.

Su bullanguera vecindad se hacinaba en un caserío disperso de casas blancas con postigos verdes y tabernas donde se agolpaban marinos de todas las lenguas y pelajes. La bonanza de Acapulco, las bandadas de pájaros y la exuberante naturaleza, le procuraron a Martín un gran alivio al aspirar los vivificadores olores a café, sándalo de la India, canela de Ceilán y perfumes de Manila.

Martín sentía en el pecho una sensación de que se aventuraba a una empresa ardua y de ignorado final. Con apenas experiencia marinera y con el asombro metido en el cuerpo, se veía inmerso en una empresa en la que podía irle la vida, rodeado de matones infames, truhanes, malandrines, navegantes de fortuna y capitanes sin escrúpulos. Se advirtió solo y desamparado, a cientos de leguas de la seguridad de los cuarteles de los dragones del rey.

Pero él sabía que la linfa del riesgo corría por su sangre.

Se avecinaba la declinación del sol y sentía cansancio y hambre. Había cruzado de norte a sur el territorio de Nueva España, a través de los peñascales y ásperos caminos de Hermosillo, Culiacán, Guadalajara y Sierra Madre del Sur, escuchando los aullidos de los coyotes y los gruñidos de los pumas, siempre con la pistola cebada en su cinturón. En Colima se les unieron unas reatas de mulas, carros y asnos con destino a Acapulco, con la plata recogida en la Ciudad de los Virreyes, que era vigilada por una aguerrida tropa de artilleros con seis potentes cañones tirados por acémilas y guardada por un centenar de fusileros.

Los viajeros de la diligencia respiraron ante séquito tan bien dotado.

Al descender del carruaje junto a otros funcionarios reales, clérigos y oficiales del Galeón, el sofoco aumentó; y sin previo aviso las nubes descargaron un tupido aguacero que empapó a los pasajeros, bestias y valijas. Por un momento se libraron del tormento de las moscas, pero las calles se anegaron y los charcos y arroyuelos incomunicaron las callejas, manglares y plazuelas.

Martín se refugió en un mesón donde pidió mate; y mientras se limpiaba el polvo y bebía del vaso, reflexionó sobre sus próximos pasos.

Polvoriento y fatigado por el traqueteo del carruaje, se acomodó en una mesa de la hospedería, cuyas paredes estaban repletas de cubas, botellas y garrafas de los vinos más variados, preparados para la barahúnda de gentes que esperaban. Saboreando el licor, le entró un sopor placentero. Al día siguiente buscaría al brigadier Heceta.

Al alba, un esplendente astro solar había disipado la bruma matutina. Martín, aseado y vestido de paisano, con calzas marrones, levita color tabaco, botas de caña alta, un morral de piel y un sombrero pajizo de ala ancha, bajó de su habitáculo en busca de un reconfortante desayuno. Se acomodó en un reservado que estaba desierto y miró por el ventanal. El embarcadero estaba repleto de estibadores y marineros con los torsos desnudos que hormigueaban como si su refugio hubiera sido ahumado y hubieran escapado de él. Oyó las voces potentes de los contramaestres, que tronaban como cañonazos.

—*Bonjour, monsieur Labat* —lo saludó de súbito un desconocido.

Martín, que no estaba acostumbrado a ser llamado así, tardó en reaccionar. Tenía ante sí a un hombre pocos años mayor que él, alto, de escaso y fino cabello rubio, profundas entradas en su amplia frente, ojos azulísimos, voz sugerente y piel pálida.

—Soy Bruno de Heceta, a vuestro servicio. —Y le tendió la mano.

Martín lo miró frunciendo el entrecejo y le espetó desconfiado:

—¿No deberíamos hablar en francés, *monsieur*, por si...?

—No es necesario —lo cortó—. Omitiendo nombres y conversando en tono bajo es suficiente. Cualquier tratante que se precie hablaría en castellano en esta parte del mundo, si es que desea hacer algún negocio decente. No temáis, sois de Luisiana, y por ende súbdito del rey don Carlos. Por aquí nadie ignora que el mapa del norte de Nueva España se ha modificado y que la frontera de Tejas se ha ampliado.

—*D'acord* —le transmitió aún receloso, tras saludarlo.

El marino miró a uno y otro lado, por si había presencia de oídos indiscretos, y sacó de su levita azul una carta doblada firmada por el virrey Bucarelli. Al margen, grafiada con tinta verde —la virreinal—, sobresalía el cuadrado o cifra con la clave que él mismo también poseía y había memorizado. No había duda, aquel hombre era el brigadier que lo conduciría al *Augusta* y lo acompañaría en la travesía.

El oficial de la Armada y agente de la Corona estudió valorativamente al teniente de dragones, recorriendo con sus observadoras pupilas su porte, calaña y formas. Dio su aprobación más solícita. Como era proverbial en los oficiales de la Armada, Heceta era un gran fumador, y cargó y encendió con pericia su pipa, una *clay pipe* inglesa, exhalando un aromático efluvio de tabaco de La Habana.

—Os mostraré el barco que nos conducirá al norte —lo invitó.

Se había levantado una brisa de poniente que lo despertó del todo.

—Allí tenéis la embarcación más valiosa de cuantas posee su Majestad Católica. —Y le mostró el mastodóntico Galeón de Manila.

Martín paseó la mirada por el muelle de Playa Larga y vislumbró junto a varias fustas de dos palos, naos de línea y dos fragatas el fantasmagórico y colosal perfil del gigantesco barco. Pudo leer su nombre en letras doradas, *Santa Bárbara*, compitiendo con el mascarón de proa, que encarnaba a un ángel con una espada flamígera y áurea.

Con las velas replegadas, balanceándose las cofas de sus arboladuras, se asemejaba a un grandioso cetáceo encallado. Delante, un dique de fardos, sacas, toneles, cajas, jaulas y tinglados cubiertos con lonas y guardados por un piquete de soldados, esperaban para ser estivados. Martín jamás había visto una embarcación tan formidable.

—¡Por todos los diablos! Es inmenso, ciclópeo —respondió.

—Zarpa en veinte días. No se vio jamás barco semejante y más marinero en los mares de Nuestro Señor —recalcó Heceta.

Pasaron juntos el día y conversaron sobre el método a seguir para conocer la intención de los rusos en California y del trato que debían mantener entre sí para no levantar sospechas. Inspeccionaron la fragata, saludaron al capitán de la *Augusta*, un socarrón y expresivo gaditano, de nombre José Suárez Barragán, hombre activo que lo mismo navegaba por Calais, que por el mar de las Antillas, Berbería o el océano del Sur.

Pertenecía a la Real Compañía de Caballeros Guardias Marinas y según el brigadier Heceta conocía todos los paralelos y meridianos, el derrotero de las flotas de Tierra Firme y la de la Carrera de Indias, que había aprendido del gran navegante y astrónomo Jorge Juan y del matemático francés, profesor de la Academia de Cádiz, *monsieur* Louis Godin.

Nacido en la calle del Silencio de Cádiz, «La Llave de las Españas», Suárez les habló de las millas largas y cortas que compondrían la travesía hasta Alaska, y los cálculos previstos de la navegación a la estima que efectuarían para sorprender a los furtivos pataches rusos y espiar sus derroteros.

—Son las mismas naves que suelen frecuentar las aguas del Báltico y que ahora han sido vistas en las costas de California —dijo.

El capitán Suárez, un cuarentón que evidenciaba grandes nociones en marinería, tenía la tez colorada, la mirada inquieta y la barba gris recortada. Hablaba con gestos conminatorios y, como Heceta, era un agente real que disimulaba su identidad pasando como dueño de una nao dedicada al trasiego de pieles, mantas indias, lanas de vicuña del Perú, semillas, algodón, azogue, vino de Guanajuato y plata de Potosí.

El gaditano habló con ellos de la morriña que sentía por su tierra natal, Cádiz, de la que faltaba desde hacía cinco años dedicados al servicio real por todos los mares del planeta.

—Añoro los paseos con las damiselas gaditanas por el Paseo del Perejil y por el muelle, y ¡cómo no!, los conciertos en la Ópera Italiana y los sorbetes y barquillos que ofrecen los neveros italianos en la Alameda —le aseguraba el nostálgico capitán.

Le reveló al teniente de dragones que el brigadier y él pertenecían a la secreta Asamblea Amistosa Literaria de Cádiz, donde cirujanos de San Carlos, militares del Observatorio, matemáticos, leguleyos, escritores y oficiales de la Armada discutían sobre las doctrinas de la liberal *Enciclopedia* francesa y las obras de Maupertuis, sin que trascendieran al público sus acciones filantrópicas y progresistas por miedo a las injerencias de la Inquisición.

—Vos, teniente Arellano, seríais bien recibido en ella —le dijo—. ¿Y no mantenéis contactos con alguna sociedad masónica de las Indias?

—Recibimos algunos boletines y periódicos de la Academia Antártica de Santiago de Chile, sociedad formada por oficiales liberales y armadores y clérigos con espíritu reformador. Pero en Nuevo México no existe aún ninguna fraternidad masónica —admitió—. Pertenecer a una de estas logias se ha convertido en un deseo que late constantemente en mi corazón.

El agente del virrey asintió y le golpeó el hombro con aprecio.

—¿Cuándo zarparemos, capitán Suárez? —le preguntó Martín.

—En pocos días, cuando estén preparadas las guías de viaje, el flete dispuesto, las pipas de vino calafateadas y la aduana real permita que una pasajera muy especial pueda acompañarnos —informó.

—¿Una mujer? —se interesó Arellano, incrédulo.

—Así es, y nada menos que hija del reyezuelo de la isla de Haida Gwaii, que llegó en el Galeón procedente de Manila, donde fue bautizada con todo boato por el arzobispo, y cuyo tío es un jefe principal de Luzón. Los aborígenes de Hawai'i, Filipinas y Haida Gwaii poseen lazos comunes de consanguinidad. La joven viene respaldada por el gobernador y hemos de mostrar todo tipo de gentilezas con ella. Viaja con un fraile agustino y tres criados, uno de su tribu y otros dos sangleses —informó—. Es una ocasión propicia para conducirla hasta su isla natal, y de camino espiar a esos fisgones rusos.

Bruno y Martín se miraron con sorpresa y compusieron una mueca de incredulidad, aunque el teniente Arellano pensó que su presencia en la nave podía resultar providencial para su misión. Calló y reflexionó.

La goleta *Augusta* zarpó con la marea, tres días después.

Martín Arellano, a quien la tripulación conocía como *monsieur* Labat, contemplaba el espejo azogado del mar y cómo el embarcadero iba desapareciendo de su vista. Le placía el golpe de la brisa y las gotas de agua salada que salpicaban su rostro contra el viento. Los hombres del capitán, robustos y avezados lobos de mar, iban armados con culebrinas y fusiles, y no solamente por si se tropezaban con los bucaneros rusos, sino porque se habían visto piratas ingleses navegar por aquellas aguas y buscar abrigo en las costas deshabitadas de cabo Mendocino. El viento viró al poco y la goleta abandonó la peligrosa fosa de Acapulco, cementerio de muchos barcos gobernados por timoneles insensatos.

Vio cómo el sol de la amanecida se reflejaba en el mar dibujando un cambiante camino color ámbar. Lentamente se hincharon las velas y la embarcación se vio impulsada por el velamen ordenado de sus dos mástiles. Martín, silencioso y taciturno, observaba atento el castillete de proa donde supuestamente viajaba la misteriosa princesa. Nadie la había visto embarcar, sumiendo su identidad y figura en un oscuro misterio.

Sí había saludado al anciano *pater*, fray Lisardo, y visto a los dos sanglese, hombre y mujer, aborígenes filipinos de casta china, que hablaban entre sí una jerga mezcla de español, tagalo y chino, y a otro criado tatuado que debía de pertenecer al pueblo de la joven aristócrata.

Al mediodía, las montañas de la costa parecían una nebulosa mancha azul. Las aguas claras y limpias se alzaban y bufaban, y la goleta navegaba vigorosa y segura en derrotero al cabo San Lucas. Martín sentía en su corazón la embriaguez del viento junto al viejo anhelo de la aventura que le aguardaba. Los marineros, concluida la maniobra de partida, se habían sentado en las escotillas y aparejos para trenzar nudos y ajustes, o limpiaban la cubierta, que brillaba como el jaspe.

A la segunda semana de derrotero avistaron el puerto de Monterrey, donde los aguardaba la fragata *Santiago*, comandada por el alférez de corbeta Joan Peres, un navegante mallorquín, cuyo cometido era navegar hasta el paralelo 60° e inspeccionar aquellas tierras septentrionales.

Iba acompañado por el franciscano y explorador fray Joan Crespí Fiol, prior de la fundación de San Carlos Borromeo de California, que según órdenes del virrey debía trazar mapas de las costas del norte del continente y dibujos sobre los paisajes y retratos de los aborígenes de las islas que visitaran. Hicieron las señales convenidas y juntas, aunque a media milla de distancia, emprendieron el derrotero norte.

Martín, o conversaba con Heceta, o entre los cordajes leía el *Diario Filosófico* de Voltaire en francés, lo que le daba más credibilidad sobre su identidad, o las heterodoxas hojas de los Padres Diaristas de Trevaux, compradas en una librería de Nueva Orleans. Vestía siempre una casaca de terciopelo de color claro, escaupines y calzas de bayeta y mostraba una condescendiente actitud con la dotación, con la que conversaba a menudo.

El capitán Suárez, Heceta, dedicado a sus mediciones astronómicas, y Martín se guardaban de mostrarse confianza o sobrada amistad para no levantar sospechas y apenas se relacionaban.

Llegó el primer domingo y fray Lisardo anunció que oficiaría una «misa seca», sin emplear vino, para no correr el riesgo de que se derramara la

Sangre de Cristo por la cubierta. La fe y la santidad brillaban en sus ojos y continuamente estaba reprobando a los marineros con jaculatorias terribles sobre el infierno y la condenación de sus negras almas, acostumbradas, según él, a las borracheras, a las frases obscenas, a las blasfemias soeces, a los motines con sangre y a la rapacidad sin tasa.

De súbito se abrió la portezuela del castillete y apareció en el dintel de la puerta la enigmática pasajera, a quien nadie, salvo el capitán, conocía. Toda la tripulación enmudeció, clavando los ojos en la joven fémica, tan turbadora y hermosa que les pareció una visión. Martín pensó que era una mujer fastuosa. Etérea, menuda, de frente amplia y de talle ajustado, vestía como una dama española, con un ropaje azulino bordado con flores de loto, y recogía su cabellera negra con peinecillos de plata, cubriéndola con un pañuelo de encaje blanco.

Su terso rostro de color ambarino, las cejas finas, los ojos hondísimos y rasgados y los senos grávidos que le afloraban por encima del corsé resultaban fascinadores. Su incitadora boca, como de cerezas, prendó al teniente Arellano, que no dejaba de observarla. Distinción, recato y exotismo definían sus refinados aires y movimientos.

Asistió devotamente al oficio y, tras comulgar con galleta del rancho consagrada, el cortés capitán Suárez hizo el *rendez-vous*.

—Doña Clara Eugenia —dijo y recalcó su nombre cristiano—, le presento a vuesa merced a dos tripulantes distinguidos de la *Augusta*: el brigadier don Bruno de Heceta, que efectúa mediciones del arco del meridiano para la Armada, y *monsieur* Victor Labat, tratante de Tejas y Luisiana, que, aunque francés, es súbdito español y busca mercados en los puertos de Alaska.

—*Enchanté, mademoiselle* Clara Eugenia —la saludó airoso y le besó la mano tendida, gesto que repitió el brigadier muy atentamente.

—¿Sois francés, señor? —dijo la muchacha en un castellano precario.

—Yo diría que tejano, señorita. Francés de sangre, aunque tres generaciones de mi familia hemos nacido en Tejas, una tierra tan maravillosa como el primer día de la creación —afirmó orgulloso.

Uno de los sangleses le tradujo alguna palabra castellana no entendida al oído. Al poco, y haciendo una leve inclinación de cabeza, doña Clara les volvió su deliciosa espalda, regresando lentamente al camarote. Martín se había quedado suspendido, magnetizado por la muchacha, y no reaccionó hasta que el viento del sur, que soplabá incesantemente, lo sacó del sopor. La mujer había derretido su endurecido corazón.

La goleta iba cubriendo sus singladuras, con la *Santiago* a su estela. El capitán, Heceta y Arellano tenían un ojo fijo en los puertos por si avistaban algún patache ruso, y el otro en la mar abierta y en las inmediaciones de la isla Guadalupe, donde podían esconderse y pasar inadvertidos para los aviados vigías de las goletas españolas. Pero no vieron ninguno. Recalaron en Ensenada, frente a la sierra de San Pedro Mártir, para aguar, a solo unas leguas de la frontera de Nuevo México, y Arellano contempló la naturaleza verde y la selva tupida de las colinas.

Aquella misma noche, mientras los marineros cantaban pícaras salomas y traían a cuento los ilusorios monstruos marinos del Pacífico, que cascaban los barcos como si fueran nueces, los espectrales fuegos de San Telmo, los remolinos marinos enviados por Belcebú y los buques fantasma tripulados por espectros y ánimas en pena.

Martín se acomodó bajo uno de los fanales y pensó que aquellas mismas estrellas estarían siendo vistas por su jefe y amigo del alma, el capitán Juan Bautista de Anza, que no muy lejos de allí estaría afanado en guiar la caravana colonizadora de California del Norte y en hallar un paso terrestre que permitiera viajar por tierra en el futuro.

«Ardua tarea. ¿Pero existe algún estorbo para don Juan?», pensó.

Si algo deseaba era poder estar a su lado y buscarlo juntos.

¿Pero acaso no eran oficiales del rey y se debían a las órdenes de sus superiores? Antes de separarse en Sonora para cumplir cada uno las órdenes del virrey, el atrevido capitán le había confiado lo que se proponía y recordó la conversación la víspera del viaje hacia Tubac, donde dispondría las vituallas, carros e impedimentas de la expedición.

—Mira, Martín. No será fácil hallar ese paso, pues nadie, salvo los antiguos conquistadores de hace dos siglos que buscaban Cíbola y las Siete Ciudades de Oro, lo conoce. Además, esas tierras están celosamente guardadas por los fieros indios seris. Deberé atravesar el desierto y buscar algún vado accesible del Colorado del Norte y, como mucho, llegar hasta la misión de San Gabriel. No me atrevo a más.

—Son más de dos mil leguas. Supondrá un esfuerzo titánico.

—Lo será, teniente. Y para que no supongan un lastre, sufran penalidades y mueran en el intento, conduciré a tan solo cincuenta colonos, entre hombres, mujeres y niños, algún fraile y a sus criados. Como escolta me acompañará el ala de dragones que dirige el sargento Grijalba. Después, Dios dirá.

—Pocos hombres de armas, don Juan. Son solo veinte.

—Sí, pero ya sabes, valen por mil y son muy temidos.

Pensó que aquel soldado era un coloso, un osado guerrero nacido del fuego de aquellas tierras y un guía ejemplar de hombres. Se habían despedido con un fuerte abrazo, deseándose valor y suerte.

—¿Suerte, Martín? La suerte es para los débiles y los pusilánimes.

Se sonrió al hacer memoria de aquellas palabras inquietadas y se extasió con el claro de luna. Sumido en su letargo de recuerdos, escuchó cómo se deslizaban en el silencio de la noche unos pies suaves y desnudos, y el rasgueo de un vestido femenino. Puso sus sentidos en alerta.

Era la misteriosa extranjera, que, acompañada por su criado y el sanglés filipino, se dirigía a la amurada para contemplar el mar nocturno, que, sin el ímpetu de los vientos, parecía un grandioso lago ondulado repleto de miríadas de puntos luminosos que producía una hipnótica fascinación al que lo contemplaba.

A Martín le pareció una visión fuera del tiempo. Irreal, excitante.

La joven desbordaba toda comprensión sobre la belleza femenina, con el pelo suelto sobre la espalda y la tez clara lustrada por la luna. No podía apartar los ojos de ella. Se incorporó y se acercó a la muchacha.

Con todo, los dos criados se interpusieron a su paso, alejándolo bruscamente. Uno de ellos lucía unos horrendos tatuajes en la cara. ¿Había sido una torpeza aproximarse a la joven con el propósito de intimar con ella? ¿Lo habían sorprendido en algún error que lo desenmascaraba? Era esencial para su misión el contacto, y en sus ojos brilló el desencanto de la contrariedad, la vacilación y la perplejidad.

Martín no lo esperaba y retrocedió sorprendido y desolado.

Mar de Alaska

La primavera germinaba en la costa norte de California conforme cubrían milla tras milla la costa noroeste del desconocido continente.

Desde la nao *Augusta* se advertía un manto oloroso de exuberante verdor que descendía de las suaves colinas y de las cumbres de la sierra de las Cascadas, por encima del paralelo 30°.

Hacía frío y aún se veían picos nevados y grandes témpanos de hielo que navegaban a la deriva por el océano. De momento no habían asumido ningún riesgo, pero sí habían visto a poniente algunas naves inglesas que enarbolaban la bandera de la Union Jack en sus cofas y que desaparecían al ver la rojigualda enseña hispana. Para Martín, Inglaterra era el gran obstáculo de la hegemonía de España en los mares del mundo.

De los barcos rusos aún no se tenía noticia alguna.

Mantuvieron un viento favorable y, después de la cuarta semana de travesía, la goleta salvó los bajíos que encontraron cerca de cabo Blanco. La goleta *Santiago*, que había navegado a la zaga, soltó un cañonazo advirtiendo a la *Augusta* que según órdenes del virrey variaba la derrota, dirigiéndose a mar abierto. La tripulación saludó a sus compatriotas y Martín contempló las negras aletas de los tiburones que nadaban al paio de las dos embarcaciones.

La remilgada princesa de Haida Gwaii, la cristianizada doña Clara Eugenia, solo salía del castillete de proa muy avanzada la noche, siempre acompañaba por sus extravagantes lacayos y cuando los ocurrentes temporales se lo permitían, pero sin cruzar palabra con nadie de la tripulación. Martín, después del último intento, no se atrevía a acercarse.

No obstante, uno de aquellos ocasos, mientras el falso teniente conversaba con el mofletudo fray Lisardo de las misiones franciscanas de Nuevo México, apareció la estirada joven, flanqueada por sus mudos criados. Vestía una amplia túnica de tisú blanco y un capote de armiño. Al verla, el teniente Arellano se volvió e inclinó la cabeza para marcharse.

—No os vayáis, *monsieur* Labat —le rogó en un castellano forzado.

—*Avec plaisir, dame* Clara. ¿Habláis español? —dijo afable.

—He permanecido un año en la isla de Luzón con mi tío, hermano de mi padre, el venerado Kaumualii, señor de las islas de Kaua'i y Haida Gwaii, y con fray Lisardo, que me abrió los ojos a las enseñanzas de Jesucristo y de paso me enseñó el castellano.

El agustino sonrió de satisfacción por su evangélica labor, que deseaba seguir en las islas donde el padre de la joven imponía su voluntad. Durante la apacible plática sobre las islas a las que llegarían en pocos días, el clérigo le sugería al oído las palabras que ignoraba.

—¿Cuál es vuestro nombre de origen, *madame*? —se interesó.

—Aolani. Significa en nuestra lengua «Nube Celestial». Me lo impuso mi madre, hija del monarca Kamehameha y princesa de la isla de Hawai'i, lugar donde retornan las almas después de la muerte —le reveló afable.

—*Bell nom*, mi señora —adujo el comerciante galantemente—. Sabed que para mí supone un honor el haberos conocido, creedme.

La joven le dedicó una sonrisa y exhibió unos dientes perfectos. La extranjera era una joven de dimensiones extraordinarias, de conversación lúcida, elegante y de apetencias originales, fuera de toda vulgaridad.

Le gustaba indeciblemente.

—¿Y qué pretendéis vender en Alaska, o a los aleutas, mis compatriotas y súbditos de mi padre? —se interesó la mujer.

Martín se agitaba con regocijo, y a la vez cauto y receptivo con cuanto le hablaba. Estaba absorto con su belleza y miraba su piel del color de los pétalos blancos, y se le veía encantado de contar con su presencia y de poder conversar con ella.

—En mis baúles llevo artículos de cuero para caballerías, sillas de montar, albardas y otros aparejos hechos por artesanos de Guadalajara o incluso por los indios comanches. Pero sobre todo intento vender caballos.

—Muy interesante, señor Labat. Son muy escasos y muy valorados allí. Os ayudaré a exhibir vuestras mercaderías en la corte de mi padre y os presentaré a algunos mercaderes rusos y alemanes que comercian en las islas. Sé que están muy interesados en descender a estas costas —le confesó, y Martín dio un imperceptible respingo.

Era lo que precisaba oír de la hermosa muchacha nacida en las brumas del norte. Doña Clara, por otra parte, contempló de cerca su semblante y pensó que tal vez fuera un mercader loco por adentrarse en aquellas frías tierras,

pero sumamente gallardo. Y en su rostro brilló una mirada tierna e inefable. Para Martín supuso un excelente presagio.

Las espumas del mar se alzaron, pero la goleta peleaba gozosa por hacerse con la derrota hacia la isla norte de Haida Gwaii, donde vivía el padre de Clara con su corte de aleutas, o *unangan*, como eran conocidos por los moradores de Alaska. Conforme se acercaban, doña Clara Eugenia abandonó su camarote de reclusión. Su rostro se iluminó por el gozo que sentía. Cuando ya se distinguía en el horizonte, le dijo a Martín:

—Señor Labat, Haida Gwaii quiere decir «nuestra tierra». *Haida* significa «las islas de las personas», y no solo se refiere a nosotros los gobernantes, sino también al pueblo. *Gwaayai* puede traducirse como «las islas en el borde del mundo». Sed bienvenido.

—Hermoso, *mademoiselle*. Gracias. Ardo en deseos de conocerla.

La pequeña urbe estaba protegida por gigantescas hayas y por armazones con pescados en salazón, aireándose al mar como espantajos. La goleta hispana enfiló el puerto defendido por hileras de troncos hundidos en el fondo ante el estupor de sus habitantes, que no aguardaban nada parecido. No era sino una aldea de madera, envuelta en un halo de humos.

Al mediodía, finalizadas las tareas de amarre, Suárez, Heceta y Martín descendieron por la escala y de inmediato se convirtieron en el centro de atención de las miradas y comentarios de los habitantes, que se apiñaron a su alrededor tratando de tocarlos y admirando con sus ojos cándidos sus singulares vestimentas. Pocos visitantes de semejante apariencia habían llegado de tan lejos, salvo los rusos, por lo que el amarradero se llenó de una efervescente concurrencia de curiosos.

De repente, dos perros de abundante pelo y ojos claros se echaron sobre Aolani, que los besó y acarició con un tierno cariño. Los arrulló y rascó sus lomos, y los dos canes, que Martín supo más tarde eran de la raza malumute, muy útil para cargar pieles en trineos, no se separaron de su afectuosa dueña. Arellano y sus acompañantes se adentraron en un marjal de callejuelas cubiertas de barro, con grandes lascas de madera por donde transitar. Iban detrás de Clara y sus sirvientes, que eran honrados por sus paisanos al grito de: «Aolani ha regresado».

A uno y otro lado se alzaban las casas de madera y las tiendas de piel y algunos tenderetes donde se exhibían cuernas de reno, salmones, arenques, marfil de morsa y pellejos, con los que comerciaban los aleutas.

Seguidos de un tropel de fisgones y de una chiquillería gritona, llegaron a una planicie adornada con altísimos y multicolores tótems, algunos

gigantescos, donde las mujeres despojaban de parásitos a las pieles al frío de la intemperie. Bajo un dosel de abetos, se hallaban la residencia del padre de Lucía, el reyezuelo Kaumualii, un hombrecillo barrigón, rollizo, de tez arrugada, casi sin dientes, afable y de cabello ralo, quien, al tener ante sí a su hija Aolani, derramó lágrimas de complacencia y luego acercó su nariz a la de ella, en señal de feliz y paternal afecto.

Con una mueca, mezcla de asombro e inquietud, preguntó a su jovencísima heredera quiénes eran sus acompañantes, por qué se hallaban en su reino y si debía temer un encuentro ingrato. Aolani bajó el tono de voz y le explicó su origen, pretensiones e identidades. Asintió el reyezuelo, que parecía un tirano, algo más calmado.

Después, con un gesto de atenta cortesía, les rogó que lo acompañaran a su residencia, una casona también de madera, donde entraban y salían los sirvientes como en un hormiguero. Quedaron instalados en un ala del caserón, que para su sorpresa contenía un baño de vapor, donde se asearon y recuperaron las fuerzas. Lo necesitaban.

Apareció uno de los filipinos sangleses y les expresó que el rey Kaumualii los recibiría en unos días en la sala del consejo, una vez que se reuniera con la junta de ancianos, para que explicaran sus motivos para haber recalado en sus tierras y sus verdaderas intenciones.

—Mientras tanto podéis transitar por la isla a vuestro antojo —dijo.

Suárez regresó a la goleta con el contraestre, el segundo de a bordo y el timonel, pertrechos de agua y de víveres, pero Martín y Heceta permanecieron en el poblado. Los dos oficiales pasaban horas aspirando el vaho de hojas secas y las piedras incandescentes, resistiéndose a salir al frío de las calles. Permanecían junto a un fuego de hogar leyendo, ordenando sus pensamientos y redactando algunos papeles, en tanto que una mujer de piel lechosa y sonrisa perenne les acarrea abundante comida y cerveza caliente de grato sabor.

Al quinto día, restablecidos de la travesía, en una mañana teñida de amarillo, apareció la princesa Aolani con sus criados sangleses. Ya no vestía según la moda española, sino como una aborigen de Alaska, con una túnica florida apretada al cuerpo, zuecos de colores y con una estola de blanco armiño. Su pelo, antes suelto por los hombros, lo lucía en dos lustradas trenzas. La acompañaba lo que parecía un sacerdote o chamán de cuyo cuello colgaban raros abalorios, caracolas y figuras de madera.

A Martín le pareció que estaba aún más hermosa y deseable. La asistía fray Lisardo y un sanglés que hacía las veces de intérprete.

—¿Os encontraréis a gusto y debidamente atendidos? —preguntó.

—Vuestra hospitalidad no podía ser más obsequiosa, doña Clara Eugenia.

—¿Deseáis ver la isla y las muchas bellezas que contiene, señores?

Martín no había olvidado el gran motivo de su misión. Recorridos cientos de millas marinas aún no habían visto un solo barco ruso. ¿Y si era una falacia de los comerciantes californianos que veían barcos fantasma donde no había nada? Un paseo por la isla podría sacarlo de sus dudas. Miró al brigadier Bruno de Heceta, que asintió con una mueca.

Al salir de la casona, un tropel de gentes indiscretas los escoltó hasta el embarcadero, cautivadas con los indumentos de los españoles, que caminaban tras su adorada princesa y el chamán del clan y a la que sonreían con afecto. Martín pensaba que el paseo sería a pie, pero se dieron de bruces con una flotilla de canoas llamadas *aida*, de color negro.

Navegaron a remo por la costa norte y descendieron hacia levante en medio de una porosa humedad y una liviana neblina gris.

—¿Sois entonces, doña Clara Eugenia, la única cristiana de Haida?

—Sí —dijo—. Pero pronto fray Lisardo aumentará la grey de Dios.

—¿Tanta es la influencia vuestra en la isla, señora? —se extrañó.

—Aquí las mujeres no estamos subyugadas por el hombre, señor Labat. Poseemos libertad para contraer matrimonio, podemos conocer a otros hombres, aun casadas, sin que sea mal visto, y podemos hasta reinar, ¿sabéis? Nuestra sociedad es un matriarcado —adujo.

—Admirables costumbres, que apruebo —aseguró, sintiendo la malévolamente mirada del fraile, que no admitía la liberalidad de su bautizada.

Martín, aunque ardía en deseos, no se atrevía a preguntarle por los navegantes rusos. Era evidente que aquellas islas no eran su base y puerto de partida, aunque así lo creyera el virrey de México. Hubieran descubierto sus auténticos fines, así que calló. Solo le rogó que le proporcionara un lugar y una entrevista con su padre y los comerciantes aleutas.

—Lo tendréis, señor Labat, lo tendréis en muy pocos días.

Un silencio majestuoso cubría la costa y una brisa ligera sacudía las canoas. Durante el tiempo que duró la singladura por el pálido mar, se sucedieron las calas intactas, las blancas dunas y los bosquecillos de tilos y olmos, divisando en la lejanía las nieves perpetuas de tierra firme, mientras a estribor una cortina brumosa ocultaba los bosques. Los hispanos, abrigados con capotes de vellón, admiraban las glaucas riberas.

Antes del mediodía recalaron en una ensenada cubierta de algas, huevos de aves marinas y esqueletos de peces. Encendieron un fuego en los abrigos y

consumieron carne ahumada, moluscos asados entre hojas de arándano y leche agria, aguardando el regreso. La jovencísima Aolani, siempre acompañada por sus fieles canes, conversaba con el francés tejano, no sin cierta dificultad por el idioma, construyendo una animosa amistad salida de la unión de opiniones y de un afecto naciente que los envolvía. Mientras conversaba con la bella aleuta, se envaró.

De repente, a Martín le había parecido oír el imperceptible tañido de una campana de las que convocan a la marinería para el rancho o la estiba. El teniente puso sus sentidos en alerta. Dio un leve respingo y, simulando que precisaba vaciar la vejiga, se excusó con la dama y se adentró en el bosquecillo del pequeño cerro que los protegía del viento.

Subió acelerado el repecho e, iluminada por la luz azulada del septentrión, se abrió de par en par ante sus asombrados ojos la visión que tanto deseaba avistar. En la cala que seguía al improvisado merendero, se hallaban fondeadas dos naves en las que ondeaba el pabellón de la zarina de todas las Rusias, la emperatriz Catalina II, de fulgente color amarillo y con el águila bicéfala y coronada en el centro. Sus alucinadas pupilas las contemplaron. Sonrió felicísimo y masculló pensando que habría más.

«Ahí están, listas para hincar el diente en el pastel de California».

Martín había visto en los puertos californianos muchos pataches como aquellos, de velas ligeras y dos airosos mástiles. Sabía que se trataba de naos muy marineras, rápidas, de poco calado y parecidas en su trazado a los bergantines y goletas de la Armada de Su Majestad. El virrey de Nueva España las empleaba en la vigilancia de las costas de California y Panamá y para trayectos a las costas de la China y a las islas Marianas. Eran las idóneas para espiar a las naos hispanas en aquella parte del mundo, incordiar a la Corona y colocarla en un grave aprieto.

¿Pero eran las únicas? Grave y preocupado, frunció el ceño.

Pudo leer el nombre de una de ellas y lo hizo en voz baja:

«*Sviatói Piotr* (“San Pedro”)», balbució, y regresó a la playa.

Transcurrieron diez días, hasta que los hispanos fueron convocados al fin por Kaumualii. La mansión del reyezuelo aleuta tenía el techo bajo, estaba cubierta de heno y rodeada por un seto de pinos enanos. La puerta se adornaba con el dibujo polícromo de dos cuervos gigantes. Suárez, Heceta y Martín cruzaron la espaciosa sala con paredes decoradas con pieles, tapices, calderos de cobre y tótems tallados en aliso seco.

Unas teas de sebo irradiaban una luz azafranada, dando al lugar una cálida confortabilidad. Se palpaba agitación y curiosidad en el ambiente. Al aproximarse al sitio que ocupaba el rey Kaumualii, Martín, que había silenciado su descubrimiento, se sobresaltó como picado por un alacrán. Mudó el gesto de agrado por un rictus de confusión.

Junto al reyezuelo, las mujeres de alcurnia de la tribu y los ancianos, se sentaban dos europeos de alta estatura, tez clara, cabellos, bigotes y barbas entre rojizas y rubias, y largas cabelleras. Vestían con pieles, gorros orejeros y bebían cerveza en cuernos. Probablemente eran los capitanes de los pataches ocultos en la cara oeste de la isla.

Su actitud altanera y despreciativa resultaba harto sospechosa, y era evidente que no eran del agrado del reyezuelo aleuta.

Se acomodaron y, tras los saludos de rigor, comenzó el parlamento.

—Señores —se adelantó Aolani—, os presento a los capitanes Vitus Bering, propietario de la nao *San Pedro* y súbdito del rey de Dinamarca; y a Alekséi Chirikov, ruso y patrón de la *San Pablo*, que desde hace años comercian con mi pueblo, siendo junto a otro estimado comerciante ruso, Semión Dezhniov, los primeros europeos que han recalado en Haida.

—*Enchanté* —contestó Martín—. El capitán Suárez y yo mismo también somos comerciantes y súbditos de Su Majestad, Carlos III de España.

—¿No sois francés, *monsieur*? —terció Bering en el idioma franco.

—Tejano, diría yo. Mi familia es francesa, pero española de idioma y usos, y como vos y Chirikov somos negociantes. Yo comercio con caballos.

—Magnífico, *monsieur* Labat. Aquí ganaréis mucho dinero.

Por un momento, en el salón de consejos comenzaron a hablarse tres lenguas simultáneamente: la aleuta, en la que Aolani explicaba a los suyos lo que se estaba hablando; la francesa, con la que departían el danés y Martín, y la española, cuando conversaban sobre negocios y política.

—Me exculparéis, pero en un principio había conjeturado que erais embajadores o colonizadores rusos, con otros objetivos distintos al trueque y enviados por la emperatriz Catalina con miras expansivas. Siempre hay que saber con quién hay que entenderse para hacer negocios —dijo Martín.

Sin dejar de acariciarse la barba, el danés contestó con ironía:

—La opulenta y católica España es la dueña de medio mundo, *monsieur*. Ha acaparado tierras y tesoros en los cinco continentes, y nosotros somos unos pobres mercaderes que no llegamos ni al concepto de piratas, como los ingleses. Vuestro virrey nada debe temer de nosotros. Somos honrados negociantes. Poseemos una factoría en la isla de Kodiak, donde almacenamos

pieles, y solo aspiramos a comerciar con estos paganos y, si es posible, acceder a los ricos mercados de California controlados por los españoles. Nada más —adujo Bering.

El ruso, un hombretón de mostacho enroscado y dientes carcomidos, más exaltado que el danés, tomó la palabra en un castellano rudo, aunque conocía los vocablos propios de los marineros.

—¿Pensáis, *monsieur* Labat, que somos enviados de esa reina alemana para anexionarnos algunas tierras de la costa norte de California? ¡De ningún modo, *mon Dieu!* No poseemos ninguna flota ni soldados que la amparen. ¡Somos marinos! ¿Habéis visto acaso fortificaciones, mujeres, niños o piquetes rusos por aquí?

Se miraron unos instantes en silencio, hasta que Martín dijo:

—No quisimos molestaros, señores, sino clarificar vuestra presencia aquí. Nosotros sabemos lo que somos: comerciantes, pero no habíamos advertido vuestra presencia y nos preocupó —mintió hábilmente—. Ahora todo está debidamente entendido.

—Mire, señor Labat, ni Vitus ni yo hemos visto jamás a esa reina, ni nos hemos acercado ni de lejos a su palacio de Oranienbaum, donde se acuesta cada día con uno de sus alabarderos o lacayos. Además, la casa real rusa está muy ocupada con la sublevación de los cosacos para querer ocuparse de estas tierras o de otras del rey de las Españas. Lo nuestro es el negocio puro, y a Catalina no le importamos un mísero *kopek* («céntimo»).

Martín tenía que poner a contribución todo su poder de persuasión.

—Os estamos agradecidos por vuestras explicaciones, señores, pero algunos pilotos españoles que navegan por la Alta California aseguran haber visto naves rusas por las costas. Quizás estén en un error.

El danés, que parecía más exaltado, se carcajeó abiertamente.

—¡No, no lo están! Nuestros dos pataches han navegado en alguna ocasión por debajo del paralelo 40° y muy cerca de las costas de California. ¡Pero puedo aseguraros por las santas barbas de San Cirilo que únicamente buscábamos un buen puerto para comerciar con pieles!

A Martín, a Suárez y a Bruno se les esfumaron de golpe todas sus preocupaciones. Confiaban en la confesión de aquellos hombres, pues sus argumentos, si no mentían como bellacos, eran contundentes y fiables.

—¿Pero con los españoles o con los indios? —preguntó Martín.

Los extranjeros replicaron claramente a la espinosa pregunta.

—¡Con quien fuera, señor! Deseamos prosperidad y oro, y daríamos nuestras vergas mayores para poder negociar en los puertos de Monterrey,

San Diego o Acapulco. ¡Creednos, señores!

—¡Válgame el cielo! —exclamó el teniente, comprobando que no había ningún contencioso entre ambos imperios. No creía que hubiera ninguna trampa en sus palabras y decidió creerlos. Era fácil probar si mentían.

—Podéis verificar cuanto os decimos en los cuadernos de bitácora de nuestras naves. Allí están anotados los derroteros y las cuentas —aseguró un adusto Bering, que deseaba mostrarse accesible y amigable.

—¡Bien, caballeros! Puedo confirmaros que el virrey de Nueva España, don Antonio María Bucarelli, está abriendo puertos nuevos en la Alta California con el objeto de poblar aquellas fértiles y desiertas tierras, y poder comerciar con exportadores de cualquier bandera.

—Así es, os lo corroboro —terció Heceta, enormemente aliviado.

De improviso, Martín metió su mano en el bolsillo de la levita, sacó un cuadernillo y un pequeño lápiz de carpintero y escribió un nombre. Después, con un movimiento misterioso, lo rasgó y se lo entregó al danés con una pequeña inclinación de cabeza.

Los asistentes a la asamblea, incluidos sus compañeros, el reyezuelo, los ancianos y Aolani, quedaron paralizados por el gesto del tejano y envueltos en la extrañeza. El silencio creció por encima del desconcierto. La reunión parecía avivarse a tenor de la cara de estupor del danés, que miraba sin pestañear a su interlocutor, con la viva expresión de la incomprensión más absoluta.

Haida Gwaii

—¡Juan Bautista de Anza! —leyó el danés en voz alta y balbuceando.

Bering se quedó mirando al tejano. Esperaba una explicación.

—¿Quién es este caballero, *monsieur* Labat? —inquirió.

—Se trata de un capitán de dragones de Su Majestad, con amplios poderes en California y en la frontera, que ha culminado una expedición real — mintió, pues lo ignoraba— con objeto de abrir nuevas ciudades y embarcaderos cerca del paralelo 40º y aquella próspera zona. Es vuestra oportunidad para comerciar donde verdaderamente deseabais.

Pareció paralizado en un rictus de asombro. Le costaba creerlo.

—¿Poseéis esa seguridad? —lo animó a seguir el mercader de pieles.

—Veréis, señor Bering, mañana os extenderé una carta dirigida a este oficial y colonizador. En ella os presento y le ruego licencia para mercadear en esos puertos. Todos los comerciantes de Nuevo México y la frontera le profesamos una gran admiración. Es un hombre honesto, firme, capaz y con grandes miras comerciales. Es deseo real que se abran a los productos del norte. Y vuestra compañía, ¿no comercia con pieles de Alaska?

Las palabras del teniente levantaron gran expectación en la sala y el semblante equino y colorado del ruso pareció enfurecerse.

—Ciertamente —masculló el incrédulo danés, que lo miró fijamente y le espetó en un duro francés—: Pero se me abre una duda. ¿Sois en verdad un comerciante de Tejas o un agente real de España emboscado?

Martín volvió a exhibir su gran capacidad para interpretar y falsear.

—*Monsieur* Bering, llevo el veneno del trueque, del dinero y del cambio en mis venas —se escurrió con habilidad, y soltó una sonora carcajada a la que se sumaron los europeos y el propio rey, que no entendía nada.

—Mañana mismo visitaréis el *San Pedro* y seréis recibido como un amigo, *monsieur* Labat. San Basilio os ha puesto en nuestro camino.

—Os lo aseguro, en menos de dos años, vuestra compañía comerciará en California —corroboró un Martín dueño de sí mismo.

Heceta y Suárez soltaron un resoplido. Martín se había ganado la confianza de los rusos, conocían el alcance de su presencia en el norte y habían salido airosos del trance. El temor de la Corona y del virrey no era sino humo, aumentado con el temor natural a perder territorios y riquezas. Un prudencial alivio los aplacó. Su misión había obtenido un razonable resultado, aunque había que aguardar la llegada del alférez Joan Peres.

Aolani interrumpió el entusiasmo de los extranjeros.

—Concluido este debate, mi padre y señor se pregunta la razón de la presencia de la goleta española en nuestras islas. Se ha corrido el rumor de que venís con propósitos anexionadores, como es proverbial en los españoles en medio mundo —soltó de forma descarnada.

Intervino el brigadier Heceta, que argumentó impertérrito:

—Nos apoya, señora, el derecho internacional. Estas tierras están dentro del meridiano español, que fue determinado por el Papa, representante de Dios en la tierra, y aceptado por toda la Cristiandad. Pero al igual que nuestros distinguidos colegas solo hemos venido a comerciar con productos de Nueva España. Hace años que terminó el ansia anexionadora de mi país.

Martín, que ansiaba la cercanía y amistad con la princesa, apostilló:

—No somos ni bucaneros ni colonizadores, sino mercaderes. Añadir tierras a la Corona de España no nos preocupa, creednos, señora Aolani. Si fuéramos piratas ya nos habrían ahorcado en Acapulco antes de zarpar.

El ruso, en el que se adivinaba la oportunidad del negocio, dijo:

—Mi compañía estaría muy interesada en vuestros caballos, señor Labat. ¿Cuál es su procedencia? —preguntó Chirikov—. Los mustang prosperarían en estos fríos territorios y alcanzarían elevados precios.

La voz de Martín, persuasiva, irónica y excitante resonó serena:

—Mi forma de proveerme es bien sencilla, *monsieur*. Los comanches se los roban a los españoles, yo se los compro por un precio irrisorio y luego los vendo otra vez a los españoles a un buen precio, ya sea en Tejas o en los mercados de la frontera. ¡Un negocio redondo! Os lo aseguro.

—¡Vaya! —replicó el ruso, sonriéndose—. Sí que sois ventajista. No hay duda, señor, sois un auténtico negociante. Me gustan vuestras formas.

Tras una hora de pláticas se acordó que el capitán Suárez expondría sus productos en un cobertizo del mercado principal; los aleutas, los suyos, y los rusos, sus pieles, dando inicio a una etapa de alianza y trueque.

El reyezuelo, que parecía dormitar en su sitial de madera labrada, los invitó por medio de Aolani a una fiesta tribal en aquel mismo lugar a la caída de la tarde, como colofón al entendimiento demostrado por todos.

Como era proverbial en las islas, a primera hora de la tarde cayó una lluvia pesada que lo empapó todo. Pero para los hispanos era un día luminoso lleno de promesas. Cesó de llover con la declinación del sol, que trajo un firmamento que parecía una gigantesca llamarada por encima de las casas de madera y cabañas.

Kaumualii, por medio de Aolani y del sanglés, comunicó el motivo de la festividad solar que se celebraba, dedicada al resplandeciente Amarok y ofreció los alimentos a Kaila, el dios del cielo, el que poblara las tierras de Alaska y sus islas. Invocó al espíritu de Sedna, la que habitaba en el mar y los proveía de pescado, y al instante, los criados dispusieron unos tabloncillos sobre los bancos, convirtiendo la sala en un improvisado cenador.

Las sirvientas acarrearón fuentes con pescados ahumados, quesos y asados de carnes y volatería, colocando en el centro, junto a los braseros, pequeños toneles de cerveza y un jugo semejante al hidromiel.

Unos músicos tocaban unas extrañas flautas de hueso, panderos de piel y unas rústicas vihuelas, que emitían un sonido chirriante que hizo que algunos comensales saltaran de sus asientos para bailar.

Los comensales introducían sus jarrillos en los barriles, bebiendo sin cesar y trinchando con los cuchillos los arenques y asados, en medio de una ruidosa algarabía, en la que también participaba una jauría de canes peludos a los que arrojaban las sobras del banquete. Al cabo de unas horas, los más estaban borrachos y se desplomaban en las mesas o manoseaban a las mujeres.

Suárez, Heceta y los rusos desaparecieron en la oscuridad del exterior abrazados a otras tantas mujeres, instante en el que Aolani, descendiendo del estrado que presidía la ruidosa sala, se acercó a Martín y lo arrastró a la salida. Al fin el teniente cumplía su sueño más deseado.

La atrevida joven no ocultaba una inclinación pasional por Arellano y lo condujo abrazado a su cintura a su *barabara*, una casita subterránea cubierta de tierra y heno a la que entraron a través del techo. Estaba recubierta de pieles y tapices floreados de lana, y en el centro centelleaba un hogareño brasero. A Martín le gustaba contemplar sus cabellos azabaches, su rostro deslumbrante y posar la mirada en sus ojos rasgados y melosos. El refugio

olía a heno perfumado y parecía fabricado para el goce de los sentidos, la meditación y la calma.

La despojó de sus vestidos, dejando su grácil figura al desnudo, solo iluminada por el brillo cobrizo del reflejo de las ascuas. Veía en ella a una hembra refinada que pedía con su mirada un amor salvaje. Pronto exploraron sus cuerpos y Martín, cogiendo una ampolla de perfume que había sobre una mesita hexagonal, la derramó por su piel.

Al instante se deslizó como un arroyuelo por su tentadora espalda y la lamió con sensual fruición. Besó sus pechos, delicados como palomas, los muslos tersos que se cimbreaban y el sedoso y palpitante sexo. Ella se movió jadeando, probando los caminos del deleite que le proponía Martín. Era dichosa.

Se juntaron y se fundieron hasta alcanzar entre ansias el arrebató más febril, quedando exhaustos sobre las sábanas. Fuera comenzó a llover y las ramas de un abeto golpearon tenuemente la entrada de la estancia, donde crepitaban las brasas de la lumbre. Aolani se durmió.

La pasión había prosperado en un vértigo delicioso y pasional, y Martín, que miraba exhausto el techo de la *barabara*, pensó que Aolani era la mujer más fascinante y sugestiva de las que había amado en su vida.

Se aproximaba el solsticio de verano y los españoles aguardaban la llegada de la fragata *Santiago* del alférez Joan Peres para intercambiar información y decidir la forma del regreso. Mientras tanto, el teniente Arellano, que mantenía su identidad francesa airosamente, se entretenía en el habitáculo sudatorio, donde aspiraba el aroma de las hierbas y liberaba de su cuerpo los excesos del hidromiel, dando largos paseos por la costa, trazando mapas del litoral y estudiando sus recursos.

Había visitado los pataches rusos, examinado sus bodegas repletas de pieles de armiño y morsa y consolidado una fraterna amistad con el danés y el ruso, que le participaron minuciosos detalles de sus actividades comerciales. Les proporcionó una carta para mostrar en cualquier puerto californiano, en la que se certificaba que poseían permiso del colonizador Anza, atestiguándoles que en dos años ganaderos interesados, o él mismo, acudirían allí para comerciar con caballos mustang.

«Uno de los motivos por los que los dragones del rey mantienen a raya a los indios levantiscos son estos insuperables caballos, a los que cuidan más que a sus amantes —les explicó pensando en él mismo—. Cuando regresan de

las cabalgadas por el desierto tras los comanches, ellos mismos con sus manos, ¡y son todos caballeros!, fabrican pequeñas albercas de no más de un palmo, donde los refrescan y masajean sus patas. Nadie como los españoles para cuidar a esas hermosas criaturas».

Con Aolani visitó un lago azulísimo cercano al poblado y volvieron a unir sus cuerpos pasionalmente en un delicioso bosquecillo de alisos y cedros rojos. La norteña se entregaba a Martín con bravía pasión, le mostraba la esplendidez de su cuerpo joven y terso y luego lo observaba con ojos tiernos y tristes por su pronta separación. Una de aquellas tibias y lentas tardes, advirtió un gesto de aflicción en su semblante.

—¿Qué os pasa, Aolani? Percibo un halo de tristeza en la mirada.

—Mi padre —le reveló pesarosa y en un castellano apurado— está muy perturbado con los europeos del norte, que les exigen exageradas cantidades de pieles de morsa, muy apetecidas en los mercados rusos, alemanes, noruegos y daneses. Los pescadores y las familias se quejan porque a veces son vejados y apaleados por los rusos.

—¿Os referís a los capitanes Bering y Chirikov? —se interesó.

—No en particular, aunque también son interesados, sino a un alemán, de nombre Schaeffer, que nos visita cada otoño con sus barcos, tripulados por marineros rusos, soeces y rudos. Hace valer un tratado de protección que firmó con mi padre y lo viola usando la intimidación.

—¿Prefiere a los rusos para el trueque? —se interesó.

—Tras conocerlos, prefiere a los españoles. Debéis retornar pronto. Seríais bien recibidos. Así lo ha hecho saber al consejo —le confesó.

—No deseo otra cosa que volver a veros, os lo aseguro —afirmó, y nuevamente se entregaron a las caricias y satisfacción de sus cuerpos.

Mientras miraban tendidos el cielo, distrajo la atención del tejano una ruidosa bandada de unos extraños cuervos albinos que anidaban en los abetos de hojas amarillas. Eran sorprendentes.

—Tan solo anidan en ese árbol, Martín —dijo Aolani—, es el árbol sagrado de los aleutas. Lo llamamos *kiidk'yaas* o «el abeto dorado».

Cada día visitaban algún poblado nuevo acompañados por los dos inseparables y perseverantes perros. Surgían entre la niebla, rodeados de rías, cañaverales y pequeñas islas. El extranjero conoció unas bellísimas aldeas de embarcaderos inmejorables para las naves de la Armada, si el rey de España dictaminaba explorarlas en futuros viajes, y convivió con sus moradores,

gentes amables y hospitalarias que se inclinaban ante el paso de la princesa Aolani y su acompañante extranjero.

Apuntó su posición y nombre y fue elaborando el informe que debía enviar al virrey, empleando la cifra que ocultaba entre sus pertenencias. Martín le preguntó sobre su estancia en las españolas islas Filipinas y Aolani, cada vez más expresiva, entregada y afable con él, le explicó:

—Mi querido padre, aunque no lo parezca, es un señor poderoso, si bien vasallo del rey Kamehameha de Hawai'i, como también lo son los reyes de las islas de poniente: Kodiak, Unalaska, Atka, Tanag, Attu y la lejana Guam. Todos somos de la misma estirpe real, como también lo son muchos jefes filipinos, ahora súbditos de España. Nuestros contactos son muy frecuentes desde tiempos inmemoriales, y nuestras canoas surcan de continuo el océano, navegando de isla en isla.

El primer día de julio amaneció nítido, suave y esplendente.

La marinería y tripulación del *Aurora* celebraba la festividad de la Sangre del Salvador cuando avistaron la fragata *Santiago*, que por órdenes terminantes del virrey no podía atracar ni desembarcar en ningún puerto del Pacífico Oeste, a no ser en caso de necesidad, pues traspasaban el meridiano español, según había demostrado el geógrafo Urdaneta dos siglos antes. Navegaba como un buque de guerra de la Armada de Su Majestad y debía evitar con sutileza y prudencia colisiones con las cancillerías de Inglaterra, Francia, Holanda y Rusia.

Suárez, Heceta y Martín, en medio de una fina lluvia, embarcaron en una lancha y se arrimaron a la nao, donde fueron recibidos amistosamente por su capitán y por el explorador franciscano fray Joan Crespí Fiol, un monje ascético, enteco y de enmarañado cabello y barba blanca, que les mostró los mapas elaborados por su mano en la derrota por el Pacífico Oeste, verdaderamente admirables, y que harían las delicias del virrey.

—Un tesoro para las naves de la Armada —lo felicitó Martín.

Arellano percibió que la marinería era en su mayoría mexicana, lo que le agradó. Iban uniformados con gorros y chaquetillas azules, y con unos pantalones largos y anchos de listas. Después de una hora de parlamentos, el capitán Peres decidió que partiría de inmediato para California, pues transportaba abundante e inestimable información. El padre Lisardo, que debía regresar a la comunidad agustina de Manila de donde procedía, y Bruno de Heceta le rogaron licencia para navegar con él, a fin de trasladarlos a Acapulco. El brigadier ardía en deseos de trasladar los informes al virrey

Bucarelli, y Martín lo apremió para que también portara el suyo y que ambos se lo entregasen en mano en Ciudad de México.

Dos días después, mientras se alzaba la neblinosa bruma de la isla de Haida, la fragata *Santiago* puso rumbo sur, con el fraile y Heceta entre la tripulación. El capitán Suárez había previsto partir una semana después, cuando hubiera almacenado las pieles intercambiadas a los rusos y aleutas, y de las que sacaría pingües beneficios en Nueva España.

Los últimos días, Martín seesteaba en la *barabara* de Aolani, al calor del hogar y acompañado por la embriagadora joven, que le regaló un amuleto aleuta contra el mal de ojo, tallado en marfil y jade de exótica belleza; y él a ella, un crucifijo de oro que solía llevar entre sus libros y pertenencias. La dotación de la goleta preparó la estiba. Estaban listos.

Martín la amó aquella noche, sabiendo que sería la última.

Aolani, Clara Eugenia, le dio las gracias entre lágrimas, aunque mantenía su fe en los viejos dioses de su tribu, a los que adoraba con una fe inextinguible. La besó con una pasión renovada, devorando por última vez su cuerpo seductor y suave, como si deseara desgajarlo y consumirlo, más que amarlo. El fuego del ardor los inflamó, abrasándolos en el confín del placer, mientras se acariciaban y besaban su piel y apretaban sus miembros enardecidos y sudorosos. La mirada de Aolani ya no era de pasión única, sino también de dolor. Sabía que su corazón estaba atado por un lazo estrechísimo a aquel extranjero, que los ligaría para siempre.

Al abandonarse rendida, pero colmada de placer, estaba temblando. Los amantes parecían encadenados por una fuerza misteriosa de afecto y seducción, pero el destino les había trazado un camino de olvido y un sentimiento de distancia.

Ya nunca más podrían refugiarse el uno en el otro.

Tubac-Arizona

Dos semanas después de desembarcar en San Diego, un mediodía amarillento y tibio recibió al teniente Martín de Arellano al acercarse al trote a la fortificación de Tubac, su destino, donde se hallaba el capitán Anza, regresado como él de su misión en California.

Un estridente concierto de chicharras lo alertó de que se hallaba en el corazón de Arizona tras cruzar el fangoso vado del río Colorado. Su misión a las islas del norte ya era agua pasada, aunque no así el recuerdo constante de Clara, que permanecía indeleble en su recuerdo. Volvía a su genuino hogar y aspiró hondamente el viento.

El sol caía de plano y resplandecía tras los farallones y picachos terrosos del horizonte de Tucson. Brillaba su sable de vaina plateada y el fusil del explorador hopi, un apache de nombre Hopa que lo asistía tirando de una mula con sus pertenencias. Olió el perfume de las flores blancas de los cactus saguaro y de los palmillos, y sintió el frescor de las chumberas y yucas, donde se escondían los zorros grises y los lagartos al oír el rugido de los jaguares que habían olido a los antílopes del Cañón.

Aquel territorio del color del cobre dorado, hermoso, intacto y de olores fragantes, era la tierra que amaba. Entró en el bullicioso recinto militar y, tras ser saludado por los guardias, se dirigió directamente hacia el despacho de su superior. Deseaba saludarlo, felicitarlo y abrazarlo.

Tocó con los nudillos la puerta y recibió un sonoro: «¡Adelante!».

Martín se despojó del sombrero y se cuadró marcialmente, haciendo sonar los tacones de sus botas. El despacho era una habitación de techo alto y con las paredes barnizadas y cubiertas de panoplias de armas, fusiles, corazas y yelmos antiguos. La cueva de un soldado.

—A sus órdenes, mi... —e interrumpió su saludo al comprobar que su querido capitán había sido ascendido a teniente coronel. Los dos galones de oro en ambas bocamangas así lo delataban. Se conmovió.

Se estrecharon en un sentido abrazo y se sentaron en sendas sillas. Martín advirtió que su jefe tenía los ojos más hundidos y opacos, profundas ojeras, y la boca, siempre alegre, sumida en un rictus grave.

—Sí, Martín, casi me dejo la vida en esa dislocada expedición a California y mi premio ha sido este. Nada cambiará, y tú lo sabes mejor que nadie. Yo solo seré un soldado al servicio de España, y nada más, al margen de los entorchados que luzca en mi bocamanga.

Arellano se vio halagado por la confianza del teniente coronel.

—Os veo más delgado y con el cabello y barba con alguna cana. ¿Acaso vuestra esposa, doña Ana María, no os cuida lo suficiente? —sonrió.

—No es esa la causa. Sabes que es una santa. Han sido esos malditos desiertos y las escarpaduras del río Colorado del Norte. Nos costó la misma vida atravesarlos, créeme. Hemos abierto una ruta fundamental, pero hay que regresar y buscar otras más accesibles que nos conduzcan directamente a la Alta California. Hemos recorrido cerca de dos mil quinientas leguas, arrostrado ingentes peligros y penurias, pero hemos fundado varias colonias. Este primer intento ha colmado de satisfacción al virrey Bucarelli, que me ha recompensado con el grado de teniente coronel y con gratificaciones y ascensos a los dragones que me han acompañado.

—Mis felicitaciones, señor. Me alegro por los otros compañeros.

—Pero hemos de volver, querido amigo. La Alta California es el futuro, la salida natural de Tejas y Nuevo México al océano norte y sus riquezas. Ya preparo una segunda expedición, aunque antes hemos de resolver algunos problemas domésticos. Ahora te necesito más que nunca.

—Siempre a sus órdenes, mi teniente coronel —arguyó.

El oficial juntó sus manos, acercó su cara a Martín y le confesó:

—El tema comanche se ha recrudecido, ¿sabes? Deseo combatir la impunidad endiablada de esos dos Cuerno Verde, padre e hijo, que han vuelto a las andadas, y cazarlos allá donde se escondan.

—La clave, no lo olvidéis, está en sorprenderlos. Hay que actuar por delante de ellos, don Juan —le recomendó Martín.

—La verdad es que no merecen nuestra compasión, pues no entienden ni de pactos, ni de misericordias. Esos demonios galopan por las praderas tras un sueño de abundancias exclusivo, con sus pieles curtidas y costillas marcadas, luchando contra sus hermanos indios y contra todo lo que suena a civilización europea.

—Son dos insensatos peligrosos sumidos en la maldad y la sangre.

—Estudiaremos un plan de ataque. Estas matanzas han de acabar.

Martín le habló de algunas estrategias que había concebido en la Academia de San Ignacio. No en vano los dragones de la frontera eran los descendientes de unos soldados casi invencibles, cuyos padres y abuelos habían combatido en los viejos tercios de España, conquistando media Europa y todo un continente y vencido al turco, recordando las épicas estrategias de Alejandro, Pirro, Aníbal o Julio César.

—Veo, Martín, que te ha sentado bien el aire vivificador del mar. No creas que tu intervención en Alaska ha pasado desapercibida. Las autoridades que nos gobiernan la han valorado altamente, créeme.

—Cumplí con mi deber y con lo que se me pidió. Nada más, señor.

Inexplicablemente, Anza, siendo un hombre de reconocida seriedad, hizo una mueca irónica y observó a su subordinado con gesto misterioso. Martín se incomodó. Sabía que guardaba una sorpresa para él.

—Atiende, Martín. El virrey me ha transmitido su felicitación personal por el inestimable resultado de tu misión en el norte del Pacífico, enclave trascendental de sus próximas estrategias —dijo, abrió el cajón y sacó un despacho. Abrió los lacres y vivamente emocionado lo leyó:

Al teniente coronel del presidio de Tubac, don Juan Bautista de Anza, del Virrey y Capitán General de Nueva España.

Señor, os ruego felicitéis en mi nombre y en el de Su Majestad al oficial don Martín de Arellano y Gago, por la exitosa conclusión de su misión en las costas de Alaska, en la que ha demostrado reflexiva prudencia, sentido de Estado, inteligencia cautelosa y notables dotes para la diplomacia, rindiendo un servicio de extraordinario valor para la Corona. A tal efecto, y por las prerrogativas inmanentes a mi cargo, tengo a bien ascenderlo al grado de Capitán de Dragones, con mando en los presidios de la frontera y como lugarteniente de vuesa merced.

Dado en Ciudad de México.

El Virrey, Antonio María Bucarelli.

Martín, que no lo esperaba, compuso un gesto de conmoción. Sentía en sus entrañas una euforia casi mística, inenarrable.

—Me congratula sobremanera. ¡Cómo añoro a mi padre ahora! Se hubiera sentido muy satisfecho de mí.

La satisfacción corría por las venas del teniente coronel. Consideraba a aquel hombre como a un hijo y valoraba sus cualidades de militar.

—Los dos perdimos a nuestros padres en refriegas contra esos pieles rojas sin alma. Desde lo alto nos miran con orgullo, Martín. Mañana, cuando se ize bandera en el patio de armas, te impondré los alamares y galones dorados de nuestro regimiento, uno en cada hombro, ¡capitán Arellano!

—Para mí será un día muy feliz, señor, y más si me lo imponéis vos.

Anza le sirvió una copa de brandi y brindaron por sus respectivos ascensos. Ambos sabían que habían rendido sendos servicios a Su Majestad de gran relevancia política y militar, cuyos verdaderos beneficios se apreciarían en el futuro.

—Y bien, Martín, ¿no me vas a contar nada de tu experiencia en las islas del norte? —le requirió el coronel.

Por toda contestación, el nuevo capitán introdujo su mano en la chaquetilla y sacó el informe que había enviado cifrado al virrey.

—Leed vos mismo, mi teniente coronel —lo animó a recogerlo.

Anza se acomodó en su rotunda nariz unas antiparras y releyó:

Al Excelentísimo señor Virrey y Capitán General de Nueva España, don Antonio María de Bucarelli, Comendador de la Orden de Malta, de su devoto oficial, Martín de Arellano y Gago, caballero, maestro de espada y teniente de Dragones de S. M., con destino en el presidio de Tubac de Nuevo México, en misión reservada y oficial.

Os despacho el informe confidencial solicitado por Vucencia, en relación con la misión encomendada en la costa norte del Pacífico y la información estratégica por la que fui comisionado. Con discreción, cautela y sometida a la cifra secreta, os notifico según los requerimientos que hemos de observar los oficiales al servicio del Rey Nuestro Señor.

Como os informará el brigadier Heceta, debo deciros para vuestro sosiego y discernimiento que el problema de las naos rusas no es tal, Excelencia, y así lo podéis comunicar con rotunda certidumbre a la Secretaría de Despacho de S. M. Las dos naves que sorprendieron nuestros pilotos en la costa californiana son efectivamente pataches del reino de Rusia, pero que únicamente se dedican al mercadeo y al negocio.

Si fueron vistos cerca de los embarcaderos californianos de S. M. obedecía a sus únicos deseos de comerciar. Nunca de establecerse, colonizar o conquistar. Así pude constatarlo tras inspeccionar sus barcos y bodegas, espiar sus tránsitos y verificar su relación con los naturales y el mismo rey de estas islas.

Y no existen más barcos rusos que deban preocuparos. Os participo la identidad y vasallaje de estos dos pilotos y mercaderes de pieles. Uno es danés y el otro ruso. El primero responde a la identidad de Vitus Bering, propietario de la nao San Pedro y súbdito del monarca de Dinamarca, y el otro, Alekséi Chirikov, de nacionalidad rusa y patrón del San Pablo, que desde hace años comercian en las islas visitadas. Tienen como base el puerto ruso de Petropávlovsk, según pude examinar en su cuaderno de bitácora. He formalizado una fecunda amistad con ellos.

Mostraron conmigo gran confianza y soy testigo de su cabal sensatez y de sus deseos de atracar en los puertos de S. M., únicamente para intercambiar mercancías, con la preceptiva licencia de Su Excelencia, que me solicitan con la más adicta de las voluntades.

Pero la información más valiosa que os transmito se refiere al origen de estos armadores, que excluye su pertenencia a las Armadas de sus respectivos soberanos. Están vinculados a una sociedad privada de Kamchatka, la Gólikov Gesellschaft (compañía o sociedad en alemán), que trafica desde hace décadas

con pieles, bacalao y ahumados. Navegan por Siberia, por el golfo de Alaska y los archipiélagos y estrechos limítrofes. Sus cartas de navegación así lo corroboran.

Otros negociantes menos asiduos, como un alemán de nombre Schaeffer, y otro ruso, apellidado Dezhniov, también mercadean por estos derroteros septentrionales, aunque de tarde en tarde y sin miras de anexión alguna, o colonización ordenada por sus respectivas metrópolis. No he visto ni una sola fortificación, iglesia o poblamiento europeo en las ínsulas, que he visitado pacientemente y en toda su extensión.

He procurado amistad y apego con una princesa de aquellas islas —de nombre cristiano doña Clara Eugenia, y nativo Aolani—. La joven ha sido bautizada en la fe del Salvador por un monje agustino de Manila, y se nos unieron a la Augusta, en el puerto de Acapulco, procedentes del Galeón de la Seda. Por ella he conocido los pactos firmados por esos extranjeros con su padre, y os aseguro que son exclusivamente contratos comerciales.

Esas islas, bautizadas desde antaño con el nombre de Haida Gwaii, están regidas por el reyezuelo Kaumualii, con el que también he cimentado un apegado trato. El citado jefe aleutiano nos anima a ser visitados por los españoles, e iniciar una era de intercambios, donde sus pieles de nutrias gigantes, lobos blancos, morsas y armiños son de un inestimable valor. Jamás las vi tan excelentes y apreciables, Señoría.

Detestan a los alemanes y soportan mal a los rusos. De decidir Su Excelencia un viaje de contacto, sus caladeros más seguros son los de Atewaas, Kayung y Jaaguhi, cuyas cartografías os acompaño, y también el de la isla de Nutka, que visité y medí en las canoas negras del rey.

Las fragatas Princesa y Favorita, que pilotan los capitanes don Ignacio de Arteaga y don Juan Francisco de la Bodega, que conozco sobradamente, unirían California con aquellas tierras, y los beneficios serían ingentes, pues ahora mismo son territorios vírgenes. Debidamente dispuestas para evitar el escorbuto y las bajas temperaturas, y sin miras invasivas, supondrían pródigos caudales para la nación.

Como ya tendrá constancia Su Excelencia, con los mapas trazados por el alférez Joan Peres, el padre Crespí Fiol y por el brigadier Bruno de Heceta, hombre precavido y mejor marino, incrementarían sin riesgos los territorios gobernados por S. M. en esta parte del mundo, por encima de los 49,6° y 54,40° norte.

Para la festividad de la Asunción de la Madre de Dios, y si su Providencia divina así lo dispusiera protegiendo nuestras vidas en la larga travesía, me reincorporaré a mi destino de Tubac, a las órdenes del capitán don Juan Bautista de Anza, quedando a los mandatos y previsiones de Vuestra Excelencia, si decidiera escuchar de mi boca cuanto os notifico.

Dios guarde a Vucencia y acreciente vuestras virtudes. Dixi, en el día dos de julio del año 1774 del Señor.

Confirmans.

Martín de Arellano y Gago,
teniente de dragones de S. M.

Al concluir la lectura, Anza era el paradigma del absoluto asombro.

—¡Por las putas parcas, Martín! Has vivido toda una odisea que haría palidecer al mismísimo Odiseo de Ítaca, y pienso, como el mismísimo virrey, que has dispensado un señalado beneficio a España, al rey y al futuro de estas

colonias, último reducto del Imperio —le confirmó, verdaderamente admirado por su meritoria tarea.

Martín, recordando su burda identidad francesa, negó con la cabeza.

—Como vos en California —se sonrió entre dientes—. Pero yo más bien interpreté el papel bufo en una inaudita comedia, donde he actuado como un tejano de origen francés, he mentido como un bellaco, he simulado lo que no soy y salido de situaciones muy comprometidas con chanzas y falsedades. Pero sobre todo he conocido a una joven de notables atributos y princesa aborígen, a la que tardaré en olvidar, pues ha traspasado mi alma.

—No, si ya te vi al entrar mirada de enamorado —se carcajeó echando hacia atrás su frondosa cabellera suelta—. ¡Vamos, bebamos otra copa de brandi! —lo animó Anza—. Enamorarse es un sabroso veneno y una dulce amargura, querido Martín, y un mal negocio para el oficio de la guerra —le recordó Anza.

—Este está marcado además por el encanto de lo que pudo ser y que la distancia condenará al olvido, señor —opinó Martín, entristecido.

Durante una hora se permutaron detalles de sus respectivas expediciones sin vanidad ni vanagloria, y en fraterna camaradería. Luego platicaron de la inminente guerra contra los comanches.

—Tras la derrota de Nimirikante y su singular rendición con la cruz como enseña de paz, y la posterior firma del tratado con Gran Oso, se produjo un período de efímera paz. Sin embargo, otra vez vuelven los asaltos a ranchos, el corte de cabelleras, el rapto de mujeres y las cacerías —opinó preocupado el teniente coronel—. No sé si esta guerra que pronto emprenderemos contra los comanches es justa, pero es necesaria para la paz en la frontera —se expresó Anza—. Prefiero la paz del acuerdo y la palabra, a la de los sables.

—Esos salvajes ignoran lo que es el honor y la compasión, señor. Nuestra lucha contra esos diablos está justificada, porque es noble. Es la civilización contra la barbarie. Para ellos guerrear es el robo, el asesinato de inocentes, la violación de todos los derechos, el escarnio del dolor de los débiles y los malos instintos sin remordimiento alguno. ¿Puede haber combate más razonable y cabal, señor? —contestó Arellano.

Se hallaba donde le apetecía, y volvía a ocupar su puesto en la vida. A la muerte en el campo de batalla le concedía escasa importancia. Para un dragón era lo más soportable de la vida, y el honor, su empeño.

«Que Dios me ampare y me conceda aliento», musitó para sí.

Tras meses de devoradora actividad en el presidio de Tubac y los fortines cercanos, el capitán Arellano pudo constatar que su idolatrado jefe, el vasco Juan Bautista de Anza, seguía siendo un estratega valeroso, al que los comanches tachaban de loco temerario, pues sus bajas eran infinitamente mayores que con los anteriores responsables de mantenerlos a raya. Y su fama crecía día a día en las áridas tierras fronterizas.

Requerido por Anza, visitó las fortalezas de Tubac, Tucson y San Antonio el general José Bernardo de Gálvez, marqués de Rubí, quien evidenció la falta de recursos y de hombres para combatir a los insurrectos comanches. Prometió al teniente coronel que los incrementaría para seguir la lucha contra Cuerno Verde, que de nuevo se había desmandado en las orillas del río Grande. Los felicitó y animó por el inmejorable servicio rendido a la Corona, notificándoles que dos fragatas se dirigían rumbo norte, a la isla de Nutka, tal como había señalado el capitán Arellano y con los pilotos que había propuesto al virrey con tanto tino.

—Hablaré de vuestras mercedes al rey, tenedlo por asegurado —les dijo.

—Servimos a España y a la Corona, Excelencia —contestó Anza.

Las siguientes semanas, el nuevo capitán, ayudado por dos oficiales de más bajo rango, se dedicó afanosamente a las tareas de aprovisionamiento, a inspeccionar las recuas de mulas, el forraje, las reservas de munición y el estado de los caballos y jinetes de los presidios. Su determinación no flaqueaba, mientras tres partidas de jinetes y exploradores batían sin cesar el río Grande en busca de Cuerno Verde.

Los dragones de cuera los perseguían de forma implacable por la comanchería, nombre dado por los españoles al territorio por donde campaban. Cuerno Verde aseguraba en los mercados que solo buscaban pastos y caza, pero silenciaba que mataban y asaltaban, engrosando su lista de maldades. Anza y Martín conversaban sobre los ataques indiscriminados y de su bárbara crudeza.

Anza se rascaba la nariz aguileña y carnosa, mientras conversaba.

—Martín, no podemos permitir el salvaje e indiscriminado asesinato de apaches lipán y de tantos colonos mexicanos y españoles. No basta la persecución a galope tendido de tus indómitos dragones —se lamentó.

—Hace una semana perseguimos hasta Dolores a una partida errante de la tribu de Cuerno Verde. Los apresamos y les cortamos las cabelleras, pero ¿de qué sirve? Las escaramuzas en la frontera no cesarán nunca, porque carecen

de un jefe único con quien parlamentar. Por eso hay que matar al más sanguinario. Sin él, los otros no son nada. La clave es esa.

—Tengo la mesa llena de quejas de los colonos. Las bandas de Cuerno Verde los atacan con saña. Practican estampidas de ganado, que luego roban, y queman postas y carros de avituallamiento.

—Nos obligan a tomar represalias. Hay que acabar con ese Cuerno Verde o jamás tendremos paz y sosiego pacífico en estos territorios.

Ahora les preocupaba solo una cosa. ¿Dónde se escondía aquel salvaje sin escrúpulos? Les gustaba lucrarse con los robos y parecía que lo hacían con toda impunidad. El teniente coronel se hallaba en su despacho y cogió un puro habano de su humidador. Escuchó un estrépito de botas avanzando hacia su despacho. Un explorador lipán embadurnado en polvo y sudor dio la novedad desde la puerta, algo jadeante.

—Señoría, Cuerno Verde está concentrando gran número de comanches en Ojo Caliente. Todo apunta a que se disponen a atacar.

Anza sintió cómo se le revolvía la sangre en su interior, y ordenó:

—¡Que se reúnan conmigo todos los oficiales dentro de una hora en la sala de banderas! Ha llegado el momento.

Martín salió raudo del despacho para poner en orden sus pertenencias y pensó que una guerra tan justa como aquella al estar en juego la vida de muchos inocentes era necesaria, como sagradas las armas de quienes no tenían otra esperanza que usarlas.

Era el último argumento contra un pueblo que no quería escuchar.

Ojo Caliente-Nuevo México

La Luna de las Hojas Caídas se había enseñoreado del país.

Una paz efímera forzada planeaba sobre los desiertos, planicies y escarpaduras de Nuevo México y Tejas. Tabivo Naritgant y Cuerno Verde, padre e hijo, correteaban con sus guerreros por sus accidentados barrancos y cuando divisaban a lo lejos a los dragones españoles se refugiaban en las cuevas, en los angostos desfiladeros, en los huecos de las paredes rocosas y en los ríos embarrancados, haciendo difícil su seguimiento.

Y hasta a los genízaros apaches, excelentes rastreadores, ojeadores y escuchas al servicio del teniente coronel Anza, les era difícil dar con ellos. Cuerno Verde había cambiado su taparrabos astroso por unos pantalones de cuero repujado y muñequeras de metal dorado y collares de oro, producto de sus expolios y robos, si bien no había cambiado su peculiar tocado de cabeza de búfalo con los cuernos pintados de un glauco y brillante colorido.

Tabivo Naritgant, aunque deseaba evitar el enfrentamiento cara a cara con los dragones, como jefe de los comanches sabía que algún día, y no demasiado tarde, tendría que responder por las atrocidades indiscriminadas llevadas a cabo por él y por su hijo, quien, acompañado por una partida de jóvenes guerreros comanches, actuaba con una crueldad que hasta resultaba ofensiva para los ancianos de la tribu.

El joven comanche había llamado cobardes en el Consejo a los demás jefes de las tribus de la nación por permitir que niños y ancianos pasaran hambre en invierno. Pronto llegaría el otoño y anhelaba pintarse de rojo y negro la cara y atacar a los españoles, desafiándoles en un terreno que conocía a la perfección: Ojo Caliente y sus alrededores.

Un suave día otoñal en el que se apreciaba gran efervescencia en el poblado por el inminente ataque, se presentó ante su tienda un «hombre medicina» de

gran jerarquía en el clan. Se trataba de un viejo kwahadi que vagaba por los poblados predicando que los casacas rojas del este —los ingleses— y los casacas azules del sur y del oeste —los españoles— se harían dueños de los pastos si guerreros como Cuerno Verde no recuperaban el territorio del sur regalado por el Gran Padre hacía cien años.

Montaba en un peludo mustang tordo, tenía el rostro picado de viruela y grandes surcos en la frente y sotabarba, hechos con un cuchillo ritual y ya cicatrizados. Por su sequedad y color cetrino parecía hecho de arcilla. Le tenían gran miedo y espantaba, pues aseguraban que dominaba a los malos espíritus, que luego los vomitaba como piedras.

Lo agasajaron y le pidieron que hablara en la tienda del Consejo, donde lo invitaron a comer, a beber y a que extendiera allí su esterilla para dormir. Se separó de la cara el plumaje que le caía de su cabellera gris y enmarañada, y reveló en tono tétrico:

—El hombre blanco es como la plaga de la langosta, hijos míos, un lobo para nuestra caza, un depredador para nuestros hijos que todo lo ansía. Desea que muramos y nos reunamos con nuestros espíritus, para ellos adueñarse de los pastos y caballos.

Cuerno Verde se revolvió y se encaró con su padre:

—¡Yo ya lo he advertido, desenterremos ya el hacha de guerra y recuperemos lo que es nuestro! Pero soy joven y me ignoran.

El chamán, que bebía sin cesar una bebida espirituosa, insistió:

—Moriréis como conejos si el humo sigue cegando vuestros ojos y no veis que una guerra a tiempo puede llevaros a la abundancia.

El joven guerrero estaba cada vez más furioso y exclamó:

—Seguidme ahora o comeremos hierba. ¡Muramos juntos luchando!

El padre, Tabivo Naritgant, quiso tranquilizarlo con buenas palabras.

—Yo nací en esta tierra y tú también, hijo mío. El Dios Hablante es amable, pero no el Gran Rey de los blancos, que no permite que entremos en sus mercados para comprar pólvora, caballos y fusiles. No sé leer sus escritos, pero sí sé leer su corazón. Lo quieren todo para ellos.

El kwahadi volvió a beber y abrió su negra boca con voz imperiosa:

—Ellos, los españoles, son una poderosa nación venida allende las grandes aguas y toman cuanto necesitan sin pedir permiso al apache, al sioux, al cherokey, al choctaw y al comanche. Sus hechiceros han puesto en nuestros ojos una envenenada medicina para engañarnos. Su cruz no es omnipotente, es rencorosa y frágil, hijos míos. Y si no nos mostramos duros y crueles, serán los blancos que habitan tras los grandes bosques los que nos aniquilarán.

—Venerable «padre medicina», yo sé que los comanches somos contrarios a las costumbres del hombre blanco —le rogó Tabivo Naritgant—. ¿Creéis que hemos de dar rienda suelta a nuestro enojo? ¿Lo dicen así el aliento del lobo y el coyote y los espíritus de nuestros antepasados?

—La naturaleza es solo de ella misma y de Wakantanka. No pertenece ni al blanco, ni al piel roja, ni al mexicano, pero ellos se sienten los únicos dueños. Debéis recuperarla con el valor de vuestros brazos, pues los espíritus reclaman la tierra para su pueblo —gritó, alzando los brazos.

El hijo no podía contener su ira y miró al chamán y luego al padre.

—Moriré antes de que eso ocurra definitivamente, padre mío. No quiero vagar, quiero vivir y ser dueño de mi tierra. Escribiré otra historia para los comanches, pues mi sangre bulle con furor. Dad la orden de pintarnos la cara y bailar la Danza de la Muerte —le rogó.

Tabivo Naritgant se sumió en una profunda reflexión y, tras dudar de sus palabras, se expresó al fin balbuceante y con gesto grave:

—Es una luna excelente para despertar viviendo y perecer gloriosamente al caer el sol. Acabemos con esos blancos arrogantes y codiciosos.

Un alarido de satisfacción resonó en la tienda y el chamán derramó el humo de su pipa por encima de las cabezas de los guerreros.

—El Pájaro Trueno os protegerá y os conducirá al triunfo —señaló en un tono malicioso, para luego cerrar los párpados arrugados.

Cientos de exaltados comanches se congregaron en Ojo Caliente.

Iban pintados de negro y con los signos de guerra en los rostros y los brazos. Habían abandonado sus frazadas e iban casi desnudos. Cayeron como una plaga sobre los ranchos limítrofes y saquearon cobertizos y cuadras, para luego insistir en su tétrica costumbre de capturar algunas mujeres y niños lipán para venderlos como esclavos.

Lanzaban flechas incendiarias y usaban pólvora y munición francesa para impresionar a los dragones del rey. Cuerno Verde acompañaba enfervorizado a su padre, con el distintivo de la cabeza de búfalo sobre la cabeza y los cuernos pintados con tintura de jade.

En sentido contrario, tras cruzar Santa Fe, Nambé y Taos, se aproximaba el numeroso ejército español a Ojo Caliente. Los dragones escudriñaron la inmensidad del valle que se desplegaba a su visión. Cabalgaban por territorios

baldíos y solitarios sin otra vegetación que cactus y pequeños arbustos de hojas aceradas. Juan Bautista de Anza, el capitán Arellano y los oficiales de alto rango, entrenados en la Academia Militar de Sonora y Querétaro, iban pulcramente uniformados con las guerreras azules de puños rojos, las cueras protectoras sin mangas del color del marfil, el sombrero azul emplumado y las fajas granates.

Era un ejército impecable, ordenado, en marcha, intimidador.

Resaltaban en la lejanía los escudos redondos con las armas de España bordadas, los fusiles, lanzas y sables. El bufido de los caballos resultaba ensordecer en tanto levantaban polvorientas tolveneras.

El teniente coronel Anza, que mantenía sus pulgares metidos en el cinto púrpura, ordenó el alto a una milla de Ojo Caliente y mandó construir una reducida trinchera de las varas de hondura justas para que cupiera un fusilero arrodillado y que la caballería desmontada permaneciera tras la línea de defensa. Recurrió al engaño y colocó tres cañones ocultos en los matojos de la pradera.

Aguardaron toda una noche embetunada de negras sombras, apenas iluminados por el fanal algodónado de una luna menguante, hasta que emergió un sol asustadizo por el este. Las armas estaban húmedas por el rocío y las untaron con aceite en silencio. Los dragones estaban acostumbrados a formar líneas de fusilería, inmóviles como chopos.

Anza y Arellano habían decidido emplear una estratagema que sus antepasados habían utilizado en la vieja Iberia hacía siglos contra los nazaritas de Granada: el *fuge e torna* («huye y regresa»). Esperaban que Cuerno Verde cayera en la trampa. Avistaron a los comanches, que descendían al trote apiñados por entre los cerros quemados.

—¡La pasión por la victoria nos inspira, soldados del rey! —gritó Anza—. ¡Acabemos de una vez con esos ladrones de niños y caballos!

Tabivo Naritgant, con su desdentada boca, emitió un chillido infernal.

Y sus guerreros dieron rienda suelta a los caballos, que se encabritaron con los alaridos de guerra de sus vociferantes jinetes y los disparos con sus viejos mosquetes de chispa. La caballería hispana se adelantó y se colocó delante de la zanja para ocultar a los tiradores y, cuando se acercó el enemigo a solo unas yardas, volvieron grupas y se colocaron tras la trinchera, ante el estupor de los comanches, que vieron a los fusileros, sin esperar la maniobra.

Las balas y proyectiles de los infantes comenzaron a hacer estragos entre los jinetes indios y los cañonazos que les venían de los flancos mataban a diestro y siniestro. Los comanches caían entre alaridos y las balas silbaban

por encima de los dragones escondidos en el improvisado parapeto, sin que se produjera ninguna baja.

A una orden de Tabivo Naritgant, el grueso de los guerreros persiguió a los dragones a caballo, a los que consideraban el enemigo a batir. Sin la caballería, los españoles eran menos peligrosos. Saltaron el foso y los persiguieron, acosados por los soldados y los cañoneros, que los atacaban por el flanco izquierdo y la espalda. Anza y sus oficiales dominaban el tiempo del combate con sus estudiadas decisiones.

De repente, el teniente coronel detuvo la carrera de sus caballeros. Alzó el sable, y gritó: «¡Retornad!». Era la señal convenida. Los dragones dieron la vuelta y se colocaron en fila abierta frente a los comanches, que sorprendidos aminoraron la marcha. Con los sables alzados y las lanzas en ristre, los hombres de Anza conformaban un muro difícil de traspasar.

La refriega se convirtió en durísima y se producían dobles cargas de los dragones, que atacaban y volvían de nuevo en las ordenadas acometidas, en un *fuge e torna* inacabable que desconcertaba a los comanches. La lucha fue cuerpo a cuerpo y los dragones se extrañaron de la extrema tenacidad de los hombres de Cuerno Verde, cuyas flechas penetraban subrepticamente en las corazas de los hispanos, como si fueran bocados de víboras furiosas.

A otra señal de Anza, con un sonoro redoble de tambor, un pelotón comandado por el capitán Martín de Arellano, se dirigió en busca de Tabivo Naritgant, que estaba escoltado por cuatro feroces jefes armados con lanzas y hachas.

Conocedor de las crónicas de la conquista de las Indias, se disponía a reproducir la misma escena de Hernán Cortés en un heroico episodio de la ocupación de México. Sabía que, durante la batalla de Otumba, dos siglos atrás, el capitán de Medellín se dirigió temerariamente y en solitario hacia el gran cacique Ciuacoatl o «La Mujer Serpiente», general en jefe de los ejércitos de Tenochtitlán. Emplumado de pies a cabeza, encarnaba el corazón y el alma del potente ejército mexica, en conexión con los dioses.

Cortés lo abatió con un contundente tajo de su espada, derribándolo de su trono, ante la aterrada mirada de los suyos. Al verlo sus soldados, cundió el desánimo y el pánico y abandonaron sus armas, huyendo despavoridos hacia las montañas. Los jinetes de casaca azul se acercaron al gran jefe comanche comandados por Martín, que parecía un huracán enfurecido. Dos de los escoltas indios, que habían notado la proximidad de los dragones al gran jefe, recibieron sendos balazos y, desequilibrados de sus monturas, cayeron al polvo.

Martín, con su trenza empapada de sudor, cebó la pistola y la descerrajó en el cuarto custodio, a quien le voló la tapa de los sesos. Tabivo Naritgant se había quedado solo y, cegado por el humo y la sorpresa, caracoleó con su caballo dispuesto a defender cara su vida.

Era un comanche irreductible y moriría matando. Al instante, uno de los sargentos arrojó su lanza y se clavó en el ojo derecho del feroz jefe, que profirió clamorosos gritos de dolor. Después se acercó y de un sablazo le desgajó la cabeza del tronco, mostrándola chorreante a los cuatro puntos cardinales del campo de batalla.

Con la pavorosa escena cundió la alarma entre los pieles rojas.

De pronto se hizo un silencio sepulcral y las exclamaciones y chillidos de los comanches cesaron de golpe. Solo se escuchaba el piafar y el relincho de los corceles. El vaho de los fusiles y los cañones, que se había suspendido por encima de cactus y chumberas, impedía respirar y nadie se atrevía a moverse. Los dragones organizaron una maniobra envolvente y obligaron a los comanches supervivientes a huir despavoridamente. Su superioridad era apabullante y absoluta.

A media tarde, los supervivientes comanches, con la cabeza y el cuerpo de Tabivo Naritgant a cuestas, abandonaron el campo de batalla. Huyeron en desorden, como una desquiciada estampida de bisontes.

Cuerno Verde, hijo, colérico y echando espumarajos por la boca, disparó al aire su fusil. Se había elevado sobre su mustang paticalzado y pintarrajeado de blanco y vociferó en español como un poseso:

«¡¡¡Volveré, extranjeros, y mi venganza será terrible!!!».

Los dragones lanzaron al aire vítores de triunfo y lo insultaron. El diablo de las praderas, quebradas y poblados tejanos, el temerario, cruel y amenazador Tabivo Naritgant, había sido abatido, y con las heridas inferidas por los dragones parecía un monstruo repugnante, una vaga forma humana sin vida. Un tiempo de paz —la Paz de Anza, la llamarían— reinaría en la frontera por un largo tiempo.

El valle de Ojo Caliente estaba sembrado de decenas de cadáveres de comanches y de sus caballos, que en su alocada embestida no habían previsto ninguno de los ardidés que les había tendido el teniente coronel Anza y su lugarteniente Arellano, quien lo abrazó, eufórico por el éxito. Estaba sangrando, pues tenía dos leves brechas, una en el cuello y otra cerca de la ceja. Le dolía la herida de la frente, e interpeló a su superior:

—¿Veis acabada al fin vuestra eterna venganza, señor?

—Desde niño soñé con contemplar a Tabivo Naritgant muerto a mis pies, al dejarme huérfano de padre. Hoy solo siento que hemos satisfecho nuestro deber y que hemos librado a muchos inocentes de su furia. La verdad es que no veo reparación en mancharme con sangre indigna, como la de esa familia de paganos —le contestó Martín—. Su hijo ha huido y aún tiene las manos manchadas de la sangre de la gloriosa memoria de mi padre, don Pedro, que dio su vida por el rey.

—Hubiera sido un buen día para haberse cobrado las dos piezas.

—No lo dudéis, pero algún día caerá en mis manos, y me tomaré una venganza ejemplar —aseguró, mientras escuchaban a los dragones lanzar un grito de júbilo explosivo por la muerte del temido jefe comanche.

—Te has comportado como un héroe, Martín —le aseguró Anza.

—No lo creáis, señor. Es nuestra obligación ser grandes ya que estamos tan alejados como estamos de la madre España. Los héroes suelen sacrificarse en guerras justas como esta, y yo aún estoy vivo y coleando en el cabo de este continente, olvidado de la Corona —se sonrió, y limpió con su pañuelo la sangre que le resbalaba por el rostro.

Con el sentimiento generalizado de alborozo, Anza recompuso sus fuerzas, reorganizó la acampada y las guardias y platicó con sus soldados heridos. Era un superior intachable, único y sorprendente. Lo adoraban.

La astucia había superado una vez más a la intrepidez sin reflexión de unos guerreros salvajes, a los que el espacio en el que vivían les importaba muy poco, y solo tenían en cuenta la inmediatez de su plato de frijoles con carne de bisonte, sus dioses y paraísos. No comprendían que los pueblos del planeta se estaban conectando entre sí y lo hacían sin vuelta atrás posible; y que su primitiva existencia había finiquitado.

«Vivimos en una ilusión creada por los dioses, hijos míos. Nuestro mundo muere y la tierra se transfigura», les había profetizado el anciano kwahadi, chamán de la tribu tónkawa.

Anza había perdido a algunos fusileros, voluntarios e infantes, y solo seis dragones veteranos habían sido heridos de consideración, siendo intervenidos por los cirujanos de campaña.

Al alba volvieron victoriosos y agotados al presidio de San Antonio.

La marcha triunfal hacia el fortín constituyó un recorrido memorable. Por los ranchos, aldeas y míseros poblados por donde pasaban, las gentes salían a vitorearlos, les cantaban acompañados de guitarras y violines, y se oían

melodías de júbilo que los dragones agradecían. Los apaches también les mostraban su respeto por haber vencido a la pestilencia bárbara, al rencor, a la perversidad y al resentimiento de Tabivo Naritgant, que había desangrado inhumanamente a su pueblo durante unos años calamitosos de hambres, humillaciones, secuestros y sufrimiento.

La fuerte tensión por la presencia de aquellos salvajes en sus territorios se había deshecho con la inapelable victoria. El valor, la madurez enérgica y la férrea disciplina de los españoles, y también de los auxiliares lipán, había corrido de boca en boca por toda la frontera, Tejas y Nuevo México. Resonaban las esquilas de las iglesias y las gentes les mostraban su gratitud con agasajos, y los cantineros y matronas les ofrecían tortas de harina y avena, café, frijoles, lascas de tocino, cecina, vino y limonadas.

Se mostraban seducidos por la cabalgada marcial de la compañía de los dragones de cuera, con sus polvorientos y deslustrados uniformes, y los jaleaban sin cesar. Los inseparables Anza y el capitán Arellano saludaban con gesto atento. El coronel se detenía en las plazas, apenas ensombrecidas por álamos resecos, se alzaba sobre su montura y para animarlos les decía:

—España no renunciará a que cuidéis vuestros ganados, a que aréis la tierra, y no clausurará ninguna de las minas. Esos desnudos dejarán de asesinar y de expoliar con impunidad. ¡Es la justicia del rey don Carlos!

Martín, con el rifle sobre las rodillas por si tenían un encuentro azaroso, miraba al frente, pensando que la guerra es una sucesión dolorosa de glorias y de miserias. Jinetes, infantes y caballos se diluyeron en el horizonte, empequeñecidos por el rojo paisaje de San Antonio, que se agrietaba entre nopales enanos, plantas espinosas y áloes resecos.

El ocaso delineaba exangües franjas de luz carmesí, hasta que el astro sol se fue agazapando y convirtiendo en alargadas y fantasmagóricas las sombras de los invictos dragones.

Tejas

Presidio de San Antonio de Béjar
Marzo de 1775

Después de la misa matinal en la fortificación, el teniente coronel Anza y sus oficiales rogaron al Todopoderoso que bendijera con sus gracias la expedición a la Alta California que emprenderían en algunos meses, cuando el virrey procurara los fondos necesarios y diera su aprobación.

El sol no se atrevía a emerger y sobre las troneras flotaba una capa de niebla sucia y resistente. El fin del invierno se retrasaba y llovía tenuemente, aunque a juzgar por las nubes negras que viajaban de poniente a levante, en poco tiempo descargaría una densa tromba.

El fuego de la chimenea iluminaba y calentaba el gélido despacho de don Juan Bautista, quien había mandado llamar al esforzado José Pico, sargento de dragones del presidio, un joven oficial de cabellos rijosos, largas patillas e incipiente calvicie, y a fray Pedro Font, que curaría las almas y administraría los sacramentos a los expedicionarios; pero sobre todo, el franciscano, un hombre corpulento, sanguíneo y cerebral, establecería las coordenadas del camino dadas sus cualidades de geógrafo y astrónomo.

Como teniente de la expedición, con tareas en la intendencia y el cuidado de los colonos, había elegido al capaz y fornido teniente Moraga, y como su lugarteniente en el mando, a su dilecto capitán Martín de Arellano.

Las ascuas proyectaban un resplandor cerúleo en sus rostros.

Las banderas de los regimientos acuartelados en el fortín, un armario repleto de libros y legajos y las armas antiguas destacaban en la destartada habitación. El teniente coronel fumaba uno de sus interminables habanos y bebía en una copa argentada un oloroso brandi de Jerez. Apartó un revoltijo de pliegos de órdenes, plumas y lacres, y desplegó el mapa que había

elaborado con su propia mano en la primera expedición a California. Y señalándolo con su bastón de mando, se expresó categórico y con un gesto de preocupación que los alarmó:

—Solo pude llegar al presidio de San Gabriel, porque topé con dos dificultades inabordables que pueden hacer naufragar esta misión si no las resolvemos. Y requerimos de paciencia, pericia y mejores ojeadores. Si no, la próxima expedición se convertirá en un sonado fracaso, señores —puntualizó severo.

Moraga enarcó sus pobladísimas cejas y el franciscano abrió desmesuradamente sus pupilas de un color azul claro. ¿Fracasar? Esa inteligencia penetrante e imperiosa de Anza se había adueñado de la sala.

—¿Qué serios obstáculos son esos, don Juan? —se interesó Martín.

—Pues la escasez de agua y la carencia de un paso llano o descendente que nos conduzca al norte —reveló—. Solo hallé desfiladeros empinados e impenetrables que me impidieron avanzar hacia la Alta California cargado de carros y pertrechos. Nuestros esforzados conquistadores cruzaron esas tierras, pero no nos dejaron cartografía alguna.

Moraga consideró que debía añadir otra consideración y se explicó:

—No hay que olvidar que, si nos retardamos, o ingleses o rusos se harán con esos puertos que tanto futuro comercial tienen. ¿No es así, señor?

—Tan cierto como que Dios nos bendice con esta lluvia, teniente.

Sus interlocutores se quedaron pensativos. No iba a resultar fácil la misión colonizadora y el tiempo acuciaba. De repente, y mientras consultaban el plano, a través de los vidrios se escuchó el vozarrón de uno de los guardias que daba el alto a alguien y que disparaba un tiro al aire. Los oficiales y el franciscano se miraron sobresaltados. Anza adivinó problemas. No era habitual.

—¿Quién merece un disparo de advertencia de los centinelas? —dijo.

Se incorporaron de la mesa y miraron por el ventanal. Ante sus ojos, y detenidos en el dintel del portalón, se recortaban las figuras de cuatro apaches, entre ellos una mujer y un niño, empapados y alterados, a quienes la lluvia les caía sobre los hombros y cuerpo abajo. Tiraban de un jamelgo escuálido y derrengado, y el sargento de guardia hablaba con ellos impidiéndoles el paso con imperiosa tosquedad.

Uno de los guardias abandonó el puesto y se acercó al despacho para informar. Golpeó la puerta y recibió la venia para entrar.

—Un jefe apache, que dice llamarse Makía o «Cazador de Águilas», y su esposa, una «mujer medicina» lipán, insisten en ver a Su Señoría

urgentemente. Aseguran con terquedad que no se marcharán hasta ser recibidos —informó sin descomponer la figura.

—¿Y qué quieren?! —voceó el teniente coronel, como el que encara un asunto fastidioso que deseara despachar cuanto antes.

—Han dicho que solo hablarán con Vucencia —resaltó la petición.

Anza apuró la copa y se dirigió a sus consejeros, diciendo:

—Conozco a ese gran jefe apache y traté a su padre, gran aliado de España y hombre de honor. Lo recibiré y seguiremos mañana. Martín, Moraga, no os retiréis. Tendréis que ayudarme a entenderme con él.

Makía y su acompañante penetraron en la sala de banderas cansados, entumecidos y empapados. El jefe apache manifestaba cierta elegancia indumentaria y los signos de su rango generaban respeto en los sorprendidos oficiales. Era un hombre enteco, consumido, sin una pizca de grasa, y de mirada obstinada. Su rostro cuadrado y cobrizo recogía dos ojillos muy juntos que miraban a los españoles con orgullo. La autosuficiencia y el tono de voz al saludar imponían.

Anza, que lo conocía desde hacía años, se preguntaba cómo un hombre puede envejecer en tan poco tiempo.

Se había desprendido de la manta que lo protegía de la lluvia y exhibía una túnica color bermellón hasta los pies, una capa listada, un lazo azul en el cuello con un talismán y adornando sus trenzas unas vistosas plumas de águila real. Poseía la rebeldía innata de los apaches.

Para sorpresa de Martín, junto a él había entrado una altiva mujer de madura belleza, su esposa. De porte distinguido, vestía un ropaje de piel de gacela —o *yakima*— hasta las rodillas y bajo él unos zahones ocres y los pies cubiertos con unas mojadas polainas de búfalo, que no obstante dejaban entrever los tobillos hinchados y seguramente doloridos por la caminata. Mostrando la jerarquía que detentaba en su tribu, recogía su vestido con un bellissimo y costoso cinturón —o *wampum*— adornado con abalorios de colores, que hizo que el corazón del capitán galopara por su pecho y que le temblaran las rodillas.

Se limpió el rostro de la lluvia y mostró su azabachado y abundante cabello, que peinaba en dos largas coletas. Aunque con algunas incipientes arrugas, su rostro seguía terso y sus huesos se habían llenado de sugerentes curvas. Era verdaderamente una mujer hermosa y atractiva.

—¡Wasakíe! —exclamó Martín, que compuso varios signos con sus brazos y manos, señalándole que se congratulaba de verla.

El coronel Anza se quedó rígido, atónito, y miró al fornido Moraga, que había agrandado sus retinas. No comprendían nada.

—¿Conocéis a esa mujer, capitán? —se interesó Anza impresionado, viendo que sus rasgos eran más de raza blanca que de apache, y que mantenía su agraciado rostro tenso y congestionado por la pena.

—La tengo por hermana, señor. Recuerdo que la llamaba *wihetonga*.

—¿Qué quiere decir eso, capitán?

—«Mi hermanita mayor», señor. Mi padre la tomó a su cargo cuando sus padres fueron muertos en San Sabá y mi madre la cuidó como a una hija. Nos separamos cuando ingresé en la Academia Militar y a fe mía que mi corazón se alegra de verla —atestiguó, y le sonrió con ternura.

—¡Por todos los demonios que lo celebro! —contestó ufano.

La presencia de Wasakíe —Azúcar— refrescaba sus ojos y su memoria. No obstante, la vio sumida en la más absoluta de las desesperaciones y el aprieto la mantenía en silencio.

Impulsado por el sentido de conciliadora hospitalidad, Anza invitó a los recién llegados a acomodarse, invitación que declinaron con cortesía. Una gran preocupación abrumaba a Makía, quien, con la cabeza gacha, comenzó a hablar reposadamente:

—Señor, cuando vencisteis a Tabivo Naritgant en Ojo Caliente, desde el río Purgatorio al río Nueces los lipanes creímos que nuestras desdichas habían cesado. Los apaches, que también nos consideramos seres humanos, vivíamos bajo la amenaza de ese sanguinario comanche y de su hijo, que no nos daban tregua, atacándonos allá donde nos halláramos.

—¿Y la protección de los españoles no era suficiente?

Makía parecía padecer de asma por su respiración entrecortada.

—No lo bastante como para detener sus desalmados abusos —dijo en un apurado castellano—. Cuerno Verde, después de unos meses de tregua, ha vuelto a hacer de las suyas. Ya no ataca las aldeas y ranchos, por miedo a los dragones, pero emplea su malicia en robar niños de todas las naciones indias, que ya no vende en los mercados de la frontera o Tejas, sino a los esclavistas franceses que trabajan en el delta.

Era como si la fortaleza del coronel Anza se hubiera resquebrajado. El jefe apache había sido suficientemente rotundo y su mensaje, preocupante. Estaba harto de las baladronadas y cobardías de Cuerno Verde, que se le escapaba repetidamente, una y otra vez.

—¡¿Ese malnacido de nuevo?! ¿Pero qué precisan esas malas bestias con las que es imposible razonar? Los hemos vencido, humillado y descabezado y

siguen embadurnados en ese viscoso rastro de robos y muertes. ¡Dios Santo! Yo os lo anticipé, señores, cuando lo vencimos en Ojo Caliente. Con estos salvajes solo sirve la victoria militar, y manteniéndola continuamente con sangre.

Anza deseaba escuchar la última maldad de los labios de Makía.

—Y ahora, ¿qué tropelía infernal ha cometido esa bestia repugnante?

Como si precisara recuperar la dignidad, el indio manifestó altivo:

—Ha secuestrado a nuestra hija Sotsó o «Estrella Matutina» y a dos niños que la acompañaban mientras recogía plantas curativas en el río. Solo tiene doce años y es una niña indefensa. Estamos desolados.

Anza manejaba admirablemente los silencios. Calló y dijo luego:

—¡Oh, Señor! ¿Así demuestra su valentía ese diablo infame? Muestra su fuerza con los más indefensos —exclamó el coronel, indignado.

Un sollozo escapó de los labios de Wasakíe, que ocultó su rostro. Parecía que su espíritu se hallaba fuera de la sala del presidio. Como «mujer medicina» que era y madre sabia podía hablar en presencia de su marido sobre asuntos que concernían a la seguridad de la tribu.

—Sería una lástima perder tanta belleza ingenua y candorosa —dijo la apache, con mirada de compasiva tristeza.

—¿Habéis buscado por vuestra cuenta, Makía?

Imperturbable, aunque con la mirada desesperada, contestó a Anza:

—Hemos rastreado desde Huhkwatwe, «la Terraza de los vientos», nuestro poblado, hasta la escarpadura de Mescalero, movilizándolo a varias tribus apaches, pero sin hallar pista alguna de los niños. Unos apaches del pueblo natage vieron a Cuerno Verde cerca de los repechos de Balcones, y tras seguirlo varias leguas perdieron su rastro cerca del río Grande, por el vado de Laredo, cerca de una hospedería donde ese malnacido hace trato con esclavistas. Hemos acudido a Vuestra Señoría en busca de ayuda, porque este pobre y cansado jefe ha perdido la esperanza y carece de autoridad alguna y de amigos en aquellas tierras —informó atribulado.

—Cuerno Verde sabe que el delito de secuestro se castiga con la horca y que si lo atrapamos colgará del cuello para escarnio de todos —recordó Anza, que se movía nervioso por la estancia.

—Buscarlos es como buscar una aguja en un pajar —opinó Moraga, ostensiblemente sarcástico y como pensando en un molesto fastidio.

Siguió un silencio hondo en el que solo se oía la lluvia en los vidrios.

—¿Entonces, padre blanco, no nos ayudaréis? —preguntó Wasakíe—. Las madres apaches hemos gastado el saco de nuestras lágrimas. Cuando nos

faltaban los caballos, ropas, mantas o vituallas y ante la disyuntiva de pasar necesidades y morir, en vez de acudir al trueque pacífico de los mercados que impuso la Corona de España, esos desnudos diabólicos nos atacaban y robaban cuanto podían acopiar. Pero despojarnos de nuestros hijos hace gemir hasta a Wakantanka —concluyó gimiendo.

El jefe Makía cortó a su esposa y, abriendo las manos, adujo:

—Somos un pueblo pacífico, amigo de España y digno de sus antepasados. Estamos hablando de supervivencia, señor, pues nuestro futuro no puede presentarse más incierto si perdemos a nuestros hijos. Las madres lloran desconsoladamente y los guerreros se desangran sin que un médico español los cuide, y los comanches nos echan de las misiones. Carecemos de munición y no podemos defendernos. ¿Cómo podemos mantenerlos a raya si no es con vuestra poderosa ayuda, señor?

Las palabras del apache causaron en los oficiales el efecto buscado. Intervino de nuevo Wasakíe con su voz dulce y correcto castellano:

—Estamos al borde de la inanición, señor. Los búfalos escasean y nuestros niños y ancianos mueren de desnutrición, de tisis, de viruela y de escorbuto por culpa de esos brutales comanches, que nos han empujado a lugares malsanos donde el agua es oscura e insalubre. Y ahora, redoblando su maldad, han arrancado de los brazos maternos a sus hijos. Y a los que ven enfermizos y no les reportan ganancia, los matan estrellándolos contra el suelo. ¿Se puede soportar mayor maldad?

Makía, que se hallaba al borde del desmayo, se dirigió a Anza.

—Que no diga el pueblo lipán que el Gran Rey de España los ha abandonado, señor. Estamos desnutridos y nos vestimos con harapos. Los comanches nos tratan como a bestias y nos venden como esclavos en los mercados. Nuestros abuelos lloran porque su tragedia no cesa desde que llegaron esos salvajes. Abusan de nuestras mujeres, nos tratan con rudeza y hemos renunciado a nuestro ancestral modo de vida.

—Llegará el día en el que la nación apache desaparecerá de estos territorios, don Juan —concluyó Wasakíe el cuadro de desventuras.

Anza se sumió en una reflexiva y honda meditación hasta que ordenó:

—Teniente Moraga, conducid a esta familia al cobertizo. Que les den de comer y descansen. Makía, esta tarde te avisaré con mi decisión.

—Gracias, Señoría —contestó el apache inclinando la testa, mientras Wasakíe, mediante el lenguaje de signos, revelaba a Martín que confiaba en él, y que su corazón sangraba de dolor por su hija y por los otros niños.

Por toda respuesta Martín le brindó un gesto de inmensa comprensión y de eterna amistad que la confortó. «Te ayudaré», le indicó con compasiva tristeza, apostando su mano diestra en el corazón.

Una extraña inquietud se había apoderado del coronel Anza, un hombre experimentado de estallidos frecuentes de autoridad, pero que no dejaba de ser un soldado hondamente idealista e ingenuo. Sentía que de nuevo el peligro comanche se presentaba como una impertinente realidad.

—No puedo levantar un ejército para buscar a tres niños, Martín, por más que los lipanes se hallen bajo mi protección. Sería muy gravoso e incluso inútil perseguir a ese salvaje desnaturalizado, que seguramente se hallará a buen recaudo tras el río Rojo, con sus amigos los taovayas.

—Don Juan, con el debido respeto, puedo asegurar que yo creo saber dónde pueden hallarse esos chiquillos —contestó en tono enigmático.

—¿Y? —preguntó con sorpresa Anza, que parecía eximirse del tema.

Si el coronel estaba paralizado por la duda, Martín lo veía claro.

—Sabéis que realicé el viaje a las islas de Alaska con el brigadier Bruno de Heceta, que tuvo obligaciones de vigilancia de la flota inglesa, desde Veracruz a Eminence, y que incluso vivió en el presidio de San Agustín de Ahumada. Pues bien, como yo simulaba ser un francés con intereses económicos en la zona, me habló de cierto comercio ilícito de carne humana en la isla de Matagorda, en el delta del río Colorado, llevado a cabo por esclavistas franceses. Me lo reveló por si necesitaba esa información para engañar e incluso impresionar a los rusos.

—¿Crees que esos pequeños pueden estar allí? Sigue, te escucho.

—Es muy posible, señor, ya que no han sido vendidos en ningún mercado de Tejas o Nuevo México —contestó con seguridad—. Y si no es así, habrán desaparecido para siempre, pues suelen venderlos para mano de obra en las plantaciones de Cuba, Jamaica, San Juan y Puerto Príncipe.

—¿Y bien?

El capitán Arellano hizo una pausa, miró a Anza y dijo:

—Se lo debemos a estas pobres gentes que confían en nosotros. Solo necesito dos semanas, un explorador genízaro, un dragón experimentado y vuestro permiso y oraciones. Yo me ocuparé de la búsqueda. Iremos de paisano, y he pensado adquirir de nuevo la identidad de Victor Labat, haciéndome pasar por un esclavista de Puerto Lavaca. Sé cómo moverme en esos ambientes. No olvidéis mi estancia en el presidio de San Javier de Gigedo, donde cabalgaba con frecuencia hasta el mismo golfo de México.

El coronel reconoció a Arellano que le estaba agradecido por ofrecerle una salida airosa y no costosa ni comprometida al grave asunto.

—Si no fuera porque te conozco diría que estás loco, Martín. Bien, irás con mis bendiciones, sí, pero que no te pierda el afecto que le tienes a esa bella apache, cuya mirada denotaba devoción y apego hacia ti. En esta acción el corazón no sirve, sino la cabeza fría y la espada presta.

—Solo me lleva, como capitán del rey que soy, mi obligación debida a un pueblo aliado al que debemos proteger, el honor como soldado, mi fe en la rectitud justiciera de mi regimiento y mi animadversión a Cuerno Verde, que no debe salirse con la suya, y menos condenando a criaturas inocentes a una vida de esclavitud, penurias y tormento.

Anza abrió un cajón y sacó una bolsa repleta de reales de plata.

—Toma, lo podrás necesitar. Cuando regreses, y sé que lo harás, seguiremos con los preparativos de la expedición. Me eres imprescindible.

En aquella gélida primavera, al alba la nieve y la escarcha aún cubrían las copas de los álamos, acacias y mezquites.

Cuatro jinetes, como cuatro sombras opacas para no ser detectados por espías comanches, salían del tranquilo presidio: el jefe apache Makía, vestido a la española, el sargento de dragones Sancho Ruiz, nacido en Corpus Christi y conocedor del fangoso terreno de los deltas, el genízaro Hosa o «Joven Cuervo», experto en huellas, y el comerciante franco-tejano Victor Labat, quien acompañado por sus sirvientes se dirigía a isla Matagorda a comprar esclavos para su plantación de Espíritu Santo.

Ese era el plan urdido por Arellano y aprobado por el coronel.

En la misma puerta, Martín se despidió de Wasakíe, quien, con las lágrimas en los ojos, apretó al capitán español contra su blando pecho, expresándole su confianza y cariño eterno. Estaba muy dolorida.

—Devuélvelos a sus hogares, te lo ruego por Cristo, Martín, mi valiente *waqueda* al que tanto le gustaba convertirse en guerrero —pidió—. Soy una mujer apache y tengo que fingir que no siento dolor, pero estoy destrozada. Esa turba de salvajes está causando mucho sufrimiento.

—Esto lo hago porque me lo has pedido tú, mi querida Azúcar —se expresó afable—. Nunca te he olvidado y ahora deseo demostrarte todo mi aprecio. ¿Acaso crees que algún día olvidaría a mi *wihetonga*?

Rayaba el crepúsculo matutino cuando el grupo se desvaneció por el sendero de Laredo, rumbo a un lugar aún inubicable. Estaba apenas

concurrido por un pastor de cabras y un mulero que se dirigía a su terruño. El capitán Arellano, que los precedía, cebó y amartilló su pistola y la encajó en el cinturón. Y con disimulo escondió un cuchillo en una de sus botas.

Luego se santiguó y elevó un ruego a las rutilantes estrellas.

Tejas

Conforme cabalgaban, un ventarrón frío batía las malezas resacas.

La inquietud, la preocupación por la suerte de los niños y la escasez de pistas inquietaban al capitán Arellano, convertido de nuevo en Victor Labat. Pero la impotencia era palabra muy poco afortunada en el léxico y en los actos de Martín. La constancia y el valor constituían su firmeza.

Debían cabalgar aproximadamente cincuenta leguas para llegar a los lugares que Martín conocía como depósitos de esclavos con destino a las islas Antillanas, y rezar para que no hubieran sido ya embarcados. Pero antes debían encontrar rastros fiables de la presencia de Cuerno Verde en aquellos crudos parajes y sobre todo de los posibles compradores. Buscaban el lugar del posible encuentro y trueque, y confiaban en hallarlo.

El genízaro Hosa o «Joven Cuervo» se adelantó a la partida. Su melena negra suelta casi le tapaba su rostro cetrino, hendido por dos hondas arrugas que le iban de su nariz aguilina al firme mentón.

Era un apache estrábico y flaco, con mirada de lobo, dientes de sierra y con una precisión pasmosa para seguir pistas. Con un capote de piel impermeable y un sombrero de ala ancha similar al de los dragones, parecía un personaje estrambótico e irreal que solo podía crecer en aquellos páramos solitarios, proclives a la locura. Menospreciaba la piedad y odiaba visceralmente a los comanches, que habían degollado a su familia siendo un niño, cerca de Taos.

«No viviré en paz hasta que no vea muerto a ese degenerado de Cuerno Verde», decía una y otra vez a los suyos en el presidio.

Recorrieron durante dos días un territorio agreste, donde el aire desapacible de Tejas hacía correr como liebres a arbustos enteros y secos. Vieron algunos asnos salvajes devorados por los pumas y huesos de antílopes tan blancos como la cal, donde anidaban los lagartos. Abrevaron en un arroyo que manaba entre unos robles rojizos y no encontraron rastro alguno que

seguir, pero oyeron algo muy cerca de una manada de lobos de la pradera cuyas loberas debían de hallarse en las laderas colindantes de Sierra Madre. La mula de carga rezongó sintiendo el peligro. Le apretaron las cinchas y tuvieron que arrearla.

Hosa se encaramó en uno de los montículos de los llanos del río Bravo. Enarcó las cejas y vio a los lejos las candelas que iluminaban una posada de madera y adobe, protegida por varios álamos. Era como una isla en medio de un desierto de rocas, arena y matojos marchitos. «Debe de ser la hospedería a la que se refería el jefe apache», se dijo. Pudo ver a un hombre que salía del retrete, anudándose los pantalones. Tenía el cabello largo y rubio. «Un francés, y seguramente de los que compran los chiquillos a los comanches para luego venderlos a los negreros. Es un lugar idóneo, en medio de la nada, apartado del camino, solitario y a no muchas leguas de la costa», pensó el apache tras escudriñar el contorno.

Avisó al capitán y la partida entró con precaución en el garito que andaban buscando, donde apenas se oía una voz. No se fiaban. Los que estuvieran allí serían ladrones de caballos, cazadores de cabelleras, sodomitas, pederastas o criminales que huían de la justicia del virrey, para esconderse en lugares poco frecuentados como aquel.

Había tres clientes de la peor calaña ataviados con chaquetones de piel de búfalo y tocados con sombreros de ala recta, con barbas de varios días y gesto patibulario. Una sirvienta india y dos putas mexicanas casi borrachas y medio desnudas apenas movieron sus morbideces al ver entrar a aquel estrafalario grupo.

Un perro viejo y deslanado gruñó, pero no ladró al verlos.

La taberna era un lugar caótico, lúgubre, con bancos y mesas de madera desvencijada y con las paredes llenas de pimientos y frijoles secos colgados, alguna pata de cerdo salado, cuerdas, herramientas, pellejos con vino, mantas y velas. Una muchacha india barría el piso apelmazado con una escoba de esparto y limpiaba los bacines de cobre de los rincones.

—¿Qué deseáis, putas, comer o comprar? —preguntó el cantinero, un individuo zafio y engreído, con un ojo tapado y labio leporino, en el que parecían correr parejas su ignorancia y su zafiedad.

—Comer. Servirán una garrafa de vino de Laredo, unas tortas de avena y algún guiso de carne —apuntó Martín en francés *lou*, mezcla de español, franco e inglés, para disimular su identidad.

—Sois franceses, ¿no? —preguntó el mesonero, que se rascaba su obesidad y su grasiento pelo al hablar—. Os serviré, menos a esos dos, que

son escoria apache, por mucho que se disfracen. ¡A ellos no!

Martín se puso de pie como un resorte. Tenía carácter para mantener la calma ante las adversidades, ya fueran triviales o peligrosas. Daba miedo su mirada y deseaba darle una lección a aquel tabernero bribón y completo granuja.

—Mira, saco de grasa, al ser hombres libres de mi partida, son menos escoria que tú —respondió Martín amenazador, y ante un intento del posadero de amenazarlo alzando su mano con un machete oculto en la bocamanga, el capitán sacó su pistola del cinto y le gritó apuntándole a la sien con una rapidez pasmosa—. ¡Sírvenos lo que te he dicho, cabrón del demonio, o te levanto la tapa de los sesos! ¿Entiendes?

Los tres clientes que estaban amodorrados en los taburetes, seguramente cómplices de tráficos ilícitos en la Frontera, hicieron un amago de sacar sus armas, instante en el que el sargento Ruiz y los dos apaches dirigieron sus pistolas cargadas a los cuatro puntos cardinales del ventucho, imponiendo un silencio que se cortaba con un cuchillo.

—Bien, *monsieur*, tengamos la fiesta en paz. Seréis servidos —aseguró el posadero, quien nervioso y trémulo se dirigió a la cocina.

Pero Joven Cuervo no había visto aún al francés de pelo largo.

Se puso tenso, en alerta, y colocó el rifle amartillado en las rodillas. No se fiaba. Sancho Ruiz lo imitó, observando al genízaro. Comieron la pitanza caliente, mojaron las tortas de harina negra en la salsa y bebieron el vino como si fuera robado, con un ojo en el plato y otro en los tres parroquianos y en la puerta. La tensión era dramática y todos sabían que, de un momento a otro, el mesón se podía convertir en un infierno.

Sancho Ruiz observó cómo justo en mitad del refrigerio, cuando supuestamente estaban más abstraídos en el condumio, se oscurecía la raja de luz de la puerta. Los avisó con un gesto imperceptible. Callaron y pusieron una de las manos bajo la mesa, asiendo sus rifles y pistolas.

De súbito se oyó un portazo y en el dintel apareció el francés con su carabina Luthier de llave de chispa apuntándoles. Entraba como un toro en la venta, dispuesto a descargar su arma contra los huéspedes y seguramente repartirse las pertenencias, caballos y caudales, ayudado por sus colegas. Pero ese preciso instante en el que el cristalino del ojo precisa de unos segundos para acomodarse de la luz del exterior a la semioscuridad de un tugurio sin ventanas fue aprovechado por el sargento Ruiz para descerrajarle el cargador del Brown y abrirle el vientre y la ingle.

Hosa, con su pistola española de pedernal, a la vez hizo saltar por los aires los vasos y botellas del mostrador, por si los otros intentaban imitarlo. Después no se oían ni las respiraciones. Mutismo de pánico.

El desconocido de la cabellera roñosa y rubia dobló las rodillas y lanzó al aire un lamento desgarrador. Luego quedó tendido, exangüe y ensangrentado en la puerta. El cantinero y las mujeres se quedaron petrificados, y los tres secuaces, aterrorizados, alzaron las manos y sin volverles las espaldas corrieron como conejos y saltaron a los caballos atados a un roble. Como centellas desaparecieron en dirección norte. Hosa los siguió con la mirada y vio el rumbo que tomaban.

—Esos ya no vuelven, han cogido el sendero de las montañas —dijo.

El capitán Arellano se incorporó pausadamente del taburete, se acercó al mostrador y dejó dos medios reales de Potosí.

—La bazofia que nos has ofrecido no vale ni la mitad —se expresó en español para ser entendido, mientras al tabernero las carnes le temblaban—. Y tu acogida ha sido calamitosa, bola de sebo. ¿En qué lugar de este mal país unos viajeros cansados desean reposar e intentan matarlos sin motivo alguno, y solo por robarles unos jamelgos y unos gabanes?

Luego miró en derredor. El tabernero respiraba entrecortado y se limitaba a asentir con la cabeza; y las mujeres seguían inmóviles. Martín sacó de su faltriquera una bolsita de fieltro y dijo enfurecido:

—Hosa, ahí tienes yesca y pedernal. ¡Préndele fuego a esta zahúrda! Vamos, conviértela en cenizas, ¡y vámonos de este infecto lugar!

—A la orden, *monsieur*, iré por un poco de broza. Así arderá mejor.

El ventero corrió y se arrodilló cogiendo las piernas al capitán.

—¡No, Señoría, os lo ruego, no queméis mi único modo de vida! Tengo que dar de comer a esas tres mujeres, y os aseguro que apenas si conocía a esos hombres. Estaban de paso —le rogó con falsas lágrimas.

—¡Quítate de encima, puerco! Dime, ¿quiénes eran esos individuos?

—¡No lo sé, os digo la verdad, señor! —sollozó arrodillado.

—Hosa —ordenó al apache, que entraba con una brazada de paja seca—, comienza por el almacén que está detrás. Estará colmado y nos divertiremos cuando las lascas de tocino salten por los aires.

—En un instante volarán hasta esas putas que nos miran, *monsieur*.

El astroso ventero se enjugó el llanto con la zarrapastrosa camisa. La amenaza del capitán Arellano había obrado el efecto deseado. Sabía que aquel rudo desconocido, que más parecía español que francés por sus formas

conminatorias y carentes de diplomacia, iba en serio y que convertiría en pavesas la razón de su dura estabilidad. Replicó entregado:

—¡Hablaré! No incendiéis lo que me sirve de sustento, señor.

—Venderías a tu madre por un arete de plata. ¡Venga, te escucho!

Makía se dirigió a la puerta para vigilar y el sargento Ruiz rodeó la hospedería con el fusil cargado. No confiaban en los tipos que habían escapado. Entretanto, el genízaro apache encendía una pequeña lumbre en el centro por si mentía y su capitán decidía quemar la ingrata hospedería.

—Os diré lo que sé. El que está ahí muerto se llama Lafon. Es un francés de Natchez que sirve de intermediario entre los comanches y los mercaderes de esclavos de Corpus Christi —habló en un tono medroso.

—¿Y por qué quería quitarnos del medio? ¿Obedecía órdenes?

—¡No, *monsieur*! Obraba por cuenta propia. Lo hace a menudo. Os vio descender por el cerro. Entró aquí y alentó a sus compinches: «Negocio a la vista», confesó, «y sin riesgos. Dos apaches de mierda y dos mirlos blancos. Repartiremos el botín y los caballos. Cuando yo entre con el rifle dispuesto, vosotros desde atrás descargaréis vuestras pistolas».

—Pues ya ves dónde está ahora ese maldito cabrón —intervino Ruiz.

—¿Y qué hacían aquí? ¿Esperan a alguien? —inquirió el capitán.

—Son los que conducen a los esclavos en los carros hasta la costa —reveló abriendo su boca—. Cada cambio de luna aguarda a ese desalmado comanche de Cuerno Verde para el intercambio. Él y esos tres que han huido trasladaban a los cautivos hasta cerca de Isla Matagorda, donde creo que son vendidos a patrones de haciendas de Cuba y Jamaica.

—¿Cómo sabes que era Cuerno Verde? ¿Es que lo conoces?

—Por su inconfundible tocado de búfalo y por la crueldad que muestra con los cautivos que acarrea, siempre entre quince o veinte jóvenes —masculló con una voz apenas audible.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Hace menos de un mes. Estos regresaron hace poco de la entrega.

—¿Llevaban alguna muchacha apache? ¡Haz memoria!

El ventero tragó saliva y con los ojos espantados abrió los labios.

—Dos, una más pequeña que parecía una lipán por el ropaje —confesó, y Makía lo miró imperturbable—, y otra más mayor, casi una mujer. Esta abría la cuerda de presos. La tarde del trueque, y después de cobrar, la apaleó y la violó junto al cobertizo, mientras los otros comanches se carcajaban y se emborrachaban bajo los robles. ¡Son como hienas y les temo como al diablo! Me respetan porque les sirvo.

—¿Sabes si los comanches regresarán pronto? —se interesó Martín.

—Les oí decir que por el acoso del coronel Anza tardarán más. Pero es difícil saberlo. Nunca eligen el mismo camino. Son astutos, señor.

—¿Y aseguras que nunca entraron en tu taberna? Hablas con dudas.

—¡Jamás, señor! —mintió—. No se lo hubiera permitido a esos paganos. Son un hatajo de borrachos bárbaros que carecen del temor de Dios, y que asesinan y expolian lo que les viene en gana con todo tipo de excesos.

El capitán Arellano siguió metiéndole los dedos con severidad.

—¿Y los dragones españoles no se presentan por aquí nunca?

El achaparrado ventero lo miraba de hito en hito. Estaba cavando su propia tumba, tanto si hablaba como si callaba. Las putas se sonreían.

—Aparecen de tarde en tarde y son a los únicos que temen, pero huyen al norte cuando los huelen. Esos apaches, como el que *monsieur* lleva, se cagan de miedo cuando los ven aparecer —se hizo accesible.

Martín hizo sonar las espuelas de sus botas punteadas por artesanos de Sonora. Deseaba saber lo máspreciado para él e insistió.

—¿Y sabes el nombre del mercader del golfo que compra la carne humana? Ese es el que me interesa. Tengo que hacer negocios con él.

—¿Qué negocios, señor? —preguntó para saber sus intenciones.

—¡A ti qué te importa, puerco! —gritó, y lo apartó de su lado.

El posadero, que sudaba copiosamente, se limpió la frente con el dorso de la mano mientras veía las llamas del fuego encendido por Hosa. Parecía reticente a contestar, pues declarar su identidad, seguramente estaba reclamado por la ley francesa y española, podía costarle el pellejo.

Hosa, para recordarle que podía convertir la hospedería en una pira, sopló el fuego e hizo ademán de coger uno de los troncos ardientes.

—Verá, señor —contestó bajando la voz—. Aquí hablan secretamente de un tal *monsieur* Popincourt y de su socio, un mulato haitiano de Port-au-Prince de nombre Savary, y lo hacen con gran respeto, acato y temor, pues suele despellejar vivos a los que lo traicionan. También hablan de un garito cercano al presidio de Bahía. Creo recordar que su nombre es Bonvivants, un apostadero de peleas de gallos que ellos frecuentan. Lugar peligroso donde abundan gentes de la más baja estofa, según creo, y donde entregan la carga. Allí se manejan muchas bolsas de oro.

—Algo así como esta pocilga tuya, ¿no? —ironizó Martín—. Bien, me es suficiente con esto, gran conversador. Veo que el fuego te ha estimulado el obscuro cerebro que encierra tu pringosa crisma.

La atmósfera de la posada se había cargado de un olor irrespirable a madera resinosa aún no seca. Y aunque el humazo salía por un agujero abierto en el techo, había que marcharse. En aquel instante, el jefe Makía se acercó al capitán y le susurró algo al oído que hizo que este asintiera y cogiera por el cuello al tabernero, que se encendió como un fósforo.

—Y esa apache que empleas como criada, ¿es tuya? —dijo Martín.

El cantinero estaba trastornado y no sabía qué decir. Tragó saliva.

—Se la compré a Lafon, el que yace ahí muerto —balbució—. Pertenece a una tribu de los apaches natage del río Nueces. Tiene un defecto en el pie y se negaron a aceptarla. Me es muy útil, os lo juro, y lo hice como una buena acción y para evitarle una muerte segura.

—¡Me vas a hacer llorar! Seguro que la molerás a palos y abusarás de ella cuando te venga en gana —lo amedrentó—. ¡Te la compro! Aunque bien podría arrebatártela, pues has asegurado que los apaches son escoria, y como pago de tu repugnante acogida. ¿Qué pides por ella, ventero?

—No menos de veinte reales de plata. Es callada y trabajadora.

Arellano miró a Makía y este tomó la iniciativa. Se adelantó, lo maldijo y, en un castellano entendible, le espetó ceñudo:

—¡Toma cinco, amigo de comanches! Y da gracias al Gran Padre de que no te clave mi puñal en tu oscuro corazón y corte tu cabellera de rata. —Y puso encima de la mesa cinco relucientes monedas de Guatemala.

La joven natage contempló al gran jefe Makía como si fuera la ira de Dios vengadora. Soltó el escobajo, corrió a la bodega y regresó con un hatillo. Besó las manos de su hermano de raza y se colocó al lado de su liberador. El capitán Arellano recogió su bolsa e hizo un gesto de marcha a los suyos.

—Escucha —se despidió socarrón—. No prendemos fuego a esta repulsiva cochinería de tratos repulsivos porque creo que lo harán los hombres de ese tal Popincourt, después de colgarte de los pulgares en un roble por soplón. ¡Abur, en el infierno seguro que hay un sitio para ti!

Tenían por delante al menos dos días más de dura cabalgada por senderos arenosos donde solo crecían los eléboros espinosos y algunas planicies rocosas, peladas y desérticas, donde habría que echar pie a tierra, racionar el agua y tener cuidado con las serpientes y los coyotes.

Los rodeaba una vastedad de tierras pardas, sin ningún ser vivo.

—Ahora es necesario llegar antes que esos tres fugados, que de seguro intentarán avisar a su patrón. La muchacha nos retrasará.

—Una mujer apache nunca es una rémora, capitán —aseveró Makía, que, tras hablar en privado con la joven, no tenía duda alguna de que Sotsó era la otra muchacha de la última remesa enviada al delta.

—¿Cómo te llamas, chica? —le preguntó Martín, mirando su rostro tostado y ancho, sus flacas piernas algo zambas y sus carnes magras.

—Yepa o «Niña de la Nieve». Cuerno Verde arrasó mi poblado natage. Mató a todos y cogió de rehenes a diez niños —dijo en español—. No tengo a nadie que me proteja. Yo os serviré, haré la comida, os lavaré la ropa...

—¡Alto, alto! —la detuvo Arellano—. Me contento con que no nos hagais perder tiempo. Montarás la mula y cuidarás de los víveres. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. Yepa nunca será una carga para sus salvadores —aseguró, y levantó una mirada agradecida de las que disipan penas y dolores.

Martín pensó que el destino los unía a todos: el odio hacia el comanche, que había llenado de dolor a sus respectivas familias por igual.

Joven Cuervo miró el horizonte, que de momento era llano.

—Esos tres deduzco que tardarán varios días en regresar. No saben quiénes somos y qué pretendemos. Nos temen y tomarán precauciones. Es el tiempo que les llevaremos de ventaja, *mon capitain* —apuntó Hosa.

Martín introdujo sus pistolas en el borrén de la silla y el fusil en el fuste, apretándolo con su pierna. Podrían tener un encuentro no deseado. Siguieron adelante rumbo al presidio de la Bahía y, conforme se acercaban a la costa, las colinas y escarpaduras se iban difuminando en trazos azulados. Cabalgaban sin hablar, preocupados porque Sotsó hubiera sido ya vendida. Se asemejaban a un pequeño ejército claudicante, cuyas sombras se alargaban conforme se acercaban al horizonte marino.

Con el ocaso avistaron grises nubarrones que amenazaban lluvia, pero se disiparon con un sol cárdeno que se ocultaba medroso. Una manada de lobos, más enflaquecidos que el tasajo de burro de las tabernas mexicanas, los miraban cautelosos y gruñidores desde las peñas, como si vinieran a disputarles las presas y los restos de carne corrompida.

No se encontraron con nadie en aquellos parajes demenciales. La arena ya no era rojiza, sino amarilla y terrosa, sin orillas que la contuvieran, salvo algunos cúmulos de nubes algodonosas. Las montañas de Sierra Madre habían adoptado un lechoso color azulado y negruzco y se oscurecían con la declinación del astro rey.

De repente, Hosa o «Joven Cuervo» se detuvo cerca de una tortuosa garganta, donde caían hilos de agua de algún manantial oculto. Oyeron

gruñidos de bestias y de piedras precipitadas por hocicos hambrientos, que huyeron como galgos en carrera. Los caballos y la mula piafaron inquietos.

Había huellas marchitas de carros en la tierra húmeda, de estiércol seco, de orines rancios de bestias y hombres y de restos de un campamento abandonado. Hosa se apeó del caballo y avizó la cabeza. Amartilló el fusil y los demás aguardaron con las armas a punto. ¿Qué ocurría? Vieron al apache que se acuclillaba y volvía la cara horrorizado, con asco y consternación. Algo no andaba bien, pensó el resto de la expedición.

—¡Acercaos, capitán, pero usted solo! —gritó apesadumbrado.

Martín frunció el ceño. Se aproximó y distinguió un túmulo de piedras cubierto de rastros acarreados por el viento. De entre las piedras asomaban un brazo y una pierna desgarrados y sanguinolentos, de lo que parecía una muchacha apache por su tersura cobriza y por una pulsera de cuentas de jade y plata. El polvo y las moscas de muladar se habían arracimado entre sus amputados tendones. Vio también su rostro casi devorado por los zorros grises y el cuello brutalmente cortado. El capitán, habituado a la muerte, se lamentó:

—¡Dios Todopoderoso, qué salvajada! —Y torció la cara ante el hediondo tufo que salía de los guijarros empapados en sangre.

Yepa saltó de la mula, corrió al montículo y examinó el cadáver carcomido. Taponó la boca con las manos y se quedó con el gesto congelado. Luego ahogó un gemido de espanto, que hizo que el gran jefe Makía sintiera que también se le helaba el corazón. ¿Se trataba de Sotsó?

—¡Es ella! —exclamó balbuceante la apache, que dobló las rodillas rebosando las lágrimas sus inmensos ojos castaños.

Y aunque descompuesta, inició un ancestral himno apache, llamado *Del Cielo Azul*, al que encomendaba su espíritu errante:

—«*Ga centun-ze. Nae-thae-hun-ga*» —rezó en jerga athabasca.

Makía se adelantó angustiado, temblando y con el gesto demudado.

Bahía de Matagorda-Tejas

—¡Perded cuidado! ¡No es tu hija, jefe Makía! —exclamó la apache.

La angustia se diluyó en el semblante del piel roja, que suspiró.

—Es la muchacha que violó y apaleó el jefe comanche —aclaró Yepa.

Makía desmadejó los nervios y liberó su garganta oprimida. Luego miró el despojo por si adivinaba algún rasgo de Sotsó y vio horrorizado los cuajarones de sangre y el sudario de polvo que la cubría. Lloró por la desconocida joven y rezó al Dios Hablante por las dos.

El capitán paseó con su mirada de halcón el peñascal rocoso y los alrededores y dejó libre la daga toledana que ocultaba en la pechera, por si tenía que usarla. No había nadie, ni nadie los seguía, salvo un águila ratonera que los observaba desde el cielo infinito. Dio orden al sargento Ruiz de que la taparan con una manta y la enterraran convenientemente.

—Seguramente se quitó la vida ante lo sufrido y sobre todo por lo que le aguardaba. El corte del cuello superficial al inicio y profundo al final así lo revela —aseguró Martín—. Para no perder tiempo, esos desalmados la enterraron de prisa y el resto ha sido obra de los carroñeros.

—Pues ya conocemos, capitán, con quién hemos de jugarlosla —se apresuró a decir Makía, mientras abrían una zanja honda donde reposarían los restos de la desdichada y anónima apache, que había tenido la aciaga fortuna de cruzarse con el sanguinario Cuerno Verde.

Acto seguido, el gran jefe alzó los brazos al cielo y entonó un canto lastimero que encogió los corazones: «Celeste Tirawa, recoge en la *maka-kin* (“la tierra”) el cuerpo de esta apache y conduce su alma ante Wiyo-peyata, aquel que vive donde cae el sol y gobierna la fuerza del trueno».

—¡Acamparemos aquí y nos turnaremos en la guardia! —ordenó.

Una luna menguante pendía sobre ellos tan amenazadora como un alfanje turco. Aquella noche apenas si pudieron conciliar el sueño.

Pero el baúl de la esperanza aún no estaba vacío.

Al romper el día, Arellano y su partida siguieron el camino de sirga del río Guadalupe y, antes de que el sol rebasara su cénit, se hallaban a un tiro de piedra de la bahía de San Antonio. Olía a mar y distinguieron a su derecha los pardos farallones del presidio de Bahía, las hogueras, humos, movimiento de jabeques en la costa y voces lejanas, indicativos de que se acercaban a un lugar frecuentado por comerciantes y buhoneros.

Se encontraron con contrabandistas que descendían por el río en canoas, con ciboleros con reatas de mulos cargados de pieles de bisontes y cecinadas tiras de carne y con indios gileños dispuestos a comerciar con jade.

El sorprendente poblado de trueques, ventas e intercambios que se hallaba frente a la isla de Matagorda no era sino un caótico pandemónium de callejas embarradas, tiendas de campaña de lona, jacales indios —casuchas de piedras y barro— y albergues de madera, donde según el ventero debía hallarse el reñidero de gallos Bonvivants, propiedad del enigmático *monsieur* Popincourt y su socio, el mulato Savary.

Martín identificó a algunos indios karankawa vestidos a la española, que habían sido convertidos a la fe de Cristo por los frailes de la misión de Bahía y que trabajaban como mozos, domésticos, vaqueros y caporales en la vacada que poseían los religiosos cerca de la guarnición, la más rica, abastecida y distinguida hacienda del territorio de Tejas.

Mujeres de las tribus manos de perro, tamique y tawakoni, portaban en sus espaldas abultados fardos con vestidos y mantas indias para venderlos en los soportales. El poblado innominado solo cobraba vida efectiva cuando se anunciaba negocio de esclavos. Observaron cartelones pintados en francés *lou*, inglés y español, donde se anunciaban en los días siguientes ventas y subastas de esclavos y también de sacas de tabaco, pieles, algodón, caña de azúcar y cajas de licores y armas.

Se notificaban incluso los precios de los esclavos de las distintas razas: negros, mulatos, cuarterones e indios, que según una exagerada propaganda gozaban de salud y vigor excelentes y podían emplearse en las plantaciones como peones, braceros, criados, lacayos y mozos de cuerda, así como las cantidades de partida de las almonedas.

—Mirad, capitán —observó el inquieto Makía—, jóvenes apaches a doscientos reales de a ocho el ejemplar. Las venden como a animales. ¿Cuándo iniciaremos nuestras averiguaciones? Me sale el alma por la boca.

El capitán trató de tranquilizarlo. Le palpó el hombro y le aconsejó:

—Parece que hemos llegado a tiempo, a Dios gracias, pero déjame hacer a mí. ¿Cuándo se vio a un apache comprar esclavos? Yo haré las averiguaciones pertinentes y llevaré a cabo las posteriores negociaciones. No debemos despertar sospechas, o jamás hallarás a tu hija. El más mínimo recelo de que soy un dragón y tú, el padre de Sotsó, y todo se irá al traste. Esta gente es más peligrosa de lo que imaginas y solo razonan ante el poder del oro y la plata. ¿Entiendes, Makía?

El jefe apache asintió, pero estrujó sus manos con impaciencia.

Tomaron dos habitaciones en una cochambrosa hospedería de madera y adobe donde corrían las cucarachas por el suelo y las chinches por las grietas de las paredes y colchones. Se asearon y Arellano y el sargento Ruiz salieron a la plaza a investigar. Makía, Hosa y la joven rescatada quedaron al cuidado de los caballos y peculios. No debían mostrarse en demasía.

Destacaba una iglesita de adobe con espadaña y campana y contemplaron un jubileo de hatajos de negros e indios cubiertos con harapos, que eran llevados por individuos franceses desde las barcasas de isla Matagorda hasta los chamizos enlonados, desde donde serían sacados a la hora de la venta. Malabaristas, cuenta leyendas, vendedores de agua, chamarileros, cambistas, amigos de lo ajeno y algunas furcias llegadas de toda Luisiana tomaban posiciones en la explanada y en las cantinas, donde los taberneros espitaban toneles de cerveza y vino mexicano.

Martín y el sargento echaron un vistazo por los alrededores y observaron que los soldados de la guarnición no hacían acto de presencia, como si sortearan las actividades, muchas de ellas ilícitas, de los comerciantes franceses y antillanos, habituados a aquellas prácticas.

Aunque apartado, se tropezaron con el reñidero de Bonvivants.

Ingresaron en el bochinchero tinglado, donde se daban cita los fulleros habituales del territorio, los apostadores, los falsos mendigos con roña pegada en las cabezas, los corsarios franchutes y los tahúres, que lo mismo se jugaban las ganancias de un asalto, que una saca de corales o perlas de Antigua. Se trataba de un tugurio de forma semicircular, como un teatro viejo, fabricado en una madera que apestaba. El ambiente era empalagoso y olía a sudor, humanidad, tabaco de pipa y vino endulzado.

Destartalados candiles de sebo de ballena iluminaban el reñidero de gallos, que días después y por magia del dinero, según rezaban los carteles, se convertiría en un mercado de esclavos. Los gallos eran rojos, o sea mexicanos, y sus espolones centelleaban como navajas. Volaban las plumas y se oían los cacareos de las aves contrincantes, que eran jaleadas por la

clientela. Los ganchos y empleados movían continuamente las piezas de oro, los pesos y los reales de plata en delirantes apuestas.

Los dos dragones salieron del garito y se acercaron a los cobertizos donde se guardaban los esclavos, tanto indios como negros. Se exponían a la vista para que fueran examinados por los compradores. Los africanos estaban atados unos a otros con cadenas, y sus cuerpos huesudos y flacas manos agarradas a los postes de sus jaulas incitaban a la misericordia. Un indio tawakoni les repartía cuencos con judías agusanadas y un trozo de pan duro y ennegrecido. Carecían de mantas y se abrigaban arracimándose unos contra otros.

Se oía un bullicio de voces exaltadas, quejidos e insultos en lenguas ignotas mientras el vaho de las respiraciones ascendía hasta el techo.

En otro cobertizo, con menos aparatosisidad de medidas disuasorias, se hallaban los niños y los más jóvenes, que tiritando y encorvados sobre sus piernas eran vigilados por dos mulatos que agarraban sendas porras de hierro. Era un lugar mohoso y frío, donde algunos gimoteaban y a otros les castañeaban los dientes por la humedad. Martín barrió con la mirada el cercado y, entre los pieles rojas, adivinó de inmediato a dos niños abrazados a una jovencita de unos doce o trece años que lucía un vestido de flores propio de la tribu lipán: «Esa debe de ser Sotsó. Seguro», pensó.

Por detrás se les acercó un mulato elegantemente vestido de gris, con un chaleco lila y una camisa de encaje ornada con un broche. Era corpulento, amanerado, se tocaba su cráneo rasurado con un sombrero de tres picos y llevaba las manos enjorjadas.

—*Ça va?* ¿Se interesan por alguna partida? —indagó en francés *lou*.

—*Exactement* —se dio por aludido el español.

—*Pardon!*, qué descuido el mío. Mi nombre es Simon Savary, y soy el intendente o *maître* de esta ciudad flotante de ventas. *Votre nom, s'il vous plait?*

El capitán Arellano se dispuso a interpretar su conocido papel.

—Me llamo Victor Labat, francés de Tejas y con residencia en Puerto Lavaca. Este caballero es mi capataz, don Sancho Ruiz, de Nueva España. Venimos de Ciudad de México, de efectuar un provechoso negocio de caballos con el virrey, y de regreso desearía regalarle a mi esposa, de costosos gustos franceses, tres jovencitos para que le sirvan de *valet de chambre* («lacayos») y con el encargo de que no sean negros. Son perezosos.

—Si no me equivoco, sois un próspero hacendado de estos reinos.

—*Ce qu'il se dit* («según se dice») en Tejas y Luisiana, soy un hombre afortunado en los negocios. Esta es mi credencial, *monsieur* Savary. —Y le mostró la cédula de identidad firmada por el virrey Bucarelli para mercadear en la totalidad de los territorios de la Corona de España, que ya había empleado con notable éxito en el viaje a las islas de Alaska.

El haitiano era un hombre sorprendido. Sonrió complacido, pues olía el dinero y la abundancia y dejó ver una dentadura blanca y ordenada.

—*Mon Dieu!* Clientes como *monsieur* son los que precisamos por aquí. Encontraréis lo que buscáis. *C'est matin* y hasta el sábado habrá subasta en el reñidero de gallos —informó de manera amable.

Pero la respuesta decepcionó al capitán. Aquello suponía una gran dificultad: «Maldita sea», musitó, viendo el amenazador contratiempo.

—¿Subasta decís, *maître* Savary? Creí que era venta directa. He mirado a varios niños que me han complacido —arguyó sin mostrar apuro.

—Lo siento de veras. ¿No lo sabíais? Son las reglas de mi jefe, *seigneur* de Popincourt. Acuden compradores de Luisiana, Tejas, Jamaica, Haití y Cuba, y es la mejor forma de contentar a todos. *Bonne chance!* («¡Buena suerte!»).

—*Merci beaucoup, monsieur, es tres gentil* —se despidió Martín.

El sargento Ruiz estaba horrorizado con lo que había visto.

—No sé si estos serán los planes de Dios, pero nos costará sacar a esos niños de aquí, Sancho —le dijo apesadumbrado Arellano—. La subasta nos mantendrá más tiempo aquí y nos los pueden quitar de las manos.

Ruiz escupió al suelo y, hastiado, no dejó de lamentarse:

—Los seres humanos somos el gran desecho de la creación, capitán. Viendo lo que hemos visto y lo que nos aguarda, siento asco. ¿Cómo puede el Creador permitir esto? O posee un designio que no entendemos, o el fiasco de ponernos encima de esta puta tierra ha sido monumental.

—Pues parece que ese Dios equivocado nos ha elegido para salvar a tres chiquillos y mitigar su gran error si nos andamos despiertos. La codicia en el ser humano es la culpable de todo, sargento —opinó Martín.

Volvieron al hotel con las botas embarradas. Makía, inquieto y silencioso, rumiaba algún pensamiento funesto. Reunidos en la habitación, el capitán tomó la palabra en un tono menguante:

—Jefe Makía, tu hija Sotsó y los dos niños creo que están aquí.

—Lo sé, señor —replicó el gran jefe—. No pude reprimir mi impaciencia y salí a indagar. Era como si un zorro me estuviese devorando las tripas. Pero no os preocupéis, me uní a una hilera de indios que transportaban sacas a los

cobertizos y pude verla, sin ser visto ni advertido por ella ni por nadie. Aunque de verme, como apache que es, habría callado.

La naturaleza excitable de Martín cuando no era obedecido estalló:

—¡Estás loco, Makía! Si te hubiera descubierto su reacción natural te habría delatado. Pero comprendo tu sentimiento paternal. ¿Es ella?

—Lo es —admitió impaciente y a la vez abatido.

—Bien, amigos, esa es la noticia agradable. La preocupante es que la compra no se hace a la vista, sino por subasta abierta —los alertó—. Si alguien se encapricha de tu hija podemos tener problemas, Makía.

El jefe lipán era consciente del riesgo y lo aceptó. Después expuso:

—Charbya, el Buen Anciano de lo Alto, proveerá, capitán —dijo, y tomó los brazos del oficial real agradeciéndole sus desvelos.

Arellano no comprendió el verdadero sentido de sus palabras, pero la adversidad con la que no había contado era digna de tenerse en cuenta. Yepa, la joven apache, vertió café en unas latillas de hojalata y bebieron de la reconfortante y caliente bebida.

Dos días después, tras horas de ansiedad, desvelo y espera se anunció en los cartelones la subasta de muchachos indios de las más diversas tribus: caddo, apaches, jupe, yamparika, kotsoteka, mescaleros, taovaya y natage, donde el despiadado Cuerno Verde había consumado durante los últimos meses su repugnante cosecha de jóvenes vidas, ya arruinadas para siempre. Según los dueños de las plantaciones de las Antillas, los pieles rojas eran fuertes y óptimos braceros, frugales, austeros y fieles si no se los humillaba en exceso.

El día había amanecido plomizo y la vegetación que rodeaba el poblado, las gencianas y enebros se confundían en sus tonos opacos con el gris azulado del mar y las montañas del oeste.

Martín y el sargento Ruiz tomaron asiento en los tablones de la gradería en espera de que fueran apareciendo los lotes de los jóvenes indios. Hizo una solemne entrada el tal *seigneur* Popincourt, un individuo esbelto y bien plantado, en cuya cara sobresalía una nariz roja y prominente que denotaba su afición al elixir de Baco, librea de un brillante color tabaco y una peluca blanca de onduladas curvas.

Se servía de un monóculo para leer las tablillas que le entregaba Savary y que el dueño del garito leía con voz tonante, bien en francés *lou*, en español e incluso en inglés.

—¡Estos fuertes muchachos son ideales como prospectores de minas, remeros de barcasas y peones para los campos de las haciendas! —les anunció—. Comienza la puja por trescientos reales de plata el ejemplar.

Lote tras lote, los hacendados antillanos, vestidos con levitas claras y tocados con sombreros de ala ancha, pujaron por la famélica y embrutecida mercancía, que a Martín le pareció de aspecto lastimoso. Popincourt, que sabía del oficio, vendió uno tras otro, alcanzando pasado el mediodía una fortuna. El disfrazado capitán y el sargento Ruiz estaban ansiosos y simulaban que los anteriores grupos no les habían convencido.

El lote de los tres apaches lipán retardaba su presentación, en el instante en el que el francés se dirigió directamente a él. Nada escapaba a sus ojos de un claro tono azulado. Pero desconfiaba de él.

—¡Os noto reacio a pujar por la mercancía! ¡Animaos, noble señor, estos cuatro recios jóvenes yamparika poseen experiencia en cuidar caballos! ¡Ochocientos reales por el lote! —le propuso zalamero.

Martín sacó a relucir su capacidad de persuasión y contestó con decoro:

—*Merci, seigneur, mais non* —falseó su acento delicado—. Espero a otras piezas más frágiles, cómo diría yo..., más sofisticadas, que me sirvan como *valet de chambre* para mi residencia. Esperaré.

Pasado un corto espacio de tiempo, a Martín le brillaron los ojos, como si hubiera absorbido toda la luz del recinto. Sotsó y los dos niños apaches comparecieron atados por el cuello, en medio de la sucia arena del reñidero. Miró a la jovencita lipán y el corazón le pareció salirse del pecho. Era un soldado y no podía mostrar sus sentimientos en un acto de servicio, pero Sotsó llevaba colgada del cuello la medalla de la virgen de Guadalupe que le regalara su madre a Wasakíe.

Pensó que si la cosa se ponía fea y el dinero y la astucia no servían para alcanzar su objetivo, como militar que era y con aquel impermutable recuerdo se vería obligado a emplear la fuerza. Los miró con embarazo y cerró los puños. Popincourt volvió a mirarlo alzando su bastón. Inquietud.

—Bien, señores, tres apaches lipán de corta edad que pueden servir hasta que crezcan de lacayos, pajes o criados. ¡Partimos de cuatrocientos reales el lote! ¡Una ganga! —exclamó, y se inició una tímida puja.

Sotsó tenía la mirada perdida y los niños la abrazaban.

Cuando se alcanzó la cifra de quinientos reales, solo Martín y un viejo inglés de Jamaica de modales groseros quedaron en la subasta. Martín la mejoró, pero el jamaicano ofreció veinte reales más. Martín se indignó. El

coronel Anza le había entregado setecientos reales y ya habían gastado un tanto en la comida y el forraje.

—*Merde!* —dijo, y el sargento Ruiz palideció.

Martín hurgó en sus bolsillos y vio que solo tenía quinientos cincuenta. Sus pretensiones de liberar a Sotsó se derrumbaban como un castillo de naipes y comenzó a sudar. ¿Qué podía hacer?

—¿Está permitido, *monsieur* Popincourt, salir a proveerme de fondos e interrumpir la almoneda? —dijo, pensando en vender los caballos.

—Me temo que no, la puja es en presencia de los compradores litigantes y en un solo acto, señor —lo cortó—. Lo siento de veras.

—*Parfaitement, seigneur* —replicó contrariado.

Martín lo observó con expresión interrogativa, mientras subrepticamente introducía la mano en la levita y empuñaba su pistola. Pero parecía que el subastador sabía lo que pretendía y lo taladró con sus alarmantes pupilas de color azul, negando con la cabeza. Martín miró a su alrededor y vio a más de seis hombres armados. Retiró la mano de la culata. No tenía nada que hacer. Había perdido a la niña apache.

Con eso bastaba, y lanzó un resoplido de desesperación.

Fue entonces cuando sintió un dedo que le punzaba la espalda.

Miró de reojo y vio tras de él a un Makía encorvado. Con la cabeza agachada y el rostro invisible por un gorro pardo calado hasta las orejas, y por su menor estatura, nadie había advertido su maniobra y menos aún su insignificante presencia y relación con el hacendado tejano. Y el que lo viera lo tomaría por un criado del comerciante que le traía un recado.

Cogió la mano del capitán y depositó en ella cinco monedas de ocho escudos de oro con la efigie de *Carolus III Hispaniarum Rex*.

Envidiaba el sentido común y la astucia refinada de los apaches.

—El rey don Carlos debe de ser el Anciano de lo Alto de los apaches —ironizó, mostrándole las monedas en la palma de su mano al sargento.

—Al fin y al cabo, es rey y padre de ambos pueblos —contestó Ruiz.

Martín hizo como que miraba en su faltriquera y sacó una pieza, tras haber dejado el resto escurrir en la bolsa. Alzó la áurea moneda al aire y, con voz triunfante, como si se quitara una losa de encima, exclamó:

—¡Elevo mi oferta en ciento sesenta reales más!

La expresión de su rostro era de exultante satisfacción, y la del inglés, de renuncia y de extremo fastidio. La puja había concluido.

Había rescatado a los tres niños apaches y no podía creerlo.

—¡El lote pertenece a *monsieur* Victor Labat! —profirió Popincourt sonriente, que veía en aquel modo de pujar una conducta extraña, aunque estaba satisfecho pues había triplicado su valor.

Savary se le aproximó con los muchachos con sonrisa artera.

—Nadie paga por tres apestosos apaches esa cantidad —le susurró Savary al oído al acercarse para cobrar y entregarle el contrato.

—Ya le dije que mi esposa es caprichosa, excéntrica y de gustos caros. ¿Es que insinuáis algo ilícito, *seigneur*? Son monedas de curso legal.

—No, nada, señor. Pero la compra ha sido tan legal, tan insistente y tan precisa, y sus papeles se hallan tan en regla, que me asusta. Pero aquí tenéis el documento de adquisición. *Bon voyage, monsieur!*

Sotsó depositó la mirada en su nuevo amo, solicitando el bálsamo de la misericordia y la compasión, pero solo halló desapego y una sonrisa de placer aflorando en sus labios. Le pertenecía, y una decepción insoportable se le avivó en las venas, mientras su instinto le aseguraba que hubiera sido preferible una muerte rápida a manos de Cuerno Verde, que morir de nostalgia y de golpes en una desconocida isla antillana.

El sargento Ruiz, que conducía a los tres adolescentes atados a una soga de esparto, los empujó para que aceleraran el paso. Entraron en la destartalada habitación de la posada y Sotsó se quedó inmóvil en el dintel de la puerta. Las rodillas le fallaron y, petrificada por la inesperada visión, como si esta perteneciera a una ilusión del pasado, sus pupilas se le agrandaron hasta casi salirse de sus órbitas.

—¡Padre mío! Dioses de mis antepasados y Tonantzin, la Madre Venerada de Guadalupe, no, no puede ser —profirió en athabasco, su lengua materna apache, y entró en un llanto devastador.

Acto seguido sintió una dicha abrasadora y se desmayó.

Huhkwatwe-Tejas

Con el ocaso, un abigarrado grupo a caballo salió de la fonda.

El viento secó definitivamente las lágrimas de Sotsó y las de los dos niños secuestrados, que no comprendían en su justa medida el afortunado sesgo que habían tomado sus destinos. Estaban aturcidos y callaban.

El capitán Arellano lo había expuesto claro al volver del cobertizo de las subastas: «Hemos de partir de inmediato y sin levantar sospechas, amigos. Corremos peligro. Ese Savary, que bien parece una puta barata de Nueva Orleans, ha delatado algo anormal en nuestro modo de proceder. Y aunque la compra ha sido conforme a la ley, nosotros no veníamos a comprar, sino a rescatar a alguien, con lo que el precio hubiera sido diez veces mayor. Si aparecen por aquí los tres sicarios que huyeron, atarán cabos y nos perseguirán para exigir lo suyo a la fuerza. ¡Nos vamos ya!».

Martín ordenó que durante dos millas seguirían el mismo camino por el que habían llegado para dejar suficientes huellas, pero que a la altura de un bosquecillo de piceas que había avistado en el viaje de ida, cambiarían de rumbo y se internarían en una vereda pedregosa muy difícil de rastrear que los conduciría al río Nueces. A través de él, se dirigirían a Huhkwatwe, «la Terraza de los Vientos», ya en territorio apache. En dos o tres días de cabalgada estarían bajo la protección de los guerreros lipán, terreno hostil para sus perseguidores.

—Hosa, tú te quedarás rezagado y nos avisarás si alguien nos sigue.

—A la orden, mi capitán. Sé en qué lugar he de apostarme.

El sol se había ocultado en el horizonte y cedido su lugar en el firmamento a una luna rotunda. Martín avistó unas yucas gigantescas y advirtió al grupo que estuviera listo, pues se adentrarían en una senda resbaladiza donde abundaban las peñas musgosas y los guijarros de río por los que podían renquear las caballerías. Makía llevaba a su hija en el arzón, y Martín y Sancho, a los dos pequeños apaches, que apenas si resollaban.

Comenzó a llover reciamente y Arellano ordenó detener la marcha para guarecerse bajo unas peñas protegidas por unos enebros. Se taparon con capotes y procuraron descansar para reiniciar la ruta frescos antes de salir el sol.

Emprendieron la marcha siguiendo un camino arenoso que el capitán español Blas de la Garza había descubierto años antes y que estaba jalonado de hileras de nogales que crecían en sus orillas. Una región de aguas y matorrales se extendía ante sus ojos, extensa, inabarcable. Un fuego reciente, quizá producido por un rayo, había arrasado un bosque de aloes convirtiéndolos en fantasmagóricos esqueletos negros, aún humeantes.

Cruzaron lechos de arroyos que se incorporaban a la gran corriente y vados difíciles de cruzar, donde sorprendieron a un grupo de apaches natage que iban en fila, uno tras otro, y con pinturas de guerra. Atentos a los cabalgantes, echaron mano a sus armas, pero al poco desaparecieron. Descansaron de nuevo hasta que el despuntar del día con su gélida niebla los despertó. Mientras apagaban la hoguera, vieron a Hosa acercarse al trote por uno de los recodos del río. Un polvo blanquecino lo cubría por entero. Desmontó y se dirigió raudo a Arellano.

—Mi capitán, esta mañana salió en nuestra persecución un grupo de cinco hombres. Dos de los que huyeron del mesón iban con ellos.

—¡Lo sabía! En tanto hallan el rastro alcanzaremos Huhkwatwe.

Martín miraba hacia atrás a cada instante asido a su fusil, mientras sobrepasaban una laguna desecada donde correteaban las lagartijas. Volvieron a escuchar ladridos de perros salvajes y cascos de caballos cercanos. Ignoraban si eran los natage o sus perseguidores esclavistas, que podían haber hallado sus huellas.

—¡Amartillad las armas! ¡Sargento, a la retaguardia! Si aparecen esos negreros, fuego a discreción. Un último esfuerzo, ¡apenas nos quedan dos millas! —ordenó Martín, que veía que todo podía irse al traste.

Nadie respondió, pero el miedo se había adueñado de los niños, que estaban temblando, hasta que de improviso Makía lanzó un grito estentóreo y tiraron de las riendas y bocados. Había visto jinetes apaches lipán que montaban sus inquietos ponis y los observaban sin identificarlos.

—¡Hemos llegado, amigos, gracias al Gran Padre! —gritó Makía.

Al atardecer de aquel día poroso, en el que ráfagas de calina amarillenta ocultaban los farallones del poblado, comenzaron a salir sus ocupantes, que

jaleaban a Makía, a Sotsó y a los dos exultantes niños, que anhelaban abrazar a los suyos. Dieron la bienvenida al polvoriento grupo en español y muchos lloraron de dicha. El rescate se había consumado, pero los cansados rescatadores necesitaban dormir un día entero.

Martín se emocionó y cabalgó satisfecho entre los surcos del maíz.

Hosa volvió a explorar y vigilar, y regresó al poco. Sus perseguidores habían vuelto grupas y habían emprendido la vuelta al sur.

Huhkwatwe, «la Terraza de los Vientos», el escondido poblado de los apaches lipán parecía hallarse en la plenitud de la primavera. En los cantiles y terrazas de roca viva florecían en todo su esplendor las pasionarias, las flores asilvestradas y las lupinas.

Desde el atardecer se escuchaba el murmullo gozoso de la fiesta que se iniciaría a la declinación del sol. Se habían encendido antorchas perfumadas de mejorana y las mujeres apaches llenaban de risas los terrosos corredores y las barrocas casas color rojizo, desplegando todos sus encantos y galanuras. Impacientes, Martín, Hosa y Ruiz, tras descansar casi un día entero, se dejaron envolver por la alegría de sus acogedores anfitriones. Makía, ataviado con sus mejores galas de plumajes, cintas y escarcelas, condujo a los invitados a la plazuela de la aldea, donde se hallaban los hechiceros y el pueblo entero, sentados en derredor de un círculo marcado con piedras que significaba el ciclo de la vida.

El capitán de dragones no veía entre los concurrentes a Wasakíe, que a su llegada le había mostrado todo el agradecimiento del que un ser humano es capaz, alegándole que la gratitud del pueblo lipán sería eterna y que su corazón le pertenecería mientras viviera.

Sonaron las flautas y las dulzainas y apareció Wasakíe, la sagrada «mujer medicina» de los apaches. Se engalanaba con una túnica color marfil entretejida con granos de ámbar, con el águila de Wakantanka bordada en el pecho. Apareció con los niños salvados de la mano y con Yepa, la natage liberada, que se cubrían con túnicas de hilo sin adorno alguno.

Su cabello del color del azabache lo peinaba en dos trenzas, y su figura le pareció a Martín esplendorosa. Sonaron himnos dedicados a sus dioses pretéritos y las mujeres sirvieron bandejas y fuentes de barro con maíz cocido, salmón asado, pan de bellotas, manzanas almibaradas con pavo guisado, conejo con salsa de nueces y un pastel de tapioca, chocolate y calabaza que hizo las delicias de los dos españoles.

Concluido el festín doblaron los tambores de arcilla con toque débil, sonaron los pitos y las flautas de caña silbaron dulcemente.

—Capitán, la mujer sabia y los dos adivinos van a purificar a los niños y a agradecer su liberación al Padre Hablante —le explicó Makía.

Wasakíe tumbó a los jóvenes en el suelo, sobre unas mantas, y estos se quedaron inmóviles. Al punto aparecieron varios muchachos con atributos de guerra y ocultos sus rostros con caretas de madera policromada que utilizaban para espantar a los malos espíritus y, tras ellos, dos ancianos vestidos estrafalariamente. Los dos usaban máscaras de color turquesa con filamentosas barbas hechas de crines de caballo. Sus mocasines eran de palas altas y pintados con caras de lobos y coyotes. En las manos traían sendas pipas humeantes y cubiertas de pieles.

Los tamborileros cambiaron el golpe lento y blando por otro más exaltado. Los hechiceros se inclinaron sobre los pequeños y arrojaron en sus caras las humaradas de las pipas rituales. Tosieron, pero al poco quedaron profundamente dormidos, momento en el que los asperjaron con ramas de centaurea impregnadas de un óleo viscoso.

—Han ingresado en un sueño hipnótico y sus almas viajan al Mundo de los Espíritus —dijo el jefe—, donde serán recibidas por sus antepasados. Regresarán sin los rostros falsos que les han impuesto los blancos.

Los viejos dieron un salto hacia atrás e hicieron sonar las matracas de calabacines para que huyeran las maléficas energías. Después, y al unísono, invocaron al cielo un canto que elevaba el alma: «¡Oh sol, oh trueno, oh Napi, que sus cuerpos y sus almas queden purificadas y vuelvan a nosotros revividos!».

Entonces se inició una danza frenética, según Makía de nombre *shupedá*, en la que invocaban el espíritu de los animales protectores de la tribu para que expulsaran a los fantasmas de los cuerpos de las muchachas y de los dos chiquillos. Entretanto, encendieron una hoguera con un parahúso de madera, y la tribu, con el tufo de las pipas y tras ingerir melosos brebajes de salvia y peyote, que se pasaban unos a otros, entraron en un estado de frenesí y enardecimiento que los animaba a comportarse de forma delirante.

Martín dejó correr el líquido lechoso por su sotabarba sin ingerirlo y, viendo la semiinconsciencia en la que había entrado la tribu, incluidos Makía, los chamanes y el sargento Ruiz, que cantaban, saltaban y perdían el dominio de sus sentidos, se retiró al habitáculo de huésped distinguido que le había preparado Wasakíe, en una de las solanas de la aldea.

Enmarcado en el gran disco de una luna inmensa y tangente al horizonte, observaba sobre unas cálidas mantas cuanto ocurría a sus pies: un pueblo contento y alborozado que había convertido la ceremonia en una bacanal. Parecía rodeado por un círculo irreal que destacaba su silueta meditabunda. Era una bellísima vigilia de luna llena que opacaba a las mismísimas estrellas. Martín estaba próximo a la serenidad más absoluta, cuando escuchó a sus espaldas una voz conocida y querida. Se revolvió.

—¿No le interesa la fiesta a Martín, mi gran *wakeda*? —preguntó melosa.

—¡Sí, claro! Pero ya me he divertido, y mucho, querida Wasakíe.

Se acomodó a su lado, tomó su mano cálida y le confesó:

—Tras el rapto de Sotsó me había replegado en mi dolor y caído en un ensimismamiento melancólico, y tú me has curado, Martín de mi alma. Me sentí desmoronada y había sucumbido a la desesperación. Fueron muchas calamidades juntas: la viruela y la malaria, que esquilmaron a los clanes apaches, y finalmente la irrupción de esos malditos comanches.

Martín apretó su brazo suave y tierno y le participó:

—Si te he rescatado de la pena y de la angustia, soy feliz, Wasakíe. ¿Cuántas veces no lo hiciste tú, cuando yo era un niño loco e ignorante?

—Qué distinto estás con esa melena anudada atrás, el bigote tan viril, tu piel curtida y las formas rudas de un gran guerrero.

—Tú siempre viste en mí más que nadie, Wasakíe.

—Los dioses apaches te protegen, Martín —le habló con dulzura—. Se lo ruego con insistencia. ¿Guardas aún el brazalete de guerra que hice para ti?

—Sí, en más de una cabalgada, y lo llevé puesto en Ojo Caliente —le dijo, y le sonrió con afabilidad.

—Has mitigado el dolor de muchas familias lipán con tu valor. Lo contrario que ese canalla de Cuerno Verde a quien los Padres Eternos de las naciones indias y el mismo Jesucristo no podrán redimir jamás.

Martín hizo una pausa y le quiso explicar el engranaje del mundo.

—Es que el ser humano es irredimible, amiga mía —admitió—. La naturaleza que nos creó es sencilla, Azúcar, pero ya no vivimos en afinidad con ella. Repudiamos sus preceptos. El hombre es un saco de contradicciones donde influyen el miedo, la voracidad y la ambición.

Pese a ello, Wasakíe no podía borrar de su mente al jefe comanche.

—Pero ¿y esa bestia? ¿Seguirá haciendo el mal sin castigo alguno?

—¡No! Cuando mató a mi padre, ese hijo de perra prendió un incendio difícil de sofocar —sentenció el oficial—. Sufrirá la cólera de los dragones, te

lo aseguro. Muy pronto muchos de mis camaradas muertos serán vengados, y los lipanes respiraréis al fin.

—Mi hija Sotsó se ha librado de la esclavitud gracias a ti. No puedo comprender que la Providencia haya enviado al mundo a hombres dispuestos a embridar como a bestias a niños inocentes —lo deploró.

—Terrible y aborrecible práctica que nuevos tiempos abolirán.

Desahogada por el feliz término del secuestro, y en medio del perezoso sopor de la fiesta, Wasakí hundió su cabeza en el torso del español. Martín la oyó suspirar con alivio, como si de golpe se hubiera liberado de una pena enojosa e insufrible. Martín la apretó con ardor.

La apache lo miró con afecto pasional y el capitán le devolvió la misma mirada consoladora. La sensual mujer, por toda respuesta, se despojó de la túnica ritual, dejando al descubierto su tentadora desnudez de ébano; y colocándose a horcajadas sobre el torso del extranjero, besó pasionalmente sus mejillas y su boca ansiosa. La piel atezada, las caderas firmes, sus senos y pezones oscuros se mezclaban con la negrura de la noche, distinguiéndose su perfil solo por la línea del brillo de la luna.

Martín gozó de la esplendidez madura de la apache, a la que amaba fervientemente desde su niñez. Era un capítulo de su vida que no había concluido. Ahora había llegado ese dichoso momento. El hispano la abrazó impulsivo y ella le ofreció su boca entreabierta. Las ajorcas y pulseras, su único atuendo en la noche, sonaron en el silencio. El capitán sucumbió pronto a sus besos sensuales y a sus suavidades, mientras Wasakí exploraba cada palmo de su cuerpo fibroso, extrayéndole emociones salvajes y pocas veces sentidas.

La hembra inundó con su cabellera el pecho de Martín y apretó la redondez de sus pechos contra él. El enardecido dragón, que jadeaba, acarició las aterciopeladas honduras de la piel roja, que a su vez, con una mezcla de voluptuosa codicia, lamía y mordisqueaba su piel y las turgencias de su cuerpo. Tal cúmulo de sensaciones los condujo a un vibrante arrebató, hasta que al fin vaciaron sus cuerpos en una indescriptible y fluyente embriaguez.

—Qué mágica y qué cercana me resultas, Wasakí. He tocado el paraíso del placer con mi piel —compartió sus sentimientos.

Acabaron enlazados en un solidario éxtasis. Estaban exhaustos, satisfechos y regocijados. Se amaban desde que despertaron a la vida. En aquel instante una mansa llovizna mecida por la brisa del desierto cercano empapó el fantasmagórico poblado apache, y su asimétrico laberinto de casas ocres y terrazas gredosas quedó sepultado en un sudario gris.

Martín la abrazó tras vestirse, y se despidieron con ternura.
—¿Cómo voy a olvidar a mi *wihetonga*, que me despertó a la vida?

El último día de permanencia en el poblado indio, Wasakíe, Makía, Sotsó y Yepa dibujaron en sus rostros una simpatía hacia el capitán español difícil de refrenar. Iban acompañados del agradecido pueblo y de los hechiceros, que tapaban sus cabezas con pieles de lobo y pintaban los ojos con círculos negros en sus arrugados rostros. Portaban cazoletas con hojas de laurel humeantes para que los espíritus de sus antepasados les concedieran fortuna, fuerza y salud.

—Habéis obrado según los preceptos del Anciano Sabio de lo Alto, que os recompensará en esta y en la otra vida —aseguró el más viejo.

En el salón de los Consejos, Wasakíe, la «mujer medicina», lo miraba y le dedicó media sonrisa. El gran jefe, su esposo, se adelantó y le mostró una tela pintada en la que se narraba su valerosa expedición, que así quedaría recogida en los anales del pueblo apache. A él lo habían pintado con una tupida cabellera anudada atrás, sombrero de ala ancha, un bigote rubio, jinete de su corcel pinto y cubierto con un capote de cuero. Después le entregó una abultada bolsa color canela como obsequio a su valerosa intervención en la liberación de los niños.

—Abridlo, capitán, y recibidlo con toda nuestra gratitud —le rogó—. A muchas familias apaches les habéis devuelto el deseo de vivir.

Martín, que no esperaba tal cosa, se mostró azorado, pero lo cogió.

—Gracias, Makía —le correspondió el gesto—. Lo acepto con sencillez, que es la mejor forma de daros las gracias. Nunca os olvidaré y siempre os guardaré en mi corazón. Vosotros lo sabéis, Wasakíe es como de mi sangre.

Arellano retiró el paño multicolor estampado con águilas y coyotes y ante sus ojos apareció una carpeta de cuero agrietado, cuya existencia le era levemente conocida, pero que había olvidado lamentablemente. Y no solo había extraviado su recuerdo, sino que su memoria selectiva para evocar un objeto tan peculiar se le había esfumado de la mente. Pero de repente escapó de la jaula de su memoria.

Era un eslabón muy apreciado que le permitía asirse a su infancia junto a Wasakíe. «Los mapas de los conquistadores de Tejas, Nuevo México y Arizona —musitó—. Los había olvidado por completo».

Sin dilación observó las rutas, los cursos de los ríos y los pasos de montaña hacia la costa del océano Pacífico, trazadas nada más y nada menos

que por Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Vázquez de Coronado, Antonio de Espejo o Juan de Oñate, a los que conocía de sus estudios en la Academia de San Ignacio de Sonora y que pertenecían al ideario común de la nación hispana.

Aunque le resultaban confusos a primera vista, los meandros de su memoria le devolvieron el olor a cuero viejo. Los desdibujados trazos de lápiz de cantero, que solían usar los conquistadores en sus viajes, aún podían distinguirse. El cartapacio representaba para él los últimos días que vivió junto a Azúcar. Ciudades legendarias que pertenecían a los mitos de España, así como las heroicidades de los capitanes de su raza en Quivira, el Gran Cañón del Colorado, Cíbola, las Siete Ciudades de Oro, la Ciudad de las Nubes y California, se señalaban vagamente.

Pensó al instante que a Anza aquellos vetustos papeles le servirían para su segunda expedición, pues observó el itinerario de Cabeza de Vaca y el periplo de Coronado, así como sus andanzas por California, fijando pasos, pozos, manantiales, cañadas y vados, que conducían directamente al mar. Una cosa le quedó clara, los conquistadores españoles que ya habían deambulado por aquellas tierras dos siglos antes nada menos podrían constituir la llave del éxito para Anza.

—Pero estos documentos, ¿no pertenecen al ancestral tesoro de los lipanes? ¿Deseáis desprenderos de ellos? —preguntó extrañado.

Un muro invisible de afinidad los unía irremisiblemente.

—Los apaches lipán no nos marcharemos jamás de Tejas. Moriremos aquí. La cercanía de los presidios españoles es nuestra garantía de protección —adujo el jefe apache, sonriéndole—. Sabemos que esos pergaminos los guardaréis como merecen, y eso nos basta, capitán.

Antes del mediodía, Martín, el sargento Ruiz y Hosa, visiblemente afectados, se despidieron de los moradores de Huhkwatwe, «la Terraza de los Vientos», que canturrearon un cántico del Sol en agradecimiento a los libertadores. El capitán de dragones se despidió en un aparte de Wasakíe. Le besó la mano, devorando por última vez sus ojos de brillo afable. Ella correspondió con una mirada apasionada, mientras unas lágrimas se deslizaban por sus altos pómulos. La mujer apache notaba que se despedía de un hermano querido, quizá por mucho tiempo.

—Queda con Dios y con nuestros Padres Protectores, Martín, querido. Un lazo estrechísimo nos ligará para siempre —le confió Wasakíe—. Tú me has hecho pensar que en las alturas existe un padre magnánimo que a veces envía

a un ángel protector para que seque nuestras lágrimas —concluyó besando sus mejillas con cariño.

Y rozando su cuerpo con suavidad, la «mujer medicina» dejó el aroma a rosas y lavanda y la desenvoltura de su distinción. El dragón sintió un leve temblor en su piel. Sotsó le asió el brazo con sus manos regordetas. Le sonrió con una mezcla de admiración y de alegría, sintiéndose la protagonista del milagro. Su bizarra determinación en la puja de los esclavos no la borraría jamás de su mente. Martín le correspondió.

—Capitán español, sois nuestro buen protector. Gracias —reveló llorosa—. Todos te vamos a echar de menos y mi corazón se queda huérfano.

Martín montó su caballo bayo de gran alzada, introdujo en su bota la pistola cebada y colocó su reglamentario sable del ejército español sobre su pierna, sobresaliendo la cazoleta de brillante dorado. Los demás montaron en los alazanes, y en pocos días, si Dios y los comanches lo permitían, se hallarían de nuevo en el presidio de San Antonio para continuar con la gestación de la expedición de Anza a la Alta California.

Una racha de viento seco sacudió sus rostros cuando los volvieron ante los gritos de despedida de los apaches. Ruiz, en tono socarrón, le preguntó irónico sobre su cambio de personalidad:

—Mi capitán, ¿sigue siendo un franchute o vuelve a ser un oficial español? —Y largó una risotada con la que cundió la hilaridad.

—Espero no volver a tomar nunca más la identidad de ese tal Labat.

A Martín, que volvió la mirada, la aldea se le asemejó un cíclope centinela, austero y colosal, que vigilaba con su inexpugnabilidad los desiertos de Tejas. Sus paredes ocre, desnudas y agrietadas por las lluvias y huracanes resplandecían con los haces de luz limpia.

Sus tristezas, al menos por unos días, habían sido batidas por la felicidad de haber recuperado a sus seres más amados, aunque en aquel momento entablaba en su alma una lucha de amores. Recordaba a la princesa aleuta y también los apegos pasionales de la sensual Wasakíe, y en su corazón se despeñaban querencias encontradas que lo torturaban.

El cansancio y el júbilo por haber rescatado a los infantes, encontrarse íntimamente con la dulce Wasakíe, así como la recuperación de esos portulanos tan valiosos, pensaba, para la empresa de la Alta California, hicieron que Martín se sumiera en un vasto silencio de satisfacción interior, que ni el sargento, ni el genízaro apache quisieron quebrar.

Era muy probable que no volviera a ver a Wasakíe y lo lamentó.

Unos días imborrables habían concluido para el capitán de dragones.

El cambio de rumbo

Tubac

Octubre de 1775

El cura geógrafo fray Pedro Font distaba mucho de ser la persona que acatara sin rechistar al enérgico y anticlerical teniente coronel Anza, un líder militar respetado, al que sus hombres seguían sin rechistar.

El franciscano poseía la audacia carismática del misionero y el talento de un hombre sabio y humanista. De rasgos faciales refinados y gran papada en el cuello, su naturaleza combativa lo había guiado de misión en misión para predicar el Evangelio, trazar mapas inéditos del territorio y calcular las distancias con su sextante de cobre dorado. Por eso lo había elegido el coronel para acompañarlo en la segunda expedición al norte de California como hombre de Dios y como geógrafo. Anza era consciente de su quisquillosa manera de ser, pero le era absolutamente imprescindible.

La oscuridad del despacho de don Juan era paliada por la escasa luz de los ventanucos y por los flameros que había encendido el asistente, que iluminaban el definitivo mapa de la ruta que se disponían a seguir y que el eclesiástico había traído aquella mañana a la reunión previa a la marcha.

—¡Benditos sean los mapas que nos aportó Arellano! —dijo—. Y no comprendo lo que hacían en manos apaches.

—¿Tan importantes los consideráis, padre? —se interesó Anza—. Son confusos a mi parecer.

El clérigo lo miró fijamente a los ojos y respondió mordaz:

—¿¡Importantes, decís?! —sonrió—. Yo admitiría que trascendentales; y hasta tal punto que me he visto obligado a alterar el rumbo de la expedición, como ahora os aclararé, coronel. ¡Imagínese!

Las palabras del fraile resonaron como un tambor de batalla.

—¿Modificarlo a solo tres semanas de emprender el viaje?! ¿Qué locura es esa, buen padre? —respondió Anza, incrédulo e incluso hosco.

Siempre meticuloso, el fraile se explicó con una sonrisa amplia.

—¿Cuáles fueron los problemas con los que tropezó Usía en su primera expedición, obligándole a volver? Recordad, don Juan, os lo ruego.

El comandante balbuceó y se notó algo incómodo con la pregunta.

—Pues es bien sabido que la falta de agua, los caminos inaccesibles para conducir a civiles y la carencia de un vado que conecte la Baja y la Alta California. Eso es —explicó el coronel con gesto adusto.

—Pues bien, aquellos dos esforzados capitanes que nos precedieron en la exploración en estas tierras, allá por los años del Señor de 1539, Cabeza de Vaca y Vázquez de Coronado, nos han resuelto esos dos obstáculos, pues no solo patearon esos lugares en busca de las legendarias ciudades del oro, sino que nos legaron estos mapas terrestres capitales, hoy felizmente recuperados por el capitán Arellano —se expresó con aire triunfal.

Don Juan Bautista dio una chupada profunda a su habano.

—¿De qué manera pueden ayudarnos, *pater*? Yo los examiné y nada nuevo aprecié que antes no conociera —contestó huidizo.

—Escuchad, señor. He examinado ciertas latitudes señaladas en esos viejos pliegos —dijo—. Pues bien, ¿sabéis cómo se nombra en latín «pozo» o «pozal de excavar»? —concluyó, y desplegó una sutil sonrisa.

—No recuerdo mis latines, fray Pedro —contestó Anza tirante.

—Pues *puteus* o *vas puteale*. Acercaos con vuestras antiparras y mirad aquí, os lo ruego, tras la siguiente cota donde luego se alzaría la misión de San Gabriel, fin de vuestro anterior viaje —lo animó vehemente.

No solo don Juan se aproximó interesado al vetusto memorial de Coronado, sino también el capitán Arellano y el teniente Moraga, presentes en la sesión y seducidos por la sorprendente revelación del clérigo. Los tres oficiales, atraídos como un insecto nocturno a la luz de una candela, clavaron sus tres pares de ojos donde se hallaba el dedo índice del capellán, que señalaba un lugar cercano a los llamados ranchos de Barranca Seca, donde podía leerse de forma nebulosa «*Accua-v.p. II vrs*».

Aguardaron expectantes su esclarecimiento. Les iba la vida.

—Para un amanuense de la época, en la que nuestra lengua aún era una hija muy semejante a la de Roma, ese epígrafe significa: «Agua y *vas puteale* —o sea, a excavar— a dos varas de profundidad». He consultado otros mapas de Alvarado y Cortés y todos marcan los acuíferos y los pozos con esa nomenclatura, y creo que sin riesgo de error, señor.

Los militares lo miraron detenidamente y movieron la cabeza.

—¿Estáis seguro, fray Pedro? Un error de cálculo y fracasaremos.

El franciscano midió la respuesta. Sabía que se jugaban demasiado.

—Enteramente, don Juan. Todo ese terreno, desde San Gabriel hasta el valle, que denominan de San Vicente, carece de agua, como ya conocíamos. Pero estos conquistadores nos señalan que la hay, y seguro que en abundancia, a poco que se caven un par de varas. Y algo más distante vuelve a aparecer de nuevo la citada relación de palabras, pasadas esas áridas quebradas. ¡Observad! Solo que aquí parece que no hemos de cavar. Repararéis que indica «*A. dulcis*», o sea, agua dulce.

El estratega había comprobado una vez más su erudición.

—Me colmáis de confianza, fray Pedro. Dios pague vuestra sabiduría y dedicación —confesó enfático el coronel—. Y sobre un posible paso hacia la costa de California, ¿señalan algo novedoso esos endemoniados portulanos? La escasa intensidad de la tinta los convierte en ilegibles. Apenas los pude interpretar al curiosarlos.

—Pues sí, señalan un vado cerca de un término señalado aquí como «*De los Robles, o de la Asunción*». Me he interesado sobre ese lugar con las topografías trazadas por el jesuita Kino. Son burdas y con errores cartográficos, pero abundantes. No obstante, corroboran esta localización.

—¿Y entonces, padre? Hemos de modificar el rumbo acordado.

—Ciertamente, don Juan —insistió—. Tras la misión de San Gabriel ganaremos la dirección suroeste y renunciaremos a la primitiva, la del noroeste. Más segura a los ataques de indios hostiles y más cercana a Monterrey. Tengo la certeza de la existencia de los pozos y del vado que nos guiará hasta el camino deseado.

—Muy seguro os veo. A pesar de todo, confiamos en vos. Pero no olvidéis que nos jugamos las vidas de paisanos y el prestigio de España.

—Han sido muchos días con sus noches de proyecciones y cálculos —afirmó—. He revisado gráficos trazados por viajeros desconocidos, incluso indios. Es la correcta, y nos conducirá a la costa norte de California.

Anza tenía un alto concepto del franciscano y asintió circunspecto.

Había aceptado la proposición de fray Pedro Font sobre la nueva ruta.

—De acuerdo, *pater*, y que Dios nos salvaguarde. Gracias.

Siguió un corto silencio y luego los oficiales ratificaron con su jefe las ideas del franciscano. Al fin, el coronel se sentía sereno e inalterable. Cuando desapareció el minorita, Anza siguió despotricando contra Cuerno Verde y algunas tribus apaches hostiles que habían robado cerca de quinientos

caballos muy cerca del presidio, amparados por la negritud de la noche. No podía disimular su enojo y alarma.

—Os aseguro que cuando regresemos de California, ese hijo de perra comanche pagará caras sus insolencias. ¡Lo juro por Dios Vivo! —exclamó.

Una amarga hiel le subía por la garganta. Con todo, los dos oficiales sabían que una promesa del coronel Anza era palabra de ley.

Aldea de La Canoa: La muerte y la vida

Hacía frío a las cuatro y media de la madrugada del 23 de octubre del año del Señor de 1775. El capitán de dragones Martín de Arellano alentaba al pelotón de soldados a sus órdenes —Pacheco, Aceves, Pinto, Salvio, Félix, Soto, Pico y Valenzuela— y a su inseparable explorador apache Hosa, a levantarse del catre para convocar a los doscientos cuarenta colonos reclutados en Culiacán de Sinaloa y llegados de Horcasitas para iniciar la inminente marcha hacia California.

Los más eran criollos —españoles nacidos en el Nuevo Mundo—, más varias familias mexicanas, así como mestizos y mulatos de Nuevo México, que se habían concentrado en el presidio con sus mujeres, hijos y enseres. El sargento Grijalva, los cabos Alviso, Mesa y Peralta y los reclutas agrupaban las cerca de mil cabezas de ganado, los caballos, las mulas e impedimentas necesarias para tan largo e inexplorado periplo, que según las previsiones del padre Font duraría unos dos meses y medio.

El teniente Moraga ordenaba a su regimiento de veteranos armados con fusiles, picas y espadas toledanas, y que una vez concluida la misión quedarían como guarnición permanente en California del Norte. Cobijaba bajo su protección a las mujeres, niños, arrieros, vaqueros, mayores, peones y familiares de los dragones, que en unas horas emprenderían la marcha hacia la misión de San Javier del Bac, la «blanca paloma» del desierto, así tachada por su lustrosa fachada de estuco.

Cantaron los gallos y la luz exigua de las antorchas iluminó el patio de armas de la fortaleza de Tubac. El coronel Anza, de elegantes formas, iba ataviado como sus dragones con el uniforme oficial, pantalones y capa azul y chaleco crudo, aunque como comandante en jefe lucía una guerrera roja con los entorchados y galones de teniente coronel. Su larga barba y bigotes retorcidos contrarrestaban con su proverbial sombrero azul emplumado. Jinete de un corcel negro, parecía un héroe homérico.

Su semblante transido de confianza y determinación los alentaba.

Los tres clérigos de la expedición, Pedro Font, Francisco Garcés y Tomás Eixarch, oficiaron una misa bajo la espadaña de la austera iglesia del presidio, donde ondeaba la blancura de la enseña de España. Se encomendaron a la Virgen de Guadalupe, a San Miguel y a San Francisco, que escucharon los expedicionarios con las cabezas en alto, los ojos llorosos y con una seguridad imperturbable en sus corazones.

La expedición, por orden terminante de don Juan, no llevaba carros, el gran estorbo de su anterior viaje. Los niños y las mujeres más impedidas irían sobre las mulas y el resto haría el viaje a pie. Estaban acostumbrados y, echándose a los hombros sus hatillos, cuando un sol otoñal se enseñoreaba del firmamento, iniciaron el camino, cantando un himno dedicado a la Guadalupana. Todo era confianza y fe.

El estrépito de las caballerías, del ganado y las plegarias inundaron el aire de rebuznos, relinchos y canturreos. Un destino común unía a aquellas ilusionadas criaturas, que buscaban una vida mejor en otras tierras y en los puertos norteños de California, su soñado Dorado.

La expedición de Anza era un ejército pacífico de buenas gentes, bajo el mando de un hombre esforzado, cuya voluntariosa capacidad de decisión y braveza nada ni nadie podía torcer. Martín observó el cielo y vio que el sol caminaba hacia el cenit, iluminando los matorrales del desierto y la hilera de personas y animales. En tanto, el teniente reagrupaba las reses dispersadas que buscaban la hierba de los cerros.

Pero no bien hubieron recorrido unas cinco leguas, cuando fray Pedro Font, tan insolente como siempre, llamó la atención de la vanguardia comandada por Arellano, para rogarle a voz en grito que se detuvieran.

—¡Capitán, hemos de detener la caravana!

—¿Por qué causa, *pater*? —se interesó Martín—. No podemos parar.

—¡La mujer del soldado Félix, doña Manuela, está de parto! —gritó.

—Bien, acamparemos en La Canoa, aquel vergel que veis enfrente.

A don Juan Bautista no le cogió el asunto desprevenido. Sabía que el alumbramiento los sorprendería cualquier día. Avisó al cirujano y a la partera, y dos soldados avanzaron hacia el oasis para alzar una tienda.

Pero a la declinación del sol, los expedicionarios quedaron consternados. La parturienta no había podido resistir el complicado nacimiento y se desangró tras dar a luz a una lustrosa criatura. El capitán Arellano, que aguardaba el resultado junto al soldado Félix, padre de la criatura recién

nacida, tuvo que cogerlo de los brazos pues le temblaron las piernas y estuvo a punto de desmayarse.

Su dolor era insondable y atroz.

Martín sintió que le ardía el aire en la garganta. El lancero Félix cayó de rodillas y, juntando las manos, rezó inconsolable al cielo.

El horizonte adoptó un matiz carmesí. Solo se oían suspiros y lloros y los mugidos de las reses que rumiaban en los campos aledaños. El coronel se acercó a Martín y al teniente Moraga, los dos cariacontecidos.

—¿Tan miserable es morir, mi coronel? Desventurada mujer —le dijo.

—Es natural morir, Martín, como lo es nacer —adujo—. La muerte cabalga deprisa, pero no es un naufragio, sino el puerto para el alivio final.

Aunque estaba autorizado, no deseaba disentir de su jefe, pero el teniente, que apreciaba a la familia de la fallecida, opinó abatido:

—¿Pero qué es la vida sino un largo tormento? Ese niño ha nacido a un mundo de deseos que después le traerán insatisfacciones, don Juan.

—Sostenía Homero que «como el linaje de las hojas, así es la de los hombres». Perdimos una vida y ganamos otra —les indicó Anza—. Mañana saldremos al clarear y le daremos sepultura en la misión de San Javier. Comunicádselo al soldado Félix y a fray Pedro.

La expedición se parapetó bajo las tiendas y un muro casi derruido que había en el lugar. Las mujeres velaron y amortajaron el cadáver de la fallecida y lo colocaron sobre unas parihuelas, alumbrado por cuatro antorchas de resina, mientras los tres frailes rezaban por su alma.

—*Deus in adjutorium nostrum intende!* —imploró fray Pedro—. *Requiescat in pace!* —Y todos contestaron contritos—: ¡Amén!

El alba humeó con su gris neblina y el vaho de las hogueras, cuando el coronel impartió la orden de marcha. El horizonte les mostró la aridez del camino y el viento gélido que oreaba desde el río Santa Cruz. A los restos de Manuela los niños le habían colocado ramos de flores amarillas, como un sudario de oro que la acompañaría en su postrer viaje.

Río Colorado del Norte: El vado de la amistad

Una ciudad errante cuyo único techo era el cielo seguía en busca de su tierra pretendida. Cada amanecer las mujeres, con las cabezas cubiertas por pañuelos de colores, cantaban las mañanitas y rezaban el rosario de la aurora, guiadas por el perseverante padre Font y los otros dos frailes.

Un polvo blancuzco acompañaba al grupo bajo un calor sofocante que traía por las tardes tormentas de acerado color. Atravesaron lechos secos de riachuelos con ánimo indomable y pequeños desiertos arcillosos, rodeados de oteros con escasa hierba verde para el ganado. Abrevaban donde podían, pero la caravana proseguía su imperturbable derrotero, guiada por los mapas de fray Pedro, que seguía mostrando tirantez con el coronel Anza, siempre proclive a la desconfianza.

El capitán Arellano y su pelotón de dragones precedían a los peregrinos, alertas por si indios adversarios los hostigaban y tenían un mal encuentro o robos de ganado. Cerca de la Puerta del Azotado, un lugar árido donde batía un viento seco inclemente, apenas una aldeúcha de jacales indios donde hozaban los cerdos entre el barro, avistaron un grupo en fila de apaches chiricahuas, muy al norte de sus tierras, pero desaparecieron al atardecer en sus hirsutos ponis.

Tras cincuenta y dos días de marcha, la columna proseguía el viaje junto a las bestias y reses en dirección oeste en busca de las tierras de los yuma, con los que en su travesía anterior Anza había firmado un tratado de paz. Aguas en mal estado habían hecho que algunos colonos sufrieran cólicos desgarradores, e incluso que el coronel se sintiera muy debilitado por su dolencia antigua de asma, pero no se detuvo el tránsito, que iban cumpliendo legua tras legua.

Tras pasaron las aldeas de San Juan de Capistrano, San Simón y Judas y Agua Caliente, donde sufrieron un breve pero pavoroso movimiento de tierra que los llenó de espanto, hasta detenerse en el cerro de San Pascual. En su cima, otra de las mujeres de la expedición, doña Ana María de Osuna, que estaba de parto, dio a luz a un lustroso niño al que bautizaron como Diego Pascual.

El recuperado Anza no cabía en sí de gozo. Estaba exultante.

—¡Otro nuevo californiano, ya tenemos dos! Dios bendice nuestra misión, amigos —se pronunció alborozado.

Resecos chaparrales, breñales pardos y valles esteparios se abrían a ambos lados del camino. Arellano seguía buscando algún vestigio y huellas de los yuma sin éxito. Era necesario encontrarlos pues solo ellos conocían los vados de paso del río Colorado. Encontraron cuerpos escamondados por los coyotes y huesos de animales desmochados por los zopilotes. Pálidos de polvo y enflaquecidos, los colonos y la milicia avanzaban en constante rumbo oeste y con el cansancio en sus desmejoradas mejillas. Parecía como si en algunas

ocasiones fueran a la ventura, pues conocían las desavenencias entre el coronel y el tonsurado franciscano sobre el derrotero exacto a seguir.

Arellano, sus hombres y el genízaro Hosa anduvieron días buscando vestigios y rastros de los indios yuma, que solían cambiar sus albergadas. Parecían seres invisibles alojados en sus propios espejismos. ¿No se fiaban de los colonos españoles? ¿Aguardaban para asaltarlos y robarles? El capitán apostó hombres de vigilancia y acamparon en las inmediaciones de Laguna Salobre para recuperar fuerzas. Al cumplirse los sesenta y cinco días desde la partida, y bajo una llovizna pertinaz, avistaron la orilla meridional del río Colorado del Norte.

Cundieron las toses, fiebres y catarros, pero la determinación del capitán y de los viajeros no flaqueaba. Hosa oyó voces de hombres, sonidos de *quemás* y flautas y mujeres tras una colina, y avisó al capitán. Olía a comida caliente y algunos perros vigilantes ladraron. Tras un breñal y un cañaveral encharcado avistaron las copas de los tipis de los yuma.

Martín avisó al coronel, quien rogó a los anhelantes expedicionarios que arreglaran sus vestimentas y manifestaran gestos pacíficos. El asentamiento de los yuma o cojats, como también los llamaban, estaba hecho de barro, paja y tiendas de piel de búfalo. El gran jefe, Salvador Palma, al que le encantaba usar su nombre de bautizado, se adelantó sonriente a recibir a su gran amigo el coronel Anza, que lo abrazó y le dio tres besos en las mejillas. Vestía un chaleco de repujado cuero español y un pantalón azul de oficial, y se tocaba con un sombrero militar con plumas de aguilucho.

Los ancianos y los niños brincaban, contentos con la llegada de los amigos europeos que los defendían de las incursiones de los cocopah y los seri del sur. Los guerreros jóvenes portaban arcos y flechas, y las mujeres, descalzas, con sus tradicionales vestidos de algodón crudo y sus niños desnudos en brazos, alentaron a los viajeros a que descansaran y se acercaran a los fuegos. Les ofrecieron tajadas de melones dulces, sandías, jícaras de leche de cabra y bandejas de higos chumbos, y el coronel, en reciprocidad, les regaló dos reses, aunque esos se tomaron cuatro.

Palma invitó a Anza y a los oficiales a su vivienda y los agasajó.

—Mis colonos agradecen tu hospitalidad, jefe Palma —se dirigió cortés al indio—. Necesitaban comer frutas para no enfermar del escorbuto, y vosotros, carne para el invierno.

Don Juan le solicitó amistoso que lo ayudaran a construir balsas para las mujeres y niños, y que les mostrara el lugar más seguro para vadear el río Colorado con las recuas de mulos y caballos y la inquieta vacada, a lo que

accedió, así como a proporcionarles maíz, pescado seco y fruta abundante. Encendieron lumbres y los perros acallaron sus ladridos.

Palma les ofreció un ágape con comida sabrosa, pero extrañamente callaba. Un duelo de naturaleza misteriosa lo angustiaba.

—Veo, amigo Palma, que desconfías. ¿Temes algo? —se interesó.

—Sí, coronel Anza, los cocopah que lidera el jefe Carlos, esa serpiente del desierto sin honor, oprimen a mi pueblo, que es desdichado. No deberías fiarte de ellos. Pueden esperarte en la otra orilla y atacaros.

El gesto adusto de los oficiales denotó su alarmante preocupación. Había anochecido y el frío inclemente de noviembre los calaba. Una luna alta, serena y suspendida de un cielo nebuloso protegió sus sueños.

Al amanecer, más de un centenar de indios cocopah flanqueaban el camino que comunicaba el poblado yuma. Los perros ladraron como endriagos y despertaron a los que dormían. No se fiaban de aquella tribu india que violaba a cualquier muchacha que hallara en el territorio y robaba sus caballos y cosechas. Acompañaban a su jefe, Carlos, que venía a agasajar al coronel español. De su cinturón pendían varias cabelleras de pieles rojas resacas y desteñidas. Los yuma salieron de sus chozas y tipis, y aguardaron hoscos y armados. El comandante español se acercó a caballo con sus oficiales y saludó serio a Carlos, a quien censuró su enemistad y beligerancia con un pueblo hermano.

Iba abrigado con una manta roja, tenía el rostro lleno de estrías y su nariz chata traspasada por un diente de oso. Se adornaba con plumas de pavo y águila y del pecho le colgaba una insignia militar española. Los yuma parecían aterrorizados.

Los dos jefes, Anza y Carlos, se apearon de sus caballos y el coronel lo amedrentó anunciándole la llegada de más soldados del rey.

—Pero no todo va a ser malo, gran jefe —lo alentó—. En unos meses desde las tierras de los seris hasta Sierra Nevada se llenará de granjas, ranchos, misiones, presidios, pueblos y mercados de colonos vasallos del rey de España. Te conviene mantener la paz con tus hermanos yuma y con los españoles que traerán el bienestar a tu tribu —le aseguró.

—¿Y de mercados donde practicar el trueque, coronel?

—Así es, y una prosperidad como los cocopah no habíais conocido.

Carlos se apartó y habló con un anciano sintiéndose culpable.

Anza llamó a Palma y parlamentaron durante dos horas, en las que Martín hubo de intervenir por su conocimiento del idioma de signos de las pieles rojas. La inminente construcción de prósperas ciudades con ricos mercados

los alentó a unirse. Firmaron la paz aquella misma tarde, y Palma y Carlos se abrazaron en presencia de sus respectivos pueblos.

La alianza de los dos jefes indios resultó leal y esperanzadora. Por el afanoso trabajo por la concordia, los indios le impusieron al coronel Anza el apodo de *Zon'ta*, «el digno de confianza», y también el de *Gahisti'Ski*, «el pacificador». Y así se le conoció desde entonces en el territorio donde confluían los ríos Colorado y Gila.

Don Juan actuó de prisa. Hizo regalos de algunas reses a ambos pueblos y de unos sacos de azúcar, maíz y cacao. Al teniente Moraga le encargó la construcción de las barcazas, y a Grijalva, el aprovisionamiento para emprender el viaje. El último día de noviembre los españoles tiraban de las riendas de los caballos conduciéndolos por el vado mostrado por el jefe Palma, los arreaban a golpe de espuela y traspusieron el vado de no más de trescientas varas con las balsas y caballerías.

El coronel y Arellano, desde una peña redonda que los indios llamaban Bauquibuxi o «Cabeza del Gigante», observaron la trabajosa operación en la que tuvieron que traspasar un tupido e impenetrable bosque de mezquites, robles y cachanillas. Ya en la otra orilla, se despojaron de sus sombreros y pañuelos y saludaron reconocidos al pueblo del jefe Palma y del bien avenido Carlos, que alzó su lanza, y también a los padres Garcés y Eixarch, que se habían quedado con los cocopah y los yuma para concluir su evangelización.

A los españoles les convenía dejar sus espaldas bien cubiertas, y su determinación aún no había flaqueado, después de tantos días de penoso viaje por territorios esteparios. Pero les quedaba cruzar el pavoroso desierto que precedía al monte Palomar, donde no se tenía constancia de la existencia de pozos de agua, salvo en la delirante imaginación de unos locos e indomables compatriotas que los habían precedido dos siglos antes en aquella misma y desquiciada peregrinación.

—Nos aguardan tramos muy difíciles, Martín.

—Confiamos en vuestra dirección, mi coronel. Esas gentes esperan de vos que los conduzcáis a una vida mejor. Han dejado atrás las tumbas de sus padres, sus pueblos y heredades. ¿Los vais a decepcionar ahora?

—En modo alguno, capitán. Pero tú te encargarás con tus hombres y con Hosa de encontrar esos pozos marcados en el viejo mapa de Coronado. Si no los halláis, nuestro viaje habrá sido un fracaso y habremos de volver. No aguantaremos ni dos leguas sin agua dulce —adujo impaciente.

—Los hallaré. Me adelantaré y os mandaré aviso —aseguró Martín—. Pero sería conveniente dividir la caravana en dos o tres grupos, con un día de

diferencia en la salida, para no agotar los pozos.

—¡Excelente idea, Martín! Así lo haremos —se congratuló el coronel.

Y siguiendo el dictado de su intuición, Anza, con sereno aplomo, señaló con su brazo el oeste y alzándose sobre la montura exclamó:

—¡Seguimos el rumbo trazado por fray Pedro! ¡Adelante!

Los colonos, oficiales y soldados lo apreciaban por su capacidad de concordia, su comportamiento sobrio y su facultad de dirigente. Todos coincidían en que su autoridad como guía de hombres era portentosa y su rectitud y coraje no conocían mácula alguna. Lo seguirían al fin del mundo.

Desnudas altiplanicies, como sudarios grises, se abrían al oeste.

Hacia California, la tierra de promisión

Año del Señor de 1776

La partida del capitán Arellano cruzó el yermo páramo cubierto de escarcha. La atmósfera que respiraban era fría y opacamente espesada.

Cruzaron los ranchos de Barranca Seca y vieron unas cuadrillas de caza de estrafalarios y mugrientos indios cahusilla, del clan wiastim, considerados pacíficos. El capitán sabía que habían atacado a Anza en su anterior viaje, aunque tras el encuentro habían comenzado un proceso de evangelización. Desaparecieron al verlos, pero anduvieron alerta.

A veces Martín se paraba en las crestas de las colinas, sin desmontar, y oteaba el horizonte, donde se veían trigales abandonados. Llevaba grabada en su mente la latitud donde podría hallar los pozos, pero sobre la desértica meseta flotaba una capa de niebla de polvo que dificultaba la visión. No sería fácil y tendrían dificultades. Las lejanas sierras les servían una polifonía tan azul que los tranquilizaba.

Sobrevino la primera noche de la búsqueda del agua, siguiendo la dirección suroeste, y los zapadores abandonaron el camino de grava para adentrarse en un laberinto de cañadas sin vida. Durmieron acurrucados en las mantas sobre un limo de hojas moteadas de nieve, hasta que los despertó el aullido de los coyotes. El capitán sabía que en aquel lugar debían de hallarse las legendarias pozas, aunque ocultas por la arena.

Wasakíe, cuando lo acompañaba en sus correrías al río siendo niños, le había enseñado que bajo las raíces de la salvia blanca y los lupinos morados corrían chorritos de agua. Milagroso. Recordaba cómo excavaba con sus manos blancas alrededor de la planta y surgían hilillos de agua embarrada a un palmo de profundidad.

«¿Ves, Martín? Las hojas de la salvia son de terciopelo. Les sirven para repeler al sol y que no seque los veneros que le dan la vida».

Nunca olvidó aquella enseñanza apache, por si tenía que usarla en un aprieto. Y con el mapa y aquel recuerdo imborrable se adentró en una quebrada terrosa donde crecían salvias enanas, cactus y también lupinos púrpúreos. Martín recogió un puñado de tierra y aspiró su humedad. Miró el mapa trazado por fray Pedro, pero dudaba de su localización exacta.

Hosa los alertó y cogieron los fusiles. Aparecieron otra vez, en perfecta hilera previa al ataque, los mismos indios cahusilla que los habían estado acechando desde la víspera. Incitaba a la misericordia contemplarlos. No eran más de diez y llevaban los rostros teñidos de rayas rojas y negras. Los caballos repintados de círculos blancos echaban vapor por sus belfos rosados. El jefe miró a Martín con sus hondos ojos azabaches y en un dialecto que al capitán le pareció *uco-navajo* gritó:

—¡*To ajót, to ajót, to ajót!* —(«Agua buena»)—. Y Martín lo comprendió.

El indio cahusilla señalaba con su lanza extendida un punto exacto entre una lagunilla de arenisca y un matorral de tupidas salvias, donde cascabeleaban algunas víboras, que huyeron hacia los peñascales. La situación era tensa y quebradiza pero al español le pareció que deseaba ayudarlos, por lo que voceó una salutación de agradecimiento alzando su brazo. Luego recogió su manta militar y varias lascas de tocino magro y las depositó a unos diez pies, sobre unas piedras, como regalo por revelación tan vital y generosa. El jefe piel roja desmontó y apretó los presentes contra su pecho cuajado de abalorios. Ensilló de un salto y animó a sus emplumados camaradas, todos casi desnudos, a seguirlo.

Marcharon al trote, ateridos y emitiendo alaridos pavorosos.

Los dragones se despojaron de las chaquetas y chalecos de cuero. Amartillaron las pistolas, las metieron en el cinto y comenzaron a excavar en el arenal señalado por el jefe indio. Era posible que hubiera agua y nada perdían con intentarlo. Con los torsos desnudos y sudorosos cavaron hasta la extenuación más de una vara y media, hasta que dieron con unas piedras, seguramente el mojón que antes señalaba el pozo. Primero apareció un barro grumoso, luego se hizo un charco denso y pardo como la melaza y al poco brotó agua dulce y fluyente que fue llenando el pozo paulatinamente.

En la mirada de los dragones se podía adivinar un halo triunfal. Sonrieron entre ellos y se felicitaron. Martín les lanzó una bota de vino.

—Hosa, parte al galope y avisa al coronel. Mientras, dragaremos otro pozo y fabricaremos una artesa para que puedan beber las personas y llenar sus odres, y un pilón y una charca para que abreen los animales.

En un arrebató de devoción hacia los conquistadores que los precedieron —Oñate, Coronado y Cabeza de Vaca—, Martín tuvo hacia ellos un recuerdo de gratitud. Al momento pensó en Wasakíe, y sin quererlo dejó escapar una sentida inspiración de añoranza.

Ligeros de carga aparecieron en los pozos los primeros expedicionarios al mando del teniente Moraga, quien felicitó afectivamente al capitán Arellano y a sus hombres. Aparecieron sedientos, con llagas en los pies y bufando de frío. Se abastecieron de agua y descansaron en las tiendas y bajo las sombras de los ocotillos y tunas. Se asearon y dos días después partieron para la larga marcha hacia San Sebastián, lugar de aguas termales y morada de una tribu de indios menesterosos y asilvestrados, donde debían encontrarse los tres grupos para luego bordear la costa y arribar al norte.

Caían algunos copos de nieve cuando apareció el segundo grupo de colonos que comandaba el sargento Grijalva. Se abrigaban con mantas y se oían las toses y lloriqueos de los más pequeños, montados en las mulas.

—Bien parece, mi capitán, que el cielo nos concede un respiro.

—Un respiro para recuperar fuerzas y poder llegar a San Sebastián. Sin estos pozos providenciales no hubiéramos podido proseguir —dijo.

Se calentaban con su propio vaho y tras beber del agua salvadora se acuclillaron alrededor de los fuegos que tenían encendidos los dragones. Comieron en hermandad, escuchando a lo lejos los aullidos de los chacales de la pradera. Al amanecer, aunque soplabá un viento crudo salpicado de nieve, iniciaron el camino con nuevos bríos.

Anza distaba mucho de ser el jefe que se arrogaba los méritos de los demás, y, cuando llegó al campamento guiando al resto de los colonos y vio el agua benefactora, desmontó y abrazó a su dilecto capitán Arellano.

—Hallar estos pozos ha salvado la expedición, Martín. ¡Gracias, hijo! Esta exploración te debe gratitud imperecedera —le confió.

Pero sus hombres sabían que le correspondía parte del mérito, pues Anza combatía contra cualquier dificultad con una endemoniada constancia. El padre Font, que venía detrás con los emigrantes, exclamó mordaz:

—¡Hombres de poca fe, lo sabía con certeza! El *vas puteale* que nos marcaron Cabeza de Vaca, Coronado y Juan de Oñate existía en verdad en

estas tierras abandonadas de Dios. Gracias les sean dadas.

Las relaciones entre Anza y el clérigo transcurrían con gélida compostura y con la flexibilidad propia de la cortesía oficial. Don Juan, a quien tuvo que tratar un barbero sacamuelas por un intolerable dolor en la boca, recuperó las fuerzas. No se encontraba bien y se le notaba tan cansado que no tomó como un desaire el comentario del fraile.

Al día siguiente, el último grupo, tras delimitar el pozo y cubrirlo de piedras, abandonó orgulloso y triunfal el lugar, en dirección a las latitudes calculadas por el padre Font, unas aldeas casi desiertas en dirección oeste: Pozo del Carrizal, Barranca Seca y Arroyo Seco, la antepuerta del edén californiano. Arribaron al poblado de San Sebastián ocho días antes de la festividad de la Natividad del Señor, en medio de una ventisca implacable donde se alternaba la nieve y la lluvia, que goteaba sobre sus rostros, sombreros, mantas y cendales.

Los indios jecuiches de la nación Quemeya, que la habitaban, salieron huyendo al ver a Arellano, que se había adelantado al grueso del grupo. Eran de pequeña estatura, mugrientos, de piel roñosa, cetrinos e iban desnudos a pesar del frío. Se asemejaban a sucios faunos temerosos de la presencia de los jinetes extranjeros. A los desdichados aborígenes se les veía desnutridos y escuálidos, y en un extremo tal de miedo y de vulnerabilidad que Martín se apenó.

El capitán los llamó con signos de amistad y regresaron asustadizos, cohibidos y vacilantes. Proporcionaron algunos conejos y liebres que cazaban con *macanas*, palos curvos de excepcional precisión, y la caravana les ofreció otros alimentos, que compartieron ante la complacencia del coronel y del padre Font, que los animó a acercarse y comer con ellos.

Los niños tiritaban, a las mujeres les castañeteaban los dientes y los hombres presentaban barbas de dos semanas, pero estaban acostumbrados a desafiar a la naturaleza adversa y aguantar las precariedades del viaje. Aquella noche, los expedicionarios y los jecuiches comieron juntos tortas calientes de maíz y un guiso de frijoles y conejo, y bebieron vino en abundancia. A las tenaces mulas se les dio forraje doble y los mozos cepillaron a los exhaustos caballos. Los vaqueros del teniente habían perdido once reses y se lamentaban entre ellos.

Las mujeres, al tufo hogareño de los fuegos, entonaron atávicos villancicos mexicanos y de la Frontera, que a muchos hicieron llorar y recordar los lares que habían abandonado por una vida más afortunada.

—Nuestro Señor bendice nuestra sagrada misión como una meritoria obra —se expresó el padre Font, al que se le saltaron las lágrimas.

Deserción

El mundo flotante guiado por el coronel Anza, después de un breve descanso en la miserable aldea india, emprendió excitado la última etapa del viaje hacia San Gabriel, San Diego y Monterrey. Y en su interior, el coronel sentía una dicha extraordinaria a pesar del frío, las neviscas pertinaces, la sed y el hambre padecidos por sus seguidores, que jamás soltaban una queja por sus bocas. Abrazó a sus oficiales y se retiró a su jergón a descansar, aunque Moraga lo despertó para informarle de que los apaches serranos habían robado caballos y que tras, perseguirlos, habían confesado por temor a las represalias que se habían dirigido solos a las sierras y que no se ocultaba ningún guerrero de su clan.

—El cielo nos envía cada día una nueva prueba, pero seguiremos.

A un día de reiniciar la partida, y tras celebrar el año nuevo, nació un nuevo californiano en tierras quemeyas, al que fray Pedro impuso el nombre de Salvador Ignacio. Hubo alborozos, excesos y borracheras, que fueron fieramente denunciadas por el franciscano ante el coronel, con quien mantuvo una fuerte discusión por disparidad de criterios de cómo había que celebrar los nacimientos y festejos. El coronel era un soldado y él, un hombre de Dios, y difícilmente llegarían a un entendimiento.

—¡Que corra el vino, amigos míos! ¡Celebrémoslo! La Providencia de Dios nos protege con nuevas vidas a su servicio —zanjó la cuestión.

La caravana no se detenía, aunque el avance era lento por la morosidad que significaba la conducción de reses y acémilas. El coronel animaba a la partida y el fraile repartía consuelo a los más desfallecidos y faltos de brío. El camino serpeaba entre hoyas y pedregales, con escasa agua y sendas de grava que hacían resbalar a las mulas.

Por fin, con los pellejos de agua casi agotados y las talegas y bolsas sin apenas vituallas, y con el año recién comenzado, a los viajeros se les ofreció ante sus ojos la esperada Sierra Madre de California, preñada de nieve. El final se acercaba y alegraron sus semblantes. Durmieron sobre los arenales y despertaron de madrugada, cuando algunos lagartos asomaban las cabezas al

tibio sol buscando su sustento. Los muleros advirtieron de madrugada que una mula y un caballo habían perecido por el intenso frío de la noche, o por beber agua helada. Era una merma continua de ganado y de fuerzas, pero los viajeros eran reacios al desfallecimiento.

Los indios yuma y los pacíficos cajuenche, que poblaban aquellas tierras, los acompañaron amistosos y alborozados durante algunos trechos y les proporcionaron pescados del río, frijoles y calabazas, ante la gratitud del coronel Anza, que les regaló algunas mantas, tabaco y vestidos.

Arellano se encargó de buscar los nuevos pozos marcados por fray Pedro en los ranchos de Mescaltitán, y lo hicieron en unas cañadas peñascosas de una tierra seca, árida e infructuosa. Vadearon luego el río Santa Ana, tras recorrer sus pedregosas cañadas, hasta finalmente alcanzar la misión de San Gabriel, a solo ocho leguas del ansiado océano.

Repicaron las campanas con gran contento de los frailes, de los indios de la nación jeniguechi, que allí eran evangelizados y enseñados a cultivar campos, aprender oficios y criar ganado, y por los expedicionarios, cansados de patear llanuras polvorientas y de sufrir el martirio de los enjambres de tábanos, mosquitos e irritantes moscas, y también de las serpientes y los lobos.

La misión, fundada por el incansable fray Junípero Serra, se había convertido en la más prospera y en la más conocida por sus insuperables vinos. Era un lugar de ubérrimos frutos, de caballadas y de ganados. Al capitán Arellano le pareció una tierra de promisión que habrían de imitar en el norte. Con el fondo turquesa de las montañas y la suavidad de las colinas, y rielando el sol en todo lo alto, se asemejaba al Jardín bíblico.

Al coronel le esperaba una inesperada visita: la del vicegobernador de California, el comandante Fernando de Ribera, un hombretón hosco y atrabiliario, de un genio y altivez endemoniados. Era el jefe militar de la guarnición de San Diego, conocida por su triple y grácil campanario blanco que dominaba un vasto territorio, y que los frailes minoritas dedicaban a la cría de ganado. Tenía dificultades con los indios, y muy severas, según les informó. Lo estaba aguardando en el convento en relación con ciertos actos de vandalismo, e incluso de un levantamiento en la ranchería de Cosoy, de cerca de seiscientos salvajes indios kumeyaayen de la zona.

—Han incendiado la iglesia y asesinado a su párroco, fray Luis Jaime, al que hemos hallado junto a un arroyo seco con el rostro desfigurado y siete flechas clavadas en su cuerpo. Tres dragones se han hecho fuertes y resisten

el ataque —informó Ribera—. A mi parecer se trata de una revuelta general de indios y no sé cómo detenerla.

Anza, a pesar del cansancio y contrariedades de la marcha, se aprestó a ayudarlo, en contra de la opinión de sus oficiales. Pero temía no poder concluir su misión si los salvajes andaban sueltos por la región y en pie de guerra, y los convenció. Salieron veinte soldados con el coronel, jinete de un bayo imponente. El resto de la partida, al mando de Martín y Moraga, se quedó en la misión de San Gabriel para curar las heridas de los caminantes, restañar sus ánimos y reponerse de las largas marchas.

Resolvieron el motín con templada pericia y rapidez. Persiguieron y rindieron a los indios, sin bajas, y con la sola presencia de los dragones de Anza, que hicieron huir a los asaltantes a las sierras del norte.

—Ese Ribera es un militar incompetente —le confesó a Martín al regreso—. Además, desea que no sigamos adelante y que nos quedemos aquí. ¡Es un cobarde y no merece el rango de comandante!

Así conversaban don Juan y el capitán en su tienda a la luz de una vela sobre el rumbo a seguir y las leguas que debían recorrer. Había anochecido y el firmamento estaba invadido por miríadas de refulgentes estrellas y por una luna blanca, esférica y absoluta. Mientras tomaban una reconfortante taza de láudano, el campamento dormía despreocupado y en silencio. Cuando el capitán se retiraba a su covachuela, entró el teniente Moraga, con la mirada de un endemoniado. Los informó reservado:

—Mi coronel, mi capitán, tras la primera guardia, los vigilantes han advertido el robo de algunos caballos y de víveres del establo. Hecho el recuento de hombres, puedo informaros que los infractores han sido un recluta, un criado y tres arrieros mestizos, que firmaron bajo juramento no abandonar la misión. Han desertado, señor.

—¡Malditas sean las parcas! —soltó Anza, enfurecido—. ¡Por el mismísimo diablo que los ahorcaré a los tres! ¿Acaso los traté mal?

—¿Hay rastros de esos malnacidos, teniente? —preguntó el capitán.

—Sí, y muy claros, hacia el sur, según Hosa —informó Moraga.

—Id tras ellos y traedme a esos miserables atados con sogas.

—Todo hombre tiene derecho a la libertad, Martín, pero no cuando atropella a los demás y por su egoísmo pone en riesgo las vidas de todos.

Al despuntar el cuarto día, el teniente apareció con los cinco desertores entre una barahúnda de insultos y escarnios. Los peregrinos les escupían y los militares los observaron con desprecio. Apestabán, pedían agua y venían

vigilados por tres dragones. Arrastraban los pies e iban atados de las manos con cuerdas de esparto.

Miraron solapadamente al coronel Anza, que los esperaba tenso. Llamó al franciscano y a sus oficiales y tomó asiento, como en un tribunal. Gesticuló con furiosa vehemencia y los desertores aguardaron su fallo.

—¿Sabéis que vuestra culpa se castiga con la horca? ¿Qué alegáis en vuestra defensa? —los interrogó severo—. ¡Vamos, hablad!

Moraga los obligó a arrodillarse y el soldado comenzó a llorar.

—Somos conscientes de nuestra deuda con vos y con la gente, por lo que aceptamos el castigo que nos impongáis —reconoció compungido—. Se nos nubló el seso, Señoría, por el cansancio y el hambre. Perdonadnos.

El coronel esperaba otra contestación. Estaba desarbolado y tosió.

—Vosotros me importáis una higa. De haberos escapado con solo vuestras personas, no hubiera mandado a buscaros, pues en menos de dos días hubierais sido devorados por las bestias y carcomidos por los zopilotes, pero nos habéis robado a todos. ¡No merecéis el perdón! —les gritó.

Se vivieron momentos de tensión y los viajeros los increpaban con insultos, abucheos y reprobaciones. Anza conversó con sus oficiales y con el padre Font sobre la sentencia que debía imponerles. Sin dilación habló implacable, taladrándolos con sus azules y gélidos iris:

—¡Bien, escuchad! Juré que en mi expedición preservaría la vida de todos, aunque fueran unos indeseables como vosotros, y lo cumpliré. Seré magnánimo. Recibiréis diez azotes cada uno, y a partir de ahora trabajaréis hasta el último día en los oficios más penosos con las mulas y la carga. Comeréis de las sobras y por las noches seréis encadenados.

Los desertores protegieron su mala conciencia con una actitud de pesaroso arrepentimiento y de la asunción de tan llevadera pena.

—Gracias por vuestra magnanimidad —balbucieron casi al unísono, pensando que iban a ser colgados de un árbol antes de acabar el día.

—Sargento, al cepo. Y ponedles los grilletes. ¡Quitaos de mi vista!

Los latigazos impartidos por el sargento sonaron como ráfagas de viento iracundo. Se hizo el silencio y los viajeros regresaron a sus tiendas.

—Nunca me gustaron las ejecuciones sumarísimas, Martín —le susurró al oído—. Es concederle ventajas a la infame guadaña de la muerte.

—Lo sé, mi coronel. No deja de ser una humillante degradación, pero habéis obrado con una ejemplar magnanimidad que no merecían.

La primera aldea que se encontraron al abandonar las delicias de San Gabriel fue Portezulo, donde el compacto grupo de peregrinos, más silencioso que de costumbre, se dispuso a cruzar el apacible río Porciúncula. La confianza reinaba en sus corazones, pues se acercaban al fin de su azaroso viaje, tras más de ciento cincuenta días de arriesgados tránsitos. Traspasaron varias hoyadas donde se advertían rastros de barro seco de carros, bajo un sol tibio que se parecía al aterrador ojo de un cíclope. Sin demora vadearon el manso río Santa Rosa y Laguna Graciosa. Cumplieron las habituales seis leguas de marcha y, en medio de un vacío imponente de cualquier rastro humano, arribaron a la misión de San Luis Obispo, en la tan añorada Alta California, levantada en mortero y paja.

Algunos de los niños, estrechados al pecho de sus madres, estaban tan blancos de polvo en rostros, pelo y vestidos que parecían embadurnados de harina. Se había producido una severa disentería entre los más ancianos, que precisaban de la farmacopea de los frailes, razón por la que habían apresurado el paso.

Un coro de gritos de los acemileros y boyeros, que largaban por sus bocas maldiciones y alaridos, atronó el incipiente crepúsculo. A las bestias las ubicaron en unos recintos abandonados, junto a una fuente y una granja, donde se oía el caótico cloquear de las gallinas. Un grupo de indios chumash, que en la región llamaban obispeños, vestidos de blanco, y las mujeres de negro con tatuajes rojos de almagre en manos y rostros, los recibieron fraternalmente.

El superior de la comunidad, el orondo fray José Caballer, les ofreció asilo, medicinas y alimentos para los viajeros, que llenaron los odres y cántaros de arcilla y se proveyeron de pan, huevos, tocino, pescado fresco y agua, mientras los niños, con sus ojos inocentes, se empinaban tras los muros para ver a los recién llegados de México, que venían a poblar las tierras del norte californiano. Dos hermanos legos de raza india, de pelo ralo y de rostros oscuros les limpiaron las heridas y les aplicaron ungüentos en los sabañones, hinchazones, picaduras y abscesos, que los volvían patéticos y grotescos. El prior impartió los sacramentos a quienes se los solicitaron y la maloliente tropa lavó sus cuerpos y ropas. Luego descansó.

—¡Dios nos ha guiado a la tierra de promisión! —alzó su plegaria el fraile—. La tierra que mana leche y miel nos aguarda tras Monterrey, *filioli* («hijitos»).

—¡Confiamos en el Señor! —contestaron las mujeres.

El coronel Anza, erguido y presuntuoso sobre su corcel, percibió cómo a sus colonos les corrían las lágrimas por sus semblantes agotados y emocionados. Y de repente, el oficial se sintió invadido por aquella emoción colectiva; y sin desearlo, una clandestina lágrima resbaló por sus pómulos, hasta perderse en su enmarañada barba.

Martín, después de pasar tantos momentos penosos y arduos, sintió que la vida aún le era apasionante y que la experiencia de recorrer cientos de leguas protegiendo a aquellas gentes sencillas y animosas había merecido la pena. Cuando una luz anaranjada se filtró entre los cinamomos, limoneros y cipreses del austero convento, los peregrinos, todos juntos, rezaron a la Reina de los Ángeles, que allí se veneraba.

Era un ejército de paz, aunque claudicante y extenuado, que a no demasiadas leguas hallaría su deseado jardín y paraíso en la tierra.

Quedaron pronto dormidos en un placentero estado de ensoñación.

California *El inefable fray Junípero Serra*

*Monterrey y San Francisco, el edén soñado
Primavera de 1776*

Con la exigua luz del alba, la caravana emprendió el tránsito hacia las aldeas de Los Ositos y Correos, antes de alcanzar la misión de San Carlos y el presidio de Monterrey, capital de California. Gorjeaban los tuleritos y las charas y la primavera estallaba en California en un clarín de verdor entre los nopales y artemisas, avivadas por un sol esplendoroso.

Se oían los trinos, el tintineo de las campanillas de las mulas y de los bocados de los alazanes de los dragones, impertérritos, aunque débiles y agotados en sus sillas por el cansancio acumulado. Su paso era un remedo conmovedor de lo que debía ser un cabalgar marcial, pues el agotamiento, la sed y la necesidad de alimentos los vencía.

Al mediodía cruzaron el abrupto camino, entre un pasillo de olorosos pinos, y divisaron la misión, con la cúpula nívica y el campanil, donde casi mil lugareños, los más indios costanoan, se dedicaban bajo el auspicio de los frailes al cultivo del maíz, el trigo y al cuidado de los rebaños. Miraban con interés a los recién llegados y les dieron la bienvenida entre agasajos.

A la cabeza de la recepción se hallaba fray Junípero Serra, un fraile menudo, casi seráfico, de mejillas sonrosadas, blanca tonsura y radiante sonrisa, a quien los colonos besaron las manos y reverenciaron por ser un icono respetado e idolatrado en aquella parte del mundo.

Su peculiar habla y la manera natural y espontánea de moverse con la Biblia en una mano subyugaron a Martín, que, al besar su cingulo, advirtió por su mirada que aquel hombre poseía algo de la audacia tenaz de los conquistadores españoles que lo habían precedido en aquellos territorios.

Rebosaba vitalidad y le atraía la sensación de enérgica seguridad que emanaba de sus pupilas claras.

—Eran los planes de Dios que llegáramos hasta aquí sanos y salvos —dijo el padre Font al abrazar a su hermano, que le contestó:

—Sus propósitos los ignoramos los pobres mortales, *pater*.

Tras impartir la bendición sobre sus cabezas, Anza, al que se veía enfermo y demacrado, ordenó que acamparan en las cercanías ante la expectación de los indios. Comieron en fraternidad, oficiales, clérigos, dragones y colonos, fuentes de carne asada, pescado ahumado, miel, piñones y nueces tostadas, verdaderos placeres de la civilización que habían abandonado hacía ciento noventa y tres días, y casi olvidado.

Tras el restaurador ágape, el capitán Arellano fue invitado por fray Junípero a contemplar las cuadras de caballos, cuando de repente Martín giró en redondo, hasta que lo vio perfectamente enmarcado a través de la bruma, entre un bosque de mástiles y velas. El objeto de su atención se hallaba en el embarcadero de la luminosa bahía de Monterrey que tenía enfrente. No podía creerlo y musitó entre dientes: «Por todos los diablos».

Recuperó la calma y se dirigió al apasionado prior franciscano.

—Fray Junípero, excusadme. ¿Aquel barco fondeado entre las fragatas, es acaso el *Sviatói Piotr* ruso? Me resulta insólito verlo aquí.

La lenta y minuciosa mirada del franciscano se dirigió al mar.

—Ah, sí, ciertamente, pero ¿acaso lo conocéis? Llegaron hace unas semanas con autorización del factor de la Armada, don Juan de la Bodega, y con sellos del mismísimo virrey Bucarelli, para comerciar con pieles. Su capitán es un buen cristiano, aunque ortodoxo. Asiste a misa desde que arribó y es benefactor de este pobre convento.

—No lo dudo —dijo Martín sin salir de su asombro—. Sí, fray Junípero, intimé con él en un viaje confidencial de observación que realicé con el brigadier Heceta, por mandato del virrey. Yo intercedí para que estos contactos comerciales se permitieran temporalmente, y a fe mía que me alegro.

—Pues yo os acompañaré si es que deseáis saludarlo. He de llevarle unos tarros de miel que le prometí tras enviarnos una generosa dádiva.

—Pero no se extrañe, padre, si la conversación resulta anómala y chocante. Yo para él soy otra persona bien distinta —declaró misterioso.

—Nada de lo humano me es ajeno, hijo mío —contestó sonriente.

Eran las primeras luces y, mientras las fogatas de los colonos anunciaban el desayuno, Arellano aguardó a que fray Junípero acabara la misa. Aspiró el vivificante aire del océano y pensó que se llevaría consigo para siempre el tufo a sudor, miasmas, estiércol, cuero mojado y humanidad que lo había acompañado desde que salieran de Tubac.

Montaron en un carro y se dirigieron al embarcadero, donde había ancladas tres fragatas de la Armada, varias lanchas de correo, barquichuelas de pesca y el barco extranjero. El muelle y las callejuelas aledañas estaban asombrosamente activos a pesar del sofoco. Vio al corpulento marino ruso, con aquella mirada penetrante de lobo estepario, que gesticulaba a sus hombres. Vestía una curiosa mezcla de estilos, una librea española de color bermellón, un chaleco floreado al modo de Cuba y un abrigo de piel de zorro de Alaska, abierto sobre su torso de toro. Su distintivo mostacho retorcido y dientes mellados eran la imagen que aún tenía de él en su cabeza y que no había cambiado nada.

Martín se ataviaba con su reglamentario uniforme militar azul, sombrero con cordón amarillo y capa roja con entorchados dorados. Se destocó y se acercó al mercader, con una sonrisa maliciosa. El marino se detuvo, lo examinó con recelo, dudó, y al fin exclamó:

—¡*Monsieur* Labat! ¿Es que os habéis alistado en el ejército español? Vive San Alejo, mi patrón, que me alegro de veros. *Mon Dieu!*

Una mirada extrañada asomó en los ojos de fray Junípero, pero no bloqueó su intento de explicar el equívoco, reprochándole al ruso:

—Os equivocáis de persona, señor Chirikov, ¿no habéis reconocido al capitán de dragones de Su Majestad don Martín de Arellano?

—¡¿Oficial del ejército español?! —habló alterado—. Vuestra *carte de visite* era bien clara cuando os conocí en Haida Gwaii. Erais un traficante francés de mustang, y así lo creímos el señor Bering, el rey de las islas y, sobre todo, la princesa Aolani, que aún mantiene vuestro nombre en su boca. Me asombráis. ¿Y bien? Espero una aclaración, *mon ami*.

La expresión de la mirada de Martín invalidaba cualquier tipo de engaño. Le rogó al prior y al aventurero acomodarse dentro de la hospedería para conversar, donde pidió hidromiel con ron para los tres, que el fraile cambió por un vaso de limonada.

El ruso hablaba un castellano rudimentario, salteado de frases francesas. Pero no se sentía engañado, sino que le agradaba la situación.

—No soy un traficante, ni tampoco un espía, señor Chírikov, sino un soldado del rey de España, y ahora oficial de alto rango, al que conocisteis en misión oficial. Las potencias occidentales están involucradas como sabéis en una mortífera guerra para dominar esta parte del mundo.

—No nosotros, señor... Arellano. Solo somos una empresa naviera.

—Lo sé, Alekséi —dijo comprensivo—. Y ese fue el cometido que me ordenó el virrey Bucarelli: saber si os alentaba el trono ruso y se aproximaba un ejército invasor a California, o el propósito era meramente mercantil. Por eso me hice pasar por francés, pero con dignidad.

—Pues en aquellas islas todos coinciden en reconocer un gran talento y una rectitud sin fisuras, capitán —lo halagó el ruso.

—No le hagáis caso —dijo sonriente—. Vos me aclarasteis muchas cosas con vuestra comprensión y buena fe en Haida Gwaii. Hoy queda tan claro que hasta el padre Serra os tiene por amigo y bienhechor.

El rostro huesudo y cuadrado del ruso abrió una sonrisa admirativa.

—El caso es que mis beneficios han sido buenos, aunque limitados por el virrey, y nada mejor que una limosna para un cristiano como yo, aunque ortodoxo. Pero os diré que os prefiero como oficial español que como comerciante francés, que, dicho sea de paso, lo hicisteis a la perfección. Nos engañasteis a todos. Sé que me seréis más provechoso con vuestra verdadera identidad —alegó—. No hemos venido a husmear como una jauría a esta bendita tierra sino a mercadear.

Martín aceptó con buen humor la contestación y bebió del vaso.

—¿Y por qué creéis que vuestro barco ha podido recalar aquí? —ironizó y esgrimió una sonrisa pícara.

—¿Por el brigadier Heceta o por el capitán don Juan Bodega que nos visitó tras vuestro viaje? —opinó el naviero ruso.

—Esa es la consecuencia. Escribí un memorándum con mis pesquisas al virrey, tras mi regreso de Haida Gwaii, y en él lo estimulaba a abrir el comercio a vuestra compañía. Será muy fructífero para todos, aunque sea temporal y de prueba, y limitado solo a algunos productos.

Fray Junípero, que conocía los negocios habidos con el ruso, dijo:

—Lo es, hijo mío. Según el factor real, el trueque de productos indios y de Alaska, sobre todo pieles de nutria y morsa y pescado ahumado, abre una era comercial espléndida en esta costa, de la que mis indiecitos se benefician. El convento de San Carlos es uno de sus clientes —aclaró.

—Lo celebro. ¿Y cuándo os permite el virrey comerciar? —se interesó.

—Una vez al año, en primavera, con un solo barco. Suficiente, aunque limitado en el tiempo y mientras él sea virrey de Nueva España.

Al cabo de casi una hora, tras una conversación amistosa, con el sol acercándose al arco del mediodía, Martín vio cómo los cargadores estaban en la bodega sacos de harina, azufre, arroz, toneles de vino californiano, cuero y mantas indias, así como armas españolas y licores.

—¿Y doña Clara Eugenia? —se interesó el oficial por la princesa.

El ruso le envió una mirada cómica, como de cordero degollado.

—Os aseguro, capitán, que si vinierais a buscarla en mi barco la princesa Aolani saldría corriendo tras vos. En Haida Gwaii habéis dejado un territorio conquistado en todos los sentidos —lo aduló sonriente.

Arellano recordó el destello de sus ojos, su melena azabache y aquella boca incitadora de labios sensuales y carnosos.

—Me veo en la obligación de impresionarla y también de ofrecer ciertas aclaraciones a esa bella mujer, a quien estimo de corazón. ¿Podrías llevarle una carta en mi nombre, señor Chirikov?

—¿Acaso lo dudáis? Zarpo dentro de tres días, capitán.

Al regresar a la misión, el fraile y Martín notaron a Anza indignado y rojo de furia, que parloteaba con el teniente Moraga. Algo no iba bien.

—¿Qué os sucede, don Juan? —preguntó fray Junípero, alarmado.

—Excúlpeme, padre, pero el comandante Ribera, ese altanero e incompetente oficial, me pide que no lo abandone a su suerte y que mis colonos no sigan hacia delante, sino que se instalen en Monterrey para protegerlo a él. Es un indecente, ¡vive Dios! Además, yo no puedo contravenir la orden del virrey de fundar una nueva colonia para España.

—Don Juan, vos habéis arribado enfermo y vuestros colonos y soldados están agotados, famélicos y desnutridos. Nada perdéis en permanecer en la misión de Carmelo unas semanas más. Ribera recapacitará y podréis proseguir hasta la bahía. Dejadlo de mi mano.

—¡Haré caso a vuestra paternidad, pero ese Ribera es un loco inepto, incapaz de vigilar a una anárquica tropa de indios harapientos! —bufó.

—Vuestra misión está auspiciada por un proceder noble, y veo que no os anima el deseo de gloria, sino el del deber de culminar las aspiraciones de vuestros sufrientes colonos y conducirlos al norte. A Ribera solo lo estimula el estar por encima de todos, virtud nada cristiana —dijo el fraile.

Martín había adivinado en el prior franciscano que no era solo un reputado hombre de Dios, sino un ser sabio y protector cuya influencia en California le podría ser muy valiosa en el futuro. Poseía una mente receptiva y abierta, y no parecía tener buena opinión del vicegobernador Ribera, nombrado por el virrey Bucarelli contra su voluntad y criterio.

Con la sola luz de una vela cogida del dispensario del convento y los rayos azulados de la luz de la luna, Martín inició en su tienda la carta para Aolani. Fuera, los colonos cenaban alrededor de las hogueras, los chiquillos corrían y gritaban y se oía el suave murmullo de las copas de los naranjos, azuzadas por la brisa nocturna que venía del océano.

Dejó a un lado el *Diario Filosófico* de Voltaire que estaba leyendo y pensó en doña Clara, Aolani, o «Nube Celestial». Lo atraía, lo había impresionado desde el primer día en que la vio y le halagaba que no lo hubiera olvidado, lo cual significaba una venturosa sorpresa para él. Estaba prendado de ella y había sustituido en su corazón a la imposible Wasakíe. Aquella feliz alternativa lo había convertido en atrevido. Abrió el recado de escritura, removió la tinta *atramentum* y afiló la pluma. Luego escribió:

*A doña Clara, en las islas afortunadas de Haida Gwii.
De Martín de Arellano, capitán de Dragones de Su Majestad.*

Os extrañaré, mi apreciada e inolvidable Aolani, el cambio de nombre, ya que vos me conocisteis con la identidad de un ciudadano francés de Tejas, tratante de caballos. Me vi obligado a hacerlo por mor de la debida obediencia a mis superiores, que, alarmados por la presencia de los rusos en las costas californianas, me enviaron en comisión secreta a vuestras islas.

En la política y la diplomacia, los agentes reales suelen ser hombres honrados a los que se envía fuera de su país para mentir en bien de su rey. No faltamos a las leyes divinas, y si os burlé en cuanto a mi naturaleza, jamás lo hice con mi corazón, que no ha dejado un solo día de recordaros. Es igual que sea Victor Labat o Martín de Arellano. Os hubiera amado igual. Sigo pensando en vos y, después de este tiempo de separación, no me sorprende que sigáis instalada en los pliegos más íntimos de mi corazón.

Comprendedme, os lo ruego, Aolani, y perdonadme. Me vi obligado.

Recuerdo la suave cadencia de vuestra voz y vuestros destellos de perplejidad cuando os hablaba del mundo occidental que tanto os atrae. Vuestros ojos color avellana siguen iluminando la oscuridad de mi soledad afectiva, pues con ellos escrutabais mi alma como nadie lo ha hecho. Me refugio en vuestro efervescente recuerdo, cuya vitalidad me anima.

Aquellos eternos e imborrables instantes de pasional amor en vuestra casa de madera, admirando las hojas de los abetos dorados y las estrellas resplandecientes en el firmamento, han quedado grabados en mi alma a fuego. Sigo admirando vuestro rico mundo interior que tanto me subyugaba, y añoro nuestras conversaciones.

Ahora, por decisión de mis superiores, me veo embarcado en una severa prueba para un soldado, como es la de conducir a una expedición de colonos llena de incomodidades, insatisfacciones y peligros a través de los áridos desiertos de

Nuevo México y California, donde he tenido la fortuna de encontrarme con el capitán Chirikov. Él nos servirá de singular correo, si es que vuesa merced desea contestarme y mantener una relación epistolar, hasta tanto pueda visitaros en Haida Gwaii, ya que en lo sucesivo visitaré Monterrey por mor de mis obligaciones.

Quedo a vuestra comprensión y a vuestra respuesta.

Monterrey, California, Haida Gwaii en marzo del año del Señor de 1776.

Amanecía el veintidós de marzo, y Anza se precipitó del catre.

Al coronel no le bastaba con liberar su frustración con palabras y exabruptos y, como si una luz surgiera en su mente, decidió tomar la iniciativa al margen de las apetencias personales del comandante militar Ribera, aunque era evidente que estaba afectado y que poseía esa mirada acuosa y desmayada de los enfermos. En su rostro crispado y adusto, Martín advirtió diferentes emociones: dureza, irritación y recriminación por el torpe y obtuso Ribera, y también furia mal contenida.

—Martín, avisa al teniente Moraga y a fray Pedro, y elige un pelotón de nueve hombres —le ordenó—. Salimos hacia la bahía de San Francisco en tarea de reconocimiento. A mí no me doblega nadie, y menos ese Ribera.

Sus ojos parpadearon y salió de la tienda. La inactividad asfixiaba a Martín, que ardía en deseos de salir de rastreo con su admirado coronel.

La partida militar de reconocimiento salió antes del alba.

Exploraron la cañada de San Benito y el arroyo del Pájaro, donde realizaron una provechosa caza de ciervos, y al octavo día contemplaron extasiados el paraje de la ensenada de la Yerba Buena —antiguo nombre de San Francisco— y la laguna de Dolores, lugar que Anza valoró como favorable para que los colonos construyeran allí mismo sus viviendas.

El aire desprendía un grato aroma a pino y a resina y reinaba un profundo silencio en la azulada bahía. El coronel derramó una mirada gozosa hacia las rocas desnudas, donde pudo distinguir la tosca cruz de madera erigida años atrás por su descubridor, el capitán Portolá, centinela silencioso de la presencia española desde entonces. A Martín le pareció que un dios olímpico dirigía su mirada adusta a un territorio bendecido por la mano del Altísimo, y que estaba obrando según sus mandatos.

Cabalgaron por los contornos de la bahía durante cuatro días y tuvieron los primeros contactos con los indios ohione, sus moradores originarios, una raza acogedora y amistosa, que se ofrecieron a servirles de guías. Anza les regaló carne de venado, cecina y galleta, y se congratuló al verlos tan felices y dispuestos. Conforme caminaba, la mente ordenada del coronel fue erigiendo el mapa de las futuras edificaciones.

Cayeron algunas gotas de una tormenta pasajera con rayos y relámpagos que iluminaron el firmamento con un resplandor encandilador. Los caballos resoplaron y el del fraile se encabritó, pisoteando el liquen, la hojarasca y los helechos mojados. Después se serenó. Olía a tierra mojada y a una brisa marina reparadora. El coronel divisó un cantil níveo en la bocana y rogó que le siguieran. Desde él, la vista de la bahía, de las islas y del valle resultó a los soldados hermosa e inconmensurable.

—Este farallón plano —aseguró Anza limpiándose el agua del rostro—, resultará un grandioso abrigo marítimo. Es el lugar idóneo para alzar el presidio, resguardado de los vientos y en la misma bocana; y la laguna de Dolores, para instalar la misión, padre Font. Las casas de los colonos deberían construirse entre ambas, pues abunda el agua, la leña, la madera y las tierras parecen muy feraces. ¡Apuntadlo!

—No exageraba fray Junípero al tildar esta bahía como un vergel y un puerto magnífico y abrigado —afirmó fray Pedro, que dibujaba cuanto veía y calculaba la latitud de los puntos señalados por el coronel para construir los edificios futuros del poblado.

Al día siguiente contemplaron el fondo del puerto y el caudal del río de aguas lentas y cauce ancho, donde un bosque de árboles rugosos se espesaba. Probaron la óptima calidad de los pastos y la bondad del clima. El día siete de abril, un día poroso, dieron por concluida la exploración.

—Podemos considerar que hemos cumplido con el deber que nos ordenó el virrey Bucarelli. La bandera de España ondea en la Baja y en la Alta California y en la bahía de la Yerba Buena. ¡Dios salve al rey, y que Nuestro Señor nos bendiga!

Moraga plantó semillas de maíz y garbanzos cerca de la misión, y Arellano, Font y el coronel concluyeron el mapa que debían secundar los constructores para asentar la iglesia, el fuerte militar y el poblado de la nueva colonia, que se llamaría definitivamente: San Francisco de Asís.

Martín sabía que su superior no sonreía con facilidad y que a veces era arrogante, aunque apasionadamente humano. Pero al partir sonrió.

La reunión organizada por el coronel Juan Bautista de Anza con sus oficiales y los padres franciscanos sonaba a despedida, concluida con éxito la fundación de la futura misión de San Francisco. Por vez primera Martín lo vio con los hombros encorvados, las manos crispadas en la espalda y los ojos

bajos. Sus labios estaban curvados en una mueca de insatisfacción. Parecía trastornado, pero habló sereno:

—Tengo que informar a vuestras paternidades, y a vosotros, mis leales oficiales, que a pesar de las dificultades de todo tipo que hemos sufrido, he mantenido unido e intacto el grupo de colonos hasta el final. He explorado el territorio desde Sonora hasta Monterrey, trazado mapas y elegido los lugares donde se levantarán los edificios de la nueva colonia de San Francisco. Misión cumplida, pues. Aquí doy por concluido mi quehacer, y deseo que así se registre en las actas de la expedición.

El teniente José Joaquín Moraga se rascó la cabeza y preguntó:

—¿Y no aguardáis al vicedgobernador para que con su presencia sancione este importante asentamiento español del norte? Precisamos de su permiso firmado para proseguir y culminar nuestra tarea, mi coronel.

Don Juan esbozó una sonrisa ausente y vacía. Estaba irritado consigo mismo. El desprecio de Ribera había sido un golpe insoportable.

—Le he escrito dos cartas y no ha contestado. Le he enviado un mensaje y me pide que nos veamos en San Gabriel para discutirlo. Yo no discuto este asunto. Vine a hacer algo y lo hice sin más. Este oficial del rey no merece su cargo, créanme. Yo he cumplido con lo que se me pidió desde la capital del Virreinato. Ahora a él corresponde dar la licencia para proceder al asentamiento de San Francisco. Pero tiene miedo, señores.

Se le notaba un gran fastidio en su ánimo, y Martín sabía que, para él, aquello era una deshonra. «Humillado por un tipo medroso e incapaz», pensó.

Fray Junípero, que lo admiraba, quiso reconfortarlo.

—El éxito y la reputación del establecimiento de la colonia de San Francisco es vuestro y solo vuestro, don Juan. Dios os ha alentado. Habéis obrado como un caballero, como un hombre de honor y como un cristiano.

—A Él sean dadas las gracias —contestó—. Bien, amigos míos, retorno en unos días a Tubac junto al capitán Arellano, el padre Font, el tesorero y siete dragones con sus mozos de cuadra. Antes del verano debo dar cuenta en México a Su Excelencia de la misión. Sé que además está preocupado por las últimas incursiones de los salvajes comanches.

El teniente Moraga alzó su largo cuello y nuez prominente y dijo:

—¿Y quién proseguirá con los avatares del asiento de colonos y colonización en la bahía, mi coronel? No podemos fracasar ahora que estamos a un tiro de piedra —lo animó—. No lo permitáis.

—No fracasaremos, teniente —lo cortó—. Dejo por escrito las disposiciones de la fundación y los planos diseñados para el poblamiento de

San Francisco por fray Pedro, que he consensuado con fray Junípero, alma de este proceso colonizador en California. Y nadie mejor que vos, teniente, para convertirnos desde hoy en el guía que conduzca a los colonos a San Francisco, una tierra tan hermosa, como vos mismo habéis visto, y llena de futuro y riqueza. La fragata *San Carlos* conducirá los pertrechos y víveres por mar, y en ella irán carpinteros y albañiles, que os ayudarán a construir la nueva ciudad.

El teniente se quedó perplejo. No lo esperaba y balbuceó:

—Mi coronel, vuestra obra será consumada según vuestros deseos. Acepto con honor vuestra orden —dijo, y se cuadró dando un golpe marcial.

—Vos concluiréis esta honrosa empresa, Moraga —admitió con dolor.

Un clamor de vivas y vítores se alzó en la misión franciscana.

La despedida del coronel y del capitán Arellano constituyó el paradigma del respeto, el cariño y la admiración; y también de la frustración para los colonos y soldados, que admiraban a los dos militares y que deseaban arribar a San Francisco con ellos como guías. Pero conocían su carácter y sabían que no se plegaría ante los atropellos de Ribera. Las mujeres prepararon una comida especial y hasta fray Junípero pronunció un discurso de adiós que inflamó los ánimos de todos, acreditando la entrañable cordialidad franciscana.

Los expedicionarios, que los adoraban, parecían amnésicos y mudos. No hablaban. Una marcha militar y solemne al son de los tambores, y con los apesadumbrados colonos situados en dos filas mostrándoles su afecto, fue la mejor manera de despedirlos, como el himno religioso que les dedicaron los niños con sus voces aflautadas.

Y cuando la patrulla al mando del coronel abandonaba a medio galope Monterrey y la misión, la campana de la misión repicó a gloria.

Martín se sentía pagado por tanto agotamiento, laboriosidad y peligros. Cabalgaba de nuevo junto al hombre que más admiraba.

Recién salido el sol, sus rayos brillaban tenuemente en la misión de San Carlos, aquel tibio 14 de julio de 1776. Moraga había reunido a los viajeros y a los dos frailes que lo acompañarían hasta San Francisco.

—¡Amigos míos! —los arengó con fervor—. Nos aguarda el último trecho del camino, el más corto y también el más gozoso. Siguiendo las instrucciones de nuestro coronel, alcanzaremos en unos días la culminación de nuestros desvelos. Un futuro de seguridad y de pan para nuestras familias nos aguarda. ¡No desfallezcamos ahora!

Fray Junípero entrelazó sus manos y se dirigió a los viajeros:

—Queridos hijos, la libertad de una nueva vida debe colmar vuestros corazones extenuados y alentar vuestros espíritus. San Francisco y sus fértiles tierras significarán para vosotros el refugio y la salvación.

Para ellos era un día festivo y ya no parecían una partida de pordioseros. Estaban entusiasmados por concluir su viaje de una peregrinación dura y agotadora. Los colonos llegados de Sonora y Nuevo México ignoraban que aquel día, y en la misma tierra pero en el océano opuesto del Atlántico, ciudadanos libres como ellos y antes súbditos del rey de Inglaterra proclamaban la independencia de las colonias orientales.

El sargento Grijalva hizo sonar su tralla de cuero. Una recua de mulas ambladoras y fuertes, cambiadas en el convento, y dos sementales comprados por el coronel aguardaban la marcha hacia San Francisco.

«Un lugar tan bello —según había relatado el capitán Arellano a los frailes y colonos— como el primer día de la Creación».

Nuevo México

*Santa Fe y Palo Flechado
Otoño de 1778 y verano de 1779*

Tras renunciar a entrar en San Francisco a la cabeza de sus colonos, a los que quería como a hijos propios, y después de casi trescientos días de duras cabalgadas y mil leguas recorridas por los desiertos de Arizona, entre penurias, fiebres, disenterías y la hostilidad de los indios, la salud don Juan Bautista de Anza se había deteriorado considerablemente, aunque con los cuidados de su esposa, doña Ana, se fue recobrando e incluso adquirió renovados bríos.

Pero nunca se había acercado don Juan a la gloria como con aquel viaje de exploración de California, hasta el punto de que su fama de soldado y conductor de hombres se había extendido por toda la Frontera. Los principios conductores de su vida, el honor, el desprecio a la muerte, la compasión, la tolerancia y la disciplina, habían obtenido su recompensa.

Y como justo premio, el virrey de Nueva España lo había nombrado gobernador de Nuevo México, distinguiendo sus méritos y esfuerzos.

Cuando el sol lamía las montañas de Sangre de Cristo y las riberas del río Grande, el capitán Arellano cruzó la plaza pública de Santa Fe, la capital de Nuevo México y asentamiento secular de los indios pueblo. Alzó la vista y entró en el palacio del gobernador, un largo y armónico edificio de adobe de una sola planta con columnas y resaltes de madera, vigilado por seis dragones de cuera, que lo saludaron marcialmente, mientras se desprendía de los guantes blancos y se destocaba del sombrero.

Vio a su idolatrado jefe con el uniforme blanco de su alto rango con entorchados dorados impecablemente ajustado, y observó que su barba se

había encanecido. La gravedad de su aspecto conmovía. Lo saludó marcial, como correspondía a un gobernador general de la Corona de España.

Para Anza no fue difícil hacer comprender a su lugarteniente la trascendencia de sus próximos planes, relegando al olvido los avatares californianos. Sabía que lo deseaba vivamente desde hacía largo tiempo. El coronel estaba dispuesto a hablar de guerra.

—Martín, acomódate. Escucha —le dijo paternalmente mientras se atusaba sus poblados bigotes—. Ha llegado el momento de acabar con esos comanches y de paso aplastar al bastardo de Cuerno Verde.

—Ese comanche es un hombre violento, supersticioso e ignorante.

—¿Sabemos dónde se encuentra ahora, Martín? —preguntó.

—No a ciencia cierta, aunque merodean por los alrededores de Taos —dijo—. Mis exploradores, coronel, me informan de que esos violentos paganos están apilando armas y haciendo una leva de guerreros de varias tribus de desnudos. Queman pueblos y ranchos con total impunidad, y siguen con la caza y secuestro de niños apaches. No debemos perderlos de vista.

El carácter taciturno del coronel Anza en los últimos meses había cambiado. Estaba más jovial y se le veía con rejuvenecidos ánimos. Se alegró. La residencia del gobernador no era lujosa, pero abundaban los adornos de lujo, las lámparas, tapices y bargueños castellanos. El coronel se desabrochó el uniforme y fumó vehementemente de su oloroso habano.

El virrey lo había elegido líder de un territorio despiadado solo hecho para valientes y de mucha más extensión que España. Había acertado.

—Junto al nombramiento, he recibido decenas de cartas de colonos y rancheros de Kansas, Oklahoma y Tejas que se quejan de sus atropellos —le informó—. Los tenemos fuera de control de nuevo, y me preocupa.

Martín examinó sus facciones. Don Juan había envejecido, cierto, pero seguía teniendo la mirada de un viejo zorro de la estrategia militar.

—¿Y qué habéis pensado hacer, mi coronel? No se puede demorar.

Su dicción de un perfecto castellano le encantaba a Martín.

—He solicitado refuerzos y más dineros al virrey de México, y cuando lleguen, que no será antes de cinco o seis meses, atacaremos.

—¿Tenéis un plan, señor? Porque yo he meditado sobre el asunto.

Anza encogió las profundas arrugas de las comisuras de su boca.

—Aún no, pero te escucho interesado. Traeré el mapa del territorio.

El capitán tenía claro que había que enfrentarse a los comanches con astucia, severidad y contumacia. Pero sobre todo con inteligencia, burlándolos y anticipándose a sus escurridizos movimientos.

—Vos mismo nos lo enseñasteis a los cadetes en la Academia. —Y recordó sus clases en la Academia de dragones de San Ignacio—. Guerras de la antigüedad, el Gran Capitán en Italia, Alejandro en Persia, Alcibíades. ¿Acaso lo habéis olvidado, don Juan?

El gobernador encogió los hombros y lo miró fijamente.

—No te sigo, Martín. Vamos, desembucha —lo animó jovial.

—Mirad, señor. ¿Recordáis las Guerras Púnicas de Tito Livio que nos obligasteis a memorizar en latín, cuando el general Aníbal Barca venció a los romanos en cuatro memorables batallas? Lo estudiamos concienzudamente, e incluso nos examinasteis de ellas.

Don Juan sabía que Martín, como buen estratega y alumno, tenía un plan estructurado. Frunció el entrecejo con un interés visible y codicioso.

—Ciertamente, prosigue, hijo —lo animó sonriente.

—Veréis. El estratega cartaginés atacó a Roma por la espalda, cosa impensable en aquella época, cruzando nada menos que los Alpes. No esperaban aquella estrategia y los cogió desprevenidos. Y así pudo vencerlos en su terreno. He reflexionado largamente cómo atacar y acorrallar a los comanches. Mi objetivo es salir de Santa Fe con un nutrido ejército de no menos de quinientos dragones con rumbo norte —dijo, y lo señaló en el mapa abierto—. No se esperarán que los ataquemos por allí.

Martín aguardó el efecto de sus argumentos en su coronel.

—¿En dirección opuesta, Martín?! —se extrañó el gobernador.

—Prestadme atención, mi coronel. Atravesaríamos el país de los utes y subiríamos por el río Conejos hasta el territorio de Arkansas. Desde allí haríamos un barrido desde las riberas del río San Carlos hasta donde llegan esos salvajes con sus letales correrías, sin que noten nuestra presencia. Cruzaríamos luego el paso Sangre de Cristo y bajaríamos por el camino de Taos y por la orilla derecha del río Grande hasta las llanuras de Palo Flechado y Chimayo, poblaciones donde suele atacar Cuerno Verde.

Sus argumentos estaban llenos de convicción y de seguridad.

—O sea, un recorrido envolvente de norte a sur para que no se escape ese sanguinario, y menos aún que nos descubra por lo descabellado del ataque. ¿Lo he entendido bien, Martín? —preguntó, sabiendo que aquel aguerrido capitán era lo mejor que tenía en sus regimientos.

—Así es, don Juan. Con paciencia y cautela lo sorprenderemos por la espalda y acabaremos con el «problema comanche». Os lo aseguro.

Anza sintió una sensación de victoria con solo pensarlo.

—La verdad es que tal como lo has explicado evidencia una gran posibilidad de éxito, ciertamente. Después, con el enemigo vencido, llegaría el tiempo de la pacificación, mi gran aspiración —se expresó Anza.

—Y acabaremos con las tierras asoladas por esa plaga maldita —afirmó un Martín optimista—. Os lo aseguro, mi coronel, el Monte del Diablo, esa cresta rocosa donde suele refugiarse ese demonio, y que tanto temen los lugareños, se convertirá en una leyenda olvidada.

De pronto Anza se sumió en una honda reflexión. Mojó los labios en su sempiterna copa de brandi añejo y calló mientras meditaba. Aquel hombre que conocía desde su pubertad le infundía confianza; y el plan era muy factible.

—Lo meditaré, pero tú siempre ves más allá de donde perciben los ojos de los demás oficiales. Bien, necesito un informe detallado de tu objetivo, con mapa incluido, y firmado por ti. Lo enviaré de inmediato al virrey. Elabóralo con el habitual *Tratado familiar de la Cifra*, y con total reserva.

Parecía que Anza estaba convencido y que no revocaría el plan del capitán de dragones. Antes bien, lo llevaría a cabo al pie de la letra.

Martín sabía que, en varios días, y en la soledad de su gabinete, debería transmutar las penalidades de un ejército en marcha, las fatigas, los ataques, el gasto de impedimentas y caballos y el calvario de sus hombres en bellas palabras para contestar a un viejo virrey sentado entre boatos y oropeles, con el fin de que agilizara el envío de tropas y bagajes y librar la guerra final. Los gritos de dolor, indignación e ira de los indefensos colonos de aquellos vastos y hermosos territorios así lo demandaban.

Un sirviente entró en el despacho y despabiló las velas.

Martín abandonó la comfortable sala, saludando antes a su superior, que lo despidió con paternal afecto. Ambos deseaban llevar a cabo cuanto antes su justa causa y que los rancheros de Tejas y Nuevo México, ahora afligidos y rendidos por el sufrimiento, tomaran venganza de un agravio injustificado y cruel, perpetrado por un hombre brutal: Cuerno Verde.

No obstante, Martín no olvidaba que aquel diablo había matado a su padre. Y aquella insufrible herida aún no se había cerrado en su alma.

El crepúsculo ardía con celajes púrpura, semejantes a la sangre.

Un tropel de niños comanches desnudos, seguidos de una juguetona jauría de sabuesos, se había bañado en unas hoyas de los cerros próximos a la sierra de

Almagre, en Arkansas, y regresaban al recinto tribal de los comanches jupe en medio de una niebla desvaída.

El sol ascendía por las últimas colinas de la sierra Sangre de Cristo, donde habitaba el lobo gris y el oso, y donde aún quedaban islas de nieve del invierno vencido. El rocío silvestre y los trinos de los pájaros escoltaban sus risas, y una de las niñas tocaba en su *quena*, una flauta hecha con la clavícula de un apache, una canción de primavera que todos coreaban.

En un terreno alto, cercano al río Arkansas, Cuerno Verde había asentado el campamento de la tribu, donde ejercía como jefe indiscutible y venerado. Rocas, angostas gargantas y farallones de piedra lo ocultaban de la mirada de cualquier ser vivo. Estaba rodeado por una herbosa pradera en la que pastaban los ponis y los mustang, y cobijado por un bosque de sotoles, yucas y robles que lo escondían de la vista de posibles espías hispanos y de viajeros indiscretos.

El pueblo comanche amaba la naturaleza salvaje, veneraba al sol, les gustaba sentir en el rostro el viento que descendía de las montañas y beber de los arroyos cristalinos, tenderse en los valles para contemplar el cielo azul y sereno, o las estrellas rutilantes en la noche y cazar en los brezales aves acuáticas, y búfalos y antílopes en las praderas, donde demostraban su valor y se hacían acreedores de las plumas de prestigio. Pero sobre todas las cosas amaban al imperioso animal que los había distinguido entre las naciones indias: el caballo.

Montaban a todas horas, aprendían acrobacias prodigiosas sobre sus lomos y cuidaban a los potrillos y sementales como si fueran de su misma sangre. Pero solo en la guerra hallaban su verdadero espíritu y razón de ser. Valentía, impiedad, sigilo, paciencia, resistencia y crueldad eran las virtudes del pueblo comanche, que concebía como una debilidad intolerable respetar a sus semejantes y tener compasión de su dolor. Las praderas, el «hogar de los vientos», les pertenecían, y los espíritus tutelares, el lobo, el coyote y el águila los protegían. Y desconfiaban de todos.

Los lobos de las montañas habían dejado de aullar.

El hijo menor de Cuerno Verde, Kahya zhe o «Pequeño Conejo», un brioso niño de poco más de doce años, de nariz chata, ojillos hundidos, largas trenzas y dientes mellados, se dirigió presuroso a la tienda de su padre, que lo esperaba para mostrarle el escudo que le había fabricado para que lo usara en las ceremonias y muy pronto en la guerra.

Lo encontró erguido en la puerta de la tienda. En su cinto brillaban un cuchillo y un hacha, cuyas fundas estaban decoradas con dientes de sus

enemigos vencidos. Sonreía con una mueca ruda y enigmática. Cuerno Verde amaba a los niños de su clan e idolatraba a sus cuatro hijos, en especial a Pequeño Conejo, pero no guardaba el mismo miramiento por su esposa Do Li o «Ave Azul», del pueblo navajo, y por sus esclavas y concubinas, a las que maltrataba con abusiva dureza.

Pequeño Conejo sabía que su padre detestaba de igual modo a los apaches que a los intrusos españoles, y que desde que muriera su abuelo se había convertido en el jefe indiscutible de su pueblo. Le gustaba el mescal, tanto en bebida fermentada como la dulce pasta de las hojas de la pita, que consumía en abundancia. A Pequeño Conejo le asustaban sus accesos de ira, porque era un hombre habitualmente intratable. Pero su apostura, el cabello largo e hirsuto sobre los hombros, su boca grande y mirada despreciativa hacia sus guerreros y enemigos lo cautivaban.

Empedernido ladrón de caballos, Cuerno Verde era un hombre robusto, de anchas espaldas, nariz aguileña y expresión fiera, que hacía gala en las fiestas de ser un consumado jinete. Amaba la vida regalada, presidía los consejos bajo un dosel de pieles, como un sátrapa persa, y le agradaban las mujeres resignadas y las dóciles niñas y esclavas robadas a otras tribus, como los sioux tetons, los apaches lipán y los oglala.

Desde que rielara en la noche la Luna del Antílope (julio), Pequeño Conejo sabía que su padre había vivido cuarenta y seis lunas de verano, y que prevalecía por su osadía y arrojo por encima de los guerreros y jefes comanches, como el ardoroso Nube Negra, el intrépido y gigantesco Cuchillo Largo, el belicoso Lobo Gris y el joven Diez Osos.

Y en una raza carente de héroes legendarios, Cuerno Verde se había convertido en el máximo adalid y en el único guía capaz de aglutinar a todas las tribus comanches —los yamparika, los kotsoteka y los jupe—, y hacerles frente a los temibles dragones hispanos, de los que aseguraba:

«Son los únicos soldados del mundo a los que merecen enfrentarse los comanches. Pero son extranjeros y merecen ser aniquilados».

Cuerno Verde, el sangriento azote de la Frontera, exterminador de pueblos y látigo infatigable de los dragones hispanos, se había consolidado con el tiempo como el gran *mahimiana paraibo*, o líder de la nación comanche, que lo había elegido campeón de sus aspiraciones expansivas. Poseía cuanto un líder comanche debía poseer: personalidad, arrojo, liderazgo y los *haits*, amigos verdaderos en las tribus hermanas.

Por vez primera las tribus comanches del sur y del este se habían unido bajo el carisma de un jefe esforzado y eficaz, y único cabecilla capaz de

enfrentarse abiertamente a los soldados españoles y proporcionarles un botín que mereciera la pena. Bajo su mando saqueaban ciudades y ranchos, hasta el punto de que los colonos comían cueros viejos y la piel de los arzones de sus caballos.

Cuerno Verde y sus implacables guerreros penetraban como cuchillos por el paso de Ojo Caliente y devastaban reiteradamente Santa Clara, Mambé, Galisteo, Pecos, Jémez, Tomé y Albuquerque, sin que los pocos dragones que las defendían pudieran enfrentársele por falta de efectivos y de caballos. El miedo a los comanches cruzaba siniestro sobre los poblados, ranchos y aldeas, como murciélagos en la noche. Quemaban los maizales y robaban mujeres y niños, que empleaban como esclavos para cuidar de sus campos o para venderlos a los franceses del Golfo. Solo Santa Fe resistía a sus ataques.

«Es Atila el Huno renacido —solía decir el coronel Anza a Martín—. Es insoportable la barbarie, la insolencia y la maldad de esas bestias. Y los colonos viven atados al miedo como a una maldición bíblica».

Desde Sonora hasta Tejas se extendía su gran campo de pillajes.

Cuerno Verde, coloreado con tatuajes de serpientes pavorosas en sus brazos, recibía los parabienes de los hechiceros, que le aseguraban que el espíritu del Bisonte Blanco reinaba en su audaz corazón y en la sabia de su sangre y que era la reencarnación de Shaudin o «Luz del Sol», el jefe guerrero más valeroso y temerario de la vieja nación comanche.

Y lo temían.

Pequeño Conejo cruzó el poblado sorteando las pieles que se curtían al sol y las lascas de carne de bisonte que se secaban en los viejos armazones. Detrás de la tienda lo aguardaba su padre, Cuerno Verde, junto a un trípode donde guardaba su casco de guerra, el terrorífico gorro por el que era conocido, una testa negra de bisonte con los finos cuernos de jade verde, y el objeto máspreciado por un guerrero comanche, el escudo redondo de guerra, en el que brillaba pintado un búfalo y varias tortugas. Un rabo del mismo animal colgaba de su parte inferior, y de los laterales, una docena de lustradas plumas de águila.

El pueblo comanche aceptaba que los escudos eran necesarios en el combate más por su valor mágico que real para evitar las flechas y los golpes de las mazas de los enemigos. Su auxilio espiritual era más efectivo cuantos más talismanes contuviera, y los reverenciaban desde que tenían uso de razón como su pertenencia más valiosa.

—Las plumas, «conejito mío» —le dijo—, nos dotan de valor y de una rapidez vertiginosa en el campo de batalla. Su poder, querido hijo, ya ha sido

lanzado contra los dragones españoles desde que lo expuse fuera del tipi. Su influjo sobrenatural ya está haciendo mella en esos extranjeros.

—¿Y esas pequeñas tortugas que rodean al búfalo, padre?

—¿Sabes?, las tortugas viven muchos años y el comanche que se defiende con ellas vivirá largo tiempo a pesar de sufrir heridas en la pelea. ¿Ves esta cicatriz que tengo en el pecho? —Y se señaló el torso, orgulloso—. Me la ocasionó un dragón español y sobreviví gracias a estos talismanes.

El niño lo observaba hipnotizado y vio cómo un tropel de chiquillos y alguna vieja que acarreaba leña se sentaban alrededor y a una prudencial distancia del gran jefe, al que respetaban y adoraban. Les gustaba oírlo. Cuerno Verde penetró en la tienda y salió con un paquete envuelto en una manta en sus manos. Miró a su hijo sonriente y le dijo:

—Este es el escudo que te acompañará en tu vida de combatiente de tu pueblo. Lo han bendecido los chamanes y el «hombre medicina» de la tribu. Lo he hecho con mis propias manos, como este, que lo forjó mi padre Tabivo Naritgant, tu abuelo, el más aguerrido de los comanches.

—¿Y cuándo te acompañaré a ti y a mis hermanos en el combate?

—Estás en la edad en la que no eres ni un niño ni un hombre, pero cuando transcurran dos Lunas del Antílope me acompañarás en la batalla. Mientras tanto te adiestraré en el manejo de las armas y del caballo.

El escudo olía a cuero perfumado y a tintura de color. Era dúctil, manejable y asombrosamente bello. Lo cogió en sus manos y observó el adorno, un águila blanca con plumas azuladas que lo cubría casi por entero. Un plumaje cromado de rojo y negro lo engalanaba en su derredor. Pasó la banda interior por su brazo y lo mostró a sus amigos, que rieron y lanzaron gritos al aire entusiasmados.

—¡Es fantástico, padre! ¡Soy un guerrero! Y tiene grabado mi animal tutelar. Gracias —dijo, y abrazó a su padre enternecido.

El aire olía al fuego de las hogueras, a tasajo del que hacían las mujeres y a bosta de caballo. Cuerno Verde llamó a otros amigos de Pequeño Conejo, que acudieron como rayos haciendo un corro a su alrededor. Era su ídolo, su ejemplo, su héroe reverenciado.

—No creáis que siempre fuimos un pueblo prisionero de los riscos, desarmado y sin autoridad ante las naciones indias. La bravura y el temple no pueden desaparecer en los jóvenes comanches, ni dejar que los apaches y los españoles nos las arrebaten. ¿Comprendéis?

—Sí, jefe nuestro —replicaron casi al unísono.

—Cuando el Gran Padre os convoque a la batalla dentro de muy pocos años, luchad con fiereza, con astucia y valentía, pues de lo contrario más nos valdría estar atados por cadenas en un presidio español. Un día fuimos guerreros invencibles. Hoy somos menos. El blanco nos puso barreras y nos empuja hacia el norte. ¿Cómo podremos vivir así?

—¡Echémoslos, gran jefe! —exclamó uno de ellos.

—¿Pero de quién es esta tierra, jefe Cuerno Verde? —dijo otro.

—La tierra no es de nadie, Hono vi o «Ciervo Fuerte», solo es del Padre Supremo, Gitchi Manitú, el del Gran Misterio, que nos la ha regalado para recrearnos y vivir de ella. Los comanches reclamamos el derecho a cazar, porque somos los amos de las vastas llanuras de la Comanchería. ¡No lo olvidéis nunca y no os la dejéis arrebatarse jamás!

Y los muchachos elevaron al aire un torrente de fieros chillidos.

—¿Y qué debemos hacer, gran jefe? —se interesó un mozalbete alto.

—Escuchad, niños. La esencia comanche está muriendo en las praderas, Qua kuku o «Garras de Águila». El hombre blanco ha alterado nuestro mundo con sus leyes, que excluyen las nuestras. Somos un pueblo valiente. Recuperad nuestro orgullo, o vuestros hijos morirán de hambre y de frío. Y entonces os dirán: ¿De qué valió cruzar las Colinas Negras y abandonar la tierra de nuestros ancestros y sus tumbas? Debemos expulsar a los blancos, o ellos nos borrarán de la tierra.

—¡Sí, sí, sí! —vociferaron enardecidos.

—¿Nos conducirás a la aniquilación del hombre blanco? —preguntó otro de ellos.

—Sush u «Oso Gris», yo solo soy un hombre, aunque ahora la voz sagrada del pueblo comanche por decisión de los jefes de las tribus. Mi piel es roja, como la vuestra, y mi corazón indomable, como el vuestro, y me resisto a aceptar el poderío de los españoles. Sí, muy pronto danzaremos al sol, pintaremos nuestros rostros y saldremos a vencer o a morir.

—Nuestros enemigos estarán pronto bajo los cascos de nuestros caballos, ¿no es así, padre? —preguntó Pequeño Conejo.

—No lo dudes un instante, hijo —replicó encendido el gran jefe—. Los apaches son dóciles y han aceptado el símbolo envenenado de la cruz y el Dios de los españoles. Por eso hoy buscan sumisos el amparo de las misiones, donde los engañan con medicinas falsas y trabajos propios de esclavos. ¡Pero nosotros no! Somos un pueblo libre y lucharemos.

Un muchacho de tez muy oscura se incorporó y prorrumpió:

—Mi padre dice que los guerreros están sedientos de venganza por la derrota de nuestro abuelo Tabivo Naritgant. ¿Es cierto, gran jefe?

—Lo estamos, querido sobrino Palakoté o «Cabeza Roja». Tu padre y yo sabemos que las colinas de Colorado y Nuevo México están llenas de tumbas comanches. A los apaches lipán les regalan vestidos, estampas de sus dioses, tabaco, cacao y azúcar y quedan satisfechos. ¡Pero los comanches no nos vendemos por tan poco! Nosotros solo nos sentimos libres cabalgando a lomos de nuestros caballos, con nuestros escudos, flechas y lanzas. ¡Somos los amos únicos de las praderas, hijos míos!

Los niños estaban encandilados con su arenga.

—El Gran Espíritu desea que sus cabelleras cuelguen de nuestros cintos, nos dijo el otro día el «hombre medicina», gran jefe —insistió Palakoté—. Predicó por su boca el Espíritu Hablante y le reveló que nuestro pueblo no es frágil como un cervatillo, sino duro como el granito, y que debe atacar.

—Gastó sus palabras con sabiduría, Palakoté, ciertamente —replicó—. La Comanchería pertenece a nuestros padres por derecho de conquista, y no renunciaremos a ella. Los españoles la desean para ellos, y no se lo permitiremos. Nosotros queremos los pastos para alimentarnos. Ellos, para arrebatarle los metales y comerciar con el ganado. Son insaciables.

La turba de niños se evaporó en dirección al corral donde sesteaban los ponis. Era la hora en la que un viejo guerrero les enseñaba a montar.

En aquel preciso momento un halcón voló por encima del campamento comanche, y tan bajo que con su cola rozó las varas de algunos tipis. Luego alzó el vuelo y su fusiforme silueta se desdibujó en un cielo azul magenta, majestuoso y sesgado por algunas nubes algodonosas.

Cuerno Verde pensó que era un signo divino de buen agüero.

Arkansas

Con la media luz precursora del día, la tropa hispana salió del fortín.

El bochornoso 15 de agosto de 1779, espesaba un cielo granate que cubría la capital de Nuevo México, Santa Fe, cuando su gobernador, don Juan Bautista de Anza, jinete sobre un corcel negro, pasaba revista a las tropas entrenadas y dispuestas a sus órdenes para enfrentarse a los saqueadores comanches, y unidos por una misma ambición: acabar con las atrocidades de Cuerno Verde, con astucia y un plan desconcertante.

Los caballos trotaban con los cascos forrados con escaupines de piel para no hacer ruido ni levantar polvo, como sugería Martín en su informe, en el que añadía que debían cabalgar preferentemente de noche y sin encender hogueras, para así acercarse al corazón comanche sin ser advertidos.

«Ante la astucia de los desnudos, el ataque por sorpresa. O los cogemos desprevenidos, o no veremos un solo comanche desde Arkansas a Taos. Si nos ven se dispersarán por las llanuras», había escrito.

Casi doscientos dragones de cuera, divididos en tres compañías, una tropa de milicias civiles, exploradores apaches y un centenar de soldados presidiales componían la compacta fuerza punitiva.

El habitual retumbar de los tambores del regimiento se había silenciado y un marcial silencio acogió la presencia del coronel y sus oficiales, el capitán Arellano y el alférez De la Peña, ante la puerta del Palacio del Gobernador.

Anza, con su larga cabellera y barba movida por la brisa, los arengó levantado sobre sus estribos y mirando a sus hombres, dispuestos en marciales hileras.

—La experiencia nos dicta que hablar de paz con los comanches es como hacerlo con las rocas y el viento. Les hemos ofrecido alzar sus campamentos junto a las misiones, praderas donde cuidar ganados y tierras donde cultivar el maíz, y lo han despreciado. La nación comanche es un pantano donde no crece ninguna semilla. ¡No hay otra salida que rematar a esas alimañas! No

más haciendas saqueadas, no más niños secuestrados, no más inocentes sacrificados. ¡Por España y por el rey!

—¡Por España, por el rey, por Santiago! —respondieron al unísono.

A Anza solo lo animaba el deseo de una paz duradera.

El aire abrasador comenzaba a atraer las moscas, mientras por el camino a San Juan de los Caballeros, primera etapa del plan del capitán Arellano y donde se reunirían cerca de doscientos indios de la nación ute y de los apaches lipán, pueblo y jicarilla, masacrados por los comanches durante años. No se escuchaba el seco chirriar de ruedas de las baterías de artillería embadurnadas de sebo, y solo se oía al piafar y los resoplidos de las monturas. Era una tropa en marcha, dividida en tres regimientos que marchaban a cierta distancia. Soportaban estoicamente el bochornoso calor y la dureza de las planicies, pero los dragones estaban habituados a las vigilancias y persecuciones y apenas si bebían del agua de sus cantimploras.

—He de confesártelo, Martín, tengo la garganta reseca como la estopa pensando en que no regresaré a Santa Fe con vida. Me siento viejo —le confió el gobernador—. Lucharemos contra diablos a caballo.

—No abriguéis desaliento alguno, coronel —lo alentó—. El hombre está obligado a combatir por aquello que cree. Hemos de liberar la frontera de Nuevo México de esos salvajes, o al permitirlo seremos igual que ellos.

—Los comanches no merecen a ese loco sanguinario de jefe.

—Señor, no me gusta vilipendiar y humillar a una nación por solo un hombre, pero ese Cuerno Verde merece la muerte más ignominiosa.

A las pocas horas se recortaban en el cárdeno horizonte las siluetas inclinadas de los soldados hispanos. El comandante en jefe había dispuesto el plan de batalla: despliegue rápido y silencioso en dirección norte para luego volver sobre sus pasos y envolverlos por sorpresa, allá donde se hallaran. Los uniformes azules de los dragones, las lanzas de largas astas, los carcajes de los indios repletos de flechas rojas, las adargas de cuero con el escudo de España y las espadas y rifles de los caballeros refulgían como chispas de plata en la lejanía de la aldea de Tesuque.

Los espías comanches, destacados en sentido sur y muy lejos de allí, en Paso Ratón y Palo Flechado, no lo vieron salir, y el silencioso y fantasmal

ejército hispano puso rumbo al norte. ¿Pero quién era capaz de vaticinar las tretas y astucias de Cuerno Verde?

A muchos de los combatientes del coronel los movía la misma sed de venganza. El explorador Hosa, que cabalgaba junto a Arellano, le había confesado: «Mi capitán, para el hombre injusto, justa es la flecha. Y llevo preparada una especial en mi carcaj». El gran jefe de los ute, Tethon o «Búfalo Blanco», le había confiado a Anza al unirse al grupo: «Los dioses de la venganza han estado callados, pero ahora hablarán como el trueno».

—Ese maldito Cuerno Verde lleva colgadas del cinto muchas cabelleras de mi gente. ¡Que Wakantanka lo maldiga! —dijo el jefe indio.

Don Juan y Martín, que habían perdido a sus padres a manos de los comanches, y el capitán, por la lanza de un joven y aguerrido Cuerno Verde, habían convenido que los animaba el honor de ser soldados y la defensa de su bandera; pero que, a pesar de haber transcurrido muchos años, de las cenizas de sus padres habían surgido dos tenaces vengadores.

—La venganza es la hermana de la satisfacción, Martín —dijo el gobernador al partir—. Que ella nos mantenga, pero no nos nuble a vista.

—Acabemos con el escorpión y el veneno que aún queda en nuestros corazones desaparecerá. Todo mal tiene su remedio —contestó—. Y aquel que ha golpeado causando gran dolor no merece compasión.

La compañía del gobernador siguió su camino por la aridez del desierto, cabalgando entre arenas amarillas y bajo la mirada rapaz de águilas y halcones, que lanzaban graznidos estremecedores. Arellano y sus exploradores se adelantaron a la tropa por las dunas de un valle al que luego Anza denominó de San Luis, por ser aquel día festividad del santo rey. El coronel ordenó acampar en las orillas del río Conejos, en una hondonada vacía de árboles y arbustos, mientras sus ateridas fuerzas descansaban bajo la providencia de la noche.

Martín, que había cabalgado algo ensimismado, envió a Hosa con un aviso para el gobernador de que no había peligro de presencia comanche, y para que el ejército hispano levantara el campamento sin alborotos ni voces. Anza lo hizo en una marcha nocturna y silenciosa, para detenerse en un fastuoso paraje de robles enanos amparados por un talud de rocas que los ute llamaban «La Ciénega», en la orilla izquierda del río Arkansas.

Los españoles lo señalaban en sus mapas como el río Napeste, el que estaba más allá de sus dominios del sur. Lo cruzaron sin grandes dificultades, de madrugada y casi sin luz, silenciosos, cuando el mes de agosto agonizaba. El capitán Arellano, mientras esperaba al grueso del ejército, a Hosa y a su

comandante, exploró el lecho seco de la gran cuenca que había descubierto, y un olor a quemado le vino a la nariz, así como un aleteo de cuervos. Cebó la pistola y se acercó sigilosamente, ocultándose tras un herbazal.

Y lo que vio lo dejó paralizado.

Cuatro pieles rojas asesinados, que identificó como utes, habían sido horriblemente torturados según el atroz modo comanche. A dos los habían atado en aspa en sendos troncos y, tras desorejarlos y arrancarles parte de la piel, les habían colocado una hoguera bajo sus órganos genitales, que estaban espantosamente chamuscados. A otros dos los habían colgado boca abajo, quemando sus cabezas y cabelleras de un modo espeluznante. Los cuervos les habían sacado los ojos, y sus cabezas se movían con sus picotazos como péndulos dislocados y horrendos.

«No hace más de tres días que los asesinaron», musitó.

Escupió a un lado y sin decir nada aguardó a su comandante.

—Hemos de andar avisados. Una patrulla comanche anda por aquí.

Un azul teñido de rojo acompañó el nacimiento del astro rey.

Los expedicionarios se encontraron con una vasta e ignorada pradera que sus mapas no recogían: «Valle Salado», le impusieron. Se trataba de una grandiosa meseta plana como una tabla, tutelada por las imponentes Montañas Rocosas y en la que se divisaba todo el territorio. Lobos de pupilas amarillas esperaban el descuido de algún animal indefenso para devorarlo.

Distinguieron, bajo un sol fogoso, una incalculable manada de búfalos. Los soldados abatieron un hatajo de ciervos sin utilizar los rifles, reparando el problema de la escasez de carne que sufrían.

Era la primera vez que los dragones del rey traspasaban el río Arkansas, después de haberlo explorado dos siglos antes Vázquez de Coronado y Juan de Oñate. Desde aquel mismo día el Imperio hispano se extendía desde la Tierra de Fuego, en el sur del continente, hasta el río Arkansas. Los ute, los jicarillas y los pawnee lo llamaban el río Kícka, el que los surtía de truchas y salmones para el invierno.

Regresado, Martín le reveló a Anza el hallazgo de los indios torturados, noticia que horrorizó al gobernador.

—Ese Cuerno Verde no debe de andar muy lejos, mi coronel.

—Envía exploradores a los picos de la sierra y que nos informen.

Aquella noche durmieron con los Brown Bess cargados y las pistolas amartilladas, soportando un frío espantoso por la nieve caída, fenómeno

impropio de la fecha estival, y sin poder encender fuegos ni calentar la comida. Unos providenciales murciélagos, que surgieron de las sombras, mantuvieron a los mosquitos a distancia de los soldados hispanos.

Pero no surgía huella alguna de los comanches, que sin embargo se hallaban acampados hacia el este, a menos de dos leguas, ignorantes del peligro que se cernía sobre ellos en una ruta impensable.

Durante la Luna del Hielo, el gran jefe comanche Cuerno Verde había estado madurando una sagaz y expeditiva maniobra para expulsar a los dragones hispanos de la Frontera. Y envuelto en las densas brumas invernales en su escondrijo entre el río Arkansas, las montañas de Almagre y las heladas riberas del Purgatorio, había diseñado su ataque estratégico para, tras una vertiginosa marcha, surgir del norte como si fuera la ira del Gran Padre e incendiar los poblados españoles de Nuevo México.

Tenía la devoción de sus hombres, caballos y armas abundantes, y los chamanes bendecían su guerra sagrada. ¿Qué más podía desear?

El fin del verano se acercaba y algunas partidas errantes habían regresado de vacío de las llanuras norteñas del país de los ute, afligidos por la falta de caza, incluso cuando la Luna de las Hojas Verdes —la primavera— había estallado en un clarín de abundancia en praderas y ríos.

Los brujos habían consultado al Padre del Cielo, que había hablado.

—Gran Cuerno Verde, esperanza de las tribus comanches, procede a ejecutar la danza de la guerra y afila las lanzas y hachas de los guerreros. La vida apacible acabó. Cumple los deseos de los espíritus.

El «hombre medicina», un comanche con la cara arrugada como un trapo empapado, tomó el uso de la palabra y se dirigió a él:

—No podemos asentarnos aquí eternamente. Los comanches, como hijos que somos de la nación shoshone, no sabemos cultivar campos de maíz ni tenemos paciencia para esperar que crezcan las mazorcas.

Cuerno Verde solo esperaba la bendición de los hombres sabios.

—Estoy dispuesto a exterminar a los extranjeros de la Frontera, aunque pierda la vida, padres míos. Soy un comanche y nunca depondré las armas ante el rey de España y los hijos de perra de sus soldados.

El hechicero hizo sonar su vieja sonaja y habló como el trueno:

—¡Pues condúcenos con brazo fuerte a los pastos donde comen los búfalos! Es nuestro único y deseado modo de vivir. Así nuestros hijos y mujeres no pasarán hambre, gran jefe —concluyó el hechicero curador.

Cuerno Verde sabía que era lo bastante poderoso para ser temido, incluso por su gente, y sobradamente cruel para ser respetado por todos.

—Nuestras miradas siguen siendo penetrantes, veloces los caballos y certeras las flechas, «hombre medicina» —dijo a su rendido auditorio—. Nuestros corazones no son mansos como los cabritillos que maman de sus madres. Los dragones no conseguirán recluirnos en suelos estériles y cenagosos, como a los apaches. No cesaremos jamás de cazar al búfalo, nuestra vida.

Antes del ocaso del final de la Luna del Esturión —agosto—, los guerreros pintaron sus rostros y bailaron frenéticamente la danza del sol para agradecerle a la Flor del Conejo y a Wakinyán o «el Pájaro Trueno» su protección en el combate, hicieron sonar los tambores y címbalos para alejar a los perversos *nagi*, los fantasmas de los muertos, y pidieron al Gran Espíritu que les enviara grandes manadas de búfalos y valor para vencer a los insidiosos extraños venidos de los mares del este.

—Pronto seremos exterminados por los dragones españoles si no respondemos a sus instintos depredadores. ¡*Ot-we-kautux-e!* («todos listos») —gritó enfebrecido Cuerno Verde, que fue aclamado.

Una furia tensa crecía en el poblado indio. Defenderían con su sangre a sus familias, a su tierra, sus dioses celestiales, sus vientos vivificadores y, sobre todo, a los caballos y a sus amadas praderas.

Los fuegos y los ecos de los tambores indios fueron vistos y escuchados por los espías del gobernador Anza, que avisaron inmediatamente a su coronel.

—Hemos descubierto un asentamiento comanche a dos leguas.

—¿Estaba Cuerno Verde entre ellos? ¡Vamos, contestad! —los conminó.

—No, mi coronel. Pero puede estar allí escondido.

El coronel no lo dudó e impartió órdenes al instante.

—¡El segundo regimiento se quedará aquí protegiendo el campamento, el resto acompañadme con las armas cargadas! ¡Vamos!

No llevaban mucho tiempo cabalgando por paisajes hostiles, cuando divisaron el poblado piel roja en el margen occidental del río y los humos azulados que salían de los penachos de los tipis, como islas blancas flotando entre el vaho de la mañana. Martín había anudado su larga cabellera castaña con una cinta negra y sujetado su sombrero, preso de una excitación jamás sentida por él. Percibía el latido de su corazón y de su pulso, que palpitaban como tambores de batalla. Pronto tendría ante sí al bárbaro de Cuerno Verde.

La espera había resultado inacabable para los dragones, pero al fin había llegado la hora de la retribución. Con los rostros quemados por el sol, las cicatrices y costurones brillando por el sudor y las lanzas en ristre, se lanzaron impávidos sobre el campamento comanche, donde se alzaron gritos de pavor ante la llegada de la turbamulta hispana.

—¡Soldados del rey, al ataque! —gritó don Juan espada en ristre.

La fantasmal visión de no menos de seiscientos jinetes que se abalanzaban sobre ellos dispuestos a arrasarlos hizo que cundiera el pánico. Era el 31 de agosto de 1779, el día de la venganza deseada, y la acometida cortó el aliento a los indios defensores, que no esperaban semejante ataque.

Un ruido infernal alentó la embestida de los hombres de Anza — dragones, apaches, pueblo y utes—, precipitándose sobre los comanches, que les hacían frente con fusiles, lanzas y hachas. Martín solo percibía los bufidos de los corceles y el bramido de los gritos de los pieles rojas que morían bajo las lanzas de los dragones. Avizó los cuatro puntos cardinales y no vio el distintivo gorro de guerra de Cuerno Verde. No era normal.

Un sol inclemente y el graznido de las águilas sobrevolaban el lugar. Martín volvió grupas y se acercó raudo al coronel.

—¡Don Juan! —le gritó—. ¡Ese Cuerno Verde no está aquí! Hay muy pocos guerreros y por aquel camino seco se ven huellas recientes.

—¡Aguardemos cómo acaba el ataque! Tal vez esté escondido —dijo.

Rápidamente la sangre, el fuego y la destrucción se precipitaron sobre el poblado comanche, entre los gritos de las asustadas mujeres, que, ante la brutal avalancha de sus enemigos, pedían misericordia.

Los apaches saltaban de sus monturas y ataban con lazos a las mujeres y a los niños, como Cuerno Verde hacía con los suyos, y los utes, en una expeditiva hilera de arqueros, abatían a todo aquel que intentaba escapar. Los niños se dispersaron corriendo por los alrededores. La siniestra muerte se había adueñado del poblado de tiendas. Más de un centenar de comanches había caído entre alaridos, atravesados por las flechas o partidos sus espinazos, brazos y cuellos por los sables de los expertos dragones, curtidos en cien combates.

Implacables, avanzaban saltando sobre los cuerpos sangrantes, degollando a los heridos y cercenando cabezas. Al poco tiempo no había quedado en pie un solo guerrero comanche tras el feroz y expeditivo ataque. Solo los seres más endebles se habían reunido en el centro, con sus caras negruzcas contraídas por el horror, esperando el tajo final tras el ensañamiento de los dragones de cuera, a los que tanto temían.

Entretanto, Arellano no podía ocultar su frustración. Con la respiración entrecortada, empapado de sudor dentro del uniforme, tinto en sangre y con los ojos desencajados, buscaba entre las víctimas a su jefe. Crispando sus manos sobre los borrenes de la montura, miraba allá y acá y preguntaba a todos por Cuerno Verde. La sangre caliente de sus venas y el valor de su corazón se revolvían en sus entrañas, decepcionando al bravo capitán. No había podido cumplir su desquite y la espera le resultaba ya insoportable.

Resonó el tambor de órdenes y la aniquilación cesó.

Anza deploraba convertirse en un verdugo. Era un oficial del rey. Rodeado por sus oficiales, cruzó el poblado, sembrado de muerte, sangre y devastación, con la irrefrenable cólera de un dios rabioso y justiciero dibujada en su rostro, con su melena plateada y larga barba gris al viento.

Un finísimo polvo amarillento cubría el poblado, donde algunos ancianos, enflaquecidos, macilentos y encogidos bajo sus tiritañas y sombreros de piel, intentaban defenderse únicamente con sus escudos. Anza vio a mujeres con los rostros tatuados y con marcas de la viruela y la sífilis que vestían como mendigas y que arrastraban a sus hijos flacos y harapientos. Se había hecho el silencio, la barahúnda de golpes, gritos de angustia y agonía había cesado.

Miraban al coronel con sus ojos hundidos e implorantes.

—¿Dónde está vuestro jefe?! Contestad, u os pasaré a cuchillo a todos — preguntó con gesto adusto, ordenando a los utes y apaches que concluyeran la matanza que mantenían por su cuenta en las tiendas.

Se adelantó una joven apache, seguramente cautiva, que chilló:

—Cuerno Verde y más de trescientos guerreros salieron hace media luna para Taos para arrasar las misiones y los presidios españoles, pero ya sabe de vuestro ataque y regresará —informó sabiendo que no corría ningún peligro.

—¿Cómo te llamas, mujer? —se interesó.

—Soy apache y mi nombre es Sike o «Sentada en casa». Provengo de Chimayo, como muchas de nosotras —reveló en un español dulce—. Os rogamos, Excelencia, que nos devolváis a nuestro poblado —suplicó, y un nutrido grupo de mujeres y niños llorosos se adelantaron implorando por su liberación.

—Mujer, reúne a todos los apaches mujeres y niños. Seréis conducidos a la misión de Taos y entregados a vuestras familias —replicó, y rogó luego al jefe ute, Tethon o «Búfalo Blanco», que se hiciera cargo de sus cautivos y dejara libres a las mujeres y jóvenes comanches—. Los dragones no matan ancianos, mujeres y niños —afirmó grave.

Los españoles aprovecharon para recargar las armas y recuperar el resuello. No había ninguna baja entre los hispanos, solo algunos heridos sin consideración. Dos caballos habían sucumbido a las flechas comanches y se hallaban en la arena, tirados, destripados y con los belfos sucios de espumarajos. Anza y Arellano escrutaron la senda por donde Cuerno Verde había escapado y por la que inexcusablemente debería regresar, una vez enterado del insólito y para él inconcebible ataque a su poblado.

Cuajarones de sangre y cadáveres destrozados y sangrantes de comanches inundaban el arrasado recinto tribal. Destrozados, alanceados o acribillados, yacían en el suelo. Anza decretó que amontonaran los muertos, que apilaran cuanto no servía del poblado —mantas, flechas, pieles aún no curtidas y lonas— y que lo quemaran todo. Al poco, una densa humareda comenzó a exhalar un nauseabundo e irrespirable tufo a carne quemada, a grasa de animal y a sebo.

—¡A montar! —gritó Arellano—. ¡Alineaos en formación!

El asolado poblado quedó a merced del sol implacable y de algunas aves carroñeras, que comenzaban a acudir en bandadas. Anza alzó su sable. Allí nada tenían que hacer y debían prepararse para el siguiente envite contra la irrefrenable cólera de Cuerno Verde y su partida.

—¡Soldados de España! ¡Volvemos al río Arkansas! Lo atravesaremos y aguardaremos el regreso de Cuerno Verde. ¡Permaneced alerta!

Reanudaron la marcha rumbo sur, y los exploradores, con Arellano y Hosa a la cabeza, comenzaron a escrutar el terreno y a interpretar las señales de humo que fueron apareciendo en el extenso y vacío horizonte, que más parecía una alucinación de sus ojos que un paraje real. La tropa vivaqueó en la orilla del río, otra vez sin fuego y sin leña para calentarse y asar la carne, envueltos en una neblina gris y gélida.

El gran jefe ute Búfalo Blanco y sus bravos guerreros abandonaron la partida. Era un suicidio abandonar sus tierras.

—Gobernador Anza, cruzar el río Kícka significa nuestra muerte.

Don Juan los despidió condescendiente y les agradeció su generosa participación en la empresa, regalándoles mantas militares, caballos y víveres. Sin embargo, no se fiaba de los taimados movimientos del jefe comanche y, atento, vigilante y cauteloso, aguardó con sus hombres el amanecer. Cuerno Verde aparecería como una agitada tormenta de verano.

Y resultaba desmedida la inquietud que experimentaba el coronel.

Taos y Santa Fe-Nuevo México

El turbio horizonte puso al descubierto ante los asombrados ojos del capitán Arellano la estremecedora imagen de una oleada de comanches, al menos trescientos, comandados por Cuerno Verde, que surgieron de las brumas de los caminos del sur. Se les venían encima, sin saber que a escasa distancia descansaba la numerosa tropa española, en una de las umbrosas hondonadas del río San Carlos.

Y dado el rumbo que llevaban no pasarían de largo, sino que se encontrarían irremisiblemente. La latente amenaza no lo agarrotó y los observó con su catalejo de cobre dorado.

Hosa y él salieron como rayos hacia el campamento para informar.

—¡Ocultaos todos, carros, caballos e impedimentas! —ordenó el gobernador—. ¡Los fusileros y los dragones, escondeos en la zanja! Les tenderemos una trampa y los obligaremos a combatir en campo abierto.

—¡Entonces están perdidos, mi coronel! Ignoran esa técnica de la guerra. No están hechos para ese arte —adujo Martín.

A media tarde surgieron tras unas colinas boscosas de robles y álamos como una latente amenaza, aunque ignorantes de lo que les aguardaba. Cabalgaban dispersos y se oían sus risas y gritos horrisonos. Solo los separaba un foso natural, un arroyo, ancho y seco, donde los dragones los aguardaban con los fusiles cargados. Silencio y sigilo.

—¡Quiero enemigos valientes para no sentir remordimientos cuando los mate! —alentó el jefe a sus bravos soldados—. ¡Acabemos con ellos!

Cuando los comanches, vulnerables y descuidados, se pusieron a tiro, resonó en la inmensa pradera el estruendoso fragor de cerca de trescientos Brown Bess, vomitando balas sin pausa que impactaron en los cuerpos y en los asustados caballos de los indios, quienes en enloquecida estampida regresaron aullando al bosque para cubrirse de la letal andanada de hierro y

fuego. El humo negruzco de la fusilería hispana había inundado el aire de una niebla irrespirable.

Cuerno Verde estaba desconcertado y bufaba como un toro herido.

Los dragones, con Anza al frente y lanza en ristre, salieron del hoyo tosiendo, montaron sus corceles y cabalgaron a galope tendido tras ellos. Pero Cuerno Verde los conminó a no hacerles frente y a ocultarse en el opaco verdor de la espesura. La declinación del sol se acercaba y los españoles regresaron a guarecerse en la vaguada.

La noche cayó con su manto frío y espesa negrura, y con ella una fina lluvia que se desplomaba del grandioso espacio negro, empapando el barranco donde se habían parapetado los españoles. Se cubrieron con los recios capotes militares y aguardaron apretados como gusanos y sin conciliar el sueño la esperanzadora luz del amanecer, y que los comanches no se hubieran esfumado con la oscuridad.

Dentro de la zanja solo había sombras, frío y olor a tierra mojada, y los ronquidos angustiados de sus hombres, que atronaban la noche.

En el silencio de la vigilia, Martín se despojó de la guerrera, sacó del morral una de sus pertenencias más queridas, el brazalete apache de guerra tejido por Wasakíe y bordado con serpientes rojas, y se lo ató por encima del codo, ocultándolo después con el uniforme.

«Su recuerdo me fortalecerá», pensó, y la añoró.

El coronel Anza, cuando afloró el primer y pastoso rayo de sol, entumecido y fatigado, se estiró y aspiró el aire vivificador de la aurora, escuchando los trinos de unos pajarillos de plumas verdosas. Tenía la piel sudorosa y la nariz taponada por la humedad, tosía y le costaba trabajo respirar debido a su asma. Sacó su ajado antejo de marino y escudriñó el inmenso territorio que los rodeaba. La nada.

No había rastro de los comanches, y los espías se lo corroboraron. La tropa hispana, en estado de vigilancia y extrema alarma, se inquietó.

—¡Salgamos de esta jaula y formemos en columna en la llanura! ¡Aquí nuestra fragilidad es extrema! —ordenó el comandante—. ¡Cien jinetes conmigo a aquellas colinas! ¡Volverán!

Transcurrió al menos una hora y el coronel observó con el catalejo movimiento de hombres y caballos entre la maleza. Cuerno Verde se abrió paso entre los arbustos con un centenar de guerreros, que parecían querer refugiarse en la fosa que habían abandonado los españoles. Se distinguían sus ponis y mustang pintarrajeados y las pinturas de guerra rojas y negras en sus rostros curtidos por el viento de las praderas.

Su impetuoso jefe sobresalía entre todos con la popular cabeza hueca de búfalo en su testa, cuyos cuernos verduscos refulgían con la luz de la alborada del 3 de septiembre. Su sola presencia ejercía sobre sus hombres autoridad y poder.

De repente, imperativa y temible, resonó la voz de Cuerno Verde.

—¡Si el cielo está lleno de blancos, deseo que el Gran Padre me envíe al infierno! —vociferó a sus guerreros—. ¡Aniquilémoslos!

La avalancha comanche se les venía encima, irrefrenable, violenta.

—Ese Cuerno Verde o está loco o su valor es realmente indómito. Los superamos en número, disciplina y armas y no duda en atacar.

—Mi coronel, ese jefe nos pide a voces una rápida y enérgica respuesta. No perdamos la ocasión —contestó Martín.

—Yo le ofreceré batalla frente a frente, y tú con tus dragones rodea la zanja y espéralos allí. No tendrán más remedio que refugiarse en ella si no quieren perecer. ¡Es su suicidio total, pero les ayudaremos!

Una legión de comanches, con sus intimidatorios indumentos de pieles de animales salvajes, plumas variopintas, cimeras de animales totémicos, escudos multicolores y trenzas de las que colgaban cabelleras de otros pieles rojas, se lanzaron sobre la hueste del coronel Anza, dispuestos a arrollarlos con sus fusiles franceses, hachas y flechas.

Los cascos de sus caballos levantaban remolinos de arena y hierba, y, antes de chocar con los hispanos, caracolearon con sus alazanes, corcovearon y giraron en redondo; y tumbados en los costados comenzaron a disparar los rifles y arcos. Una andanada de flechas zumbó por encima de las cabezas de los dragones, que aguantaron impertérritos.

—¡Hoy moriréis aquí, dragones arrogantes! —gritaba el jefe indio, y luego en un español entendible los despreciaba y les lanzaba soeces ultrajes.

Cuerno Verde cubría su torso con una piel de puma, que según los chamanes de la tribu le confería gran poder. Cayeron los primeros comanches con sus caballos y los dragones los alanceaban sin piedad, antes de que pudieran tan siquiera tensar sus arcos o saltar sobre sus enemigos con los cuchillos entre los dientes. Paulatinamente los fueron empujando, obligándolos a refugiarse en la garganta pues, si intentaban regresar al bosque, los fusileros de Anza, instalados en un afloramiento rocoso, los acribillarían sin piedad.

Muchos comanches quedaron tendidos en el suelo con el cuerpo embadurnado de briznas de yerba, polvo y sangre. Cuerno Verde gritaba con toda la fuerza de sus pulmones. Sus manos las ocupaba con un fusil y una

mortífera hacha de dos filos, y corveteaba con su caballo de un lugar para otro. Mataron como perros rabiosos a algunos apaches y les cortaron las cabelleras, que sanguinolentas colgaron de los borrenes de sus veloces cabalgaduras.

Sin embargo, y paulatinamente, la trampa se fue cerrando, y el capitán Arellano aguardaba cerca de la hondonada para allí rematarlos sin remisión. Los dragones, enarbolando sus sables, fueron cortando cabezas y miembros indios, y con el paso del tiempo, vísceras, tripas, tendones cortados y espaldas rotas cubrían la antes inmaculada pradera, donde caballos sin jinete, algunos vomitando sangre, corrían despavoridos y asustados ante el fragor del combate.

A una orden del coronel, resonaron los tambores de órdenes y los apaches lipán, pueblo y jicarilla, advertidos antes por los oficiales españoles, abandonaron ficticiamente el campo de batalla, como si rehuyeran la pelea, estrategia muy empleada por los españoles desde tiempos inmemoriales contra la morisma andalusí.

La mortal y fingida celada se estaba consumando, y Cuerno Verde, al observar la estampida apache, dedujo que se le ofrecía la escapada deseada para salvar su vida y la de sus guerreros. La providencial franja de terreno abierta por los fugitivos significaba la ocasión para escabullirse y huir al poblado, donde se harían fuertes. Gritó, y sus hombres le siguieron. Pero al instante, los dos flancos del regimiento hispano se cerraron sobre ellos como una formidable tenaza, presta a aplastarlos con sus fusiles, espadas y lanzas.

Los dragones dejaron escapar a muchos comanches, pero no así a Cuerno Verde, al gran hechicero que siempre lo acompañaba, a su hijo primogénito, a los cuatro jefes mayores y a una nutrida escolta de arrojados guerreros, que no tuvieron otra opción que refugiarse con su jefe en el barranco, una ratonera colosal, en cuyas inmediaciones los aguardaba el capitán Arellano, un soldado tan bravo, valeroso e implacable como ellos.

Camuflados entre las ramas de las salvias y espinos, la partida de Cuerno Verde se parapetó en las grietas de la angostura salvadora, amparados por la defensa natural del abrupto hoyo. Agacharon sus monturas y tras ellas se aseguraron la resistencia para escapar cuando la ocasión fuera propicia. Pero desde las crestas de la hondonada, por delante y por detrás, se erizaron decenas de fusiles y pistolas cebadas que los esperaban para abatirlos. El gran jefe comanche debía ser aniquilado. Era el único y último objetivo.

Y sin dar tiempo a que recuperaran el aliento, los dragones comenzaron el sistemático exterminio de los comanches allí refugiados, a los que animaba su

jefe a no rendirse. Pero pronto se alzaron los quejidos de los guerreros, que fueron cayendo uno tras otro, embestidos desde todos los flancos posibles. Algunos se contenían con las manos las entrañas y heridas, y en un corto espacio de tiempo solo quedaron cuatro comanches, que fueron destrozados por las balas de los hispanos.

—¡Y Cuerno Verde, ¿ha caído?! —preguntó Martín a los suyos.

Silencio. Solo se escuchaba un lastimero canto fúnebre, quizás entonado por el agónico chamán, que tenía un brazo cortado y que se protegía tras su montura despatarrada y también moribunda.

De repente, un caballo salvajemente espoleado destacó sobre la maraña. Su bocado y los ijares estaban salpicados de sangre y de babas. El desagravio por su padre muerto afinó la memoria en Martín. Una bocanada de ira, consistente y tenaz como una garra, se le apretó en la garganta. Su voluntad de desquite iba más allá de la simple venganza. Era la sangre derramada de su padre veinte años atrás por aquel mismo salvaje, quien le reclamaba la compensación del talión.

Enderezó su cabeza, se le encendió la mirada y los pulsos se le aceleraron. Entretanto la situación no podía ser más desesperada para Cuerno Verde, el único superviviente de la celada, que, alardeando de su maestría en la monta de caballos, se disponía a saltar sobre los cadáveres de hombres y caballos y escapar a todo galope, sorprendiendo con su estratagema a los dragones que defendían la boca de salida de la fosa.

—¡Hoy es un buen día para morir! —gritó, prorrumpiendo al trote.

Sus movimientos poseían un aplomo flemático y por un momento los hispanos se quedaron inmovilizados. Se escabulló del hoyo como el animal que escapa de su madriguera, escrutando que no tiene otra escapatoria. Pero no así Martín, que dio un paso al frente, abrió las piernas, envainó el sable y cogió fuertemente su larga lanza, aguardando al demonio que huía. Mil veces había oído de los dragones veteranos en los presidios de su infancia que Cuerno Verde, cuando era solo un cachorro, se valió de un ardid astuto y temerario para matar a su padre, cabalgando enganchado al costado de la montura.

Lo sabía de memoria y lo había grabado con el fuego del dolor en su inocente cerebro. «Cuando el joven comanche se abalanzó sobre él, el sargento Pedro de Arellano se mantuvo firme para asestarle un golpe con su sable, pero el indio, escurriéndose lateralmente en su montura y con los pies apretados al poni, lo mató con su hacha engañándolo con el endiablado ardid que nadie esperaba».

Pero esta vez no ocurriría. Estaba preparado para contrarrestar la artera treta que se disponía otra vez a ejecutar el taimado comanche.

Martín se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Aquellos desgarradores instantes le parecieron al español interminables. Sintió los latidos del corazón. Golpeaban como un corcel en su pecho sudoroso. Estático como una columna griega, percibió en la dura tierra y muy cercanos los cascos del raudo animal pintado de negros círculos del jefe comanche, y cómo se le acercaba como un pájaro funesto presagiador de la muerte.

El oficial de dragones observó la cara pintada de blanco y rojo y sus ojillos de fiera, que lo miraban feroces desde su montura, presto a ejecutar la misma maniobra que llevó a su padre a la tumba. Martín se puso rígido, preso de una súbita furia. La destreza del comanche tomó cuerpo cuando se le acercaba al galope. Comenzó a descolgarse hacia el costado de su caballo de forma subrepticia. Con todo, Cuerno Verde observó que el capitán hispano descendía a su nivel, ponía una rodilla en el suelo y asía su lanza entre el antebrazo y el sobaco, esperándolo inmovible como una roca, pero rodilla en tierra, no de pie como esperaba.

El jefe comanche se dio cuenta entonces de que era demasiado tarde.

Ya no podía dar marcha atrás en su hábil artimaña, y cuando llegó a la altura del oficial español vio que sus rostros se enfrentaban, pues estaban en el mismo plano. Los ojos del comanche quemaban con un odio irreprimible. Ahogó un grito de impotencia y acometió al capitán.

Pero sin gran esfuerzo, Martín, antes de que el comanche alzara el hacha, embistió con su lanza hacia delante y, penetrando en el tejido blando del torso, la clavó en el corazón de Cuerno Verde, saliendo el acero ensangrentado por el costado opuesto.

Y lo hizo con tal fuerza que al indio la mirada se le oscureció y las mejillas se le hundieron. Abatido y traspasado por la lanza del capitán, el jefe fue arrancado de su caballo y arrastrado un trecho, como un fardo desmadejado. Su retorcido y exangüe cuerpo estaba empapado de polvo y sudor, y la sangre le salía a borbotones por la boca.

El español estuvo unos instantes mirando el cadáver del gran jefe en silencio, con un gesto de apesadumbrada repugnancia. Se acercó al jefe muerto, le dio la vuelta con la bota y, de una sacudida expeditiva, le extrajo la cabeza de búfalo con los cuernos pintados, como valioso y largamente deseado trofeo de guerra. Luego, en un impulso triunfal, la levantó al cielo, gritando como un poseso. Sin sombrero, su espigada figura se recortaba en el

cielo azul, y su larga cabellera anudada y su bigote y patillas rojizas brillaban con el sudor.

—¡¡¡Cuerno Verde ha muerto, Cuerno Verde ha muerto!!! —se oyó el eco repetido por los farallones del vasto valle.

Aquel bravo y providencial lance de Martín había conseguido que los comanches dieran por perdida la batalla. Su líder, su campeón, el estímulo de sus vidas, había caído en el campo del honor y tal como deseaba morir, como un apasionado campeón de la raza comanche, aunque también hubiera sido un ladrón de niños, un violador de muchachas y un cuatrero de caballos.

Anza ordenó que dejaran libres a los comanches rendidos, a los que se permitió recuperar los cadáveres de sus jefes y chamanes. Con las lanzas rotas, los escudos partidos y salpicados de sangre, lloraban amargamente por jornada tan nefasta y por la insalvable pérdida, aunque su jefe gozaba ya de la frondosidad de las Praderas Eternas del Gran Padre. El coronel sintió un inmenso alivio. A lo lejos se escuchaban quejumbrosos cánticos de muerte y luto por los combatientes comanches caídos.

La penosa visión de los comanches muertos resultaba desoladora.

Sudoroso y con sangre en el rostro, Martín se reunió con su eufórico coronel. El descalabro comanche era total y los muertos se contaban por decenas. Los españoles solo habían tenido dos bajas y algunos heridos.

—¡Estamos vivos, mi coronel! —le participó al llegar a su lado.

—Me dicen que has matado con tus manos a ese salvaje. ¿Es así?

—Había que matar al minotauro para escapar del laberinto de una guerra que ya se me antojaba larga, terrible e innecesaria. Olvidémoslo.

—Acertada similitud, querido Martín. ¡Bravo por ti! —gritó—. Y gracias a la justicia divina, siempre equitativa, has ganado «tu» paz.

—Más bien la esperanza de un futuro en paz en la Frontera.

—Así es. Ellos lloran de pesar por la derrota y nosotros, de satisfacción, pero la situación ha cambiado. Al fin hemos despejado el camino para la alianza y el pacto entre utes, apaches, comanches, navajos y españoles. Se acabaron los atropellos de estos salvajes y de ese demonio rebelde —le confesó a Martín, a quien abrazó por la eficaz pericia de su regimiento y por la gesta de enfrentarse al indómito indio en solitario.

—La concordia entre pueblos surgirá de las cenizas de ese salvaje, mi coronel —añadió un Martín empapado en sudor y sangre—. Las ideas de violencia acaban con los mitos, y muerto Cuerno Verde, el orgullo de los comanches ha acabado.

Don Juan le pasó la bota de agua a su capitán y luego se interesó:

—Don Pedro ya descansa felizmente vengado, Martín. ¿No es así?

La gravedad se instaló en su mirada aún frenética y contestó:

—El tormento del resentimiento dura toda la vida, como si fuera una maldición, mi coronel. Pero hoy no siento nada en mi interior.

—En este caso, venganza y justicia son una misma cosa, Martín.

—Pues no noto ni orgullo, ni reparación de mi sangre, ni el acre sabor del escarmiento cumplido, sino ganas de volver al presidio y seguir sirviendo a mi patria —aseguró el capitán—. La mejor de las satisfacciones es el olvido, y ese indio ya ha sido borrado de mi mente.

—¿Pero no sientes cierta reconciliación en tu alma? —insistió Anza.

—Sí, y también respeto por ese osado jefe indio que he matado por deber. Él defendía a su pueblo, como nosotros nuestra civilización.

—No sabes la corriente de alborozo que ya corre por el viento hasta la Frontera. Y muy pronto llegará hasta la misma capital del Virreinato. Un nuevo tiempo se abre para las gentes de cualquier raza y color de piel que habitan estas benditas tierras —adujo Anza—. Ese jefe, con ideas erradas, sectarias y salvajes, suponía un obstáculo insalvable para la paz.

—Pues luchemos ahora con denuedo por la concordia, mi coronel.

—¿Qué piensas hacer con tupreciado trofeo, Martín? —se interesó.

—Pues no sé, no sé, don Juan. Lo colgaré en la sala de banderas del presidio de Taos —dijo ausente—. A los reclutas les servirá de ejemplo.

—¿Qué te parece si se lo enviamos al nuevo virrey que ha tomado posesión del cargo recientemente, don Martín de Mayorga, y al comandante general de Nueva España, De Croix, con el informe de la expedición y mis propuestas de paz con los indios? Les agradará.

—Brillante idea, mi coronel. Así lo olvidaré para siempre —le sonrió—, y sabrá a qué tipo de guerreros nos enfrentamos. Espero que tengan la misma sensibilidad que Bucarelli para los asuntos indios.

Algunos apaches despojaban de armas y ropas a los cadáveres y otros acopiaban como botín los ponis comanches. Los más enojados, como Hosa, asestaban golpes de gracia con sus mazas a los que agonizaban, exhibiendo entre alaridos las pringosas cabelleras que arrancaban y las crines de los caballos muertos. Los lipanes y jicarillas se habían tomado una ejemplar venganza por el dolor causado a su pueblo durante años.

Era el acto más mezquino de la guerra, que Martín detestaba.

Cuando las primeras sombras del ocaso invadieron el infinito valle, un sutil velo cárdeno de neblina cubría el campamento español, donde al fin podían cicatrizar sus heridas, encender fuego, asar carne, beber vino y comer

tortas de maíz. Fue la primera vez que el coronel Anza, entre el sosiego vespertino del fastuoso atardecer, pudo fumarse un habano tras la cena y beber a gusto un cubilete de aguardiente con sus hombres.

Lúgubres bandadas de cuervos y buitres aguardaban su turno para, con la lobreguez de la noche, emprender su tétrico festín. Una estrella fugaz sesgó el infinito cielo, deshaciéndose en el rojo horizonte.

La noche se derrumbó y por fin sus agotados cuerpos descansaron.

Al resurgir el sol por la desolada pradera, las tibias luces del amanecer marcaron el inicio del ajeteo en el campamento español, que levantaba el campo. El tenaz Anza, antes de abandonar el lugar con dirección a Taos y a la capital, Santa Fe, se arrodilló y rezó por los muertos en aquella expedición y por los paganos. Sus soldados lo secundaron.

—¡Señor, acoge en tu seno el alma de tus elegidos caídos por tu fe y la Corona de España, tras batirse con honor contra estos salvajes comanches que se nos enfrentaron con una audacia jamás vista! Llámalos a tu presencia y perdona sus yerros. ¡Amén!

—¡¡¡Amén!!! —respondió la tropa hispana.

Los batallones del gobernador Anza, bajo un sol ardiente, iniciaron el regreso. Atravesaron una tierra desolada de irregulares rocas pardas y de escasa vegetación. Se paraban en los riachuelos para beber agua y abreviar, y descansaban en unos oasis llenos de florecillas moradas. Un dragón del regimiento de Martín portaba junto al estandarte una pértiga con la cabeza de búfalo de Cuerno Verde y de su hechicero principal, una piel de lobo, de la que se aseguraba poseía poderes de inmortalidad, para que fueran vistas por los rancharos, los colonos de Nuevo México y las tribus indias que habían sufrido su azote.

Una bandada de palomas torcaces eran sus testigos mudos, cuando enfilaron el camino real, seguidos por una cuerda de presos de siete jefes de clanes comanches que responderían de sus asaltos ante la justicia del rey de Santa Fe. Recibieron el fervor popular conforme se acercaban a Taos. La alegría se reflejaba en las miradas de los habitantes del territorio al ver aparecer a la partida de Anza, que regresaba victoriosa después de haber derrotado al Demonio de las Praderas, que tanto horror había sembrado en la Frontera.

Sus corazones rebosaban júbilo allá por donde desfilaban, las aldeas de Embudo, San Juan, Chimayo, donde se quedaron los niños y mujeres apaches,

Nambe y Pojoaque, que vitoreaban a los dragones y les ofrecían lo que tenían, mientras gritaban al ver el trofeo del gorro de cuernos verdes:

—¡Mala peste se lo lleve al infierno, donde pene sus crueldades!

A todos los unía el aborrecimiento hacia el jefe comanche. Pero tantos dramas, tanta tortura y tanto miedo habían concluido. La encarnación del terror y del espíritu de violencia de su nación ya era historia. Y no existía en todas las tribus un héroe que lo sucediera y que encarnara su espíritu belicoso, fanático, supremacista, brutal y excluyente.

Salían a los caminos y maldecían e injuriaban el distintivo que había pertenecido a Cuerno Verde y ensalzaban a los soldados del gobernador. Le pedían a Anza los atributos del demonio comanche abatido para arrastrarlo por los poblados y luego abandonarlo y emporcarlo con excrementos de cerdo y bosta de bestias. Algunos frailes portaban imágenes de santos en angarillas y cantaban himnos con arrebatada alegría, mientras las mujeres llevaban flores a las tumbas de sus maridos, hijos y padres, felizmente vengados. Los religiosos hablaban de «la bestia apocalíptica» al fin sepultada, y sus antes plañideras miradas llenas de desesperanza y dolor se habían transmutado en un inenarrable júbilo. El odio amasado y reconcomido hacia el comanche había estallado en semblantes llenos de seguridad y gozo. Comenzaba para ellos una nueva vida.

La llegada a Santa Fe, aquel dichoso segundo viernes de septiembre, se convirtió en un consuelo para sus ánimos y para restañar aflicciones en el enfervorizado y sufrido pueblo, que había soportado la sanguinaria intimidación comanche durante años.

Los dragones, los héroes de aquellas tierras, se vieron envueltos por el reconocimiento popular y de los sacrificados apaches lipán, que al fin se habían librado de las ruines vilezas de Cuerno Verde, del que reconocían su valentía pero no la feroz, incomprensible y violenta animadversión hacia sus hermanos de raza, a los que había humillado y vejado.

El venturoso desenlace de la expedición los había confortado al fin y acompañaron la arribada de los batallones con cucañas, misas, mercados, bullanga y bailes con orquestinas y tamborradas.

Tornasoleaba la mágica claridad del crepúsculo y aún no había concluido el tañido a gloria de las campanas de la iglesia de San Francisco, cuando Martín, agotado, desaseado y sudoroso, y con la expresión inaccesible y sombría, se coló en su estancia del presidio.

Su asistente llamó y entró con una carta en la mano.

—Llegó en su ausencia, mi capitán. Hace un mes —dijo el soldado.

—¿De dónde viene? —se interesó.

—Es de fray Junípero Serra, y la trajo un correo de Monterrey.

—¿De fray Junípero? —se extrañó—. Bien, la leeré. Gracias, soldado.

El capitán Arellano acercó una vela, la encendió y en el silencio de su camareta fundió su mirada en el enigmático y amarillento papel.

De la ventana le llegó el balsámico aroma de unos jazmines en flor.

Martín suspiró hondamente. Estaba impaciente por leer la misiva.

Se despojó de las ropas rígidas y sucias por el polvo, la sangre cuajada y el sudor, y se coló con placer en el tibio baño dispuesto por su ordenanza. Según había observado por el camino de regreso, las gentes contaban la muerte de Cuerno Verde de formas diferentes, hasta el punto de que, en unos años, la figura del coronel Anza y del capitán Arellano se convertirían en figuras de leyenda. Se sonrió y movió la cabeza.

Degustó un cuenco de sopa de sémola, tocino y frijoles, y una escudilla con vino de Laredo y pan candeal. Después deslió el hilo de bramante y dentro descubrió un mensaje, cuya naturaleza no presumía.

—¿Qué querrá el buen fraile de mí? —masculló.

Se sonrió con levedad y una perversa delectación dilató la languidez de la tina extendiendo su melena por los hombros. Pero cuál no sería su sorpresa cuando el rugoso sobre enviado en el correo oficial por el prior franciscano estaba en blanco. No obstante, dentro había otra carta lacrada de un papel de arroz muy utilizado en Oriente y especialmente en la Cancillería de Filipinas. Rompió el lacre y fijó su vista en el texto. Era de su recordada y nunca olvidada Clara Eugenia, Aolani o «Nube Celestial», que le respondía a la nota enviada a través del capitán Alekséi Chírikov.

Había regresado de la expedición físicamente destrozado, pero la futilidad de la monotonía de la vida militar que le esperaba lo exasperaba. Concluida la incursión punitiva contra Cuerno Verde, se sentía como el gavilán que hubiera extraviado el camino de regreso al nido, y su mente adormecida por la carta y el gratificante baño comenzó a rastrear en los vestigios de las semanas vividas con Aolani en su brumosa isla.

Lo precisaba para cerciorarse de que se encontraba vivo y que recordaba la imagen indeleble de la bella aleuta. Su memoria sobre las mujeres se reducía a la pasional Wakasíe y a ella, paradigma de la dulzura, y a algunos amoríos fútiles y esporádicos por los presidios por donde había pasado.

Y dejándose resbalar en el abrazo tibio del baño, aprendió los sentimientos que lo mantenían vivo, la alegría por la victoria, el respeto que le profesaban sus soldados, el consuelo y la esperanza de un futuro sin la dureza de los comanches, el honor y el arrojo de los dragones, la piedad por sus semejantes, la generosidad, el amor, el orgullo por defender un uniforme honorable y el afán por ser un hombre honesto entre muchos hombres indignos. Y en el horizonte de un futuro muy próximo se hallaba el reencuentro con la inolvidable Aolani.

Se removió como impelido por un resorte y la leyó con delectación.

Santa Fe

De un vistazo pudo ver que su caligrafía era esmerada, dentro de las formas de las aristócratas de buena cuna en el Imperio.

Al señor capitán de dragones de Su Majestad el Rey de España, don Martín de Arellano. Porque os llamáis así, ¿verdad? No lo dudo, señor, y dispensad mi familiaridad por la confianza que nos profesamos. Con todo, y a pesar de los distintos precedentes en los que os conocí, he de expresaros que, aun a pesar del artificio de que os valisteis, supone para mí un gran placer contestar a vuestra carta que nos trajo el naviero Chirikov, quien se llevó una sorpresa tan grande como la mía al serle revelada vuestra verdadera identidad.

Pero os comprendimos, creedme, pues no os servisteis de aquella singular y a veces cómica personalidad para obrar con doblez y o con perjuicio para mi pueblo, lo que os agradezco, pues la cordialidad que despertáis en mi padre y en mi pueblo sigue incólume.

No es mi propósito afearos vuestra conducta de simular vuestra fidedigna personalidad, porque sé que a veces hemos de realizar cosas contrarias a nuestros principios, al tener que obedecer a nuestros superiores por cuestiones de Estado. Pero el lenguaje de la verdad es bien sencillo, y aunque os disfrazarais de chamán indio, o de monje taoísta, dentro de la cáscara aún seguiríais siendo vos, vuestro corazón seguiría siendo noble y vuestros sentimientos, tan honestos como los míos hacia vos. La auténtica verdad de nada tiene miedo, sino de estar escondida, y vos la habéis revelado de forma digna, cumplida, pronta y cortés.

Quise enviaros mis noticias antes, pero durante un largo período de tiempo los mercaderes rusos no viajaron a las costas californianas, ya que el capitán Vitus Bering permaneció de invierno a invierno en su base comercial de Petropávlovsk, en Kamchatka, y Chirikov estuvo enfermo de una penosa neumonía.

Por eso se interrumpieron los intercambios con las colonias españolas del sur y tardé en replicaros como hubiera deseado.

Han transcurrido cuatro años desde que el destino tuvo a bien cruzar nuestras vidas y muchas cosas han cambiado en estas islas, como yo misma, y no siempre para bien en los asuntos de gobierno. Os explicaré.

El honor y la integridad no son precisamente las virtudes de esos mercaderes rusos. Su voracidad se ha inflamado convirtiéndose en un tumor perverso que mina a mi pueblo, forjando una corriente de rechazo entre los míos, cada día más pobres y abatidos.

Por cada piel, los rusos pagan un cicatero polushka, un cuarto de kopek, o lo que es lo mismo, la miserable centésima parte de un rublo, bajando lo que siempre

habían pagado de forma clamorosa y humillante, y considerándonos menos que seres humanos. El abusivo intercambio, alentado por la codicia de esos extranjeros, ha provocado amotinamientos por parte de los pescadores y los cazadores de pieles, que han protestado ante el trono del rey, que a su vez desea cortar su relación con ellos aunque teme que tomen represalias de fuerza.

Y como consecuencia de su paternal celo, mi padre, el venerado Kaumualii, señor de las islas de Kaua'i y Haida Gwaih, cree llegado el momento de cambiar de aliados y socios para futuros negocios, y denunciar el pacto comercial con la compañía Gólikov Gesellschaft, cuyos miembros han demostrado en los últimos años una conducta errática e injusta y unas costumbres disolutas que han alterado la moral de mi pueblo. Y mi padre no es capaz de traicionarlo y cruzarse de brazos.

Pero para ello precisa de un socio fuerte y temible como es España.

Y a tal efecto, como los contactos con el brigadier Bruno de Heceta, Ignacio de Arteaga y don Juan Francisco de la Bodega, marinos de la Armada española, han sido tan fructíferos y amistosos, mi regio padre ha solicitado al nuevo Virrey de Nueva España, don Martín de Mayorga, una entrevista personal con objeto de ofrecerle un puerto para próximos intercambios, concretamente la isla de Nutka, muy cercana a la costa y de inviernos suaves.

La respuesta del virrey ha sido inmediata y nos espera con los brazos abiertos para entablar prósperas relaciones sin intermediarios.

Dada la proveya edad de mi querido padre el rey, y como quiera que mi castellano ha ganado en perfección por el esmerado afán de mis criados sangleses de Filipinas, en mi calidad de hembra real y junto a dos nobles aleutas, seré yo quien presida esa embajada, de la que el virrey está conforme y complacido, según vuestro amigo Heceta. No olvidéis, recordado capitán, que las mujeres poseemos más preponderancia y libertad en nuestra sociedad que las damas españolas.

Para inicios de otoño, y por iniciativa y orden del mismo virrey, la fragata Santiago, comandada por el piloto Esteban Martínez, vendrá a recogernos, tras un viaje de exploración, y con ella emprenderemos la travesía a Nueva España. Borearemos las costas californianas y atracaremos, según sus cartas de navegación, en un puerto de la bahía de Petacalco, y de ahí, por tierra, a la cercana capital virreinal.

Que Cristo Jesús nos proteja en tan arriesgado trayecto y nos defienda de corsarios y piratas.

Tras la Pascua de Resurrección de Nuestro Señor, en la próxima primavera, seremos recibidos por Su Excelencia, hombre, según hemos apreciado, de conducta recta y generosa. No toméis mis palabras como una confidencia conspiratoria sobre los rusos, sino la obligación de velar por mi sufrida patria y por ser hembra de sangre real.

Vuestra amistad, que demostrasteis tan honorable y valiosa cuando os conocí, ahora sería providencial para nuestra causa. En modo alguno estáis obligado a ayudarnos, si es que vuestros deberes no lo permiten, pero mi gran deseo sería contar con vuestra presencia y apoyo en la capital de Nueva España y presentarnos al virrey.

Y podéis creer que vuestra evocación inspira mis palabras. Recuerdo cuando me entregué a vos por vez primera, nuestras conversaciones sorprendentemente irreverentes, pero tan divertidas y tan amadas por mí, y purificadas por nuestra inevitable separación.

Durante unas semanas nos confiamos nuestros corazones y gozamos del néctar de la pasión. Únicamente anhelo gozar de momentos parecidos, si al fin puedo veros. Os recuerdo siempre, Martín, y ya me deleito por anticipado de teneros junto a mí.

*En mi recuerdo, recibid mi más sentido sentimiento hacia vos.
Dada en la primera luna de primavera del año 1779.*

*Clara Eugenia de Haida Gwaii, Aolani,
vuestra «Nube Celestial».*

El capitán Martín de Arellano era un soldado que aborrecía el tedio de los cuarteles, por lo que pediría al gobernador Anza que le permitiera participar en la embajada de los aleutas, pues su opinión ayudaría al nuevo gobernador Mayorga, ignorante tal vez de su misión secreta a las islas del norte. Al oficial le gustaba participar en el combate, no visitar palacios. No sabía si era por la ebriedad del heroísmo, por arriesgar la vida o por el instinto caballeresco que había aprendido de su padre, don Pedro.

El riesgo, morir o matar; ese era el precio de vivir en la Frontera.

Precisaba llenarse con los enseres de un recuerdo tan gratificante y restaurar la prometedora fábula de amor junto a Aolani. El único peligro real era enamorarse de ella definitiva e irremisiblemente y comprobar que su afecto hacia ella no era de ficción.

El aire olía como antes de llover, y lo aspiró con fruición.

La contundente derrota de Cuerno Verde había sido un viento desahogado y demoledor que había pulverizado los mutuos recelos entre indios y españoles a lo largo de toda la Frontera y la Comanchería.

Meses después, los grandes jefes de la nación comanche se dirigían en peregrinación a la capital de Nuevo México a rendir pleitesía al Gran Padre Blanco de Santa Fe, el gobernador Anza, que los recibió con los brazos abiertos. Constituía su gran deseo: la armonía y convivencia entre pueblos, como ya ocurría en Nueva España, Perú, Filipinas, Guatemala, Nueva Granada, Venezuela, Cuba, Chile o el cono sur.

Seiscientas tiendas indias se habían alzado en un soto de exuberante verdor de la Comanchería que los españoles conocían como «la Casa de Palo» o «de Madera», por su exuberancia de olmos gigantescos. Se hallaba entre la montaña y el camino a Santa Fe, y las aguas de los ríos Arkansas y Purgatorio les servían de veneros para gentes y caballos. Cientos de humos azulados y olores erráticos escapaban de sus tipis.

Aquella mañana, sus casi cuatro mil moradores, con las suaves luces del amanecer, salieron de sus tiendas y entonaron el himno de los Espíritus al son de los tambores. Aguardaban la comparecencia del nuevo jefe de las tribus comanches, al que llamaban Ecuercapá o «Camisa de Hierro», pues solía

aparecer en las ocasiones solemnes con una capa hecha con jirones unidos de las corazas de cuero de los dragones españoles. Iban a fumar la pipa de la paz con el general de la cabellera al viento y la larga barba que no deseaba aniquilarlos.

El nuevo gran jefe comanche, Ecueraçapa, que había dormido agotado por la fiebre, se despertó con los cánticos y bebió agua acuciado por la sed. Su esposa y su hija lo vistieron parsimoniosamente con los atributos de su jerarquía: la túnica de color rojo hasta los pies, la sobretúnica hasta las rodillas del mismo color y ribeteada de piel de armiño y la capa de autoridad, la extraña prenda de cuero que recordaba a los soldados hispanos.

Cubrieron su cuello con un pañuelo azul en el que sobresalía un adorno de plata que refulgió con el sol y el torso, con una banda del mismo color. Le trenzaron el cabello y colocaron las dos plumas de prestigio en la nuca. Cogió en una mano el cayado de mando y en la otra el preceptivo hato de plumas de águila. Y aunque debilitado por una destemplanza que lo mortificaba desde hacía tiempo, salió de su tienda y se dirigió solemne y hierático a un calvero dentro del poblado, donde lo aguardaban para parlamentar los hechiceros, los «hombres medicina» y los demás jefes.

Nunca las tribus comanches se habían encontrado en una situación tan dramática, acuciados por otras tribus indias y sin un jefe valeroso y arrojado que los agrupara. Los ataques a las aldeas y ranchos de la Frontera se habían detenido de inmediato. Sus hermanos kiowas, empujados a su vez por los cheyenes, los presionaban por el norte, y los pawnees, que habían aparecido de repente en las praderas de Arkansas, agotadas sus reservas de bisontes, los acosaban fieramente. O encontraban un guía que los iluminara o las praderas se ahogarían en un baño de sangre india.

Además, el Gitchi Manitú, «El Gran Dios Hablante», les había enviado otra prueba aún más aterradora: el *nagi* («demonio») de la temible epidemia de la viruela se había extendido desde la Frontera por los cuatro puntos cardinales, hasta alcanzar las Trece Colonias rebeldes a Inglaterra, aliadas de España. La devastación en vidas estaba resultando desmedida y los comanches se veían cerca de la desaparición, por lo que los grandes jefes debían discutir la propuesta de paz ofrecida por los españoles, que ya se conocía en el territorio como la Paz de Anza.

Los ancianos de los clanes comanches, orientales y occidentales, reunidos en el asentamiento de Casa de Palo, se preguntaban desolados si la agresiva y luctuosa aventura de Cuerno Verde, concluida con más ardor, devastación y

rudeza que gloria, había servido para algo, aparte de desunir a los hombres creados por el Gran Padre en ambas fronteras.

Los jefes y chamanes se abrazaron fervorosamente juntando sus rostros arrugados y negruzcos, algunos cruzados por cicatrices rituales y de guerra. Se sentaron dejando el lugar de honor al juicioso Ecueraacapa, un hombre solemne, enjuto y digno, respetado por el pueblo por sus cualidades de gran orador, por su sagaz inteligencia y por su entereza para negociar. Y él, tras la muerte de Cuerno Verde, deseaba a toda costa fortalecer su autoridad entre las tribus y decidir el futuro en paz.

Detrás de cada jefe había un trípode de madera donde estaban colgadas sus armas, los escudos y los atributos de su alto rango. De algunos colgaban cabelleras antiguas, deshilachadas y descoloridas, que probaban su valor, y multicolores gavillas de plumas de prestigio.

Un grupo de «guerreros-perro», antes de iniciar el parlamento, bailó la ancestral danza del Espíritu, que los pueblos indios llamaban del *Hako*, con la que se convocaba a los espíritus. Con cada salto lanzaban al aire su animoso canto, que todos escucharon con respeto:

«No sé si mi voz al cielo puede llegar. No sé si lo que pido será concedido. No sé si mis palabras pasadas han sido bien recibidas».

Del semicírculo surgió lentamente el «hombre medicina» más antiguo, un vejstorio de piel apergaminada y cetrina, pecho hundido, del que pendían colgantes de amuletos y dientes de oso, y piernas encorvadas y zambas. Portaba en la mano una vasija humeante que abrió de golpe, exhalando una humareda grisácea y fétida.

Con su voz ronca y cascada, exclamó ante la devoción general:

—Ahora nuestras palabras llegarán al cielo, encadenadas al humo sagrado, pues el Espíritu Hablante está presto a recibirlas y a hablarnos.

Luego alzó las manos hacia el firmamento y elevó sus ojos cansados hacia donde habitan los espíritus del pueblo comanche. Ecueraacapa proclamó:

—La adversa fortuna nos ha probado con un revés demoledor, abatiéndonos como el viento abate las cañas secas. Los comanches, como nación, nos reunimos hoy en este lugar para reconsiderar nuestra posición frente a los españoles. Tiene la palabra nuestro gran jefe, esperanza del pueblo y conecedor de sus promesas. Escuchemos al que el viento inspira, al que el silencio habla y al corazón que entiende a sus semejantes.

El gran jefe se mostró ceremonioso y habló con su voz sugerente.

—Recibí hace una luna una tela pintada y una carta del gobernador de Nuevo México, el coronel Anza, Zon'ta o «el digno de confianza», y también

de Gahisti'Ski o «el pacificador» y vencedor de Cuerno Verde, invitándonos a un pacto de convivencia. He meditado su ofrecimiento e invocado a la luz de Wakinyán, «el Espíritu del Trueno», y a las tinieblas del *Sicum*, donde reside el poder de los espíritus. También he sacrificado al sol para que me otorgara lucidez para interpretarlo.

—¿Y qué te han murmurado al oído? —le preguntó el jefe Grulla Blanca, un hercúleo hombretón de nariz achatada y brazos robustos.

Y con exuberancia de gestos y palabras, haciendo pausas para elegir las frases más convincentes, reveló con lentitud:

—Sus voces apacibles me susurraban «paz, paz y solo paz», y que enterremos las hachas de guerra. Lo mismo que demandan las tribus desde el Arkansas hasta Tejas. Deseo que las acciones pasadas de los comanches se borren para siempre y vivamos en armonía con los blancos. Un tiempo nuevo nos obliga a ceder.

Como era de esperar, el violento y belicoso Toro Blanco, lugarteniente del fallecido Cuerno Verde, en desacuerdo con el pacto con el gobernador Anza, se mostró contrario.

—¿Claudicar? —alzó la voz embravecido—. ¿Por qué hemos de olvidar las horrendas acciones de nuestro mejor ejemplo, el audaz Cuerno Verde? Los españoles y los apaches deben seguir temiéndonos.

El cenecño jefe Souhuacat lo contradijo y cortó sus palabras hoscas:

—Toro Blanco, hablas como si nuestros antepasados siempre hubieran sido odiados. Nuestro espíritu fue otro en otro tiempo, y hemos de recuperar nuestra conciencia primigenia de esfuerzo y armonía si no deseamos desaparecer del nuevo mundo en el que vivimos.

—¿Y por qué hemos de aceptar sus palabras tan engañosas como el lamento de un coyote? ¿Te fías, Souhuacat, de esos dragones insaciables de sangre comanche? Sigamos peleando y honremos a los espíritus.

Ecueraacapa quiso convencerlo con palabras eficaces y firmes.

—Las cosas ya no son como lo fueron. Las enfermedades nos acucian, hemos perdido muchos guerreros y otras naciones indias nos desalojan de las praderas de caza. El Gran Padre Blanco, el gobernador Anza, nos ofrece con paternal amistad un acercamiento entre pueblos, ricos mercados, vida libre en las praderas y una alianza militar contra las tribus belicosas que nos agobian. ¿Acaso podemos ansiar más beneficios?

—Nos engañarán, Ecueraacapa, e iremos al matadero como corderos.

El jefe supremo insistió con entereza y voz calmada.

—Escucha, Toro Blanco, la vida es un tiempo corto, un puente donde no deberíamos montar nuestras tiendas demasiado tiempo, pues es un lugar de paso. ¿De qué sirve estar enemistados con nuestros hermanos de sangre y con esos extranjeros, españoles e ingleses, que han venido para quedarse? Hagámoslo en paz y avenencia y viviremos más y mejor.

Toro Blanco se removía en su sitio y señalaba iracundo a los demás.

—Los espíritus de nuestros antepasados regresarán en primavera y nos demandarán nuestra falta de valor. Si no bailamos la danza de la guerra de nuevo y pintamos nuestros rostros, desapareceremos de las praderas. Seremos palos secos que arderán atizados por el soplo infame de los dragones de cuera. ¿No veis que es un engaño para aniquilarnos?

El jefe Hichapat o «Astuto», más razonable que él, intervino:

—No lo vemos así los demás jefes, Toro Blanco. Los españoles nos ofrecen un acuerdo generoso para vivir en paz en tiempos tan onerosos.

Toro Blanco apretó los puños, con el semblante malhumorado. Su voz estridente sonó en la reunión muy despreciativa, incluso agresiva. Su tono amenazador y gruñón probaba su carácter inmoderado.

—No les prestemos oídos a sus palabras falsarias de zorros astutos uniformados de azul y de sables largos y matadores. Enfrentémonos a ellos y dejemos que nos odien y se espanten. ¡Somos comanches!

El gran chamán movió disgustado la cabeza y se dirigió al disidente.

—Honra y respeta a esta reunión de hombres sabios, Toro Blanco. ¿No te enseñaron tus mayores que merecen ser tratados con veneración?

Toro Blanco compuso un gesto de irrefrenable odio hacia el viejo.

—Préstame atención —quiso convencerlo Ecuera-capá—. He hablado con los «guerreros-perro» de tu tribu y desean como yo que aceptes el ofrecimiento de los españoles. Nos jugamos el futuro de nuestros niños. Nada podemos hacer frente a su disciplina y sus armas. ¿Entiendes?

—¡El comanche ha de ser temido! No se humilla, no mendiga —gritó representando la pantomima de ser el paradigma de la valentía comanche.

Ecuera-capá volvió a la carga y le explicó los futuros beneficios.

—El gran jefe blanco nos ha ofrecido beneficios que no podemos rechazar, pues con ellos nuestra nación vivirá muchos inviernos sin pasar hambre ni necesidad. Nos ayudará contra los apaches jicarilla, que, como coyotes insaciables, nos impiden penetrar en los territorios de caza del río Pecos. Nosotros solos no podríamos. Nos faltan guerreros y armas.

—¿Y no creéis que confiáis demasiado en la honestidad de ese extranjero, hermanos? —preguntó el disidente al gran jefe, que dijo:

—Antes de juzgar al gobernador Anza deberías caminar tres días con sus botas. El camino más largo para un jefe es el que va desde su cabeza al corazón. Pero solo puede hablar cuando esté de regreso. Yo he hablado con él y es un hombre honorable y de palabra recia, te lo aseguro.

Toro Blanco se irguió con actitud fría y altiva.

—Al fin nos dejarán cazar en unos exiguos acres de tierra sin hierbas donde solo anidan las serpientes —enfaticó airado Toro Blanco.

Ecuera capa se contuvo para no perder su serenidad, y dijo:

—Yo amo a mi pueblo tanto como tú, y este acuerdo significa nuestra liberación como nación, créeme, hermano.

La cavernosa mirada de Toro Blanco echaba chispas de furia.

—Un resplandeciente sueño —prosiguió Ecuera capa—, como es ver a los dos pueblos unidos por la paz, se nos ha ofrecido con lealtad. Anza, un hombre íntegro y generoso, es el águila benefactora que nos cubrirá con sus alas poderosas. Si no lo aceptamos será como un collar de cuentas roto que se perderá entre la hierba.

El respetado jefe Tosapoy hizo una pausa en la discusión. Frunció sus arrugados labios y esbozó una tremenda mirada de advertencia.

—La aventura de Cuerno Verde, al que admiré por su coraje en la guerra, llegó a un adverso término y ahora es un puñado de cenizas. Al esclavizar a niños de otras naciones indias se negó a sí mismo la dignidad que siempre ennobleció a los comanches y horrorizó al gran padre Wakantanka —intervino el anciano, categórico.

El chamán, harto de la insolencia del discrepante, habló sereno:

—Además, eso lo decidirán los jefes de las tribus, no tú, Toro Blanco. Así que someteremos al irrefutable criterio de nuestras conciencias la razón que nos ha traído aquí. Ecuera capa es el símbolo de nuestra fortaleza, y a él cedemos de nuevo la palabra. ¡Escuchemos!

La mirada del gran jefe se abrió desmesuradamente. Se frotó la mandíbula con su mano en un gesto reflexivo. Estaba harto de las insolencias de Toro Blanco. Su rostro se transformó y lo increpó:

—¡Hermano!, ¿queremos la guerra o la paz? Esa es la única y vital pregunta que hemos de responder los padres de las tribus comanches.

El grosero, charlatán, loco y descarado Toro Blanco vociferó:

—¡Esto es una ofensa al espíritu combativo de nuestro pueblo!

Los cabecillas y chamanes permanecían callados e impasibles.

El pueblo que los miraba sufría, sumido en tan comprometida situación. Las mujeres cardaban y tejían, mientras los hombres discutían sobre el

enfrentamiento entre el airado Toro Blanco y el templado Ecueraçapa, que intentó mantener la calma y convencerlo. Y aunque los argumentos de su contrincante fueran triviales y primitivos, estaba preocupado pues había revuelto el ambiente y dividido al pueblo.

El «hombre medicina» se incorporó con lentitud y se explicó impávido:

—Delante de cada jefe hay una pluma blanca y otra negra. Blanca, paz con los españoles. Negra, guerra. Que el Gran Padre os ilumine.

Cada uno eligió una y la colocó delante de sí mismo, en el suelo. Expectación y silencio. En unos instantes se formó un semicírculo de doce plumas blancas, menos la de Toro Blanco, que se levantó bufando y mascullando improperios y groserías contra sus iguales. Luego, con aire desdeñoso y fiero, y como un pavo real arrogante, el desagradable jefe abandonó abruptamente la reunión, dando decididas zancadas hacia las tiendas donde descansaba su tribu.

—Asno pomposo, insolente y maleducado —susurró Tosapoy.

—Gracias al Espíritu Hablante ha ganado la última esperanza ante la tormenta venidera —dijo el chamán, que señaló a Ecueraçapa, quien recibió una clamorosa ovación de los guías de los clanes y del pueblo allí reunido.

—Toro Blanco ha debido de beber mucho licor para volverse tan imprudente —aseguró con sorna el jefe Tosapoy, y todos sonrieron.

—Hoy dormirá como un perro rabioso —dijo el «hombre medicina».

Ecueraçapa se había reconciliado con su destino, pues su pueblo no sufriría más guerras y hambrunas, al menos en dos generaciones. No había resultado estéril su defensa del pacto con Anza, aunque deploraba la necesidad de excluir a Toro Blanco de sus adhesiones. Ecueraçapa juzgaba bien a sus semejantes y creía que todos debían ir juntos, pero aquella incompetencia iba pareja con su deslealtad.

Su dignidad estaba restaurada, al haber recibido el beneplácito y el deseo generalizado de negociar la paz con el gobernador hispano. Y sonrió. Aquella noche sacrificaron la abundante caza y alrededor del fuego celebraron el acuerdo con los españoles.

Toro Blanco y sus guerreros se ausentaron de la celebración.

Cuando las ascuas de la hoguera chisporroteaban aún por la grasa de la carne y sus pavesas eran aireadas por la brisa matutina, uno de los vigilantes nocturnos llegó corriendo al centro del poblado, que comenzaba a despertarse. Los perros que mordían los restos y los huesos ladraron espantados. Profería

agudos gritos y señalaba con su lanza la caballeriza donde descansaban las monturas.

Salieron a medio vestir los doce jefes y los chamanes y lo siguieron hasta el gran corral cercado de zarzas secas y maderas sin serrar, donde bufaban los mulos, los ponis y los mustang de los guerreros comanches.

La atmósfera estaba cargada y olía a carbón de roble verde.

Lo identificaron de inmediato. Era el jefe Toro Blanco. Le habían asestado en la cabeza un hachazo que le había abierto una profunda herida en el cráneo. Aunque reseca, se le escapaban por la hendidura los sesos y los cuajarones de sangre. Estaba desnudo, echado sobre los maderos y en la mano llevaba una maza de guerra que aún asía lánguidamente.

—Es un hacha kotsoteka —dijo el jefe Tosapoy, que escupió al suelo.

—En este poblado y sus alrededores hay más de mil guerreros kotsoteka. Eso no prueba nada, hijo —replicó el chamán con gesto juicioso—. Ha podido ser una mujer despechada, un enemigo incluso de su misma tribu o también un marido burlado.

Ecueracapa meneó la cabeza y disintió mirando el cadáver.

—A veces un hombre debe morir para salvar a un pueblo —adujo el gran jefe—. Yo no he dado la orden, por si alguien lo piensa, pero me alegro indeciblemente. Era un hermano violento, analfabeto y cruel que nos hubiera conducido a un callejón sin salida.

—No sabía lo que era el honor y la lealtad comanche y menospreciaba la piedad con los inocentes —añadió Hichapat—. No son tiempos de robos y de locuras, sino de avenencias y juiciosos acuerdos.

—Que el Gran Padre lo acoja entre los espíritus —rogó el hechicero.

Una banda de peludos lobos de la pradera pasó en hilera cerca del campamento comanche en dirección a unos pinares, donde buscarían su alimento. Los temblorosos caballos bufaron y agitaron sus crines. Aquel día el sol no lució esplendente, sino de un mustio color acerado.

Villa Real de Santa Fe, capital de Nuevo México

Final de febrero, año de 1780

Aunque los inviernos eran breves en Santa Fe, el capitán Martín de Arellano los padecía con un monótono hastío. Detestaba aquella estación del año, que ocupaba con los demás oficiales —españoles, criollos, valones, napolitanos e irlandeses— en tertulias de índole liberal, donde se intercambiaban libros de los enciclopedistas franceses y de los filósofos ingleses, como Jeremy Bentham, con la idea de formalizar en la capital de Nuevo México una logia masónica y promover las reformas que preconizaban los mismos virreyes.

«Los libros abren nuevas épocas y ocultan otras rancias y viejas», solía decir en las tertulias liberales a sus colegas de armas.

Los cielos encapotados deprimían su ánimo y la humedad lo precipitaba de un resfriado a otro, que curaba con tisanas de malva y nébeda y brandi que le proporcionaba su mentor, el coronel Anza. Las montañas del este temblaban cada día, ocultas por nubes negras, en una vorágine de rayos zigzagueantes, truenos formidables y densos aguaceros que empapaban el arenoso paisaje de Santa Fe y su vasto microcosmos de tierras ocres.

Había llegado cansado de un reconocimiento de los presidios de Taos y de Albuquerque y no podía creer que los dragones y colonos no hubieran denunciado un solo caso de ataques comanches. Sabía que una corriente de paz circulaba por los territorios indios y que en breve su gran jefe Ecuera capa se presentaría en la capital para firmar un pacto duradero.

Martín estaba vivamente orgulloso del gobernador, quien poseía el sutil arte de la conciliación y una moralidad intelectual que, unida a su filantropía, eran imprescindibles para ofrecer un modelo nuevo de convivencia a los hombres de ambos lados de la frontera de Nuevo México. Estaba hecho para la diplomacia y para unir a semejantes enemistados.

Después de redactar el informe de la exploración, arrojó un leño en el fuego y tomó en su mano su ajado *Diario Filosófico* de Voltaire, que tantas veces ojeaba, investigando la estética de la política en aquella parte del mundo y el papel de una iglesia clasista, como hacía el lúcido escritor y abogado en sus tertulias con el rey Federico de Prusia. Amaba aquel libro, que a veces comentaba con otros oficiales proclives a las novedosas ideas que en Europa llamaban de la Ilustración.

Entre la lectura y el sopor perfumado de la madera pensó en Aolani. En su ausencia recordaba a la hermosa muchacha, que seguro ya se habría convertido en toda una mujer. Le era difícil olvidar su cautivadora calidez, la cabellera lisa sobre su blanca frente y el rostro bellísimo y terso del color del ámbar. Se había preguntado muchas veces si tal vez había idealizado de forma exagerada a la aleuta, pero la felicidad que sentía por poder verla muy pronto excitaba su felicidad.

Recordaba su sonrisa serena, su cautivadora forma de ser, bondadosa a la vez que firme, risueña a la vez que segura de sí misma. Confiaba en su honestidad, en sus brillantes e intuitivas formas de concebir el mundo y en su ansia por reparar los conflictos de su esclavizado pueblo.

«¿Será difícil disuadirla de algo que no desee hacer, si le pido que piense en su vida junto a mí? Pero lo intentaré, vive Dios», reflexionó.

Una Aolani invisible acudía al rescate de su soledad.

Martín había almorzado con los dragones y comentado la reciente cabalgada, cuando un lacayo del gobernador Anza llamó su atención.

—Mi capitán, don Juan Bautista ruega que acudáis a su despacho.

—Enseguida estaré en palacio —le dijo, cogió la capa, la espada y el sombrero y cruzó la plaza que separaba el cuartel de la residencia, llena de tenderetes de indios y colonos que comerciaban con los productos del territorio, de aguadores, vendedores de mulos y caballos, y escribanos.

Fue recibido con gran consideración por el coronel, que aún tenía secuelas de una aguda pulmonía padecida un mes antes. Tosía, y su ancho pecho parecía el soplador de un fundidor. Pero aun así, de una bandejilla de plata labrada escapaba una fina columna de humo de su sempiterno puro habano, que estaba a punto de consumirse.

Parecía impaciente y su rostro denotaba agrado. La situación de convivencia en la Frontera había cambiado y también había recibido noticias

halagüeñas del nuevo virrey, que había sustituido al fallecido don Antonio Bucarelli, al que ambos recordaban por su benignidad y eficacia.

Tosía a veces de forma estridente y vaciaba su nariz con un pañuelo de lino immaculado. Las largas cabalgadas bajo la lluvia habían perjudicado sus articulaciones y su asma, y su cuerpo, castigado por las privaciones, las viejas heridas de guerra y las galopadas tras los indios por desiertos y praderas, se había resentido. El cirujano le había recetado piedras calientes en el pecho e infusiones de láudano, lavanda, nébeda y eucalipto, que doña Ana le dispensaba con infinita paciencia.

Soportando las secuelas de su destemplanza, lo saludó efusivo.

—Siéntate, Martín. He leído tu informe. La paz que firmaremos con los jefes comanches precisa de un ejército fuerte, preparado y eficaz que sostenga una situación de difícil convivencia. El nuevo virrey Mayorga está muy complacido con nuestra gestión en la Frontera.

—La red de presidios resistirá cualquier ataque, don Juan —aseveró.

El gobernador, que miraba por el ventanal, volvió a su mesa. Abrió la petaca de cuero y sacó otro habano, que encendió parsimoniosamente.

—¿Recuerdas, Martín, que me solicitaste presentarte en México cuando esa aristócrata del norte visitara al nuevo virrey? —le preguntó.

La boca firme de Martín se curvó con una mueca de intranquilidad.

—Claro, señor, ¿es que existe algún contratiempo que lo impida?

A lo que el gobernador contestó paternalmente:

—¡No! Pero no seré yo quien tenga que concederte esa licencia. El mismísimo virrey te reclama en México para la Pascua de Resurrección.

Parecía incapaz de contestar, influido por el gozo que sentía.

—Perfecto, entonces. ¿Y con qué objeto me llama? —se interesó.

—Lee esta orden recibida esta misma mañana desde México. Saldrás de dudas —confirmó, y le extendió un pergamino con los lacres y sellos de la cancillería de Nueva España, que pendía de uno de los extremos. Leyó para sí su contenido:

El Capitán General de Nueva España y Mariscal de Campo, a Su Excelencia el Gobernador de Nuevo México, don Juan Bautista de Anza y Ursúa. Salud en la gracia del Señor.

Os ruego impartáis las órdenes oportunas para que el capitán de dragones y maestro de espada de Su Majestad, don Martín de Arellano y Gago, se desplace a esta capital en la semana siguiente a la Pascua de Resurrección y se le exima de sus deberes militares, a fin de asesorar y aconsejar a esta Audiencia, junto al brigadier Bruno de Heceta, de los beneficios que reportaría la amistad y comercio con la casa reinante en esas islas de Alaska, cuyos dignatarios serán recibidos por Nos.

*M. de Mayorga, Virrey y Comendador de la Orden de Alcántara.
Dada en Ciudad de México, 15 de febrero, a. D. 1780.*

Firma ilegible.

Martín compuso una cara de asombro y opinó con satisfacción:

—En efecto, me parece un honor, señor, y colma mis expectativas. Es cierto que conozco aquellas islas y a sus gentes, como también Heceta. Serviré a España con mis pocos conocimientos —replicó con optimismo.

—Y al rey nuestro señor, Martín —arguyó con bondad.

—Ya sabéis mi opinión sobre la realeza y la supuesta elección divina de los reyes, y mi desprecio hacia esa caterva de nobles altivos, afeminados y holgazanes que pueblan la corte de Madrid. El Imperio subsiste por hombres sacrificados como nosotros.

—Sabes que pienso como tú, pero callo mis opiniones —se expresó Anza—. Lo cierto es que otra vez rendirás un servicio eficaz a España. Y reconfortate, no lo hacemos por ellos, sino por nuestros valores, nuestros antepasados y nuestro honor de soldados. Me intrigó la misiva, pero ahora me congratulo. Espero también que tu encuentro con esa exótica dama conforte tu ánimo, que a veces noto nostálgico, querido Martín.

—Os informaré de todos mis pasos en la corte virreinal —contestó—. Y sí, he de confesaros que hace tiempo que anhelo encontrarme con ella.

Era evidente que el gobernador sentía gran orgullo por su capitán.

—Me llegan noticias de la metrópoli mexicana sobre la sensibilidad benéfica del virrey Mayorga. Ha donado una gran cantidad de dinero de su propio bolsillo para embellecer plazas y monumentos, combatir la epidemia de viruela y crear la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos. Buenas e inmejorables referencias para un gobernante, vive Dios.

—Era de esperar del gobierno ilustrado que preside Su Majestad.

Después de leer la carta del virrey y de recibir los paternales comentarios del coronel, la noche le pareció al oficial más clara y benigna. Tras la fundación de San Francisco y la guerra comanche se había establecido entre ellos una complicidad modelada por la comprensión y el mutuo aprecio.

Se sentía consolado y también ansioso por encontrarse con Aolani — Clara Eugenia—, y su mente alcanzó un estado parecido al de la felicidad perfecta. El capitán cerró los ojos y se dejó invadir por los recuerdos. Más tarde comenzó a consumirse por la impaciencia y la ansiedad.

Iba a reunirse con Aolani.

El invierno llegaba a su fin y, tras varios días de inyectivas tormentas con fulgurantes relámpagos y vientos que acarreaban polvo rojo, retrasaron la reunión de los líderes indios con el gobernador Anza.

Pero el primer claro de luna del ya avanzado febrero avisó a los guías indios que podían iniciar el camino hacia la capital de Nuevo México. Y los doce grandes jefes, con Ecueraacapa a la cabeza, emprendieron la marcha. Cabalgaron seis días por las praderas, el desierto y las montañas y cruzaron poblados y aldeas de los apaches yupe, donde sus moradores los veían pasar con muestras de temor. Eran comanches.

El camino final serpeaba entre las colinas de los ríos Bravo y Pecos y las laderas de Sangre de Cristo con las cumbres nevadas. La expedición se dividió en dos. Parte de los grandes jefes y líderes menores se quedaron en Pecos, donde aguardarían el resultado de las conversaciones con Anza.

Los jefes más sagrados para la nación comanche siguieron hacia el norte, a Santa Fe. Los exploradores anunciaron la cercanía de la Villa Real y divisaron las paredes de adobe del presidio y las casas color terracota a distancia, y se alegraron. La imposta de la ciudad que fundara el explorador Juan de Oñate un siglo y medio antes surgió esplendente ante sus ojos con el ocaso. Montaron las tiendas a solo media legua de la ciudad y los doce líderes se sentaron a conversar contra el fondo azul de las montañas.

Un aroma perfumado a piñones oreaba la vigilia de la paz.

El campanil de San Miguel no paraba de sonar en la fresca mañana fijada para la reunión al más alto nivel entre españoles y comanches, que se ataviaban con sus mejores ropas, adornos y mantas embellecidas con geométricos bordados. Anza sentía apesadumbrada compasión de tanta sangre derramada en la Frontera y anhelaba como nadie la avenencia con las naciones indias. Su deseo de paz, largamente planteado al virrey, lo hacían único entre los comandantes de Su Majestad en Nueva España. Sentía una compulsión interior que le hacía aborrecer la guerra, y Martín, que lo acompañaba con todas sus galas el día de la reunión, lo sabía.

Los meditabundos ojos del gobernador lo conducían a observar a la expectante multitud que llenaba la plaza, sabiendo que con aquella reunión se extinguiría el dolor de muchas familias de ambas razas en la Frontera y que su anhelado propósito de concordia al fin podía cumplirse. Todo dependía de sus ofrecimientos, de su poder de persuasión y de la disposición de los grandes jefes de la Comanchería. Estaba cansado de la incansable procesión de

colonos asustados que pasaban por su despacho, pidiéndole justicia y rigor contra los inhumanos pieles rojas.

«Seguramente esos eran los planes de la providencia, Martín. Pienso que existe un designio que debo llevar a cabo», le había dicho.

En Santa Fe se había producido una oleada de agitación, y las hileras de burros que trajinaban por la plaza se habían detenido. Era una jornada especial para aquellos sufridos colonos, criollos, indios y mexicanos. El polvo se arremolinó al aparecer un caballo a galope anunciando la llegada de los jefes indios. La compañía de dragones estaba formada delante del palacio gubernamental y resonaron los tambores.

Iniciaba la comitiva un Ecuera capa erguido y ceremonioso, que mantenía su figura tan rígida como la piel de un tambor. Caminaba lentamente apoyado en su cayado exornado de plumas rojas, como gran jefe de las tribus comanches de oriente y occidente, y con su peculiar capa de cuero español sobre los hombros. Le seguía el segundo jefe en importancia, Tosacondata, un anciano de mejillas hundidas y con unos ojos negros muy vivos, que centelleaban en su rostro cobrizo y arrugado.

El carismático don Juan Bautista, el espejo de rectitud y de la concordia para sus hombres, los recibió en la puerta del vistoso edificio del palacio de los gobernadores, donde se había instalado una colgadura de lona blanca para resguardar a los delegados del calor o la lluvia, un largo estrado con una mesa encerada y sillas aterciopeladas de alto respaldo.

Anza, a pesar de su militar aire de superioridad, mostró una cordial afabilidad con sus invitados. Se acercaba a los cincuenta años y seguía siendo un hombre robusto, elegante y viril; su largo pelo plateado, la rizada barba gris y el uniforme de gala de dragón del rey le conferían una impronta patriarcal y temible. Y eclipsaba con su abrumadora estatura a los jefes indios, que se le iban acercando.

Ecuera capa respondió al saludo y al abrazo con una sonrisa indulgente y una inclinación de cabeza, que fue cortésmente correspondida. Martín advirtió que tras el gran jefe caminaba un hombrecillo barbilampiño, de mejillas coloradas, nariz carnosa, pelo lacio y grandes orejas, que hacía reverencias a las muchachas y les sonreía garbosamente. Vestía de blanco, a la usanza mexicana, y a los oficiales asistentes, al alcaide y al capellán les extrañó su rara presencia en tan señalada asamblea.

Martín, tras saludar al gran jefe, se dirigió confuso al indiecito.

—¿Quién eres, buen hombre? ¿Acompañas al jefe Ecuera capa?

El indio observó al oficial con un cierto gesto de desconfianza.

—Efectivamente, Señoría —se expresó en un castellano cabal—. Soy de ascendencia chiricahua, pero serví a los dragones reales en el presidio de Bocoachi, en Sonora. En una partida de caza me extravié y me apresaron los comanches, y por el conocimiento de ambas lenguas, sirvo de intérprete al noble jefe Ecueraçapa, que me estima como a un hijo.

—¿Y cómo te llamas? —le preguntó el capitán, sorprendido.

—José Chiquito. Ese fue el nombre que me impuso el fraile en el presidio de Janos, y ese será mi nombre hasta que muera —dijo sonriente.

Ecueraçapa asintió, señalando con gestos visibles que sería su voz y la del *tekwawaqui* o portavoz de los comanches kotsoteka, el jefe Tosapoy.

Don Juan y los españoles se alegraron sobremanera, pues pensaban utilizar al eficaz Hosa, un apache, como intérprete. Chiquito allanaba las cosas, y su voz sonora les parecía hasta complaciente.

—Mi considerado señor —alzó la voz Ecueraçapa, y habló a la par el perspicaz chiricahua Chiquito—, deseo presentaros a los jefes comanches que me acompañan y que conmigo firmarán la paz que acordemos hoy aquí. La palabra de José será mi palabra. Fiaos de él, os lo ruego.

Y conforme los presentaba estos cogían la mano enguantada al gobernador, que unos besaban y otros la apretaban con reverencia, y también a Mugwomp-Wulissó o «el Capitán Grande» —Martín de Arellano—, muy conocido entre las tribus indias tras su duelo singular con Cuerno Verde, que ya se contaba en las leyendas comanches.

—Excelencia, estos son los guías del pueblo comanche que me acompañan: Tosacondata o «Grulla Blanca», Quhuaneantime o «El que Roe a su Amo», Tosapoy o «Camino Blanco», Pisimanpat o «Zapato Podrido» e Hichapat o «El Astuto», cuyas palabras son sagradas en la nación comanche. Lo que ellos acuerden, acordado quedará.

—Sentíos como en vuestra casa y sed bienvenidos —los saludó Anza—. Nos acompañarán dos jefes ute y un navajo para oír vuestra voz y que nuestro pacto no lesione sus intereses. ¿Lo aprobáis, Ecueraçapa?

El locuaz líder comanche no contestó y su única respuesta fue una mirada de desprecio y conmiseración hacia sus hermanos indios, cuyas caras se habían ensombrecido. Su corazón era volcánico y no los soportaba, por lo que sobrevolaba en la asamblea un halo de incertidumbre y duda. Los jefes comanches, navajos y ute no se hablaron, pero sí se intercambiaron miradas de reto e ira. Ecueraçapa no esperaba presencia tan indeseable, pero no movió un solo músculo de su cara.

Anza sabía que, a pesar de su rechazo, tenía que cerrar la brecha abierta entre los ute, los navajos y los comanches, capaces de lo peor y de lo mejor, si es que deseaba alcanzar una paz duradera y total.

Y además debía poner a contribución de la causa todas las dotes de convencimiento de las que era capaz. Acomodó a los jefes y llamó a los dirigentes ute Moara y Pinto a que también tomaran asiento, así como al temido cabecilla navajo Shaudin o «Luz del sol». Incertidumbre y recelo.

—Puede ser incluso favorable a nuestros intereses la presencia de estos perros aquí —musitó el gran jefe a Tosacondata, que dijo susurrante:

—Babearán a nuestro lado si permitimos que les den las migajas.

El jefe ute Pinto alzó su picuda barbilla y miró a los comanches con gesto bravucón, pasándose la lengua por los labios resecos. El gobernador se incorporó y con su persuasiva palabra habló a los grandes jefes:

—Mis estimados jefes, la monarquía católica de España siempre ha garantizado escrupulosamente los derechos de los indios en cualquier latitud, cosa a la que no están acostumbradas otras potencias europeas. Sin embargo, amigos míos, establecida la autoridad de la Corona Española en esta parte del mundo, por su derecho divino y natural, desea velar por la convivencia, el orden y la salvación de las almas de todos los hombres, y desea ofrecer un gran pacto de igualdad y de unidad.

Anza realizó una parada para que Chiquito tradujera sus palabras. Su léxico tan peculiar y espontáneo resonó en la plaza de Santa Fe.

—No obstante, con las guerras con Cuerno Verde, que se empleaba con una impunidad intolerable, se interrumpió esa avenencia y el comercio en los mercados de Nuevo México y Tejas. Había convertido la Frontera en un infierno, donde ni la vida misma se toleraba, por infame. Y eso ha supuesto, lo sé, la ruina de la Comanchería. Desaparecido este leviatán de la insensatez, ha llegado la hora del entendimiento —completó su prédica.

Ecueracapa alzó la testa y rogó la venia para intervenir.

—Cierto, Señoría. Nuestro gran conflicto en estos años ha sido la falta de mercados donde intercambiar pieles por géneros —se explicó—. ¿De qué nos sirve cazar bisontes, si luego no podemos vender las pieles para comprar otros artículos tan necesarios como el aire? Necesitamos una nueva paz y unos acuerdos benéficos y tan sólidos como una roca.

El gobernador reveló los pactos que deseaba ofrecer y les explicó:

—Pues bien, grandes jefes, este es el ofrecimiento de la Corona de España. Podéis construir poblados de forma permanente cerca de las misiones, presidios y ciudades españolas de Nuevo México y Tejas.

Cabalgaréis por las extensas praderas más allá del Pecos, y no seréis molestados por los dragones de cuera. Los comanches ganáis vastos territorios de caza al oeste, donde se concentran las grandes manadas de bisontes. Así os abasteceréis de pieles y de carne, y alimentaréis a vuestras familias.

Ecuera capa había perdido parte de su impetuoso genio. Era más de lo que esperaba recibir, y se expresó en un tono reverencial:

—La piedad, la hombría y la integridad van unidas a tu boca, gobernador. El Gran Espíritu nos dio esa tierra y aquí estamos otra vez en ella, porque mi pueblo no puede ser esclavo de nadie. ¡Gracias! Los comanches amamos recorrer las praderas. Nos sentimos libres y alegres. No queremos habitar las ciénagas, donde los tábanos hieren los ojos de nuestros niños y de nuestros caballos, que enflaquecen y mueren. Antes preferimos que el cielo caiga sobre nuestras cabezas.

Anza hizo una pausa sabiamente destilada. Era su gran ofrecimiento.

—Gran jefe Ecuera capa —habló de nuevo, y le sonrió—, has pedido insistentemente un mercado español donde acudir con tus tribus a realizar los trueques necesarios para subsistir, ¿no es así?

—Cierto, Excelencia. Nos es necesario un lugar libre donde comerciar.

—¿Como por ejemplo Pecos? —inquirió Anza, sabiendo que la ciudad española era la preferida por los comanches.

—Así es, excelente gobernador —contestó intrigado por la pregunta.

—Bien, sabrás que he hablado con el virrey de Nueva España sobre este permiso excepcional —afirmó y puso intriga en sus labios.

Los jefes indios se miraron en suspenso. ¿Se iba a negar?

—¿No podremos favorecernos de «la paz del mercado», Señoría?

—Espero que mi ofrecimiento cumpla vuestras pretensiones. Además de Pecos, la máxima autoridad de Nueva España te ofrece los inmejorables mercados de las ciudades de Taos y de Santa Fe. Nuestro rey y señor es generoso cuando se poseen ánimos de concordia.

Los jefes comanches no podían creerlo. Se levantaron de sus sillas, se acercaron a don Juan e, inclinándose, intentaron besarle las manos. Excedía a sus pretensiones, pero los ute y el navajo recelaban.

—Solo correspondo a vuestra ansia de entendimiento. Sentaos.

De repente, el viejo jefe ute Pinto se incorporó. Con su piel arrugada y con manchas rojizas y el cuello descarnado y con escamas, parecía un lagarto o un árbol viejo carcomido por dentro. El tono de su voz era estridente e incluso desafiante. Se dirigió a Anza airado:

—¡Excelencia! ¿Preferís hacer pactos con sediciosos poco fiables como los comanches, a hacerlo con amigos obedientes y fieles como los navajos y los ute? Esos han quitado la vida a gentes de vuestro pueblo y del mío, y han dejado tullidos y enfermos a muchos ancianos y niños de nuestros clanes.

Decididamente, las palabras del jefe ute habían sido extremadamente duras. Durante unos instantes un denso silencio planeó por el estrado. Don Juan Bautista conocía bien el alma humana. Bastaba con cubrir con un bálsamo oportuno la herida secreta. Recuperó el uso de la palabra con su sutil cadencia de voz y se dirigió expresivo al jefe Pinto.

—El rey don Carlos ha extendido su gracia a todas las naciones indias de esta parte del mundo. Vosotros también os beneficiaréis del tratado.

—¿Y cómo? —preguntó Pinto—. Las praderas de caza son nuestra última esperanza para sobrevivir y deseamos ser partícipes de la justicia que merecemos del Gran Padre Blanco, el rey de España. Es nuestra tierra, nuestra casa y la de nuestros padres. Mi pueblo se derrite como la nieve en las laderas de las colinas al calor del sol, mientras que los miembros de vuestro pueblo brotan de la tierra como los tallos de hierba en primavera, y ahora lo harán los comanches, nuestros verdugos, a quienes les concedéis todo.

Pinto disertaba con embravecido exceso, pero Anza lo dejó hablar.

—¿Quizás es un agravio amar a mi pueblo, Excelencia? —prosiguió—. Cuando nuestros hijos se duelen de hambre, lloran. Los muertos vendrán a la vida, y los espíritus ute volverán a sus cuerpos.

El gobernador de Nuevo México, haciendo un gesto incierto con la mano, eligió las palabras adecuadas para contestarle:

—No será tal como dices. Escúchame, noble jefe Pinto. Según está redactado en este documento —y mostró el largo pergamino— y aceptado por el gran jefe Ecueraçapa, los ute y los navajos no son sus adversarios. Tu tribu ute podrá seguir cazando en los valles del río Arkansas sin ser molestada por los comanches. No veréis un solo guerrero en el horizonte.

—Vuestra palabra endulza mis labios como un panal de miel, Señoría —dijo, y se adivinó la satisfacción y el sosiego en su semblante.

—¿Y los navajos? —preguntó el jefe Luz del sol.

—A partir de hoy podréis atender a la cría de ovejas y al trabajo de la plata, el oro y las piedras preciosas que aprendisteis de los maestros españoles, sin tampoco ser molestados por los jinetes comanches en vuestras aldeas y poblados. No habrá más sangre y miedo. Y también podréis vender vuestros artículos en los mercados ofrecidos a Ecueraçapa.

El jefe comanche se incorporó, paseó por el semicírculo y dijo:

—La palabra del gobernador es palabra de verdad. He reconocido en ese papel que los ute y los navajos serán nuestros hermanos y no nuestros competidores. Ningún guerrero de mi pueblo verterá una sola gota de sangre de ningún hijo del Gran Padre. Sea ute, navajo o lipán —aseguró veraz.

Pinto y Luz del sol asintieron a sus fraternales palabras.

Ecueraçapa se alzó del sillón, dudó y luego, en tono enigmático, dijo:

—No obstante, don Juan parece que ha olvidado escribir en el pliego del acuerdo que ninguno de los tres pueblos representados aquí somos el verdadero enemigo al que combatir. ¡Existe otro más violento y detestable! ¡Sí! Poseemos un antagonista común que podría dar al traste con la vida de mejor fortuna que hoy se nos ofrece aquí. Y bien podría ser la ocasión de unirnos los tres pueblos indios y la poderosa España para mantener a raya a ese detestable e infame rival.

La misteriosa sencillez del comanche dejó alarmada a la asamblea.

«¿Qué demonios se trae ahora entre manos el gran jefe comanche? —se dijo Martín—. ¿Acaso se trata de una insolencia inaceptable?».

Se jugaban la supervivencia, y Ecueraçapa hablaba de enigmas.

Pero el gobernador Anza sonrió con una mueca de complacencia.

—¿A quién os referís, gran jefe? —lo interpeló Anza.

Mientras las arrugas del rostro del guía comanche se hundían se dirigió al centro y exclamó atronador:

—¡A los apaches, señor!

Anza miró al jefe y luego a su lugarteniente Arellano. Lo esperaba, pero no allí con los ute y los navajos presentes. Pero no lo irritaba. Había llegado el momento de unir a las tres naciones indias en un objetivo común. Él poseía la cuerda para conseguirlo: la temible fuerza de los regimientos de dragones de cuera. Ecuera para proseguir con su visión:

—Señor gobernador, quiero alertaros de un peligro letal: los apaches gileño, los mescalero y los mimbrense. Son perros sin alma que arrasan cuanto encuentran, roban, expolian y violan. Quedan excluidos los pacíficos y ya integrados en vuestra civilización, o sea, los lipán y natage del sur.

Era como si Ecuera hubiera pronunciado la palabra mágica del acuerdo que aguardaba el coronel, que no se atrevía a pedir para que no recayera la defensa sobre la exhausta España. Él sabía que lo sacaría a colación en cualquier momento, pues constituía también su gran desvelo. El comanche era un hábil negociador, pero no sabía que los españoles deseaban desde hacía mucho tiempo asociarse a los ute, navajos y comanches para mantener a raya a pueblos tan escurridizos y salvajes.

Anza simuló que sopesaba la petición. Se revolvió y expuso grave:

—La unión hace la fuerza. Aunaremos los efectivos para expulsar de estas tierras de concordia a esos salvajes que no atienden a razones.

La satisfacción en los rostros de los jefes indios era suprema. Por vez primera, las tres razas indias representadas estaban en total acuerdo. Fusionarse con los dragones hispanos para acabar con las temibles bandas de los apaches que irrumpían en Llano Estacado, las escarpaduras de Mescalero

y los ríos Pecos y Colorado, jamás lo habían soñado. La petición constituía un fructífero broche al compromiso que se disponían a firmar.

Las expresiones de los jefes ute y navajo habían cambiado. Martín inclinó la cabeza y le susurró al oído al coronel, que asintió:

—Nada como unir a quienes se repudiaban ante un enemigo común. Los habéis traído al redil como corderillos. La paz será larga y duradera.

Anza lo ratificó esbozando una leve sonrisa y le respondió leve:

—Los hombres de todas las latitudes solo deseamos una vida en paz y pan para nuestros hijos, querido Martín. Y ambas las garantizamos con los dragones. Era la oferta que les ocultaba para que aceptaran la paz, pero deseaba que fueran ellos quienes la expusieran.

Luz del Sol, Moara y Pinto aceptaron vivamente la inestimable ayuda militar con la cabeza. Y Pinto recapacitó que no debía perder más el control de sus palabras. Lo que le ofrecían era más que equitativo, y dijo:

—Puedes llevar tu caballo al agua, pero no puedes obligarlo a beber. Yo he venido como un potro desbocado a rechazar el pacto, pero después de lo oído de la boca justa del gobernador acepto la alianza.

—Somos pueblos hermanos —reconoció el comanche a Moara, Pinto y Luz del Sol—. Perdón, hermanos, si hemos herido vuestros sentimientos.

—Venimos del mismo tronco común y hoy volveremos a ser hijos en el seno del Gran Padre. Tras la firma intercambiamos ropas y regalos y démonos un abrazo fraternal como corresponde a la ocasión —señaló Pinto.

La cordial audacia de su respuesta había contentado a todos.

Ecuera capa pensó satisfecho que todo cuadraba según sus pretensiones, y que el depositario del acuerdo, el gobernador de Nuevo México, por el cargo que ostentaba, era el mejor de los garantes. Las palabras de los hombres no tenían valor para él, pero los sentimientos de los que las pronunciaban, sí. El gran jefe se alzó del asiento y proclamó:

—¡Estamos de acuerdo, Excelencia! Firmaremos ese tratado.

—El gobierno de Su Majestad don Carlos en Nuevo México asume la obligación de contener a esas manadas de salvajes apaches, tan reacias a civilizarse y firmar acuerdos con hombres honorables.

Anza sabía por sus exploradores y dragones que los tres pueblos apaches tan temidos habían huido al este y el sur y que quedaban solo pequeñas bandas de virulentos ladrones en la zona, fáciles de desbaratar.

Chiquito sonrió al gobernador y rogó un vaso de agua. Tenía la garganta reseca de tanto hablar y elucubrar las palabras exactas que tenía que pronunciar sin faltar a la verdad de quien las pronunciaba.

Ecueracapa, siempre puntilloso, preguntó de nuevo al gobernador:

—¿Y cómo sabrán de este acuerdo los capitanes de los presidios de Nuevo México y las tropas itinerantes de dragones de cuera?

—Serán informados de inmediato por los correos del rey —dijo Anza—. ¿Precisáis de algo más?

El comanche vio que era duro el camino del negociador, pero dijo:

—Excelencia, precisamos de una credencial vuestra, o de un objeto de autoridad que podamos mostrar a aquel comandante o soldado español que dude del acuerdo. Sabéis que es preceptivo el intercambio de un objeto de valor.

A Anza lo cogió de improviso, pero sin pensárselo ni solicitar consejo, le alargó su bastón de mando de teniente coronel y de gobernador.

La plaza entera, con el gentío, las autoridades, los soldados del presidio, los frailes e indios, prorrumpió en un sonoro aplauso. Habían concluido sus miedos, penurias y desvelos, y no podían creerlo.

Anza abrió en la mesa donde presidía la reunión un amplio pergamino escrito en castellano, donde se recogían todos los términos discutidos, así como un elemental mapa donde se bosquejaban las ubicaciones en las que debían moverse las tres naciones indias. Don Juan rasgó la pluma y firmó con su nombre, y uno tras otro, los jefes indios firmaron con pinceles y pintura ocre sus signos distintivos: la silueta de un halcón, lo que parecía una flauta, un círculo, el esbozo de un cuervo, una pluma, una flecha, el bosquejo de una cuerna de ciervo y una serpiente.

Grulla Blanca, el más anciano, elevó los brazos al cielo y profirió:

—¡Espíritu Hablante, te suplicamos que se cumplan estos pactos! —Y al concluir la plegaria, abandonó su silla y anduvo varios pasos en la arena de la plaza. Nadie sabía lo que pretendía hacer y se hizo el silencio. ¿Estaba en desacuerdo con su líder y abandonaba la mesa de negociación?

Se arrodilló y practicó un hoyo hondo con su puñal, que enterró. Después se dirigió a los líderes ute y al navajo y les pidió sus cuchillos. Chiquito los recogió y se los entregó solícito. Una vez depositados los tres, los cubrió de arena, que pisó reiteradas veces. Miró en derredor y gritó:

—¡El espíritu de la guerra ha muerto entre nuestros pueblos!

Anza juntó sus manos. No podía estar más radiante, y se le notaba.

—Siempre he obrado rectamente y no traicionaré el espíritu de mis antepasados —dijo con un matiz de respeto—. Me lo demandarían desde el cielo. A partir de ahora se nos presenta un panorama seguro. Dos

generaciones de hombres de distintas razas vivirán en paz. No cumplirlo acarrearía una mentira tras otra y significaría nuestro fin.

Martín pensó que cada paso que daba su coronel estaba meditado. Mantenía el poder de la Corona en vastísimos territorios de las Indias del norte y abría un pacífico espacio económico de gran futuro, donde la riqueza, hija predilecta de todo Imperio, los mantendría atados. Primero había resuelto la guerra justa para eliminar al comanche obstruccionista, y luego había mediado una paz honrosa. El capitán reconocía que esta no sería eterna y que a lo sumo duraría hasta que aquellos hombres dignos desaparecieran de la tierra. Pero estaba firmemente persuadido de que las ventajas del acuerdo estimularían los intercambios y que los pueblos indios conocerían más fortuna de la que habían disfrutado antes.

Admiraba el sobresaliente genio del gobernador, quien, tras eliminar al elemento más entorpecedor —Cuerno Verde—, había conseguido que enemigos irreconciliables, como navajos, utes y comanches, estuvieran en aquel momento abrazándose, ofreciendo en matrimonio a sus hijos, e intercambiándose mantas y regalos. Jamás se había visto algo igual en la Frontera y, sin haber utilizado la violencia, los había sometido sutilmente a los beneficios de la civilización española: el comercio, el respeto a la propiedad, el idioma que hablaban en medio mundo, una religión compasiva y sin sangre, y la sumisión al benefactor y universal padre de allende los mares, el rey de España, bajo cuyo favor se amparaban millones de seres humanos.

Don Juan Bautista le impuso a Ecueraçapa una medalla de oro con el busto visible del rey don Carlos III, que aceptó con reverencia, aunque rogó al gobernador que los casos de justicia menor y no de delitos de sangre entre comanches se sancionaran en los consejos de ancianos, petición a la que accedió Anza.

—Ahora desearía haceros una petición personal. Los otros seis grandes padres del pueblo comanche me aguardan en Pecos, en espera ansiosa de buenas noticias para sus clanes y tribus. ¿Nos acompañaríais, gobernador? Sería muy importante para mi pueblo que vos mismo le anunciarais el pacto firmado con vuestros labios sabios y equitativos.

Anza se sorprendió. Volvió la cara y preguntó al capitán:

—¿Tenemos dispuesta una escolta de protección, Martín?

—Todo un regimiento, y en menos que se reza una salve, coronel.

—¡Iremos, Ecueraçapa! Al fin y al cabo, son solo siete leguas.

Los jefes indios montaron sus ponis pintados y cruzaron la plaza repleta de gente, de guarnicioneros, ganaderos y mercachifles con sus tenderetes de productos de la Frontera. Iban protegidos por guerreros de sus tribus provistos de largas lanzas de guerra, con los torsos desnudos y con los rostros pintados de rojo y amarillo, signo del laurel en la batalla. Borearon la ciudad de Santa Fe, dejando atrás las casas de mampostería y barro del color del fuego. Tras ellos cabalgaba en un alazán negro, alto y austero el gobernador Anza junto a su lugarteniente Arellano, que portaba en el arzón su cuidado rifle Brown y una pistola de pedernal amartillada.

Una nutrida escolta de dragones, impecables y marciales, con las capas azules al viento y sus emplumados sombreros de ala ancha, sables y fusiles relucientes, partió cuando el sol de la tarde arrojaba amarillos haces de luz alargando las sombras de los jinetes.

La atmósfera estaba cargada de un halo de júbilo cuando pasaron con riendas sueltas por la Cañada de los Álamos, donde germinaban las higueras, los mescales y tunales, y oyeron gruñir a los coyotes asustados con el ruido acompasado del trote de los caballos.

Cuando llegaron a Pecos, parecía más un poblado kotsoteka que un asentamiento español. Y nada más aparecer la comitiva, sabían que el encuentro había sido un éxito. Cientos de enfervorizados comanches que se habían congregado allí aguardaban a Ecuera capa reunidos en consejo. Habían instalado su campamento dentro de la urbe y la tienda de consejos en la misma plaza comunal. Cuando el gobernador se apeó de su corcel, decenas de manos agradecidas intentaban tocarlo como si fuera la reencarnación de Charbiya, «El Anciano Sabio que habita lo Alto».

Martín echó mano de su pistola, pues eran tan desconsideradas las muestras de afecto y adhesión que parecía que fueran a estrujarlo con su contacto físico y afectividad, rayando el despropósito y la insolencia. José Chiquito, observando el gesto contrariado de Martín, intervino:

—Capitán, no debéis preocuparos por la integridad del gobernador. No es una descortesía, sino un ritual que los comanches llaman del *niya*, o intercambio del hálito vital entre ellos y una persona de virtudes carismáticas que ha traído un gran bien a la tribu. Y este solo se produce si tocan con sus manos a la persona reverenciada. Es un alto honor.

—Entendido, Chiquito, bien. Quedo más tranquilizado —le sonrió.

La formidable tienda de cuero se asemejaba a un grandioso panal de miel, pues la luz de la tarde se filtraba con haces de luz azafranados. El momento era de una emoción suprema. Concluida la ceremonia de la efusividad, se

acomodaron los once grandes jefes y treinta y un cabecillas comanches de las naciones kotsoteka junto al gobernador, y el cuadro de oficiales ofrecían una imagen marcial y magnífica con sus lustrados uniformes, sables toledanos, guantes y fajines dorados de su alto rango. Los dirigentes indios fueron entrando y los once fueron presentados al gobernador, que inclinaba la cabeza cortésmente.

—Parraginanchi u «Orejas de Venado», Cuetaninaveni o «El Maltratado» y Souhuacat o «Muchos Pimientos», jefes comanches de río Rojo.

Portaban en su pecho corazas de dientes de oso, plumones en la cabeza y mazas con adornos multicolores, mocasines de flecos cortos y sus trenzas las adornaban con vistosas pieles de zorro gris.

—Estos son: Canaguaipe o «Amujerado Flaco» —prosiguió el gran jefe —, Toyamancare o «Sentado en la Sierra» y Tichinaya o «Juego Feo». Sus clanes, Señoría, habitan las fuentes y los valles del río Brazos.

El último de ellos, un anciano decrepito y estrábico, iba vestido a la española con un traje de chaqueta corta, como los ganaderos de Tejas y México, camisa blanca, botas y un sombrero español de ala ancha. Se dirigió al coronel y le besó las manos con una devoción que lo emocionó.

Tosapoy resumió las condiciones del tratado, haciendo hincapié en el aumento de mercados, la lucha conjunta contra los apaches y la libertad absoluta para cazar en las praderas, desde el río Colorado al Purgatorio. No podía haber más satisfacción en sus rostros arrugados y curtidos por el sol, y algunas bocas desdentadas sonrieron y muchas manos golpearon el suelo con frenético gozo, pues significaba la seguridad para sus familias.

—Los que nos sigan, hermanos comanches, nos recordarán por las huellas que dejemos, y la de hoy será profunda y duradera. La nación comanche ya no será un trigal batido por el viento y manchado de sangre y de lodo —concluyó.

Toyamancare o «Sentado en la Sierra», un hombretón de pómulos salientes y nariz aguileña, que portaba en su hombro una capa emplumada y en su frente un pañuelo escarlata, se alzó y habló conmovido:

—Se ha iniciado la época de la buena voluntad entre los habitantes de la Frontera y las praderas. Solo significará un cambio de mundos, y hemos de convivir con los españoles, que al fin han comprendido que amamos la libertad.

Un susurro de voces que venía del exterior de la tienda paralizó los músculos de los que se encontraban dentro. A una señal de Ecuera capa habían penetrado cuatro guerreros comanches portando otras tantas picas, y en sus

puntas se mecían cuatro cabezas horrendamente torturadas de comanches. Les habían sacado los ojos y sus semblantes mostraban unas muecas tan diabólicas que aterrorizaban. Los cabellos estaban pegados a sus pómulos por cuajarones de sangre, que aún chorreaba.

Don Juan miró inquieto a Martín, que puso su mano en el pomo de la espada. ¿Qué significaba aquel ritual tan sangriento e inoportuno?

—Excelencia —intervino el gran jefe—. Nuestro gozo por el acuerdo firmado ha sido incomparable y solo los espíritus de nuestros antepasados saben lo que supone, pues alegran con su presencia invisible este acto. Bien —prosiguió—: Conocéis que Toro Blanco quiso arruinar el acuerdo firmado hoy con su violenta y conspiradora conducta. La muerte le vino de lo alto, pero una banda de sus sediciosos seguidores se proponía atacar las rancherías del cauce del Nueces y sembrar la discordia.

Anza, que seguía estupefacto, lo miró consternado.

—Pues ya no lo harán, gobernador, y además sus almas vagarán por las praderas de los vientos huracanados, pues les hemos privado de los ojos con los que mirar los ríos celestes. Esas cabezas traidoras eran las de sus cabecillas, que violaron el pacto del consejo sagrado de los jefes.

Anza asintió aliviado. Su inquietud se suavizó al conocer los hechos. Los comanches eran gentes de fiar, pues cumplían su palabra, aunque fuera a costa de hijos sediciosos y levantiscos. Se congratuló y replicó:

—La justicia surgida del pueblo es la justicia de Dios, Ecueraçapa.

El gran «hombre medicina», que no se había movido, exclamó:

—¡Wakantanka, «Gran Misterio del Universo», sé tolerante con aquellos que han perdido el camino, y protege a nuestros guías!

Unas muchachas de trenzas brillantes, vestidas con túnicas amarfiladas y bordadas de símbolos comanches, sirvieron cuencos de un bebedizo azucarado a cada una de las jerarquías y luego desaparecieron. Anza y sus oficiales lo tomaron con cierto recelo. Ecueraçapa alzó el brazo y sonaron las *quen*as de hueso y los tambores rítmicos, en una cadencia tan grata que agradó a los hispanos.

Con un semblante sorprendentemente cadavérico, ingresó después en la tienda un chamán vestido con una capa y taparrabos de piel de lobo, con la cabeza rapada, salvo un crespo penacho de pelo gris en lo alto. Portaba en sus manos un misterioso objeto envuelto en pieles exornadas con pequeñas águilas y lo mostraba como si fuera un relicario venerado por los kotsoteka, pues los jefes inclinaron la testa en señal de respeto.

En ese momento los españoles volvieron a escuchar la música, un sonido lento y suave formado por la percusión de pieles tensadas, flautas y matracas y tres jóvenes guerreros, sin armas, pero profusamente adornados con plumas y abalorios, iniciaron la danza de la paz. Al concluir, el «hombre medicina», con su ceño permanente, exclamó:

—¡Oh sol! ¡Oh trueno! ¡Oh Nape! Bendice a estos hombres blancos que nos regalan una paz perdurable y nos aseguran inviernos benévolos. Grande es el poder de la Pipa de la Paz.

Martín atisbó tras el hombro de su coronel cómo el decrepito anciano retiraba el envoltorio de pieles y desenvolvía una pipa añosa y vieja. Medía media braza y tenía la forma de T. De ella colgaban mechones de crines de caballo, picos de pájaros sagrados, alas de búhos y púas de puercoespín teñidas de azul. La cabeza era de pizarra y representaba la cabeza de un oso y el canuto, de madera de fresno, cuya médula había sido extraída con un hierro candente, según les advirtió Chiquito. Introdujo hojas secas de zumaque, tabaco y briznas de raíz de sauce rojo.

—Esa mezcla sagrada se llama *kinnikinnick* —informó el chiricahua.

El hechicero la encendió con un ascua, cerró los ojos y arrojó a lo alto una bocanada de humo, según su canto: «donde moran los Eternos Cazadores». Después expulsó a los cuatro puntos cardinales otras tantas exhalaciones y la pasó al primer jefe que estaba a su derecha. Tras completar la vuelta debía pasar de nuevo a sus manos y no enfrentarse a la puerta de entrada del gran tipi, pues sería de mal agüero. Cada uno de los presentes fumó la hierba dos veces, siguiendo lo que Chiquito denominó «el camino del sol de la pipa de la paz».

Anza y Arellano la fumaron decorosamente y sin emitir tosidos.

—Es el símbolo de la amistad y de la alianza, Señorías, y en verdad se trata de una ceremonia religiosa muy singular —les participó José—. La usan para calmar las tempestades, firmar negociaciones con naciones indias, proteger la caza e invocar la protección de las fuerzas sobrenaturales. Esta además posee un poder místico del que otras carecen. La reverencian.

—¿Por qué? —se interesó el capitán.

—Es la que los comanches llaman la inviolable pipa *calumet*. Solo se utiliza para cerrar tratados de paz, de ahí su nombre de «pipa de la paz, o del armisticio». Muy pocas veces la han usado desde que los conozco.

Ecuera capa le participó al gobernador su significado:

—Esta pipa con la que hemos sancionado nuestros acuerdos, Excelencia, perteneció al gran padre del pueblo comanche, Kangi-shapa o «Cuervo

Negro». No existe nada más sacrosanto en nuestra nación; y a quien lo conculque, los espíritus celestes se lo demandarán en su día final.

Anza, arrellanado en su asiento con semblante conciliador, dijo:

—¡En nombre del rey de España queda ratificado el tratado! Y para que los jefes comanches perciban la probidad de mi señor natural don Carlos III, dispongo que en los mercados de la Corona recibáis a partir de hoy por cada piel de bisonte dos *belduques* (cuchillo grande de hoja puntiaguda) y no uno, y trece por cada caballo. Es mi regalo final.

Un corro de murmullos y parabienes se alzó en la concurrida tienda cuando conocieron la beneficiosa concesión por boca de Chiquito.

—Es una norma justa, Señoría, y mañana mismo el mercado de Pecos se convertirá en una feria de armonía, protegida por la paz del comercio de España. Y seremos fieles a ella eternamente, os lo juro —contestó.

Ecueracapa, en un gesto cargado de respeto hacia los mayores, entregó el bastón de mando regalado por el gobernador al segundo jefe en autoridad, Tosacondata, el más anciano, que lo recibió profundamente emocionado. Significaba el símbolo visible del tratado pactado. Apretó sus labios y entornó sus ojos, agradeciéndoselo al cielo.

La ceremonia había concluido y las mujeres sirvieron a los jefes y huéspedes hispanos platos humeantes de carne, bebidas espirituosas, asados, frijoles, almendradas y tortas. Ecueracapa, como un niño mimado que siempre necesitara algo más, y animado por la brecha de amistad abierta con el gobernador, le pidió para su sorpresa y estupefacción:

—Excelencia, ¿aceptaríais como pupilo a Tahuchimpia, mi tercer hijo y el más pequeño, para educarlo en las formas y costumbres de España en vuestra casa de Santa Fe? Para mí significaría una alta distinción.

El gobernador concebía grandes planes surgidos del acuerdo, pero no había pensado en semejante hecho, y lo miró con gesto de agrado.

—Me sorprendes y me abrumas —le dijo—. No solo acepto, sino que desde hoy se convertirá en un hijo propio y lo educaré como tal. Haré de él un soldado valiente y un respetado vasallo del rey. Te devolveré un hombre nuevo y civilizado según las creencias y principios de occidente.

Ecueracapa se lo agradeció efusiva y gozosamente.

—Deseo que le deis un nuevo espíritu y la savia de un jefe de un futuro distinto al nuestro, que es el que se avecina para nuestra nación.

Anza, que se mesaba su barba tiesa y rizada, lo tomó como una esperanza de futuro para ambos pueblos, y Martín pensó que su coronel no era un soñador, sino un pragmático, que estaba conduciendo el asunto con prudencia,

elegancia y extrema generosidad, y que sus frutos durarían décadas. La horrible guerra en la Frontera se había desvanecido y muy pronto aquellos feroces cazadores se convertirían poco a poco en agricultores y ganaderos. Repartió regalos a los jefes, medallas, galones dorados, tabaco, botas, cinturones y camisas, y al gran jefe le regaló su propia pistola de pedernal, que Ecuera capa recibió con lágrimas en los ojos.

El gran guía comanche comunicó al pueblo que el gobernador don Juan Bautista y Mugwomp-Wulissó o «el Capitán Grande», Martín, serían recordados con afecto por los muchos beneficios acarreados a la comunidad de la Comanchería, y que sus figuras estaban en camino de convertirse en leyendas, pues ya aparecían en los dibujos y en los tapices pintados de su pueblo.

Antes de retirarse a una casa hispana donde había un baño, el viejo chamán, con sus ojos purulentos, se dirigió con sus pasos cortos hacia el coronel y sus oficiales. Con voz cascada, profirió:

—Deseo que el arcoíris siempre toque vuestros hombros.

Era la pretensión más sagrada y veraz que podía pronunciar un comanche. Anza se lo agradeció y, tras conocer el significado, le tomó su mano flácida y artrítica entre las suyas. El gobernador, con mirada de optimismo inalterable, y su escolta y oficiales se retiraron a descansar, mientras fuera continuaban las aclamaciones. Martín recapacitaba sobre todo lo vivido, se acomodó en el lecho y recordó:

«La nación comanche ensalzará vuestros nombres».

La Paz de Anza, como ya se la conocía en la Frontera, se recordaría en los anales militares de la historia del mundo. Había guerreado y luego había dialogado con los vencidos, reconciliándose con ellos. La concordia hundía su pico de ave pacífica en el corazón de la Frontera y ya se extendía con el viento de las cumbres de Sangre de Cristo.

Un polvo finísimo y rojizo comenzó a golpear los postigos. Se habían restañado las heridas de antaño, como si la fuerza interior de Anza hubiera dispersado por aquellas tierras un límpido soplo de humanidad. Tenía razón el coronel cuando le dijo a Arellano:

—Tras una guerra de muchos años, necesitábamos recuperar la dignidad —le aseguró a su capitán, que le contestó al gobernador:

—El júbilo inexpresable de los colonos y de los indios así lo confirma, don Juan.

No obstante, el capitán de dragones de Su Majestad, a tenor de las noticias que le llegaban de las colonias inglesas del este, presentía que, tarde o

temprano, un pueblo ávido de nuevas tierras, multitudinario, acometedor y esperanzado, desplegaría por miles a sus colonos, que no serían tan dialogantes y compasivos como don Juan Bautista.

Y entonces, el comanche sería exterminado.

Ciudad de México, capital de Nueva España

Pascua de Resurrección de 1780

Para el capitán de dragones Martín de Arellano, aquellos fueron los días más difusos y extraños de los últimos años. Era lunes de Pascua y salió del fortín militar de El Matadero, cerca de la antigua Puerta Sur de Ciudad de México, acompañado de su asistente, impecablemente vestido de oficial de las tropas volantes de la Frontera.

Se dirigía hacia la suntuosa mansión del conde de San Mateo de Valparaíso, recién construida para su hija, doña Ana María de la Campa, una mujer hermosa, de pelo negro y brillante, muy honesta y de lengua fácil. Por sus relaciones con los mercados de Manila y el Galeón de la Seda, la condesa había accedido, a petición del virrey Mayorga, a servir de anfitriona a la exótica dama, que había arribado a la ciudad el día antes de la semana de Pasión.

Martín no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Inquieto y nervioso, pensaba en el momento de felicidad que viviría en unas horas.

Los aleteos de los colibrís, los susurros de las ramas de los árboles y el aire dulzón a cacao acompañaron su paseo hacia la casona, donde iba a ser recibido a su petición a primera hora de la tarde, cuando las calles y la gran Plaza de Armas, donde se hallaba la catedral y el palacio de los virreyes, comenzaban a llenarse de cabriolés, sillas de mano y berlinas.

El palacio Valparaíso le pareció fastuoso y aún más su espectacular torreón, en cuyo lecho angular rutilaba la imagen de la Virgen de Guadalupe, flanqueada por dos jaspeadas columnas salomónicas. La mansión, construida al estilo barroco imperante, se adornaba con azulejos de Coyoacán y rejerías y barandales andaluces en los balcones. Un criado lo hizo pasar a un recibidor adornado con arcones castellanos, jarras de plata amartillada de Córdoba para

pulque, aguamaniles argentados, jícaras de jade para el chocolate y varios óleos que representaban goletas y galeones españoles navegando por el océano.

Y para no olvidar sus esencias mexicanas, colgaban de las paredes un viejo tocado de plumas de quetzal, un pequeño sol de oro de Tonatiuh y tapices bordados de Tlaxcala. Martín estaba de pie, impaciente y tenso, cuando escuchó el vuelo de un vestido y los pasos acompasados de una dama, identificados por la sutileza de unos pies delicados. Era la dueña, una mujer de pulcra gentileza, voz untuosa y pálida blancura.

Doña Ana María le dio la bienvenida a su casa, le preguntó por la vida en la Frontera y por el gobernador Anza, anunciándole que la aleuta se reuniría con él en unos instantes. Martín le besó la mano y se despidió.

La puerta quedó entreabierta, y al poco se franqueó y apareció Aolani, esplendente en toda su belleza. Con imperturbable serenidad y entusiasmo, se quedó mirando sugerentemente a Martín. Esbelta hasta la conmoción, su figura revelaba un cuerpo más maduro y atractivo. Palpitaba en su pecho el centelleo de unas perlas rutilantes y un perfume gratisimo la precedía. Martín se quedó mudo y magnetizado.

El capitán cruzó fogoso la estancia para recibirla y, después de una emocionada sonrisa, le tomó la muñeca y la besó deslizando su boca hasta los dedos. Fue un momento sublime. Tras saludarse, intercambiaron una dilatada e íntima sonrisa de complicidad, mientras tenían sus miradas prendidas en sus respectivas pupilas. Martín le dedicó un gesto reconfortante y el corazón de Aolani se aceleró mientras dos lágrimas resbalaban por sus acicalados pómulos.

Continuaron unos instantes callados, estudiándose, recuperándose.

El oficial del rey, cuando miraba sus ojos sesgados, creía estar descubriéndola de nuevo, como si fuera consciente por primera vez de sus delicadas formas femeninas, de su pelo azabachado, sus cejas garbosamente realzadas, sus labios carnosos y sensuales y unos dientes de una blancura que la convertían en una hembra cautivadora.

Martín la recordaba como una criatura exquisita, mujer culta y gentil princesa, y como un ser humano afectuoso, y no podía olvidar las noches a su lado en su casa de madera, mirando las estrellas.

La estola azul de seda que envolvía su cuerpo, las apretadas mangas con botones de oro, el escote ceñido como marcaba la moda de Madrid y el ancho cinturón que ceñía sus caderas lo tenían magnetizado. En su rostro brillaban todavía las virtudes por las que se había enamorado de ella: sonrisa serena,

ingenua actitud, franqueza de los gestos y porte recatado. «En su dulzura y calidez, reside su fuerza», pensó.

Cautivadora, frágil, deseable y encantadora, Aolani fijó sus ojos en el capitán de dragones. Estaban llenos de admiración y de pasión hacia él. Entonces abrió los labios y habló:

—Mi recordado Martín, ¿o he de llamaros *monsieur* Labat?

—Querida mía, aquello fue un juego de nombres, nada más. Aquel corazón es el mismo que ahora late frente a vos. Y ese no engaña. Comprenderéis que en la vida interpretamos muchos papeles, Aolani.

—Lo sé. Me gustáis así más. Estáis muy apuesto con el uniforme militar —le dijo, y pasó su mano por la engalanada casaca azul y el chaleco rojo de oficial y admiró sus botas de alta caña, la capa brillante y su cabellera anudada atrás con un lazo negro, su poblado bigote del color del cobre y las patillas rojizas que le llegaban hasta la viril mandíbula.

—Y vos, Aolani. Cuando os conocí erais una frágil muchacha, un huracán de vida sin experiencia, y hoy sois una mujer fastuosa.

Su dulce semblante pasó de la alegría a la angustia en un momento.

—Una mujer que vivirá otra dolorosa separación cuando acabe la entrevista con el virrey. Y esta será la última vez. Pensarlo me angustia.

—Aolani, las cosas han cambiado. El gobernador Anza ha fundado en la bahía de la Yerbabuena una colonia que crece cada día más, San Francisco. Está a pocas jornadas de Haida Gwaii. Desde su puerto y desde Monterrey parten barcos hacia el norte desde esta primavera —la alentó.

—Sí, he venido en una de esas fragatas, que ya atracan con asiduidad en mis islas. Todo dependerá de las negociaciones con el virrey, a las que, según el secretario de la Cancillería, asistiréis don Bruno de Heceta y vos. Os pido vuestro apoyo para alcanzar un acuerdo favorable o mi pueblo desaparecerá. Estoy aterrada —aseguró muy afectada.

Martín tomó su delicada mano entre las suyas para insuflarle valor.

—Dadlo por hecho. Somos valedores de vuestro país y abogaremos por un encuentro entre pueblos y un acuerdo comercial justo.

Estaban solos al fin y a la mujer se la notaba alterada, pero gozosa.

—Mi patria vive un momento adverso. Está angustiada por sus hijos y vasallos, pues los rusos los apalean, los humillan y los explotan pagándoles una miseria y beneficiándose de un trabajo propio de esclavos.

Platicaron en la intimidad, acomodados en el mullido sofá.

—Veo que vuestro castellano ha mejorado ostensiblemente, doña Clara, como os llamaré delante del virrey y de estos aristócratas —sonrió.

El oficial la abrazó sutilmente y ella se dejó llevar. Luego ambos se estrecharon y se besaron con pasión. Sus corazones lo anhelaban. Una criada los sacó de su embeleso invitándoles a tomar chocolate en el salón principal con la hospitalaria condesa, y se separaron delicadamente.

En los siguientes días habría más tiempo para confidencias entre amantes. De repente escucharon una música deliciosa en el piso de arriba y apretaron sus manos. Martín, osado como siempre, pensó si debería obedecer a sus sentimientos y pedirle matrimonio, o dejar que se le escapara otra vez. Estaba firmemente decidido a expresarle a Clara sin reservas lo mucho que la amaba y lo ardientemente que la deseaba. ¿Acaso no le era lícito avivar los deseos de una vida de futuro junto a la bella aleuta? Albergaba esa esperanza, y se declaró con ternura.

—¿Estáis dispuesta, doña Clara, a unir vuestra vida con la mía?

Ella se quedó inmóvil y le devolvió la mirada, dulce como la arropía.

—¿Habláis de matrimonio, Martín? Siempre habéis sido el compañero ideal de mis sentimientos y mi único amante —contestó ilusionada pensando lo feliz que era tras haberle ofrecido serias promesas de futuro.

—Así es, querida mía —le contestó el capitán apretándola.

—No deseo un rincón de tu corazón sino la plaza entera —le confesó.

—Tú —la tuteó—, siempre has reinado única en él —dijo, y la besó.

Un mutismo expectante cruzaba el despacho del virrey Mayorga.

La atmósfera del despacho del gobernador de Nueva España y marqués de Vallehermoso era de placidez y cortesía. El sexagenario militar le parecía a Martín una gota de agua del anterior virrey. Alto, enjuto, de tez pálida, casi lechosa, peluca corta de rizos acanalados, era el arquetipo de una bondad y templanza propias de un filántropo preocupado por el bienestar de sus gobernados, alejado de los abusos y vejaciones vividas por el pueblo en tiempos pasados.

La luz penetraba a raudales por los ventanales del grandioso Palacio de los Virreyes. El virrey, acomodado en un sitial aterciopelado, sostenía en su mano unos pliegos que Martín reconoció como su informe sobre Haida Gwaii. Saludó a la embajada de las exóticas islas y a los oficiales, invitándolos a acomodarse, y tras besarle la mano animó a la princesa Aolani a exponer los infortunios de su pueblo, la petición a la Corona de España y las contraprestaciones que haría su padre, el rey Kaumualii.

No era un hombre carente de comprensión, pero dudaba, mientras doña Clara pormenorizaba las desdichas de los aleutas en su trato con los rusos. Pese a sus dudas, y desde el primer momento, le placía el ofrecimiento de la isla de Nutka como isla de asentamiento e intercambio de productos indígenas, y como pago territorial a la protección del Virreinato. La conversión de su puerto en un centro comercial dirigido según los principios de la Corona española, más benevolente que otras potencias europeas, significaría la relegación de los rusos para siempre como beneficiarios del trato de pieles preciosas.

Doña Clara, persuasiva, locuaz y seductora, le aseguró al virrey:

—Los rusos no se opondrán. Poseen solo dos naves en el reino de mi padre para defender sus intereses y no podrán enfrentarse al mayor dominio de la Armada de España. Ellos disfrutan de otros puertos de las Islas Aleutianas. Simplemente es que su presencia nos resulta onerosa.

Con la espalda erguida en el sillón, el virrey la escuchaba muy atento. Como todos los virreyes llevaba a rajatabla la consigna de sus predecesores desde hacía tres siglos: *Plus Ultra* («más allá»), o sea, la avidez por conquistar y extenderse por el mundo, que tanta gloria y reputación había dado a España, unida al ansia por el oro y la difusión de la fe.

El viejo cortesano aleuta callaba. Aolani era la voz de las islas.

—Y no se trata de beneficios materiales lo que buscamos por encima de todo —prosiguió la mujer—, sino de la supervivencia de mi pueblo. Los súbditos de mi padre huyen y muchos han muerto por las afrentas causadas por los rusos. Os lo ruego, Excelencia, liberadnos de esa opresión que nos estrangula. Nos echan de nuestras propias islas como si fuéramos perros sarnosos.

La duda había desaparecido del gesto del virrey, que la escuchaba con atención. No soportaba los abusos del poder y la violencia que provocaba la codicia. El *Placet Hispaniae* dominaba el norte del continente. Y salvo el territorio de las Trece Colonias recién independizadas gracias a la ayuda española, el resto pertenecía a la Corona, desde el golfo de México hasta los Grandes Lagos, y desde el Mississippi hasta California.

No era cuestión de concederles ninguna ventaja a los rusos en las ínsulas de septentrión, y mucho menos a sus enemigos de la capital, que lo criticaban por su compasiva prudencia y caritativa benevolencia con el pueblo. Uno de sus gobernadores, Matías de Gálvez, que ambicionaba su cargo, criticaba su excesiva compasión con los más desfavorecidos; y se decía que había pagado a unos sicarios para matarlo en secreto.

Mayorga precisaba de un golpe político y financiero, que Aolani le ofrecía con el control económico de las pieles de sus islas septentrionales.

—Bien, doña Clara, tras leer los informes del brigadier Heceta y del capitán Arellano, aquí presentes, y tras haber oído sus consejos y de otros oficiales de la Armada, nos vemos inclinados a formalizar un pacto con vuestro padre, el rey Kaumualii, que espero acepte en todos sus términos, pues le es abiertamente favorable. España llevará determinados productos de las Indias que intercambiaremos por pieles y pescado ahumado, a los mismos precios que hemos estipulado en el puerto de Monterrey.

—Conocemos el favor que el capitán Chirikov había logrado en California y que por cierto ha llenado sus arcas. No deseábamos oír otra respuesta, Excelencia. No os arrepentiréis, pues esos beneficios irán a parar a partir de ahora a vuestras arcas y a las nuestras —dijo satisfecha.

«No defraudaré a mi pueblo, que vivirá años honrosos», caviló ella.

De la joven princesa emanaba un perverso entusiasmo. Aguardó.

—Bien, princesa, iniciaremos los preparativos para que el piloto de la Armada don José Esteban Martínez, gran conocedor de esas rutas marítimas, y en cuyo barco habéis navegado, ponga a contribución de la empresa la flota necesaria. Visitará a vuestro padre e inspeccionará la isla en cuestión.

—No tendréis mejores aliados que nosotros, Excelencia.

—Señora mía —aseguró enfático y complacido el marqués—, os aseguro que en menos de dos años estará creada la ruta marítima entre Acapulco, Monterrey, San Francisco y Nutka. Es mi decisión y así será redactado el acuerdo entre el Reino de España y Haida Gwaii.

Martín pensó que las cosas no le podían haber ido mejor a Aolani.

Tras aquella determinación tan favorable, todo fueron buenas palabras y parabienes entre el anfitrión y sus huéspedes aleutas, que entablaron una encendida plática, en la que la princesa le explicó su vida en Manila, su bautismo, el aprendizaje continuo del castellano y las excelencias y el futuro que preveía para su país, vinculado al Imperio.

—Celebro mucho que salgáis contenta de Nueva España, princesa.

—Esta reunión obedecía a este propósito, Excelencia. Gracias.

Un noble sentimiento, mezcla de satisfacción por la declaración de Martín y de gozo por la alianza acordada, comprimían su pecho, y con la mirada fija en su amante grabó en su retina la imagen del capitán de dragones. Martín, atento a cuanto allí se decía, parecía perdido en sus sentimientos. ¿Pensaba en ella y su futuro?

En un momento, el despacho rebosaba de saludos, cuando uno a uno se fue despidiendo del atento virrey. Martín se cuadró y lo saludó.

—No se marche, Vuesa Merced, capitán, tengo una misión para vos.

Los demás dieron la espalda y fueron desapareciendo por la puerta.

La inquietud que había sufrido la princesa desde su llegada a México comenzó a difuminarse. En su mente hormigueaba que un sesgo en su fortuna podía cambiar la relación con el oficial español, que la miró con ansiedad e incluso con sobresalto. ¿Qué desearía de él el marqués, que mostraba en su mirada una fraternidad impropia de su rango?, pensó.

—A sus mandatos, Excelencia. Vos diréis —dijo desconfiado.

—Sentaos, os lo ruego —lo invitó cordial—. El gobernador Anza nos envió el trofeo de guerra que conseguisteis en vuestro enfrentamiento singular con Cuerno Verde, que no solo nos llenó de vanagloria, sino que nos trajo como consecuencia la ansiada paz en la Frontera. Nada me halaga más como que reine la concordia entre indios y españoles.

—Así ha sido, señor. La Paz de Anza preside el territorio.

Luego de unos agitados instantes de silencio, habló el virrey:

—Prestadme atención, capitán. Tras la lectura del informe de don Juan sobre la fundación de San Francisco y la pacificación de la Frontera, hecho nada desdeñable por su importancia histórica, envié un memorándum al Despacho de la Secretaría de Estado de Madrid, que regenta el conde de Floridablanca. Pues bien, ha interesado tanto en la corte el asunto de la fundación de las nuevas colonias y la paz en Nuevo México y Tejas, que el ministro me ha rogado que el gobernador Anza se traslade a la Villa y Corte para relatar tan afortunada actuación y ser condecorado por el rey don Carlos en palacio.

—Eso sería extraordinario. Don Juan merece el título máspreciado. Solo yo conozco los desvelos, la prudencia y sabiduría que ha desplegado en estas difíciles empresas.

El virrey hundió más aún sus pálidas mejillas, carraspeó y se agitó en su sitial dorado. Martín pensó si había dicho algo inadecuado.

—Pero don Juan no irá a España, iréis vos, capitán —soltó sin tapujos la máxima jerarquía del Virreinato—. Hablaréis en su nombre y en el vuestro. Sé que el gobernador tiene la salud quebrantada y creemos que no podría soportar tan largo y duro viaje de ida y vuelta. Él lo ha rehusado, ¿sabéis?, y nos ha rogado que Vuesa Merced lo sustituya.

Martín acarició suavemente su bigote. El albur estaba dispuesto a darle un salto de prestigio en su vida, y contestó balbuciente:

—Pues nada sabía. Estoy a vuestras órdenes, señor marqués.

—Vos emprenderéis ese viaje por él y también por vos —se expresó taxativo el virrey, sin concederle opción a una negativa—. Sabemos de la excelencia de vuestros informes militares, de vuestra dedicación en la vigilancia de la frontera, del conocimiento de la estrategia determinante en los presidios, de vuestro valor y de vuestra preparación. Sois la persona idónea y Anza está de acuerdo.

—Pues siendo así, será un honor para mí, Excelencia. Me convertiré en el heraldo de mi coronel y de los dragones reales. Conocerán por mí sus sacrificios y su denodado compromiso con la Corona —expresó grave.

—No deseaba escuchar otra cosa de Vuesa Merced. Demostráis ser un oficial digno. Un falso decoro o un orgullo arrogante no os hubieran hecho acreedor de presentaros en la corte real de Madrid, os lo aseguro.

La luz solar del ventanal que se abría a la gran Plaza de Armas confería a la estancia y a la plática un aire de confidencialidad. Tras conversar sobre los últimos sucesos en Pecos y Santa Fe, el virrey modificó el tono de su voz. De golpe se había hecho más accesible y paternal.

—Os voy a formular una pregunta personal, y está en vos contestarme o no. Capitán, ¿perteneceís como otros oficiales de alto rango a alguna fraternidad de índole ilustrada y progresista? En mi caso, y es notorio en Madrid, soy un protegido del conde de Aranda, embajador de España en París, predilecto del rey don Carlos y un acreditado ilustrado, altruista y anticlerical, como yo mismo, y ambos pertenecemos como maestros a la logia de la capital —adujo, y aguardó sereno.

Con una inescrutable sonrisa en su semblante, el dragón replicó:

—Os contesto con el laconismo de un militar que corrobora a su capitán general, a quien debe obediencia y lealtad. Sí, desde mi época en la Academia de San Ignacio, junto al entonces capitán Anza y otros alféreces y tenientes holandeses, sajones e irlandeses, que como sabéis se asientan en los regimientos de dragones de cuera, formalizamos una hermandad ilustrada, pero no muy ordenada, en la que leemos y comentamos las publicaciones de los enciclopedistas franceses, siempre para mejor prestigio de nuestra nación y para mejorar el retraso del pueblo.

—Entonces, capitán, compartimos las mismas formas de pensar.

—Lo celebro, Excelencia —expuso algo alarmado, pues no veía adónde deseaba conducir la conversación—. A Nuevo México han llegado noticias de que sois refractario a los abusos de poder y que miráis por el beneficio del desheredado y por el indio.

—¿Y vos, caballero? —se interesó coloquialmente.

—Trato de ayudar al indigente, al desdichado y a los indios dignos.

—¿Y a los indignos? —preguntó sardónico el virrey.

—Si se lo merecen y se quieren ayudar a sí mismos, también. Y si siembran el terror frente a los más débiles e infortunados, los combato, pues solo creen en la sangre derramada y no en la palabra. Soy un soldado, Excelencia.

—Sois digno de confianza, pues veo que buscáis la felicidad del país, capitán.

—Aun usando la espada, siempre lo he intentado. No mato por matar. Así me lo enseñó mi padre, sargento mayor de dragones.

El virrey persistió presa de sus propias reflexiones, y luego dijo:

—¿No os pareció excesiva la respuesta militar de mi predecesor Bucarelli y de Anza hacia una partida de ladrones de caballos como son los comanches? ¿A qué se debió tanto ardor guerrero, capitán? —se interesó.

—Deberíais haber vivido allí, Excelencia. ¡Fue el miedo sufrido por la población civil y por indefensos apaches lipán! —elevó su tono de voz.

—¿El miedo, dice Vuesa Merced? —preguntó el virrey sorprendido.

—Así es, señor. Los españoles jamás tuvimos reparo en enfrentarnos en siglos pasados a moros, turcos, ingleses, piratas, franceses, incas, araucanos o mexicas, pero esos salvajes desnudos son como nosotros, o sea, temibles en el campo de batalla. Esa es la razón. Los hombres y mujeres de aquel territorio les tenían pavor.

Mayorga se sumió en una apacible reflexión y miró a Martín.

—¿Creéis en la igualdad de los hombres, capitán? —le espetó el virrey.

—No, más bien en la igualdad de oportunidades, Excelencia. Los hombres deberían tener los mismos derechos, sea cual fuere el color de su piel —adujo convencido y terminante.

—Os comportáis como un verdadero liberal y me congratulo. Entonces confiaré en Vuesa Merced para un asunto grave y personal.

—A vuestra disposición, señor marqués —contestó alarmado.

Martín pensó que le iba a confiar un espinoso asunto y sabía también que los secretos de los poderosos solían quemar los oídos de los de más bajo rango, pero aun así deseaba escuchar la confidencia que quería transmitirle.

—Mirad, capitán. Que muchos altos cargos de esta Cancillería están en mi contra no es nada nuevo —le confesó—. Por si no estáis al tanto de lo que se cuece en la corte de Madrid, os diré que esta se halla dividida en dos facciones, el llamado partido Aragonés, que lidera mi protector el conde de

Aranda, y el otro, el que tutela el conde de Floridablanca, que, si bien es un hombre tolerante e instruido, es más conservador y tradicional en asuntos de gobierno. Pues bien, la todopoderosa familia Gálvez, afín a Floridablanca, apoya a don Matías, mi rival, el gobernador de Guatemala en la actualidad, que ansía mi puesto de forma enfermiza.

—Entiendo, Excelencia —contestó sin saber adónde quería llegar—. Un cargo como el vuestro, que atesora tanto poder y abundancias, debe ir parejo a envidias, rivalidades, corrupciones, codicias y traiciones espurias.

—Así es, e incluso a asesinatos soterrados, capitán Arellano —aseguró en tono enigmático el pávido virrey—. Pero, disculpad, no me entendéis del todo, y es normal porque no os he revelado lo más importante.

—Vos diréis, señor marqués —lo animó a explayarse.

—Prestadme oídos. Mi mariscal de campo, un militar íntegro que me acompaña desde que desempeñé el cargo de presidente de la Audiencia de Guatemala, tiene ojos y oídos en todas partes del Virreinato, y me asegura que esos rivales, liderados por los Gálvez, se han conjurado para eliminarme de un modo u otro, incluso poniendo en peligro mi integridad física. ¡A tanto se atreven!

—Pues abortad la conspiración. Manejáis los resortes del poder, señor marqués.

—¿Y qué puedo demostrar, capitán? ¡Nada! Que se valgan de venenos y de polvos ponzoñosos solo son conjeturas dudosas. Y además, los que buscan mi mal y mi puesto ocupan los puestos clave de la administración colonial y poseen eficaces amigos en Madrid.

Martín estaba seguro de que le hablaría de información secreta y, aunque no le agradaba, aquel hombre le producía confianza y seguridad.

—Excelencia, decidme entonces lo que puedo hacer por vos.

Una calidez pegajosa se había adueñado del ambiente. Al virrey parecía que le costaba trabajo confesarse con un desconocido, aunque había descubierto en él una personalidad de franqueza y lealtad.

—Escuchad —y bajó el tono de su voz hasta casi el susurro—. Lo que voy a solicitaros debéis mantenerlo en la más estricta de las reservas. Algo me dice que puedo confiar en Vuesa Merced para entregar una carta, que en nada os comprometerá, y que para mí es vital, pues me va la vida. No la puedo enviar por correo naval, pues sería interceptada.

Martín dio un leve respingo en su sillón y se puso en guardia.

—Contad con ello, Excelencia.

—Mil gracias, capitán —replicó animoso—. Podía habérselo ordenado, pero quiero que lo aceptéis como si os lo pidiera un amigo. Mirad, cuando lleguéis a Madrid, y como tendréis días de asueto mientras os recibe Floridablanca en palacio, os ruego que entreguéis en mano y solo a su destinatario, a nadie más, una misiva personal en una vivienda de la calle de las Tres Cruces, muy cerca de donde os hospedaréis. Va dirigida a don Fermín de Orada, vizconde de Borba, un gran y fiel amigo.

Martín se extrañó de que aquella acción tan simple le preocupara.

—¿Y dónde está el peligro, Excelencia? Eso podría hacerlo un niño.

—No lo creáis —aseguró con una mueca de disgusto—, es un lugar expuesto y seguramente vigilado por los esbirros de la Inquisición y por mis enemigos. Si llegaran a leerla perdería mi ventaja.

—Bueno, Excelencia, el Santo Oficio no es lo que fue —lo animó.

—Así es, capitán, pero en esa casa se halla la sede de la logia francmasona fundada en Madrid por el duque Philip Wharton. Sus adeptos la llaman La Matritense y su nombre está unido a los más eximios enciclopedistas españoles y a unos hombres de acrisolado talento que intentan forjar una España nueva, alejada de los abusos de la Iglesia, de los jesuitas y de una aristocracia ávida y corrompida.

—Una Iglesia a la que solo le preocupa el pecado y el poder, y una élite que únicamente anhela incrementar sus posesiones y prebendas.

—Ciertamente, y si la Inquisición no la cierra es porque muchos nobles la frecuentan, entre ellos el todopoderoso conde de Aranda —contestó el virrey—. Pero podría ser arriesgado para Vuesa Merced.

—Nada de eso, Señoría, me atraen las misiones comprometidas. Entregaré esa carta. Ardo en deseos de entrevistarme con hermanos de alguna fraternidad europea y esta es la ocasión que tanto he anhelado. No os comprometeré ni a vos ni a mi persona. Descuidad.

—No sabéis cuánto os lo agradezco, don Martín.

El marqués enarcó las cejas y se hizo más accesible hacia el dragón.

—Los colegas y hermanos de esa logia están dando la espalda a una religión opresiva y supersticiosa que embauca al pueblo, no a la evangélica de los pobres, y apuestan por la ciencia y el progreso. Hemos reunido una vasta biblioteca con todos los conocimientos científicos y avances de pensamiento, únicos instrumentos para luchar contra el oscurantismo de las autoridades políticas y religiosas de España.

—Ese es también mi propósito, señor virrey. Contad conmigo.

En unos momentos, el semblante del marqués se había distendido.

—Bueno, vamos entonces a lo práctico. Partiréis en dos semanas desde Veracruz con destino a Sevilla, y desde allí a Madrid en diligencia. Y no lo haréis en la Flota de Indias, sino secretamente en uno de los veloces navíos del Correo Real, que tarda mucho menos. Portaréis una carta de presentación para mi hermana, doña Victoria Mayorga, viuda de Silva, que vive en mi casa de la plaza de Santo Domingo, donde residiréis mientras permanezcáis en Madrid. Estará encantada en serviros de anfitriona.

—Muy reconocido, señor marqués —le agradeció las comodidades.

El virrey llamó su atención tocando una campanilla de plata. Inmediatamente, un lacayo ataviado con una vistosa librea azul entró con un abultado paquete envuelto en arpillera y atado con un hilo bramante. Ante los atónitos ojos del capitán lo abrió, y cuál no sería su sorpresa cuando surgió ante sus ojos el gorro cornudo del salvaje Cuerno Verde, regalado por don Juan al virrey. Una bola cerosa, que identificó como alcanfor de Borneo, y que por su intenso tufo ahuyentaba a las polillas, despedía un denso olor que respiró. Martín miró a don Martín desconcertado.

—El gobernador y Vuesa Merced me lo regalasteis y yo he decidido ofrecérselo al secretario de Estado, el conde de Floridablanca. Como gran amante de las etnias exóticas y coleccionista de rarezas, le encantará. Se lo llevaréis en mano, como un presente del Virreinato de Nueva España, cuando os reciba en audiencia.

—Lo haré. Así comprenderá mejor nuestra dura vida espartana.

—Venid a verme antes de marcharos. Tendré listas las cartas.

Martín se levantó, se cuadró y lo saludó marcialmente. Doña Clara lo aguardaba ansiosa en el pasillo junto a los tres miembros de su séquito. Jamás había tenido tal clarividencia en su mente, y tras salir del salón le parecía que había vuelto a nacer. Estaba decidido. El capitán se dirigió hacia la princesa aleuta, y le manifestó afectuoso y firme:

—Doña Clara, hemos de buscar una iglesia para casarnos. —Y le sonrió—. Mi vida ha dado un giro tan inesperado que todo lo trastoca y hemos de enfrentar ese incierto devenir juntos, uno al lado de otro.

—¡Qué decís! ¿Habéis perdido la razón? —se exaltó, paradójicamente feliz—. ¿Y mi padre, y mi pueblo? No es lo habitual.

—Vuestro padre tiene a su lado el Consejo Real y un futuro de paz y de prosperidad, y vos podéis decidir sobre vuestra vida. Él no os necesita, pero yo sí, mi querida Clara —dijo, y la miró con ojos tiernos.

La rueda del destino tomaba un sesgo insólitamente perturbador.

Y el bello rostro de Clara adoptó el color de las amapolas y le sonrió afectiva y pícaramente. Su corazón, la linfa de sus venas, lo aceptaba gustosamente.

México-Sevilla y Madrid

El día de la boda nació bajo un manto de nubes algodonosas.

Los novios comparecieron en la florida entrada de San Francisco de Ciudad de México, en un carruaje tirado por cuatro caballos enjaezados, siete días después de su entrevista con el virrey, que les envió un ramo de flores, dos cartas, una abastecida bolsa de pesos mexicanos para los gastos de la misión, un salvoconducto en el que se informaba de su misión real y un collar de aljófara para la novia, de notable valor.

Martín creía que aquel día Clara estaba hecha de vaporoso éter, pues la veía flotar entre la gente, mientras besaba y sonreía a los invitados a la ceremonia: el noble aleuta, que ejercería de padrino, los dos domésticos sangleses, los oficiales de la guardia virreinal y varios aristócratas españoles y criollos, amigos de doña Ana María, que había intimado con Clara aquellos días y que haría las veces de madrina. Le había regalado a Clara Eugenia un hermoso traje de nupcias y correría además con los gastos del banquete.

Unos pensamientos acelerados se habían instalado en la mente del capitán Arellano, aunque atisbaba una vida de más sosiego después de tantas correrías, muertes, sangre, cuarteles y guerras. Ella había comprendido la nueva e impensable situación de Martín y, tras reflexionar y departirlo con el noble aleuta, al día siguiente accedió a su petición de unir sus vidas en santo matrimonio, para seguirlo allá donde fuera.

Su carácter impaciente, incansable y emprendedor la acompañaba desde que era una niña y le placía cruzar mares y continentes.

El español le profesaba una devoción silenciosa, y aquella mañana Clara se convertiría en el santuario donde cobijarse y enfrentar juntos un futuro prometedor.

Se había formado el cortejo hacia el altar, que anduvo entre dos hileras de oficiales con los sables en alto, mientras resonaba en la portada barroca una orquesta de violines, guitarras y dulzainas. Los recibió en la puerta el párroco,

recortado por la cúpula rojiza, que ataviaba su oronda figura con una casulla de glauco verdor.

Al capitán de dragones, que vestía su uniforme de gala, lo invadía un estado de paz lindante con la bienaventuranza. Definitivamente viviría al lado de la joven aleuta, a la que tanto había añorado, y que se engalanaba con un traje de raso blanco con el pecho aderezado con joyas y sujeta su melena con peinetas de plata y Carey.

Se acordó de su madre, doña Josefina, que hubiera sido infinitamente dichosa con su casamiento y con la dulzura de la princesa, y de Wasakíe, a la que tanto quería.

La favorable realidad de su casorio se iba asentando en la cabeza de Martín, que permanecía al lado de la desposada, entre los neumas gregorianos del coro, el repique de las campanas y el murmullo de la voz serena de Clara, que le susurraba lo privilegiadamente feliz que era. La iglesia había sido exornada con ramos de jazmines y narcisos, y se casaron bajo las armonías del *Magnificat* de Bach.

Clara Eugenia y Martín se dieron el «sí» y se entregaron las arras, para luego besarse con los labios trémulos, pero con la determinación de quien cierra para sus vidas un sentimiento sincero y compartido. Al salir del templo una euforia secreta invadía sus almas. Las felicitaciones de los curiosos que se habían amontonado fuera de la iglesia lo impulsaron a besar a la bella e inalterable Clara y susurrarle al oído que nadie podría arrebatarse la felicidad de aquel momento.

Un generoso convite se celebró en el salón de baile de la casa de los condes de Valparaíso. Una orquestina amenizó la fiesta, en tanto se servían en vajillas de porcelana china succulentos platos mexicanos. Se hizo la noche, se encendieron las velas y los músicos tocaron minués y chaconas, en honor de los invitados españoles y criollos. Pero pronto los sonos derivaron hacia las solicitadas canciones populares de México. Sonaron las arpas, las guitarras y las maracas, y los convidados, sin distinción de casta, bailaron las populares rancheras y corridos.

—Que la felicidad cubra para siempre vuestra unión, queridos esposos — les deseó la condesa, quien derramó unas lágrimas de júbilo.

Al despedirse de los invitados, camino de la alcoba nupcial del palacete, la inseguridad se había desvanecido del rostro ovalado de Clara. Se había convertido en la esposa del distinguido capitán de dragones don Martín de Arellano. En cinco días partía con él hacia España, cruzaría otro océano, y no podía sentirse más dichosa. Anhelaba conocer una nueva civilización tenida

como una de las más potentes del planeta, aunque con ello tuviera que abandonar a su familia por un tiempo. ¿Pero acaso no sabían en Haida Gwaii que ella era un espíritu revolucionario y errante que no temía cruzar océanos y continentes? Por otra parte, su esposo no estaba dispuesto a perderla, y había decidido que lo acompañara en tan esencial viaje para él.

Desde aquel día permanecerían juntos hasta que la Providencia así lo determinara. El oficial la estrechó en un abrazo prolongado, mientras los músicos de la charanga de Cholula les cantaban cancioncillas descocadas. En el lecho nupcial, desnuda y exuberante, la aleuta le ofreció su cuerpo, que palpitaba como una flor ante el rocío del alba. Su cintura se dobló como una caña vencida por la lucha de dos cuerpos unidos por el deseo.

Y con la pasión de la entrega mutua, se sintieron alentados a proseguir el flujo de la vida. Los párpados de Clara se cerraron tras el derrame de placer; y gozosa, se durmió entre los brazos de Martín, contemplando una gigantesca araucaria lamida por la luna que crecía en el jardín del palacio.

La travesía del océano Atlántico resultó interminable para Clara.

En medio de la barahúnda de pulperías, mástiles, estibadores y barcos, la nao del Correo partió la primera mañana del mes de junio de la Villa Rica de la Verdadera Cruz —Veracruz—, como la había bautizado dos siglos antes el conquistador Hernán Cortés. Cubrir las más de dos mil millas de la travesía les llevaría un mes y diez días hasta Sevilla, donde el piloto mayor debía entregar un correo urgente del Factor Real en la Casa de la Moneda.

—¡En nombre de la Santísima Trinidad, largad velas, y avante! —se oyó la voz quebrada del capitán, ordenando levar anclas y partir.

Y con los dos velámenes desplegados, la *Arcadia*, una embarcación ligera y marinera de la Real Armada, enfiló las aguas del Atlántico, con primera estación en Dominica. Pero a Clara Eugenia, el frío, el tufo de la ligera nave, el viento silbante, las revueltas aguas verdosas y el rumor de las tormentas, la mantuvieron enclaustrada en el camarote de popa, donde echaba cuanto ingería. Un pánico claustrofóbico se instaló en su ánimo y anhelaba olvidar cuanto antes aquel mundo de marinos astrosos, sucios cordajes, galleta dura y agua salitrosa.

Llegó a odiar el jergón de hojas de maíz por los parásitos que apenas le dejaban conciliar el sueño, y ansiaba el placer de desayunar una manzana sana, pues las que comían para prevenir el mal del escorbuto estaban agusanadas. Hasta temió que las estridencias de las olas sacudiendo el casco y

el crujido de las cuadernas desintegrarse la ligera nao, después de cada batida. Había sufrido náuseas desgarradoras, y por falta de alimento más parecía un cadáver que una hermosa hembra, para desconsuelo de sus asistentes filipinos y del preocupado Martín.

A primeros de julio, la costa española surgió en el horizonte azul.

Era la festividad de los Hermanos Mártires, y los marineros de la *Arcadia*, encaramados a las jarcias, se afanaron para cruzar la temible Barra de Sanlúcar y enfilear el Guadalquivir, río arriba. Las aguas espejeaban brillantes y el aire orea un tufo a pinos, jaras y romeros, en medio de la luminosidad que encendió el ánimo a Clara. Vio volar por encima de su cabeza bandadas de patos malvasía, palomas torcaces y estilizados flamencos, que jamás había contemplado, y percibiendo la exuberancia de la vegetación de las orillas mejoró su ánimo. Comenzó a sonreír a sus dos criados y a su esposo. Hacía calor, pero su cuerpo lo precisaba para recobrar el vigor perdido. Martín se le acercó cordial.

—Hemos arribado al lar de mis antepasados, esposa mía —le reveló—. Los Arellano eran unos hacendados con casa en Castilleja, donde murió el conquistador de México. Me siento de verdad emocionado, pues regreso al viejo tronco de mi sangre castellana.

—Las raíces del hombre son lo más sagrado de su existencia, Martín. Es la única patria que nos pertenece enteramente —dijo abrazándolo.

Desembarcaron en el Arenal, atiborrado en aquella hora temprana de oficiales reales, marinos, frailes, mercaderes, escribanos, amigos de lo ajeno, furcias del común de la putería y un ejército de sucios rufianes, fornidos cargadores, calafates y alguaciles. En las Atarazanas Reales se observaba el trasiego constante de celmines de cacao, de lozas pintadas, de liquidámbar, de tabaco y de cueros y pieles del Nuevo Mundo.

Se despidieron del capitán de la nao del Correo y descargaron los baúles del equipaje. Clara Eugenia estiró las piernas jocosamente y aspiró el vivificante aire de Sevilla. Estaba exultante y ansiaba bañarse y comer.

—Querido Martín —balbució con su voz susurrante—, llegué a pensar que ya nunca más pisaría tierra firme. ¡Qué ciudad más hermosa!

El capitán Arellano arregló con unos mozos de cuerda que llevaran el equipaje a la hospedería de El Lucero, que según el virrey era frecuentada por oficiales de la Real Flota. Sevilla se les presentó con su blanco caserío a los pies de la fastuosa mole de la catedral, una montaña de piedra labrada y refulgente. Martín estaba emocionado. Había pisado la tierra de sus antepasados y su corazón criollo y tejano le palpitaba fuertemente. Observó

que, como todas las ciudades de Nueva España, la ciudad estaba en manos de la nobleza, de los banqueros y del clero, y que los vientos ilustrados no casaban con los poderosos de aquel inmenso poblachón, que seguía fosilizado en los principios del Viejo Régimen.

Ensimismado, respiró con delectación su aire estimulante.

Clara Eugenia pensó que nunca había visto una urbe tan fascinante y populosa, colmada de macetas, blanca de cal y exornada con bellos azulejos y rejas. Y de entre los hedores del puerto fluvial, se aspiraba un fino aroma a especias, flores e incienso. Miró atónita a Martín y le confesó:

—Sevilla sí me parece una urbe digna del Rey del Mundo.

—Junto a Cádiz, es la Puerta de las Indias —contestó—. La ciudad donde fluye el oro y las riquezas de allende el mar, de África y de Berbería.

Rodeada de norias, higueras, palmerales, naranjos y olivos, su clima era dulcísimo. Familiarizada con el prodigio de sus edificaciones, la Giralda y la equilibrada desmesura de la catedral o el Alcázar, Sevilla vivía volcada en el tráfico de millares de mercancías que los estibadores cargaban en las embarcaciones del gran río.

En dos sillas porteadas se dirigieron al Compás de la Laguna, donde se hallaba la hostería. Antes admiraron la Academia de Mareantes y el Archivo de Indias, donde se atesoraban los legajos que narraban las proezas de la conquista y estaban archivadas las historias en Tenochtitlán, Cuzco, el Marañón, Buenos Aires, Panamá y Texcoco, excitando las utopías soñadas por los conquistadores.

Abandonaron el bullicio y cruzaron la Ancha de San Pablo, las Gradas de la Catedral, la rúa de los Genoveses y la plaza de San Francisco, hasta alcanzar el albergue, donde descansarían hasta partir hacia Madrid, la capital de la Villa y Corte. Martín, alegre por haber llegado a la península, besó los jugosos y pintados labios de su mujer. Era dichoso.

Al mismo tiempo, y sin ser notado por nadie, un hombre con el cráneo rapado, nariz ganchuda y ropas deshilachadas los siguió a cierta distancia. Había pasado desapercibido entre el bullicio del embarcadero y vio dónde se hospedaría el capitán de dragones de Su Majestad y su exótica esposa. Días antes había recibido de manos de un marino holandés un mensaje confidencial de su señor, don Matías de Gálvez, para que siguiera a un enviado del virrey de Nueva España durante su estancia en España, y que anotara minuciosamente sus pasos y, sobre todo, con quién se reunía o se entrevistaba y si entregaba alguna carta a algún personaje de la corte.

Y no podía defraudarlo, pues sus recompensas serían espléndidas.

Había trabajado toda su vida para don Matías, padre del admirado general Bernardo de Gálvez, a quien tanto debían las colonias inglesas recientemente emancipadas. Era su agente en España, y no ocurría nada en Madrid, Cádiz o Sevilla que no lo supiera en pocas semanas el ahora capitán general de Guatemala, que anhelaba sobre todas las cosas ser nombrado virrey de Nueva España y disfrutar de fabulosas sinecuras.

Cruzó presuroso el Arenal y se dirigió a su casa de la Alameda de Hércules. Entró en un cuchitril cercano a una bodega, encendió una vela y abrió un *armarium* con una llave que llevaba colgada del cuello. Extrajo un cuaderno de notas, un pliego en blanco y un cartapacio que ocultaba una cifra de signos secretos. Luego escribió en clave varias anotaciones.

Lo cerró todo con cuidado, se caló el bicornio y se dirigió a la Hospedería de El Lucero. No podía perder un solo movimiento de los recién llegados y debía comunicarlo a su señor por el cauce habitual: un viejo capitán holandés que mandaba un barco de esclavos africanos y que solía recalar en Panamá. Con tal de satisfacer sus ambiciones, don Matías de Gálvez no sentía pudor alguno en asociarse con competidores de la Corona.

Guiado por su optimismo habitual, Martín estaba exultante. Se hallaba en la tierra de sus ancestros sevillanos en compañía de una mujer que amaba y estaba firmemente persuadido de que aun a pesar de la distancia, tenía el amparo y la protección del usía de Nueva España, y que en pocas semanas se entrevistaría con el todopoderoso secretario de Estado Floridablanca, privilegio que no había tenido oficial alguno de los dragones.

Sin embargo, Martín ignoraba que el áspid de la traición subía por las botas de Mayorga, el filantrópico virrey de Nueva España, y que su veneno podía serle transmitido a él por su desprendida y leal adhesión.

A través de la cortina de la habitación penetró un haz de luz sutil, que vino a iluminar los hombros amarfilados de Clara. Martín los besó y la animó a salir a dar un paseo por la ciudad. La princesa aleuta accedió y ya en la calle observó que sus palacios y casas esculpidas primorosamente estaban habitadas por ricos aristócratas y mercaderes que amaban el lujo y la ostentación, y que fluían por sus calles y plazas gentes variopintas.

Se cruzaron con hombres negros vestidos de sedas de colores con aros en las orejas que portaban los parasoles de sus dueñas, aguadores, vendedores de loza, quincalleros normandos, especieros de Orán, flamencos de Amberes, italianos de Génova y tudescos de Hamburgo.

Visitaron la oficina de Postas y Martín, que había sido advertido por el hospedero de la falsedad y bellaquería del personal de las diligencias, compró los billetes para un coche de colleras de cuatro plazas, acordando el precio a siete reales la legua y los costos de la comida y de los paradores donde dormirían. Irían acompañados por una valijera de equipajes, una cohorte de guardias armados y una galera de seis caballos; tras un recorrido de ciento diez leguas, en cinco días estarían en Madrid.

El desconocido de la cabeza rapada, nariz corva y colorada y cejas enmarañadas entró después de él en el despacho y compró un billete a Madrid para el mismo día, pero en diligencia diferente, después de regatear el precio con el escribano. Partiría en la galera, tras el coche de colleras, y junto a unos frailes, un censor de la Hacienda Real y unos mercaderes criollos de Cuba con intereses en las fábricas de paños de Segovia.

El agente de don Matías los dejó a su aire y volvió a su cuchitril. Apresuradamente escribió un mensaje cifrado para su señor, don Matías de Gálvez, en estos términos:

Excelencia, el individuo objeto de nuestro seguimiento parte en dos días hacia Madrid, y yo a su estela. Durante los días que ha permanecido en Sevilla no se ha entrevistado con ningún personaje, ni privado ni oficial, y no ha visitado ningún cuartel ni oficina real. De tener algún recado para entregar de parte del virrey, como vos suponéis, esperará a hacerlo efectivo en Madrid. Lo seguiré como el trueno al relámpago. Su seguro servidor: Tadeo Montiel. Sevilla.

Se incorporó del asiento, guardó el recado de escritura y se dirigió presuroso al patio del Alcázar, donde estuviera la antigua Casa de Contratación y el Cuarto del Almirante, ahora sede de algunas compañías navieras extranjeras. Preguntó por el capitán Van Halen y se presentó ante él un hombretón de rostro colorado, abundantes pecas y peluca desaliñada. Sin pronunciar una sola palabra, esperó el motivo del encargo.

—Capitán, para Su Excelencia, por el conducto habitual —le dijo.

—En un mes lo tendrá en sus manos. Esta tarde con la marea zarpa una goleta con destino a Panamá, donde será entregado a satisfacción.

El agente español asintió y le largó una bolsa con cien reales.

—Quede Vuesa Merced con Dios —le deseó con un tono anodino.

—Id con él, amigo —contestó el holandés, satisfecho.

El coche de colleras y la diligencia partieron de Sevilla al amanecer.

Una tras otro transitaban bamboleantes por caminos pedregosos en dirección a Écija, donde se decía que, en un bosque cercano a la villa, La Parrilla lo llamaban por su abrasador calor en el estío, era un lugar idóneo

para asaltos de bandoleros. Asimismo, la escolta dispuesta por la compañía de seis guardias mercenarios, más los mozos armados que acompañaban a los capataces, parecieron disuadir a los asaltantes.

Martín había contratado pitanza y cama por treinta reales por persona, y al arribar a Córdoba pernoctaron en un parador de la plaza del Potro, cercano a la Corredera, donde se hallaba la casa de Postas. Clara Eugenia y los dos sangleses filipinos no perdían detalles de los paisajes por donde deambulaban y comentaban en tagalo, el idioma propio de las Filipinas, la abundancia de castillos y feracísimas tierras por donde transitaban los dos coches de viajeros. Al tercer día enfilaron las trochas que los llevarían a Ciudad Real, donde descansarían.

Clara le cuchicheaba a Martín que empezaba a estar cansada del traqueteo del carro, del intenso calor, de la fetidez de la bosta de las caballerías, del ruido isócrono de los ejes y de los improperios de los capataces a los caballos, que acompañaban con espantables latigazos. Martín la contemplaba extasiado mientras iban cubriendo leguas y parando en bodegones que olían a fritanga y guisos de coles y tocino, vinazo y aguardientes de caña. Tímida, pero resuelta, la encontraba atractiva con su sombrero azulado que solo dejaba ver sus labios y sus pómulos marcados por el carmín. Siempre elegante, embutía su esbeltez de nácar con un traje de viaje y ocultaba su pecho con profusos encajes.

A veces se dormía acurrucada en su hombro y a Martín le placía escuchar su respiración susurrante y oler su perfume exquisito. En cada parada los criados sangleses le traían una jarrilla de limonada y una escudilla de cochifrito que hacía más llevadero el largo viaje, y la criada le enjugaba el rostro con agua fresca para mitigar el sofocante calor.

Cada día que transcurría de vida en común, las conversaciones con la princesa aleuta eran más vibrantes y receptivas. Con una avidez pueril, Clara escuchaba sus argumentos y enseñanzas ilustradas. No se cansaba de preguntarle sobre los fundamentos filosóficos de la civilización europea que atesoraba en su magín, ávido de saber.

El tercer día de itinerario, Martín fijó su mirada en un hombre extraño, de altivez equina y tristeza rayada en la hosquedad, que no conversaba con nadie y que pretendía hacerse invisible. Por lo demás, lo había sorprendido mirándolos con inquisitiva descortesía en varias ocasiones, con su cara de juez implacable, aunque no le concedió importancia. A él no lo conocía nadie en España. ¿Por qué habría de temer a un zafio desconocido que parecía observarlos?

Traspasaron caminos donde el punteo bellissimo de los pinares y el perfume germinal del monte —tomillo, jara y romero— aliviaba el hedor a cuero y estiércol de las monturas. Se sucedían ante sus ojos inquisitivos los viñedos, olivares, huertos y plantíos en medio de una exuberancia inagotable. Olía a alpechín y orujo de las almazaras y adelantaban a reatas de borricos con serones repletos de frutos maduros con destino a los mercados de la comarca. Enjambres de moscas, picachos agudos, casuchas blancas, fondas infestas y aldeas iban a clavarse en los farallones de las sierras, dibujando el paisaje por donde cabalgaban.

Cada mañana, los ayudantes y muleros de los capataces revisaban los ejes, las zapatas y los tiros, instante en el que Clara Eugenia bajaba del dormitorio para encaramarse en el carro. La cuarta mañana de trayecto, tras pernoctar en la villa de Illescas, donde hacían el cambio de postas, asistió, con la angustia apretando su garganta, a una escena que la hizo enfurecer. Uno de los mozos le propinó una patada bestial con sus borceguíes claveteados a una de las monturas, que parecía negarse a ser aparejada. Y no contento con ello cogió una soga del pozo y, con una violencia inusitada, golpeó el lomo de la bestia, que alzó las patas y arrojó espuma por los belfos, abriendo los inmensos ojos con desmesurado dolor.

La infructuosa y absurda crueldad del joven espoleó a doña Clara, que lo fulminó con la mirada y lo conminó a que cesara con su furia:

—¡Qué haces, muchacho! ¿Por qué esa brutalidad? —le gritó airada.

El mozo cesó en su sañudo arrebató, bajó la mirada y se esfumó.

A Clara, en la que brillaba una sonrisa de triunfo, la irritaba el chirriar del látigo que manejaban los arrieros en el pescante y la saña con la que trataban a los sufridos animales de tiro. Se acercó al inquieto caballo y pudo observar sus ojos dilatados, brillantes y asustados. Le susurró y acarició su cuello. Estaba impaciente por llegar a su término.

Martín leía a ratos *El Diario de Madrid* correspondiente a los meses de abril, mayo y junio, último ejemplar en aparecer, y dos números del *Mercurio Histórico*, que repasaban los ecos de sociedad que anunciaban actos donde acudía la aristocracia, como los torneos de esgrima en el palacio del Conde-Duque, las funciones del Teatro del Príncipe, los bailes de gala en el palacete de Liria y las tertulias en la cafetería y fonda de La Cruz de Malta, donde intervenían el dramaturgo Moratín y el laureado poeta Vaca de Guzmán, noticias que luego comunicaba a su interesada esposa.

El capitán, enclaustrado en el carro, añoraba las cabalgadas con sus dragones por las llanuras de Tejas y Nuevo México, la grandiosa pureza de

los paisajes de Nueva España, el olor a pólvora y las amenas charlas con el coronel Anza; y echaba de menos la primitiva valentía y estupefacción de los indios, viendo aquella ola blanca que se les echaba encima, tan ajenos a que desde la tierra que pisaban ahora las cuatro ruedas del carro donde viajaba se decidía su futuro y su destino.

Martín trataba de consolarse con las gotas de aventura que suponía visitar el Palacio Real de Madrid, un espacio de poder que desconocía y en donde de seguro no tendría la misma libertad que en las praderas tejanas.

El último día de trayecto, salieron con el alba de Illescas hacia Aranjuez, donde pararon para almorzar, en la misma casa de postas que hacía de hostería y posada, un lugar que le pareció a Clara lóbrego y desastrado, y postrera parada antes de cruzar el puente de Toledo e ingresar en la populosa capital del Imperio hispano.

Antes del mediodía, y entre el bullicio de la gente, de los cabriolés y caballerías, arribaron a la casa de postas madrileña, sita entre la plaza Mayor y la Puerta del Sol. Estaban sudorosos, exhaustos, con el cuerpo anquilosado, martirizado por los insectos y dolorido. Bajaron del carro y el criado sanglés, al que los zagales y ganapanes miraban con extrañeza, arregló el precio de dos calesas para dirigirse con sus señores a la plaza de Santo Domingo, la casa del virrey Mayorga, donde los aguardaba su vieja hermana. Ardían en deseos de conocerla.

Los mozos bajaron del portaequipajes los bártulos, valijas y baúles y el hospedero los invitó a asearse y comer un cocido mareado de excelente olor, mientras llegaban otros ruidosos carruajes de los cuatro puntos cardinales de la península.

—¡Un cobre por un cubilete de agua! —gritaban los aguadores.

En medio de un barullo infernal, un fárrago de carromatos se dirigía a las plazas y mercados con canastas colmas de frutas y verduras maduras, de reses abiertas en canal, vísceras rojas y volatería desplumada, animados por las voces de los acemileros y marchantes.

A Martín le sorprendió que el viajero del cráneo rapado y nariz superlativa, y que no había cruzado con nadie las rutinarias frases de corrección entre viajeros, se colocara a las espaldas del filipino y muy disimulada y hábilmente volviera la testa con el propósito de no perderse una palabra del oriental, como si deseara escuchar adónde se dirigían.

Ya no le cabía duda, sus movimientos estaban siendo espiados por los enemigos del virrey Mayorga. «Ya me había advertido», pensó.

El capitán Arellano no dejó de observarlo y advirtió que se dirigía a la Cava Baja, pues ordenó a un mozo que acarreará su equipaje hasta la Posada del León de Oro tras darle una moneda de cobre. No le dijo nada a Clara para que su estancia en Madrid fuera dichosa y despreocupada. Se dirigió al mesón, redactó un billete con ágiles trazos que acompañaría a la carta de don Martín, en la que los presentaba a su hermana, y mandó a un hombre de la casa de Postas a que la llevara a su destino.

Según las normas de urbanidad y etiqueta no se presentarían en el palacete donde residirían en su estancia en la capital hasta pasadas unas horas, para darle tiempo a la dueña a adecentar sus aposentos y aceptar el pupilaje, y ellos a asearse y cambiarse de ropas en la hospedería. Cuando recibieron la venia, antes de la declinación del sol, doña Victoria Mayorga de Silva los aguardaba en el vestíbulo con toda la servidumbre formada, ante una fachada de fastuosa fábrica, pero a la que hacía falta un arreglo.

Clara Eugenia y Martín se quedaron boquiabiertos al verla.

La creían una vieja beata y chocha, y resultó ser una dama juncal, madura y de una apariencia subyugadora. Rayaba la cincuentena y les pareció atractivamente seductora. Se engalanaba con un vestido azul de muselina, se tocaba con una peluca blanca de bucles e iba delicadamente acicalada. Martín no acertaba a saber qué era lo que más le atraía de su persona, si el encanto de sus gestos, su rutilante collar de perlas que latía en su pecho opulento o su excitante mezcla de sensualidad y serenidad.

—Doña Victoria, nuestros plácemes. A sus pies —la saludó Martín.

—Tomáis posesión de vuestra casa. Entrad, os lo ruego. Los amigos de mi hermano el virrey son bien recibidos en mi casa —los animó.

Cruzaron la puerta de roble e ingresaron en un acogedor zaguán con azulejos de Talavera, que daba entrada a un patio columnado, fresco y húmedo, con una fuentecilla de jaspe de la que chorreaban hilitos de agua. Los acompañó a las espléndidas habitaciones del primer piso, que les mostró exhibiendo dos hoyuelos encantadores. A Clara Eugenia la amable matrona le pareció el paradigma de la distinción y el refinamiento.

Un opaco disco de luminosidad se ocultaba en el cielo de Madrid.

Aquella noche se retiraron pronto a dormir. Estaban exhaustos, y despertaron cuando el sol cubría en su cénit el cielo límpido y azul de la metrópoli primordial del Imperio y morada del monarca más poderoso de la tierra.

Madrid, capital del Imperio hispánico

Verano de 1780

Dos días después de su llegada, por encima del horizonte, el albor del estío madrileño penetraba hasta los más recónditos rincones de la Villa, que el rey don Carlos III se había propuesto convertir en una de las más hermosas de Europa, con la edificación de grandes avenidas, frondosos jardines, fuentes suntuosas y avanzadas academias, observatorios y parques botánicos, que la parangonaran a París, Londres, Viena o San Petersburgo.

Antes de su advenimiento desde el reino de Nápoles, Madrid había sido un estercolero, una insalubre cloaca que horrorizaba al visitante por su fealdad, por las inmundicias que inundaban plazas y calzadas y por su lóbreguez. El monarca Borbón la había sacado de un tiempo trasnochado y ahora moraba con su corte en una residencia fastuosa, El Palacio Nuevo lo llamaban, que realizaba la grandeza de la Monarquía hispana.

Martín tenía que entregar la credencial de presentación del virrey de Nueva España y solicitar la audiencia en el puesto de guardia de Palacio. Vistió un traje gris perla con cuello de terciopelo negro y, elegantemente vestido, salió de la casona de los Mayorga muy de mañana, con intención de conocer antes la ciudad. Observó que se anunciaban en pasquines y cartelones óperas en los jardines del Buen Retiro, verbenas en el barrio de las Maravillas y ferias de Santiago el Verde, en el Manzanares, alentadas por el buen tiempo y para servir de solaz a sus más de cien mil pobladores y visitantes.

Cruzó la plaza del Celenque y, de los huertos de la Victoria, Medinaceli y Príncipe Pío, le llegó un grato perfume a frutos maduros y a higueras en flor. Cruzó el Arenal y la calle Mayor y comprobó cómo los madrileños se dejaban ver desde primera hora de la mañana por la Carrera de San Jerónimo, por la amplia calle de Alcalá y su suntuosa puerta y por las vías empedradas del

Buen Suceso, la Mariblanca, el mercado de la Cebada y la Casa de la Villa, donde transitaban las calesas y cabriolés.

A media mañana miró su reloj de bolsillo Barlow, que perteneciera a su padre don Pedro, y decidió acercarse al cuerpo de guardia, donde unos soldados de la guardia valona protegían la puerta lateral. Se encontró con aguadores valencianos, con blusones grises y boinas de cuadros, que le ofrecieron agua fresca de la fuente de San Blas. Martín se adelantó y le mostró la credencial del virrey de Nueva España al sargento, de la que colgaban los sellos y lacres de la Corona. Se cuadró ante él y le rogó marcial:

—Aguardad dentro, señor. Enseguida os atenderán.

Apareció al cabo el aposentador mayor del rey, que se presentó como Jerónimo Zapata y que se excedió en parabienes con el criollo que había suscitado el interés del mismísimo Floridablanca. De aspecto impecable, el palafrenero vestía una levita de color negro, profusamente bordada de oro en solapas y ribetes, calzas blancas y una impecable y lustrada peluca blanca rizada.

—Así que sois el capitán de dragones de Su Majestad, don Martín de Arellano. Sabíamos de vuestra llegada y que Su Excelencia el secretario de Despacho os esperaba. Acompañadme, os lo ruego —se expresó en términos atentos.

Martín aspiró el aire delicado del Real Sitio, una mezcla aromática volatilizada de caoba, incienso y perfume de lavándula. Ya en la antesala de los alabarderos, Zapata llamó al escribiente real para que tomara nota de su nombre, antes de pasarlo a la Secretaría del Despacho.

—Capitán, como quiera que lo vuestro no es una petición para solicitar alguna merced o sinecura o entregar algún memorial, sino un deseo de la Corona, seréis recibido pronto. ¿Dónde residís, caballero?

—En la casa de doña Victoria de Silva, en Santo Domingo —dijo.

Don Jerónimo Zapata, un hombre plácido, de vestir elegante y de refinada compostura, asintió complacido.

—No podíais residir con mejor anfitriona —adujo—. Adoro a esa mujer. ¿Cómo ha sido el viaje de Vuesa Merced y de vuestra esposa?

—Intenso, inacabable y riguroso, señor. Pero España es asombrosa.

—Bien, se os llamará en breve. Disfrutad de vuestra estancia, señor.

Martín se dirigió hacia la mansión, tras cruzar la calle que separaba el Palacio de la Casa del Tesoro.

Mientras caminaba pensó en Clara Eugenia y su excelente estado de ánimo, pero no advirtió que su contumaz perseguidor no había perdido detalle

de su estancia en Palacio. Este, más tarde, con el ocaso, esperaría a don Jerónimo, irían a una taberna y entre vino y vino despejaría sus dudas sobre lo que pretendía el oficial criollo llegado de Nueva España, y si traía alguna queja de los manejos e intenciones de su señor, don Matías Gálvez.

Habían bastado unas comidas y algunas tertulias alrededor de un piano de cola de patas alabeadas, donde la dueña mostraba su arte musical interpretando sonatas de Bach y de Mozart, para que Clara erigiera una amistad sin fisuras con la dueña de la casa, doña Victoria, que se mostró desde el primer instante como una anfitriona obsequiosa, espléndida y maternal. El capitán hubo de relatarle sus peripecias y cabalgadas por las grandes llanuras de Tejas y Nuevo México persiguiendo a Cuerno Verde, su vida desde pequeño en los presidios cuidado por doña Josefina, su relación familiar con la apache Wasakíe, la recuperación de su hija en manos de los negreros franceses y la espartana vida de los soldados, que mantenían con sacrificio, valentía y esfuerzo el honor y la enseña de España desde la Tierra de Fuego hasta California.

Pero el episodio que más la atrajo fue el encuentro de Martín con Clara. Lo contó varias veces y se explayó con las delicias de sus islas.

—Es la más maravillosa historia que he escuchado —les decía.

La dama ayudó a la aleuta a ordenar los baúles de baqueta que acarreaban, y donde entre alcanfor y lavanda Clara guardaba las pelucas y sombreros, los vestidos lisos de vuelo ligero y también a rayas, el espadín de Martín, el tricornio y su traje de gala de dragón real.

—Querida, veo que vienes bien aleccionada sobre la moda de Madrid. Siendo como eres extranjera, ¿quién te ha asesorado tan fielmente?

—Se debe al exquisito gusto de mi madrina, doña Ana María de la Campa, condesa de Valparaíso y amiga de vuestro hermano el virrey.

Clara le mostró a la curiosa *dame* novedosos vestidos, unos *caracó* de colores y unos *fichú* franceses estampados, comprados en Ciudad de México en una tienda de modistas francesas, que según doña Ana María reproducían los modelos que vestía en España la duquesa de Alba.

—Cierto —dijo—. Mi amiga doña María Teresa de Alba es la que dicta las normas de la moda en esta Corte, aunque todas sabemos que las copia de la revista francesa *Les Délices de Paris*, prohibida por la Inquisición.

—Pero veo, señora, que no todas las damas en Madrid visten de igual guisa. ¿Es que existen modas diferentes en la capital? —se interesó.

—Mira, querida, unas nos inclinamos por la moda parisina, las «afrancesadas» nos llaman, y otras siguen la castiza o popular y las llaman las

«manolas», por parecerse a las muchachas del barrio de Lavapiés. Yo me engalano de ambas formas según la ocasión —dijo, y rio de forma sonora.

Doña Victoria la aleccionó sobre los peinados que lucían las damas españolas y le enseñó a manejar las tenacillas, los papillotes y las lazadas para los rizos que precisaba para su larga, negrísima y brillante melena, que le caía como una cascada por su grácil espalda. También la ayudó a colocarse el sofocante brial francés, la escofieta, los guantes y los zapatos adecuados, y a usar aceites, perfumes, pomadas, mixturas, cosméticos y polvos, así como a pintarse los atractivos *pillette d'amour* («lentejuelas del amor» o lunares), muy solicitados por los caballeros y cortesanos.

Dame Victoria era mujer de secretos. Algunos días recibía a ciertos aristócratas finamente engalanados, los que en la corte denominaban pretendientes de «cortejo» o de «chichisbeo», a los que únicamente se les permitía entrar en la casa a jugar a las cartas o a tomar una taza de chocolate con la dama platónicamente idolatrada, sin otro derecho o pretensión. Luego se despedían besándole la mano y enviándole un beso alado en el que ponían toda su adoración y sentimiento.

La aleuta se reía de los trajes de vivos colores de los pisaverdes, casi femeninos, de sus zapatos de tacón alto, de la cara maquillada y del lunar en la ceja izquierda, que según la anfitriona significaba: «Estoy disponible». La princesa participaba de los juegos, pero se aburría y solía ir a rezar ante un altarcito donde se adoraba al Niño Jesús de Manila.

A Clara la señora le parecía una amiga estimulante y llena de *savoir vivre* y de buen gusto, aunque tenía un defecto: estaba siempre pendiente de la Cuesta de la Reina y de las escaleras de San Francisco el Grande para atisbar a las damas de alta alcurnia que entraban o salían de misa, quién las acompañaba o a qué amantes entregaban cartas de pasión de forma disimulada. En tanto, sus sirvientas le referían los chismes que circulaban en las gradas de San Felipe, mentidero por excelencia de la ciudad.

Doña Victoria poseía el rostro terso y con pocas arrugas, finas cejas de arco, boca sensual y expresión benévola, como su hermano. Aunque tenía unos dientes pequeños y alineados, cuando acudía a algún fasto solía colocarse en la boca, como otras damas pudientes de Madrid, una fina dentadura de porcelana de Sévres, que iluminaba aún más su sonrisa. Lucía pelucas grises, blancas o negras de bucles escardados y se decía en Madrid que recibía en su alcoba a amantes clandestinos de toda condición.

Cuando Martín llegó del Palacio, la hermosa anfitriona acariciaba un gato de Chartreux de ojos anaranjados y pelo casi azulado, que desde el primer día

consideró como lecho gatuno el regazo de Clara Eugenia, elección que doña Victoria entendió como un mérito de la aleuta.

Tras la comida, un delicioso faisán escabechado regado con una botella de vino de Burdeos, y mientras la cocinera preparaba un chocolate mexicano, la hermana del virrey le preguntó al capitán sin discreción:

—¿Qué tal os ha ido con don Jerónimo?

—Muy bien, doña Victoria. Me agradó que el conde de Floridablanca supiera de nuestra llegada. En breve, mi esposa y yo seremos recibidos — contestó para salir del paso, dando por zanjado el asunto.

La concisa respuesta no había contentado a la dama, que insistió:

—No os fieis de ese mamarracho que se cree un don Juan —lo alertó—. Es enemigo de mi hermano y del conde de Aranda, su protector.

Ahora el que estaba interesado por saber más era Arellano.

—Veo que en la corte existen dos facciones, al parecer contrarias: los partidarios de Aranda y los de Floridablanca. ¿No es así, *dame* Victoria? Se percibe en palacio y en los mentideros.

La aristócrata parecía estar midiendo su contestación. Martín sabía que su moral era dudosa, pero su inteligencia le parecía considerable.

—Mal que nos pese, así es. Todo viene de la expulsión de los jesuitas, propiciada por Aranda, que vio en la Compañía de Jesús un obstáculo para emprender la modernidad en España. Esos curas prefieren que esta nación permanezca siempre en las catacumbas. Don José de Floridablanca se mostró más reacio a la medida. Por eso los «arandistas», entre ellos mi esposo y mi hermano, quedaron señalados para siempre.

Era evidente que doña Victoria conocía las alarmas de su hermano.

—Sí, Su Excelencia el virrey me reveló sus apuros al respecto.

El fulgor de la mirada de la dama cambió. Clara lo percibió y le hizo una mueca a su marido para que no revelara nada más. Pero era tarde.

—¿A qué os referís, capitán Arellano? Quiero a mi hermano el virrey como a las niñas de mis ojos. ¿Es que existe algo más grave que ignoro? No me dejéis en ascuas, os lo ruego.

—Nada serio por ahora, señora mía, pero el virrey sufre ciertos acosos que lo incomodan —dijo ambiguo, para serenarla.

Rebulló su delicado cuerpo en el diván con vigorosa inquietud.

—Por nuestra recién nacida amistad y por la Virgen de Atocha, don Martín. Os suplico que me saquéis de la incertidumbre que me agobia tras escucharos —preguntó desasosegada—. ¿He de temer por su seguridad?

Martín estaba incómodo. La dama estaba al acecho de sus palabras y de cada uno de sus gestos. Sus pupilas de color verdemar lo animaron a hablar o saltaría sobre él como el gato azulado que acariciaba en su falda.

—¿Puedo expresarme con confianza, señora? Lo que os diga debe quedar en la más absoluta de las reservas. Lo hago por ser vos su devota hermana y por la confianza que nos une —declaró firme.

—¡Claro está! La servidumbre es de mi absoluta confianza —declaró, y dando un salto cerró la puerta que comunicaba el pasillo con la sala.

—Pues bien, el virrey carece de evidencias y de pruebas palpables, pero sí, piensa que conspiran contra él. Me confió una carta escrita por su mano para entregar a don Fermín de Orada en una casa que...

De repente la dueña de la casa lo cortó y prorrumpió:

—¿El vizconde de Borba? ¡Dios nos salve! Es otro conocido «arandista», masón e ilustrado por demás, e insobornable amigo de mi hermano. Siempre confió en él por su lealtad y honradez —le informó—. Algo preocupa a mi hermano, es indudable. De lo contrario no hubiera solicitado su ayuda y escrito una epístola secreta para él.

Martín paseó su mirada por los ennegrecidos muebles de caoba y por las lámparas de cristal y cobre dorado que colgaban del techo. Prosiguió:

—Como os decía, doña Victoria, traigo una misiva escrita de su puño y letra para ese caballero. Según me reveló Su Excelencia, le notifica movimientos extraños de conocidos partidarios de Floridablanca que ocupan cargos de rango en Nueva España y que ambicionan su puesto.

Con una rotundidad que no esperaba, la anfitriona lo miró intensamente y troceó sus palabras en sílabas.

—Se refiere a los Gálvez, ¿verdad, capitán?

—Concretamente a don Matías de Gálvez, gobernador y capitán general de Guatemala —aseveró.

La aristócrata contestó con mordaz ironía, no exenta de sarcasmo:

—Era de esperar, querido —asumió la dama—. Desde que mi hermano ocupa el cargo de virrey, ese don Matías, deshonesto bastión de la corrupción en Guatemala, ha intentado salpicarlo con falsas acusaciones de iniquidades inexistentes y depravaciones inventadas. No es nada nueva para mí su perfidia. ¡Infortunado hermano mío!

—Conociendo al virrey, hombre amado por todos, prevalecerá sobre sus posibles enemigos. Estad segura de ello, doña Victoria.

—Escuchad, capitán. Esa insaciable familia desde hace años desea el control absoluto de las Indias, y Floridablanca les da alas. ¿Pero creéis que

existe un complot organizado contra él para privarlo de su vida?

—¡No, mi señora! De eso no me habló y nada teme. Solo son conjeturas tuyas después de haber recibido ciertos informes y algún anónimo acusador —le expresó—. No se atreverán a tanto. Descuidad.

La dama tragó su aire ansioso y su preocupación, pero se lamentó:

—Qué injusto desatino. ¡Miserables! Espero que mi hermano se equivoque y que esos Gálvez cesen en sus ambiciones. No lo merece.

Doña Victoria, más sosegada, se relajó y volvió a servir chocolate. Sabía que las cortes de los reyes y virreyes conllevaban aquellas patrañas.

—Don Martín, ¿deseáis que yo le entregue la carta a don Fermín?

—Gracias, pero le prometí a vuestro hermano entregársela en mano, y de camino deseo tomar contacto con la logia masónica La Matritense. Es una promesa hecha ante su persona y nada me asusta, mi señora.

—Los militares, siempre tan osados. La Inquisición los espía, ¿sabéis? —manifestó la matrona con gesto intranquilo.

—He salvado peores riesgos, despreocupaos, señora —la confortó.

—Bueno, soy amiga del reverendísimo don Felipe Bertrán, patriarca de las Indias, obispo de Salamanca e inquisidor general, y nos echaría una mano. Pero sed juicioso y no os metáis en camisa de once varas. Esta corte es un nido de áspides a cuál más venenosa —lo previno afable.

—El Santo Oficio está en franca decadencia, no pueden culparme de nada. Solo saludaré a un antiguo amigo —se defendió sonriéndole.

—Pero pertenecer a la masonería está condenado por la Iglesia. No lo olvidéis y sed parco con vuestras palabras. Ignoráis quién las escucha.

—Solo entregaré una carta, nada más —le sonrió—. Esta nación precisa de un movimiento reformador. España y sus colonias son el paraíso de miles de frailes trabucaires, fanáticos y panzones, muchos analfabetos, que mantienen al pueblo embobado con sus sermones y novenas. Es llegada la hora de un cambio y esos aires de mudanza inundan Europa.

Clara estaba atónita escuchando a su esposo. En varias ocasiones había intentado intervenir en la conversación, pero la mantenía impresionada la preocupación de la anfitriona por su hermano y la firme voluntad de Martín. Sus respuestas lo habían conmovido, pero calló. Cada día que pasaba, y por la experiencia vivida junto a su padre el rey, estaba más persuadida de que el ansia de poder suele esconder una cara más indigna y sucia.

El capitán Arellano, antes de dirigirse a la calle de la Tres Cruces para entregar la misiva del virrey Mayorga, se sentó en un banco de la plazuela de las Carmelitas Calzadas para despistar a su incansable seguidor, si es que lo estaba espiando aquella cálida tarde de julio. Iba vestido con una levita color azul, chaleco celeste y medias blancas, y ocultaba su testa con un tricornio marrón y una peluca para disimular su identidad.

Miró su reloj de bolsillo de brillante esfera blanca y advirtió que marcaba la media tarde. Avizó a su alrededor y, observando a unos carpinteros que acarreaban un tablero hacia la Puerta del Sol, se ocultó a su sombra y a su paso alcanzó la vivienda que buscaba, pues a ambos lados se ubicaban una sastrería y una sombrerería, tal como doña Victoria le había avisado. Agitó la campanilla y un viejo criado de aspecto patibulario, ojeras profundas y pelo ralo asomó la cabeza por entre la hoja entreabierta, masculló algo y lo ojeó sin hablar y sin hacer el más mínimo esfuerzo.

—Busco a don Fermín de Orada, vizconde de Borba —le informó—. Me espera.

—¿Su gracia, señor? —preguntó el anciano con un hilo de voz.

—Martín de Arellano, capitán de dragones de Su Majestad —se presentó.

—Entrad, os lo ruego —dijo, y tras él cerró la puerta con el cerrojo.

El caballero en cuestión, don Fermín Orada, vizconde de Borba, era un hombre de rasgos aristocráticos, vientre abultado, dentadura grande y desigual, exquisitos modales y vestir elegante. Se cubría con una casaca negra, camisa de encaje y calzaba altos chapines de charol con hebilla de plata. Caminó hacia él, apoyado en un bastón con pomo de plata.

—¿Don Martín? *Dame* Victoria me había anunciado vuestra visita —le anunció, y le alargó la mano, saludándolo con cordial educación.

—Así es, don Fermín. Os traigo noticias de Su Excelencia el virrey de Nueva España, vuestro amigo y mi admirado general en jefe —le confirmó.

—Un placer conoceros, capitán. Acompañadme arriba —le rogó.

En tanto ascendían por la escalinata, el Maestro Sublime de la logia simuló que se trastabillaba y, cogiéndolo del brazo, le susurró al oído: «No me entregue nada en presencia de algún miembro de la logia».

—¡Válgame Dios!, cualquier día me estrellaré —gritó actuando.

—Cogeos a mi brazo, Señoría —siguió la componenda el capitán.

La antesala de la logia olía a raíz de espliego que ardía en un pebetero arrinconado. En ella conversaban una veintena de caballeros distinguidamente ataviados con levitas oscuras y tocados con pelucas, que le fueron presentados a Martín como militares de alto rango, patricios, aristócratas, algunos

miembros de la nobleza, el rector de la Universidad de Alcalá y varios «covachuelistas» —funcionarios de la Secretaría de Estado—, que lo saludaron al saber de su pertenencia a una Fraternidad Ilustrada de Nuevo México, y por ser un oficial con mando en el virreinato de su venerable hermano masón, don Martín de Mayorga, amigo de la mayoría. Se limpiaban el sudor de sus frentes con pañuelos de seda, e invitaron al capitán a visitar la logia.

A Martín le pareció que aquellos aprendices, compañeros y maestros masones, categorías en las que se dividía la logia, según don Fermín, no se movían con recelo o indefensión. Antes bien, se les veía imbuidos de una misión sublime y hablaban con libertad, aunque con voz achicada e íntimo secretismo, como si fueran portadores de la verdad absoluta del mundo. El vizconde sacó una llave de su bolsillo y abrió la sala principal. El viejo portero entró con un pabilo y fue encendiendo lámparas y flameros, pues las ventanas estaban veladas con cortinas de terciopelo *frappé*.

El gran y rico salón de sesiones estaba recubierto de madera taraceada y rodeado de sillones de madera labrada. En el centro de la elipsis se alzaba el sillón dorado del Gran Venerable y Soberano General, don Fermín, la suprema potestad de la logia fundada por el duque de Wharton hacía medio siglo. Entre las lámparas del techo, ahora apagadas, fijó sus pupilas en un cielo azul, donde sobresalía un sol de pan de oro y una luna de plata amartillada de gran significado esotérico para la Fraternidad.

Dos columnas de mármol, con las letras B y J —siglas de los maestros del Templo de Jerusalén, Boaz y Jachin—, separaban el salón de reuniones de la estancia de los Pasos Perdidos, donde se deliberaba y meditaba sobre la hermandad universal y el perfeccionamiento individual.

Don Fermín, que exhibía el grado de Príncipe del Real Secreto, Maestro Sublime y Gran Venerable y Soberano de la logia, le dijo:

—Don Martín, en este lugar se perpetúan las enseñanzas de Hirán de Tiro, las doctrinas de los hermanos Caballeros Kadosh, del Arca Real, de los Rosacruces, de los Iluminados, de los Caballeros del Temple y de los Estrictos Observantes, y también aquí, en monacal silencio, leemos las publicaciones que nos llegan de Francia, que luego discutimos.

—Hermano, creo que la ilustración es como un relámpago luminoso que iluminará la tierra y cambiará la posteridad y la concepción del hombre moderno —le respondió.

—Así lo deseamos. Espero que nos visitéis durante vuestra estancia en Madrid, y que extendáis nuestras ideas y nuestro movimiento masónico

allende el mar entre los oficiales ilustrados de Nueva España. Habéis de conocer que muchos pilotos y marinos de la Carrera de Indias pertenecen a nuestra hermandad —le explicó satisfecho.

Martín estaba emocionado. Había cumplido uno de sus sueños.

—Allá en Nuevo México y Tejas, nos cultivamos como podemos, Señoría, aunque dentro de una gran precariedad y sin un guía que nos conduzca. Cuando el tedio nos abruma, nos ejercitamos en la elocuencia de las discusiones, criticamos el nefasto absolutismo de algunos gobernadores y virreyes en aquellos territorios, y leemos los libros que nos llegan de Voltaire, del barón de Holbach, de Benito de Espinoza, el judío sefardí, de Rousseau, de D'Alambert o de Diderot.

—Loable tarea, capitán. —Y le colocó la mano en el hombro.

A partir de ese momento lo asaetaron a preguntas sobre la vida en Nueva España y las peripecias de los dragones de cuera. Martín hubo de narrarles la expedición a la Alta California, las campañas contra indios hostiles, como los comanches y apaches, la muerte de Cuerno Verde y el trofeo que habría de entregar en Palacio, así como de la vida esforzada —casi de monjes guerreros— que soportaban en la vasta Frontera.

—¿Es cierto que vuestra esposa es una princesa india? —preguntó.

—Señor vizconde, no es india exactamente, sino aleuta, o sea de las islas del Pacífico, y posee otros rasgos bien distintos. La conocí en una misión secreta a la que nos envió el virrey Bucarelli. Jamás olvidaré aquellos días irrepetibles —aseveró y blandió una sonrisa de satisfacción.

—Esperamos conocerla en alguna tertulia o baile de sociedad —dijo.

—Confío en ello, Señoría —observó amistoso.

Martín no veía el modo de entregarle la carta al Gran Maestro, pero la mirada nítida y conminatoria de don Fermín, negándole con los ojos su intento, lo condujo a esperar otro momento si podían estar solos. Transcurrió casi una hora en la que los hermanos del Capítulo se interesaron por la independencia de las Trece Colonias, antes inglesas, donde el esforzado y gran estratega Bernardo de Gálvez había sido pieza clave al vencer y expulsar a los ingleses del territorio del este.

—Venerable Maestro, ignoro el tiempo que permaneceré en la Corte, pero deseo ser iniciado en esta hermandad masónica de tan eminentes talentos, que de seguro impulsarán la necesaria regeneración que necesita España, el Imperio y las Colonias —se expresó emocionado—. Hasiado de mis búsquedas, creo haber encontrado aquí las respuestas precisas que siempre he buscado con mis iguales de Nuevo México.

Luego de una ansiosa espera, el Venerable Maestro le respondió:

—Para nosotros, don Martín, supondrá un honor. Trasladar el fuego sagrado de la igualdad al Nuevo Mundo, donde solo lucen pequeñas ascuas, supondrá un privilegio. Esta es vuestra casa —le expresó sonriente—. Lo discutiremos en nuestras sesiones, capitán.

—¿Podré visitaros para ahondar en el espíritu de esta Fraternidad? Me agradaría convertirme en el consejero que desean los míos —adujo.

—¡Claro!, pero ya sabéis que nos dedicamos al conocimiento y a la búsqueda interior y que para ser admitido en esta congregación masónica debéis contestar a preguntas personales y estar dispuesto a mantener secreto de las sesiones, a ejercitaros en la filantropía, el altruismo y la magnanimidad, y sobre todo comprometeros a acabar con el absolutismo que conlleva todo poder absoluto, sea quien fuere el que lo ejerza.

Martín no podía contener su desazón e inclinó la cabeza.

—Estoy dispuesto. Ponedme a prueba, os lo ruego —dijo, pues tal era el deseo que atesoraba en su corazón desde hacía tiempo.

—Bien, don Martín. Antes debéis conocer nuestros principios —aseguró, e hizo una seña al ordenanza, que se dirigió a una empolvada estantería.

El viejo lacayo trajo dos libros que entregó al capitán de dragones.

—El más pequeño es el reglamento masónico que nos transmitió nuestro fundador, el duque Philip de Wharton —aseguró el maestro—. Leedlo, e intimaréis con las reglas y principios de nuestra fraternidad. El segundo es el *Tratado sobre la tolerancia*, de Voltaire, de quien os proclamáis un devoto seguidor. No lo aireéis, pues está en el *Índice de los libros prohibidos*, y los esbirros de la Inquisición son muy celosos de la ortodoxia.

—Gracias por regalos tan especiales —dijo conmovido.

—Bien, caballeros, despedámonos fraternalmente del capitán. En unos instantes iniciaremos la ceremonia del Gran Capítulo.

Martín se despidió de los francmasones amistosamente.

—Acompañaré al capitán hasta la puerta, como aconseja la etiqueta.

—Favor que me hacéis —se expresó Martín, esperando algún ardid, pues había acabado el encuentro y la carta del virrey seguía en su bolsillo.

Bajaron las escaleras con medida parsimonia. El vizconde se apoyó en el barandal y Martín lo volvió a coger del brazo, imitando la parodia de la subida, pues el portero los seguía detrás con una lámpara. Con un movimiento estudiado y vertiginoso, el maestro masón introdujo un papel muy doblado en el bolsillo del chaleco del capitán, y para disimular, dijo:

—Se nota que sois un hombre distinguido, don Martín. Ese reloj de bolsillo Barlow que lucís solo lo usan los Grandes de España, y no todos.

—Mi sueldo no da para tanto, don Fermín. Perteneció a mi padre.

—Pues lucidlo con orgullo —se despidió—. Id con Dios. Os esperamos.

—Quedad con Él, señor. —Y le dirigió una sonrisa de connivencia.

Al salir del edificio un perro vagabundo olisqueó las botas del capitán Arellano, en cuyo semblante se evidenciaba una cierta excitación. Sacó el reloj y se detuvo a ver la hora, y al guardarlo, palpó con los dedos el billete doblado. No comprendía tanto secretismo, si no fuera por el endiablado enfrentamiento entre las dos facciones que intentaban dominar los asuntos de Estado, y por ende el poder del Imperio. Miró a uno y otro lado, pero no pudo advertir que su contumaz perseguidor, que parecía un animal al acecho, simulaba prestar atención a los sombreros pero observaba con cuidado sus movimientos.

Martín, sin poder disimular su desazón, se secó con el pañuelo las manos sudorosas y enfiló presuroso la calle del Arenal, deseando llegar a la casa y poder leer el aviso del maestro masón. Pensaba que el vizconde Borba no podía estar especulando eternamente con la carta que debía entregarle de parte de su amigo el virrey de Nueva España.

Momentos después, cuando los hermanos francmasones se entregaban a las deliberaciones del Capítulo, el anciano portero se alisó sus cabellos grasientos, descendió al zaguán y sin ser notado salió de la logia con pasos desequilibrados. Dejó el portón entornado y vio al espía que lo aguardaba junto al dintel de la puerta de la sombrerería.

Su mirada era intensa y expectante. Era un tipo intimidador, taimado y hábil para el engaño, al que le encantaba espiar y confabular.

—¿Y bien, amigo? —se interesó el escurridizo agente.

El servidor negó con la cabeza esbozando un mohín de contrariedad.

—Nada, señor —le informó susurrante para no ser oído—. Ese criollo no ha entregado nada, ni a don Fermín, ni al señor doctor de la Universidad ni a nadie. No lo he perdido de vista ni un solo instante, os lo aseguro.

—¿Ha hablado algo referido al virrey Mayorga con el maestro?

—Ni una palabra. Solo han platicado sobre la Fraternidad y sus deseos de ingresar en ella —respondió abriendo su boca mellada y negruzca.

—¡Por todos los diablos, maldita sea! Es la peor de las noticias. Sé que porta una misiva y la debo poseer de la forma que sea. Está en peligro la honorabilidad de mi patrón y el futuro de sus planes —le expresó desconcertado.

El portero se mesó la barba de varios días y bajó sus ojillos sin luz.

—Lo siento, Señoría —dijo el anciano, que veía perder su recompensa.

—Y ahora en el asunto han metido las narices esos masones. ¡Dios, lo que faltaba! Unir a esos locos con cuestiones de gobierno.

La mirada del agente de don Matías se ensombreció y el iris de sus ojos adoptó una tonalidad glacial de extrema irritación. Aquel asunto, fácil al principio, se complicaba, y su patrón podría prescindir de él si no interceptaba la carta de un modo u otro, pues de seguro que era una acusación contra su patrón que daría al traste con sus propósitos de acceder a la jerarquía máxima del virreinato de Nueva España.

Le alargó al ujier de la logia un real de plata y lo conminó a seguir con los ojos bien abiertos por si regresaba el capitán de dragones. Él seguiría con su particular y perseverante seguimiento. No podía echar a perder su reputación de informador fehaciente por un vulgar indiano. Le habían encomendado una misión y la concluiría, pues era un espíritu hecho para la delación y el espionaje. No obstante, sus decepcionantes fracasos lo mantenían en un estado de alerta. Esbozó un gesto contrariado que lo hizo bufar en medio de la calle. Era un hombre hosco y primitivo y no le importaba nadie.

En el cielo de Madrid surgía una colección de azuladas estrellas, y una legión de mendigos, tipos desarrapados y furcias comenzaban a merodear por las esquinas y a acechar entre los arcos de la Plaza Mayor.

La noche se había torcido para el espía de don Matías de Gálvez.

Madrid

El calor y un duermevela de sobresaltos lo arrancaron del lecho.

A Martín lo habían retenido las suaves sábanas, hasta que un pastoso haz de luz se coló entre los visillos. Clara Eugenia aún dormía, después de pasar algunas horas en la cocina con las sirvientas de color, quienes fundían sus creencias cristianas con las de sus dioses africanos y con la santería cubana, practicando unos ritos que embelesaban a la princesa, siempre a escondidas de la señora de la casa.

La aleuta, como las criadas negras de la casa, también enlazaba en sus oraciones cristianas a los dioses de sus islas, a los que no deseaba relegar al olvido. El resplandeciente Amarok era para ella el Dios Padre cristiano, Kaila, su hijo, el mismo Jesucristo, y Sedna, la madre tierra, la Virgen María. Martín lo sabía, pero comprendía que era el único camino para acceder a las teologías y los enrevesados dogmas de la Iglesia.

La miró con ternura, escuchó su leve respiración y a la afanosa servidumbre trajinando abajo, a pesar del sigilo que empleaban. Con el pelo suelto sobre los hombros, Martín, libre de su lazo negro con el que sujetaba su cabello, se acercó a la ventana y volvió a leer el lacónico mensaje de don Fermín, como si procesara en su cabeza los pasos que debía seguir el día del encuentro, fuera de oídos indiscretos.

Leyó para sí:

Mañana domingo, en el Teatro del Príncipe, se escenifica El lindo don Diego, una comedia bufa de figurón. Es costumbre en Madrid que en el intermedio los espectadores visiten los palcos y proscenios de las amistades, el vestíbulo y el ambigú, donde se invita a breves refrigerios. Aproveche ese improvisado barullo y diríjase hacia la puerta de la orquesta. Enfrente verá una cortina. Pase adentro, donde yo lo aguardaré. Allí podrá entregarme la carta y departir sobre las adversidades de don Matías. Le enviaré tres invitaciones a la casa de doña Victoria. Lo espero.

El Vizconde de Borba.

Clara Eugenia despertó con su habitual lozanía. Arregló su cuerpo liviano de piel tersa y se puso un vestido de muselina de líneas rosadas que le elevaban el talle hasta eclosionar con su grávido pecho; su pelo azabachado le caía como un torrente. Bajaron a desayunar con doña Victoria, quien les transmitió una grata sorpresa, que ya Martín esperaba.

—Don Fermín nos regala tres entradas para una comedia en el Teatro del Príncipe. Será una velada deslumbrante, queridos —les anunció.

El carruaje se detuvo ante la puerta del teatro y de él descendieron doña Victoria, Clara y el capitán, que se acomodaron frente al escenario. La princesa aleuta había concitado sobre su figura la admiración general, sobre todo de las damas, que la contemplaban y murmuraban sobre su exótica belleza y procedencia, su vestido de seda celeste bordado con flores y diminutos pájaros y su exuberante melena trenzada y adornada con peinetas y perlas diminutas. Al ser saludada por personajes que no conocía, melindrosos burgueses y matronas arrogantes, ella contestaba con una graciosa inclinación de cabeza.

El vizconde se acercó a doña Victoria y a la pareja para regalarles el *rendez-vous* a las dos señoras, bellamente acicaladas y engalanadas, y cuyos vestidos relumbraban con la nacarada luz del teatro, iluminado con flameros dorados. La hermana del virrey, en su calidad de miembro de la Real Orden de Damas Nobles, presentó a la princesa a los aristócratas y gentilhombres que conocía, todos ellos cortesanos de palacio. Clara dio cumplida muestra de su simpatía, exhibiendo su fineza y don de gentes.

Junto a la puerta de salida, para tener todos los puntos del teatro bajo su visión de alcaudón, se hallaba el contumaz perseguidor del capitán de dragones y soplón de don Matías de Gálvez, Tadeo Montiel, que así se llamaba, quien con sus ojillos chispeantes miraba, ora al maestro masón, ora a Arellano, por si intentaban algún encuentro o contacto.

La mayoría se deshacía en parabienes hacia la bella extranjera, salvo las ya habituales y chismosas arpías de la sociedad madrileña, que se hacían cruces, pues la suponían pagana, iletrada y casi salvaje, y criticaban al capitán de dragones por su errónea e inusual elección, contraria a la religión, a la pureza de sangre, a la moderación y a la conciencia de raza que se suponía en un oficial de rango de Su Majestad.

Las señoras siguieron cuchicheando detrás de sus abanicos, ante la indiferencia de doña Victoria y de la aleuta. La noche se animaba.

A una señal del director de escenario se impuso el silencio y se oyó un revuelo de vestidos al acomodarse. Se describió la pesada cortina y aparecieron los actores en escena. Clara Eugenia y el mismo capitán, que nunca habían asistido a una función teatral, se vieron inmersos en una vorágine de sobresaltos visuales, desapariciones y apariciones de actores, suntuosos atuendos, pictóricos decorados y en la ingeniosa trama, que concitaba su interés y entusiasmo. La joven, con los ojos admirados, se reía colocando su mano enguantada en la boca, no perdiendo ripio de las osadías y gracias del personaje cómico, un tal Mosquito, que hacía las delicias de los espectadores, que se carcajaban de sus pícaras agudezas.

Clara iba del asombro a la sorpresa y se la notaba feliz y hechizada.

El cierre parsimonioso del telón anunció el intermedio y una diáspora de damas y caballeros se dirigió hacia proscenios y vestíbulos, convirtiendo el amplio teatro en una improvisada fiesta de sociedad. En tanto que doña Victoria presentaba a sus amistades a Clara Eugenia, convertida en la novedad de la noche, Martín se esforzó en dominar las ideas que fluían en su mente y dispuso en orden los movimientos precisos para encontrarse con don Fermín, que en aquel preciso instante abandonaba en solitario su palco.

La maniobra no había pasado desapercibida para el espía de don Matías, que literalmente voló hacia la galería que comunicaba los palcos. O se encontraba con ellos de bruces o los sorprendería en alguno de los reservados. En la precisión y en la rapidez se asentaba el éxito de la operación. Estaba al borde del derrumbe nervioso y aceleró sus pasos. En el atestado corredor no se hallaban, por lo que llegó hasta el habitáculo donde los tramoyistas y escenógrafos guardaban los baúles y arcones, los instrumentos de la orquesta y las sillas de las plateas.

Abrió la cortina y vio que aquel cuarto, ligeramente iluminado por un exiguo candil, debía de servir para almacenar las bambalinas, los bastidores, el guardarropa y los cajones de la contaduría del teatro. Pero allí no había nadie. Lo habían burlado y bufó de rabia.

«Maldita sea», masculló entre dientes.

Se disponía a regresar y seguir indagando cuando adivinó una luz azafranada que provenía de una covachuela interior. Se acercó con la agilidad y el sigilo de un felino y observó que debía de tratarse del camarín de los libretos. Se ocultó tras los trajes sedosos de unos polichinelas y pudo ver las siluetas del vizconde y del capitán criollo iluminadas por un flamero. No

conversaban, y el maestro masón leía atentamente y en silencio la carta que tanto había buscado. Al fin comenzaba a desenmarañarse el hilo de la madeja, objeto de sus desvelos. Aguardó casi sin respirar aguzando el oído y poniendo en alerta todos sus sentidos.

«Ellos solos se han metido en la ratonera sin saberlo», pensó.

Tras la parálisis de la tensión del instante, Orada habló al fin:

—Bien, don Martín —sonó su voz—. Es más que evidente que nuestro amigo, el virrey Mayorga, pasa por un momento muy delicado y que algunos codiciosos están socavando los cimientos de su cargo en Nueva España.

—Esos son sus miedos, don Fermín —corroboró.

Tanto el militar como el vizconde de Borba permanecieron rígidos. El aristócrata, en un tono preocupado y enigmático, rompió de nuevo el silencio. El espía no perdía ni una sola de las palabras que desgranaba con voz mesurada.

—En esta misiva me ruega encarecidamente que ponga estos pérfidos hechos en conocimiento de la única persona capaz de acabar con la innoble persecución de que es objeto —le informó preocupado.

—¿A quién se refiere, al rey nuestro señor? —se interesó Martín.

—No —señaló categórico Orada—. A nuestro recíproco valedor, el todopoderoso conde de Aranda, embajador de España en París.

Al sagaz espía de don Matías no le cabía duda de que había dado en el blanco y que era el mensaje sobre el que había sido advertido. Oyó al capitán de dragones, en el que adivinó una inflexión de intranquilidad.

—¿Pero desde la capital de Francia podrá ayudar a don Martín?

—Indudablemente, capitán —sonrió—. Bastará un despacho mío dirigido a don Pedro Pablo, para que desde París se dirija al rey, con el que mantiene una íntima empatía basada en el mutuo aprecio, denunciando los hechos. Su eficaz mano es muy alargada, os lo garantizo, don Martín.

—Quizá sea demasiado tarde, ¿no? —se lamentó el oficial—. Mientras el embajador recibe vuestra carta y lo pone en conocimiento del rey por el mismo conducto, transcurrirá un tiempo precioso. Lo vi muy preocupado con los arteros engaños del ambicioso gobernador de Guatemala.

—No, amigo mío —lo tranquilizó—. La logia que presido suele utilizar el correo real por gracia del embajador. Escribiré hoy mismo ese pliego y mañana don Jerónimo Zapata, el aposentador real, la enviará a París por conducto oficial y diplomático. Llegará a su destino en unos días, os lo aseguro. Don Martín no ha de preocuparse. Tenemos en la corte nuestros apoyos y no son nada baladíes. Dejadlo en mis manos.

La respuesta sonó seca, pero liberadora. Arellano le replicó sereno:

—Me quitáis un peso de encima, don Fermín. Mi viaje a España ha tenido un elevado y provechoso designio. Gracias. Don Martín lo merece.

—Bien, volvamos al teatro. Nos pueden echar en falta.

El soplón de don Matías de Gálvez se quedó inmóvil como una efigie para pasar inadvertido cuando los dos caballeros salieran del cuartucho, cosa que hicieron precipitadamente. Cuando traspasaron la cortina soltó un bufido de triunfo. Había resuelto el rompecabezas de una tacada; y en aquel juego, que ya había durado demasiado, poseía todos los triunfos. El confidente dominaba la partida por entero: sabía de qué trataba la carta traída por el oficial desde la capital de México, y además poseía la capacidad para interceptar el urgente escrito que se proponía enviar el vizconde de Borba a su mentor el conde de Aranda.

Bastaría una espléndida bolsa introducida en la faltriquera de don Jerónimo Zapata y unos vasos de vino de Parla en la calle de las Tabernillas de La Latina, o en la Fonda de San Sebastián, para solventar el asunto. Estaba firmemente persuadido de ello y ya saboreaba de antemano su consumado triunfo.

«Ni el conde de Aranda podrá hacer nada por vos, señor virrey», pensó, y abandonó el atestado camaranchón con gesto ufano.

Y una vez en su poder el aviso de Orada al embajador, regresaría a sus lares de Sevilla y mediante un informe exhaustivo pondría al tanto a su patrón de los acontecimientos. Tenía el camino libre y muy pronto sería el nuevo capitán general y virrey de Nueva España. Una sustanciosa recompensa y tal vez un cargo de rango le esperaban generosos.

—¿Acaso creían esos arrogantes petimetres que podrían con el perseverante Montiel? ¡Ja, ja! La garantía de eficacia me precede, Señorías — farfulló irónico, y profirió la carcajada de una hiena satisfecha.

Tadeo Montiel aguardó a que concluyera la representación, cuyo fin fue acompañado por una clamorosa ovación que premió la labor de los actores. El agente optó por desaparecer. No quería ser visto y, protegido por la opacidad de la luz y por la falta de atención de los espectadores, que estaban pendientes desde el primer acto de la trama de la comedia bufa, nadie percibió su fugaz figura, que desapareció cautelosa del patio de butacas.

Fuera del teatro, una luna esférica germinaba moteada de nubecillas grises, mientras una húmeda bruma proveniente del Manzanares comenzaba a enseñorearse de la ciudad.

La atmósfera del caliginoso día se hacía más benévola.

De buena mañana, un gentilhombre del servicio de Palacio, ataviado con peluca y casaca azul con ribetes dorados, hizo sonar con aspereza la aldaba de la mansión de los Mayorga. Al serle abierta la puerta, se descubrió y anunció formal:

—¿Se hospeda aquí el capitán don Martín de Arellano? —preguntó.

—Así es, señor —asintió la dama de llaves, algo sobresaltada.

—Un aviso del Despacho de Su Excelencia el conde de Floridablanca para él —dijo, y alargó el aviso, envuelto en un sobre de color cerúleo.

No bien hubo desaparecido el palafrenero, cuando a Martín, que tomaba café con la anfitriona y su esposa, le fue entregado el aviso en una bandeja de plata. Se limpió los labios, compuso una reverencia y en presencia de doña Victoria y de Clara Eugenia deshizo el lazo verde de la Cancillería Real y rompió el grumoso lacre. Después lo leyó en voz alta:

A don Martín de Arellano y Gago, capitán de dragones del Rey:

Don José Moñino, conde de Floridablanca y secretario del Despacho de Estado de Su Majestad, tiene la complacencia de recibir en el Palacio Real a Vuesa Merced y a vuestra distinguida esposa, el día veintisiete de los corrientes, festividad de San Pantaleón, tras el cambio matutino de la guardia, a fin de tratar asuntos concernientes a la presencia de la Corona en Nueva España. Dios os guarde.

El revuelo provocado por la comunicación de Palacio hizo que *dame* Victoria se levantara como un resorte y exclamara con mal ánimo:

—Hemos de prepararlo todo. ¡Ay, Dios! No tenemos tiempo. No me hace ni pizca de gracia. Son las peores noticias que podía recibir.

Clara y Martín comprendían lo que deseaba expresar. Era una matrona de sentimientos nobles y no se guardaba nada que no sintiera.

—Nosotros también lamentamos que pronto tengamos que dejaros —le aseguró la aleuta, que la abrazó con ternura, tras ver dos lágrimas en sus ojos—. Tras la audiencia hemos de regresar, señora.

—¿Qué haré yo sin vuestra compañía? —se lamentó sincera.

—No os preocupéis, doña Victoria —la consoló Martín, que tomó entre las suyas sus manos rosadas—. Aún estaremos aquí casi dos semanas. La que resta para ser recibidos y la de los preparativos del regreso.

—Si no fuera porque tengo que velar por los intereses de mi hermano el virrey en Madrid, emprendería el viaje con vosotros —aseguró con la piel de su cara enrojecida y los mechones de su pelo revueltos.

—Lo haréis cuando las cosas mejoren. El vizconde de Borba comunica en estos días la situación de vuestro hermano al conde de Aranda, quien tomará cartas en el asunto de inmediato, según sus palabras. Los injustificados ataques concluirán cuando Su Majestad tenga conocimiento de las arteras maniobras de que es objeto. Así me lo aseguró don Fermín, muy convencido.

La dama miró al capitán con admiración. Su intervención no había podido ser más oportuna, y lo había hecho de una forma impecable.

—Si interviene el conde en su defensa, perderé todo cuidado. Es cierta la rivalidad entre los dos políticos, Aranda y Floridablanca, y a veces han excedido los límites de la avenencia, pero los dos son muy apreciados.

Doña Victoria no podía remediarlo. Sentía un gran vacío en su pecho y se le antojó que su cabeza volaría en pos de su querida pareja, con la que había convivido unas semanas difíciles de relegar al olvido.

—Clara, debemos preparar sin demora los trofeos indios que hemos acarreado para el señor conde —le recordó.

—Despreocupaos, capitán. Será el regalo más distinguido que haya recibido don José —le contestó la dama con el mismo grato tono.

La experimentada dama sabía que sus actos cotidianos le devolverían la entereza. Así que pensó que estaba obligada a trazar una raya entre las semanas pasadas y el futuro, y que debía agarrarlo sin ellos y con la ayuda del olvido y de un recuerdo insustituible. Sabía que en pocos días regresarían a Nueva España, pero antes disfrutaría de ellos.

—Clara, querida, vamos a arreglarlos y nos acercaremos al convento de las dominicas. Hemos de recoger el rosario que ya habrá bendecido el prior. Será mi regalo para que nunca me olvides —le notificó afable.

La aleuta creyó que aceptando sus deseos prolongaría el grado de excitación vital que había mantenido desde que llegaran a la mansión de los Mayorga. Clara adoraba cada día más a la voluptuosa dama.

El retiro de las madres dominicas se alzaba en la misma plaza de Santo Domingo y destacaba por sus piedras doradas, herrajes colosales y unos esbeltos castaños de Indias, que sobresalían por encima de los bardales del claustro. La aleuta, que se había vestido a la moda «manola», con un traje celeste con faraloes y una redecilla con madroños carmesíes, como su anfitriona, depositó un aromático ramo de rosas en las escalinatas del altar, mientras tocaban las campanas y las monjas del coro entonaban el Ángelus tras las celosías del coro. Se respiraba sosiego y apacibilidad.

La severa superiora, una mujer menuda de cuerpo y cuyo rostro poseía la palidez de la cera, las recibió con reprimida cortesía y las condujo hasta el refectorio, donde las invitó a un vaso de limonada y a unos bizcochos, mientras hablaba con gravedad y lentitud con *dame* Victoria.

—Siempre estaremos agradecidas a las limosnas de doña Victoria. Una cristiana que se ejercita en la caridad —señaló la priora.

—Rezad por nosotros, madre, y también por doña Clara Eugenia, que abrazó la fe de Cristo hace unos años y cuyo pueblo, perdido en el septentrión del mundo, comienza ahora a conocer a Jesús —le dijo la dama.

—¡Alabado sea el Altísimo! —replicó la reverenda—. Lo haré.

La madre Margarita le preguntó a la extranjera por su lejano reino, costumbres, familia y por fray Lisardo, el evangelizador de su isla, a lo que Clara le contestó con su proverbial gentileza, admitiendo que muy pronto la relación entre sus islas y el Virreinato sería muy estrecha por deseo de su benefactor, el virrey Mayorga.

La priora, saltándose la regla monástica, mostró a la princesa de Haida Gwaii el huerto donde trabajaban algunas novicias, que rieron al ser sorprendidas, la silente y olorosa comunidad y la abastecida biblioteca, un laberinto atestado de libros y de cuadros vetustos de antiguas prioras, santos y benefactores. Clara abrió los ojos y se empapaba de todo cuanto le contaba la madre, que le regaló un escapulario de la Virgen del Rosario, hecho por las monjas con los más finos hilos que llegaban de Filipinas, y entregó a su bienhechora una cajita labrada con el rosario bendecido.

—Recemos juntas en la iglesia una salve a la Madre de Dios y un padrenuestro al Santísimo Sacramento, para que sean abogados protectores del viaje de regreso a las Indias, hija mía —insinuó la priora.

La joven concedió un gran valor a las explicaciones de la condescendiente madre superiora, quien tras mostrarle las riquezas que atesoraba el templo, que olía balsámicamente a cera, maderas nobles e incienso, participó a la princesa que nunca olvidaría su visita y que pediría al Creador por la conversión absoluta de su pueblo.

—Reverenda —dijo en su sugestivo castellano—, ¿qué son todas estas lápidas que vamos pisando y esas otras embutidas en los muros?

La priora no llegó a inmutarse, pero algo anómalo paseó por su mirada. La aleuta lo percibió, pero ya era tarde. Alzó su barbilla picuda y le explicó, como si deseara pasar de largo de los sepulcros:

—Os diré que este convento atesoró enterramientos muy valiosos en otros tiempos, como los restos de don Pedro I de Castilla, de su hijo Juan y de su

esposa ilegítima Juana de Castro, y de Constanza, hija de Fernando IV de Castilla. También tuvo temporal acomodo aquí el príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, antes de ser trasladado al monasterio de El Escorial —dijo, como deseando salir del paso—. Ahora están vacías, pero son muchos los cristianos que aún las veneran. Sigamos, os mostraré la sacristía, los ornamentos, casullas, roquetes y paños sacros.

—Me resulta admirable, madre —intervino la aleuta.

—Todos fueron grandes benefactores de esta casa profesa, hija mía.

En este punto, al cruzar el lateral del presbiterio, Clara se detuvo. Una rara tumba, que lucía como el sol, atrajo su atención. Ella sola se asemejaba con su fulgor a un rutilante santuario.

Algo distinto de los panteones anteriores la distinguía de entre las demás. Sin embargo, tanto la superiora como doña Victoria, ni la habían mirado. Había reparado en una sepultura que parecía de gente ilustre por la belleza del mármol, y sobre la que destacaba de forma insólita un hisopo y un acetre con agua bendita sobre ella. No obstante, vio que la rodeaban una excesiva profusión de cruces, lamparillas y velas votivas, y que sobresalían dos bellas y artificiosas heráldicas esculpidas en su jaspeada superficie. Un nutrido grupo de devotas con velos negros rezaban retahílas de padrenuestros y avemarías a su alrededor.

Notó Clara que la priora la miraba de soslayo sin detenerse ni explicarle a quién pertenecía el sepulcro, y que seguía rauda hacia la sacristía. Sudaba bajo el velo monacal y doña Victoria también se había conturbado al verla detenerse ante la excéntrica tumba.

«¿Qué poseerá de especial, que las dos se han descompuesto? No debe de estar vacía cuando tantas velas y crucifijos la adornan», pensó Clara.

La madre Margarita le volvió la espalda y siguió su camino, y doña Victoria no hizo el menor movimiento para detenerse. La monja apenas si esbozó la más mínima contracción de sus labios, como si la atemorizara revelar la identidad de los misteriosos huesos allí enterrados. La madre priora, mostrando un ridículo y descortés comportamiento, se revolvió y dio a besar su cruz de madera a las damas. Estaba descompuesta.

—Excusadme, pero ha sonado la campanilla convocando a la comunidad al refectorio y debo dejaros sin pretexto —se excusó—. Perseverad en vuestra fe, doña Clara, y vayan Vuestas Mercedes con Dios.

—*Laus Deo* —la despidió doña Victoria, alterada.

Incomprensiblemente, y con secretismo y ambigüedad, la madre priora desapareció como un trago por un portillo del baptisterio.

La princesa se hallaba aturdida, y la imaginación suele ser un viento poderoso ante un interés no contestado. Miró a su anfitriona, ofuscada.

—¿A quién pertenece este panteón? —se interesó Clara sin recibir más contestación que una alarmante revelación que la dejó helada.

—Esa tumba está endemoniada, Clara. ¡No te detengas! —balbució.

La tensión del instante la paralizó en un rictus de desconcierto. La revelación le había provocado una emotiva excitación y, con la viva apariencia del asombro, le preguntó con voz trémula:

—¿Os referís a que en ella habita el maligno? —Se sorprendió—. ¿En la casa de Dios? —interrogó a la aristócrata y recordó las enseñanzas de fray Lisardo sobre el infernal dominio que ejercía el Príncipe de las Tinieblas sobre los mortales y almas inocentes como la suya.

—Eso se cree, hija. ¡Venga, vámonos! —le rogó alterada.

Doña Victoria se persignó con urgencia, como si quisiera conjurar la amenaza que atesoraba el sepulcro, y tiró maternalmente del brazo de la aleuta, a quien aquel misterio críptico y notoriamente perverso se le escapaba a su razón. Después de conjeturar las más peregrinas interpretaciones sobre la enigmática tumba, sintió un terror de naturaleza desconocida en su estómago y se asió al brazo de la matrona.

Semejante revelación había suscitado una celeridad incontrolada en los pies en Clara y la sospecha se adueñó de su confusa mente.

—¡Libéranos *Domine!* —rezó la dama, que volvió a santiguarse.

Clara volvió la cabeza y, sin pestañear, clavó su mirada en la lápida con el anhelo de que fuera de la iglesia declinara aquella locura obsesiva de doña Victoria y que le explicara su anormal y chocante conducta.

La princesa lanzó una moneda a un niño andrajoso que pedía en la puerta y fue en pos de *dame* Victoria.

Madrid

Clara Eugenia no podía sustraerse a la agitación vivida, y por otra parte su anfitriona comprendió la inestabilidad emocional por la que pasaba su invitada. Miró a doña Victoria con sus grandes ojos de alarmante color gris, como para comprobar que estaba en sus cabales y que no deliraba.

Cogida del brazo de la dueña la siguió en silencio, hasta que la *dame* se sentó sofocada bajo una pérgola con enredaderas donde anidaban las golondrinas. Junto al banco de la plaza de la Biblioteca en el que se acomodaron crecían unos gigantescos madroños de hojas refrescantes.

Su estimulante sombra las cobijó. Las dos mujeres plegaron sus sombrillas de seda y guardaron sus misales y rosarios amarfilados. Clara se despojó de su mantilla bordada de Manila y se dirigió grave a la dama:

—¿Creéis en verdad lo que me habéis dicho del diablo?

La ricahembra no deseaba mantener la duda de la joven y le dijo:

—Recuperemos la serenidad y el resuello, querida. Escúchame.

—Os oigo —contestó la aleuta, vivamente interesada.

—Ignoro si en vuestras tierras ocurren estas cosas, pero en la civilización cristiana occidental es muy frecuente la presencia del demonio en los lugares donde se adora a su Creador. Escucha, hija mía, el asunto comenzó cuando murió doña María de Cárdenas, descendiente del monarca don Juan de Castilla. La familia escogió Santo Domingo el Real como enterramiento, siguiendo la costumbre de otros monarcas. Aconteció que, días después del funeral, se hallaban las monjas cantando maitines cuando en el silencio de la noche se escucharon pavorosos chillidos bajo la lápida de la fallecida.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Clara.

—Comprenderás que, debido a la oquedad de la cripta, los gemidos retumbaban de forma destemplada e intimidante, y más aún cuando esas voces espantosas proferían los nombres de la superiora y de otras monjas, que huyeron despavoridas a sus celdas. Durante días, ni durmieron, ni

frecuentaron el coro para rezar, atemorizadas como estaban. Pasadas unas semanas, y como las espantables voces prosiguieran, aunque con menor furor, pusieron el caso en conocimiento del obispo, quien obró un exorcismo en presencia de innumerables fieles, conminando al Príncipe de las Tinieblas y a su cohorte de súcubos a abandonar la tumba. Tras el sagrado conjuro, el prelado dispuso que sobre la tumba hubiera siempre un hisopo con agua bendita y una cruz, para ahuyentarlos.

—Desdichadas monjitas —se lamentó Clara.

—No, hija, ¡la desdichada fue la difunta! —reveló enigmática.

—¿La difunta? No os entiendo —forzó la joven la narración.

—Tal como te digo —tragó saliva y prosiguió con su relato—: Escucha. Medio año después, la familia perdió a otro familiar y hubieron de abrir la losa para enterrarlo. ¡Y la sorpresa fue mayúscula! El cadáver de doña María, mujer al parecer de complexión frágil, que además ingería opio para curar sus histerias, no se encontraba en su ataúd, sino en las escaleras de la cripta en una posición desmadejada y con las manos despedazadas e impregnadas de sangre reseca. No debió de ser grato para sus deudos, y se sabe que su esposo, que la amaba con fervor, se desmayó y sufrió luego una penosa postración, de la que murió corroído por la pena. ¡Santa María nos proteja!

—¡Espantoso trance! —dijo Clara con una mueca de asombro—. ¡O sea, que fue enterrada viva! —resumió la aleuta impresionada como si la pobre difunta hubiera sido la víctima propiciatoria de un dios colérico.

—Ciertamente, Clara, y aunque logró descerrajar el ataúd y subir las escaleras de la cripta, no pudo salir del panteón sellado con esa colosal losa. Las religiosas adivinaron entonces que los escalofriantes gritos escuchados no eran de Satanás, sino de la infortunada doña María, aunque luego urdieron una interesada ficción que las lucraría, difundiendo entre los ignorantes fieles que había resucitado de entre los muertos.

—¿Pensáis que se valieron del luctuoso hecho para su beneficio?

—Las monjas y curas son muy dados a inventar leyendas que los benefician. Poco menos que elevaron a doña María a la condición de santidad, y su pasmoso retorno al mundo, a una resurrección divina, pues las cosas no son como son, sino como se recuerdan y se cuentan.

—O sea que urdieron una caprichosa mentira, ¿no?

—Así es, Clara. Un círculo de eminentes cirujanos del Real Colegio de Medicina de Madrid dictaminó años después que la difunta en cuestión padecía un mal poco habitual: ¡la catalepsia! —señaló enigmática—. La familia ignoraba que la difunta lo padeciera.

—¿Catalepsia? —preguntó por desconocimiento.

—Se trata de un padecimiento por el cual la persona que lo sufre yace inmóvil, en aparente muerte y sin signos vitales, cuando en realidad se encuentra viva y podría ser consciente de lo que le está ocurriendo.

—¿Y por qué temen todavía acercarse a esa tumba, si ya conocen que fue un accidente propiciado por una enfermedad que desconocían?

El dramatismo se reflejaba en el rostro de la señora.

—Clara, vivimos en una sociedad más supersticiosa que religiosa, y al clero le encanta crear infiernos y diablos, aparecidos y resurrectos, porque así ellos gestionan la salvación del alma y el cielo prometido. Y las dominicas, aliándose con sus tesis milagreras y con lo portentoso, siguieron colocando talismanes y haciendo aspersiones de agua bendita y conjuros, pues, según algunas beatas y monjas agoreras, el alma en pena de la difunta seguía paseándose por la iglesia junto a la Santa Compañía, desterrada del Purgatorio. A todos convenía mantener la engañifa, querida.

—¡Es inmoral! Eso lo hacen para lavar sus insolentes conciencias y llenar sin escrúpulos los cepillos de limosnas —le aseguró incrédula.

Doña Victoria pensó que no estaba equivocada en sus apreciaciones.

—Seguramente, y así es como se construyen las mentiras y el cebo para perpetuarlas, claro está. Pero el caso es que, pasados los años, ese equívoco ha hecho mella en la gente ignorante y llana de Madrid, y como si fuera una resucitada que hubiera visto el rostro de Dios y vuelto a este cochino mundo, son muchos los devotos que acuden a Santo Domingo para encender una vela, donar una limosna y pedir favores a la «cataléptica», muerta en agonía tan espantosa y violenta.

La mirada de la extranjera era de irritación. No lo comprendía.

—Miedo, superstición y negocio, unidos por la misma cuerda. Me repugna que unas santas mujeres dedicadas a Jesús se hayan convertido en instrumentos de impostura para llenar sus castos bolsillos —dijo Clara, que pensaba que el asunto de la dama muerta aparentemente había prendido en la memoria de los madrileños, aunando idolatría y fanatismo.

—Desde entonces, querida, un pánico atroz a ser enterrado vivo se apoderó de ricos y pobres, generalizándose en Madrid los «ataúdes de socorro», que incorporan extravagantes banderas, pitos y campanas.

—Creo que las madres y algún clérigo venal han utilizado durante años la intimidación y lo sobrenatural, bendecidos para sobrevivir holgadamente. El miedo es el hijo dislocado de la imaginación y solo acarrea trastornos en el alma, doña Victoria —opinó la princesa suspirando.

A doña Victoria le apretaba el corsé y Clara percibía una prolongada comezón tras vivir la turbia experiencia, por lo que decidieron regresar a la casa solariega de los Silva-Mayorga. Durante el trayecto la extranjera miraba a su anfitriona con un rebullir de sus hermosas pupilas melancólicas, vulnerables aún a la sorprendente experiencia vivida en el convento de las monjas dominicas.

Y para no encrespar a su escéptico esposo, Clara decidió olvidarlo y empeñaron su palabra en no mencionar la visita al convento.

Siguiendo su costumbre diaria, y mientras era recibido en Palacio, el capitán Arellano recorría a pie el tramo que separaba la plaza de Santo Domingo de la calle del Barquillo, donde se hallaba el salón de café La Cruz de Malta, o el Parnasillo, como la llamaban los castizos por su índole erudita y por ser uno de los lugares de la capital donde se podían leer la *Gaceta de Madrid* y el *Mercurio Histórico y Político*, signo de erudición, prestigio e ideas avanzadas. Martín, hombre de modales refinados, elegante y de culta oratoria, frecuentaba cada día la tertulia masónica que presidía don Fermín, con la idea de ser admitido.

En el dintel de la puerta solía estar un viejo perillán, cojitranco y menudo, que vestía una desvaída levita de burdo tafetán. Se tocaba con una vieja peluca, calzas remendadas, quevedos redondos y usaba un reloj saboneta de bolsillo con leontina ajada, más de colgajo que de medidor del tiempo. Su barba le confería un aspecto de patriarca bíblico, y para vivir solía vender los «pliegos de cordel de Madrid», unas hojas escritas por él mismo en verso, donde narraba horribles crímenes de celos, historias de bandoleros o lacrimógenos folletines pícaros o amorosos, muy del gusto del pueblo raso.

Martín le compraba cada día unas carillas, que luego regalaba a doña Victoria y a Clara, y añadía una limosna que el anciano agradecía. Dos días antes de la audiencia con Floridablanca, en su rostro centelleaba una mirada anhelante. Saludó con su robusta voz a los miembros de la logia que ya conocía y cruzó con el Venerable Maestro un gesto de complicidad. Don Fermín pensó que deseaba comunicarle algo, y lo alentó.

Entre el alboroto de las cafeteras y el tintineo de las tazas y vasos de porcelana filipina era difícil conversar. Así que aspiró el aire, denso por el humo de los habanos y las pipas inglesas, y por el aroma a chocolate, a licores, a brandi y a café molido, y se acomodó junto al vizconde, arrellanado en una silla de mimbre, quien le participó al oído:

—Don Martín, ya obra en poder del aposentador de Palacio la carta dirigida al conde de Aranda, donde denunció la felonía que sufre nuestro amigo el virrey Mayorga. En unos pocos días estará en su poder. Esa triste agresión de sus enemigos cesará, os lo aseguro.

Por toda respuesta, el oficial esbozó una sonrisa de connivencia. Luego entablaron una animada tertulia sobre el futuro en California y les habló de su inminente encuentro con Floridablanca.

—Don Fermín, pasados unos días después de la recepción, regreso a Sevilla, y de ahí a Nueva España. Os confesaré que cada día estoy más convencido de que mis ansias de conocimiento y vida interior pasan por ingresar en la masonería y crear luego una logia en Nuevo México.

El maestro masón pensó que se habían acabado las formalidades. Se lo anunció a los miembros presentes, que felicitaron su determinación.

—Todos esperábamos esa petición, capitán, pero deseábamos escucharla de vuestros propios labios. El día antes de la entrevista seréis admitido en la logia masónica La Matritense. Acudid a la sede a la caída del sol y vestido de negro, don Martín —le anunció grandilocuente.

—Me siento inmensamente honrado, señor vizconde.

Los masones que ocupaban la mesa alzaron sus copas y brindaron por el que se convertiría en su nuevo hermano. Martín lo agradeció efusivamente, encendió un puro y percibió en su interior un júbilo inexpresable. Al concluir la velada y despedirse del grupo de caballeros, se decidió a coger un carruaje y regresar con más celeridad a la mansión para comunicárselo a las dos damas. Pero imperceptiblemente escuchó a sus espaldas una voz casi inaudible:

—Señoría, Señoría —llamaban su atención.

Volvió la vista atrás y vio que era el viejo poeta quien lo avisaba.

—¿Sí? —dijo, y se detuvo en seco.

—Escúcheme con atención, señor. Hoy han estado por aquí merodeando los cuervos de la Orden Negra. Los conozco bien, son como sabuesos. Salen de la Nunciatura como ratas y llevan tiempo espionando a los caballeros de la logia masónica. Cuidaos de ellos, señor. Antes eran jesuitas, pero desde que fueron expulsados por el rey de las Españas, han sido sustituidos por monseñores romanos —reveló enigmático, alertándolo.

Martín no sabía de qué le estaba hablando, aunque parecía serio.

—¿Orden Negra? Gracias, amigo, lo tendré en cuenta —contestó, aunque no tenía idea alguna de quiénes eran esos eclesiásticos venidos de la curia romana, y por qué investigaban a los masones de Madrid.

Tras una tregua de silencio, Martín subió al cabriolé y pensó que debía enterarse de la naturaleza de aquella secreta y furtiva congregación vaticana, de la que hasta hacía unos instantes ignoraba su existencia.

«No estoy dispuesto a cometer un error deplorable que me conduzca a la cárcel o al exilio, ahora que he enderezado mi vida junto a Clara —reflexionó desconcertado—. Pero España no puede cerrarse a las novedades del pensamiento. Si se clausuran las logias masónicas, se persigue a los políticos librepensadores y los militares progresistas son confinados en las cárceles de la Inquisición, el oscurantismo y la tiranía jamás desaparecerán de estos Reinos».

La tarde del 26 de julio, día de su ingreso en la logia de Madrid, oreaba una calidez pegajosa. Mientras Clara y doña Victoria preparaban las vestimentas para la recepción en Palacio y empaquetaban los atributos guerreros de Cuerno Verde, Martín, que vestía una indumentaria de riguroso color negro con bordes plateados, tomó asiento en el coche y se dejó conducir hasta la sede. Sumido en una reflexiva cavilación, dio orden al cochero para que se detuviera ante una trapería, a cierta distancia de la puerta de la sociedad masónica, para evitar que los fantasmales espías de los que le hablara el cojo vendedor de coplas lo identificaran.

Nada más atravesar el zaguán de la esotérica sociedad, fue acompañado por un hermano a la Sala de los Pasos Perdidos, que recogía por un tragaluz la lechosa luminosidad de la luna, que comenzaba a platear en el firmamento. La luz proyectaba una perspectiva en dos dimensiones, un fondo de sombras y un triángulo de claridad que alumbraba los habituales símbolos de la logia: la plomada, el compás y la escuadra, la cruz y la rosa, emblema este del silencio y alegoría del renacimiento místico de sus miembros, todos eminentes caballeros del patriciado matritense.

Los tres grados —aprendices, compañeros y maestros— habían llegado secretamente por las callejas aledañas y conversaban quedamente en el Salón del Templo. Se aspiraba un aire enrarecido en la suntuosa estancia, que tenía la forma de un paralelogramo perfecto, atestado de las llamativas alegorías masónicas.

Un hermano Sirviente le rogó a Martín que lo acompañara a través de un laberinto de habitaciones, que confluía en la Cámara de Meditaciones, una saleta iluminada de forma exangüe con lámparas de aceite que iluminaban un techo azulado que llamaban la Bóveda del Cielo, decorada con estrellas

pitagóricas, astros y nebulosas. El animoso capitán de dragones sintió una ligera desazón en el estómago, cuando surgió de las sombras uno de los primeros grados, un distinguido anciano ataviado con el peculiar mandil bordado con los signos masónicos.

Su rostro estaba marcado por arrugas profundas y sonreía afablemente. Se puso frente a él y lo sometió a un duro interrogatorio, donde el catecúmeno hubo de contestar a preguntas sobre el estado de su conciencia, el objeto final de su vida, la capacidad de sacrificio para ayudar a sus semejantes, su pensamiento sobre la muerte y la vida, así como sus intenciones de extender las ideas masónicas en Nuevo México y Tejas.

—¡Aprendiz! —resonó la voz tonante del interrogador—. Deseas por iniciativa propia ingresar en esta fraternidad filantrópica, progresista y filosófica, para extinguir los odios en España y su Imperio, conseguir su progreso y armonía, no reconociendo más autoridad que la de la Razón Humana y la de Dios, Gran Arquitecto del Universo. ¿Te hallas listo para ofrendar tu vida en aras de la felicidad y progreso de la humanidad?

—Sí, lo deseo y estoy dispuesto, honorable maestro —respondió.

—Creemos en tus dones personales, regalo de la naturaleza, y en tus intenciones. ¡Ven, neófito! —le aseveró, y con un pañuelo blanco le vendó los ojos, para luego cogerlo de la mano y conducirlo al salón.

Ante la puerta se hallaba el Primer Guardián, quien dio unos golpes en la puerta del llamado Templo Masónico, que de repente se abrió.

—¡Un profano desea ser iniciado en nuestros secretos, Venerable Maestro! —exclamó en el dintel el interrogador.

—¿Cómo os llamáis? ¿Quién sois? —se oyó a la máxima jerarquía, que Martín identificó con la voz del vizconde de Borba.

Martín, aún con la venda atenazándole los ojos, expuso su identidad, su oficio, edad, estado, cometido, morada e intenciones futuras. De repente escuchó un infernal ruido de sables, e intuyó que encendían y apagaban lámparas y entrechocaban copas de peltre para comprobar la integridad y energía de carácter. Pasada la prueba le quitaron la venda.

Ante él surgió el fastuoso recinto elíptico que ya conocía, iluminado por una gran profusión de flameros y velones que le conferían una tonalidad azafranada. Reinaba el más absoluto e intimidante de los silencios, y en unos sillones se sentaban los máximos rangos de la logia, que lo miraban con curiosidad. Iban vestidos de negro riguroso, como una caterva de grajos, y con los atributos que los calificaban como altos cargos en la Orden: un mandil bordado en el que llevaban prendido un puñal y los collarines de su clase.

Las autoridades más distinguidas del Taller de la sociedad secreta La Matritense habían aceptado su admisión y Martín se sentía muy complacido. En la mesa figuraban un compás, una escuadra, una espada con la hoja ondulada y un ejemplar de las ordenanzas de la junta masónica. Martín advirtió también que todos los hermanos manifestaban el mismo gesto: la mano derecha sobre el corazón y los dedos separados, la señal de la amistad masónica que profesaban los allí reunidos.

Conocía que aquellos hermanos habían alcanzado los más altos grados de la Orden, intimado con los misterios del conocimiento y con los secretos que ellos llamaban de la Dimensión Mayor, y que Martín tenía intención de conocer con el tiempo. Luego fijó su contemplativa mirada en las armas heráldicas de la logia. Tras ellos, ante una pesada cortina profusamente bordada, centelleaban los distintivos de la asamblea masónica de Madrid: la Estrella del Número Sagrado, la rama de Acacia y el lema de La Matritense: *Audi, Vide et Tace* («escucha, ve y calla»).

Un aprendiz entregó una vela a cada hermano, que luego encendió; y don Fermín, mirando fijamente las letras doradas, pareció imbuirse de un carisma sacerdotal. Y alzando el velón, prorrumpió:

—¿Con qué nombre secreto deseáis ser conocido entre los nuestros? — inició el Capítulo con el rezo ritual, que reverberó inquietante en los muros.

—¡Con el sobrenombre de Tribuno! —replicó el profeso.

—Los tribunos de Roma protegían al pueblo de los atropellos de los *optimates*. Excelente nombre el que habéis elegido —prosiguió el vizconde—. ¿Procuraréis la búsqueda del conocimiento? ¿Expandiréis con celo nuestra Orden en los territorios de Nuevo México, California y Tejas? ¿Juráis mantener en secreto lo que aquí se hable?

—Lo juro, maestro. Creo que no existe satisfacción sin sabiduría.

Se escuchó un corro de murmullos y don Fermín asintió con la testa.

—Entonces, hermanos, votemos. Esfera (bola) blanca, aceptación, esfera roja, exclusión —profirió, y los masones fueron depositando su voto en una bolsa de color púrpura, que arrojó el resultado de unanimidad a la aceptación del capitán de dragones, que experimentó un gran júbilo.

El Venerable Maestro se dirigió a Martín y le explicó en breves palabras lo que los masones conocían como «La Lección de Arquitectura». Don Fermín, el Magister Logiae, enarcó las cejas. El misterio flotaba en el aire estático de la cámara, donde predominaba la lógica de la razón, la inteligencia sobre la emoción, la caridad sobre el despotismo y la libertad sobre la tiranía. Se sentían como seres elegidos para mudar los aires de lo establecido,

estrechamente relacionados con la búsqueda de la verdad y el conocimiento, y con el misterio de la vida y de la muerte.

—Tribuno, has sido aceptado en la Orden del duque de Warthon. Tu nombre ha sido inscrito en el Libro Blanco y en la Bóveda del Universo.

—Gracias, Venerable Maestro —contestó el capitán.

—Has de conocer, Tribuno, que el Gran Miurgo y Supremo Hacedor estima a los más débiles y mansos, no a los arrogantes, a los que escuchamos la voz de la conciencia y a los que buscamos la verdad con la razón. Procura desterrar la ira y la avaricia, pues solo el corazón del sabio puede practicar la virtud. No juzgamos con vanidad y a la ligera las acciones de los hombres y pretendemos la igualdad del género humano.

—¡Somos grandes sin orgullo y humildes sin bajeza! —replicaron los hermanos—. Nos satisface más dar que atesorar, Gran Maestro.

El vizconde alzó las manos enguantadas y formaron un círculo.

—Tribuno, acercaos al estrado. Vamos a imponeros el mandil reglamentario como nuevo Caballero de San Andrés y la Medalla de la Resurrección, que os identificará en cualquier logia del mundo, donde nuestros hermanos se agrupan por cientos —manifestó acogedor.

Martín la examinó y comprobó que tenía bellamente esmaltados un compás apoyado sobre un cuarto de círculo, un pelícano que daba de comer a sus crías y un ave fénix sobre una hoguera. Era deslumbrante.

Su corazón palpitó dentro de su pecho y su júbilo se multiplicó. Don Fermín tomó una rosa en una mano y una cruz en la otra y habló grave:

—¡Gran Arquitecto del Universo! —rezó a modo de conclusión de la ceremonia—. Comparecemos ante ti con el corazón puro, en presencia de Tribuno, nuestro nuevo hermano, que nos visita allende los mares, donde procura ennoblecerse y ennoblecer a los hombres de cualquier raza y condición y extender nuestras enseñanzas de igualdad. Intentamos desde esta logia extinguir los odios en nuestra nación, conseguir su progreso y alcanzar la armonía universal, no reconociendo más autoridad que la de la razón humana.

»Somos extraños a la política absolutista de los poderosos, bien sean del Trono o de la Cruz, que encarcelan, ahorcan o atormentan a los infelices, y nos dedicamos a proteger humanitariamente a los desvalidos, fundamentándonos en la abnegación, en la caridad y en la honradez pura.

»Ansiamos ser justos y benéficos, socorrer al desvalido y proteger la inocencia. Hablamos moderadamente con los grandes, prudentemente con los iguales, sinceramente con los amigos y dulcemente con los más pobres. El día

que se universalicen estas máximas, la especie humana habrá alcanzado la felicidad, y la francmasonería, el triunfo, que supone la fraternidad, la igualdad y libertad entre los seres creados. ¡Y es que los espíritus libres y benéficos no mueren nunca!

Los masones, después de la minuciosa liturgia, se despojaron de los mandiles y bandas y apagaron las velas. Martín los imitó. Uno a uno le impusieron la mano en el hombro, lo abrazaron y besaron sus mejillas, signo de que lo tenían por hermano. El capitán no cabía en sí de gozo. Al fin había conseguido su más anhelado sueño: ingresar en la masonería. Después, Martín contestó:

—Lucharé contra la división de los hombres. Desdeñaré la ambición y las ansiedades mundanas y combatiré para proscribir el absolutismo. Propagaré la tolerancia y la benignidad, y cumpliré los estatutos de la Orden con fines desinteresados que sembraré por mi mundo más cercano. No deseo sino la mayor felicidad para el mayor número de mis semejantes, Señoría —señaló colocando su mano en el pecho.

Un martillazo presidencial en la mesa dio por finalizada la sesión.

Instantes después, el parsimonioso ujier entró en el templo masónico con una bandeja llena de copas de cristal, y con varias botellas de brandi de Jerez para brindar por la salud del nuevo hermano.

Mientras los miembros del instituto masónico conversaban entre ellos, Martín se acercó a uno de los ventanales de la casona para respirar aire puro, recomponer sus agitados pensamientos y sosegar sus nervios a flor de piel. La noche era apacible y la desierta calle estaba llena de sombras nocturnas, ligeramente iluminadas por dos faroles, donde revoloteaban las luciérnagas. Los adoquines se veían borrosos, y barrió con su mirada las aceras hasta detenerse en la esquina.

De repente se echó para atrás sobresaltado. Dos hombres vestidos de negro y con los tricornios calados hasta las cejas emergían de la zona más iluminada. De vez en cuando observaban la planta donde se hallaba la logia masónica y se percató de que hablaban entre sí, y que uno señalaba las ventanas del templo francmasón. Tuvo la inmediata sensación de que eran espiados y sintió una gran irritación.

¿Sería verdad lo que le había apuntado el viejo poeta sobre la Orden Negra? ¿Tan peligrosos eran los masones para la Santa Iglesia? Debía hablar en privado con don Fermín y narrarle sus dos confusas experiencias.

A pesar del gozo que sentía en su alma, pensó en Clara Eugenia, y por vez primera deseó que concluyera cuanto antes la misión que le había traído a

Madrid. En cuestión de tres o cuatro días tomaría de nuevo la diligencia para Sevilla. Comenzaba a sentir una alarma de naturaleza desconocida en sus venas, que lo obligaba a mantenerse en alerta.

«Prefiero mil veces enfrentarme a Cuerno Verde y a sus comanches, que a estos enemigos fantasmales, arteros y amenazadores, que se esconden tras sus sotanas y confesionarios», caviló molesto.

Era noche cerrada cuando abandonó el templo masónico.

Resonó intimidante el látigo del postillón y los dos faros amarillentos del coche iluminaron como ojos de cíclope las aceras de la plazuela de Santa Catalina y la desierta calle de los Ángeles. Y en medio del silencio solo se escuchaba el fragor de las ruedas percutiendo en el pavimento y la respiración turbada del capitán Arellano.

Madrid

Las cálidas temperaturas del estío madrileño habían prosperado y una capa de luz cegadora refulgía en la mañana de la recepción.

El elegante landó que conducía a Palacio a Clara Eugenia y al capitán Martín de Arellano transitó al paso por la plaza de la Encarnación, hasta llegar a la Plaza de Oriente, o Grande, como la llamaba el vulgo. Oteó con sus ojos dilatados el gigantesco escenario de sillares, estatuas y columnas de piedra blanca, que elevaban hasta el cielo la nivea montaña tallada, donde antes se había alzado el Alcázar de los Austrias.

A Clara se le paralizaron los pulsos y, cuando descendió del carruaje y tuvo frente a sus ojos la residencia real, se sintió ridícula e insignificante. No había visto nada igual en su vida. Lo más grande que conocía era la sala del Consejo de Haida Gwaii, o el palacio de los virreyes de México, unos alfeñiques arquitectónicos a su lado.

Predispuestos al asombro, se detuvieron para admirar su colosal imposta, entretanto escuchaban las órdenes atronadoras de la real guardia de corps, provenientes del Patio de la Armería.

La residencia regia estaba custodiada por una dotación a caballo de la guardia valona, apostada en la calle Nueva con sus vistosos bicornios emplumados. Un batallón de carabineros, con casacas azules y bocamangas rojas, y otro de granaderos, distinguidos por las bandoleras de plata, regresaban a las caballerizas. De repente, tras el cambio de guardia, los clarineros reales hicieron sonar las trompetas y la escolta española, identificada por los altos gorros de piel de oso, surgió del interior y se apostó alrededor del palacio, impidiendo la entrada a cualquier intruso.

El atildado y peripuesto aposentador real, don Jerónimo Zapata, se aprestó a recibirlos con atenta cortesía y los condujo primero a una sala atiborrada de litigantes, pretendientes de canojías y buscadores de cargos, donde Martín

hubo de depositar el sable de ceremonias, cuya empuñadura dorada sobresalía entre la casaca.

Arellano lucía con elegancia el uniforme de gala de capitán de dragones de Nuevo México: tricornio con escarapela bajo el brazo, peluca gris, pañuelo blanco, guerrera azul con vueltas rojas y galones dorados, chaleco y calzas claras. A cada paso elegantes damas y atentos caballeros los saludaban con consideración. Algunos nobles se movían como auténticas damiselas con las caras empolvadas, labios pintados y lunares dibujados en las mejillas. Martín los miraba con curioso desdén y se los imaginaba persiguiendo a comanches y yuma. Los seguía un criado que portaba los atributos guerreros de Cuerno Verde, envueltos en seda encintada y atada con un cordón escarlata. Era el regalo del virrey don Martín de Mayorga al todopoderoso secretario de Despacho de Su Majestad.

Clara Eugenia, arropada por un entallado y escotado vestido de muselina azul, adquirido en el taller de la modista Rosa Bertín, que cosía para la reina de Francia, María Antonieta, y con unos guantes que le llegaban hasta el codo, iba bellamente acicalada y peinada con una peluca blanca, una golilla de encaje en su cuello y lucía joyas de su rica anfitriona. Aspiró el efluvio balsámico de Palacio, una mezcla olorosa de óleo resco, espliego, maderas nobles y aloe, que impregnaban las cortinas, los muebles, las alfombras y tapices, e intentó tranquilizarse.

—Aguardaremos a Su Excelencia en la Sala Amarilla, uno de los aposentos de la reina madre, doña Isabel de Farnesio, que utiliza para escuchar música y leer, pero ahora está fuera —los informó Zapata.

Los invitados observaron a través de los ventanales que varios carros atestados y tapados con lonas se aprestaban a salir de Palacio.

—En estos días la corte se traslada al Sitio Real de Aranjuez —dijo.

Cruzaron lujosas salas y ascendieron por la gran escalera exornada con los leones de mármol que representaban el poder del Imperio con su colosal y equilibrada desmesura. Don Jerónimo los invitó a acomodarse en la cámara decorada con tapicerías amarillas, donde las cortinas se estremecían por una brisa inaudible. Clara Eugenia fijó sus retinas en los jarrones de porcelana del Buen Retiro, mudos fantasmas con sus fulgores efímeros, y en el admirable escritorio forjado por el ebanista Forestier. La fastuosidad del Palacio la abrumaba.

El silencio de la espera solo era interrumpido por el punteo de un artístico reloj que decoraba una consola de madera de cerezo, sostenida por tres patas de jade verde. Zapata les explicó que su sofisticada técnica y sus mecanismos

habían sido diseñados por Jean Démosthene Dugourc, guardamuebles de la Corona, arquitecto, decorador y antes relojero del rey francés Luís XVI, y que los relojes constituían el gran capricho del soberano español.

Martín permanecía marcialmente en pie y Clara, ensimismada con el sonido rítmico y delicioso de los relojes, había sido invitada a acomodarse en uno de los sillones, pero ninguno de los dos conseguía tranquilizarse. La puerta permanecía abierta y apenas si tuvieron que aguardar. Don José Moñino, conde de Floridablanca y secretario de Estado de Su Majestad, entró despaciosamente en la cámara. Saludó a los dos invitados, que le fueron presentados por el aposentador mayor, quien, tras hacer una leve inclinación de cabeza, se esfumó cerrando la puerta.

Abrió una cajita argentada y tomó una pizca de rapé.

Floridablanca, aristócrata capaz y hábil diplomático, era un hombre espigado, con cara alargada y mejillas pálidas, frente despejada, labios delgados y barbilla hundida. A Clara le pareció un hombre digno en el que se podía confiar, y le impresionó su gesto ascético y sus ojos indagadores que se clavaban al mirar. Se cubría con una peluca blanca y rizada y se vestía con una levita y pantalón color gris perla. El ministro mimaba sus gestos e impostaba su voz enfática, por lo que sus palabras de bienvenida fueron una bocanada de buen gusto y de afabilidad.

Según doña Victoria era un político cínico y muy capacitado que había viajado por las cancillerías de media Europa, hablaba varios idiomas a la perfección y detestaba a los nobles del viejo cuño por su rapacidad, banalidad y egoísmo y por permanecer ajenos a las miserias del pueblo, que él con su gabinete y la anuencia del rey se había propuesto atenuar.

—Excusen Vuesas Mercedes la algarabía que nos rodea, pero el rey se marcha hoy al Real Sitio de Aranjuez, de clima más benigno.

Floridablanca se acomodó tras la espléndida mesa, desplegó una carpeta gofrada e invitó al capitán y a su esposa a sentarse frente a él. Martín observó que el informe que él había enviado al virrey Bucarelli se encontraba entre los documentos, así como el testimonio de la derrota de los comanches firmado por su mano. No podía creerlo, pero sintió un desmedido orgullo personal.

—Capitán, Su Majestad el rey está vivamente interesado por los avatares que tan buen rumbo han tomado en Nuevo México, California y Tejas, según los informes que nos ha enviado el virrey Mayorga.

—Así es, Excelencia, gracias a la firme y a la vez pacífica labor llevada a cabo por mi superior, el coronel don Juan Bautista de Anza, gobernador de Nuevo México, y a los denodados esfuerzos de los dragones de cuera, que en

un territorio cinco veces mayor que España, y con menos de un centenar de presidios mal pertrechados, guardan la Frontera con lealtad, eficacia, sacrificio y valentía —contestó con moderado tono.

—Habladnos de esa epopeya, capitán —lo animó el secretario real.

—Espero que mi memoria no me traicione, señor. Os contaré —dijo.

Martín de Arellano perdió de golpe la tensión que lo atenazaba y expuso, según su manera inequívoca de hablar, los pormenores de las proezas en la Frontera contra los indios y la azarosa vida allí de los dragones, y lo hizo de un modo verosímil y digno, en el que pormenorizó la áspera y penosa vida de los soldados presidiales, en medio tan hostil, vasto e infectado de indios salvajes.

Martín, a cada palabra o suceso que narraba, le daba una sensación de credibilidad. Habló con pasión de las peripecias del coronel Diego Ortiz, de sus afanosos padres, de Wasakíe, de los apaches lipán, con preocupación de la venta de armas de Francia y con orgullo de los mapas ocultos de Coronado y Oñate. Recordó con dolor la masacre de San Sabá, con respeto a los jefes comanches Nimirikante y Cuerno Verde, y evocó su muerte con su propia lanza. Relató con emoción la portentosa expedición a California y la fundación de San Francisco, y habló con devoción de fray Junípero Serra, del gran jefe Ecueraçapa, y alabó la paz alcanzada por el inefable Anza, su tutor y amigo.

—Y de todos ellos he sido testigo ocular, y también de sangre.

Martín se tomó unos segundos y, tras cerca de media hora hablando, provocó una tos de urbanidad y concluyó con la intervención de los rusos en el Pacífico y su amistad con Bering, el capitán Chirikov y el padre de Clara, y con el viaje como falso mercader francés al norte.

Floridablanca había pensado antes de recibirlo que tal vez aquellos hechos que le participaban los virreyes en sus misivas oficiales eran pura fantasía oral, meras andanadas de palabras jactanciosas, muy propias de aventureros y soldados instalados en las Indias, pero ahora intuía que la verdad de aquellas gestas era inapelable, y se congratuló pues provenían de un hombre honorable. Hablaría con Su Majestad del asunto.

El ministro conde apretó sus manos blancas y cuidadas, y habló:

—La vida siempre es arriesgada, capitán, y más la de un soldado. Asombrosa vuestra narración. Ahora en esta corte se conocerá mejor la presencia de la Corona en aquella parte del mundo, defendida por hombres nobles que voluntariamente han aceptado engrandecer a España. Gracias.

—Eso espero, Excelencia. El saber que el rey nuestro señor conoce que existimos nos confortará —declaró con contundencia el militar.

Floridablanca, conocedor del pacto firmado por el virrey Mayorga con el padre de Clara, soberano de Haida Gwaii, se dirigió a ella:

—Pensábamos, señora, que únicamente los holandeses y los ingleses soliviantaban nuestras aguas, como ha sido su secular costumbre. Pero saber que los rusos navegaban por California nos preocupó.

Con una voz llena de serenidad, que se asemejaba a un arpa, dijo:

—Ese asunto está felizmente concertado. El pacto entre el virrey de Nueva España y mi padre es un hecho consumado. Los rusos no regresarán a las costas de California y no representan peligro alguno.

—Me alegráis lo indecible, princesa —adujo—. Habéis de saber que los Borbones de Francia quieren para ellos el continente europeo, e Inglaterra, las Indias y los mares donde fuimos señores. Y no lo permitiremos.

Tras la síntesis de las peripecias que había expuesto Martín, este se excusó y cogió en sus manos el envoltorio que contenía el tocado de guerra de Cuerno Verde, hijo, y el escudo de combate. Rogó la venia del político para exponerlo a su contemplación. Por un momento, un fugaz relámpago cruzó por su mente y recordó el galope del fiero comanche, su hábil maniobra y también su brava respuesta. Los atributos del guerrero comanche, la sedosidad del pelo del animal, el brillo verde de jade de los cuernos, así como los dibujos del escudo —un águila, cuatro estrellas y dos serpientes—, hicieron exclamar al comedido ministro:

—Es verdaderamente asombroso, capitán. En aquellas bárbaras tierras no combatís contra soldados con morriones o tricornios, sino con fieras salvajes. ¿Y a este pagano fue al que vencisteis en singular combate?

—Así es, Excelencia. En verdad se asemejaba a un búfalo escapado de la manada que se me viniera encima con toda su fuerza y furor. Ese cruel, despiadado y también valiente comanche había matado siendo apenas un niño a mi padre, sargento mayor de dragones en Nuevo México.

—Ya decía Virgilio en su *Eneida*: «¡Levántese de mis cenizas un vengador!». Y quién mejor que un hijo, estimado capitán —dijo, y extrajo del cajón un estuche que entregó a Martín—. Entregad al gobernador Anza, en nombre de Su Majestad, la condecoración de la Real y Distinguida Orden de su mismo nombre, de la que se ha hecho acreedor. Veis el lema de *Virtuti et merito*, tan cabal con sus virtudes. Felicitadlo, os lo ruego.

—Con sumo placer, don José —dijo, y observó la banda azul y blanca y la imagen esmaltada de la Inmaculada Concepción de la Virgen.

En aquel momento a Clara le llegó un oloroso aroma a nardos y el conocido rasgueo de las garras de varios perros, y se sobresaltó. De improviso, de la puerta lateral de la Sala Amarilla se deslizó un ayuda de cámara que corría tras dos galgos y un manso y gigantesco labrador, quien, con una mueca de complicidad hacia el conde, anunció:

—¡Su Majestad!

—¿Se refiere del rey don Carlos? —se preguntaron sobrecogidos.

Una mueca de deslumbramiento atenazó el semblante de los visitantes, que no podían creer lo que veían ante sus ojos. Asombro.

El soberano de las Españas había llegado la tarde anterior de El Escorial tras una de sus frecuentes cacerías, camino de Aranjuez. Se escuchaba su voz campanuda muy cerca de la puerta del aposento, de sonoro tono varonil. Floridablanca se quedó envarado y dejó el escudo comanche que tenía en sus huesudas manos, y los visitantes se miraron atónitos. No lo esperaban. Una figura severa y algo encorvada y completamente vestida de color azul cobalto, con banda celeste, espadín y medias de seda, se recortó nítida en el dintel. Era Su Majestad don Carlos.

Parecía un duende asomándose entre la penumbra de su bosque, y en los ojos ansiosos, deslumbrados y fijos se adivinó el desconcierto.

—Majestad, Dios os guarde —lo saludó el conde, inclinando la testa, ceremonia que imitaron Clara Eugenia y el oficial.

—No sabía que estabais reunido, don José. ¡Estos canes no hay quien los domine! Llévatelos —ordenó al palaciego—. ¿Quién es el caballero y la dama que nos visitan? —preguntó con delicadeza y cortesía.

—Don Martín de Arellano, capitán de dragones en Nueva España, y su esposa, su alteza doña Clara Eugenia, princesa de Haida Gwaii, isla principal en el norte del océano Pacífico y aliada de la Corona, señor.

El semblante casi ausente del monarca cambió y sonrió levemente, decidiéndose a entrar. Martín se adelantó con la cabeza baja. Inclinó la rodilla en tierra, imitándole su esposa, de la que el monarca admiró su singular y exótica belleza, sus ojos achinados, pómulos salientes, la piel de ámbar y su innata delicadeza. Don Carlos se acomodó en el sitial y le rogó al ministro que le aclarara su presencia en la corte. Floridablanca, como un pedagogo admirable, condensó el motivo de la audiencia, y el rey, con reserva cautelosa, admiró interesado, y algo desorientado, los atuendos guerreros del jefe comanche Cuerno Verde.

Sus sagaces ojos mostraban una energía inagotable e insaciable curiosidad.

Se conocía en todas las fronteras del Imperio que con su inteligencia, pragmatismo y espíritu reformador había enaltecido la Monarquía hispánica y mejorado la vida del pueblo, ordenando empedrar las calles, alumbrando las noches madrileñas y evacuando las basuras de Madrid, ciudad hasta entonces maloliente y desaseada.

Tras la muerte de su hermano don Fernando VI sin descendencia, y su posterior llegada del Reino de Nápoles y Sicilia, donde ejercía de soberano, había construido al modo europeo fastuosos paseos y alzado monumentos como la Puerta de Alcalá, el Museo del Prado, el Observatorio Astronómico, el Jardín Botánico y las bellas fuentes de Neptuno y Cibeles.

La princesa, a la que había invitado a acomodarse, no así a Martín, que permanecía firme al modo marcial, observó que la Real Persona tenía los ojos oscuros, aunque como de agua, la nariz prominente, superlativa, muy borbónica, los labios finísimos, marcadas arrugas y las mejillas hundidas. Se notaba que era un rey experimentado, maduro y sereno. Su actitud permitía pronosticar con optimismo un período de estabilidad política y sobre todo la posibilidad de acometer con éxito reformas económicas de gran calado, que llevaban a cabo sus ilustrados ministros Campomanes, Aranda, Grimaldi, Wall o Floridablanca.

Doña Victoria les había revelado que don Carlos era el paradigma de la moralidad, la rectitud y la visión de progreso, principios rectores de su conducta política. Amaba y protegía a su pueblo, tanto como a su numerosa familia. Poco ocupado en los menesteres de gobierno —no pasaba más de dos meses dedicado a esas labores—, que dejaba en manos de su experto secretario de Despacho, quien solía decir de Su Majestad que pasaba media vida «de monte en monte y de bosque en bosque y la otra haciendo avanzar a España a pasos de gigante».

Concluida la breve, pero bien condensada narración de Floridablanca, en la que intervino varias veces Arellano, el rey se expresó:

—El honor de la milicia y la perseverancia constituyen una poderosa combinación que vos y vuestros dragones habéis administrado con pericia para nuestra honra y la del Reino. Os lo agradecemos, capitán. Son muchos los prejuicios que existen sobre España, a la que tienen por una civilización intolerante, anexionadora y cruel. Pero os aseguro que no ha habido imperio que dure tanto y haya sido tan beneficioso para los pueblos, a los que hemos trasladado el idioma y la cultura cristiana y grecolatina. España, querido capitán, ha creado, y ellos no lo saben, la nueva Europa Occidental y ha reportado sus principios al Nuevo Mundo.

—Todos los imperios poseen fama de intolerantes, Majestad, pero en California, Tejas y Nuevo México no he visto sino beneficios para los indios. El Atlántico y el Pacífico solo han recibido provechos de España —adujo Martín—. Y veo más a la vieja e inmemorial España en aquellos territorios, que aquí, si me lo permitís, Majestad.

—Lo sé, capitán. En las Indias existe más pasión que aquí.

—Somos la nueva Roma en las Indias, Majestad —dijo el dragón.

Con un gesto deliberadamente afligido, don Carlos asumió:

—España es una nación vapuleada por los anglosajones y franceses, que han elaborado una leyenda de tenebrosidad a nuestro alrededor, absolutamente falsa.

—Padecemos, Majestad, nuestros propios demonios interiores; por eso, con la superior agudeza que os adorna, os ruego que no nos olvidéis. Nos ocupamos de la gloria del Reino, allá donde es más arduo y necesario.

—Os tengo en mi corazón, os lo aseguro, capitán —enfaticó el rey.

Cuando el monarca se incorporó del asiento para abandonar el coqueto saloncito, sus pupilas relampaguearon febriles y se quedó como detenido por una garra de acero en los atributos guerreros de Cuerno Verde. Era evidente que había recordado algo que atañía a los presentes. Floridablanca y Martín se pusieron en guardia.

Aguardaron ansiosos las palabras del rey, que sonrió y evocó:

—¿Recordáis, don José, la carta que recibí de Roma hace unos días?

—Ciertamente, Majestad. Yo mismo os la entregué —replicó grave el ministro, aunque ignoraba adónde deseaba llegar su soberano.

—Su Santidad el Papa Pío VI, a través del cardenal Bartolomeo Pacca, nos pidió objetos exóticos de los países ganados a la fe católica en las Indias para exponerlos a la contemplación de los fieles en los recién inaugurados Museos Vaticanos —manifestó—. Don José, ¿qué os parecería si en un rasgo de generosidad le enviáramos los trofeos indios y los unimos a esas estatuillas de oro incas, mayas y mexicas?

Floridablanca asintió, aunque apuntó una leve mueca de asombro.

—Vuestros deseos serán cumplidos. Idea brillante, Majestad.

En un rasgo de impropia familiaridad que Martín valoró, el rey dijo:

—¿Qué os parece la intención, capitán Arellano? Vos sois su dueño natural por derecho de victoria —se hizo más accesible el monarca.

Arellano lo miró con admiración, respeto y no menos pasmo.

—No puede haber lugar más grandioso que la tumba de San Pedro para guardarlos, Majestad. El jefe comanche no hubiera pensado tal gloria.

—Bien entonces —observó el monarca—. De modo que, como pago a vuestra hazaña y a los méritos de los dragones, seréis vos quien conduzca a Roma los presentes indios, junto a una carta para el marqués de Nibbiano, nuestro secretario de embajada y hombre clave de la legación. Doña Clara Eugenia bien merece conocer el santo lugar que sostiene nuestra religión, en la que ha ingresado felizmente. Ocupaos de su traslado y de los gastos del viaje, don José —ordenó.

Martín Arellano se quedó sin habla y rígido como un palo. «¿Ir a Roma?», pensó. No podía creerlo, aunque la disposición proviniera del mismísimo monarca, que estaba frente a él. Su mirada atónita y encandilada era la viva apariencia del estupor. No lo esperaba. Y la aleuta, tras esbozar un gesto de sorpresa, salió al paso llena de júbilo y dijo:

—Gracias, Majestad. Vuestro real deseo es un premio para mí. Si fray Lisardo, mi evangelizador, estuviera ante vos, lloraría de júbilo.

—Vuestra generosidad es infinita, señor. Cumpliré la orden a satisfacción —se expresó después Martín, inclinando la testa marcialmente.

—¿Necesitáis acomodo en la corte, capitán? —se interesó don Carlos.

—Descuidad, Majestad. Nos alojamos en la casa del virrey Mayorga.

El rey había conseguido la complicidad de sus pasmados visitantes.

—Os dejamos, nos convocan otros deberes y mi hijo, el príncipe Gabriel —se excusó el rey, complacido y mirando de soslayo a la princesa, contemplando de nuevo su agraciado y fresco rostro—. Estamos complacidos por vuestros servicios a la Corona. Que Dios os acompañe.

—Que el Altísimo perpetúe vuestra vida y salud, Majestad, y la de vuestra regia familia —contestó Martín a modo de despedida, sin poder creer aún lo que había acontecido.

Cruzó luego una mirada con Floridablanca, quien por toda respuesta encogió los hombros, dando por perdidos los bártulos de guerra comanches que tanto lo habían maravillado y que pensaba exponer en su casa madrileña para su contemplación y la de sus eruditos amigos.

Sin decir palabra tocó una campanilla de plata y apareció Zapata.

—Don Jerónimo, mostrad al capitán y a su esposa las dependencias más interesantes de Palacio, os lo ruego. Os acompañaré hasta la Capilla Real y luego regresaré a mis asuntos.

—Faltaría más, señor conde —admitió el aposentador precediendo a la pareja y al ministro, aunque mirándolo con el rabillo del ojo.

No obstante, Floridablanca, de forma algo inapropiada, tiró del brazo de Martín y lo detuvo con gesto sospechoso, mientras Clara proseguía.

—Capitán, intuyo que os ha sorprendido tanto como a mí la petición del rey de conducir a Roma esos despojos —dijo reservado—. Pues bien, me veo en el deber de anticiparos ciertos detalles de política entre cancillerías que os serán muy necesarios en vuestra estancia en la Ciudad Eterna, puesto que sois un enviado de Su Majestad.

La desconfianza y de nuevo el asombro alertaron a Arellano. Aquella recepción no podría ser más turbulenta, sorpresiva y extraña.

—Os presto oídos, Excelencia —dijo y lo miró a los ojos.

—Mirad, capitán. Desde que varios países europeos, entre ellos España, tomaran la decisión de expulsar a los jesuitas de sus territorios, nuestras relaciones con la Santa Sede no son precisamente óptimas. Últimamente existe una guerra despiadada y oculta entre la Santa Iglesia y las coronas reinantes europeas para elucidar quién tiene supremacía sobre quién. ¿Entiende Vuesa Merced? —preguntó expresivo.

—Claro está, señor conde —replicó grave.

—El rey don Carlos, tras unos años de relaciones borrascosas con el Vaticano, apoyó para ser nombrado Papa al cardenal Brachi, actual Pío VI, y desea a toda costa restablecer las buenas relaciones con él. Por eso le envía este presente y otras obras de arte más que ya van de camino.

—Ya comprendo, Excelencia.

El primer ministro se detuvo para que Zapata no los escuchara, y el desconcierto del oficial se multiplicó. ¿Debía temer más su viaje a Roma que servirle de solaz, pasatiempo y recreación? Temió sus palabras.

—Por otra parte, existe otra cuestión de la que debo alertaros —manifestó y redujo el vigor de su voz—. Escuchad con atención, don Martín. Según mis gentes, y enmarcada en esta oculta guerra entre la espada y la cruz, ha cobrado una magnitud preocupante una hermandad secreta de la Iglesia romana llamada de los *zelandi* («los celosos»), también conocida como la Orden Negra, o el Círculo Octogonal, que se ha convertido en asesinos de reyes, liberales, ilustrados y progresistas.

Siguió un breve silencio, en el que Martín meditó sobre lo escuchado y recordó la advertencia del viejo poeta de los «pliegos de cordel».

—Excelencia, yo solo soy un humilde súbdito de mi rey, un desconocido oficial de las Indias. ¿Qué debo temer? —se expresó cauteloso.

Floridablanca se mostró conciliador y le sonrió con ironía.

—Sé todo sobre vos, capitán —replicó mordaz—. Y también sé que habéis ingresado hace unos días en la logia masónica de Madrid que dirige el

vizconde de Borba, y que en Nueva España pertenecéis a un círculo secreto de oficiales ilustrados. Si yo lo sé, «ellos» también lo saben.

Martín no podía creerlo. Estaba escamado con el asunto.

—Sí, ciertamente, señor —aseguró balbuceante.

—Tan solo deseaba avisaros. Yo mismo también me tengo por un progresista ilustrado y recelo de esos «celosos». Seguramente esos clérigos emboscados, muchos jesuitas, dirigidos por el tortuoso cardenal Giovanni Battista Caprara también lo conozcan por sus espías y piensen que sois, más que un enviado del rey de España, un secuaz del vizconde masón, que se ha convertido en objetivo de esos agentes. Andad con cuidado.

—No sabéis cuánto os agradezco el aviso, don José —replicó.

—Basta con que paséis desapercibido y no alertéis a los *zelandi* con compañías inadecuadas. Esos fanáticos del poder absoluto de la Iglesia y el Papado suelen emplear métodos expeditivos y fulminantes.

—Gracias, Excelencia —contestó con una sonrisa amplia y franca.

—Bien, antes de dejaros en manos de don Jerónimo deseo solicitaros otro favor —dijo y le extendió un sobre azulado y lacrado en el centro y las cuatro esquinas—. Es un informe confidencial que debéis entregar en mano al procurador de la Embajada, don José Nicolás. A él y a nadie más, recordadlo. Y defendedlo como un oficial real que sois.

—Descuidad, señor conde. Realizaré ese vuestro particular deseo.

—Y de Su Majestad —insistió el ministro, que ensanchó su sonrisa—. Recibiréis en casa de doña Victoria los pasajes para la diligencia. Aprovecharéis la flotilla comercial que parte cada mes de Valencia a Nápoles, y desde allí en carruaje a Roma, donde os aguardará el embajador. Os deseo un feliz viaje. Sois un hombre bienintencionado y de honor y tenéis toda mi confianza —reconoció, y le tendió la mano, despidiéndose atento de ellos.

Martín se unió desconcertado y pensativo al aposentador real y a Clara, a la que no pensaba referirle nada para no alertarla, y miró sin ver las fastuosidades de la Capilla Real. El oficial de dragones se había abismado en una cavilosa meditación sobre lo revelado por el conde y el comprometido encargo que le había confiado, recordando la máxima del filósofo de que los secretos de los reyes solían quemar los ojos y oídos de sus emisarios. Admiraron el Comedor Real, el Salón del Trono, la Sala de los Tapices Azules y la Real Farmacia y regresaron a la calle Nueva, donde los aguardaba el cochero, tras despedirse de don Jerónimo Zapata.

Clara advirtió que su esposo había salido pensativo y preocupado y lo achacó al encuentro con el monarca y a la formidable sorpresa de viajar a

Roma. La aleuta, sonriente y gozosa, admiró el palacio, que quedaba a sus espaldas, tras virar el cochero hacia la Cuesta de San Vicente.

—Qué palacio más fastuoso, querido. Lo recordaré siempre —le dijo.

—El colosal e insensible corazón de piedra de un Imperio donde nunca se pone el sol, Clara. Pero no creo que entre esas paredes abunden los actos nobles. Donde hay poder, prevalece la codicia y la corrupción.

—Son los males de todo imperio, incluso del trono más bajo, Martín.

—Siempre preferiré las libres praderas de Tejas y Nuevo México.

Una mueca radiante agrandó la sonrisa de satisfacción de Clara y le manifestó a su aún sorprendido marido:

—Querido, el poder del destino en la vida de los seres humanos es para mí un indescifrable misterio. ¿Quién iba a decirme a mí que en solo unos años pasaría de mi tierra a las Filipinas, a México después, luego a España, y ahora a Roma? Doy gracias al cielo —le sonrió con ternura—. No puede haber mujer más afortunada y dichosa que yo. Me encanta ver nuevos lugares y distintas geografías humanas y observar sus costumbres.

Martín era feliz porque veía el mundo según sus deseos. Su espíritu añoraba la vida castrense y arriesgada de los presidios de la Frontera, pero en Roma le aguardaba una mágica experiencia, que viviría junto a Clara.

Tenía presente a don Juan de Anza, tan delicado de salud, pero lleno de ambiciones y deseos de reformar los territorios del oeste, y ardía en deseos de regresar y entregarle el galardón más valioso que entregaba a un oficial el rey de las Españas. Le resultaba extraño recordarlo a tantas leguas de distancia, con mares y tierras de por medio, pero su afecto hacia el viejo coronel lo delataba.

Madrid-Roma

Don Jerónimo Zapata echó un vistazo a su reloj de bolsillo.

Aguardaba impaciente, en el mesón de San Sebastián del barrio de las Musas, a su amigo Tadeo Montiel, el agente de los Gálvez en la metrópoli, Sevilla y Cádiz. Abrió el tapón de su petaca de brandi jerezano y tomó un sorbo apresurado, mientras observaba a unos parroquianos que jugaban a la baraja. Deseaba regresar cuanto antes a sus obligaciones en el Palacio Real y se impacientaba.

El escurridizo Montiel, que había acechado durante dos semanas al capitán de dragones y a su esposa, y que prudentemente se había alejado de los fastos de la capital, entró precavidamente en la cantina de la hospedería. El espía sabía que su confidente palaciego era buen bebedor y mejor conversador y lo condujo hasta un reservado, donde le tiraría de la lengua entre vaso y vaso. Montiel escanció dos copas de vino de Arganda y le propuso efusivo:

—Bebamos a mi cuenta, don Jerónimo, y cerremos el asunto. ¿Interceptasteis la carta del vizconde de Borba? —se interesó ansioso.

El semblante del esbirro era ilegible. No deseaba contratiempos.

—Aquí la tenéis —aseguró ufano—. Esta misiva jamás llegará a París. Y si, pasado el tiempo, don Fermín la reclamara, os aseguro que la Secretaría de Despacho no hará nada para depurar deslices y pérdidas. Esos covachuelistas afines a Floridablanca detestan a Aranda.

La carta del vizconde exponiendo al embajador en París, el conde de Aranda, la comprometida situación por la que pasaba el virrey Mayorga en México, pasó de la mano del aposentador al bolsillo de Montiel sin apenas ser vista. Significaba su triunfo personal y un notable respiro para su patrón. No podía estar más orgulloso de sí mismo y quiso ser magnánimo con don Jerónimo, y este a su vez se hizo accesible, pensando en su pago.

—No he podido espiar como hubiera deseado la conversación que el criollo mantuvo con el señor ministro en palacio, pero por lo que pude intuir hablaban de su marcha a Roma. Ese oficial es hombre reservado.

—¿Ahora se dirige a Roma, ese Arellano? ¡Pardiez! —se extrañó.

—Nada que debiera preocupar a Vuesa Merced, o a vuestro señor. Lleva un encargo de Su Majestad para la Santa Sede, pero es más un regalo del rey a su esposa que una misión secreta o diplomática.

Montiel le arrimó una bolsa repleta de monedas de plata que el mayordomo real sopesó en su mano, percibiendo su peso y grosor.

«Seguro que contiene más de cien reales de a ocho, rediós», pensó.

—Cuando se confirme el nombramiento como virrey de Nueva España de don Matías, y os aseguro que será pronto, por vuestra ocupación y desenvoltura en la corte le seréis muy valioso, y entonces duplicaréis vuestras ganancias, señor Zapata —le testificó ladino—. Mi patrón precisa de unos oídos leales que escuchen en Palacio y de una boca que calle.

—Yo soy esa persona. Ya sabéis que solo me conduce mi fidelidad a la familia Gálvez —contestó el cortesano con una falsa mueca de servilismo.

Tadeo Montiel asintió con una hipócrita inclinación de cabeza, entendiendo que a Zapata solo lo empujaba la codicia. Apuró su vaso y, tras cuchichear sobre asuntos confidenciales de la familia regia y de las inconfesables inclinaciones del secretario, se despidió dándole la mano.

—Don Jerónimo, mañana parto para Sevilla. Reconocido por vuestros favores —dijo, sabiendo que poseía en Madrid a un confidente tan fiel como venal y sobornable, que traicionaría al mismísimo rey por un doblón de plata. Y pensó que el poder del oro es irrefutable para medir a cada hombre.

Montiel, al pasar cerca de la hornilla de la taberna donde se calentaban las chocolateras, vislumbró las ascuas que chisporroteaban incandescentes e introdujo dentro la carta del vizconde. En menos que se reza una avemaría el amarillento papel quedó reducido a cenizas.

—Esta carta me parece que no llegará a su destino —sonrió.

El partido «aragonés» de Aranda recibía otro revés más en la corte, y su jefe, don Matías de Gálvez, gobernador de Nicaragua, tenía el camino más franco hacia el ambicionado sillón virreinal de Nueva España.

Los dos, disimulando su talante farisaico, se separaron al salir.

El día de la despedida, doña Victoria Mayorga de Silva exhibía su habitual semblante con abundante maquillaje que disimulaba su gesto adusto y unas

lágrimas sinceras. Suspiraba con fuerza y abrazó a Clara Eugenia como a una hija.

—O en Madrid, o en México, volveremos a vernos, Clara, te lo aseguro —atestiguó la viuda, que había entrado en un llanto devastador.

La princesa, que añoraría los actos sociales a los que había asistido de mano de la dama, asumió la promesa y manifestó apenada.

—Habéis sido una madre para mí. No os olvidaré nunca —gimoteó.

Un airecillo liviano embalsamaba la capital del Imperio hispánico.

El carruaje partió para la Casa de Postas, donde tomarían la diligencia para Valencia, y de allí, en una flota real, rumbo a Nápoles. Clara sacó un pañuelo de su corpiño y lo agitó a modo de despedida.

Las luces azuladas del alba rozaban los tejados y cúpulas de Madrid.

Clara se acomodó en el mullido cojín de la diligencia y permaneció largas horas adormecida recordando los sucesos vividos en Madrid e imaginando lo que viviría en Roma. No podía creer que siendo su origen una perdida isla del septentrión del mundo hubiera recorrido tan largas distancias y conocido a reyes y grandes cancilleres del Imperio.

Mientras sentía el barro y los guijarros golpeado en las duelas del carruaje, cerca de Almansa cayó una repentina tormenta de verano y la princesa olió a tierra y hierba mojada. Cuando la cellisca concluyó, Martín, asido a la mano blanca de su esposa y pensativo en su asiento, recelaba por lo que podía aguardarle en Roma importunado por los misteriosos *zelandi*. La semioscuridad dio paso a la luminosidad del arcoíris, el prodigio que según los chamanes aleuta unía a los mortales con los dioses.

Invadido el ambiente por el bochornoso final de aquel agosto de 1780, y entre la barahúnda de las imperiosas órdenes de los cómitres y el trapeo de las velas, la flotilla real zarpó con la primera marea.

El perfil de las murallas de Valencia, del rabal de Vilanova y de las espadañas de la catedral, de San Nicolás y de San Juan del Mercado se desvaneció de la vista de los esposos. De pie en el castillete de popa de su nave, Clara Eugenia aún pudo oler el perfumado tufo que le llegaba de las acequias de Favara y sentir las frías gotas del Mediterráneo en su rostro.

El que fuera el mar aragonés, el Mare Nostrum, estaba en calma entre sus serenas brumas y espumosas olas. La pleamar se había amansado y en unas

horas comparecerían las luminarias de la noche. La flota, en singladura de cabotaje, recalaría en unos días en Nápoles, y una galera de correo los llevaría al puerto de Fiumichino, donde los aguardaría alguien enviado por la Cancillería española de Roma.

Martín no podía olvidar sus secretos empeños de visitar alguna logia masónica en Roma y, preocupado por el asunto de los *zelandi*, rumiaba en el camarote su propio desasosiego.

Solo los dulces gestos de Clara lo mantenían sereno. Ambos amaban los viajes, no eran vacilantes, no les asustaban las distancias y cualquier medio de transporte les agradaba. Los magnetizaba todo lo espontáneo y lo novedoso, pues eran almas gemelas y disfrutaban con los riesgos de la vida y con los propósitos indefinidos que esta les ofrecía.

El procurador general de la embajada, don José Nicolás de Azara y Perera, marqués de Nibbiano, los recibió en el puerto pesquero de la costa del Tirreno, Fiumichino o «pequeño río». Constataron que el aragonés era un refinado diplomático que rayaba la cincuentena y que era tenido como un insuperable diplomático y por un magnánimo mecenas y coleccionista de arte. Era envidiado por la aristocracia romana por poseer en su villa del campo celebradas estatuas clásicas y una escultura arcaica de Alejandro Magno, conocida en Roma como la *Herma de Azara*.

Según les había explicado el capitán de la flota, la intervención de don José Nicolás en la supresión de la Compañía de Jesús por el papa Clemente XIV había sido crucial, como también sus reservadas y eficaces maniobras en la elección del actual papa, Pío VI.

Y los jesuitas lo detestaban.

Según los rumores que circulaban por Nápoles, Azara era quien ejercía realmente de embajador cerca del Vaticano, y no el plenipotenciario electo, don Pablo Jerónimo Grimaldi y Pallavicini, ministro de stirpe genovesa. Se trataba de un anciano septuagenario de moral laxa, hombre maniático que, por sus achaques y acentuada chochez, vivía recluso en su villa de la Campania. Alejado de los menesteres de la embajada, dejaba en manos de su segundo la resolución de cuanto concernía a su gobierno.

El gentil Azara, marqués de Nibbiano, era tenido en la corte de España por un convencido «arandista», y su jefe, Grimaldi, por un devoto partidario del conde de Floridablanca. Era el equilibrio perfecto que deseaba el rey don Carlos en sus consejeros y ministros.

Don José Nicolás se presentó jovial, los saludó cortésmente y se detuvo unos instantes en examinar la exótica belleza de la princesa, cuya perfección

se imponía a su timidez natural. Ignoraba que fuera extranjera y pudo entrever en su refinado rostro un gesto marcado por la gentileza, la vulnerabilidad y la bondad. Le besó la mano y de repente se volvió al capitán de dragones y, antes de hablarle, compuso el signo masónico universal llevando al pecho su mano derecha en forma de escuadra. Con el secretismo de aquel signo deseaba conocer si su invitado, como le habían asegurado, era un hermano de la francmasonería española.

Martín lo imitó haciendo lo propio y el canciller sonrió adulado.

—Sean bienvenidas Vuestas Mercedes. Acompañenme. El viaje será corto y grato. Nos hallamos a menos de medio día de distancia de la urbe.

Clara examinó con el rabillo del ojo los gestos del locuaz y obsequioso patricio y vio que llevaba el pelo al modo de su esposo: recogido en una coleta y sin utilizar peluca. Poseía una frente amplia, buena factura en su nariz casi griega, piel rosada y un mentón firme con un hoyuelo varonil. En su mirada conciliadora y brillante, semejante a la de un joven, podía medirse su discreción y buen juicio, por lo que apuntaba ser hombre de fiar. Martín pensaba de forma semejante.

El diplomático parecía un hombre de principios y comprendía lo difícil que debía de ser su función, inmerso en la difícil tarea diplomática.

—El conde de Floridablanca me informaba en su carta de presentación que aparte de los regalos para los Museos Vaticanos acarrearéis unos documentos de la Secretaría de Estado. ¿No es así, don Martín?

—Cierto. Están ocultos en mi baúl y os los entregaré al llegar.

—Son de vital importancia y era arriesgado enviarlos por el correo oficial de embajadas. Muchos son interceptados y copiados —lo previno.

—Entiendo, son las eventualidades propias de las cancillerías.

—Eso es, capitán, aunque el mensaje secreto que acompañáis resulta de trascendente valor para la Casa de Borbón en Europa —reconoció.

—No tenéis que sentirnos obligado a revelármelo, señor —se excusó.

—Vos, como yo, sois un oficial de alto rango al servicio de Su Majestad. ¿Por qué no habrías de saberlo? Escuchad —se explayó—: Nuestro protegido, don Luis Estanislao de Borbón, conde de Provenza y hermano menor del rey Luis XVI de Francia, está detectando gravísimos desafíos entre los tres estamentos en el vecino país, la aristocracia, el clero y el estado llano, que pueden acabar en el estallido de una grave revolución.

—Y puedo deducir que de imprevisibles consecuencias para España y los países occidentales, ¿no, señor marqués? —opinó preocupado.

—Así es, capitán. Europa se puede estremecer en sus cimientos, aunque por otra parte las posibilidades de la razón y del pensamiento humano se dispararán para bien. Estamos seguros de que los enciclopedistas y el estado llano precipitarán los acontecimientos en Francia. La nobleza, y yo soy noble, se empeña en no entender que la época medieval de «señores de horca y cuchillo» y abusos ya acabó. Los derechos de los ciudadanos se abrirán paso, creedme.

El marqués de Nibbiano prosiguió hablando de un futuro de convulsiones nada alentador para Europa, denotando su sólida inteligencia y su sutileza para colarse en el magín de quienes lo escuchaban. Clara, que ansiaba visitar el Vaticano, cuando este hizo una pausa, emitió una tos ficticia y se interesó embelesadora:

—¿Y cuándo podrá hacer entrega mi esposo del obsequio real?

—En unos días, mi señora. Os acompañaré y lo entregaremos al cardenal Bartolomeo Pacca, quien lo depositará en el nuevo museo.

—Y al Santo Padre, ¿no podremos verlo? —observó Clara, implorante.

El oficial de la embajada no podía negarle nada a tan bella huésped.

—Hace unos días regresó de su residencia estival de Castel Gandolfo, una villa que perteneció al emperador Domiciano. En breve tendrá la habitual audiencia tras el verano, donde recibe en privado a los príncipes romanos que le entregan el anual Óbolo de San Pedro. Sustanciosas limosnas que recibe el Sumo Pontífice para la Congregación de la Fe y las obras pías de la Iglesia. Buscaré un permiso para que podáis asistir. Tengo excelentes contactos en la curia, mi señora.

—Gracias, marqués. Os lo agradezco. Mi fe es aún frágil —observó.

El anfitrión cambió de registro viendo que se aproximaban a Roma.

—¿Y cuánto tiempo permaneceréis con nosotros, don Martín?

—Poco —dijo—. Es mi deseo regresar a Valencia cuando leve anclas la próxima flotilla de Nápoles. De allí tomaremos una corbeta con aguardientes que zarpa para Cádiz. Hemos de llegar a tiempo antes de que se haga a la mar la Flota de Indias y atracar en Veracruz previamente al cierre de los puertos en ambos continentes. De lo contrario nos obligaría a permanecer en España cuatro meses. Mis caudales no me lo permiten, y mi regimiento de Nuevo México y mi coronel me esperan.

—Trataré de haceros complaciente vuestra estancia en Roma.

Un sol rojizo incendiaba la Ciudad Santa, creando una visión mágica que dejó fascinados a los visitantes. Vista de lejos, Roma se asemejaba a una gigantesca cantera de mármoles, columnas labradas, cúpulas iridiscentes y

airosas espadañas. Desde el monte Mario contemplaron sobrecogidos la imposta que se ofrecía a sus ojos. Las irracionales y admirables moles de sus monumentos, enrojecidos por el ocaso, significaban la suprema belleza, ante la que cualquier mortal debía sentirse empuñado.

—Parece, señor marqués —admitió Clara—, que Dios mismo ha descendido a la tierra. Tanta perfección redime al hombre ante su Creador. Ni México ni Sevilla o Madrid pueden compararse a lo que ven mis ojos.

Entre miríadas de humos emergía una ciudad recobrada y también un mar de templos desmochados y torreones devastados, en medio de una estela de armonía y desolación.

Las reliquias antiguas del Coliseo, el sepulcro de Cecilia Metela, el templo de Saturno o el antiguo Foro Romano habían sido hurtadas por los arquitectos de los papas para restaurar San Juan de Letrán, San Pablo o el Vaticano, y construir las teatrales fuentes de Navona y Trevi.

—Como pueden comprobar Vuestas Mercedes, el equilibrio clásico y los nuevos estilos, el renacentista y el barroco, compiten en brillantez.

—Veo que la piqueta del tiempo ha sido implacable, marqués.

—Efectivamente, la Roma de los césares se ha convertido en una inagotable cantera para las nuevas construcciones de los papas, cardenales, príncipes y aristócratas italianos. De lo viejo, lo nuevo.

Roma relucía frente a ellos con un áureo y deslumbrante fulgor.

Unos hermanos de la Cofradía de la Trinidad comidos por enjambres de moscas detuvieron el carruaje y les solicitaron una limosna para los peregrinos pobres. El marqués les proporcionó unas monedas y siguieron adelante, en tanto les explicaba lo que iban contemplando. Cruzaron el Tíber tras descender por la concurrida Via del Ponte y Parione y atravesaron los bulliciosos arrabales del Trastévere y La Ripa, donde un tufo de hálitos humanos, tintes de los bataneros, especias y el habitual olor a cloaca prevalecía por su fetidez.

—¡Quitaos de en medio, escoria! —gritaba el cochero, quien hizo restañar el látigo para torcer hacia un entramado de calles llenas de gente, que desembocaron en la cuesta de Capo le Case, para luego enfilear la Via Veneto, la Condottiere y al fin la Via della Propaganda, que los conduciría finalmente a la Piazza di Spagna y a la embajada.

—Ahí tenéis la afamada escalinata que lleva a la iglesia de la Trinitá dei Monti, muy visitada por los peregrinos, y más allá la Fontana della Barcaccia. Y aquel palacio de enfrente, que en Roma llaman Monaldeschi, es la

embajada, no «ante el Vaticano», sino «cerca de él», dada nuestra intensa relación con el Sucesor de San Pedro.

Los carreteros, vendedores de velas, estampas y reliquias, alfareros y mercachifles recogían sus tenderetes, y los dos viajeros, cansados y exhaustos por el traqueteo del carruaje, pusieron pie en tierra. El esplendoroso edificio de la embajada dominaba la explanada con su equilibrada fachada, en cuyo balcón flameaba la enseña borbónica.

Al traspasar el portón central, un criado los recibió y les sirvió un vino duce de Volpaia, que agradecieron. Tras el vestíbulo se dieron de bruces con la espléndida escalinata donde se notaba la magistral mano de Borromini.

—Mis queridos amigos —prosiguió el plenipotenciario—, habéis tomado posesión de la misión diplomática más antigua del mundo. Fue fundada en 1480 por el rey Fernando el Católico. Han transcurrido tres siglos y desde entonces no ha dejado de ser el escenario de los acontecimientos más brillantes de Roma, donde se dan cita cardenales, artistas, seductores como Giacomo Casanova y políticos del mundo entero.

—Celebro saberlo. Teníais que conocer Tejas, California y Nuevo México. Allí no existen estos encantos artísticos, pero la naturaleza nos regala un escenario sin par, señor marqués —dijo Martín.

—Imagino que aquellas latitudes aún se hallan en la primera semana de la creación. Daría media vida por contemplar sus paisajes vírgenes —admitió el marqués.

—En mis islas seríais hospitalariamente recibido, don José Nicolás.

—Sois muy gentil, señora —aceptó sonriente.

Azara les mostró sus habitaciones y antes de despedirse hasta la cena los ilustró sobre algunas particularidades de la casa.

—Nuestro admirado pintor Velázquez, venido a Roma para adquirir obras de arte para la colección regia de don Felipe IV, pinceló aquí mismo *La fragua de Vulcano* y *La túnica de José*, sirviéndose como modelos de los criados de la embajada. Don Diego adquirió más de dos mil pinturas de los clásicos italianos para el Alcázar Real —les informó el procurador.

—El palacio en sí parece un museo, señor marqués —opinó Martín.

—Os mostraré dos bustos tallados por el celeberrimo Gianlorenzo Bernini: *El alma beata* y *El alma condenada*. ¡Son únicos! —añadió.

Al llegar al descansillo donde lucían las dos figuras, Clara ahogó una exclamación de asombro. Jamás había contemplado nada semejante, y las tocó con sus sedosas manos como si con su tacto pudieran quebrarse.

—¡Admirable perfección, señor embajador! —opinó enardecida.

—Ah, doña Clara —sonrió mordaz don José—. Como la mayoría de los palacios de Roma, esta vieja embajada posee fantasma propio, que por aquí llaman un *versipelle*. Goza hasta de nombre propio, ¡Fray Piccolo!, un capellán de carácter irascible que oficiaba en la capilla.

—¡Oh, no! —exclamó Clara componiendo un gesto de asombro.

—No os preocupéis, señora. Es inofensivo y seguro que se fascinará con vuestra belleza. A lo sumo os dedicará un requiebro —aseguró burlón.

Al poco, el colosal vientre de la urbe romana fue engullendo en las sombras el maremágnum de templos, fuentes, basílicas y *castellos*. La templanza del frescor vespertino removió los visillos de encaje de Yprés de la habitación y el oficial se apresuró a cerrar los postigos. De improviso agudizó la mirada y descubrió semiocultos por las sombras a dos individuos que los estaban observando. De estaturas desiguales, y ocultos sus rostros por embozos y tricornos negros, como sus levitas, medias y calzado, no perdían detalle de las habitaciones superiores de la embajada.

Al ser descubiertos, presurosos y con disimulado gesto, se escabulleron por la lobreguez de la Piazza de la Barcaccia. Martín, alarmado, pensó: «¿*Zelandi*? ¿Jesuitas?».

Y sintió en la nuca esa comezón fría e inexplicable, como cuando tenía que enfrentarse cara a cara a los comanches de Cuerno Verde.

El día se había hundido en la infinitud del horizonte romano, cediendo a una oscuridad con textura de ceniza.

Roma

En la delectación y acomodo de la embajada descansaron dos días, y de la mano del marqués visitaron los vetustos restos de la Roma Imperial y los monumentos alzados por los papas en la *Caput Mundi*.

Bajo el vaporoso sol de septiembre, que había dulcificado el sofoco del estío, gozaron desde el carruaje del frescor de los cipreses del Palatino y del Janículo, de la Roma primitiva limitada por el Pomerium, de la cueva donde la loba Luperca dio de mamar a Rómulo y Remo y de las centenarias murallas que se remontaban al tiempo de sus fundadores.

Clara y Martín miraban asombrados las ruinas de los palacios de Augusto, Claudio y Domiciano, con sus frescos casi intactos de escenas mitológicas. Se detuvieron a pasear por los jardines Farnese, desde donde se divisaba una mágica panorámica de la urbe y más tarde por el robledal sacro del Campo de Marte, desde donde destacaba el soberbio Capitolio.

En el Foro el capitán de dragones detuvo sus pasos para contemplar la Rostra de oradores, donde un día declamaron ante el pueblo los hermanos Graco, César, Cicerón, Escipión, Marco Antonio o Catón, muy cerca del templo de Vesta. La Roma cesariana se abría a los maravillados visitantes sobre sus siete colinas legendarias, inundada de columnas rotas, estatuas descabezadas, arcos hendidos, esfinges cuarteadas y altares desmochados, donde crecían las madreselvas, los jaramagos y las ortigas. Centenares de piedras y sillares se habían arrastrado a los hornos para fabricar cal y alzar los *palazzos* y jardines de los nuevos príncipes de la Iglesia.

—Bernini se llevó del Panteón de Agripa la cúpula de bronce que lo cubría para erigir el fastuoso baldaquín de San Pedro —manifestó Azara, el diplomático—. El triunfo del desprecio a lo pagano, violación del arte.

Una suave templanza embalsamaba las calles de Roma, la Piazza de la Rotonda y los alrededores del templete de Santa María de los Mártires, Santiago de los Españoles, Sant'Angelo y el barrio del Borgo, donde se

alzaba la basílica de San Pedro, San Apolinar y San Andrés, la iglesia a la que precedía un colosal obelisco egipcio.

—El día de la recepción daremos un paseo por el monte Vaticano y visitaremos sus insuperables tesoros, amigos míos —dijo don José—. Hace dos siglos se dio en esta ciudad la concentración de genios más grande que ha dado la humanidad desde la época de los griegos. Por estas calles se cruzaban Miguel Ángel, Leonardo, Rafael, Sanzio, Bernini o Chelini.

—¿Es cierto, señor marqués, que en el Medievo estos contornos fueron un muladar? —se interesó el oficial, que no perdía detalle.

—Exacto. Y también camposanto de judíos y paganos, circo de Nerón el incendiario y los babilónicos jardines de la emperatriz Agripina.

Los esposos se sumieron en la áurea luminosidad que despedían los templos y santuarios y se vieron conquistados por el aliento de la divinidad que penetraba por sus ojos asombrados.

Roma era pura complacencia para los hechizados visitantes.

Al regresar a la embajada, Clara advirtió que un diluvio de partículas doradas envolvía los tejados de la ciudad en una visión cegadora y fantasmagórica, por lo que, dominada por el éxtasis, ensalzó la grandeza y la majestuosidad de la ciudad, rogándole al marqués repetir el paseo.

—No me extraña que Roma se convirtiera en la dominadora del mundo. Esta ciudad irresistible está bendecida por la excelencia del arte más sublime —destacó la aleuta—. Estoy sobrecogida, señor marqués.

Arellano, que todo lo escudriñaba admirando los rincones, dijo:

—Marqués, he de revelarles que, en honor a los defensores del pueblo, al ingresar en la logia de Madrid tomé el nombre de Tribuno.

—Muy atinado, capitán. ¿Perteneceis entonces a la fraternidad que preside el vizconde de Borba? He tenido con él frecuentes encuentros. Sin embargo, don Martín, aquella plebe romana era una masa holgazana y embrutecida por el circo, que se vendía al mejor postor.

—Lo sé —respondió sonriente, y cambió la orientación de la plática—. Marqués, ¿sería posible visitar alguna sociedad masónica de Roma? He ingresado recientemente y desearía mantener contactos nuevos.

El procurador amortiguó una exclamación de contrariedad.

—¡Imposible! —se lamentó—. Habéis de saber que, desde que el anterior papa Clemente XII promulgara la carta apostólica *In Eminentí Apostolatus*, las sociedades masónicas de Italia se vieron excomulgadas *de facto*, y nadie se atreve a abrirlas. Hay miedo. Aquí se fundó la primera logia oficial apenas hace tres años y hoy permanece cerrada.

—O sea, que Vuesa Merced y yo, en Roma, estamos excomulgados.

—Eso parece. Pero despreocupaos. He sido invitado a la embajada de Venecia para un acto frecuentado por hermanos masones —lo confortó—. Asistirán enciclopedistas, eruditos y seguidores de lo arcano, para escuchar a un misterioso personaje conocido como el conde de Cagliostro. Después departiremos con ellos. ¡Estoy impaciente!

—¿A pesar de los *zelandi*?

—¿Los conocéis? —se alarmó el marqués, y lo miró con fijeza.

—Sí —respondió grave—. Anoche no dejaron de vigilarnos.

El marqués se quedó pensativo y se removió en el coche.

—*Porco cardinale Caprara!* —exclamó, enojado como un batracio—. Es el rector en la sombra de esa turba de fanáticos espías negros, aunque lo niegue públicamente. No respeta ni la inmunidad diplomática.

Don José Nicolás calló y entró en un taciturno mutismo. Martín notó en sus retinas que experimentaba una inquietud de naturaleza alarmante.

La sensación de lo deseado, como ponerse en contacto con cabalistas y hermanos francmasones, era tan tentadora para el capitán en ciudad tan seductora, que momentos antes de salir de la delegación española Martín parecía un león enjaulado. A media tarde, una desértica callejuela condujo al diplomático y al capitán de dragones al Palazzo de Venezia, sede de la embajada de la Serenísima República. Unos ujieres con librea y peluca blanca los recibieron cortésmente, mientras el marqués lo ilustraba sobre la mansión, que olía a un aroma mórbido de legajos e incienso volatilizado.

—Muchos romanos lo llaman Palacio Barbo por haber sido su dueño el cardenal de ese nombre, luego promovido al Papado con el nombre de Paulo IV —habló, mientras enfilaban hacia la puerta. Luego le testificó que el edificio estaba erigido enteramente con piedras del derruido Coliseo.

—Barbo, gran aficionado a los caballos, como todos los romanos, se hizo construir este palacete para presenciar las carreras de la Via del Corso —sonrió Azara.

Martín asintió y observó su fastuosidad y monumentalidad.

—La delegación veneciana pasa por ser un escenario de encuentro de fervorosos de los foros herméticos y cabalísticos —le expuso.

—¿Y no tendremos complicaciones con los *zelandi*? —receló el oficial.

—Nos hallamos en una embajada. Es posible que estemos vigilados, pero no se atreverán a irrumpir en una sesión privada. Sería un escándalo

diplomático mayúsculo, aunque me río yo de la Inquisición española — ironizó—. El Santo Oficio romano fue siempre y es mucho más virulento y opresivo que en España. Pero ya sabéis, la Leyenda Negra nos hostiga.

—Además nunca prescribe y nos persigue en todos los lugares del Imperio —le recordó Martín—. Es una cruz perpetua que debe soportar España. ¡Maldita sea!

—Y a la que ingleses y holandeses no son ajenos. Nos envidian — respondió en actitud circunspecta, antes de subir por la escalera de jaspe.

El militar avizoraba su mirada hacia todos sitios con gesto preocupado. Dada su situación, temía un mal encuentro con los *zelandi*.

—Y ese tal Cagliostro, ¿es realmente un maestro francmasón?

—Lo ignoro. Se habla mucho de él, aunque no siempre favorablemente. En algunas cortes europeas ha sido acusado de charlatán, falso curandero, cortabolsas y timador de viudas adineradas. ¡Veremos, capitán! No obstante, conoceréis a las mentes más preclaras de Roma.

En el salón, que olía a sándalo, fueron acomodados los distinguidos y perfumados invitados, no más de una veintena de elegantes caballeros tocados con pelucas, monóculos, libreas satinadas y caros adornos en sus corbatines, así como media docena de damas de la alta sociedad romana pulcramente vestidas y engalanadas con costosísimas joyas.

Al oficial tejano le pareció que la concurrida sala poseía una fría desnudez que amortiguaban unos escasos flameros, las colgaduras de terciopelo, tres altos espejos venecianos y varias consolas doradas arrinconadas en las paredes. Tras saludar a los conocidos y presentar a su huésped, se acomodaron y aguardaron al cabalista.

Martín estaba en estado de vigilancia, justificando su alarma. Cesaron los murmullos y las miradas se concitaron en un recién llegado que apareció como por arte de magia de detrás de una cortina. Una exclamación de máxima sorpresa se alzó en la estancia, al oírse una voz.

—*Carissimi amici!* Llegado secretamente de Estrasburgo, y tras burlar a los esbirros del Círculo Octogonal, visita hoy nuestro foro de conocimiento el conde Alessandro di Cagliostro, de Sicilia —lo anunció un aristócrata de atildados gestos—. Médico, alquimista, ocultista, Rosacruz y venerable maestro masón, el conde ha recorrido todas las cortes europeas, y hoy nos visita para mostrarnos su saber arcano y ofrecernos su ciencia.

—*Grazie, caballieri* —contestó el personaje, quien, fuera de la moderación y circunspección deseadas en un sabio, practicaba ridículas genuflexiones y aspavientos con los brazos.

—El *signore* Cagliostro, nacido de una familia cristiana de noble linaje, y a pesar de los infundios de los *zelandi*, cree en Dios Nuestro Señor. Moró siendo niño en la isla de Malta, en Medina y La Meca de Arabia y en El Cairo, para ya en su mocedad ser iniciado en la Soberana Orden Militar de Malta, donde estudió alquimia, la Kábala y la magia blanca. Ha fundado logias del Rito Egipcio y del Culto Masónico de Misraim, en todo Occidente, curando males según unos secretos farmacéuticos aprendidos en el convento de Caltagirone, y profetizando el porvenir.

Arqueando sus pobladas cejas, los ojos saltones del mago se centraban en las cornucopias y molduras de oro de los espejos. Martín, que reparó en su corpulencia, casi gordura, en lo extravagante en el vestir y su peluca de blanco immaculado, comprobó que sus palabras italianas salían como disparadas por una pólvora oculta en su boca: contundentes e irrevocables. De pómulos marcados, nariz pequeña y chata, amplia frente y cara purpúrea y plana como la de una torta, le pareció un hombre exaltado e interesado, que nada más comenzar a hablar se ofreció a hacer horóscopos y componer elixires milagrosos. «O sea, negocio», reflexionó.

A la mirada del espectador, el apasionado y locuaz conde denotaba ser un sujeto lleno de decisión que intentaba denodadamente poner de manifiesto su saber para legitimar sus exotéricos conocimientos aprendidos según él en un convento siciliano. Se ataviaba con una librea de color crema y en el pecho llevaba grabados dos símbolos: la Cruz de Malta y el *Ouroboros*, la serpiente esotérica que se muerde la cola.

A veces se asemejaba a un místico arrebatado, otras a un mercachifle de feria y las más a un predicador de Cuaresma, enajenado y virulento, que lo mismo criticaba al Papa y a la Iglesia como institución, que reprochaba a los jerarcas de Roma sus abusos y depravación. Componía largas pausas, mientras miraba con empatía a sus oidores, agrandando su corpulencia con un gesto de autoridad.

El marqués y Martín acordaron que aquel hombre no era sino una bufa máquina de engañar y de embaucar, y que su fe y sabiduría en la ciencia que pregona no eran sino ficticias. Relataba sucesos inverosímiles que multiplicaban su fama en medio mundo, que él mismo convertía en portentosos. Además, poseía un gran poder hipnótico y arrullaba por su sugerente voz de canónigo a las embelesadas damas romanas.

—Espero —peroraba el mago, y en sus retinas evidenciaba el odio hacia el alto clero— que mis actos sean mejor conocidos que mi nombre en el futuro y que este se olvide y permanezcan mis obras. Vivimos años nefastos y

malditos en los que la impía Santa Iglesia, cruda y premeditadamente, lucha por seguir manteniendo su potestad omnímoda. Mata fuera de toda razón a prominentes sabios y acalla a cuantos procuran el progreso y la ciencia.

Mientras peroraba, su criado pasaba entre las sillas vendiendo a precios exorbitados cartas astrales según el signo del zodiaco del nacimiento, amuletos supuestamente hallados en las pirámides de Egipto, timiamas contra venenos, elixires para cólicos, afrodisíacos, ungüentos curativos y pócimas para rejuvenecer, encriptados en preciosos perfumarios de Murano. Y cuantos más vendía el lacayo, Cagliostro más hablaba de sus excelencias comprobadas en reyes y príncipes para afianzar sus argumentos y como si de golpe le hubiera llegado su lucidez.

Martín llegó a dudar juiciosamente si se encontraba en el seno de un nido de conspiradores, de crédulos idiotas, o de sabios y eruditos.

Una exclamación de mayúscula sorpresa se produjo cuando el mago recogió un *frigium*, la mitra de los sacerdotes orientales. Se la caló en la cabeza y, alzando los brazos, invocó una plañidera plegaria:

—Os doy las gracias por vuestra calurosa hospitalidad y por las dádivas que me llevo de Roma para extender la sabiduría entre los ignorantes. Regreso a mis lares reconfortado por vuestra asistencia. Soy oprimido, soy acusado, soy calumniado, amigos míos. ¿Merezco esta suerte? Desciendo en mi conciencia y encuentro la paz que los hombres me niegan. Tu nombre es el Señor del Orden del Universo. He aquí que yo traigo en mi corazón la verdad, la curación y la justicia, pues he arrancado del mundo todo el mal que padece. No he causado sufrimiento a los hombres, ni he empleado la violencia y merezco ser amado.

Sonrió después con semblante diabólico al ver repletas las dos bolsas de cuero. La reunión se hallaba en todo su apogeo y las damas lo vitoreaban, mientras los hombres permanecían callados. Era llegado el momento en el que, según la costumbre, Cagliostro fascinaba a la audiencia con sus trucos de magia. Pero de improviso, una esbelta mujer de tez desvaída, pecho escurrido y caderas anchas, su cónyuge Serafina, entró en el salón con el gesto contrariado. Algo pasaba y el conde palideció.

—*Carissimi!* Me comunica mi idolatrada esposa que esbirros de la Orden Negra, alertados por algún traidor, vienen a detenerme. ¡A Vuestras Excelencias nada les ocurrirá, pero mi cabeza peligra! ¡Adiós! *Vale et tu, Roma, pes gentium!* —gritó, y se esfumó como un trago tras la cortina, dejando a todos atónitos y boquiabiertos y murmurando entre ellos.

—Todo esto ha sido un sainete lleno de bravatas —aseguró Martín—. La farsa que ha protagonizado ese conde ha deslucido la ceremonia y el tan deseado encuentro con mis hermanos de la fraternidad. ¡Una pena!

—Pero si lo atrapan los *zelandi*, que lo dudo, arderá en la hoguera. Me ha parecido un embaucador y un vividor que se aprovecha de la buena fe de las personas. Estaba equivocado —opinó el marqués—. La codicia le ha podido, aunque estoy seguro de que ya huye disfrazado por los tejados o por algún pasadizo secreto. Posee cómplices en Roma.

—Yo no le concedo ningún crédito a ese tal Cagliostro. La masonería es otra cosa, don José —se pronunció el oficial, que asistía a un despiadado encuentro más entre el poder eclesiástico y el conocimiento oculto.

—Ese falsario nunca podrá nada contra una Iglesia tan metódica y despiadada. Caprara es un zorro astuto y Cagliostro, un gallo fatuo —sonrió—. Bien, regresemos a la embajada, el carruaje nos aguarda.

El cochero estaba de plantón junto al vehículo observando el ir y venir de guardias y de oscuros sujetos, saliendo y entrando del palacio.

Se acercaba la declinación del sol, y una ligera calima que tardaba en disiparse delineaba en rojo las siluetas de los *palazzos* e iglesias y de los presurosos viandantes. La plaza de Venecia apenas si estaba transitada a aquella hora y solo se veían algunos individuos vestidos de negro, agentes, guardias y soplones del Vaticano, que iban de acá para allá, seguramente buscando al conde de Cagliostro.

Con los informadores del Círculo Octogonal pululando por el lugar, había que excederse en el cuidado y la reserva debidas. Al poco llegó otra berlina con las enseñas pontificias pintadas, procedente de la Via del Plebiscito, que chirrió, haciendo detenerse a un curioso Martín. Circulaba con las cortinas bajadas, ocultando la identidad de sus ocupantes.

Le había revelado don José de Azara que la Orden Negra, auxiliada por los guardias suizos, solían controlar las alcantarillas, el río y las vías de salida y que no había romano de ideas innovadoras que no estuviera investigado. Algunos sospechosos de reconocida tibieza en la fe, o de pertenecer a sociedades cabalísticas o neoplatónicas, habían sido sacados de casas en la noche y no se había vuelto a saber nada de ellos.

«Los preceden algunas desapariciones misteriosas no explicadas por la curia», le había confiado el marqués.

Martín fijó sus ojos en el lustroso vehículo, un cabriolé francés con los faroles apagados, que se deslizó lentamente por los adoquines y se detuvo frente a la embajada. El español aguardó sin mover un solo músculo, hasta

que de repente se abrió la cortina apareciendo una cabeza que avizoró a uno y otro lado, a muy corta distancia del capitán de dragones, que observó que iba vestido de negro con una capa que lo embozaba y un tricornio que ocultaba su voluminosa cabeza.

A pesar de la poca luz, pudo ver sus ojos de mochuelo deslumbrado, la perilla y bigote blancos, las grandes orejas de soplillo y una nariz enrojecida, seguramente por su apego al licor de Baco. Transcurrieron unos instantes de observación del escenario por parte del recién llegado. Esperaba alguna información y apenas si detuvo su mirada en el extranjero. Después descendió con torpeza y anduvo los pocos pasos que lo separaban de la embajada. Se frenó bajo la oriflama leonada de la Serenísima República y esperó noticias de sus adláteres.

Aparentaba una edad avanzada por su papada, barriga prominente y espalda encorvada. Usaba guantes y puños blancos y escarpines púrpuras y se apoyaba en un bastón de caoba con puño de plata. Esperó, tras carraspear levemente, hasta que varios subalternos se le aproximaron y negaron con la cabeza, consiguiendo que gruñera de forma irascible:

—*Eretico di maiale!* («maléfico hereje»).

Al parecer se le había esfumado el herético conde Cagliostro y por su boca escapaban las calificaciones más infames y severas sobre un ser humano que había escuchado nunca, ajenas a toda virtud cristiana.

—*Confutatis maledictis, flammis acribus addictis!* («el infierno será la recompensa de los malvados») —vociferó indignado.

Volvió la espalda y, al poner el pie en la escalerilla del coche, el mandamás detuvo su mirada de alcaudón en Martín, taladrándole el alma como si esta fuera acompañada de un matiz acusador, que alborotó el ánimo del español, ya de por sí alterado. Aquella presencia inesperada y conminatoria lo había intranquilizado y, como si le hubiera lanzado un escorpión por sus abultadas pupilas, las sienas del oficial comenzaron a punzarle. Pero, por otra parte, ¿no era conocido el celo pesquisidor y el carácter vengativo de la Orden Negra? Debía desaparecer de allí.

La calesa vaticana emprendió la marcha y se eclipsó por el torreón medieval del Palacio Barbo. ¿Quién sería aquel autoritario jerarca a quien todos obedecían y al parecer temían? Pensó Martín en algún eclesiástico, pero todo le hizo pensar que se trataría de un oficial de alto rango de la guardia suiza vaticana, pues no vestía como un prelado y adivinó a dos escoltas helvecios en el interior. Luego, dando largas zancadas, se aproximó a la

berlina, donde lo aguardaba ansioso el diplomático español, entrando como un meteoro y con los músculos en tensión.

Desde el interior se escuchaban voces secas y ahuecadas por el decadente atardecer, en tanto una luna rotunda comenzaba a erguirse entre el colosal amontonamiento de palacios, campanarios, cúpulas y templos que dominaban el horizonte romano con toda su omnipotencia.

Martín, que nada le participó al marqués de la singular escena del personaje, recuperó la entereza, tras lamentar su encuentro fallido con hermanos masones por la súbita irrupción de los *zelandi*. Lo acosaban las dudas y en su fuero interno preveía contratiempos.

Un aire de incertidumbre se encarnó en el temblor de sus manos.

De inmediato pensó en Clara. Se trataba de un impulso irrefrenable.

Roma

La mañana de la visita a San Pedro germinó transparente y tibia.

El capitán Arellano experimentó un ligero sobresalto cuando la calesa de la embajada tirada por dos caballos se detuvo ante la columnata de San Pedro. Aún recordaba el incidente vivido en el Palacio Barbo y los inconvenientes que podía acarrearle en su breve estancia en Roma, donde no se hablaba de otra cosa que de la teatral aparición del huido mago Cagliostro en una ciudad de la Toscana, y de las pesquisas que se estaban ejecutando entre reconocidos masones de la Ciudad Eterna.

Al punto en el que tronaban los bronces y campanas, surgieron dos guardias suizos que velaban discretamente por la seguridad y que se aproximaron al canciller español. Escoltaban a un monseñor con sotana de festones y botonadura carmesíes, que los acompañaría primero a la basílica y luego al interior. Martín vestía el uniforme de gala y Clara, de negro riguroso y con un velo que le cubría su acicalado rostro, transmitía la candidez y llaneza de un alma hacía pocos años bautizada.

La princesa estaba poseída por el arrebató de ver nuevas maravillas y encontrarse en el mismo recinto con el Sumo Pontífice, Jesucristo en la tierra, como le enseñara fray Lisardo. Cogía fuertemente la mano de su esposo, que notaba que su sangre palpitaba con incontrolada agitación. La portentosa fastuosidad de la cúpula de Bramante, el gigantesco baldaquino, la desmesura de sus naves, tumbas, arcos y esculturas, el altar del apóstol, la profusión de mármoles polícromos, ábsides y las capillas exornadas de estatuas y pinturas fastuosas proclamaban el triunfo del cristianismo en el mundo.

En la Capilla Sixtina, los visitantes apenas si escuchaban a su experto guía cuando les fue mostrando las ostentosas pinturas de Miguel Ángel (*Michelangelo il pittore*) de Julio II, el Papa de tan refinado gusto artístico.

—Actualmente, algunos cardenales —observó el intérprete— condenan las pinturas del florentino Miguel Ángel, sus sibilas paganas, los profetas

escépticos, los ángeles y genios grotescos y los santos descreídos pintados al fresco, por su desenfadada actitud y por su osada bacanal de fuerza, desnudez e insolencia.

—Pues el secreto del embrujo de sus concepciones mágicas y místicas a mí me arrebatan —dijo la princesa aleuta, abrumada por la belleza y con los ojos fijos en lo alto, recibiendo el beneplácito del marqués.

Clara Eugenia, sin despegar los labios, percibía una vibración de gozo en su interior observando el *Juicio Final* y a aquel Cristo colérico y mayestático como jamás había sentido, y se veía afectada bajo tan egregia grandiosidad como una persona insignificante. De sus ojos fluyeron dos lágrimas de emoción, mientras un incendio de luz cegadora los traspasaba. En la Sala Clementina, el religioso los invitó a arrodillarse para rezar en privado junto a unos peregrinos franceses, tras lo cual salieron de aquel asombroso montículo de mármol tallado y, en silencio, acompañados por los dos severos guardias, ascendieron por una llamativa escalinata.

Atravesaron una serie de antesalas, hasta alcanzar la *anticamera nobile*, donde no hubieron de esperar. Sobre la puerta lucía el escudo esmaltado del cardenal Pacca. Tocó con los nudillos y anunció afable:

—*Excelenza, signori*, el eminentísimo cardenal secretario de Estado Bartolomeo Pacca os aguarda. Entrad, os lo ruego.

El amplio estudio del cardenal destacaba por su mobiliario renacentista y por las cortinas rojas de rutilante brocado *frappé*. El purpurado, que en tiempos en los que don Carlos había sido soberano del Reino de Nápoles había actuado como legado pontificio y nuncio del Vaticano, mantenía una cercana amistad con el soberano de las Españas, quien había apoyado, a través de don José Nicolás, la elección como papa de su amigo Pío VI. Pacca había sido nombrado recientemente conservador de los recién inaugurados Museos Vaticanos y era el responsable de los asuntos con las Cancillerías del mundo. «Príncipe sobre la tierra y en el cielo, amigos», había dicho don José a sus acompañantes, antes de entrar.

Bajo un crucifijo amarfilado y con la birreta de tres picos encasquetada en su canosa cabeza, el estilizado Pacca, revestida su enjuta humanidad de fúlgida púrpura y acomodado en un sillón de alto respaldo, les sonrió afablemente, tras lanzar una mirada curiosa con sus oscurísimos ojos a los visitantes llegados del Nuevo Mundo. La impecable figura del prelado, iluminada por sus pomposos ropajes, le confería una imagen impostada, como sacada de los cuadros de las galerías.

—*Dilectissimo marchio di Nibbiano* —saludó a don José extendiendo la mano para que le besaran el anillo cardenalicio—. *Laudetur Iesus Christus*.

—*Buona sera, Eminenza* («buenas tardes, Eminencia») —dijo diplomático.

—*Buona sera, signora e signore capitano* («buenas tardes, señora y señor capitán»). *Benvenuti*.

Tras excusar la ausencia del embajador, don Jerónimo Grimaldi, enfermo desde hacía tiempo de tercianas en su villa de Campania, el más importante prelado del cuerpo de la poderosa curia de Roma, Bartolomeo Pacca, los invitó a acomodarse tras deshacer la caja donde le habían sido enviados los regalos «indianos» del rey Carlos, y examinarlos con fervorosa intensidad y ojos analíticos.

Su exótica belleza lo conmovió y dio el beneplácito. Martín le explicó los detalles, peripecias y sacrificios humanos de la guerra contra los comanches de Cuerno Verde, su muerte, su valor, pero también su bajeza moral para humillar a inocentes, y el dolor que causaba entre los honestos habitantes de la Frontera, muchos de ellos fervorosos cristianos.

Resumió con emotivas alusiones el avance del cristianismo en tierra de tan feroces paganos, las odiseas y penurias de los frailes franciscanos y jesuitas en Nuevo México, Tejas y California, le habló de la tierra de su esposa Clara Eugenia en el continente septentrional, y de Wasakíe y de los apaches lipán, y cuando le dijo que habían abrazado la fe verdadera en tierras tan distantes, donde poco a poco se erguía triunfadora, el cardenal sonrió enternecido, rogándole que le hablara de aquella sorprendente mujer.

—Roma, Eminencia, se yergue opulenta y sin rival en el mundo, además de reconocida y admirada por ser el centro de la religión revelada. Pero la enormidad de la labor que ejercen esos pobres frailes y los soldados españoles con los indios, seguro que también tiene su mérito ante los ojos de Dios —concluyó Martín, recordando sus lejanas tierras.

—España, hija predilecta de la Iglesia, ha incrementado con grandes sacrificios la grey de Cristo. ¿Cómo olvidarlo? El credo cristiano pronto reinará en todas las naciones y el universo entero —expresó el purpurado, quien aseguró—: Mañana mismo serán llevados estos tesoros al museo y se expondrán a la contemplación y ejemplo de los fieles.

Cuando la conversación comenzó a disminuir en matices, el cardenal se abstraigo de las experiencias que le relataba el oficial español y anunció:

—Es llegada la hora de acudir a la Sala de las Artes Liberales, donde el Santo Padre recibirá el óbolo anual de los príncipes de Roma. En ella

admiraréis pinturas del gran Pinturichio y abundantes recuerdos de las empresas llevadas a cabo por el papa aragonés Alejandro VI.

—Gracias, Eminencia —apuntó el capitán.

Acompañados por un ujier ingresaron en la sala, donde aguardaba más de un centenar de distinguidos caballeros y damas de la alta nobleza de Roma, casi todos ataviados con soberbia aparatosidad. Se trataba de una concurrencia de poderosos y fervorosos católicos, una selecta representación del patriciado romano que había gobernado la *urbs aeterna* desde el tiempo de los césares. Clara y Martín se colocaron cerca del frío mármol de una chimenea francesa, junto al marqués, y observaron los frescos de la bóveda dedicados a las artes liberales del Medievo, el *Trivium* y el *Cuadrivium*, representados por matronas que encarnaban entre otras disciplinas al Álgebra, la Retórica, la Geometría, la Aritmética o la Música.

Martín se fijó en los escudos heráldicos de Aragón y Sicilia del papa Borja, donde brillaba el toro rojo de la familia hispana, y cuadros alusivos a la Justicia Divina, simbolizados por Job y Labán y Sodoma y Gomorra.

El carrillón de San Pedro anunció la una de la tarde.

Una impaciente emoción se palpaba en el ambiente del aula pontificia, donde una luz cromática, tamizada por los vidrios emplomados, se expandía por doquier creando expectación e incitando a la piedad y la devoción.

Compareció el Romano Pontífice bendiciendo a derecha e izquierda, y acompañado de parte de la curia pontificia ataviada con tersas sotanas escarlatas, seis cardenales con sus purpúreas capas, el maestro de cámara, una cohorte de guardias suizos con uniformes de gala, los camareros secretos y varios prelados. Pío VI era un hombre maduro, de pálida tez y de aspecto imponente. Con un solideo rojo encasquetado en su melena grisácea, vestía de blanco y cubría sus hombros con una esclavina y estola bordada de color morado.

Con la sobriedad hierática que le imponía su cargo, apenas si se fijaba en los presentes y más que andar parecía levitar. Su seráfico y terso rostro, demasiado mofletudo, las cejas angulosas y unos ojos grises profundos que se perdían en el infinito imponían a los que lo observaban. Los escalafones más altos de la jerarquía de la curia vaticana seguían tras él con los bonetes en sus manos y serios como efigies.

En medio del repentino y profundo silencio, solo turbado por el murmullo de los chapines rojos de los curiales, Martín reparó en uno de los purpurados, ofuscado como estaba por el suntuoso boato vaticano. Palideció, reprimiendo una exclamación de asombro. Comenzaron a estremecerse las piernas y todo

parecía darle vueltas. Su proverbial seguridad restallaba hecha añicos. Las manos le transpiraban y sus ojos desorbitados permanecían fijos en el cardenal de orejas de soplillo, ojos de alcaudón y perilla bífida y blanca, que, tras una pátina de respetabilidad, lo observaba inquisitorialmente con mirada retadora y de resentimiento.

«No, no puede ser. Amarga ironía de la fatalidad», pensó para sí mirando temeroso a don José Nicolás de Azara, y removiéndose inquieto.

El marqués percibió su turbación, pero la achacó al impacto percibido por el ceremonial y se jactó de su provinciano sobresalto.

—¿Os ocurre algo, capitán? —le susurró el marqués al oído.

—¿Quién es ese cardenal que va a la derecha del Papa? —preguntó.

—El eminentísimo cardenal Giovanni Battista Caprara, prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, e inquisidor general del Santo Oficio. Un hombre peligroso y devorado por la ambición, enemigo de España y de cualquier sociedad secreta que huela a ateísmo, avance, igualdad entre los hombres o masonería. ¿Por qué lo preguntáis?

—El otro día al salir de la embajada veneciana tras de vos, me di de bruces con él, aunque no lo reconocí, pues iba embozado en una capa negra. Es él.

—No me extraña, se dice que dirige esa plaga de los *zelandi* y el Círculo Octogonal. ¿Y decís que se fijó en Vuesa Merced?

—Sí, así es. Se detuvo frente a mí y me taladró el alma —reconoció.

—Don Martín —dijo, y movió negativamente la cabeza—. Si os reconoce, vuestra estancia en la embajada se convertirá en incómoda. Lleva días interrogando a viejos masones.

—Esto es una pesadilla. Antes Madrid y ahora Roma —contestó en voz baja, paralizado por la tirantez del momento.

—Despreocupaos, pero no os hagáis ver —le recomendó.

El oficial español quedó como inmovilizado, mientras el patriciado de Roma rompía el silencio y estallaba en entusiasmos y aplausos, como si una aparición sobrenatural se hubiera mostrado en el aula palatina. Martín, que procuró pasar desapercibido, se extrañó de la fervorosa reacción de los nobles. Le resultaba desmedida y le parecieron autómatas, pues cayeron de rodillas al unísono ante su presencia, como si un silbido celestial les hubiera ordenado prosternarse ante el Vicario de Cristo.

—*Viva il Papa vero!* —lo aclamaban devotamente.

Amante del arte, de la numismática y la música, la vertical y seráfica figura de Pío VI desprendía una veneración sobrecogedora, como

correspondía al soberano de muchos reyes y de millones de almas en el mundo entero. Se acomodó solemne en el trono dorado que se alzaba sobre un estrado, bajo un cortinaje alado carmesí, donde recibió el aplauso general y aguardó a que el maestro de ceremonias iniciara el rito. Un mayordomo de palacio portaba en un cojín damasquinado la Tiara de San Silvestre: el *trirregnum* papal, símbolo del poder omnímodo del Papa.

Habló el príncipe Gasparini en representación de jubileo tan esclarecido, adicto y acaudalado. Era un patricio pulcro, de cuerpo rechoncho y peluca gris, quien con frases aduladoras y recargadas justificó la entrega del óbolo como ayuda desinteresada de los hijos predilectos del Papa desde hacía siglos, para las obras piadosas y los gastos de la Congregación para la Fe, defensora y escudo de los ataques que sufría la Santa Madre por parte de los enciclopedistas y las sociedades secretas.

Martín, medio oculto por la asistencia, percibió el paroxismo de sus corazones, y más cuando el príncipe romano concluyó con una reveladora cita bíblica que le hizo estremecerse, pues parecía dirigida a él, y quizá también al huido Alexandro de Cagliostro, declarado enemigo de la Iglesia:

—«¡Sean confundidos los que buscan mi mal», dice el Señor, «y sean puestos en huida y cubiertos de ignominia». Sea Dios engrandecido. Amén — dijo.

Y el centenar de exaltadas bocas, contestó:

—*Viva il Papa vero!*

El gran penitenciario y tesorero de la Santa Sede agradeció sus palabras y rogó a los patricios que, de acuerdo con los usos del evangélico rito, los aristócratas iniciaran la procesión de entrega de dádivas.

Clara y Martín, que jamás habían presenciado semejante ritual, observaron atónitos cómo, con abnegada adhesión, se levantaban de sus asientos y uno a uno depositaban a los pies del Pontífice bolsas, faltriqueras, talegas y limosneras de seda, terciopelo o tafetán, con el escudo nobiliario de sus viejas estirpes y, a tenor del grosor, repletas de monedas de oro y plata. Luego le besaban el anillo que les ofrecía el Papa y regresaban a sus sitios enfervorizados y algunas damas llorando.

—Una tributación voluntaria de cientos de miles de ducados para la Santa Sede y sus obras pías en países de paganos —le musitó—. Es la forma que tiene la hidalguía romana de testimoniar el apoyo al Sucesor de Pedro en momentos donde cunde el desánimo entre la curia vaticana.

No obstante, a Martín aquel «impuesto» ofrecido por las grandes familias de Roma no le parecía sino un *placet* pontificio para que siguieran

especulando con sus sórdidos negocios y con su influencia en la urbe.

Clara prestó atención a que determinadas matronas no depositaban bolsas ante el estrado, sino que se despojaban de las joyas que traían para tal efecto y las dejaban en una alargada bandeja de plata, para después prosternarse ante el Nauta de la Iglesia Universal, que las bendecía afectuosamente. Ante espectáculo tan caritativo y deslumbrante, la princesa, que no sabía si el ritual correspondía a un acto de superstición, de exasperante fe, de devoción, de idolatría, de adoración a un mortal o de pasión religiosa espoleada por espíritus puros, echó a andar.

En un arrebato de convencimiento y fervor, se desprendió del brazo de Martín y se acercó pausadamente al estrado pontifical. Se arrodilló y dejó caer en la bandeja el collar de perlas de Ceilán que le regalara doña Victoria antes de salir de Madrid. Había sido un impulso salido de su alma.

«Seguro que ella estaría encantada de esta piadosa acción», pensó en la hermana del virrey Mayorga.

En aquel preciso instante, el cardenal Bartolomeo Pacca bajó la testa y, al oído del Romano Pontífice, cuchicheó unas palabras en las que le explicó que no se trataba de una mujer de la grandeza romana, sino de una princesa convertida al cristianismo y llegada del Nuevo Mundo.

—Es una distinguida huésped de la embajada de España, Santidad, y ha acarreado presentes para los Museos Vaticanos —musitó al oído, a lo que Pío VI asintió sorprendido, pues nada conocía del asunto.

—Dilecta hija, aproximaos a Nos —dijo en castellano, y Clara se acercó a menos de un palmo de su rostro—. Nos llena de alegría que Cristo se manifieste en vos y que vuestros súbditos hayan conocido la verdadera fe, *ad maiorem Dei gloriam*. Nos os agradecemos vuestro presente y os corresponderemos. *Grazie*, princesa Clara.

La aleuta, sobrecogida porque unas palabras tan sencillas hubieran salido de los labios de aquel dios, rey, pontífice y soberano absoluto de almas en la tierra, solo pudo balbucear:

—Mi pueblo ya nunca se apartará del Señor, Santo Padre.

Martín, que no podía creer lo que veía, y que nunca hubiera imaginado la animosa intrepidez de su esposa, levantó la cabeza y volvió a cruzar la mirada con el cardenal Caprara, que tenía sus retinas clavadas en él, como si estudiara sus sentimientos, sus deseos, sus desviaciones de la fe y lo que pensaba hacer con él acabada la ceremonia.

Clara, transformada, regresó a su lado y lo besó en la mejilla.

El Sumo Pontífice, que dominaba con su mirada benévola a la enfervorizada asistencia, alzó los brazos y dirigió en italiano una sentida plática, escuchada por sus ilustres asistentes con entusiasta recogimiento. Enseguida peroró sobre las desviaciones y errores que asolaban la Cristiandad y que solo traerían dolor a la Iglesia, deplorando su auge.

—Se esconde una intención manifiesta, *filiari*, en esas sociedades masónicas —adujo el Papa—. Su finalidad es ocasionar furiosos daños a la Iglesia y a Nos, Su Vicario —aseveró, y su voz sedosa revoloteó por la atiborrada Sala de las Artes Liberales, al tiempo que agradecía la generosa colecta y contribución del patriciado de la *urbs* a los gastos de la curia—. *Laudetur Iesus Christus!* —concluyó Pío VI, y un vendaval de devociones, aplausos y piadosos clamores lo despidieron.

El mayordomo papal hizo una señal y Pío VI descendió del solio apostólico, iniciando entre bendiciones la comitiva hacia sus habitaciones privadas, mientras los guardias suizos contenían a algunas inflamadas matronas que deseaban palparle la esclavina, la sotana y la estola.

—*In nomine Domini* —bendecía el Papa—. *In nomine Domini*.

El semblante del cardenal Caprara, con su canosa y puntiaguda perilla en posición prominente, se contrajo al pasar junto al capitán español, que sintió como un temblor perceptible y un sudor frío en el cogote. Con gran desconfianza, inclinó la cabeza a su paso. Solo veía en aquel prelado, no la humildad evangélica y la santidad adecuada a su estado, sino soberbia, petulancia y cinismo.

—Grandiosa ceremonia —opinó Martín al entrar en el carruaje—. Aunque mi lógica se ha exasperado con un rito que indignaría a cualquiera que deteste esa adoración fanática hacia una persona, sea esta quien sea.

—Sabia reflexión, capitán. Pienso como vos —añadió don José Nicolás—. Pero si os traje fue por contentar a vuestra esposa, nada más.

—Y yo os lo agradezco sinceramente, marqués —le replicó.

Clara, que seguía emocionada con el espectáculo y alborozada porque el Romano Pontífice le hubiera hablado en exclusiva, opinó:

—Señores, yo aún no comprendo las sutilezas de la religión cristiana, pero la recepción me ha resultado muy emotiva, compensando mis carencias sobre el alcance de los dogmas. No la olvidaré jamás.

—Agradezco vuestra sinceridad, doña Clara —la lisonjeó don José.

—Ignoro si nuestro Dios es el verdadero, pero no existe deidad en el mundo que habite en morada tan deslumbrante y con un boato tan espectacular y grandioso. A veces el poder de un dios hay que visualizarlo y

probarlo para llegar a entender su auténtica grandeza —contestó la mujer con dulzura, y los dos varones la miraron fascinados.

El sol del mediodía iluminaba de plano la suntuosa fachada de San Pedro y la colosal plaza donde los peregrinos y los orgullosos patricios deambulaban confundidos en una amalgama de voces y colores.

Martín volvió la cabeza y pensó que la riqueza y el poder temporal atan al hombre a la tierra, y que el jefe supremo de la Iglesia debía ser un guía íntegramente espiritual. Luego recordó el versículo evangélico: «*Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam*».

La alarma se había apoderado de él, y suspiró profundamente.

Don José Nicolás de Azara y el oficial estaban frente a frente en el despacho privado del embajador, donde habían apurado una chocolatera y una bandeja con una dulce *pannaccota* piamontesa. El diplomático, con la cabeza erguida, y Martín, con la mirada inquieta, donde centelleaba su fuerza interior y su inteligencia, habían conversado sobre su viaje de regreso.

—Bien, ahora podemos hablar a nuestras anchas, don Martín, del asunto de Cagliostro, que aún no está esclarecido del todo, aunque se sabe que se le ha escurrido de los dedos a Caprara, cuestión que lo mantiene enfurecido, hasta el punto de que hacen chanzas de él en el Vaticano.

El español ya no se sorprendía del poder de la curia romana.

—¿Y creéis que esta ingrata situación me puede perjudicar?

—Vuesa Merced tendrá que perdonar mi claridad, pero creo al menos que os mantendría preocupado. Ese cardenal es un ser abyecto y vengativo que aprovechará una salida de la embajada para abordaros e importunaros. No lo hará aquí, pero estoy persuadido de que lo intentará.

—La venganza no es precisamente el ornato de un alma noble, y menos de un príncipe de la Iglesia, pero lo asumo —se pronunció el militar—. ¿Y qué me ibais a proponer, señor marqués?

El procurador general de la embajada no podía ocultar su embarazo y le afloró un ligero sonrojo que le producía la falta de hospitalidad debida.

—Pues bien, he estado pensando y he urdido un plan para que, pasado mañana, podáis dejar los Estados Pontificios sin ser vistos y así no regalarle la menor posibilidad a ese diablo vestido de púrpura que no sabe lo que significa la caridad evangélica de Jesucristo —manifestó grave.

—Os escucho, don José —dijo, y abrió su mirada interesada.

—Veréis, prestadme atención. Mañana al amanecer saldrá por la puerta del patio el carro de las vituallas de la embajada, como es costumbre diaria, aunque esta vez llevará vuestro equipaje a Civitavecchia. Lo embarcará en la gabarra con el pabellón real hispano que allí atraca. Por orden del rey siempre aguarda allí por si lo requiere el embajador para alguna misión oficial.

—Os sigo —dijo Martín, pendiente de sus labios.

—Al día siguiente, doña Clara y Vuesa Merced asistirán a misa de ocho en la iglesia de la Trinitá dei Monti acompañados por mí y otros miembros de la embajada, para evitar tentaciones al cardenal de deteneros. Una vez en la iglesia, ocupad el lado derecho, lo más cerca posible de la sacristía. Esperad al momento de la comunión, cuando los fieles se levantan, van y vienen sin control. Con disimulo entrad en ella.

—¿Y no habrá nadie allí? —se interesó intrigado.

—Sí, un sacristán que os conducirá a una calleja trasera y apenas transitada, donde os aguardará un carruaje que os conducirá en menos de medio día al puerto de Tirreno. La gabarra real os conducirá a Nápoles, donde la semana próxima zarpa la flotilla comercial rumbo a Valencia. En el reino de Nápoles nada pueden las insidias de ese ruin inquisidor.

El capitán lo miró con agradecimiento y realizó una irónica mueca.

—El plan es sustraerme de las garras del «celoso» Caprara y evitar algún encuentro engorroso con la Curia vaticana, ¿no?

—Ni más, ni menos, don Martín. Es mi deber y mi deseo —sonrió.

—El agradecimiento más sincero en mi nombre y en el de mi esposa. Mi estancia en Roma no ha podido ser más aventurera.

—Estoy encantado de haberos conocido, a vos, don Martín, y a vuestra delicada esposa, y de haber estrechado la mano valerosa de un soldado al que preceden tantas proezas como a vos, amigo mío.

—Gracias. Cada uno engrandece a su patria allí donde es llamado. Así que sumemos pues voluntades, Señoría. Desde que me tropecé con ese atrabiliario personaje pensé que debía desaparecer cuanto antes de Roma y de las zarpas de los *zelandi*, que ya me espionaron en Madrid. Sacaré ánimos de mi propio reto —añadió.

Tras la conversación con el marqués, Martín se sintió confortado, dueño de sí mismo y de su entereza. Le era urgente restituir la fuerza de su voluntad y pensar en la vida que realmente le interesaba: la de la milicia. Tenía que trazar una línea, cerrar su estancia en Europa y aferrar la vida con el pulso de la razón, el sacrificio y cabalgar por sus eternas y vastas praderas de Santa Fe. Ante la incertidumbre de un lamentable desenlace, Martín tomó la única

resolución que consideraba infalible: abandonar Roma. Debía volver a encontrar su proverbial serenidad y a sentir la fuerza del viento montado en su caballo por la frontera de Nuevo México.

«Mis reglas de siempre me devolverán mi fortaleza», caviló.

Cuando el capitán se disponía a abandonar el despacho sonó seco el llamador de la puerta principal. Don José, que despedía al oficial, miró desde la balaustrada y vio a un doméstico de la Sede Pontificia con su habitual vestimenta roja con vueltas doradas, que dejaba un paquete.

—Para la *signora* Clara de Arellano, de Su Santidad —anunció.

Un leve pero intenso fulgor de interés brilló en la mirada de Martín, que llamó reiteradamente a su esposa, ante un Azara asombrado. Apareció Clara en el rellano sobrecogida, y pasaron al estudio, donde lo abrieron. Bajo el papel de seda con los lacres vaticanos había una tarjeta color ocre:

In nomine Iesu Christi (*Escudo de las llaves pontificias*)

Señora Clara Eugenia de Arellano, princesa de Haida Gwaih:
Es deseo del Santo Padre que conduzcáis a vuestras tierras vírgenes una imagen del Niño Divino bendecida por su unguida mano, para que, en su devoción, la fe de Jesucristo florezca en vuestras islas.

Et Christus factus est. Y Cristo se hizo hombre.

Papa Pío VI. Pontifex Maximus. In Sede Romae, anno Domini 1780.

Recibid la bendición de Su Santidad.

El marqués, vivamente impresionado, y viendo que el presente del Papa no era sino un nacimiento napolitano de singular belleza, seguramente tallado por un experto tallista italiano, exclamó entusiasta:

—¡Un *presepio*! ¡Una representación en miniatura de la Natividad!

Clara lo examinó con devota admiración, pasó sus sedosas manos por las figuritas de la sagrada familia y, como si el mismo Vicario de Cristo lo hubiera elaborado con sus manos para ella y lo hubiera colocado en la parte más secreta de su alma, comentó llorosa y conmovida:

—Enviaré una nota a la Curia para mostrar a Su Santidad una ínfima parte de mi infinita fidelidad y de mi gratitud. Me siento muy dichosa.

—Tomad tinta y papel. Hoy mismo será enviado, señora —la invitó un alborozado Azara, que hacía tiempo que no había asistido a un gesto de tanta jerarquía, nobleza y significación por parte de la Santa Sede.

Y en la embajada no se hablaba de otra cosa.

La barrera azul de las montañas Albanas, bañadas de un tinte granate por la declinación del día, sirvió para apagar las velas y descansar en el silencio

de la habitación. El capitán atrajo hacia sí a su idolatrada Clara, para con el contacto prolongar su afecto y su pasión inacabable.

No deseaba separarse nunca de ella y ni los esbirros del cardenal Caprara lo conseguirían. Se observaron durante unos instantes y Martín la rodeó con sus brazos para conducirla hacia el mullido lecho. Sus cuerpos desnudos se entrelazaron y se incendiaron durante horas en un largo frenesí de caricias, besos y abrazos.

Envueltos en una embriaguez que los abrasaba, dieron paso a la noche, cuya luna lamía con destellos azulados el voluptuoso cuerpo de la princesa. El oficial la poseyó con ternura y ardor inefables, y la mujer concluyó su fluyente unión con una sonrisa satisfecha y jadeante.

Martín, con los ojos cerrados, esperó desmadejado la brisa del alba, que precedería a una indecorosa y extraña salida de la Ciudad Eterna.

Veracruz, Jalapa y México. Nueva España

Después de una huida degradante y poco airosa de Roma, y tras una estancia rica en acontecimientos y recuerdos irreemplazables, partieron en secreto de Nápoles. Rodearon la costa mediterránea española sin más contratiempos que una mar calada en el golfo de Cádiz, y en *La Atrevida* surcaron la mar oceánica del Atlántico.

La carraca real había partido del Puerto de Santa María con buenos auspicios, pero el viaje estaba resultando extenuante y comprometido, y Clara rezaba a Dios, rogando vientos favorables. Uno tras otro se sucedieron avatares desfavorables que hicieron pensar a Martín que se aventuraban a un naufragio inevitable, si las tormentas no amainaban cerca ya del Mar de los Caribes.

Al hostigo de las islas de Sotavento avistaron naves inglesas y tuvieron que soportar además temporales impetuosos que les impidieron recalar en La Española, como había previsto el capitán. Llegó un momento en el que las jarcias crujían a punto de romperse y los remojados velámenes se resistían a ser izados. La nave se desvió temerariamente hacia los arrecifes de isla Martinica, cementerio secular de naves españolas, mientras las olas elevaban espumas gigantescas sobre el cascarón.

Pavor y amenaza. Los truenos, rayos y relámpagos se recrudecieron y el desconcierto se apoderó de la embarcación, aunque en una admirable maniobra del capitán de la nao pudo rumbear hacia Cuba y poner a salvo a personas, mercancías y correos.

Martín temía por la salud de Clara, que, postrada y vomitando cuanto ingería, no abandonaba su húmedo camarote, que olía a un repulsivo tufo a sal empapada y a brea. Le sobrevinieron accesos de fiebre que tenían preocupado a Martín, que no se apartaba de su lado. Zarparon días después de Puerto Manzanillo y, tras una semana rumbeando por las islas, en un ocaso cárdeno y

encrespado que amenazaba nuevas tormentas, divisaron Veracruz. Estaban a menos de veinte millas de tierra firme, y los esposos se abrazaron de júbilo.

Pero la aleuta tenía la mirada trastornada, los labios agrietados y su cuerpo era la viva expresión de la debilidad después de haber cruzado el Mediterráneo y el océano Atlántico. Había perdido peso, tras un horrendo mes de travesía, y, aunque ingería pulpa de limón y naranja, se encontraba desfallecida. Sin embargo, el tormento para Clara había llegado a su fin.

Nada más atracar, Martín abrigó a su esposa, que tiritaba de frío, y descendió la escala tras despedirse del capitán. Estaba intranquilo y se presentó ante el factor de la Corona, un personaje de mirar plácido y dentadura caballuna, que gestionaba la arribada y la salida de las flotas. Lo acompañaban el oficial de Hacienda y el escribano real, a quienes mostró sus credenciales firmadas por Su Majestad el rey, solicitándoles un físico para que atendiera a su esposa, aquejada de temblores y de fiebre.

El médico de la Armada, un hombrecillo pomposo e insignificante, pero expeditivo y servicial, la examinó en el dispensario y compareció en el despacho con el gesto preocupado y las antiparras caídas.

—¿Pensabais proseguir viaje, capitán? —preguntó el galeno, observándolo con su mirada analítica, tras sus gruesos cristales.

Clara Eugenia los miraba con ansiedad, dolor y desamparo.

—Si mi mujer lo pudiera soportar, tras unos días de descanso, ese era mi propósito —adujo—. Tengo que presentar mis respetos e informes de la misión en Europa al virrey Mayorga, y luego proseguir hacia mi destino en Santa Fe, en Nuevo México. Allí se me espera con urgencia.

—Su esposa no debería viajar al menos en un par de meses. Está seriamente enferma —dictaminó asertivo el médico.

—Para mí su curación es lo único importante, señor —se pronunció.

—Veréis, no me gusta imaginar expectativas. Su esposa padece una pulmonía y precisa de descanso absoluto en cama y de cuidados específicos para ese mal —informó severo.

—Pues si depende mí, los tendrá. Quedo a vuestras indicaciones.

Se produjo un preocupante silencio que interrumpió el médico:

—Veracruz es conocido por ser un lugar húmedo y poco sano. Precisa de un sitio seco para su reposo y cura, ¿comprende Vuesa Merced?

—Claro, señor —asumió—. Y, ¿entonces? —lo observó en suspenso.

Los tres funcionarios reales se miraron y asintieron al unísono.

—Escuchad, capitán —señaló el factor, un hombre resuelto y lleno de soltura y agudeza—. En Jalapa, ciudad cercana a Veracruz, existe una

residencia para oficiales reales de la Flota de Indias, que la ocupan hasta su regreso a España. Ahora está desocupada, aunque atendida, y lista para ser habitada. Creo que es el sitio idóneo para que repose y se recupere.

—Yo os acompañaré —lo calmó el médico—. Está muy cerca del convento de San Francisco, en un lugar muy saludable, y pediré a los frailes que la cuiden, aunque bajo mi supervisión, claro está.

—No sabéis cuánto agradezco vuestras atenciones y desvelos, Señorías. No sé cómo agradecerélos. ¿Pero corre algún peligro mi esposa?

—Si es atendida adecuadamente y descansa lo suficiente, para la Natividad del Señor podríais reemprender el camino, si es que no empeora. ¡Vamos, no hay tiempo que perder! En tres horas podremos estar allí y proporcionarle los primeros remedios —lo apremió.

—De acuerdo, tomemos ese camino y encomendémonos a Dios.

—Y no se preocupe Vuesa Merced, los gastos de esa residencia son asumidos por la Hacienda del virrey —lo confortó el factor—. ¡Salud!

Martín tardó en asumir la gravedad de la situación, pero la admitió. Clara solo deseaba descansar y que terminaran los traqueteos y sacudidas del carruaje. Pronto observaron que Jalapa era efectivamente un florido vergel, y la princesa, con sus ojos turbios, se alborozó al divisar el macizo de palmerales, cocoteros, liquidámbaros, sauces, almendros y los exuberantes campos de caña de azúcar, que alegraron su decaído ánimo. Respiró profundamente y sonrió al cirujano y a Martín, que apretaba su mano. Sobresalía por encima de los tejados rojizos la mole conventual de San Francisco, recortada por las cumbres azuladas del horizonte.

La señorial residencia donde debía recuperarse era un palacete que había pertenecido a un capitán de Pedro de Alvarado. Estaba embellecido con jardineras de geranios y malangas, y su fachada de piedra dorada, con heráldicas, rejas sevillanas y faroles castellanos. Descendieron del vehículo y tanto Clara como Martín pensaron que era una almunia confortable, donde su cuerpo recuperaría la salud perdida.

—Querida Clara, olvídate de todo, descansa y recupera tu energía. Si algo aciago te ocurriera no lo podría soportar.

—Con la ayuda del Niño Dios, lo lograré —dijo con voz extenuada.

En las dos primeras semanas, a Clara, postrada en el lecho, le costaba respirar y la fiebre mantenía su cuerpo jadeante, y a veces se agitaba en la cama devorada por la calentura. Martín observaba sus pupilas apagadas y su gesto temeroso y vulnerable, y cómo se debatía entre delirios. Martín escuchaba las discusiones del franciscano y del cirujano de la Armada Real,

quienes, a base de paciencia, emplastos, timiamas y medicinas, consiguieron reducirle la fiebre, aunque la neumonía se resistía a desaparecer.

Martín, al que le costaba trabajo aceptar la nueva situación de inacción y de espectador pasivo de la evolución de su querida esposa, deambulaba por Jalapa acongojado por la postración de su cónyuge; y como el tiempo de recuperación se retardaba, decidió comunicar la situación a sus superiores con sendas cartas.

Bajo la luz de un flamero que mitigaba la oscuridad de una de las primeras noches en vela, el preocupado oficial desparramó sobre la mesa su recado de escribir: la tinta *atramentum*, las plumas afiladas y algunos papeles. Impregnó la péndola en el tintero de peltre y, tanto al coronel Anza como al virrey de Nueva España, les notificó el contratiempo de la enfermedad de su esposa y los cuidados que recibía en Jalapa, situación que retardaría su presencia en México y en Santa Fe, hasta al menos la Epifanía del Señor, en los primeros días de enero.

A la epístola dirigida al virrey Mayorga, acompañaba un informe pormenorizado en el que le relataba sus pasos por Madrid y Roma, así como la providencial ventura del encuentro personal con Su Majestad el rey don Carlos y con Su Santidad Pío VI en la insólita ceremonia del Óbolo de San Pedro, y de la amistad que había trabado con su amigo, el vizconde de Borba, al ingresar en la logia madrileña.

En la angustiosa espera, cuando el desaliento y el pesar habían dejado sin ánimo al capitán de dragones y minada su proverbial seguridad, acaeció lo largamente anhelado. Pasada la festividad de Todos los Santos, la enferma se atrevió a abandonar la cama para asistir a misa en el convento. Pero en la iglesia no hacía sino llorar, aunque eran lágrimas de un júbilo irreprimible. El sombrío recuerdo de las travesías y los días de fiebres y postración habían concluido.

Ahora solo tenía que recuperar el brío, que recobró enteramente en los fastos de la Natividad del Señor, en los que sorprendió a sus cuidadores, a los frailes del monasterio franciscano y al mismo Martín.

—Esposo, cuando estaba postrada en el lecho y no sabía si algún día lo abandonaría totalmente curada, prometí que, si me recuperaba, donaría al convento las figuras del nacimiento del Señor que me regaló el Santo Padre en Roma. No sé si lo apruebas o no, pero estoy decidida a hacerlo.

—Si es tu deseo, así se hará, querida —dijo Martín, besándola.

La noticia de la presencia en Jalapa de las extraordinarias figuras de la Natividad bendecidas por el propio Pontífice y de su ofrecimiento al convento

corrió por la villa y por toda la comarca. La abigarrada capilla de San Francisco parecía haber cobrado vida propia en la celebración de la Misa del Gallo del día de la Natividad. Surgieron decenas de fervorosos habitantes de Jalapa, españoles, criollos e indios, portando en sus manos los presentes más dispares, que deseaban ofrecer ante el nacimiento que había sido tocado por las manos santificadas del mismísimo Papa de Roma.

Caían de rodillas ante el *presepio* expuesto ante el altar, mientras el prior, con lágrimas en los ojos, los recibía con obsequiosa afabilidad. Cuando Clara llegó al templo, centenares de ojos se incrustaron en la singular dama que había conversado con el rey don Carlos y con el Padre Santo de Roma y la reverenciaban como si fuera una reliquia o un santuario andante.

En los primeros días del año nuevo, con Clara recuperada de sus dolencias, los esposos decidieron tomar la diligencia, que acompañada por un regimiento de artilleros se dirigía a la capital virreinal. Al fin las horas sin peso fluyendo por un caserón ocupado por el silencio y el olor a las medicinas habían concluido para los dos.

Martín se internaba de nuevo en el presente. Había recuperado la armonía y las ganas de vivir y su existencia tomaba sentido tras muchos días de tediosa espera. Al ver a Clara Eugenia de nuevo moverse con su habitual lozanía y vitalidad creía haber recuperado la totalidad del mundo.

Vista en la lejanía, la ciudad de México se asemejaba a una gigantesca cantera de piedras pulidas que había emergido de la vieja espuma de la civilización mexicana. Hacía frío y un viento seco cortaba el resuello. El empeño de Martín era entrevistarse cuanto antes con el virrey Mayorga, una vez que se hubieron instalado en la casona del conde de San Mateo de Valparaíso, ante la alegría de doña Ana María de la Campa, encantada de servir de nuevo de anfitriona al exótico matrimonio.

Clara le regaló un rosario de perlas bendecido por el papa Pío VI y dos litografías que representaban el antiguo Foro de Roma y el Panteón, que la dama agradeció con lágrimas en los ojos, en tanto la princesa aleuta le hacía alusiones constantes sobre lo que había vivido en la Ciudad Eterna, que doña Ana María de la Campa escuchaba con verdadero arrobamiento.

—¡Y el mismo Papa os ha hablado, querida! Estáis bendecida para toda la eternidad. ¡Qué halago! —le dijo la dama.

La cruda mañana del 15 de enero de 1781, un abajeo de nuevas sensaciones condujo al capitán hacia el palacio gubernamental, donde

percibió las mismas imágenes, las mismas voces desencajadas de los comerciantes, las órdenes a los guardias y la misma exaltación de colores de los frutos y mercaderías que se exhibían en los carromatos.

No hubo necesidad de palabras y de presentaciones. El sargento de guardia, que parecía esperarlo, se cuadró ante él y le preguntó:

—¿El capitán Arellano?

Receloso, esbozó la respuesta con un esfuerzo mínimo.

—Así es, sargento —replicó.

—¿No llega con retraso? Lo esperábamos antes, señor.

—Un imprevisto, sargento. ¿Podría ser recibido por el virrey?

La boca mellada del suboficial palpitaba entre su mostacho y sus labios carnosos.

—Con todo el respeto, es imposible, mi capitán —lo interrumpió—. Su Excelencia se halla gravemente postrado en su residencia de Cuernavaca. No obstante, el intendente general, don Pedro de Corbalán, dio órdenes de que se os condujera a su presencia cuando arribarais a la Capitanía. Seguidme, os lo ruego.

Martín miró renuente al sargento. Pero ¿acaso no le había maliciado el virrey que temía que los partidarios de Gálvez lo envenenaran? ¿Habría tenido lugar la fatal premonición del virrey? Sabía que sus enemigos poseían los medios para llevar a cabo la ignominia y temía por su vida. Luego se preguntó si la carta que le enviara al conde de Aranda habría obrado el efecto deseado. Parecía ser que no, y no lo entendía, pues el vizconde de Borba le había asegurado que su protector, el conde de Aranda, poseía mano fuerte en la corte de Madrid.

Lo siguió con prevención, y coligió que las intenciones de don Fermín quizás habrían sido tardías y estériles.

El intendente general, un individuo de rostro moreno, largas patillas, adusto y trivial, ocupaba el despacho del virrey. Tenía el pelo grasiento, atusado hacia delante y retocado en unos rizos ridículos. Vestía sin el boato de los dos virreyes que había conocido y se mostraba con una simpleza impropia de un cargo tan relevante, por lo que Martín adivinó que se trataba de un hombre de paja de la familia Gálvez, que actuaba según sus designios.

Se protegió de él y calculó que con unos simples argumentos podría desarbolarlo en caso necesario. Tras los convencionales saludos, Corbalán lo invitó a sentarse, mientras releía el informe enviado a Mayorga desde Jalapa, y que al parecer les había sido de gran utilidad.

—En realidad, capitán, solo deseo corroborar los datos. Veo que os entrevistasteis con Floridablanca, con Su Majestad y con el secretario de Estado del Vaticano, donde depositasteis los trofeos indios, ¿verdad?

—Así es, Excelencia. Cumplí la misión tal como me pidió Su Majestad, y hoy tanto en Madrid como en la Santa Sede conocen nuestras proezas en defensa de la fe y de los intereses de nuestra patria en estas tierras.

—Loable labor, capitán —dijo con su voz meliflua.

El intendente cambió a un registro de cuidada y falsa cortesía.

—Nuestro dilecto virrey, cuya salud tanto nos preocupa, os tiene en gran consideración y ha anotado al margen unos perfiles que ya los deseara para sí un mariscal de campo. Y su antecesor, Bucarelli, también tenía formada gran opinión de Vuesa Merced, según veo.

—Gracias Señoría, yo también estimo al virrey Mayorga y rezaré por su pronta curación. Sobre Bucarelli, lamenté su muerte —aseguró, y pensó que aquel individuo hablaba con doblez y que le gustaba mostrar una actitud de superioridad por el cargo que ocupaba interinamente, aunque este fuera a costa de buscar la perdición de un hombre filántropo y capaz.

Después habló mostrando un gesto amable, y hasta ingenuo.

—Bien, capitán Arellano, me cabe la prerrogativa de entregarle un despacho de ascenso. Lo dejó firmado el virrey Mayorga y sus órdenes deben ser cumplidas. No lo esperabais, ¿verdad?

Martín iba a añadir algo sobre la misión en Europa cuando se vio desconcertado por la contundencia de un anuncio que no esperaba.

—¿Ascenso decís, Señoría? —balbució.

—Así es —le confirmó el intendente—. Sois promovido desde primeros de enero al cargo de comandante general de la Baja y Alta California, con sede y puesto de mando en la ciudad de Monterrey, y con gobierno y administración de los regimientos y presidios militares de esas provincias, y claro está, bajo la supervisión del gobernador, su Excelencia don Felipe de Neve, soldado como vos, que ya ha dado el beneplácito.

—Lo conozco, señor intendente, y es un gran privilegio trabajar a sus órdenes. Formó un esforzado regimiento, los dragones de Querétaro, que imagino serán mis hombres en California. No defraudaré a don Felipe, ni al virrey —adujo.

—Así lo esperamos, don Martín. Tuvo malas relaciones con Ribera, el anterior comandante, y ha aplaudido vuestra elección. Es un militar de prestigio que se formó en los campos de batalla de Europa. El virrey lo tiene por un estricto gestor y un juicioso militar. Está reformando el sistema

administrativo de la península californiana al gusto de Floridablanca y de Su Majestad. Trabajo y obediencia a los indios, a cambio de protección de la Corona de España. Ese es su lema.

El intendente le largó el documento con los sellos y lacres colgando, y Martín, tenso y complacido, recordó a sus padres y a Clara. Su futuro se presentaba regalado a sus ojos, aunque con azarasas obligaciones.

—Me siento muy reconocido al virrey Mayorga, y a vos, Señoría —suspiró mientras lo releía—. Honraré mi cargo, os lo aseguro. Y perseguiré junto al gobernador la avenencia entre españoles, mexicanos e indios.

—Pues dicho y comunicado queda, comandante. Es nuestro deseo que ocupéis el cargo antes del verano y que antes ayudéis al gobernador Anza a ultimar su renombrada paz entre los indios de esas latitudes.

—Tendrán todo mi apoyo. A ambos nos mueve la concordia. La paz firmada con los comanches ha tenido, Señoría, más importancia de la que suponéis. Y como el sufrimiento no tiene patria y su lengua es universal, los dragones han soportado en sus carnes este titánico esfuerzo.

—En esta Capitanía se sabe que la Comanchería es hoy por hoy habitable y próspera gracias a su esforzado arrojo, os lo aseguro.

Martín quiso ilustrarlo, concedor de su más que posible ignorancia.

—Nuestros soldados la han pacificado con su valor y esfuerzo, y en nuestro avance hacia el norte y el oeste del continente, dejamos tras las huellas de nuestros caballos inmensos territorios habitables y seguros. Ese es nuestro legado, señor.

El intendente tardó en contestar, como si lo que iba a decirle fuera un secreto de Estado, pero lo soltó orgulloso.

—Cierto, don Martín, y no solo dominamos el suroeste con la red de presidios desde Tejas a California, como Vuesa Merced asegura, sino el centro, desde Luisiana a los Grandes Lagos. En vuestra ausencia hemos rendido cerca de Charlestown dos fragatas inglesas, hemos remontado el Mississippi y tomado el fuerte británico de San José. Don Bernardo de Gálvez ha tomado Pensacola, propiciando con nuestros recursos y ejércitos que las tropas de George Washington venzan al general inglés Cornwallis. En el norte y el oeste del continente ondean nuestras banderas como únicas garantes de la paz y la estabilidad —enfaticó orgulloso el intendente.

Cuando hubo concluido la audiencia, el mismo sargento de guardia lo acompañó hacia la puerta, momento en el que Martín se le acercó y le rogó amistoso:

—¿Podrías hacer llegar una carta mía personal al virrey Mayorga?

Por unos momentos el suboficial apretó los dientes. Incomprensiblemente le devolvió unas cuantas frases llenas de secretismo, temor y ambigüedad. Luego negó con la cabeza y achicó su voz:

—Cómo se nota que mi capitán no está al tanto de lo que aquí se cuece. ¿Llevar una nota a un virrey caído en desgracia, que apenas si le queda un hilo de vida? —insinuó con apesadumbrada reserva—. Resulta imposible, y nunca le llegaría, ¿sabéis? Para sobrevivir en este estercolero de intereses, ansias de poderíos y provechos, hay que estar sordo, ciego y hacer la vista gorda a todo. Incluso a lujosas chocolateras de plata con venenos en los posos y servidas por gente muy linajuda. ¿Entendéis?

—¿Por qué decís eso, sargento?

—Soy un soldado desde que tenía quince años y he matado y visto matar. Pero eran muertes heroicas en el campo de batalla. Pero aquí he visto muertes sucias, traicioneras y vergonzosas que me hacen vomitar.

—Os entiendo. Olvidadlo, y que Dios ampare al virrey.

—Ya es demasiado tarde, mi capitán —dijo, y desapareció cabizbajo.

«¿Qué vertedero de mentiras y de malas conciencias es este antro de poder y de codicia?», pensó, sabiendo que las previsiones de Mayorga se estaban cumpliendo cabalmente, aunque para su desgracia.

Ahora solo deseaba volver a cabalgar por las praderas vírgenes e infinitas de sus queridos y añorados Nuevo México, Tejas y California.

Aquella misma noche se remató la feliz noticia con una cena privada entre los esposos y doña Ana María, que enumeró las excelencias del puerto y el presidio de Monterrey, donde la dueña poseía intereses comerciales, ya que tres de las naves de su marido, el conde, zarpaban y atracaban en aquella bahía para negociar con las islas Filipinas.

—Lo más importante es que vamos a vivir en el puerto que comunica comercialmente las islas de Clara con el Imperio. Sé que desde hace tiempo anhela abrazar a sus padres y a su familia, y el viaje es más que seguro en alguna de las goletas del experimentado capitán Martínez.

—Es el mejor regalo que la providencia podía hacerme, esposo.

—Cuando los barcos se hagan a la mar cumplirás tu sueño, querida. Son seiscientas millas, solo unos pocos días de singladura en barcos de la Armada y al cuidado de buenos amigos y hombres de honor.

Acomodados en el confortable lecho ofrecido para la anfitriona, con sábanas de satén y almohadones bordados, los esposos recomenzaron lo interrumpido

en Roma. Clara lo entendió. Ella también lo deseaba, y ahora que la situación militar de su marido se cimentaba en un porvenir más que satisfactorio y de reconocimiento social, anhelaba darle un hijo. La aleuta se desnudó, dejando al fulgor de la vela de la cómoda su carne blanca, trémula, deseable y lujurante.

Los resplandores de poniente trajeron las primeras estrellas del anochecer y las luces tenues de la vigilia. Clara y Martín se entrelazaron en la oscuridad y se mantuvieron apretados unos instantes, disfrutando del calor de sus cuerpos. El amante deslizó sus dedos hábiles por los hombros, el pecho y las ingles de su esposa y rozó sus erectos pezones con los labios. Aquella noche a Martín le pareció que su fresca piel estaba más tersa, más sérica, más suavemente aterciopelada.

La mujer acarició su turgencia viril y, tras unirse a él en un asalto tan pasional como tierno, contribuyó con su pujanza ante el acoso de su esposo. Una sensación ignorada los condujo hasta el umbral más allá del placer conocido. Al poco, el voluptuoso cuerpo de la aleuta comenzó a temblar y a precipitarse en la profundidad de un desfallecimiento sensual y placentero.

Para Clara había sido un acto místico y se durmió plácidamente.

A Martín, escrutando aún despierto la oscuridad de la alcoba, y sintiendo la perfumada respiración de Clara, le pareció que los favorables espíritus de su destino remolineaban junto a la tibia brisa de la noche.

Santa Fe

Con los primeros y tímidos haces de un sol frío, y tras dos horas de cabalgada, Martín de Arellano supo que se acercaba a Santa Fe.

Le llegó el inequívoco repique de las campanas de la iglesia de San Francisco, los redobles de los tambores, los clarines de órdenes del cuartel y el bullicioso alborozo de una ciudad viva y estrepitosa, en devoradora actividad desde el alba.

Ante su alborozada visión aparecieron las atalayas ocres del presidio y del palacio del gobernador, las cureñas apostadas en los contrafuertes y las piezas de artillería que relucían con el sol, y advirtió la masculinidad arrogante de los soldados rasos y de los expeditivos dragones que hacían la instrucción en el patio de armas, con los sables en ristre y al galope en abigarrado grupo y simulando un ataque indio.

Sabía que se hallaba al fin en su casa, y sonrió. Era su vida.

Se envolvía en una capa con los ribetes dorados y charreteras con hilos de plata y el cordón amarillo en el amplio sombrero azul, acorde con su nuevo rango, y en las bocamangas lucía el doble entorchado bordado en oro, así como el bastón de mando que podía exhibir en la guerra, en los consejos y en las paradas militares.

Martín había cumplido meses atrás los treinta y tres años y se había convertido por mor de su indómito valor, y con la ayuda de la fortuna, siempre ineludible en la vida, en un prematuro pero respetado oficial del Estado Mayor del Virreinato, por lo que sus opiniones deberían ser oídas en lo sucesivo respecto a la política a seguir en el territorio.

Entumecido por la larga cabalgada desde Tucson, y tras ser saludado y felicitado por los oficiales, exploradores, cocineros, médicos, soldados y criados, dejó el caballo y mandó descansar a sus dos escoltas y al cabo que lo habían acompañado. Escuchó un puntual «¡adelante!», y al entrar comprobó que no había ningún oficial del presidio. Anza estaba solo.

El trepidante fuego de la chimenea echaba chispas. Don Juan Bautista de Anza estaba de pie, con la casaca indecorosamente desabrochada, su sempiterno puro habano en la boca, delante de la bandera imperial que perfilaba su perfil de auténtico soldado.

La observancia formal del rango que poseía y el respeto que le profesaban españoles, indios y criollos generaban a su alrededor una aureola de héroe legendario, aún en vida.

Según la primera impresión, Martín dedujo que no había perdido ni un ápice de su dignidad, del respeto que infundía, con su larga barba y cabellera gris que se desplegaba sobre los hombros y el pecho. En la mesa de caoba se amontonaban los legajos, plumas y tinteros.

Anza se asemejaba a una deidad antigua petrificada por el tiempo, pero que aún dirigía con mano inflexible el vasto estado que le había sido confiado. El coronel lo miró con aquellos ojos de un temible color azul acerado, pero también con un afecto implícito, hasta el punto de que su mirada se volvió acuosa. Lo tenía por un hijo, pero su imperiosidad e inteligencia iracunda se venían abajo cuando lo tenía ante sí. Hacía tiempo que no lo veía y se abalanzó a él con los brazos extendidos.

—¡Por todos los diablos, Martín, hijo mío! —exclamó—. Bien sabe Dios que ya deseaba estrecharte la mano y felicitarte por tu merecido ascenso.

—Al que seguro vos no sois ajeno, señor.

—Vas a sustituir a un hombre que detesto: el comandante Ribera, cuyo rencor, miedo y desprecio a los indios han marcado su misión y también su fulminante destitución. El tiempo pone a cada uno en su lugar.

—Agradezco a Dios estar en vuestra presencia, y olvidaré a ese mal español —dijo Martín, sereno, aceptando su paternal abrazo.

Anza pensaba que eran dos hombres muy parecidos, y que, sin haber nacido en la madre patria, España, luchaban por ella como si hubieran mamado de sus ubres ibéricas.

—Bueno, Martín, desembucha. Cuéntame detalle a detalle tus entrevistas con el virrey Mayorga, tu impensable casorio con esa princesa aleuta, tu estancia en Madrid y Roma, y ese honor de haber conocido a Su Majestad y al mismísimo Papa de Roma. ¡No puedo creerlo, rediós!

Extrajo del *armarium* de las armas dos copas de plata y una botella de brandi jerezano, se acomodó en su sitial y miró los labios de Martín, quien en un solemne y emotivo gesto le entregó el estuche lacrado que contenía el collar de la Gran Orden de Carlos III que le entregara el conde de Floridablanca en Madrid.

El gobernador lo miró con gesto melancólico, lo sostuvo en sus manos durante unos instantes y admiró encandilado la imagen de la Inmaculada y la leyenda tallada.

—Doña Ana quedará prendada, y en cuanto a mí, ya sabes, Martín, que nunca perseguí gloria alguna. Se lo agradezco, no obstante, a Su Majestad —dijo emocionado, y lo guardó en uno de los cajones del escritorio—. Cuéntame, pues, los sucesos de tu aventura europea —le rogó.

—Pues veréis, mi coronel. Todo se sucedió con una premura impensable —empezó, y durante dos horas le estuvo narrando uno a uno y con todo boato de detalles los avatares vividos, así como su ingreso en la logia masónica de Madrid, que lo impresionó, pues el gobernador llevaba largo tiempo deseando ingresar en una fraternidad francmasónica.

Cuando concluyó, estaban gozosamente achispados por el licor.

—¿Y tu esposa, doña Clara, dónde la has dejado?

—Por estos días navega con tres criados en una goleta del brigadier Bruno Heceta, que zarpó de Culiacán rumbo a Monterrey, y que luego cubrirá la singladura hacia las islas que gobierna mi suegro, el rey Kaumualii. Clara debe preparar lo que será nuestro hogar en primavera.

—Bien, tendremos tiempo de conocerla, aún hemos de hacer alguna cosa los dos juntos, Martín, y esperaba tu pronto regreso. Tengo grandes planes para concluir un plan de paz duradera con las naciones indias de la Frontera antes de que marches a California. Sé cómo aunar las ambiciones de España con el derecho natural de los comanches. Ese es mi reto.

—Pues luchemos contra nuestra propia tiranía, don Juan. Estas gentes no pueden ser condenadas a un eterno estado de desamparo.

—Hemos de ganarlos para la civilización, en todo lo que podamos. Y este es el momento que la Historia nos ha concedido. Ecuercapá ha devuelto todos los prisioneros cristianos en cautividad, y yo en compensación he otorgado, a él y a sus jefes, un sueldo anual de cien pesos.

—Entonces lo tenéis ganado. El oro ablanda el corazón del hombre.

—Pues gracias a esos regalos, los ciboleros o cazadores de bisontes cobran sus presas en la Comanchería, los llaneros comercian en sus poblados y las caravanas de carretas circulan por las grandes praderas libres de sus ataques. Doy gracias al cielo por tan feliz eventualidad —se congratuló.

—Todo un logro, don Juan. La Paz de Anza se ha impuesto en este vasto territorio gracias a vuestra tenacidad y esfuerzos conciliadores.

—Hoy todos los jefes comanches me ruegan que sus hijos aprendan nuestro idioma y cultura, y me los envían como ahijados, jurándome lealtad al

Gran Padre Blanco, el rey de España. ¡Insólito, Martín!

—Por una vez, señor, creo que la proverbial expansión de España, que solo desea aumentar su área de influencia en el continente norte, se ha ajustado a sus deseos de poseer tierras de caza y comercios donde intercambiar mercancías. Feliz coincidencia, mi coronel.

—¡Quién iba a decirlo, Martín! Los comanches, nuestros cervales enemigos, son ahora nuestros interlocutores con el mundo indio del norte y este, y su amistad nos resulta necesaria —le dijo el gobernador, que lo miró como un padre—. Creo, Martín, que necesitas un buen baño y descansar. Esta noche celebraremos tu ascenso con un baile de gala.

Aún había rastros de nieve en las planicies, cuando el gobernador Anza y Martín, el comandante electo de California, abandonaron Santa Fe con una nutrida tropa de dragones de cuera, en marcha de reconocimiento, para evaluar los efectos de una epidemia de viruela que había asolado los poblados indios del sur del río Grande. Era su último servicio junto a Anza.

Una bruma invernal serpeaba por los áridos cañones y hacía frío, y envueltos en los capotes de cuero y lana combatían la helada atmósfera.

Varios carromatos con mantas, apósitos y redomas medicinales, lancetas, sacos de alimentos, dos frailes franciscanos, el explorador Hosa y dos médicos del presidio, acompañaban a Anza. Hacía veinte años que un dominico, fray Domingo de Soria, había practicado en Santiago de Chile curas casi milagrosas de la viruela, inoculando con una cánula de plata y cristal el pus de enfermos infectados a individuos sanos, que habían quedado inmunizados de por vida.

Anza y sus cirujanos se proponían probar su bondad y eficacia en algún pueblo de Nuevo México aquejado de la pandemia.

En aquel árido territorio flanqueado por cañones y precipicios gigantescos, vivían tribus de apaches y de navajos que habían adoptado las costumbres de los españoles y cultivaban melocotones, grano y maíz, y pastoreaban con cabras, ponis y ovejas, en armónica concordia con los hispanos, a los que saludaron con adicta y leal confraternidad.

—Nunca pude ni imaginar, Martín, que cuatro pueblos tan desiguales como los españoles, comanches, navajos y ute convivieran en paz y sin sangre. Pero a veces me pregunto si ellos desean vivir realmente así.

—¡Cierto! Y es una pena que los perdedores hayan sido los apaches gileño y los mescalero. Tenía fe en esas gentes valerosas, señor.

—Su joven jefe Mangas Coloradas, al que he tratado, es un hechicero rudo, supersticioso, analfabeto y cruel que se opone a comerciar y a cualquier tipo de acuerdo. Solo los lipán y los jicarillas nos son fieles y se han adaptado a la vida sedentaria en las quebradas de las montañas de Sangre de Cristo, en el río Picurís.

Dos días después, camino de San Antonio, cuando las estrellas habían dejado de refulgir en el firmamento, resonó el tambor y se levantaron las lonas del campamento, a las que hubieron de sacudir la escarcha helada. Inesperadamente, y no muy lejos del altozano, escucharon el resonar de cascos de caballerías sobre las dunas pedregosas del río. Arellano envió a dos exploradores apaches genízaros, que regresaron al poco tiempo con la información precisa.

—Son comanches que se acercan por el recodo de los álamos, señor. Son unos cincuenta —expuso—. Por las insignias rojas de sus lanzas y divisas, creo que es el anciano jefe Tosacondata.

—Ve al galope y comunícale que lo aguardamos en el campamento —ordenó el gobernador, a quien extrañaba la presencia en aquellas orillas del lugarteniente de Ecueraacapa, su amigo y aliado.

El viejo gran jefe de larga cabellera blanca y rostro arcilloso montó su caballo bayo y vistió sus mejores galas, con guardapiernas de piel de búfalo y las plumas del valor en la cabeza. Al llegar a la tienda del coronel ofreció al jefe Anza y al Capitán Grande —Arellano— dos cestas de bayas que habían recogido en las orillas, en señal de respeto y amistad. José Chiquito lo acompañaba y traducía cada palabra que salía de su boca carente de dientes. El gobernador, a su vez, le regaló mantas, azúcar, tabaco y algunas medallas militares.

—¡Padre Blanco, que Wakinyán o «el Pájaro Trueno» os proteja! —exclamó, y le alargó los brazos para estrecharlo de modo afable.

—Que Dios Nuestro Señor os conceda salud —lo saludó—. ¿Qué os trae tan al sur, jefe Tosacondata? —se interesó.

—Al concluir la Luna del Lobo, enero, y enviado por el Gran Consejo Comanche, he peregrinado hasta el río Grande para anunciar a nuestros hermanos kotsotekas, yupe y yamparica la paz firmada por el gran guía Ecueraacapa y los españoles. En todos los poblados he exhibido el bastón de mando que Vuestra Excelencia nos regaló, y ante él se han inclinado jefes, hechiceros, guerreros y hombres y mujeres «medicina» —dijo, y mostró la vara dorada que antes perteneciera a don Juan, quien declamó un pasaje comanche:

—«Contemplo con la ternura de un padre la premura con la que el pueblo comanche avanza hacia su propia felicidad» —dijo, y asintió el jefe.

—Y vos, gobernador, ¿teméis algún ataque inoportuno?

—No, jefe Tosacondata. Vamos en misión humanitaria. La plaga de viruela, que felizmente ha remitido en el norte de México y en Tejas, ha causado gran mortandad y varios jefes apaches nos han solicitado ayuda.

—Sí, hemos visto pueblos apaches desiertos, Señoría. De haber progresado el mal, los comanches nos hubiéramos visto obligados a emigrar al norte, a las tierras de Kansas y Nebraska —le contestó—. Pero niya («el aliento vital») ha detenido la calamidad, que viaja hacia el este.

—Sentaos a mi lado y comed de nuestro rancho —lo invitó.

El jefe indio tomó la palabra con gravedad y se dirigió a Anza.

—Sabed para siempre, Excelencia, que los comanches no deshonran jamás la palabra dada y los acuerdos firmados. El Gran Espíritu ha creado al blanco y al indio y ha decidido en su sabiduría que debemos vivir juntos. Antes éramos zorros que daban dentelladas sin mirar a quién, y ahora somos hombres que esperamos sentados que la tierra dé sus frutos y nuestros ganados nos den carne para comer y pieles para vestirnos.

Anza le ofreció un jarrillo con café y azúcar, y le preguntó:

—¿Habéis visto alguna partida apache hostil por aquí?

—No, Señoría, se esconden como trasgos buscando cómo hacer daño y no hay forma de verlos —dijo por boca de Chiquito—. Durante la Danza del Sol del verano, un *kwahadi* («profeta»), el viejo Chogán o «Pájaro Negro», brujo de gran poder y magia, auguró que los gileño y mescalero serán pronto barridos de la tierra.

—Bien, jefe Tosacondata, hemos de seguir nuestro camino —lo cortó.

—Pues andad con cuidado en tierra apache, Excelencia, allí habitan los malos espíritus y escasea la comida, el agua y la leña.

—Es deber de todo guía cuidar a quienes gobierna. Id en paz.

La tropa se puso en marcha y en la lejanía observaron fuegos purificadores. Cruzaron algunas aldeas de aspecto miserable, cuyas callejas estaban vacías y tomadas por jaurías de canes sarnosos que se disputaban huesos descarnados, seguramente de algún fallecido por la viruela.

Un anatema apocalíptico se había cernido sobre el territorio al sur de El Paso, y una malsana predisposición a la calamidad se había apoderado de los ánimos de los pocos apaches con los que se cruzaron. Les aseguraron que los hechiceros se esforzaban por atajar el maleficio con hierbas, humaradas y

bálsamos de lagarto, mientras convocaban a los espíritus del más allá, y que la pandemia iba cesando.

Cerca de unos cerros ondulantes cubiertos de chaparrales y breñares, vieron a algunas familias de apaches lipán que parecían espectros sobrecogedores, cubiertos de polvo y suciedad, y que habían acudido presurosos al ver la tropa de dragones, a los que pidieron que los auxiliaran. Besaban sus espuelas, las hojas de los sables, las culatas de los fusiles y las cinchas de los caballos. Los médicos se aparearon para medicinar a los que habían superado el mal e inocular a los que no se habían infectado, en tanto que los frailes daban la extremaunción a los moribundos. Y era tal el fervor que tenían a los físicos españoles que se ofrecieron sin rechistar, como si fueran enviados por el Gran Padre.

Recorrieron el territorio en busca de poblados y campamentos apaches amigos. Los frailes minoritas elevaron preces, se cantaron misas y las esquilas de las iglesitas doblaron con un repique lastimero, constatando una vez más la miseria que había acarreado el flagelo de la viruela. Chiquillos desnutridos con erisipela, viejos hambrientos, mujeres cadavéricas con costras en el cuello, establos vacíos y casas abandonadas que evidenciaban la tragedia sufrida.

—¡Agua! —gritaban en el estertor de la muerte—. ¡Por piedad, confesión! —rogaban algunos apaches cristianizados.

Una parte de la tropa, unos quince hombres, siguió cabalgando en silencio al mando del nuevo comandante y con Hosa como batidor, en medio de una tormenta de lluvia y granizo que los hizo refugiarse en una ermita abandonada. Por la tarde entraron en un poblado cercano a Presidio y repartieron mantas y comida a los supervivientes, mientras se dirigían a las últimas aldeas lipán, edificadas entre rocas blancas, matas de frijoles y espinos. Estaban edificadas con barro y cortezas de sauce, y los corrales donde cultivaban estaban encharcados.

Vieron niños desnudos agazapados y mujerucas en los huesos que se habían salvado de la pandemia, pero que no tenían nada que llevarse a la boca. Asistidos por los soldados de Martín, pudieron comer y enterrar a sus muertos, y agradecieron la ayuda con lágrimas en los ojos.

El humo de las piras era como una bruma gris a la deriva, que a veces dejaba ver aves carroñeras sobrevolando en círculos dispuestas a lanzarse sobre los cadáveres calcinados. Descansaron en unas chozas de légamo y troncos, y al día siguiente, pasado el mediodía, entraron en un poblado sin nombre, sito en una planicie donde batía el frío invernal como una oleada de

látigos y donde crecían algunos álamos raquíuticos. Unos jóvenes estaban descuartizando una mula muerta y echando maíz y los cuartos cortados en una gran olla hirviente. Se veía humo saliendo de las chimeneas y Hosa se adelantó a explorar. Allí había vida.

Hosa regresó pronto. Adelantó su puntiaguda barbilla y, con cierta ambigüedad, le refirió que un gran hechicero estaba agonizando.

Martín miró al médico del regimiento de reajo y le insinuó:

—Veamos qué podemos hacer. ¡Vamos!

Las calles estaban desiertas y todo el mundo se aglomeraba en la entrada de una casucha de piedra y barro. En aquel instante una fina lluvia comenzó a caer sobre las crines de los corceles y los arreos y capotes de los jinetes. Olía a tierra mojada, cuero y estiércol.

De repente vio a un apache que se les acercaba con los brazos en alto, y Martín se sobresaltó.

—¿No es el jefe Makía, el esposo de Wasakíe? —preguntó a Hosa.

—Creo que sí, mi comandante. ¿Y qué hace aquí?

—Cierto, debería hallarse con los suyos en Huhkwatwe o «la Terraza de los Vientos» —respondió, y se secó el agua de la cara con el guante—. ¡Mi amigo Makía o «Cazador de Águilas»! —dijo—. ¿Por qué estás tan lejos de tu hogar? —se interesó al saltar del caballo y tenderle las manos.

Con gran sobriedad y llaneza, aquel hombre afectivo, rudimentario y sensible con los demás le comunicó una nueva aterradora que lo dejó sin habla, estupefacto y dolorosamente afligido.

—Wasakíe, la amiga de tu infancia, se nos muere de la viruela, Mugwomp-Wulissó o «Capitán Grande», si Dios y el Gran Espíritu no lo remedian —anunció el jefe, abatido y mustio—. Debemos prepararnos para un final desdichado. Está agonizando.

Martín se abrió paso entre la multitud que se apretujaba en la puerta y rezaba por la «mujer medicina», que había estado más de cuarenta días errando de poblado en poblado curando a sus compatriotas aquejados del mal letal, para al final contagiarse y estar postrada en su lecho de muerte.

El físico le aconsejó al comandante que, aunque estuviera inmunizado, no tocara objetos ni se acercara demasiado a la infectada. El oficial de dragones hizo caso omiso y entró en la exigua habitación en la que ardían velas amarillentas y exhalaban vaho varias cazoletas con sustancias narcóticas y calmantes. El cuarto olía a vapor de espliego, a hierbas espirituosas de las llanuras y a agua de tomillo para mitigar la fiebre. Un trémulo candil iluminaba a la moribunda, cuya boca parecía no hallar el aire que precisaban

sus pulmones. Wasakíe estaba atendida por dos chamanes, que al ver entrar al español se apartaron y dejaron el catre libre.

En el cuerpo casi desnudo de la mujer destacaban las pústulas y las marcas delatadoras de la viruela, pero en la cantidad desmesurada de una infección letal. Sus bellos ojos eran dos cuencas oscuras, las mejillas las tenía hundidas y su antes hermoso cabello azabache, lo tenía sucio y pegado a las sienes. Sus manos habían perdido su movimiento habitual y respiraba hondamente, con dificultad.

Una sequedad mortecina le empastaba la cara de un color cerúleo.

Martín se quedó mirándola inmóvil, pálido. Tragó saliva y tuvo que hacer un esfuerzo colosal para no llorar ante su gente, por lo que ocultó su rostro entre las manos enguantadas. Wasakíe, desfallecida y envejecida, con el pecho jadeante, los párpados entreabiertos y el gesto desvaído, apenas si distinguió a su visitante. Encharcada en sudor, con sus malignas y violáceas pústulas, lo miró, pero no lo diferenció de los brujos, que quemaban las hierbas curativas.

La demoledora soledad de una muerte próxima se enseñoreaba de su semblante, antes bellísimo y ahora deformado.

—No puedes morir ahora, *wihetonga*. Tu pueblo te necesita —habló, y la mujer, que no podía creer que estuviera allí, le tendió los brazos abrasados por la fiebre, en medio de un gemido inconsolable.

Vio su boca dilatándose por el esfuerzo jadeante, saliendo casi inaudible de su cuerpo exangüe y de su insuficiente respiración.

—Mi *wakeda*, «el niño que dispara» y al que tanto amo, ha venido a verme en un mal momento. Siento que has llegado tarde, Martín.

—Las alas de papel que utilizábamos de pequeños no me han servido, Wasakíe —ironizó recordando sus juegos en San Luis.

—Solo el Buen Dios podía enviarme una presencia tan querida para mí. Tu «gran hermanita» se alegra y a la vez llora —balbució esforzándose—. Es el mejor regalo de despedida de la vida, Martín.

—Wasakíe, he traído a un médico del presidio y te va a ver. Espera, aún puede rescatarte de las garras de ese mal diabólico —la consoló.

Las mujeres lloraban por la «mujer medicina» moribunda y prorrumplían en hondos suspiros. Al poco salió del cuchitril el físico militar, que no dijo una sola palabra. Se detuvo frente al comandante y negó con la cabeza. Martín cruzó la calle fangosa y entró de nuevo.

Cogió de su morral el brazalete que le regalara Wasakíe y se lo amarró a su brazo casi inerme. El lentísimo crepúsculo derramaba una luz purpúrea en

la alcoba de la muerte y habló con un deje de afecto y piedad.

—Apenas si veo, Martín —musitó Wasakíe—. ¿Es ya de noche, quizá?

—Se pone el sol, nada más, Wasakíe. ¿Cómo has pasado estas horas? —se interesó adusto—. Si alcanzas el amanecer, vivirás. Anímate.

—Estoy mal, amigo mío —musitó con voz inaudible.

—Te recuperarás. Todo lo que hice tras separarnos lo hice por ti. ¿Acaso no me llamabas «el niño que dispara»?

—¿Entonces no fui una insignificancia para ti, Martín? —se interesó.

—No, Wasakíe, fuiste mucho tiempo el faro que guiaba mis pensamientos, créeme —confesó, y le apretó la mano, lloroso.

—Moriré entonces feliz. Pero la negrura lo impregna todo, Martín, mi niño, pero estoy en paz —dijo con voz casi inaudible—. Desde pequeña pensé que la oscuridad es mala compañera para quien aguarda la muerte.

—Pero tienes la fortaleza de un amigo cierto junto a tu lecho.

La agonizante esbozó una sonrisa forzada. Amaba a aquel hombre.

—Tu madre, doña Josefina, me enseñó que la soledad también enseña a bien morir. Me quiso como a una hija, ¿sabes? Pero te aseguro que agonizar es muy cruel. He combatido toda mi existencia por mi pueblo y mi hija, y no me resigno a entregar la vida sin más y dejar a Sotsó desvalida.

Al borde del sollozo, Martín le acarició el hombro y comprobó que sobre su pecho jadeante escapaba el escapulario con la imagen de la Virgen de Guadalupe que le regalara su madre, empapado de sudor. Sus retinas no eran las mismas, como si hubieran ingresado en un lugar sin luz.

—Tiene a su padre, Makía, que es un gran hombre, y a mí también.

—Siempre deseé que mis sueños fueran grandiosos, pero el de enseñar a mi hija las virtudes curativas de las plantas no podré concluirlo, Martín. Sabía que no llegaría a la Luna de la Hierba, así que nos veremos en las infinitas praderas del cielo o en ese paraíso que Cristo Jesús nos prometió y en el que yo creo —musitó.

Antes de abandonar el cuartucho, Wasakíe lo miró con un estremecedor aleteo de sus pupilas mustias, apagadas, temerosas y vulnerables, que le pedían seguir con vida.

Aquella fue una vigilia ingrata.

Un viento rezumante y frío venteaba la aldea, bramando entre los montes y estepas, y madejas de nubes negras ocultaban el astro menor. El comandante Arellano abandonó cabizbajo el cuarto con las facciones demudadas y los párpados abultados y enrojecidos. Wasakíe había perdido la consciencia y el habla. El dolor contenido, la congoja y los lloros de los

apaches pusieron fin al último encuentro entre el español y su amiga Azúcar, con la que había comprendido la carnalidad del amor. Ninguno de los tristes testigos olvidaría en mucho tiempo aquella noche, aquel aposento y al templado Capitán Grande, que había alegrado sus últimos momentos.

—¡El Gran Espíritu Wakantanka la ha abandonado definitivamente! — anunció a los cuatro vientos el chamán—. La enterraremos en el sagrado *paha sapa* («cementerio» de los apaches).

Las turbias sombras del crepúsculo dieron paso a la noche cerrada. Wasakíe, la «mujer medicina» de los apaches, yacía exánime en el desvencijado catre, donde penetraron los fulgores del astro de la noche. Un chamán persistía en sus plegarias recitando ancestrales letanías indias. Wasakíe se asemejaba a una inanimada efigie de alabastro. Y hasta la jauría de sabuesos que vagaban por el poblado enmudeció sus ladridos.

Martín deseaba estar solo y se retiró al cobertizo donde descansaban los caballos y las mulas, con una espina muy dolorosa clavada en su garganta. Observaba a las estrellas con la mirada perdida y desgranó como alucinado una retahíla de reniegos e improperios de rabia.

Una luna color amarillento se elevó en el horizonte de sombras y su lechosa luminosidad iluminó el poblado apache sin nombre. Las lumbres, como la vida de Wasakíe, se apagaron y un humo negro se filtró por los tejados de barro y bálago. Los chacales y los coyotes aullaron más allá del río, como lamentando la muerte de la mujer sabia que intimaba con los dioses y los espíritus. Un búho ululó cerca del árbol descarnado que crecía junto al chamizo donde yacía exánime el cadáver de Wasakíe.

Martín estaba destrozado y la evocó de nuevo tal como la recordaba en vida en el presidio de San Luis, junto a sus padres. Pronto sus lágrimas se entremezclarían en su rostro con el sudor y la lluvia, presa del desconsuelo. Había muerto su hermana protectora y se sentía con el ánimo desvalido. Un viento crudo hacía rechinar la maleza, y a los lejos los quejumbrosos cantos de muerte de los apaches lipán le llegaron perfectamente audibles.

A lo lejos oyó una elegíaca canción apache y escuchó atentamente. Recordaban a Wasakíe:

—*I qui ei ze wa-on kon he wan a-he-na-la-ye-lo he i-yo-tiye ki-ya wa-on* («Una adivina ha sido. Ahora todo ha terminado. El presente es duro»).

No esperaría al amanecer para regresar y unirse a la tropa de Anza. Sentía su alma partida en dos.

Epílogo

California

El día de la Anunciación de la Virgen, medio centenar de hombres progresistas del territorio de Nuevo México, oficiales, comerciantes y algún clérigo de pensar avanzado, fundaron la Sociedad Filantrópica de Santa Fe, bajo el patrocinio del popular gobernador don Juan Bautista de Anza.

Se comprometieron a no menospreciar a los naturales, a tratarlos con piedad, a ejercitarse en labores humanitarias y de superación personal, a oponerse pacíficamente a la tiranía, al imperio despótico del poderoso y a procurar el progreso y el bienestar de todos los habitantes de la gobernación, en especial de los más débiles, sea cual fuere su raza, y a mudar los viejos modos de gobernar, según las nuevas ideas de la Enciclopedia.

Martín estaba exultante, pues estaba persuadido de que significaba el primer embrión de una futura logia liberal en aquella parte del Imperio.

Dos días después, una flamante legión de cuarenta cadetes a caballo, enviada por el virrey y procedente de la Academia San Ignacio de Sonora, espléndidamente uniformados y mejor equipados, y con las picas e insignias reales al viento, se presentaron en el presidio al mando de un sargento mayor, para ponerse a las órdenes del nuevo comandante de las Dos Californias, don Martín de Arellano.

Su fama lo precedía en Tejas, Nuevo México, Arizona y California, por haber participado decisivamente en el combate final contra los comanches de Cuerno Verde y haberlo abatido con su lanza, para luego reportar al rey de España y al Santo Padre los trofeos de guerra. Mugwomp-Wulissó o «el Capitán Grande», como lo llamaban los indios, era tenido por un héroe desde la vastísima línea de la Frontera hasta el mismo México.

Bajo sus capas azules, los nuevos dragones portaban lustrosos sables llegados en la Flota de Indias, y los viejos fusiles Tower con los que practicaban en la escuela habían sido sustituidos por los nuevos e impecables modelos Brown de nuevo cuño.

—¡Ante el gobernador y el comandante, presenten armas! —ordenó el sargento, un hombretón rubio, tajante y temible, de cráneo calvo y rotundo, y los jinetes cuadraron sus monturas y sables ante sus superiores, siendo saludados marcialmente por don Juan y Martín.

Según las órdenes recibidas del Virreinato de Nueva España, debía presentarse ante el gobernador don Felipe de Neve y tomar posesión del cargo de comandante general de California antes del estío, por lo que partiría de inmediato, con el permiso de don Juan. Martín recibió de manos del sargento la orden de partida firmada por el nuevo virrey en funciones, don Matías de Gálvez, y sintió una punzada.

—Sargento, ¿y el virrey Mayorga, se ha repuesto de su enfermedad? —se interesó temiéndose lo peor.

—A Sonora llegaron noticias de que, aprovechando un receso de su grave postración, emprendió viaje a España para recuperarse en su casa de Madrid, pero que murió en el puerto de Cádiz aquejado de unos cólicos desgarradores. Es cuanto se sabe, señor. Y en tanto llega el nombramiento, el gobernador de Guatemala ejerce las funciones ejecutivas del Virreinato.

—Un fin sucio e indigno que no merecía el virrey —dijo, y después, cabizbajo y pensativo, reflexionó sobre la anunciada muerte:

«De nada sirvieron las gestiones del vizconde de Borba. El ansia de poder va paralela a la ruindad. Cuántos sucesos manchados de iniquidad, muertes injustas e impunes, depravaciones y envenenamientos no ocultarán los muros de la residencia de los virreyes de México. ¿O quizás había una conspiración de por medio salida del mismo Palacio Real de Madrid? De todas formas, era un hecho escandaloso dentro de su memoria». Y pensó cabizbajo que no existe ni fuerza ni virtud humana que impida el cumplimiento del destino que el azar ha prescrito a cada hombre.

Su hermana, doña Victoria de Silva, mujer hermosa, carnal, de certera y sólida inteligencia, singular sutileza y belleza, ya no lo vería más, y lo deploraba. Había sido una víctima propiciatoria de la ambición del poder, que se construye con mentiras y cuyo cebo es la codicia.

La del virrey Mayorga había sido una muerte bendecida por el poder.

La víspera de la partida se celebró una fiesta de despedida en el patio de armas del presidio de Santa Fe, a la que acudió toda la población de los alrededores. El gobernador de Nuevo México, que lucía la condecoración de Carlos III en su guerrera, les dio la bendición a los dragones y brindó por su

salud y fortuna, y la del gobernador Neve, en una ceremonia sencilla y sentida. Anza, siempre tan severo y metódico, hizo sonar el cornetín de órdenes y se dirigió a la tropa viajera y a Martín, con su voz sonora y tonante.

—Comandante Arellano, vuestros méritos os preceden y nos enorgullecen. Comportaos como hasta ahora, como un soldado, como un hábil estratega y como un caballero, amante de nuestra querida patria, y sed un puntal para vuestro gobernador, don Felipe —le deseó Anza con el gesto conmovido—. Enfrentaos a los indios yuma, no con la severidad de un conquistador, sino que en sus corazones prenda el sentir de creerse ciudadanos del Imperio.

Martín alzó su copa. Sentía un inmenso respeto por el gobernador, rayano con la admiración, por su aplomo, la constancia de su ánimo, su sagacidad e inteligencia. Reclamó silencio y replicó emocionado:

—Mi coronel, me marchó con lágrimas en los ojos, más propio de un hijo vuestro que de un oficial en cumplimiento de su deber. No tengo en cuenta las acciones realizadas a vuestro lado, ni tampoco los errores que cometí, solo me conduce el ardor de iniciar una nueva tarea, con valor y con el honor debido que vos me enseñasteis.

—Lo vuestro es una tarea de pacificación, no lo olvidéis, y haced cumplir las leyes. Representaréis en California al rey y al orden.

—Siempre lo tendré presente, mi coronel, y aunque la fuerza no hace la ley más justa, intentaré ser ecuánime con españoles, criollos e indios.

Los nuevos dragones lanzaron un sonoro «¡bravo!» al cielo, mientras don Juan Bautista de Anza y Martín de Arellano se fundían en un entrañable y fraternal abrazo y bebían en su honor.

Aquella misma noche, Martín, antes de apagar la vela que parpadeaba junto al catre de su austero cuarto, tomó en su mano la última carta de su esposa Clara Eugenia, a la que tanto añoraba y en la que le trasladaba que felizmente, y con la ayuda de la guarnición, tenía dispuesto su hogar, según ella, en un delicioso paraje que miraba a la bahía y al océano Pacífico, el mar que rusos, franceses e ingleses denominaban El Lago Español, muy cercano al presidio, con la inestimable colaboración del gobernador Neve, que había extremado su ayuda. Sus palabras lo mantenían inquieto. La ojeó de nuevo con ternura y se imaginó que la tenía a su lado.

Mi querido esposo, que el Señor proteja tu vida.

Ardo en deseos de que por fin tomes posesión de tu nuevo cargo. Fray Junípero Serra, sabio hombre de Dios al que he conocido y visito con frecuencia, los capitanes de los presidios, las autoridades, los navieros y comerciantes desean

que al fin llegues a Monterrey y se firme la paz definitiva con los indios de estos lugares: los tongva, serrano, chumash, salinán, cahuilla y cupeño.

Ellos desean vivamente conocer a ese Capitán Grande al que preceden tantas y tan meritorias glorias militares y que estrechó la mano fuerte de Ecuera para firmar una paz duradera, así como besó la del mismísimo rey don Carlos.

Fray Junípero ha mandado tallar a un indio virtuoso de la arcilla varios presepios semejantes al que trajimos de Roma y regalamos al prior de Jalapa, y estas próximas Navidades será adorado en todas las misiones de California el día de la Natividad de Nuestro Señor.

Estoy ansiosa por tenerte junto a mí, tras estas interminables semanas de separación, ahora que el Creador ha tenido a bien hacer crecer tu vida en mí, pues has de saber que estoy embarazada de dos meses de gestación. No sé si la criatura será o no californiana, pero sí sería mi aspiración que naciera en Haida Gwaii y viera la luz según los ancestrales ritos de mi tierra. Es un deseo irrenunciable, querido Martín.

Y aunque sería bautizado en la fe de Jesucristo, me placería dedicar su cordón umbilical al luminoso Amarok y ofrecer su vida a Kaila, el dios del firmamento. Invocaré al espíritu de Sedna ante el kiidk'yaa de mi estirpe, el «abeto dorado», donde mi padre me ofreció a los dioses eternos.

Solo así, y si tú lo dispones, y él o ella lo desearan en un futuro, podrán ser tenidos como príncipes de Haida Gwaii y optar a la corona que por derecho propio poseen, pues pertenecen a la saga real de mi estirpe.

Espero tus besos, tu esencial presencia y tu fuerte brazo junto a mí.

*Clara Eugenia de Arellano, Aolani,
tu «Nube Celestial»*

En Monterrey, California. Marzo de 1781

Martín estaba estupefacto con la pretensión de su mujer. Era evidente que no se ahogaba en sus propias indecisiones, y se alegraba. Clara Eugenia le había devuelto la armonía y él se había reconciliado con el amor gracias a ella. Nada podía negarle. ¿Pero cómo podía oponerse a una mujer autodidacta, inteligente, veraz, a la que tanto amaba y cuyo espíritu inquieto, rebelde y audaz tanto lo embelesaba y la había conducido a dar la vuelta al mundo conocido sin nada que temer? Sonrió plácidamente y se la imaginó.

Antes de dormir escribió dos cartas para que fueran enviadas a Europa en la Flota de Indias, por el correo oficial del Virreinato. Una iba dirigida a doña Victoria Mayorga de Silva, en Madrid, donde le transmitía el pésame por su infortunado hermano, y otra a don José Tomás, en Roma. A ambos los invitaba a su nueva residencia en Monterrey, y los alentaba a cumplir sus deseos de conocer el Nuevo Mundo.

Como en las últimas noches y mientras conciliaba el sueño, trajo a su memoria el recuerdo de Wasakíe y su fulminante agonía en aquel camastro indecoroso. Le costaba trabajo condenarla a la indiferencia y no podía olvidar la trágica línea de sangre del horizonte de aquel trágico ocaso, cuando dejó de existir su admirada Azúcar.

Volvió a proyectar en su mente su mano escuálida separándose de él, como quien suelta un pañuelo de despedida, y su misma sombra alargada hasta el infinito cuando se retiró a la cuadra a derramar un llanto inconsolable por su inolvidable «hermana mayor».

Parte de aquella sagrada tierra se había muerto con ella.

Jinete de un semental color canela, de ojos enormes y dilatados, el comandante Arellano le hincó las espuelas y alzó su fornido brazo para iniciar la marcha, junto a su inseparable explorador Hosa o «Joven Cuervo».

Como era su costumbre llevaba una pistola cebada en la bota derecha y otra en el cinturón, por si tenían un mal encuentro con los indios yuma o yavapai, que en otros tiempos asaltaban aldeas y asesinaban con total impunidad. Sus largos cabellos castaños, recogidos en la nuca con un lazo negro, contrastaban con su bigote rojizo y su corta perilla, en un rostro curtido, marcado por una mueca de responsabilidad y carga.

Su corpulenta y distinguida humanidad iba ataviada con el uniforme de campaña, la banda amarilla de comandante y el cordón dorado del sombrero azul de ala ancha, que le tapaba medio rostro. Un capote del mismo color abotonado lo protegía del frío de la alborada.

Su mirada clara y gris sin mirar atrás se dirigía inexorable al oeste.

Aquella mañana final de marzo, el sol lamía sobre una interminable pradera donde el viento hacía crujir las breñas, los éléboros y las ramas de los nogales y robles. A los lejos se oía el aullar de los lobos y espirales de humo surgían en los poblados indios integrados por viejos jacales de barro rojo y paja, por lo que la columna cabalgó cautelosa.

Los caminos habían sido borrados por la nieve y la lluvia y estaban embarrados. Las mulas de carga y los caballos, con los ollares palpitando, piafaban y resoplaban al ascender la cuesta de un promontorio ceniciento, desde donde se divisaba el sumiso río Gila y se oía el isócrono tintineo de las armas percutiendo con los arneses de las caballerías.

Hosa advirtió a su comandante que escuchaba tormentas por los montes que delineaban el río Colorado y que silenciosos relámpagos iluminaban el horizonte, por lo que había que acelerar el trote y encaminarse sin dilación a los abrigos que precedían a la misión de San Gabriel. Era el paisaje que le gustaba a Martín, y olió hondamente el viento húmedo y ordenó a la tropa apurar el paso.

Atravesaron al fin la región salvaje que habitaban los hostiles yuma, un vasto universo de malezas, estepas y desfiladeros cortados a pico, con sus azules montañas que se perdían en el infinito; y vieron manadas de bisontes seguidas por partidas de cazadores indios, que pateaban las áridas llanuras abrasadas desde hacía siglos por el viento del sur. También se toparon con grupos de zafios y grasientos ciboleros que secaban las pieles de los bisontes en medio de un fárrago de vísceras, charcos de despojos y tendones empapados en sangre.

Arellano detestaba a aquellos aventureros errantes de piel blanca y de razas desconocidas llegados al continente al tufo del oro y la riqueza fácil, tan ajenos al respeto por la madre naturaleza que enseñaban los indios. Eran gentuza sin redaños para enfrentarse a los dragones, alimañas y desvergonzados canallas que estaban borrachos todo el día y que molestan a las mujeres indias sin temor alguno, y que trinchaban las carnes de los animales para luego dejarlas tiradas en las praderas, para llevarse lo más valiosos: su piel, que luego vendían en Nueva Orleans.

Martín no podía sentirse más feliz en aquellas vastas praderas donde podía cabalgar sintiendo el hálito del viento en su rostro y oír su propia respiración y la de su montura. Poseía algunas cicatrices más, pero sus ganas de vivir permanecían incólumes. Aquel era el territorio de sus búsquedas existenciales, su lugar preferido para meditar. Amaba cada palmo de aquella tierra que consideraba suya y donde había nacido y crecido. Veneraba dormir viendo las estrellas y reunido con sus soldados alrededor del fuego consolador de las hogueras del campamento.

Al ponerse el sol acampaban cerca de las hoyadas o en las riberas de sauces manchadas de arcilla roja. Se protegían del frío y de las heladas junto a los manantiales que surgían de la roca viva, entre chumberas, nopales y brezales. Cabalgaron más de una semana por desiertos, praderas, fangosas orillas de ríos, sintiendo el aliento acechante de grupos yuma, que no se dejaban ver, pues temían a aquel pavoroso batallón de dragones, montados sobre experimentados caballos de guerra y con los metales de sus armas brillando al sol, mientras cantaban en una lengua incomprensible para ellos y esgrimían sus sables como rayos mortíferos.

El regimiento cruzó polvorientas aldeas indias donde eran recibidos como santos guerreros, y a un día de cabalgada de la misión de San Gabriel celebraron no haber tenido ningún azaroso incidente, ni con indios, ni con fieras. Arribaron cansados bajo una pertinaz llovizna y, tras descansar un día entero y asistir a los oficios sacros, emprendieron la última cabalgada.

Tras pasada la misión de San Antonio, Martín oteó con el catalejo la silueta del herboso horizonte y divisó el interminable paisaje de verdor que se consumaba en un otero ondulado, desde donde divisó el mar y la blanca Monterrey. El corazón le dio un vuelco y galopó como un potro desbocado en su pecho. El cielo no podía ser más azul y luminoso, protegiendo un lugar edénico de vapores humeantes exhalados por las gencianas, los ocotes, los pinos y las artemisas que descendían hasta la costa.

Solo después, entrada la noche, se desabrochó el uniforme polvoriento y se sentó al calor de la lumbre del campamento, pensando cómo sería recibido por el gobernador Neve, militar del que se decía que era un ilustrado y de compasivo corazón, y contaba además con la amistad del hombre de Dios y alma protectora de los indios de California: fray Junípero Serra. Martín miró las llamaradas, sublimaba su estado de gozo. Era una noche húmeda y la fogata se debilitaba con el celaje de la niebla.

El viaje desde Santa Fe había sido intenso y arduo, como esperaba.

Se quedó mudo, callado, observando las nubes arreboladas del ocaso y contempló bandadas de mirlos de alas coloreadas que, tras rasear el campo, buscaban el asilo de los árboles y arbustos. Había sentido en Europa nostalgia de aquellas grandiosas tierras, un crisol devastador de enfrentamientos entre seres humanos que precedería a otros enfrentamientos en décadas venideras.

Tras la salida del sol, conforme las sombras se hacían más verticales, la columna de dragones de cuera avanzó marcial hacia Monterrey, al son de los tambores y flautas y de una ancestral canción militar española. Olía a salitre y esencia de pino, y el comandante Martín de Arellano alegró su rostro como si comandara una marcha triunfal.

Aquel mismo día, pasadas unas horas, tendría entre sus brazos a su esposa y podría acariciar su vientre preñado. Aquella criatura a la que ya quería con desmesura sería la huella que lo encadenaría a la eternidad.

Le esperaba un cambio en su destino y en ese momento a Martín la vida le pareció llena de benévolos augurios y se vio envuelto en una serenidad interior que no sería perturbada por nada ni por nadie.

Había encontrado su antigua serenidad y no pretendía ser un sujeto pasivo en el gotear del tiempo. Quería vivir las horas con peso, fluyendo a su lado, y deseaba ser protagonista del presente que le había tocado vivir.

Y ansiaba gozoso vivirlo.

—La vida es una mentira, pero lo que cuenta de ella es la verdad con la que la vivas. Y hasta ahora ese es mi norte —susurró en voz alta.

Glosario

- Arkansas:** Nombre de la tribu quapaw, que significa «gentes del río abajo».
- Arizona:** En idioma papago, significa «fuentes pequeñas».
- Bailén, calle:** En la época del relato se denominaba calle Nueva.
- Bonvivants:** «El que vive bien».
- Braza:** Medida de longitud equivalente a 1,6 metros.
- Brazos:** Uno de los afluentes del río Colorado, el actual Clear Fork, donde el coronel Diego Ortiz y sus dragones vencieron a los comanches.
- Caput Mundi:** «Cabeza del mundo».
- Cibolero:** Cazador de bisontes.
- Covachuelista:** Así se denominaba a los escribanos y funcionarios de la Secretaría de Estado.
- Deus in adjutorium nostrum intende:** «Oh Dios, atiende a nuestro socorro».
- Edward Barlow:** Uno de los primeros relojeros de Europa en el siglo XVII.
- Escudos de oro:** El escudo de a ocho era una moneda de prestigio. Su ley era de 0,875 milésimas. El peso, de 27,06 gramos, y su grosor, de 38 milímetros. Un escudo equivalía a 20 reales en el siglo XVIII.
- Esteban José Martínez:** El 5 de mayo de 1789, tomó posesión en nombre de España de la isla de Nutka, en lo que actualmente es la Columbia Británica.
- Figurón:** La comedia de figurón es uno de los subgéneros dramáticos generados en el Siglo de Oro español a partir de la comedia de capa y espada. Muy cercano al género dramático de la farsa.
- Guachoya:** Hoy Lake City.
- Guerreros-perro:** Jefes menores de un grupo o partida comanche.
- Haida Gwaii:** Actualmente, archipiélago de la Reina Carlota.
- Herma de Azara:** El marqués se la donó a Napoleón Bonaparte y hoy se conserva en el Museo del Louvre.
- Junípero Serra:** Fraile franciscano español. Doctor en filosofía y teología, se trasladó a América, donde fundó nueve misiones españolas en la Alta California y presidió otras quince. Es el único español que tiene una estatua en el Salón Nacional de las Estatuas situado en el Capitolio, donde reside el poder legislativo de Estados Unidos, y lugar donde están representados los personajes más ilustres de esa nación.
- La Casa de Palo, o la Casa de la Madera:** Actual Big Timbers, es un área ribereña de Colorado a ambas orillas del río Arkansas, en el camino de la Montaña y Santa Fe.

Laudetur Iesus Christus: «Alabado sea Jesucristo».

Legua: Es una medida itineraria o de camino y período de marcha que abarca normalmente distancias que van de los 4 a los 7 km.

Luis Estanislao: Conde de Provenza y hermano del ejecutado rey Luis XVI, sería luego rey en la Restauración con el nombre de Luis XVIII.

Marchio di Nibbiano: Marqués de Nibbiano.

Matías de Gálvez y Gallardo: Sucedió a Martín de Mayorga, que murió poco después de su llegada a Cádiz, presumiblemente envenenado por su enemigo y sucesor.

Mescalero: Tribu apache así llamada por los españoles pues consumían un alimento obtenido del tallo del mescal. Ellos se llamaban sején-né.

Mississippi: Gran Río o Grandes Aguas.

Monte del Diablo: Cresta montañosa entre los ríos Guadalupe y Colorado.

Museos Vaticanos: Según la historiografía tanto hispana como vaticana, dichos regalos llegados de las Indias, y en especial los atributos guerreros de Cuerno Verde, fueron llevados por un oficial español de alto rango en el año citado en la novela, y expuestos a la contemplación pública en los Museos Vaticanos, donde aún permanecen.

Navajos: Navajo es el nombre que les dieron los primeros exploradores españoles al denominarlos «indios apaches de Navajó». Vivían en el sudoeste de Estados Unidos repartidos por los estados actuales de Arizona, Nuevo México, Utah y Colorado.

Neve, Felipe de: Gobernador de las dos Californias natural de Bailén (Jaén), tras una carrera militar pródiga en Milán y Flandes. Al amparo de la familia Gálvez, fue nombrado gobernador, cargo que ejerció entre 1777 y 1782. Construyó los presidios de San Francisco y San José.

Placet Hispaniae: Derecho y autorización de España.

Pomerium Romanus: Espacio sagrado de Roma dentro de las murallas.

Presepio («pesebre»): Un nacimiento. Fue precisamente el rey Carlos III, quien trajo a España la costumbre del reino de Nápoles de festejar la Natividad del Señor disponiendo belenes y escenas del alumbramiento de Jesús.

Requiescat in pace: «Descanse en paz».

Ríos Nolichuki: Ubicados en Carolina y Tenesse.

Sanglese: Filipinos oriundos de China llegados al tufo del Galeón de Manila.

San Luis de las Amarillas: Presidio próximo a la misión de San Sabá. Actualmente es la ciudad estadounidense de Menard.

Seminolas: Primitivos habitantes de Florida del Norte.

Tejas: Nombre de una tribu india llamada los teja, o «amigos y aliados».

Tonāntzin: «La Madre Venerada» de la mitología mexicana con la que asimilaron a la Virgen de Guadalupe cristiana.

Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Utiangue: Calión actual.

Vale et tu, Roma, spes gentium: Vieja salutación romana del tiempo de la República que significa «Adelante, Roma, esperanza de las naciones».

Vitus Bering: Marino danés que descubrió el estrecho de su mismo nombre entre Rusia y Alaska y que comerció en aquellas tierras.

Viva il Papa vero!: «Viva el papa verdadero».

Bibliografía

BROWN, Dee, *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, Turner Publicaciones, 2012.

HÄMÄLÄINEN, Pekka, *El Imperio Comanche*, Península, 2011.

MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando y Carlos CANALES TORRES, *Banderas Lejanas*, Edaf, 2009.

SALOMON, Julian Harris, *Arte y costumbres de los Pieles Rojas*, Juventud, 1995.

VV. AA., *Edad Moderna. Historia de España*, Espasa Calpe.

VV. AA., *Historia económica de España y de América*, Espasa Calpe.



JESÚS MAESO DE LA TORRE es un escritor, conferenciante y articulista español nacido en Úbeda (Jaén), el 1 de diciembre de 1949. Conocido fundamentalmente por sus novelas históricas, algunas traducidas a varios idiomas, es considerado por la crítica como uno de los grandes creadores de este género. Es autor de novelas históricas y de ficción histórica, en la que se caracteriza por la rigurosidad hasta el detalle, y narrando los usos y costumbres de las épocas en que se desarrollan.

Estudió bachiller en los Escolapios de Sevilla, magisterio en la Escuela SAFA de su ciudad natal y posteriormente se licenció en Filosofía e Historia en la Universidad de Cádiz.

Ha ejercido como profesor en dicha provincia y simultaneado la docencia con la investigación y la divulgación histórica. Es miembro de mérito del Ateneo Científico y Artístico de Cádiz, de quien recibió en 2003 el galardón Gaditano del siglo XXI. Es precisamente en Cádiz donde reside, dedicado a la labor literaria y colaborando en diversas publicaciones culturales provinciales y nacionales, *El País*, *Andalucía en la historia*, *Clío*, *Historia y Vida*, *Qué Leer*, *Ibiut*, *La Voz* y *El Diario de Cádiz*.

Finalista del Premio Ateneo de Sevilla, en 1999, y del Alfonso XII de narrativa histórica, en 2010 cosechó el premio de Novela Histórica Caja Granada, el

mejor dotado y más prestigioso de literatura hispana, con la novela *La Cúpula del Mundo*.